This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 5080.12.2

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

MEMORIAS

DEL

GENERAL

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID

PUBLICACION OFICIAL

TOMO II.

BUENOS AIRES

TIP., IMP. Y ENCUAD., GUILLERMO KRAFT, CALLE CUYO 1121

1895

MEMORIAS

DEL

GENERAL

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID

PUBLICACIÓN OFICIAL

TOMO II

BUENOS AIRES

Establecimiento de Impresiones de Guillermo Kraft, calle Cuyo 1124

1895

SA5080.12.2

HARVARD COLLEGE LIBRARY
GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE
AND
CLARENCE LEONARD RAY
Dec. 11, 1920

Andrés Lamas

LITH. GUILLERMO KRAFT CUYO 124 B.S AIRES

CAPTURA DEL GENERAL PAZ

Marchaba el General por la costa del potrero de Moncada que está inmediato al Pilar, de donde acababa de moverse con todo el ejército, y llevando á su vanguardia más de 300 hombres mandados por el coronel don Polonio Ramallo; cuando al llegar á una abra (llámase abra, al lugar en que se aparta un camino á derecha ó izquierda) avísale el Jefe de Estado Mayor que iba á retaguardia ó no sé si al centro de la columna, por medio de un ayudante, que la mitad del ejército estaba detenido por haberse entorpecido la marcha de la artillería.

El General hace alto al llegar á la abra y manda decir al Jefe de Estado Mayor, que así que se hubiese reunido la columna siguiera él á la cabeza de ella por el camino de la derecha; mandada esta orden adelantóse el General por dicho camino con sus ayudantes y un soldado paraguayo su ordenanza de confianza, pues se sentían algunos tiros en la vanguardia que iba inmediata.

El camino que se abría por la izquierda, iba á reunirse al de la derecha por donde marchó el General, como á las cuatro ó cinco cuadras adelante, en un campichuelo, por la izquierda de la columna había un monte, y por la derecha la cerca del potrero como á una cuadra del camino y con algunos arbustos ó matorrales entre el cerco y la columna.

Al salir el General al descampado en que se juntaban los dos caminos, iba ya solo con el ayudante Arana y su ordenanza, pues había mandado á los otros ayudan-

tes no sé con que órdenes á la vanguardia, como al ejército; aparece en estas circunstancias una partida como de 16 hombres que venia corriendo hácia el General por el mismo camino que llevaba la vanguardia, y dícele el General al ayudante:—«Arana, vaya Vd. y llámeme aquel oficial que viene huyendo», juzgándolo sin duda nuestro. Arana que conoció que la partida no era nuestra sino enemiga, dícele al General:—«Mire señor que son montoneros. ¿No les vé Vd. las plumas?»—«Haga Vd. lo que se le manda!» le replicó el General en la suposición de que eran nuestros.

El ayudante tuvo que obedecer á este mandato, pero apenas había adelantádose como una cuadra y teniendo ya sobre él á la partida que venia á escape, quizá huyendo de nuestra vanguardia, cuando da vuelta y le grita—«Corra mi General que son montoneros», y es allí mismo lanceado y dejado por muerto á su misma vista! El General entónces no quedándole ya duda de que eran enemigos los que se precipitaban sobre él, dá vuelta su caballo y huye, pero no por el mismo camino por donde á las cuatro cuadras, y poco más, se encontraba parada la cabeza de la columna de su ejército, sino que haciendo su caballo á la izquierda toma por la costa, creyendo sin duda adelantarse á la partida é incorporarse por el costado de la columna porque los enemigos sintiéndola dejarían de perseguirlo.

El pobre General se engañó y fué presa del enemigo por su poca destreza en el manejo del soberbio caballo que montaba, y por su temeraria delicadeza de que no lo viera su ejército volver huyéndo de una partida tan pequeña.

Adviértase que en dichas circunstancias, ni aún el ordenanza estaba con el General, pues le había mandado no sé donde momentos ántes! La columna que estaba, bien oyó la carrera que daban por su flanco derecho, y las voces de «agarren», «no lo maten», que daban los montoneros; pero juzgando que fuera alguna partida de nuestra vanguardia la que daba dichas voces persiguiendo á

algun montonero, se dejó estar quieta. ¿Ni por donde pudo figurarse por un momento que fuera su General el perseguido por entre la cerca y la columna, cuando no habia más intérvalo que el de una cuadra y aún menos en muchas partes, y llevando su vanguardia á corta distancia.

Así que se hubo allanado el embarazo de los cañones y reunido la columna, marchó el jefe de Estado Mayor, coronel Larraya, por el camino que se le habia indicado; ¡cuando al salir al campichuelo y á poco andar, encuéntrase con el ayudante Arana tendido sobre el camino y hecho pedazos á lanzadas y sablazos! Sorprendido Larraya y todos, como era natural, pregúntanle por el General.—¡Ahí lo lleva corriendo una partida de cuatreros, fué la contestación del ayudante!

¡Cuál fué la sorpresa y la desesperante rábia de todos, así jefes, como oficiales y tropa, al saber esto por boca del mismo ayudante, y al reflexionar que habían oído todos, la carrera y los gritos de la columna; déjolo á la consideración de los que lean.

Nada hay de exagerado en esta relación, pues es la misma que se me dió después por todos los jefes y por el mismo ayudante Arana; y que he juzgado necesario anticiparla para dar conocimiento del modo como fué tomado el General y Jefe Supremo de las Provincias.

Destacarónse gruesas partidas de caballeria por entre el potrero, abriendo puntas, por que es montuoso; se dirijieron al río, á la vanguardia y en fin se distribuyó medio ejército; registrando todos los montes en busca de su General, pero todo fué en vano! Le habian boleado el caballo casi al frente del centro derecho, de donde había estado parada la columna, y agarrádole allí mismo y sentándolo en ancas de Santos Perez que mandaba la partida, ó no se si de otro y corrido con él á escape; pero apenas le alejaron, cuando lo subieron en pelos en un caballo de tiro y bien asegurado sobre él corrieron por los montes hasta ponerlo en manos de las fuerzas del gobernador Lopez al siguiente dia.

En el punto donde lo agarraron y contra el cerco mismo del potrero, habían quedado boladas las tapafundas de las pistoleras del General, que eran de cuero de tigre; probablemente fueron arrrancadas sin advertirlo, en la disputa que naturalmente habria sobre cual agarraba primero las pistolas y el apero. Al fin fueron encontradas dichas tapafundas y conocidas al instante, y por último desengañados después de pasado mucho tiempo y de haber regresado todas las fuerzas destinadas á buscarlo, de que era prisionero.

Se unieron entónces los jefes y acordaron que se encargara del mando del ejército el coronel Pedernera como el más antiguo de los jefes que se hallaban presentes, mientras daban cuenta al Gobierno. Aún todavía después de haber retrocedido al punto de donde habian partido esa mañana, no se atrevían á pasarme el parte por no alarmar al Gobierno y al pueblo todo. Juzgaban aún que podría haberse ocultado ó extraviado el General, y que aparecería. Mas desengañados al fin, me dirijió el coronel Pedernera el parte, que recibí á las 10 de la noche. Quedéme sorprendido al imponerme de un suceso tan inesperado.

En dicho parte me avisaba Pedernera, haber dirijido un oficial con una partida, al encuentro del General Deheza que debía hallarse inmediato, noticiándole de la pérdida del General para que se replegara y no fuera á caer en manos del enemigo, pues que debía reunirse con el Jefe Supremo en la noche de ese mismo dia, en la jornada que debían haber hecho.

Llamé al momento al Ministro de la Guerra y hermano del General, don Julian Paz, ó pasé yo á su casa para no alarmar á su señora; y reuní al instante á los demás ministros y les hice saber la desgracia que acabamos de experimentar poniéndoles de manifiesto la carta. Aterrados quedaron los ministros, pues el caso no era para ménos.

«No podíamos haber experimentado un contraste mayor, díjeles, pero nos queda el ejército, y con él es pre

ciso salvarle en el momento; no debemos perder un instante». Es indudable dijeron los ministros, pero somos de opinión que el señor Gobernador marche inmediatamente á ponerse á la cabeza del ejército. «¡ Saldré en el momento, díjeles, y así que les tome la ventaja que han conseguido, porque he de perserguirles hasta rescatarlo!»

Dí en el momento las órdenes necesarias para el apresto momentáneo de 100 caballos, y antes de las dos horas estuve ya en marcha con 50 hombres buenos. Caminé todo el resto de la noche, y cuando nos hallábamos inmediatos, el baqueano se había perdido con la niebla y demasiada oscuridad de la noche, pues quise marchar extraviando caminos por si los enemigos me hubieran puesto alguna emboscada, con cuyo motivo hubo un incidente que ocasionó una justa alegría en todo el campo del ejército.

Como yo sabía que estábamos, ó debíamos estar muy inmediatos al ejército, me preparé con los 50 hombres formados para poder recibir ó dar una carga, pues nos hallábamos parados en aquel momento, y mandé al clarin de mi escolta que tocara diana, con este toque me proponía hacerme sentir por el ejército y para el efecto destaqué seis hombres avanzados por la circunferencia de mi frente y estuve en observación, pues podria muy bien hallarse inmediata alguna fuerza enemiga.

En este orden estaba cuando mandé tocar la diana á eso de las tres y media ó poco más de la mañana del 11. No me engañé en efecto, pues nos hallabámos bastante inmediatos; el toque de diana fué sentido en el acto y contestado por el clarín de órdenes del cuartel general y seguido inmediatamente por todos los de los cuerpos y por las bandas de tambores, acompañados de numerosos vivas que resonaban en todo el campo. ¡Confieso que experimenté una súbita inspiración de gozo en medio del extremo desagrado que llevaba por la pérdida de mi General y amigo, pues se me ocurrió que podría muy bien haber aparecido!

Precisamente la misma inspiración produjo, ó había

producido en el ejército mi toque. Al sonar mi diana había yo dado un fuerte «viva á la Patria», repetídolo mi fuerza, y como fué contestada la diana en el acto, habíase comprendido en todo el campo que el General acababa de aparecer en él, paróse todo él en movimiento y resonaron los más estrepitosos vivas, saliendo al mismo tiempo partidas que muy pronto se encontraron conmigo y con mis descubridores, pues me había puesto en marcha al instante que conocimos ser nuestro ejército.

En el momento de encontrarnos con las partidas, desapareció en unos y otros la lisonjera esperanza que habíamos concebido, esto mismo sucedió en todo el campo, pero sin embargo, fuí recibido con regocijo por todo el ejército, pues entré al medio de él, que se reunió al instante, diciendo:

« ¡Compañeros y valientes amigos!—Un acaso ines-
« perado acaba de poner en manos de nuestros enemi-
« gos, á nuestro querido General y mejor amigo; pero
« nuestro coraje y potente brazo sabrá rescatarlo sea
« cual fuere el sitio en que lo hayan colocado!

« Ay! de los miserables; si hubiesen osado, ú osaren
« atentar contra su preciosa vida!!! Quemaré vivo al
« sacrílego fraile General, ante Jefes y Oficiales prisio-
« neros en nuestro poder!

« ¡Bravos compañeros y amigos! Jurad conmigo no
« descansar un momento, hasta no libertar á nuestro
« General y salvar la pátria, preparaos! Cuento para
« ello, con vosotros y esto me basta !»

Numerosos signos afirmativos y vivas, dió todo el campo y los retribuí con un entusiasta viva al ejército nacional, pero habiéndose reunido en seguida todos los jefes á verme, me hicieron presente habiendo notado mi disposición á marchar inmediatamente, que las cabalgaduras de la caballería necesitaban de refacción ó cuando menos de un largo descanso, en razón de haberse empleado toda ella en recorrer activamente todos los montes en busca del General, esta continuada fatiga por todo el día y parte de la noche, agregada al mucho

tiempo que llebábamos de estar durmiendo con los caballos ensillados y á soga; se han estropeado en extremo, díjome el coronel Pedernera. Esto es por lo que hace á la caballada, resta ahora que el General sea impuesto por los jefes de infantería del mal estado en que se encuentran las municiones, que sería también preciso renovar los paquetes y secarlos.

Esto es verdad, dijeron los jefes de infantería; pues de necesidad es sacar todas las municiones de las cartucheras, hacer de nuevo la mayor parte de los cartuchos y refaccionar los paquetes; pues la mayor parte están estropeados de dormir el soldado con la cartuchera bajo de su cabeza, como el lugar más seguro para preservarla del rocío.

Todo esto que me decían, era verdad, pero confieso que me agradó muy poco el no encontrar en todos ellos aquel ardor que es tan propio del militar, cuando ve dispuesto á su jefe para emprender una campaña. Habíalos enfriados á todos ellos la larga inacción en que les había tenido y mucho más el modo como habían perdido á su General; así como el haberse dejado rodear del enemigo por todas partes. Sin embargo, no desistí de mi pensamiento, y les manifesté que todas esas dificultades, sabría allanarlas al instante.

Pregunté en seguida al coronel Pedernera, cuando juzgaba que se incorporaría el gobernador Deheza; díjome que en esa tarde debía hallarse reunido al ejército según el itinerario de las marchas que observaba en poder del General, y que él había visto.

Desde que salí de Córdoba, había formado la resolución de reunirme á todos los jefes de los cuerpos, así que llegase al ejército, para exigirles que nombrasen ellos mismos el General que había de mandar. Quería mostrar á todos con este paso, la liberalidad de mis sentimientos; que lejos de aspirar á mandar, deseaba solo conocer la opinión de todos á este respecto para enseñarles á respetarla, muy particularmente al general Deheza, sin embargo de que no podía de ninguna manera dis-

putarme mis servicios y antigüedad, ni nada en fin, exceptuando su petulante orgullo y charla.

Así que hubo amanecido el día 11, marché con los principales jefes de los Cuerpos, al punto en donde había sido tomado el General y jefe supremo, pues quisieron ellos mismos hacerme conocer el lugar de su caída, en el que había estado parada la columna y en fin, todas las circunstancias que habían ocurrido: la descripción que queda hecha, es la misma que ellos mi hicieron.

Por la tarde llegó el general Deheza, gobernador de Santiago, con su división, no recuerdo de cuantos hombres, pero si que era compuesta de varios piquetes de los cuerpos del ejército, con los cuales había marchado á ocupar dicha Provincia, después de la batalla de *Oncativo*, y solo le acompañaban unos.... santiagueños.

No recuerdo tampoco, á quien dejó encargado del Gobierno, pero si que el teniente coronel Balmaceda, quedó allí encargado de alguna fuerza. En el momento mismo de la llegada, caída ya la tarde, trabóse una disputa entre él y el sargento mayor Paunero, que era comandante de la escolta del general Paz, creo que su edecán, originóse esta disputa por haber hablado en público, de la conducta del general Paz y de su caída atribuyéndola á su irresolucion y los delirios de su imaginación. Paunero, como uno de los más apasionados amigos del General, había sido el primero en reprocharle la primera puya que dirigió contra éste y de lo cual tuvo origen dicha disputa.

Deheza era de un carácter violento y poco contenido, muy fácil por lo tanto de acalorarse sin reflexionar; como estábamos en el medio del campamento y todavía montados por que habíamos salido á recibirlo, me desagradó en extremo semejante proceder por que la tropa y oficiales los escuchaban, así fué que dije á Deheza con buen modo:— «Compañero, es imprudente una conversación semejante en estas circunstancias y no creo propio de que Vds. insistan en ella, pídoles pues, que la terminen». El que debió ser el primero en ceder á una indicación

tan racional como justa, no lo hizo, si no que le hizo á Paunero una nueva recriminación, contra el General.

Para cortar este escándalo, mandé á Paunero que se retirara sin contestar y así lo hizo el prudente Mayor, sin embargo de tener la razón por su parte, con cuyo motivo calló Deheza y dirigiéndose aparte me dijo:—«Compañero, sería bueno que Vd. convocara á todos los jefes para que nombraran el General que debe mandar el ejército!» «Sí, compañero, le repuse, esa ha sido mi intención desde que salí anoche de Córdoba y solo esperaba la llegada de Vd. para el efecto, como lo conocía por esta orden que tenía puesta convocando á todos los jefes de los Cuerpos, así que Vd. llegara, pero sin decirles para que; pasada la lista estuvieran reunidos en mi tienda.

En efecto, asi lo hice. Pasada la lista, mandé convocarlos á todos á mi tienda y así que estuvieran reunidos, les dije:

« Acabamos de perder á nuestro digno General y es « preciso reemplazarle en el acto, pues aunque la orde- « nanza tiene designada la correspondiente escala para « análogos casos, no quiero guiarme por ella en esta vez. « Nunca mas que en las circunstancias presentes, conviene « que el general del ejército á mas del derecho al man- « do, cuente también con el que debe serle aún más « poderoso. ¡El que le merezca la opinión y el aprecio « de todos sus jefes, que deben ser tan interesados como « él mismo, en el triunfo de la presente lucha! Para « esto, señores, os he reunido para que con plena liber- « tad lo elijan. ¡Seguros de que sea cual fuera el que « mereciese vuestra confianza, seré el primero en some- « terme á él para mostraros cuanto respeto vuestra « opinión! Pasad ahora señores á nombrarle individual- « mente, según el orden en que estais colocados».

Un profundo silencio sucedió á este mi discurso, pero tanto que como ya se prolongaba demasiado, díjeles: — «Os he dicho, señores, que teneis plena libertad para nombrar el jefe que á de ponerse á la cabeza del ejército. ¡Nombradle, pues, cuanto antes, si bien es cierto de que seré

el primero en proclamarlo y obedecerlo!» — El mismo raro silencio siguió á esta mi segunda indicación y cuando iba por tercera vez á reconvenirles, contestáronme todos: — «Nos ha sorprendido ciertamente, la proposición del General. — ¿Quién podrá con justicia disputarle, ni su antigüedad, ni sus servicios, ni su crédito? — Nadie merece por consiguiente, la confianza y el aprecio de todo el ejército, como el General».

Después de dar á todos las debidas gracias, por la muestra que acababan de darme de su estimación y confianza; me dirigí al general Deheza y le dije:— «La división que manda el General, que es compuesta de piquetes de varios cuerpos, pasará á incorporarse á ellos y el General se encargará del Estado Mayor y de designar los hombres que no pertenezcan al ejército, al cuerpo que le pareciera». —¡Yo! Ni pensarlo! Respondió Deheza.

Yo que tengo un genio conciliador y demasiado sufrido, dígele con calma y ánimo de satisfacerlo, como fuera aquella su respuesta ocasionada de algún chisme:

—«¿Y por qué, señor General?»

— «¡Porque no quiero!»

— «¡Vea V. si quiere obligarme!»

Aseguro á mis lectores que en mi vida he mostrado tanta prudencia como la que me ví precisado á mostrar en aquella vez, por pura delicadeza; y también por consideración á los pueblos y en especial al de Córdoba, de donde era nativo tan insolente jefe, asi como la mayor parte del ejército. Poco me faltó para agarrarlo por el cuello, llamar á la guardia para que lo amarrara y mandarle pegar cuatro tiros. Pero me reprimí por las consideraciones que dejo expuestas, y porque no se dijera que solo por la vil ambición del mando le habia sacrificado, ó por libertarme de un émulo.

No puedo menos que confesarlo. Esa mi excesiva consideración y delicadeza nos perdió, y fué la causa de tantas desgracias!!! ¿Quién podía dudar que si castigo alli como merecía á ese General, habría con justicia impuesto, no solo á los jefes del ejército, sinó á esa cáfila

de doctores de Córdoba que no se habrian atrevido á dar el antipolítico como anti-patriótico paso (en mi concepto) de debilitar el poder en tan premiosas circunstancias, nombrando un nuevo Gobierno?

Verdad era que el Gobernador propietario acababa de ser arrebatado por los enemigos. ¡Pero también lo era que quedaba su Delegado, y que del modo más legal acababa de encargarse del mando del ejército que debía defender la Provincia!

Yo no soy abogado, por consiguiente puedo equivocarme. ¿Pero quién dió derecho á la Junta, ni para destituír al Gobernador propietario por sólo haber caído prisionero, ni para deshacer lo que él habia hecho, nombrándole otro sustituto que el que había merecido su confianza y tenia más interés que ninguno en rescatarle? Pero aun cuando él estuviese en su derecho ¿Era político, ni patriótico el dividir el poder en semejantes circunstancias y con el enemigo al frente? Asi lo hicieron, sin embargo, nombrando al doctor Fragueiro que empezó por coartarme, privándome de la facultad de disponer de las caballadas de la Provincia y muy particularmente de las del pueblo, que eran las mejores y más precisas en aquellos preciosos momentos. Sigamos.

Habiendo dado el general Deheza tan inesperada como desatenta contestación, se dirigió sin detenerse, á todos los demás jefes y les dijo que eran todos unos miserables partidarios; por cuya razón únicamente olvidaban que á nadie sinó á él correspondía el mando del ejército, pues que había sido su jefe de E. M.

Respondieron los jefes, que en la contestación á mi proposición, no habían hecho otra cosa que cumplir con su deber y proceder en justicia; y nos es bien extraño que el señor general Deheza, agregaron á una, pretenda alegar en este lugar tan vago título. ¡O pretende acaso comparar su antigüedad ni sus servicios con el señor general La Madrid?»

— «Es que el señor General fué reformado en Buenos Aires»,—respondió Deheza, algo corrido.

No faltaron quiénes se sonriesen á semejante réplica, y le dijeron:

—«¡Cómo se conoce que el señor General no ha visto la ley de la Reforma!»

Como todas estas alegaciones fuesen hechas con calor y á voces, según el tono impetuoso y descomedido en que se había expresado el general Deheza, y hubiere yo observado desde la tienda que la tropa se agrupaba á oír. Díjeles:

—«Señores, esto es ya un escándalo en medio del campo!»

«Yo habría deseado que la elección hubiese recaído, ó en él, ó en cualquiera otro, para haberle enseñado á ser moderado y á respetar la opinión de todos los jefes! Está terminada la Junta y pido á los señores jefes que se retiren».

El primero que se salió apenas dije, está terminada, fué Deheza. Despidiéronse todos con la cortesía de costumbre; pero cuando se preguntó por el general Deheza, había desertado ya, marchándose á Córdoba con los 16 mil ó más pesos que había sacado de contribución á la provincia de Santiago, para auxilio del ejército. ¡He dicho que desertó y esto es verdad, pues que no debió salir del campo sin el consentimiento del General del ejército!

Al siguiente dia 12, como á la mitad de él, apareció en nuestras avanzadas en calidad de parlamentario por parte del gobernador Lopez de Santa Fé, el mayor N. Bustos, hijo del coronel mayor Juan Bautista; habiéndolo mandado introducir hasta mi tienda, me entregó un paquete de cartas que conducia del general Paz para mí y los demás jefes principales de los Cuerpos; interesándose conmigo y los demás en que se mandara una diputación al campo del general Lopez para poner término á la presente guerra. Nos decia en dichas cartas, ó al menos á mí, que no creyera por un momento que aquella su indicación, la hacía obligado; que era solo en fuerza de su convencimiento, por la buena disposición que

le había manifestado el gobernador Lopez á dicho respecto, de entendernos con él.

Todos los jefes, así que les mandé sus cartas, después de enterado de la mía, vinieron á verme é interesarse porque se nombrara la comisión que pedía el General.

—«Esto es perder tiempo, díjeles, pues aunque el General no escribe sus cartas violentado, sinó por convencimiento, es claro que cuando menos se lo han hecho así entender, para distraernos y probar nuestra disposición. Yo soy de opinión que debemos marchar sobre Lopez, sin demora.»

Así que les hube manifestado esta mi opinión, empezaron á divagar en la suya todos los jefes en cuanto al proyecto de ataque; los unos eran de opinión que debíamos unirnos á Quiroga para atacar con él á Lopez y Rozas y los otros que deberíamos unirnos más bien á Lopez y Rozas para atacar á Quiroga y sujetar todas las Provincias. Acuérdome que les dije al oir tan diversas opiniones:

— «¡Al demonio primero me uniría, que á ninguno de ellos, por solo acabar con los tres! ¿Dónde está, señores, ese entusiasmo con que hemos combatido por tantos años en la guerra de nuestra Independencia? ¿Será posible que teniendo un valiente ejército á nuestra disposición, y no habiendo retrocedido jamás ante ejércitos poderosos, pretendamos arrastrarnos á buscar la unión con alguno de esos tres miserables caciques, y que nos falte la resolución para anonadarles á los tres juntos, y diez más como ellos?»

De nada sirvieron estas mis justas como tocantes reflexiones. Habíanse todos enfriado con tan larga inacción, y desalentádose con la extravagante pérdida del General.

Contestáronme que por todas partes se levantaban montoneras y que era mejor tentar el medio que nos indicaba el general Paz, pues podría ser muy bien que arribásemos á cortar la guerra y que se constituyera el país.

— «¡No pensé nunca, señores, les dije, que semejantes montoneras pudieran jamás espantarnos; cuando yo con 100 hombres de los que tenemos me creo bastante poderoso para acabar con todas ellas!» Nada fué bastante, me vi precisado á ceder.

Despaché al mayor Bustos, contestando al General que iba á tentar el medio que me proponía, porque no se dijera que éramos enemigos de la paz; y se le mandó su equipage creo que con su ordenanza, no estoy cierto, y aun me parece que algo más que le mandó su hermano el Ministro de la Guerra.

Marché en el momento á Córdoba para acordar con los ministros el nombramiento y envío de la comisión, dejando el ejército al mando del coronel Pedernera que era el más antiguo de los coroneles, pues Videla Castillo estaba en Córdoba; pero antes de ésto ya el general Deheza se había convencido, según mi sano juicio, de su mal obrar y escribióme una carta, ofertándoseme para ir á tomar el mando de las fuerzas que guarnecían la frontera del norte, con el objeto, según me decía, de ayudarme por aquella parte á escarmentar á las montoneras y pacificar la Provincia.

Yo que tengo un corazon sano, y soy incapaz de conservar prevención alguna ni contra mis enemigos, acepté su oferta y le nombré Comandante General de la campaña del norte, más su intención había sido al hacerme dicha oferta, la de llevarse dicha fuerza y volver con ella á ocupar su Gobierno, como lo mostró muy luego. Asi que llegó á Macha ó no recuerdo si el Totoral donde se hallaba colocada la fuerza al mando del coronel Plaza, trató de seducir algunos oficiales para que lo siguieran con sus piquetes; mas estos se resistieron y me dieron parte y tuvo él que retirarse.

Así que marché á Córdoba nombré de comisionados al Presbítero doctor don Eusebio Agüero ministro de Gobierno, y al coronel don José Videla Castillo, ó al ya General, pues se me olvidaba decir que al siguiente día de haber sido nombrado General en jefe del ejército por todos

los jefes, consideré de justicia conceder un grado á todos los jefes y oficiales del ejército sobre el que tenian después de las tres batallas: de *San Roque*, *Tablada* y *Oncativo*; esto es á los que no hubiesen obtenido acsenso, pues el General no había dado premio alguno sino al teniente coronel Pringles que le hizo coronel en la *Tablada*, y los dos últimos ascensos que dió contra mi expresa voluntad al coronel Deheza y á mí. Este fué precisamente el motivo, porque creí de justicia el dar dicho grado á los propietarios, y la propiedad á los que se hubiesen hallado graduados en dichas acciones, pues había notado ya de muy atrás que se le criticaba al general Paz el no haber acordado premio alguno por todas ellas; y también porque quería estimular al ejército para las nuevas campañas que pensaba emprender.

Nombrados dichos comisionados, fueron despachados al momento en un carruaje y con su correspondiente escolta y secretario. No recuerdo precisamente el contenido de las instrucciones que llevaron, pero en sustancias eran las siguientes:

El ejército Nacional y su General, no serán nunca un obstáculo para la paz de la República y su constitución; pues es precisamente con este exclusivo objeto, que se conservan con las armas en la mano.

Si los gobernadores de Buenos Aires y Santa Fé, se hallan animados de iguales sentimientos, se prestarán los comisionados á celebrar un armisticio, hasta que las Provincias todas nombren sus diputados para el Congreso; debiendo en este caso retirarse ambos ejércitos. El de el señor gobernador Lopez á la Cruz Alta, y el Nacional al extremo de la Provincia, que los comisionados del gobernador Lopez pidiesen.

Inmediatamente que el Congreso se hubiese instalado en el punto que los diputados acordasen, el ejército Nacional y su jefe se pondrán bajo sus órdenes, debiendo el de Santa Fé hacer lo mismo.

La Constitución que diese el Soberano Congreso, sea cual fuese la forma de su Gobierno, será reconocida y

jurada por el ejército, quedando también al arbitrio del Soberano Congreso desde su instalación nombrar para General del ejército al jefe que mereciese su confianza.

Si los comisionados de parte del Gobierno de Santa Fé pidiesen la disolución del ejército, no están autorizados sus comisionados para acordarla, pero darán cuenta al General.

Para todo lo demás á efecto de poner término á la guerra, y constituír el país, iban plenamente autorizados, hasta ajustar al tratado y presentarlo para su ratificación.

El ejército enemigo se había aproximado y adelantado sus comisionados asi que recibió el aviso de ir los nuestros. Ello es que se reunieron no recuerdo en que punto inmediato á la Villa de los Ranchos.

Lo primero que pidieron los comisionados por el Gonador de Santa Fé, asíque se hizo el canje de los poderes, fué la disolución del ejército Nacional, y ofreciendo la protección de los Gobiernos de Buenos Aires y Santa Fé á todos los jefes de él.

En todo lo demás estuvieron conformes con mis comisionados; pero estos en vez de dar parte y esperar la respuesta, manifestaron que era el único punto para que no estaban autorizados y se vinieron á dar cuenta á Córdoba inmediatamente.

En estas circuntancias ya la Junta de Córdoba, me había destituído de la delegación que había hecho en mí del Gobierno, el propietario don José María Paz; pues había nombrado al doctor Fragueiro. No recuerdo positivamente si los comisionados vinieron primero por el ejército, ó si fueron á Córdoba y de allí me comunicaron el resultado de su misión. Lo que si recuerdo es que marché en el acto á Córdoba para activar la instantánea vuelta de la comisión, y sacar á la Chacarita toda la tropa y cuanta artillería había en la ciudad, para en caso no se prestasen los enemigos á la última proposición que se les dirijía respecto del ejército, y marchar sobre ellos con todo él.

Estando, pues, convenidos en los demás artículos del tratado que se proponían celebrar ambas comisiones, solo restaba allanar la dificultad de la disolución del ejército; y para conseguirlo les propuse:—Que si pedían la disolución del único ejército y el mejor con que contaba la Nación, por desconfianza que yo pudiera inspirarles, estaba pronto á dejar el mando, en manos del General que elijiesen los Gobernadores de Buenos Aires, Santa Fé, el de Córdoba y un jefe del ejército; y aún dejar el país, si lo juzgaba necesario, siempre que me proporcionaran los medios necesarios para transportarme, puesto que no los tenía.

Hasta este extremo estuve dispuesto, á fin de poner término á la maldita guerra civil. Los enemigos se habían avanzado, asi que regresaron mis comisionados, hasta la primera posta de Córdoba al sur, ó camino para Buenos Aires, ó sus inmediaciones; es decir, á cinco ó seis leguas de Córdoba, y yo había mandado al general Perdenera que viniera con el ejército á la Chacarita para esperar allí el resultado de esta misión, que debía salir al siguiente día 25 de mayo bien temprano. Esto es, después que se hiciera el saludo de costumbre á la salida del sol, pues la comisión había regresado ya caída la tarde; y en esa noche del 24, debía llegar Pedernera con el ejército que se hallaba situado como á 5 leguas de la Chacarita ó poco más, sobre la costa del Río 2º, y no sabíamos aún la aproximación tan inmediata del enemigo, porque ésta última marcha la hizo en esa noche, aprovechándose precisamente de la retirada del general Pedernera, que en vez de venir á la Chacarita, se había dirigido al río Carnero que está nueve leguas al norte de Córdoba en el camino para Tucumán, so pretesto como se verá, de estar malos los caballos para venir donde se le mandaba.

Amanecido el 25 sin que hubiese llegado el general Pedernera con el ejército, se hizo el saludo y salva correspondiente con el cuerpo cívico que constaba más de cuatrocientas plazas, no recuerdo si uno ó dos escuadro-

nes de los Colorados del pueblo y algunos piquetes y soldados del ejército que habían estado por enfermos y los había hecho salir á todos. Puesta la última instrucción ya dicha con respecto el ejército y mi persona, al montar á caballo para ir al pueblo á despachar á los comisionados, recibo tres avisos; el primero del general Pedernera avisándome que no le había sido posible el venir á la Chacarita como le había ordenado en la tarde anterior, por el mal estado en que se encontraban las caballadas del ejército, que por no estropearlos más por la piedra que había en dicho camino, había juzgado mejor dirigirse por el río Carnero donde le sería facil encontrar algunos caballos, avisándome también que los Reynafé que se hallaban con el gobernador Lopez, se habían dirigido en el día anterior para el Totoral con una fuerza de quinientos hombres, para la parte de Santa Rosa.

El segundo parte me lo pasaba el oficial que había mandado de avanzada en la tarde anterior sobre la Posta de Moreira que es la primera para Buenos Aires y dista solo cinco ó seis leguas; me comunicaba dicho oficial que se avistaba la vanguardia de los santafecinos á dicha posta al salir el sol, que se descubría un gran polvo que parecia ser del ejército á alguna distancia por la parte del Este. — Mandé orden inmediatamente de recibir este parte, al general Pedernera para que regresara sin demora y á marcha forzada y mandé reforzar la avanzada con un escuadrón de caballeria.

El tercer parte era del coronel Allende desde Ischilín camino á la Rioja por la sierra, en que me avisaba estar ya descendiendo por la sierra inmediata los riojanos.

Me hallaba yo en estas circunstancias, con poco más de seiscientos hombres y tres ó cuatro piezas de artillería solamente, con el ejército á mas de cinco leguas á mi retaguardia, alejándose más en dirección al río Carnero.

Los dos hermanos Reynafé marchando á mi espalda

con quinientos santafecinos por mi izquierda, la fuerzas riojanas amenazando cerrarme ya la retaguardia por la derecha á más de 16 leguas á mi espalda, con mi señora gravemente enferma en el pueblo; con el Fraile general preso en el Cabildo y algunos jefes y oficiales más, prisioneros de Quiroga.

Oficié inmediatamente al Gobierno pidiendo me mandara á cuantos oficiales y soldados hubieren del ejército asi como todas las caballadas del pueblo. Hombres vinieron pocos, caballada ninguna. Contestóme que no era posible atropellar á los ciudadanos quitándole sus caballos de estimación y aprecio, que se debían ordenar para buscarlos de la campaña.

En estas contestaciones se avanzó el dia y tuve aviso del general Pedernera de no serle posible el retroceder, pues le había alcanzado mi segunda orden al llegar al río Carnero que está nueve leguas de Córdoba y con mucha parte de los caballos cansados.

Mientras tanto caía ya la tarde y se hacía forzoso el retirarme, se lo anuncié al Gobierno, pedí me remitiera al Fraile general y demás oficiales prisioneros y proporcionara algunas carretas para conducir la ropa y efectos pertenecientes al ejército así como otros artículos de consumo, como yerba, tabaco, etc.

El Gobierno se denegó á entregarme al general Aldao, no recuerdo si también al coronel Reynafé que se hallaba preso en la carcel ó Cabildo, por orden creo del general Paz.

Marché inmediatamente sobre el pueblo con toda la fuerza, acercándose la noche, y mandé amenazar al Gobierno con que atacaría el pueblo, y sacaría por la fuerza al general Aldao y demás prisioneros; que no me pusiera en tan duro compromiso puesto que solo él me había colocado en aquella posición, por no prestarse en tiempo á proporcionar cuanto se necesitaba, y por haberme coartado despojándome del poder.

Mandé así mismo un ayudante á sacar con tiempo á mi señora y mi hija, en la galera en que debí con-

ducirla á Tucumán días antes, para cuyo efecto mandé una partida de mi escolta para que la tirara. Me hallaba ya á las orillas del pueblo cerrada la noche y con mi familia ya fuera, dejando todo su equipaje y el mío, cuando salió al fin el oficial ó jefe comisionado conduciendo al Fraile general y demás oficiales prisioneros, así como al coronel don Francisco ó don Vicente Reynafé, que juzgo era el mayor de los hermanos. Salieron también algunas carretas con parte de lo que había pedido, pero se quedaron varios oficiales y aun jefes entre estos los ayudantes que habían sido del General, que despues fueron fusilados todos ó los más en San Nicolás de los Arroyos por haberlos mandado después presos el general Balcarce ó el gobernador Lopez.

Yo continué mi retirada con bastante trabajo, hasta pasada la media noche, llegué al siguiente día al río Carnero donde estaba el ejército, antes ó después, de medio día. Reconvine al general Pedernera por no haber cumplido mi primera orden, se excusó con el mal estado de las caballadas. — ¡Estaban malas por haber andado cinco leguas y pudieron andar!!!!

Cuando Aldao entendió que se le sacaba del Cabildo para conducirlo al ejército, juzgó que era para fusilarle. Yo no se porque medio había proporcionádose una hostia y la consagró en el momento en que entraban á sacarle y salió con ella en las manos, engrillado como estaba, auxiliándose. Esta ocurrencia ocasionó una gran demora, tuvieron que detenerse á dar cuenta al Provisor. Parece que este y varios otros canónigos y sacerdotes le persuadieron á que entregara la forma consagrada; al fin después de mucho trabajo consiguieron que lo hiciera.

Iba el pobre más muerto que vivo, y no faltaban mendocinos en los que le escoltaban, que le amenazaran é hicieran temer más por su vida. ¡Casi todos los jefes que iban con migo se empeñaban en que le fusilara, muy particularmente los mendocinos á quienes tanto había dañado!— «¡Sería una infamia fusilarle ahora, después de

LITH. GUILLERMO KRAFT CUYO 124 Bs AIRES

tan larga prisión, y sobre todo, sacrificaríamos con su muerte á nuestro General y amigo!» fué mi respuesta.

Varios sujetos de Córdoba de los más comprometidos emigraron con el ejército. Yo le había mandado instar muy particularmente, al ministro de la Guerra don Julian Paz, para que saliera, pero se excusó que no le dejaban salir por la influencia que tenía en el resto del Cuerpo cívico diciendo que el pueblo se resistiría al ejército invasor. ¡Cuanto le pesó después el no haber seguido mi concejo, solo él lo sabe!

Continué la retirada al siguiente dia muy resuelto á defender y sostener la libertad de las tres provincias del Norte, Tucumán, Catamarca y Salta, en cuya época no era aún independiente Jujuy, pues pertenecía á Salta. Con estas tres Provincias y el ejército, aún éramos bastante fuertes para conservar su independencía, y aún libertar á las demas.

No recuerdo si fué entónces ó antes de abandonar Córdoba, cuando puse en libertad á dos Coroneles de Quiroga que tenía prisioneros de *Oncativo*. «Vayan, díjeles, á decir á su General que es tiempo de unirnos para defender la libertad de las Provincias. Que Rozas aspira á dominarlas del modo más bárbaro y no debemos los provincianos consentirlo. ¡Asegurénle Vds., de mi parte, que no tengo contra él prevención alguna, ni ménos aspiro al mando! Que trabajemos á una, para la paz y libertad de los pueblos, y por la constitución del pais, sea cual fuere. Que si quiere prestarse á esta mi indicación; no trepidaré en cederle el mando si lo desea pues yo solo aspiro á sacrificarme, por solo la libertad y felicidad de los pueblos». Prometiéronlo hacer y marcharon.

Si en el Pilar noté algún desaliento en los Jefes del ejército, al tomar el mando de él, en aquel momento habíase duplicado con la retirada de Pedernera, y con la amenaza por los flancos. Lo conocí y me propuse combatirlo con firmeza y calma, desde aquel momento en que me incorporé.—Deseaban todos que voláramos y yo caminaba con piés de plomo.

Coloqué al valiente coronel Acha á retaguardía con su división de catamarqueños y tucumanos; pues la milicia de Córdoba y aún los cívicos, habían empezado á desertarse desde que me moví de Córdoba, y para que no me desmoralizaran los Cuerpos del ejército formé á todos los de Córdoba separadamente y les dije:—«Vuestros representantes me han obligado á abandonar la Provincia, pues me han despojado del gobierno sin causa ni motivo, y aún sin derecho para ello, en la más perniciosa circunstancia. ¡Precisamente cuando más necesitaba tener en mis manos todo el poder, para libertarla de esa miserable horda que la invade para dominarla!»

«Solo esforzado así, imprudentemente por vuestros representantes, podía yo abandonar la Provincia para salvar á las demás, y volver reforzado por ellas á salvar la vuestra».

«Soy franco mis amigos, y quiero hablaros la verdad ¡Los que querrais seguirme, y no someteros al dominio de los porteños y santafecinos; ó más propiamente al del bárbaro Rozas, solo marchareis conmigo, los que no, teneis desde este momento la libertad de retiraros á defender vuestras propiedades! Pero os ruego mis amigos que no os presteis á esos bárbaros, contra vuestra pátria; y que cuando me veais volver á libertaros, corrais á abrazar al que será siempre vuestro mejor amigo!»—Después de este discurso que fué escuchado con júbilo, y contestado con vivas, les insté nuevamente para que se retiraran todos los que quisieran, con sus oficiales pues que para defenderme de los enemigos, si se atrevían á seguirme, me bastaban los soldados del ejército y los que voluntariamente quisieran seguirme.

Hiciéronlo así en efecto, pero no faltaron muchos que quisieron seguirme, y marcharon conmigo, asi cívicos como milicianos. A los primeros los incorporé á los pocos cívicos de Mendoza que habían seguido al bravo coronel Barcala cuando se retiró de *Chacón*, y siguieron todos bajo sus órdenes.—Así que emprendí la marcha desde el rio Carnero para Tucumán, propúseme

hacerla con toda calma; asi para desterrar del ánimo de los Jefes el desaliento que había notado, como por no alentar á los enemigos con sus apuros para que me persiguieran. En el primer lugar pastoso que encontramos sobre el camino, hice alto, mandé desfilar la columna sobre el pastizal, dar frente y echar pié á tierra y quitar los frenos.

Esta operación no agradó á los jefes pues, se les veia por sobre la ropa, como dicen nuestros paisanos. Dí orden para que se hicieran fuegos, y tomaran mate si gustában, pues había racionado á los Cuerpos con yerba y tabaco que saqué de Córdoba. No pudieron los Jefes disimular el sinsabor que les ocasionó esta orden, pues se dirijieron á mi al instante para decirme que perdiamos el tiempo y aún nos exponiamos con aquella demora:

Me eché á reir con toda calma y pidiendo á mis ordenanzas que les alcanzaran mate, díjeles:—«No tengan Vds. cuidado, señores, pues conozco demasiado á nuestros enemigos, ya desearían ellos el vernos bien distante!» «Mire señor General, que los Reinafé que se internan por nuestra derecha, pueden sublevarnos la campaña y aún picarnos la retaguardia, y que nuestras caballerias no están en buen estado, dijéronme algunos». «Precisamente es por la misma razón, que debemos ir con mas calma, porque nos quedaríamos á pié si nos apurasemos».

«¡Que se diría de los vencedores de *Ituzaingó* si nos vieran apresurarnos por temor de santafecinos y montoneros! No tengan Vds. cuidado, que yo les prometo que con solo mi escolta y la división de Acha, he de correrlos á todos, si se nos acercan! Me conoce bastante Lopez para no abstenerse».

Con estas ó semejantes bromas los distraía todos los dias, sin dejar por eso de parar dos ó tres veces en cada uno, en cuantas partes encontraba pastos. Y esto se lo decia precisamente, por que del general Lavalle abajo estaban todos persuadidos que la batalla de *Ituzaingó* valía más que cuántas habíamos tenido en el Perú en la guerra de nuestra Independencia, cuando por el contrario

juzgaba más fácil vencer á los portugueses ó brasileros que á los santafecinos y montoneros, no digo á los españoles que por más que se diga eran infinitamente mejores soldados que aquellos.

Después de haber pasado un buen rato, continué la marcha y la seguimos en el mismo orden, pero sin dejar nunca de conocer cuanto se desagradaban, cada vez que mandaba parar y quitar los frenos; sin que proviniese esto de otra cosa que del aburrimiento que les había causado una larga inacción que vino á parar en desaliento, con la caida del General, pues todos ellos eran valientes.

Continuamos asi, no recuerdo si cuatro ó cinco dias hasta la parte ó rio de las Piedras, en cuyo punto estando parados aparecieron por nuestra retaguardia los dos hermanos Reynafé con seiscientos hombres santafecinos y cordobeses y empezaron á tirotearse con el capitan Rafael Fernandez del 2º de cazadores que venía cubriendo la retaguardia con su compañia, y el cual se condujo bizarramente, parando al enemigo.

Mi señora que iba gravente enferma, é iba conducida en una galera á la cabeza del ejército, no dejó de sobrexaltarse en extremo así que sintió el fuego, pues era la 1ª vez en su vida que se encontraba en semejante situación. Llamé al coronel Acha y le dije; V. con sus 300 hombres démele una buena carga á esos trompetas, para que no les quede gana de volver á incomodarnos.

Marchó el valiente Acha y apenas se puso á su frente mandó desplegar su división sobre ellos, y se los llevó por delante como quien corre una bagualada cimarrona, matándoles algunos hombres. Esto fué lo bastante para que no volvieran á avistársenos. Así continúamos la marcha muy tranquilos y sin el menor tropiezo, sirviéndome de baqueano el coronel Reynafé que había sacado preso, y con una barra de grillos desde Córdoba, y al cual para dicho efecto le había mandado quitar los grillos y ponerlo en libertad, prometiéndole que así que

entrase el ejército á la travesía lo mandaría en libertad á su hacienda de Loma Blanca que está á la entrada de dicha travesía. Este dia debía de fusilar á un oficial santafecino, por seducción, pero salvó la vida por Acha y fué despedido del ejército.

Llegados á dicho punto, púsele en libertad, y le aconsejé que mirase por su país y no fuese á tomar partido con las tropas de Rozas ó sus jefes, pues las miras de este no eran otras, que las de dominar á todas las Provincias. Díjele que los provincianos debíamos unirnos para evitarlo, que á ese efecto marchaba á las Provincias del norte que eran bastante fuertes y decididas, que muy pronto me tendría de vuelta á libertar á esa Provincia, para cuyo efecto contaba con él como él debía contar conmigo, y espero por último le añadí, que me dará Vd. cuantos avisos considere necesarios respecto á las fuerzas enemigas y á sus movimientos. Si Quiroga á quien he mandado hablar por medio de los dos Coroneles que le he puesto en libertad, se prestara á mi indicación, no dude Vd. le dije, de que salvaremos muy pronto todas las Provincias y haremos entrar en su deber á la de Buenos Aires; pero si éste no se presta, guardese Vd. de él porque será tan malvado como Rozas

Quedó dicho jefe muy contento, y al parecer dispuesto á obrar como lo aconsejaba, pues muy pronto me dió pruebas inequívocas de haberse penetrado de mis prudentes consejos, pues me comunicó cuanto pasaba en Córdoba y designó un mozo de mi confianza al extremo norte de aquella Provincia, para por su conducto comunicarnos, y no fué esa la última vez, pues cuando marché de Tucumán para la Rioja tuvimos otra comunicación.

Así que pasé el territorio de la provincia de Catamarca, tubo ya lugar de conocer el ningún efecto que había producido en el general Quiroga el haberle mandado á los dos Coroneles, así como la propuesta que hice por medio de ellos, pues había pasádose ya el térmi-

no que me dieron para avisarme el resultado. Por consiguiente érame preciso discurrir el medio más acertado y seguro para unir á las Provincias del norte y comprometerlas á obrar de concierto para salvarse, y salvar tambien á las demás, y al mismo tiempo, alejar de todas ellas, toda idea de ambición por mi parte, á otra cosa que no fuera la de sacrificarme por la libertad y unión de todas ellas, y también para quitar al ex-gobernador de Tucumán don Javier Lopez todo motivo de recelo, pues era en aquella fecha el Comandante general de dicha campaña.

Con tan sana como patriótica intención, juzgué no poder dar mejor garantía así á las Provincias como á los gobernantes, que llamar á estos á una entrevista en la frontera de Tucumán; y ceder el mando del ejército de la Nación, al más graduado de ellos, que lo era el general don Rudecindo Alvarado, Gobernador al mismo tiempo de la provincia más fuerte y rica, la de Salta.

Concebido este proyecto, juzgué de mi deber, comunicarlo á los jefes del ejército, y hacerles conocer toda la importancia de este mi pensamiento. Así que pasamos la travesía, los reuní á todos y les hice saber el paso que pensaba dar. Díjeles en seguida: «Las provincias que nos quedan y pretendemos salvar con este ejército, son fuertes y guerreras pero adolecen como las demás, de celo y de confianza recíprocas, y aunque yo soy bien visto en todas ellas, no me faltan èmulos que intentarán persuadirlos que vengo á ellas con el intento de dominarlas: esta sola idea que no dejarán de ponerla en juego, al menos Lopez y tal vez el general Alvarado, bastaría para retraerlas de prestarse ó cooperar con nosotros á la salvación de todas.

Mi objeto al dar este paso, que pido á Vds. lo consideren, es el de unirlas á todas y enseñar, tanto á sus Gobernantes, como á todos nuestros compatriotas, á ser verdaderamente patriotas, y no conocer otra aspiración que la de salvar los pueblos y hacer que se constituya el país. El general Alvarado gobernador de la Provincia

más rica y de más hombres; gustará mucho de este paso, y le habremos comprometido con él á poner en juego todos los recursos de su Provincia, y ésta igualmente complacida no podrá menos que prestarse gustosa.»

«Por lo que respecta á la de Tucumán, habré quitado á Lopez todo pretexto de recelos, y échome más recomendable aún para los mismos amigos de éste. Por consiguiente será éste un nuevo estímulo para obligarle á obrar como deseo. De Catamarca nada tengo que temer, así por que no tengo allí émulos, como por la amistad y parentesco con su Gobernador, y el buen concepto que me dispensa toda ella».

Todos los jefes á una, aplaudieron este mi pensamiento, y puse inmediatamente una comunicación á los tres Gobernadores de Tucumán, Salta y Catamarca, invitándolos á una entrevista en la Villa de Monteros, ó el curato de Guanacos, que es el último al sud de Tucumán, para darles cuenta de los motivos que me habían obligado á retirarme con el ejército, después de la caida del Protector, y ponerme con él á disposición de las Provincias. El día designado para la entrevista me parece que fue el 16 de junio, y despaché las comunicaciones por medio de oficiales comisionados.

Continuamos después la marcha con lentitud hasta llegar á Graneros. El general Deheza habíase adelantado á Tucumán, pero enteramente desprendido del ejército, y no recuerdo si de la campaña del norte de Córdoba, se fué por la de Santiago, ó si directamente á Tucumán, pues él había dejado en Santiago cuando marchó para Córdoba, no recuerdo si al teniente coronel Balmaceda de coraceros, no sé si encargado del Gobierno ó del mando de la campaña, Ello fué que Ibarra que había emigrado á Santa Fé había regresado cuando la caida del general Paz y vuelto á recuperar su gobierno.

En materia de intereses agenos ó de la pátria he sido muy delicado y lo seré mientras viva, no así en los mios que han estado siempre á la disposición de todos

los necesitados y en especial del pobre soldado, por consiguiente bueno es prevenir lo que se me había olvidado cuando la caida del General, respecto al dinero que le mandé de Córdoba para el socorro del ejército. Cuando yo me puse á la cabeza de él habíase hecho ya la distribución, y dijéronme que no había alcanzado no recuerdo si para los piquetes que venían de Santiago con el Gobernador Deheza, ó si para el completo de algún Cuerpo; ello es que fué preciso pedir lo que faltaba al Ministro de la Guerra, pero no recuerdo la cantidad, parèceme sin embargo que no bajaba de un mil y algunos cientos de pesos.

Tampoco queda explicado en el lugar correspondiente el destino que tuvieron los efectos sacados para vestir el ejército. Este no aprovechó más de ellos que lo que había yo mandado por delante, que fué poco, en razón del cortísimo tiempo, y algo que pude conseguir me mandara para jefes y oficiales el Ministro de la guerra, pues al tiempo de la precipitada y fortuita retirada, no se encontraron sinó pequeños restos en el almacen de la Comisaria ó depósito, en razón de estar todo repartido para coserse. Así fué que la mayor parte vino á servirles á los enemigos, pues tuvieron buen cuidado de recojerla, así como la ropa, equipajes y cuanto pertenecía á jefes y oficiales del ejército.

Llegado al curato de Graneros con el ejército, fué el comandante general de campaña don Javier Lopez á verme con una escolta y avisarme que para el siguiente dia estarían reunidos más acá de Monteros los tres Gobernadores para la entrevista. Algunos otros vecinos habían salido antes á recibirme fuera del territorio de la Provincia. Dicho jefe fué muy bien recibido por mí y por todos los jefes del ejército.

Mi señora habíase mejorado un poco con algunos remedios caseros que le aplicaron unas señoras en las Cañas, jurisdicción de Catamarca y pasé al siguiente día con ella y mi escolta al lugar de la entrevista y fuímos perfectamente recibidos por los tres Gobernadores, pero

el de Catamarca habíase adelantado á verme antes de reunirse con los otros á su paso de su capital.

Híceles presente cuanto queda explicado respecto á la prisión del Protector y General, del modo como tomé posesión del mando del ejército, cartas que se recibieron del General, envío de la comisión al campo enemigo y sus resultados &ª &ª. La libertad que había dado á los dos coroneles de Quiroga y proposición que le dirigí con ellos; y por fin del objeto que me había propuesto de salvar al ejército para ponerme con él á la disposición de los tres Gobernadores, para que salváramos la libertad de las provincias, de la dominación con que los amenazaban Rozas y Quiroga.

«¡Esta es señores díjeles, mi única ambición; y para mejor llenarla quiero que el señor Alvarado como el Jefe más graduado y el Gobernador de la Provincia más fuerte y poderoso, se encargue del mando del ejército; pues yo como soldado sabré sacrificarme gustoso, por ayudarlo á salvar mi pátria!»

—Diéronme todos los las más espresivas gracias por la nobleza de mis sentimientos, agregando que jamás habían dudado de ellos y todo esto sucedía á presencia del comandante general don Javier Lopez á quien habían admitido á dicha conferencia con mi satisfactorio consentimiento. El gobernador Alvarado se denegó, á aceptar el mando que le cedía en el ejército, diciéndome que no podría estar en mejores manos que las mías; sin que mi permanencia á la cabeza de él sirviera de obstáculo para que el contribuyera con los recursos de la Provincia y cuanto de él dependiera para la salvación de los pueblos.

«¡Mi resolución está ya tomada señor Gobernador, díjele, y no retrocederé!»

«¡Poniendo el ejército en sus manos, quiero dar á los militares una verdadera lección de desprendimiento y del más puro patriotismo, y en especial á mis enemigos!»

«Podrían ellos talvez hacerme la injusticia de creer

que ambicionaba como ellos á dominar á los pueblos por la fuerza?

—¡No!

—No conozco otra ambición que la de acabar con todos los tiranos á costa de mi sangre, para que mi patria sea libre y feliz!

—Esta es la única y más laboriosa herencia que puedo y quiero dejar á mis hijos. ¡La estimación de mis compatriotas! Voy ahora mismo á hacerle reconocer por General en Jefe del ejército». Asi lo hice en el momento, pues había llegado ya el ejército, por que asi lo dispusieron.

Al siguiente dia me dieron un convite para todos los jefes del ejército, mi primo el cura de la Villa doctor don Lúcas Córdoba, yo quise obsequiar al ejército con las ricas empanadas que se hacen en la Provincia. Al efecto mandé contratar en el pueblo todas las precisas para dar una á cada soldado y dos á los Jefes y oficiales. La fuerza total del ejército no pasaba de mil y pico de hombres pues todas las demás eran de Córdoba y había dejádolas allí.

Pasamos luego á Tucumán donde llegamos el 21 de junio, é inmediatamente dispuso el general Alvarado continuar la negociación que se había entablado con el general Lopez después de la prisión del Protector; para cuyo efecto dispusimos ambos mandar dos oficiales parlamentarios; el uno al general Lopez á Córdoba, y el otro á Quiroga á San Juan, con comunicaciones y dándoles cuenta de haber cedido el mando del ejército al señor gobernador y general Alvarado y él invitándolos á continuar la negociación que había quedado pendiente á fin de poner término á la guerra; decíaseles en dichas comunicaciones, que tan luego como fuere instruido de adherirse ambos generales á dicha invitación, marcharían los correspondientes diputados al punto que ellos designaren.

Fué mandado con las comunicaciones á Córdoba, el Comisario del ejército don ..... Canedo, y con los

de San Juan al general Quiroga un oficial ó jefe mendocino, cuyo nombre ni apellido recuerdo.

A los muy pocos días de haber llegado á Tucumán había mandado el gobernador de Catamarca don Miguel Diaz de la Peña, preso á disposición del general Alvarado, al gobernador de la Rioja coronel don Domingo Villafañe; al cual le habia sorprendido y tomádolo en su Capital, por medio de una división que mandó á su regreso de nuestra entrevista en Monteros. Con dicho gobernador habían venido en calidad de prisioneros, el cura de Famatina ó Arauco, doctor Molina, y no recuerdo que otro vecino; y el general Alvarado así que llegaron habíales dado la ciudad por cárcel bajo de fianza y puéstolos en libertad.

Mientras tanto habíamos esperimentado ya desde el 2º día de nuestra llegada con el ejército la falta de carne para él, por uno y aun por dias, y no una sino dos veces ó más; y fuera de esto, el retardo de comunicaciones urgentes del General, por falta de caballos que alegaba el comandante general don Javier Lopez, que era con quien se entendía el general Alvarado.

Yo estaba en extremo abochornado de una hostilidad manifiesta, precisamente por parte de mi pueblo que era sin disputa el más patriota y decidido, contra los falsos federales. Por consiguiente le había dicho al General que semejantes escaseces dependían solo de la mala voluntad de Lopez, y no de mis paisanos; que para que dicha falta no tuviera lugar en adelante, pidiera directamente al Gobernador de oficio, cuanto necesitase, ó me comisionara á mi para pedirlo á los hacendados, pues estaba cierto de que no se negarían.

Pero el General que era de un carácter en extremo condescendiente y débil, contemporizaba con él y seguía sufriendo el ejército entre tanto, y padeciendo retardo las comunicaciones mas urgentes.

En estos dias nació mi hijo Pedro Miguel y fueron los padrinos del niño don Juan Baustista Berjeire, comerciante francés, casado y avecindado en Tucumán, y la

señora de don José Manuel Silva, prima mía, doña Tomasa Zavaleta.

Como seguía mientras tanto don Javier Lopez hostilizando al ejército con la falta de carne y aún de caballos para los casos que se ofrecían y se carecían de dinero para el sosten del ejército, sin embargo de que los tres Gobernadores se habían comprometido á sostenerlo; pues el ex gobernador de Santiago, general Deheza, se había quedado con todo el dinero que sacó de contribución para auxilio del ejército; y el general Alvarado ó no quiso ó no pudo conseguir nada de él, pués le había yo dicho que ese dinero debia reclamárselo.

Tuvo este General que proyectar una expedición contra la Rioja, indicada por Lopez con el objeto de alejarme y de perderme también, pues le había indicado á Alvarado que podría yo fácilmente con una pequeña fuerza sosprender á la Rioja y remitir para el auxilio del ejército todos los cargamentos de vinos y aguadientes que habían depositados en sus bodegas, en razón de no haber podido salir por la guerra, de ellos, y cuya operación á nadie le sería tan fácil como á mi en razón de haber sido yo el Gobernador de aquella Provincia y de la influencia que ejercía en ella.

Las necesidades que estaba esperimentando el ejército por una parte, por otra la prisión de nuestros dos oficiales parlamentarios, sin darnos contexto alguno; y en fin el deseo de proporcionar auxilios para el ejército á costa del enemigo, y sin verse precisado á pedir una contribución ó empréstito á las Provincias; y sobre todo el deseo de contemporizar con Lopez que quería á todo trance libertarse de mi influencia en Tucumán, decidiéronlo fácilmente al General á mandarme á dicha empresa contando con mi deferencia y patriotismo.

Me ordenó pues que me preparara para salir á dicha empresa con mis voluntarios y riojanos que no pasaban de 200 hombres y con el pequeño batallón 5° que no tenía 170 plazas disponibles, y quedando su jefe el

bravo coronel Larraya, encargado en Tucumán del Estado Mayor del ejército.

Díjele al General que estaba pronto apesar de la grave enfermedad de mi señora, pero que era necesario que se me proporcionaran los caballos precisos para de reserva, pues los que tenía mi dicha fuerza habían llegado malísimos con la marcha de Córdoba y no alcanzaban aún para continuar. El General hizo presente al Comandante general Lopez esta mi justa demanda, y le pidió me proporcionara cuando menos, la mitad de los que necesitaba, y el ganado preciso para la marcha. Más Lopez se denegó diciendo que no los había en la Provincia, ni podía facilitar más ganado que él que necesitara en las paradas hasta salir de la Provincia, pues al Gobernador de Catamarca le sería facil proveerme así de ganado como de caballos de la sierra, que eran los mejores.

El General se dejó engañar por Lopez y me mandó que saliera, no recuerdo si para el 6 ó 7 de julio.

—«General, díjele, es una insoportable insolencia de Lopez la de pretender que yo marche como desterrado ó mandado á pié al sacrificio con tan poca gente, sin darme siquiera lo preciso; lo peor de todo es que haga aparecer á mi pueblo, que es el más patriota, denegándose á proporcionar tan pequeños como indispensables auxilios. Comisióneme Vd. para pedirlos á la campaña que le prometo á Vd. obtener voluntariamente del vecindario cuantos caballos y vacas necesite para esta empresa.»

—«Eso sería desagradar á Lopez y ponernos en choque con él.»—Fué la respuesta del General.

—«Pues si por no desagradar al insignificante Lopez, quiere Vd. mandarme al sacrificio, por solo quererlo él, puede ya disponer que marche otro, pues yo me retiro»,—díjele y me salí.

La tropa estaba lista y sucedía esto, precisamente en la noche de la víspera de marchar; cerrada ya la oración. Pasé á casa de mi primo, Bernabé Piedrabuena, y puse al general Alvarado, la siguiente carta:

« General: He visto que mi presencia en el ejér-
« cito no puede ya servir á Vd. sino de embarazo, y á
« él de perjuicio. La hostilidad que está Lopez hacien-
« do á Vd. y al ejército, nace solo de los recelos infun-
« dados que le inspira mi crédito. Si pues Vd. por solo
« considerarle á ese hombre que nada vale, pretende sa-
« crificarme á solo el capricho de él, me he resuelto á
« no servirle más de embarazo, y alejarme del ejército.
« Sírvase Vd. mandarme ahora mismo mi pasaporte para
« retirarme á Bolivia. Así podrá Lopez, libre de cuidados
« y recelos indebidos, ayudar á Vd. con otra decisión, ó
« Vd. acabarle de conocer.—Es de Vd. su mas afecto
« amigo y compañero.

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID.»

El General, que conoció mi firme resolución de retirarme, así por lo que le había dicho antes, como por el tenor de esta mi carta, me mandó el pasaporte, creo, pero dispuso inmediatamente su marcha para Salta y mandó pedir caballos para ponerse en camino con solo su escolta en aquella misma noche dejando á Lopez el mando.

Habíase traslucido al instante dicha novedad, así en el pueblo como el ejército, por las mismas personas que se habían hallado presentes cuando el General recibió mi carta, y probablemente la manifestó. Asi fué que al poco rato antes de las 10, mándanme buscar, de parte creo del Dr. José Colombres, cura y vicario de Tucumán, á su casa, pidiéndome que fuera en el acto, pues estaban allí reunidos todos los jefes del ejército y varios vecinos principales que deseaban hablarme, y no pasaban á mi casa por el estado en que se encontraba mi señora, pues se alarmaría con su presencia. Tomé mi sombrero y me marché en el acto, creyendo hubiese ocurrido alguna novedad.

Llegado allí, interesáronse todos en que no me separase del ejército y marchara á la Rioja, á efecto de proporcionar los recursos necesarios para este, pues creían

Jose Colombert

SCHALLERUS KRAFT CO. CHICAGO

todos haberlos abundantes, según lo habían asegurado el gobernador Villafañe y el cura Colina, que eran patriotas y amigos míos; diciéndome á más los jefes, que si yo insistía en separarme y marcharme á Bolivia, todos iban á hacer lo mismo y el ejército se disolvería sin remedio.

—«Si hubiéramos sido capaces de calcular, añadieron, que en semejantes circunstancias habia V. de abandonarnos, ninguno de nosotros le hubiésemos seguido de Córdoba! Si perdemos el ejército se perdió la pátria, repitieron todos, pues el General y gobernador de Salta se marcha ahora mismo!»

¿Qué otra cosa podía hacer un patriota como yo, con semejantes manifestaciones, sinó ceder por la pátria y marchar por ella al sacrificio, pues á su nombre me lo pedían? Así lo hice, cediendo á sus instancias.

—«No quiero, díjeles, que se diga nunca, que por mi causa se ha perdido el mejor ejército que hemos tenido. Voy á marchar y vencer todas las dificultades que se me presenten. ¡Quiera el Cielo que por esta mi deferencia nada le falte al ejército!»

Púsele al General una carta, avisándole que al siguiente día muy temprano me marchaba á la capilla de los Lules, tres leguas al sur de Tucumán, á esperar allí los trescientos y pico de hombres de que se componía la división con que se me destinaba, para ocultar mi marcha á mi señora.

Las instrucciones que me había dado ya el General eran verbales, y se reducían á sacar por la fuerza todos los caldos que hubiera en las haciendas de viñas de la Rioja, así vinos como aguardientes, y remitirlos por cuenta del ejército, para su sosten; y así me dijo, «que sean exonerados de los derechos de sisa y alcabala, tanto aquí como en Salta, en razón de reputarse una propiedad del ejército».

—«Si por algún accidente me viniese para mí alguna comunicación, díjome, de Córdoba ó San Juan, impóngase V. de ella y pásemela, por lo que pudiera con-

venirle su conocimiento. En fin, obrará V. en todo, según las circunstancias, procurando asegurarse de Brizuela».

El General me contestó muy complacido y suspendió su viaje; yo marché al siguiente día muy temprano, engañando á mi señora con que iba convidado á comer al Biscacheral, hacienda del cura Colombres, con algunos jefes y paisanos; para que no sospechara, salí de todo uniforme.

Por la tarde, se me presentó la fuerza en los Lules, casi á pié, y así emprendí mi marcha hasta llegar á los confines de la Provincia, con más de cuarenta hombres enancados; mediante el patriotismo de varios hacendados del departamento de Graneros y San Ignacio, y de prometerles pagar los caballos que me proporcionaran, á mi regreso, se me facilitaron los que necesitaba.

En prueba de que el objeto de esta mi expedición, era el de atacar en la Rioja á Brizuela y sacar el cargamento que habia en las bodegas, mandó el general Alvarado al gobernador Domingo Villafañe y el cura Colina, que tenían la ciudad por cárcel, á alcanzarme y marchar conmigo al siguiente día de haber salido de los Lules.

Llegué á Catamarca con el aumento de 86 milicianos que llevé de Graneros, bajo las órdenes del comandante Albornoz; el gobernador Miguel Díaz de la Peña, me proporcionó mas de 300 hombres de milicias de la sierra, en cuyas circunstancias llegó el cura Caballero de la campaña de Córdoba y nos dió la noticia de haber muerto el general Quiroga y héchosele los funerales en Córdoba; que dicha noticia la tenía por positiva, por habérselo á él asegurado un sujeto conocido que acababa de llegar de Córdoba al tiempo que él salia para Catamarca. Esta noticia se comunicó al general Alvarado y marché al siguiente día para la Rioja, con cerca de 900 hombres ó más.

Luego que me hube aproximado, á la primera jornada, me encontré con un oficial riojano que conducía

un pliego para el general Alvarado y que expresaba en el sobre, ser del general Quiroga.

—«Este pliego lo mandará Quiroga del otro mundo, díjele al oficial, pues Quiroga ha muerto y le han hecho los funerales en Córdoba»

—No sé, señor, díjome el oficial, es verdad que aun en la Rioja corre que ha muerto, pero á mí me manda con este pliego el comandante general Brizuela, y me dice que es del general Quiroga.»

Abrí el pliego y encontré que contestaba recién á la comunicación que se le había pasado por el general Alvarado, excusándose, me parece, de no haberlo hecho antes por sus ocupaciones, asegurando que no entraría en negociación alguna, mientras no retrocediera la fuerza que iba bajo mis órdenes. Yo me eché á reir al leer semejante oficio, y mucho más desde que tanto la letra de él como la tinta, eran distintas á las con que estaba puesta la firma.

Despaché al oficial en calidad de preso, hasta ser entregado al General juntamente con el oficio, continué mi marcha hasta Capayan donde debía esperar una caballada que habíame ofrecido el gobernador Díaz con cien hombres más. Llegaron asi los hombres como los caballos, al siguiente día ya tarde, y por la noche caminando toda ella fuí al amanecer á Amilgancho que está á diez leguas de la Rioja. Pasé allí tomando todas las precauciones para no ser descubierto, púseme en marcha al cerrar la noche.

A la madrugada siguiente sorprendo á Brizuela en el pozo de Bargas creo que está como un cuarto de legua ó poco más, al norte de la ciudad, pero se escapó con un brazo roto de un balazo y fué perseguido su fuerza y dispersada hasta más alla del pueblo, por mi vanguardia, que la mandaba el coronel Acha, pues había dirigídose á Catamarca con el gobernador Díaz asi que llegué á Monteros.

Luego que amaneció, entramos al pueblo de la Rioja para acamparme fuera á la parte del Sur, después

de haber praticado un prolijo reconocimiento en todas direcciones y de ser bien recibido por el vecindario. Se tomaron unos cuantos prisioneros y recojieron unos pocos muertos y heridos. A los prisioneros los puse en libertad y mandé que se fueran á los Llanos á prevenir á todos los paisanos de mi parte; que no iba yo contra ellos sino solo contra su bárbaro verdugo, en cuya virtud podían dejarse estar tranquilos en sus casas, pues me conocían ya y debían creerme su mejor amigo.

Yo había sido impuesto en ese día, que Quiroga estaba muy enfermo en Mendoza é iba á venirse á San Juan con una pequeña escolta, lo cual era cierto. Dispúseme en consecuencia á marchar rápidamente al siguiente día sobre San Juan, con más de mil hombres bien montados que tenía. Formada estaba ya la división al siguiente día muy temprano, pasando lista para emprender la marcha, cuando me llega un propio á escape del general Alvarado, ordenándome en el acto y de donde quiera que recibiere dicha comunicación, me pusiera en retirada hasta Tucumán; haciéndome responsable ante Dios y los pueblos si daba un paso adelante, previniéndome además que me mirarían estos como el exclusivo fomentador de la guerra cívil, si seguía contrariando sus instrucciones. Adviertase de paso que mis instrucciones eran ámplias y verbales, fuera del particular encargo de atacar á Brizuela, y quitar todos los cargamentos de vinos y aguardientes para el ejército.

El conductor de esta comunicación, me entregó también dos cartas, la una de mi señora, y la otra de mi primo don Bernabé Piedrabuena; las cuales me instruían del restablecimiento de la primera como de las voces que había esparcido el General en su tertulia con los jefes y ciudadanos, de haber yo contrariado sus instrucciones, atacado la Rioja, y aun que estaba dispuesto á continuar mi marcha sobre San Juan, desde que recibió la comunicación de Quiroga.

No pude menos que indignarme, así por el contenido de la nota del General, como por lo que me decían

las cartas. ¡Sin embargo, érame preciso obedecer y lo hice! Respondí al General, que sin embargo de que había deseado que un rayo hubiese partido al conductor de su orden, antes que entregármela, retrocedía en acto para no contrariarla, y desmentir al mismo tiempo las conversaciones que se tenían en su tertulia; pero que volvía comvencido, de que su tal orden me privaba de hacer á mi pátria el más importante servicio. ¡Libertarla de uno de sus tiranos, Quiroga.

Mil y más hombres decididos y bien montados llevaba, habíales hecho entender, que lejos de sus hogares no les quedaba más recurso que vencer ó morir por su pátria. El pueblo de San Juan háme dado no pocas muestras inequívocas de su aprecio, al verme correr en su auxilio con tantos valientes y no podía menos que levantarse en masa contra su verdugo, pues me ha visto ya vencerle por dos veces. Todo esto habíales dicho á los que me acompañaban, habíanme contestado con entusiasmo: — ¡Marcharemos hasta donde nos conduzca!

Regresé con pesar, al ver desvanecidas mis esperanzas, pero escribí á mi primo Piedrabuena diciéndole terminantemente las instrucciones verbales con que había marchado desde Tucumán para atacar á la Rioja, limpiar sus bodegas á beneficio del ejército, obrar en fin, según las circunstancias y mi buen sentido. — «Enseña esta carta á todos para desmentir con ella á mis detractores pues el que, como yo, no tiene cola que se la pisen, habla siempre la verdad! — Haz en fin de esta carta el uso que quieras», habíale dicho. ¡Piedrabuena tuvo la valentía, de hacerla imprimir en Tucumán, puso con esto una mordaza á todos mis detractores, muy particularmente al principal y nadie contestó una palabra!

Al llegar á Catamarca me encontré con una orden del general Alvarado, para que dejando la fuerza toda, á las órdenes del gobernador Díaz de la Peña, pasara yo solo á presentármele en Tucumán.

Díjele al Gobernador enseñándole la orden: «¡Esta es la mayor infamia que puede verse! Lopez pretende

perderme, esto no es sino obra suya! Voy ahora mismo sólo, por mostrar á ese trompeta lo mismo que á ese débil General, que no los temo, ni tengo porqué!» Mandé inmediatamente á mis dos ordenanzas Magallanes y Ludueña, que se prepararan para marchar y me dispusieran mi caballo.

Así lo hicieron al momento. Dí órdenes al jefe de los voluntarios, de ponerse á las órdenes del señor Gobernador, y me marché al instante para Tucumán. —No había llegado más alla del Portezuelo cuando recibí un oficio del gobernador Díaz ordenándome que regresara á esperar á la derecha del Portezuelo la llegada de mis voluntarios y hombres del 5° que me mandaba, para que saliera con dicha fuerza á la sierra del Alto que acababa de invadirla Ibarra con los santiagueños. Oficio al general Alvarado, me decía dándole cuenta de haberte mandado retroceder para este efecto del camino, —pues nos tuteábamos,—y es pero que por ningún motivo te escusarás.

Fuéme preciso acceder, y regresé al punto que se me indicaba, dando cuenta al General con la orden del gobernador Díaz, de que solo por ella me detenía, pero que pasaría al instante que arrojara á los santiagueños.

A las dos horas ó poco más estaba la fuerza conmigo, marché á la sierra con ellos, á los tres días después, había ya sorprendido á los santiagueños y los perseguí hasta Choya al otro lado de la sierra matándoles algunos hombres. Algunos días fué preciso demorarme en la sierra al efecto de moralizar aquella milicia para que no volviera á ser sorprendida por los Choyanos.

Regresábame con la fuerza cuando recibo aviso del gobernador de Catamarca de hallarse la vanguardia de Quiroga, casi sobre el pueblo, á marcha forzada y que él se encontraba precisado á retirarse por Escaba hácia Tucumán. — Que me daba este aviso para que no fuera á descender de la sierra por la parte del valle.

Así que recibí dicho aviso, me dirigí por sobre la

sierra hácia el norte y atravesando la cuesta de Escaba por el sur de la provincia de Tucumán, hácia el oeste; regresé sobre Catamarca con seiscientos ó más hombres incluso los que venían con el gobernador Díaz, á quien encontré poco más allá de Escaba.

La vanguardia de Quiroga que constaba de doscientos hombres y era mandada por el coronel Bargas, abandonó el pueblo de Catamarca así que me aproximé á él, después de algunas guerrillas; se puso en retirada por la parte de la Rioja, á encontrarse con Quiroga, que venía ya en marcha, como á las once del día.

La fuerza de Bargas era un tercio mayor que la mía, y su importancia el doble. Si yo perdía esta oportunidad de entusiasmar á mis soldados persiguiendo y batiendo á dicha fuerza, dábales una lección de desaliento, que la reputaban indigna de mí; pues aunque las fuerzas enemigas eran superiores en número, consideraba yo á las mías muy superiores en valor y entusiasmo. Me resolví sin vacilar á perseguirla, forzando todo lo posible mis marchas, y sin cesar de molestarle con los fuegos de mis guerrillas.

Iba ya á ponerse el sol, cuando hace alto el jefe enemigo en Miraflores, manda desensillar y largar los caballos de su infantería, forma su línea á la ceja de un monte y me espera. Como el sol iba ya perdiéndose detrás del cerro, fueron de parecer el gobernador Diaz, coronel Acha y comandante Paunero, que se hallaba también con 50 coraceros, de que no debíamos atacar al enemigo en aquella hora sino esperar á que amaneciera.

«Cuando el enemigo ha parado en este punto después de una larga retirada, díjeles: es precisamente porque su ejército está ya inmediato. El enemigo es superior en infantería, y el campo montuoso; si pasamos aquí la noche, nos exponemos ó á que llegue el resto de su ejército, y nos tome con los caballos cansados, ó á que nos desordenen tal vez nuestras milicias con los fuegos de su infanteria, favorecida por el monte. Es preciso atacarles y vencerles en el momento, ó mostrarles que somos unos

cobardes retirándonos. Coronel Acha, díjele: Cargue Vd. sin demora por la derecha, y Vd. Paunero por la izquierda, que yo les atacaré por el centro con la infantería; y Vd. señor Gobernador mandará la reserva, compuesta de un escuadrón de voluntarios y su escolta. A vencer camaradas», díjeles, y acometimos.

Fué tan terrible y uniforme la carga, que por más empeño que puso el enemigo en resistirla, fué al poco instante rota y desecha, toda la línea enemiga; y sin embargo de haber ya oscurecido á este tiempo, fueron perseguidos por entre el monte hasta Capayan por el coronel Acha; pues yo después de haberles seguido más de una legua, ordené á dicho jefe que continuara la persecución, y regresé al campo de batalla para reconocerle y pasar el parte al General.

Hasta la reserva se vió precisada á obrar en este impetuoso choque, y lo hizo con denuedo el gobernador Diaz, sin embargo de ser la primera vez que oía silvar las balas; pues habían arrollados los enemigos á un escuadrón de nuestras milicias, y acudió á tiempo con la reserva, lo rehizo y cargaron todos llevándose por delante á los enemigos.

En el momento después de mi regreso al campo de batalla, pasadas ya las diez de la noche, y cuando principiaba á poner el parte; recibí un propio del general Alvarado desde Salta, ordenándome terminantemente que me retirara, sin comprometer acción alguna, pues que sabía á no dudarlo, que Quiroga estaba en marcha sobre Tucumán.

Me decía en dicha comunicación, que el campo del Tala estaba señalado para vengar la sangre que yo había derramado en él; que para el efecto tenía él ya listos tres mil salteños que deberían marchar con él á Tucumán antes de cuatro dias, (era así verdad, pero se quedó con ellos y tuvo que licenciarlos cobardemente por una simple orden de Quiroga, como se verá después) que en esta virtud me retirara sin pérdida de tiempo.

Impuesto de esta comunicación concluí de poner el

parte y lo despaché con el valiente teniente coronel Wenceslao Paunero, para que le exijiera el más pronto envio de municiones; así para el ejército que estaba escaso de ellas, como para mi división que las habían concluído, lo mismo que su más pronto arribo á Tucumán para que se pusiera á la cabeza del ejército.

El General al retirarse á Salta había dividido el ejército en tres cuerpos; ó más propiamente, había dado la denominación de primer cuerpo del ejército, á la pequeña división que yo tenía en Catamarca, agregando las milicias que yo pudiera reunir de dicha Provincia, y nombrádome Jefe del primer cuerpo del ejército. Toda la fuerza de éste que se hallaba en Tucumán componía el segundo cuerpo, y había nombrado para su jefe al coronel don Javier Lopez agregándole las milicias de Tucumán. El tercer Cuerpo lo componían todas las fuerzas de Salta, y una escolta de 40 coraceros que él había llevado del 2º de caballería siendo su jefe inmediato el mismo General en Jefe.

Explicada ya la distribución que el general Alvarado había dado al ejército, réstame solo explicar lo que ocurrió después. Concluído el parte, y la comunicación que pasé al General pidiéndole municiones y su más pronta venida á Tucuman, despaché como llevo dicho al teniente coronel Paunero con ellas, á efecto de que explicara al General, toda la importancia del golpe que acababa de sufrir el enemigo, pues en solo muertos había perdido más de 80 hombres siendo su dispersión las mas completo. «No se canse Vd. de repetirle al General, díjele, cuanto es la importancia de su pronta venida con el 3er cuerpo del ejército y el pronto adelanto de las municiones».

Al siguiente día 17 de septiembre recorrí todo el campo, y mandé partidas á registrar los montes y reuní los cadáveres. Se encontraron 83 á 85, y fueron sepultados, fuera de varios otros que dió parte el coronel Acha, haberse encontrado en los montes de más adelante. Muchos de los dispersos tiraron hácia la sierra de Córdoba, y aún perecieron á pié en esos montes por la falta de

agua; y aun fueron huyendo muchos, hasta el otro lado de la Sierra, como me lo comunicó el coronel don Vicente Reinafé que dejé libre en la Loma Blanca, felicitándome por el triunfo á los pocos días.

Del prolijo reconocimiento que se mandó hacer por los montes, resultó la reunión de bastantes prisioneros cuyo número no recuerdo, pero estoy en que fusilé no recuerdo si uno ó dos, de los soldados que había yo llevado á Córdoba y se me habían desertado, y á los demás los mandé en libertad directamente á los Llanos y con orden de que no volvieran á reunirse á Quiroga, puesto que yo no era ni quería ser enemigo de los riojanos, sino solamente de su tirano Quiroga

Regresé después á Catamarca á los dos ó tres dias, dejando al coronel Acha de vanguardia en Capayan ó más adelante y después de haber recojido porción de armamento, asi del que había quedado en el campo, como del que botaron en los montes.

A los pocos días de estar yo de regreso en Catamarca, ya se avistó el ejército de Quiroga á mi vanguardia y me fué preciso retirarme en cumplimieuto de la orden que tenía del General, pero dirigiendo aviso al Jefe del segundo Cuerpo del ejército don Javier Lopez, y ordenándole saliera con él á situarse en la frontera del sur de la Provincia, é hiciera pasar el parte al General en Jefe para que acelerara sus marchas. Le pedí también me mandase encontrar al Tala con el general Pedernera y su Cuerpo de coraceros, y con caballada para remontar mi división.

Las milicias de Catamarca no pudieron reunirse á causa de la precipitada marcha de Quiroga, pues sin detenerse en la capital mas que uno ó dos dias, me persiguió sin trégua.

En los pocos días que duró mi retirada mandé consecutivamente, lo menos dos chasques diarios á Lopez encargándole pasara todas mis comunicaciones sin demora al General en Jefe, y ordenándole saliera cuanto antes con todos los cuerpos del ejército y las milicias

á esperarme á las inmediaciones del campo del Tala; pues en caso de no aparecer el General en Jefe con los repetidos avisos que se le habían dirigido, teníamos más que sobrada fuerza para batir á Quiroga, por cuanto él á mas de las fuerzas del ejército que tenía á sus órdenes, podia desahogadamente poner sobre las armas, tres mil milicianos, por ser la Provincia reducida y poblada.

A más de los repetidos chasques que había ya mandado á Lopez hacían tres ó cuatro dias, mandé en los últimos á casi todos mis ayudantes, apurándolo para que me mandara encontrar, con caballos, pues iba ya con muchos hombres enancados y tiroteándome continuamente con el ejército enemigo, así de dia como de noche, desde el Portezuelo. Quiroga tuvo sobrado tiempo de reconocer toda mi fuerza y el estado en que iba, así en la subida como en la bajada de la cuesta de Paclin, y es preciso decirlo, ¡no se atrevió sin embargo á atacarme! El no tuvo otro obstáculo que el respeto que me tenía; digan lo que quieran! Sus caballadas eran excelentes, engordadas en alfalfares y herradas de piés y manos; mientras que las mías iban despeadadas y flacas y llevaba además, muchos hombres enancados á su vista.

Al solo respeto que me tenía Quiroga, debo el haber salvado en 6 dias de retirada; pues Lopez hizo bastante para que fuera sacrificado, antes que auxiliarme. Llegué por fin al cabo de dicho tiempo al rio del Pueblo viejo, que está una legua al sur de Monteros y á 13 de Tucumán, á tiempo que el sol se ponía y á balazos con el enemigo, y con más de 70 hombres enancados; y sólo en dichas circunstancias, y á nuestra vista y de los enemigos, salía recién con los frenos en la mano, á enlazar la caballos que acababan de meter á un cerco, un escuadrón del 2 de coraceros que estaba allí. Esto no es un cuento; pues toda la división y el pueblo de Monteros lo vió.

Sorprendido yo y lleno de indignación, pasé el río del pueblo viejo y desplegué mi fuerza sobre la barran-

ca, tendiendo por delante á los bravos cazadores del 5º, para dar tiempo á que montara el dicho escuadrón.

Más Quiroga no intentó comprometerse; hízome escopetear un rato y se acampó en la banda opuesta, cerrando ya la noche.

¡El comandante general y jefe del primer cuerpo del ejército, don Javier Lopez; acababa de llegar recien del pueblo, con una pequeña escolta de milicias y sus ayudantes, cuando yo me reunía al escuadrón del 2 á las orillas de Monteros, habiendo oscurecido!

¿Podía alguno decirme si el pueblo más decidido contra Quiroga como lo era Tucumán, pudo nunca ser sorprendido hasta dicho extremo, sin que hubiere habido un particular interés al efecto por parte del Jefe que disponía de sus fuerzas?

¡Cierto estoy que ninguno lo creerá, pero ello es la verdad!

Desde que pisé el territorio de la Provincia, no encontré por el camino sino casas ó ranchos desiertos; por que sus dueños habían ganado los montes con sus familias para ocultarlas con la parte de sus prendas ó útiles que pudieron salvar!

¿Y esto porqué?

¡Solo porque su Jefe no les había avisado, sin embargo de los innumerables avisos míos que enviaba consecutivamente hacían ya 6 días!

El continuado escopeteo en que yo venía con el enemigo, era el primer aviso del peligro que llegaba á sus oidos; cuando yo por el contrario pensaba al ver todos los ranchos y casas abandonadas, que poco más adelante encontraría ya á todas las milicias reunidas.

Al coronel Castro Jefe del Cuerpo «Granaderos á caballo» de Tucumán, había yo dejado á retaguardia para que viniera por la espalda de Quiroga, molestándole y reuniendo las milicias. Reconvenido Lopez porque no había reunido las milicias y salido á esperarme á la frontera con toda la fuerza, ni mandádome encontrar con caballos; contestóme que por haber licenciado las

milicias que acaban de llegar de una espedición contra los santiagueños, para que descansaran y se montasen bien; pero que había dádoles orden para que se reunieran al coronel Castro (Jefe boliviano y casado en la frontera) que era el Jefe de aquella frontera. Díjome que no tuviera cuidado ninguno por que con dicho Jefe venían todas las milicias reunidas y el cuerpo de Granaderos que era el mejor de la Provincia; y que á toda la fuerza del ejército la dejaba esa tarde acabándose de disponer en la Ciudadela para salir al siguiente día con toda la artillería bajo las órdenes del general Pedernera.

Pasamos esa noche en la falda del monte de Monteros y como á media legua hácia el nor-oeste. Mandé de allí un propio por los montes de la falda al coronel Castro ordenándole que por el mismo camino marchara en la noche á reunírseme con todas las milicias, y dejando solo un escuadrón para que le interceptara á Quiroga sus comunicaciones con la Rioja y Catamarca. Pero el pérfido Lopez le había mandado una orden contraria, segun lo supe después, para que no se me reuniera, y solo viniera por la retaguardia de Quiroga hasta que él se lo ordenara.

¿Y qué hace este general Alvarado que no aparece? habíale dicho yo á Lopez, así que nos desmontamos. «Yo no lo sé me repuso, pués todos sus partes se los he mandado». Ese mal tucumano que era de un carácter diabólico y envidioso y bruto además, estaba de muy mal humor desde que recibió la noticia de mi triunfo de Miraflores, por el extremado regocijo con que lo recibió todo el ejército y el pueblo; y mucho más desde que él había salido desairado en su expedición que había hecho en seguida sobre el río Hondo; por que no podía soportar ningún elogio que se me hiciera. Así fué que su sola envidia por la causa de nuestra desgracia por una parte sin que deje por eso de culparme yo mismo por mi excesiva moderación.

¡Mil motivos justos tenía yo, hasta para haberle pe-

gado cuatro tiros á ese mal Jefe, ó separádolo cuando menos del mando; aun cuando no fuera más, que por dejar indefensa á la Provincia contra su más mortal enemigo!

Pero como yo creyera según mi honrado modo de pensar de que todo esto lo hacía, solo movido por la envidia de mi reputación, que hasta le obligaba á odiarme, no consideraba digno de mí, dar ningún paso contra él, y mucho menos en aquellas circunstancias. Quise más bien, estimularle con mi moderación y mi ejemplo para que por un camino mucho más noble y glorioso, procurara hacerse más digno de la estimación de sus compatriotas que yo.

«¡Se nos presenta mi amigo, díjele, la ocasión más bella, de hacernos dignos de la estimación de nuestros compatriotas, y de los pueblos todos; destruyendo á uno de sus más bárbaros tiranos!»

«¿Destruído este que resistencia podrán presentarnos el ambicioso Rozas y su teniente Lopez, dueños nosotros de todas las Provincias?»

«Ni quién podría disputarnos á ambos, la gloria de haberlos libertado á todos de sus más bárbaros opresores?»

«Ciertamente que así lo creo», díjome Lopez. «Y no debe Vd. dudarlo, le agregué, por que ningún hombre debe escapársenos. Yo marcharé en seguida sobre las provincias de Cuyo, y Vd. sobre Santiago: ordenaremos en seguida dos fuertes ejércitos, y marcharemos á libertar á Córdoba y Buenos Aires!»

Parecióme satisfecho Lopez de este mi pensamiento, y quedé contento. Había yo despachado partidas de observación sobre el campo de Quiroga, y sin embargo no pude tomar el sueño, y pasé el resto de la noche en vela: mandé también un nuevo parte al general Alvarado, apurándole para que redoblara sus marchas, aunque fuera adelantándose solo; para poder yo con más libertad obrar personalmente sobre Quiroga; y antes de amanecer, mandé montar á caballo toda la fuerza y salí á

formar al campo al norte de la villa de Monteros, como á distancia de poco más de media legua.

Al aclarar el día estaba ya Quiroga pasando el río del pueblo viejo con su ejército compuesto de más de 500 infantes, y como mil y doscientos caballos. Emprendí mi retirada llevando al enemigo á la vista. Al pasar creo por el monte de los Laureles el comandante general Lopez habíase quedado atrás con una fuerte guerrilla, no recuerdo si para despachar un propio, ó al menos fué con ese pretexto. El resultado fué que al llegar á uno de los arroyos que hay más allá de Famaillá, cargó sobre él una fuerza de Quiroga, y en la disparada ó con pretexto de ella, dejó caer varios papeles ó cartas que llevaba dentro del sombrero, y que fueron levantadas por los enemigos; de lo cual resultaron varias sospechas muy vehementes en varios de los que le acompañaban, según me lo dijeron después, pero no hice caso de ello.

Llegué por último al Rincón caída ya la tarde ó poniéndose el sol sin que hubiese alcanzádome el coronel Castro con las milicias del sud y habiéndoseme reunido solamente algunos escuadrones, de Famaillá, Lules, falda de la Yerbabuena y la banda del río, y me encontré también á los generales Pedernera y Videla Castillo que salían recién con el resto del ejército y la artillería; pero dejando el pueblo atrincherado, y forzadas todas las boca-calles á una cuadra de la Plaza, y guardada ésta por los cívicos. Quiroga había detenídose á la otra banda del río de Lules; y dando yo las órdenes necesarias para la más pronta reunión del resto de las milicias del norte, Burruyacú y la Ramada, ordené todas las divisiones del ejército y pasé á situarlo sobre la Ciudadela, cuya colocación y arreglo concluyó á las 11 de la noche del 3 de noviembre.

El coronel y comandante general don Javier Lopez quedaba encargado del mando de la derecha que la componían parte de las milicias de Tucumán que él designó, el escuadrón de coraceros que mandaba el coronel graduado don Santiago Albarracin, y el cuerpo que

venía á las órdenes del coronel Acha, de Catamarca. Componíase dicha división de la derecha de más de 500 hombres.

El costado izquierdo á las órdenes del general Pedernera, componíanlo su regimiento de coraceros, y no recuerdo si dos escuadrones de milicias de Tucumán, ello es que ascendía toda su fuerza á un igual número ó muy poco menos que la derecha. El centro lo formaban dos columnas paralelas compuestas de toda mi infantería que no pasaba de 350 hombres, y llevando cada una, una batería de cuatro piezas para apoyar su flanco y en las cuales se contaban dos obuses.

La reserva componíanla mis voluntarios y un pequeño escuadrón de milicias de Famaillá ó de la Falda que separé al efecto, pero cuyo total no pasaba de 255 hombres y quedó por esa noche encargada al mando del jefe de los voluntarios.

Haremos aquí la explicación de una circunstancia importante, y que fué indudablemente la que vino á dar el triunfo á Quiroga y salvarle con todos los suyos.

Al marcharse Lopez de Tucumán, sobre Monteros el día anterior, había él despachado á su familia en una galera, hácia las Trancas, y el gobernador don José Frías á la suya, en un coche, para ponerlas en salvo, pero cuidando el primero de dar un asiento en la galera de su señora, á la del general Pedernera, pero sin acordarse uno ni otro, de brindar siquiera por política, un asiento á la mía, que no tenía como moverse, ya porque carecía de dinero y ya en fin porque había dispuesto Lopez de todos los caballos. Con este motivo habíase alarmado el pueblo y mi señora que se hallaba restablecida, mucho más; por consiguiente hízome un propio avisándome esta precaución del Gobernador y del general Lopez, y pidiéndome que dispusiera de su salida.

¡Confieso á mis lectores que al recibir dicha carta, no pude menos que llenarme de indignación! En primer lugar por el temor que esta imprudente é innecesaria precaución, había infundido en el pueblo, é infundiría

también en la campaña del norte; y en segundo, porque me hizo vislumbrar cierta ráfaga de desconfianza en el proceder de Lopez. Irritado en aquel momento, como era natural, llamé aparte á mi ayudante de campo y hermano político don Domingo Diaz Velez, y le dije: — «¡Marcha en el acto con ocho hombres de mi escolta, á Tucumán; y pidiendo un coche á Piedrabuena ó cualesquiera de los amigos, alza en él á tu hermana y sobrinitos, y sácala á la Posta de Tapias; pues el pérfido Lopez y aún el gobernador Frías, han sacado á sus familias y no han sido capaces de brindar un asiento á la mia; y está en extremo alarmada!» — Confieso que todo ésto lo hice maquinalmente, pues no se me había ocurrido jamás la más pequeña duda, sobre la completa victoria que esperaba obtener sobre Quiroga.

Mi cuñado al oírme, hízome una pundonorosa reflexión; que no pude menos que apreciar. «¿Qué dirán de mí mis compañeros si me ven encargarme en estas circunstancias de semejante comisión? ¡Dirán que soy un cobarde y que yo mismo la he solicitado por evadirme del peligro¡ ¡Dispénseme Vd. hermano que le pida, que nombre á otro.

¡Ojalá, que así lo hubiera hecho, ó que le hubiese obligado á él mismo!!! ¡Me prendé de su delicadeza, y quise alejar de mí la idea desfavorable á Lopez que dicho paso me había inspirado! Si yo mando sacar mi familia en estas circunstancias, díjeme á mi mismo, no solo confirmo el desaliento que esos imprudentes han inspirado al pueblo y las milicias, sinó que lo haré trascendental al ejército. «Vuelve á tu puesto, díjele, que nada temo del miserable Quiroga! Sigamos.

Ordenado así el ejército y nombrados los jefes que habían de mandar las divisiones, me marché al pueblo por un momento, á efecto de tranquilizar á mi señora. y sacar algunos cívicos más de los que habían dejado á cargo de las trincheras. Muy pocos momentos pude detenerme. ¡Mi pensamiento estaba en el campo, aunque me hallaba lejos de el. ¡Parecíame que ya se pre-

sentaba Quiroga en él, y que le faltaba mi presencia para alentarlo! Me despedí muy luégo, pero con engaño, pues pretexté que era preciso recorrer las trincheras para pasar la noche tranquilo, pero no volví; saqué algunos cívicos de ellas y dejando solo los muy precisos, regresé al ejército.

¡Qué amargos recuerdos me presenta esa noche fatal, con la descripción que voy á hacer! Amanecía el día 4 de noviembre del año 1831, sin que se me hubiera reunido el coronel Castro con más de mil hombres cuando menos, que debian seguirle y le seguian en efecto! Pero Quiroga y su ejército se avistaban por el Rincón de Ugarte tiroteándose ya con mis partidas avanzadas, y sin que parecieran todavía los escuadrones de Burruyacú, la Ramada y Trancas, que son dos curatos de bastante población.

Traté de colocar mi línea apoyando ambos flancos, el derecho en un potrero con cerca de tunal y zanja á la parte del oeste, y el izquierdo en la Ciudadela. Colocada así mi línea, con mi infantería en dos columnas al centro, y apoyadas ambos flancos de ellas por las dos baterías, y la caballería escalonada por escuadrones me decidí á esperar el ataque del enemigo, sin presentarle resistencia en el paso del Rincón,

Yo que conocia á fondo el carácter y costumbres de nuestros soldados y gauchos, y muy particularmente á Quiroga y sus tropas, quería atraerlos sin resistencia al norte del Manantial para que no tuvieran otra salida que el paso del Rincón, en razón de no dar paso dicho arroyo en toda su extensión sino por aquél, porque el otro del puente, quedaba á mi derecha, y además había ordenado que los escuadrones de Vinará y los Leales que atendian á la parte de Santiago, cuidaran de ocupar su espalda para que no escapara ninguno.

Tomadas todas estas precauciones y colocado mi ejército en tan ventajosa posesión, me propuse esperar el ataque para que después que hubiese desordenado á la caballeria enemiga con los fuegos de mis dos bate-

rías, cargara reción la mía por escalones, para cuyo efecto estaba colocado á cubierto de todo ataque de flanco. ¿Pudo por ventura algún otro General más hábil haber colocado el ejército en mejor posición? ¿Debí yo acaso haber abandonado ésta y el pueblo, con toda la Provincia, para ir á buscar la reunión á Salta con el General en Jefe, contando como yo contaba con una doble fuerza que debía aparecer por instantes á la espalda del enemigo, y que se me habria reunido ya sino hubiese sido la orden contraria que había mandado Lopez al coronel Castro como se verá más adelante.

En estas circunstancias, pues, y con el enemigo ya al frente, preséntaseme el valiente coronel graduado N. Balmaceda, á presencia de los jefes, que estaban reunidos para recibir órdenes, y me dice con el mayor respeto:

—«¡Mi General: acabo de ser tildado sin razón en el parte sobre la campaña del *río Hondo*, de no haber concluído con los santiagueños por cobardía, no habiendo merecido nunca tal dictado! Vengo, pues, á pedir á V. E., respetuosamente y en presencia del ejército, me haga la gracia de destinarme con mi escuadrón para dar la primera carga al enemigo en la batalla que vamos á dar, cuando V. E. lo tenga por conveniente; pues quiero así mostrar al ejército la injusticia con que se me ha herido!»

Yo que conocía á ese valiente jefe, y al mismo tiempo la influencia que esta su noble demanda produciría en los demás, díjele con entusiasmo:

—«¡Está concedida su petición, valiente Coronel, y estoy seguro de que no necesitaremos de mas cargas que la suya para llevar por delante á esos miserables!» Y volviéndome al general Pedernera, le dije:—«Dele V. su escuadrón al Coronel, y que venga á situarse á mi lado para destinarlo á la primera carga, cuando llegue el caso.»

Permítaseme hacer aquí una digresión importante:

El señor Sarmiento, al describir novelezcamente la da del gaucho malo Juan Facundo Quiroga, deseando

ensalzar su actividad y su génio, al mismo tiempo que deprimirme, dice:

«*En veinte y cuatro dias atravesó con su ejército cerca de trescientas leguas de territorio, de manera que estuvo á punto de sorprender á pié algunos escuadrones del ejército que con la noticia inesperada de su próximo arribo, lo vió presentarse en la Ciudadela, antiguo campamento de los ejércitos de la pátria, bajo las órdenes del general Belgrano. Seria inconcebible el como se dejó vencer un ejército como el que mandaba La Madrid en Tucumán,* (1) *con jefes tan valientes y soldados tan aguerridos, si causas morales y preocupaciones anti-extratégicas, no vinieran á dar la solución de tan extraño enigma.—El general La Madrid, jefe del ejército, tenia entre sus súbditos al general Lopez, especie de caudillo de Tucumán, que le era desafecto personalmente, y á más de que una retirada desmoraliza las tropas,* (2) *el general La Madrid no era el más adecuado para dominar el espíritu de los jefes subalternos.* (3) *El ejército se presentaba á lo batalla medio* FEDERALIZADO, *medio* MONTONERIZADO; *mientras el de Facundo traia esa unidad que dan el terror, &c., &c.*»

Véase, pues, por esa relación del ilustrado escritor Sarmiento, y por la verídica que hago, así de esta campaña como de las demás, cuan apasionadamente ensalza al uno y deprime al otro, y adviértase que al escribir él dicha obra en Chile, yo me hallaba presente y que estuve varias veces en su casa á pedimento suyo para darle algunos informes que quiso pedirme, de los cuales solo expresó los que quiso. No puede menos que causar fastidio el verle á dicho escritor saltar, en aquella su des-

---

[1] ¡Disparando sus jefes, como lo hicieron, para sacrificarle!

[2] Una prueba muy palpable de lo que quiere dar á entender Sarmiento, dí en toda mi retirada desde Córdoba, y muy particularmente en las Piedras, cuando con solo 300 milicianos y unos muy pocos coraceros, mandé cargar y dispersar á más de 600 hombres que mandaban los Reynafé.

[3] ¡Pero nunca le han quitado estos un solo ejército ni fuerza alguna, y no es europeo!

cripción encomiástica de su héroe, por encima de la espléndida victoria que obtuve en Miraflores, contra la vanguardia de Quiroga, el 16 de octubre; ni puede tampoco disimularse como calla los cuatro más espléndidos triunfos que obtuve en la Ciudadela con solo trescientos y pico de infantes, contra todo el ejército de ese su fantasma tan poderoso, después de haber sido tan pérfido como brutalmente abandonado el sacrificio por los generales Lopez y Pedernera, con toda la caballería, y mucho mas cuando su mismo héroe Quiroga, dijo en la plaza de Tucumán:

—«¡Si La Madrid tiene 50 hombres de caballería, no soy yo el que triunfo!»

Espero que mis lectores me disimularán esta larga cita con que les he distraido. Sigamos.

Si no tuvo lugar la carga que Balmaceda me había pedido para cuando yo la ordenara, la cual solo habria bastado para triunfar de Quiroga como yo mismo se lo dije á presencia del ejército, fué únicamente .porque los generales Lopez y Pedernera me manifestaron enseguida que si les quitaba los mejores jefes y la mejor tropa para la reserva, no podrían ellos responder del buen éxito de su carga, cuando yo les ordenara. Esto nació de haberme dicho Pedernera al pedirle el escuadrón de Balmaceda, para que viniera con él á la reserva:

—«Si me quita el señor General, el jefe y el escuadrón de mi mayor confianza, no hace otra cosa que comprometerme.»

—«Un escuadrón es preciso que venga para aumentar la reserva, y un jefe con él para mandarla», díjeles. Puesto que el general Pedernera se considera comprometido, si se le saca el escuadrón del coronel Balmaceda, que venga entonces el coronel Acha con 50 hombres de los suyos, díjele al general Lopez, puesto que su división es la más fuerte; así será Acha quien mandará la reserva y Balmaceda irá á ponerse con su escuadrón á la cabeza de la columna del señor Pedernera, para ser el primero que se destine á la carga cuando el caso llegue.

Lopez que tenía ya su plan formado y en el cual estaba también Pedernera, como se vió muy luego, alegó la misma razón, que quería yo comprometerle quitándole el mejor jefe. Yo confesaré, si se quiere, que no debí condescender con Pedernera y sacarle el escuadrón. No para principiar la batalla con él, como burlescamente lo dice Sarmiento, pues que iba á principiar, como la principié en efecto, desmoralizando y desordenando á los gauchos de Quiroga con su artillería; más como en aquellas circunstancias no quise dejar un pretexto á estos dos Generales para que dejaran de llenar su deber cumplidamente, y menos pude creerlos animados de unos tan pérfidos proyectos como los que practicaron. Díjeles á ellos con afabilidad:

—«Muy bien, señores, quiero dejar á todos satisfechos, quitándoles toda idea de que yo pudiera intentar jamás el comprometerles. ¡Mi intento no es otro que el de salvar la pátria y ver á Vds. cubiertos de gloria! V. señor Balmaceda, vendrá solo á mandar la reserva, y en vez de su escuadrón de coraceros le daré mi escolta que algo vale, su crédito de V. es demasiado conocido del ejército!»

Así terminó esta ceremonia con satisfacción de todos, y los mandé á ocupar sus puestos, después de haberles dado las órdenes competentes.

Los comerciantes y muchos vecinos del pueblo, y hasta eclesiásticos á caballo, estaban colocados á retaguardia de nuestra línea para presenciar nuestro triunfo, que era esperado de todos. En estas circunstancias había ya Quiroga formado su línea fuera del tiro de mis cañones, y mandó en seguida adelantar dos escuadrones por derecha é izquierda, como á reconocer nuestros flancos ó amenazarlos.

Si el señor Sarmiento fuera militar y conociera la insignificancia del adelanto de dichos escuadrones, ó más propiamente la torpeza con que fueron adelantados, sin poder esperar otra cosa que verlos muy pronto envuel-

tos y acuchillados; (1) despreciaria más bien á ese su novelesco héroe que ensalzarlo como lo hace, por dicha jornada. Pregunto á todos los militares que lean esta verídica descripción del orden en que estaban colocadas ambas líneas. ¿Pudo Quiroga, ni nadie, esperar alguna ventaja de paso tan imprudente, sin haber estado de acuerdo con algunos de los jefes contrarios que mandaban ambas alas, ó con los dos á la vez?

¡Pues sépase que ese desatino de Quiroga, si no fué en inteligencia con Lopez ó Pedernera, ó con ambos á la vez, fué el que le proporcionó su triunfo; pues el escuadrón invencible, los generales Pedernera y Lopez, y hasta su insigne cargador Balmaceda, así lo quisieron, volviendo vergonzosameute la espalda á menos de trescientos hombres que al amenazarlos con su amago de carga, fueron contenidos y medio desordenados por los fuegos de mis dos baterias!

BATALLA DE LA CIUDADELA

Colocada mi línea en la posición que queda arriba designada, en la imposibilidad de ser flanqueada ninguna de mis alas; las de Quiroga fuera del alcance de mis cañones y de los fuegos de mi infantería, que la mandaba el general Videla Castillo, y el coronel Larraya, no Barcala como dice Sarmiento; fué entonces cuando Quiroga mandó adelantar sus dos escuadrones sobre ambos de mis flancos, al galope.

En el momento en que se pusieron á tiro de cañón mandé á mis dos baterías que dispararan sobre ellos, y corrí al mismo tiempo hácia Pedernera, en circunstancias que habían acertado una ó dos granadas á dar en medio del escuadrón que venía á su frente, desordenán-

---

[1] Como debieron serlo, por más de mil hombres que tenían á su frente; y sin embargo, el 2 de caballería ó coraceros que ni en el Brasil ni en la República Argentina halló, según Sarmiento, quién resistiese á su empuje no quizo esa vez empujar sino disparar, como todos lo hicieron.

dolo, y le dí yo mismo la orden para que lo cargara, pues se hallaba él al centro de su columna, cuando Pedernera se movió con ella á la carga, todo mi ejército y los mirones oyeron los gritos de «alto», al escuadrón enemigo.

Quedéme parado con mis ayudantes esperando el resultado de la carga de Pedernera, y habiendo mandado suspendiesen el fuego de artillería, así que este General se aproximara al enemigo; cuando lo veo hacer alto con su columna casi al llegar á las manos, y en circunstancias que el escuadrón enemigo acababa de hacer alto ordenando sus fuerzas para volver caras. Al ver tan inesperada conducta en Pedernera, no pude menos que pronosticar su pronta fuga y dije á uno de mis ayudantes:—«Corra V. y dígale al coronel Balmaceda que ahora es tiempo, que cargue precipitadamente con la reserva y se lleve por delante aquel escuadrón, porque ese alto de Pedernera me indica que huye en seguida.

En el acto de recibir Balmaceda mi orden muévese á galope con toda la reserva, pero el primer escalón de coraceros que estaba á la cabeza de la columna de Pedernera, casi tocando sus lanzas con las del enemigo, vuelven caras á los primeros escopetazos que le disparan los carabineros enemigos, y tras de él todos los demás. El insigne cargador de Sarmiento, y que en realidad era un valiente, en vez de pasar y acuchillar con su reserva á dicho escuadrón enemigo, ó contener cuando menos á la columna que huía, vuelve caras y pónese á la cabeza de ella, á vista de todos.

Confieso que me quedé pasmado á la vista de un suceso tan inesperado. Vuelvo la cara á mi ala derecha juzgando que el general Lopez hubiese hecho acuchillar al escuadrón que se le aproximaba á su frente, y solo descubro los polvos de su fuga hácia su retaguardia. ¿Pudo nadie, pregunto, esperar un hecho semejante? ¡Pues todo el ejército y cuantos comerciantes y mirones estaban á nuestra espalda lo vieron!

Mi primer ímpetu fué el de correr en alcance de

Pedernera, derribarle de un pistoletazo asi á él como á Balmaceda, y contener la tropa. ¡Mas reflexioné en seguida, que algún tiempo necesitaría para esta operación y volver con la fuerza y que la infanteria que se veia abandonada por toda la caballería, no podría menos que desalentarse y desbandarse, si le faltaba también su General! Corrí á ella lleno de indignación y entusiasmo y puesto al frente de las dos pequeñas columnas, díjeles: — «Valientes amigos y compañeros ¡Me borraria mil veces el nombre que tengo, si yo necesitara de toda esa canalla de caballeros que acaba de abandonarnos tan feamente, para destruir á esos miserables que tenemos al frente! Con vosotros me basta, camaradas. Seguidme á la victoría, y no descargueis vuestras armas sinó en el pecho de vuestros enemigos, para meterles la bayoneta en seguida!»

Un estrepitoso viva á la pátria, y otro á su General, dieron aquellos valientes!—«General Videla, díjele; deje V. 50 hombres al cuidado de nuestra artilleria; y marché al frente de las dos columnas al trote, y ellas al mismo aire, pues los soldados que tiraban las piezas, habían cortado sus lazos así que vieron la fuga de la caballería; mandándose mudar. Las piezas eran pesadas y no quise recargar á esos valientes infantes con su peso.

Los enemigos que se habían movido sobre nosotros hicieron alto al vernos marchar, y rompió la infantería sus fuegos. Un «viva á la patria», fué nuestra contestación y el paso de ataque que tocaban las tres bandas de música. Estábamos ya encima y mandé desplegar las columnas; la descarga enseguida, y á la bayoneta. No la esperó, no! ese novelesco génio de Quiroga que pinta Sarmiento. Pusóse en fuga con toda su horda y marchábamos por sobre sus cadáveres, después de haber dejado también algunos de los nuestros.

Pero los dos escuadrones que perseguían á mas de mil trescientos de mi caballería, así que me vieron marchar sobre su línea y desbaratarla, habían vuéltose sobre mi

y encontrando las 8 piezas abandonadas, porque Videla Castillo no había dado cumplimiento á mi orden de dejar los 50 infantes á su cuidado, apoderáronse de ellas, dejaron una fuerza á su cuidado, mandaron alcanzar á Quiroga con dicho aviso, y cargó parte de su fuerza sobre nosotros.

Cuando yo observé dicha fuerza por nuestra espalda, contuve al 5º y todos los cívicos que mandaba Barcala, y volví sobre ellos, que huyeron á la 1ª descarga hácia mis cañones.

Entónces observé que toda la caballeria de Quiroga que iba en fuga, estaba reuniéndose sobre mis cañones. Hice alto para ordenar mi tropa y que descansara un momento. «Ya habeis visto valientes soldados, díjeles, cuan poco valen nuestros enemigos; esos prófugos se han apoderado de nuestra artilleria por no haberse cumplido con mi orden; preciso es que la rescatemos». Si señor, gritaron todos, á ellos.

Marché en batalla, dando un fuerte viva á la pátria por ser esta formación la menos espuesta, para cargar sobre la artilleria que empezó á vomitar sobre nosotros, granadas, balas rasas y por último metrallas. Pero muy poco tiempo les dieron mis valientes para que nos fusilaran á cañonazos y con el fuego de los pocos infantes que habían reunido, me precipité con ellos con tal ímpetu sobre mis cañones y su línea, sin disparar un tiro, que cuando mandé hacerles la descarga, fué cuando daban ya vuelta abandonándolos. Solo un pieza de calibre de á dos se llevaron arrastrada á la cincha de sus caballos.

Estremado fué el regocijo de todos á la vista de tan prodijioso triunfo! Bastantes hombres habíamos perdido entre muertos y heridos, pero los que sobrevivíamos nos reputábamos invencibles! Razón sobrada teníamos para ello, y Sarmiento ninguna, para saltar sobre tan heróicos hechos y dejarlos en silencio!

En medio del sonoro toque de nuestras bandas de música, de los más entusiastas vivas, mandé á mi ayudante de campo Cármen García, en busca de los genera-

les Lopez y Pedernera, para participarles nuestro completo triunfo y ordenarles que volvieran, en la dirección que habían llevado esos jefes que no eran cobardes. El valiente coronel Acha, que había estado en la derecha con Lopez, fué el único jinete que al huír éste, corrió á reunírseme, por consiguiente, tuvo parte en los dos espléndidos triunfos de nuestra infantería.

Hácese aquí indispensable suspender por un momento esta relación, para dar noticia de lo que hacía el coronel Castro con más de mil hombres de las buenas milicias del sur, á retaguardia de Quiroga.

Hallábase en la Reducción ó fronterita con dicha fuerza, marchando sobre Tucumán. (1) No recuerdo ciertamente el verdadero nombre del lugar en que se hallaba, pero sí que no pasaba de cuatro ó cinco leguas del lugar en que nos batimos. Seguiremos.

Así que se vió Quiroga corrido por segunda vez, y despojado de los cañones de que por acaso se había apoderado, reunió su fuerza cuanto pudo; y como observase que mi caballería no parecía, y que mi infantería estaba disminuida, y debía suponerlos cansados también, (2) vínose á la carga, ó mandó cargar á toda su caballería, sobre mis cañones, y como doscientos y más infantes que me quedaban. Impetuosa fué esta carga, pero más impetuoso fué aún, el fuego de nuestros infantes y cañones, pues lo obligaron á volver la espalda á menos de una cuadra de nuestros cañones, pero dejando un tendal de caballos y jinetes.

En el mismo momento que volvían la espalda los

---

(1) Iban ya á enlazar unas reses para que carneara la tropa, cuando sintieron los primeros cañonazos y disparaba sobre Quiroga, y solo distaba poco más de 4 leguas. Dicele toda la tropa al oirlos:—"¡No queremos carne sinó la de Quiroga! ¡Marchemos!» El jefe se opone y retrocede hácia Caspinchango, como 4 leguas á la parte de la falda. Disparáronse de la formación más de 30 hombres, y lograron venir y acuchillar á algunos de los Riojanos dispersos de la primera carga.

[2] Aquí fué donde él fusiló, á un jefe ú oficial que se atrevió á decirle que no era ya prudente cargar.

enemigos, me precipité sobre ellos, con el coronel Acha, mi ayudante y hermano político don Domingo Diaz Velez, un cirujano inglés cuyo nombre no recuerdo y mis dos ordenanzas, los valientes sargentos Magallan y Ludueña. Lanceamos y acuchillamos algunos hombres como á distancia de dos cuadras ó poco más, pues nuestros caballos eran buenos; pero nos vimos precisados á volver á escape muy pronto, perseguidos por infinitos de los suyos.

Viendo yo que Quiroga reunía empeñosamente su fuerza, y que al parecer intentaban darnos otra, díjele al joven cirujano inglés:—«¿Se halla Vd. capaz de ir en busca del general Lopez, hácia el Cebilar, y ordenarle que vuelva al momento con la caballería que tenga, para acabar con estos miserables?» «Y para mucha más, díjome, porque mi caballo es bueno!» «Pues marche Vd. valiente doctor, díjele, y diga á ese General y de más, cuanto á presenciado.

No bien acabé de decirle, cuando ese valiente partió á escape diciendo con entusiasmo. «¡Me volví pronto!» Apenas vió Quiroga salir á escape á este valiente, cuando destinando seis ú ocho hombres sobre él se movió de frente sobre nosotros con mayor ímpetu.

Esperamos con las armas cargadas y con la orden de hacerles una descarga sucesiva por mitades, así que se pusieran á tiro para recibirles con una general á quema ropa; pero nuestra artillería empezó á disparar sobre ellos, apenas el intrépido y distinguido coronel Arengrein, conoció que no serían perdidos sus tiros. Dos granadas acertaron en la línea, y volaron algunos jinetes con sus caballos; pero no por eso suspendieron su impetuosa carga, pues siguiéronla con arrojo hasta que á los 50 ó 60 pasos de nuestros cañones, fueron obligados por la metralla y descarga general de nuestra infantería, á volver la espalda, pero dejando multitud de hombres y caballos tendidos; y entre los primeros, al coronel Bargas jefe de su infantería.

Lancéme en el acto sobre ellos, dando un fuerte viva á la pátria, con el valiente Acha, Diaz Velez y mis dos

referidos ordenanzas. Logramos acuchillar á varios, pero fuimos muy luego obligados á refugiarnos á nuestra línea.

Quiroga, entonces rehaciendo toda su caballería fuera del alcance de nuestros cañones, mandó circularnos con sus escuadrones, y no se atrevió más á cargarnos. El coronel Acha en estas circunstancias, y quizás con el fin de buscar nuestra caballería, habíase salido sin yo notarlo. El valiente Arengrein, jefe de nuestra artillería, había caído á mi vista al dirijir la última puntería de un obus á metralla, sobre él, atravesado el pescuezo por un bala enemiga.

Nuestras municiones así de fusil como de cañón, habíanse agotado, y nos quedaban ya muy pocos tiros! Más de un tercio de nuestra fuerza nos faltaba ya, entre muertos y heridos, y nos consumía una desesperante sed!

La acción había principiado á las 10 de la mañana; á los cinco minutos después, había fugádose toda nuestra caballería: tres de mis ayudantes, incluso el cirujano inglés, habian ido á buscar á Lopez y Pedernera, sin que ni estos, ni aquellos aparecieran. (1) ¡Era ya cerca de la una; el sol abrasaba, los clamores de mis heridos pidiendo agua, me partían el corazón, pues habíamos recojido á varios de los que habian caído en la primera y segunda carga que dimos, y nuestra caballería mientras tanto no aparecía!

¡Resolvíme en tan desesperante situación, á correr un albur atropellando el cerco enemigo, con solo mi fiel y valiente ayudante y hermano don Domingo Diaz Velez, y mis dos valientes sargentos Magallan y Ludueña, únicos jinetes que me acompañaban! Al tomar esta resolución hallábame parado al lado de la batería que mandaba el teniente coronel don Cayetano Cortina, y los repiques del pueblo habían cesado al ver cerca á los de Quiroga.

---

(1) ¡Los dos Generales estaban sombreando pié á tierra con su caballería, en el monte del Cebilar, á menos de una legua de nosotros, y no hicieron caso de las ordenes!

«Valiente Cortina, díjele, marche Vd. á decir al general Videla Castillo, que forme cuadro y procure sostenerse á todo trance, mientras yo atropellando al enemigo voy á ver si salvo, y vuelvo al momento con la caballería, á libertarlos! Dígale Vd. que fijen en mi su vista; y que si me viesen abrirme paso por entre los enemigos, se consideren ya salvos; porque antes dos horas habrié acabado con esos miserables! Este sacrificio dígales Vd. que voy á hacerlo por solo salvarlos!»

Cortina partió al galope en busca de Videla á donde estaba la infantería, y yo enderezé para el pueblo con solo mis tres acompañantes. Muy pronto fuí alcanzado por el teniente coronel Cortina, quien me dijo haber comunicado mi orden al jefe del Estado Mayor coronel Larraya, en razón de haberse ya mandado mudar el general Videla Castillo.—«Mi General, díjome enseguida; yo dejo oficiales encargados de las piezas, permítame que le acompañe, pues mi caballo es bueno».

No juzgué prudente negarle esta súplica. «Marchemos valiente Cortina, díjele, y apretemos la carga sobre estos que nos vienen al encuentro». (1) Arremetimonos unos y otros; y al encontrarse Ludueña con el que venía mas adelante, le obligó á volver la espalda, pero lo sacó del caballo en la punta de su lanza, metiéndosela por bajo la quijada izquierda.

Los tres ó cuatro que venían más adelante y casi á la par de dicho ayudante, volvieron caras, y los demás siguieron su ejemplo. Arremetimosles como unas furias, y nos abrimos paso por entre el Cuerpo que guardaba aquel punto, corriendo en dirección hácia la Capilla del Señor de la Paciencia. (2) Uno de los dos sargentos,

---

(1) Como 16 hombres venian á gran galope, quizás suponiéndonos pasados, y entre ellos dos ayudantes de Quiroga el uno de ellos fué levantado del caballo por Ludueña en la punta de su lanza, y este valiente sirve hoy á Rosas!

(2) Es un Oratorio ó Capilla que está al Oeste de Tucuman y á pocas cuadras del pueblo.

viendo un escuadrón formado cerca de dicha capilla, ó algunas cuadras más al sur, díceme.—«Mi General, aquel escuadrón es nuestro».

«Vamos á él», díjele, y enderezamos á todo correr; cuando al aproximarnos recíbennos con una descarga. Volvimos nuestros caballos á la derecha, pues había sido un escuadrón de carabineros de Quiroga, y dirigíamonos hácia el bajo y dejando el pueblo muy inmediato á nuestra izquierda, pero perseguidos por más de 50 jinetes.

Al recibir la descarga, volver con furia mi caballo sobre la derecha, habíaseme volado la gorra é iba yo el último de todos, levantando mi caballo para no rodar en las viscacheras, pues era el moro más superior que he montado en mi vida, cuando vemos salir como del pueblo una columna como de 200 hombres de caballería con lanza y banderolas, y díceme el sargento Magallan: —«General, aquella columna es nuestra».

Como los enemigos me tenían muy inmediatos, y no perdía de vista el suelo para no rodar en alguna viscachera que las hay muchas por allí, díjele al sargento, «marche Vd. á reconocerla», y descendíamos ya al bajo por entre los poleares; por consiguiente no tuve tiempo de observar el resultado del reconocimiento, y advirtiendo que los hombres que venían detras de mi habían ya desaparecido, grité á los tres que iban adelante, y contuve la carrera y contramarché para el pueblo y me dirigí de galope á la casa en que había dejado á mi señora la noche anterior, para levantarla en ancas juntamente con los niños que estaban con ella; pues había ya reunido dos clarines y dos ó tres hombres, pero me encontré con la casa abierta y saqueada, y díjome una criada:—«Mi amito á la señorita la han llevado para la plaza sus parientes».

Adviértase que toda esta diligencia la habíamos practicado de carrera, y que la casa en que había estado mi señora, se hallaba precisamente no muy distante del lugar en que acabo de dejar al escuadrón de riojanos que me había hecho la descarga, pues estaba situada

á media cuadra de la casa del doctor Molina, que fué después obispo de Tucumán. Por consiguiente no podía yo perder el tiempo en desmontarme y saltar fosos y trincheras para ir á buscar la familia, exponiéndome á ser tomado y lo que es más no dar con la prontitud que deseaba con mi caballeria.

Salí, pues, de carrera á la parte del norte y marché á escape camino á los Nogales, y el lugar designado para punto de reunión. Descubro al momento algunos hombres á caballo que corrian para mi izquierda en la misma dirección que yo llevaba, y mando tocar reunión á mis dos clarines. Oir dichos hombres el toque, y correr precipitadamente adelante, fué una misma cosa.

Continuamos á todo correr de nuestros caballos que eran todos superiores y de mi propiedad, y llegaríamos á los Nogales á las dos de la tarde; (hay cuatro leguas del pueblo). Encuentro allí al lado de un pozo á uno de mis ayudantes de campo el mayor don Ramon Ferrer que estaba esperando que sacasen agua con un cuero y una soga ó lazo de un pozo de balde para que bebieran unos cuantos hombres que había reunido. Preguntéle por Lopez y Pedernera y me contestó que no sabía de ellos después que los dejó en el monte del Sebilar cuando le comunico mi órden al primero para que volviera, pues habiéndose él callado la boca y viendo que no se movía, se regresó á darme cuenta; pero como hubiese encontrado á la caballeria de Quiroga circulándonos se había regresado al punto de reunion por si los encontraba allí.

Acabo en este momento de llegar, díjome, con estos hombres que están desesperados por beber agua, vé y que tomen agua pronto, díjele, y márchese con ellos á Tápia, y con los más que tenia: pues me había dicho así que llegué que el general Videla Castillo acaba de pasar para dicho punto que está cuatro leguas más al norte, con cerca de cien hombres.

Dada esta orden á Ferrer, continué á todo correr para Tápia, con Cortina, Diaz Velez, el sargento Lu-

dueña y los dos clarines. Así que llegué á la parte, saqué mi relój y eran las tres y pocos minutos, y había yo partido de donde dejaba mi infanteria y cañones á la una menos tres minutos.

Pregunto al maestro de posta de Tápia por el general Videla Castillo y díceme que acaba de pasar hace muy poco con más de ciento veinte hombres para Trancas.

Pídole papel y tintero y un hombre á caballo para que alcanzara al General y póngole una orden para que regresara en el acto, pues nuestra infanteria que acababa de dejarla en cuadro, aun se sostenía, porque acacaban de oirse tres cañonazos al poner la orden.

Despachado este propio al instante, póngome á pasar el parte al general Alvarado y apurándole para que volára aunque fuera con quinientos hombres. Escribiéndole estaba cuando llegó Ferrer con los hombres que quedaban con él en Nogales, y algunos más que se iban reuniendo por el camino, así jefes como oficiales y tropa.

Ordené á Diaz Velez sin dejar de escribir, que pidiera al maestro de posta unas reses que estaban á mano, y las mandara carnear en un hermoso rastrojo de trigal que allí habia, para que fuera comiendo la tropa conforme fuese llegando, y que desenfrenaran los caballos adentro del rastrojo para que fueran pastando mientras yo despachaba el parte.

Fué Diaz Velez y dió puntual cumplimiento á mi orden, haciendo entrar al cerco á cuantos venían. Yo había mandado colocar con el sargento Ludueña dos hombres sobre unos árboles que hay en una lomada, para que descubrieran el camino de Tucumán y de los Pocitos, pues desde dicha altura, todo se descubre.

Habíame avisado Diaz Velez, que habían ya mas de ciento y tantos hombres dentro del trigal, y que estaban acabándose de desollar ya las reses, cuando sintiéndose dos ó tres tiros de fusil por el monte, hácia Tucumán, ordené que fueran á reconocer. Acabo el parte, y salgo á pedir un oficial para que lo condujera, y encuéntrome

solo con Cortina y dos ó tres soldados de mi escolta que se habían reunido, y uno de los clarines; toda la tropa y hasta los jefes y oficiales que habían llegado y desmontádose en el trigal, se habían mandado mudar abriendo portillos en el cerco, y dejando las reses; menos el mayor Ferrer que había ido con Diaz Velez á practicar el reconocimiento.

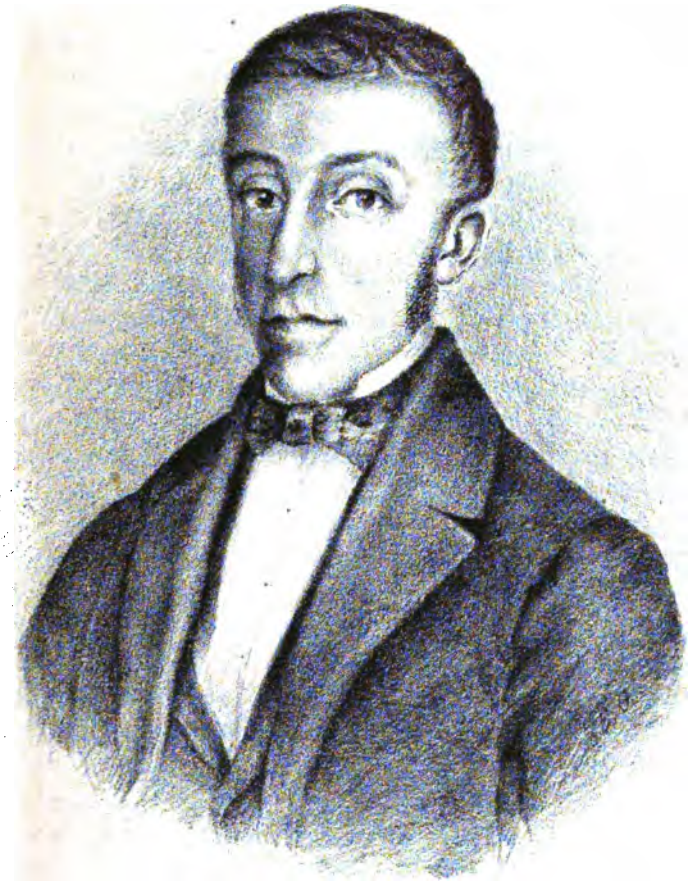
Vienen en seguida Ferrer y Diaz Velez á decirme que los dos tiros que se habían sentido, eran de dos soldados que venían y habían descargado sus armas; los cuales decían, que por los Pocitos venian los generales Lopez y Pedernera, con alguna gente, y que el sargento Ludueña quedaba en observación con los dos hombres. Esto es perdido, dije entre mí, me mordí los lábios lleno de ira y entré á escribir una carta á mi hermana Catalina ordenándole que se saliera por la noche con mi señora; acompañadas de dos ó tres amigos de confianza, y se viniera por el bajo y banda del rio, donde encontrarían una partida para escoltarlas.

Puesta esta carta, despaché un peon de confianza con ella, para que fuera á entregarla en mano propia, ofreciéndole una buena recompensa si me traia la respuesta.

¡Me hallaba traspasado de dolor, y de rabia al mismo tiempo, al considerar los inmensos peligros á que quedaba expuesta mi señora y mis tiernos hijos, no menos que mis valientes jefes, oficiales y tropa, asi de infanteria como de artillería! ¡Mil veces maldecí mi desprendimiento, y la hora en que había entregado el mando del ejército, á un hombre tan indiferente como Alvarado!

¡El estampido del cañón había sonado ya! El general Vídela Castillo, que según el maestro de posta, debió ser alcanzado antes de una legua, no aparecia, ni tampoco los generales Lopez y Pedernera, y ya se ponía el sol!

¡Un siglo pareciame cada hora que pasaba, y manda avisarme Ludueña, que ya venían Lopez y Pedernera con algunos hombres! ¡Quédeme trémulo de ira al oír



Rudecindo Alvarado

dichos nombres, y no atinaba el modo como les recibiría! Creo que, si en aquel instante se me presentan les vuelo la tapa de los sesos con mis pistolas; pero demoraron en llegar, y me resigné á soportar la desgracia, y buscar los medios de repararla! Hasta los compadecí, al ver la imborrable mancha que habían arrojado sobre sí, á la vista de todos, y sacrificando á sus compañeros y á su pátria, por solo una tonta emulación.

¡Tal es mi carácter, y no puedo ménos que confesarlo! Pasado el primer calor, no solo, no soy capaz de ofender á mi mayor enemigo, sinó que haré cualesquier sacrificio para salvarle, y hacerle conocer su injusticia! ¿Si es esto una falta, no está en mi mano evitarla!

Llegaron al fin, ya al oscurecerse, con 12 ó 16 acompañantes, y la mayor parte sus ayudantes y oficiales. «¿Es posible, mis amigos, díjeles, que tan cobardemente hayan Vds. olvidado sus deberes y sacrificado á sus amigos y á su patria? ¿Dónde dejan Vds. su fuerza?» ¡Viéronse cortados ambos para responder á unos cargos tan justos, como prudentes!—«¿Que quiere V. General, dijéronme, como avergonzados, se nos ha desbandado la tropa, y no nos ha sido posible contenerla?»

¡Confieso á mis lectores que poco me faltó para prorrumpir en llanto, al oirles, considerando á mi pátria y mi familia, entregadas y de un modo tan indebido, á su más bárbaro verdugo! «¿Y ese coronel Castro con todas las milicias del sur, donde está que no aparece?» díjele á Lopez. «Eso mismo extraño yo, díjome, pues le había dado orden para que se nos reuniera, y acabo de repetirle otra esta tarde para que apurase sus marchas».

Ah! general Alvarado, no pagas con mil vidas lo que me has hecho, y el mal que has causado á tu pátria, dije! Dí vuelta mi caballo, y mandé marchar, reprimiéndome, y seguí en silencio habiendo ya oscurecido.

Serian las 9 y media de la noche, cuando me alcanzó el sargento Magallan que había ido á reconocer la fuerza que salía de las orillas del pueblo, cuando me

perseguía un escuadrón enemigo, y me dijo.—á presencia de los que iban conmigo.—«¡Ah mi General, que lance hemos perdido ayer! La columna que salía del pueblo y que V. E. me mandó reconocer, eran doscientos hombres de la gente de Burruyacu y la Ramada, que iban recien llegando con el coronel Valladares. En cuanto lo encontré le dije, carguemos Coronel á salvar al General, que es aquel que lo llevan corriendo, pues ha salido con solo dos hombres y dos oficiales atropellando al enemigo, en busca de nuestra caballeria que se ha fugado toda; después que con la infantería sola hemos vencido cuatro veces á Quiroga; el Coronel hizo alto con la gente al oirme, y me dijo, no tengo orden para cargar. Me dió rabia, señor, al oirle esto, y le dije, dispensándome el mal modo de hablar:—¡Que C.... que mas orden necesita que la que le manda conmigo el General! Muchachos, á la carga y dí vuelta mi caballo y acometí; todos me siguieron mi General, al galope y por eso se volvieron los que lo llevaban corriendo. Yo la erré mi General, en no haber mandado desplegar la columna, si lo hago, no nos vemos por acá! Seguí así no mas, corriendolas con toda la columna, y cuando llegaron á un escuadrón que estaba formado junto á la ciudadela, nos hizo este una descarga, y se me desordenó la primera mitad, y dió vuelta, y ahí no más disparó el resto de los nuestros.—¡Por Cristo mi General, que cuando me acuerdo, que si mando desplegar la columna me los llevo por delante á todos, me da gana de pegarme un tiro!»

¡Todo esto me dijo ese valiente á presencia de los dos Generales, y demás oficiales que nos acompañaban! Como me quedaría yo al oirle, podrán calcularlo los lectores!

Mal haya la hora, dije, en que juzgamos nuestro al escuadrón de los riojanos, y nos dirijimos á él! ¿Pero para que divagar ya en exclamaciones, cuando todo se ha perdido por la falta de la caballería? ¿Y que me

dices, valiente sargento, de mis invencibles infantes y artilleros?

—«Ah! mí General, contestóme conmovido, ellos se han sostenido hasta muy tarde, mientras les duraron los pocos cartuchos que tenían! Luego que conoció Quiroga que no tenían municiones se fué sobre ellos, estaban mas muertos que vivos, de sed, y les faltaba su padre! Ya están todos prisioneros, pero no han entrado al pueblo; se han acampado en el campo de los Aguirre, á la ceja del monte, y se dice que ya estaban llegando los santiagueños por la noche.» (1)

—«¡Quién tuviera una docena de embrollones como tú, valiente sargento!»,—díjele y seguí mi camino, todo trémulo y reprimiéndome para no prorrumpir en amargo llanto. Tal era el pesar que me devoraba.

En mi vida, lo confieso, he experimentado un igual sentimiento. Mi querida esposa, mis tiernos y desventurados hijos, mi pátria y los pueblos todos, entregados á la merced de dos fieras infernales: ¡Quiroga y Rozas! Todo esto, no puedo menos que confesarlo, se agolpó á mi imaginación.

Enderezamos á Ticucho, que está unas pocas leguas más allá de Tápia, y pasamos allí la noche, con algunos hombres más que se habían reunido. ¡Lopez y Pedernera! Allí pasásteis ambos una noche no tan amarga como la mía, porque os reunísteis á vuestras esposas!, pero estoy cierto que no sin amargos remordimientos!

Estoy cierto de que habrán muchísimos esposos que confían con razón en la virtud y fidelidad de sus esposas, pero más que yo ninguno. Tal es mi convencimiento y creo un deber mío el confesarlo. Pero aseguro que á pesar de esto, cuando yo la consideraba entregada á manos del bárbaro tigre de los Llanos, todo me estremecía y no sabía que hacerme. Mil veces intenté en esa noche fatal, que no pude pegar mis ojos, el volver-

(1) ¡Qué embrollón! ¿Quién le cree lo que dice? oí murmurar á Lopez y Pedernera que estaban inmediatos.

me con unos cuantos hombres, entrar al pueblo y sacarla; pero otras tantas me contraje, al considerar que ella sabía ya que estaba salvo, y que con aquel imprudente paso, no haría otra cosa que abreviar sus días, haciéndola presenciar, quizás, mi estéril sacrificio.

Mucho antes de amanecer, había recibido el aviso de mi hermana, que es bastante advertida y resuelta, de haberle sido imposible el hacer lo que le pedía, pues lo había intentado antes que yo le escribiera; en razón me decía, de hallarse el pueblo cercado de partidas enemigas y de no haber podido resolver á su hermana y mi señora, á correr un riesgo semejante, porque se estremecía al considerar que podía caer en manos de la soldadesca. Y en dicha carta venían mal grabadas por la turbación las siguientes expresiones que no se borrarán nunca de mi memoria:

«Sálvate ya, que el cielo te ha preservado, y no in-« tentes exponer tu vida, que me es tan preciosa, por « salvarme ya tarde; pues no harías otra cosa que amar-« gar más los últimos días de tu desgraciada Luisa. Dios « tendrá misericordia de mí y de tus desventurados hi-« jos, puesto que nos abandonaste por servir á tu queri-« da patria!»

¿Podré nunca olvidar semejantes recuerdos, ni cuánto ha sufrido y sufre tan distinguida como virtuosa compañera? ¡Imposible!

Al leer esta carta, no pude menos que prorrumpir en el más amargo y desesperante llanto, ganar el monte sin poderme reprimir, á pesar de los esfuerzos que hacia mi hermano y ayudante Díaz Velez, para que me contuviera.

Todo el Cuerpo se conmovió y hasta los dos principales causantes de mi desgracia; pues la señora de Lopez, que era prima mía, me mandó suplicar que fuera á tomar un mate y tranquilizarme. Había dado orden para marchar á Trancas, donde estaba el general Videla Castillo, pues el día empezaba á aclarar, mandé darle las gracias, y continué paseándome solo por entre los

árboles, haciendo esfuerzos por contenerme. Avísame Díaz Velez que estaba la tropa lista para marchar, y me alcanzan mi caballo. Monto en él y parto, pero viénenme al encuentro las señoras de Lopez y Pedernera, toda consternada la primera, y con un mate en la mano, me dice, alargándomelo:

—«Tome primo este mate, tranquilícese un poco y tenga la bondad de esperarnos un instante, porque hay que hacer una corta reparación á nuestra galera.»

Tomé el mate de su mano, todo traspasado de dolor, y díjele:

—«¡Ah prima! ¿Cómo tuvieron Vds. valor para dejar á mi Luisa y mis tiernos hijos, que han caído por esta sola causa en manos de ese bárbaro, cuando no lo tengo yo para dejar á Vds. á 12 leguas distante de esa fiera?»

Sin poderme contener, mandé hacer alto y prorrumpí otra vez en un copioso llanto. Me avergoncé enseguida, y lo reprimí.

No había aún probado el mate, me instaron para que me bajara y tuve que ceder, diciendo entre mí:—«¡Haré este sacrificio en favor de unos hombres, que acaban de sacrificar á su pátria por solo sacrificarme! ¡Héme aquí constituído á escoltar las familias de los que han abandonado la mía!»

Sentéme á esperar, todo pensativo; ni recuerdo si tomé el mate que tenía en mis manos, hasta que marcharon por delante dichas familias de los Generales, y la del gobernador Frías, y marché después hasta Trancas, á cuyo punto llegué al acercarse la noche; pero antes había yo recibido contra la voluntad del que lo mandaba, un parte del coronel Castro al general Lopez, con fecha cinco, á las tres de la tarde, desde las Tipas, (un lugar al oeste de Tápia) en el cual le preguntaba lo que había con la fuerza que conservaba á sus órdenes, ó con la que había podido llegar hasta allá. Decíale también en dicho parte, que sin embargo de que venía con cerca de mil hombres por la retaguardia de

Quiroga y de haberse encontrado por la falda con varios de nuestros dispersos del día anterior, no había resuelto á atacar con ellos á Quiroga en esa noche, como se lo pedían los oficiales y la tropa, por no tener orden suya para el efecto, y por cuya causa al pasar esa noche por la falda, al frente del cuerpo de Quiroga (1) se le habían ido los más; que apenas había podido conservar hasta aquel punto, doscientos cincuenta hombres.

Después de impuesto de este parte, habia mandádoselo á Lopez que iba por delante, con el mismo conductor; encargándole á éste le dijera que una partida mía lo había encontrado y conducido á mi presencia, por cuya razón iba abierto por haberlo yo leído.

Lopez despachó en el momento al miliciano, ordenando al coronel Castro que se nos reuniera inmediatamente con toda la fuerza, si yo no disponía otra cosa; pensando asi cohonestar el mal que había ocasionado con sus órdenes anteriores Como yo iba todavia esperanzado en encontrar de un momento á otro al general en jefe, Alvarado, con sus tres mil salteños, impúseme de la orden abierta que le pasaba Lopez, y dejé pasar al miliciano con ella.

Cuando llegué á Trancas, casi al anochecer, puse inmediatamente una orden general para que se organizaran todos los piquetes de los cuerpos por sus jefes ú oficiales, que se hallaran presentes, pues habíame dicho el general Videla Castillo que habían allí cerca de 300 hombres de todos los cuerpos de caballería, pero que estaban acomodados individualmente por todas las casas del pueblo, sin que se les hubiese señalado alojamiento nin-

---

(1) Allí fué donde según me dijo el conductor de dicho parte, y lo afirmaron después otros, le instaron todos los oficiales y la tropa, para que cargaran sobre el campo de Quiroga, á la vista de cuyos fuegos pasaban por la Yerbabuena; y á cuyas instancias no quiso acceder dicho Coronel. Quiroga hallábase en dichas circunstancias con muy poca fuerza, pues al siguiente dia cuando entró á la plaza, apenas tenia 900 hombres, inclusos nuestros prisioneros; dos hospitales se llenaron con solo sus heridos.

guno. Adviértase que cuando reconvine á este General por no haber vuelto al momento á Tápia así que recibió mi orden del día anterior, habíame contestado que por haberla recibido ya de noche y muy cerca de aquel punto, con todos los caballos cansados.

Concluída la orden, en la cual pedía inmediatamente, un estado de fuerza, armamento, &c., &c., mandé tocar orden general para que vinieran los ayudantes á recibirla; como viese que ninguno aparecía, mandé á mi ayudante Díaz Velez á ver á los jefes porque no mandaban á tomarla, cuando al poco instante vuelve mi ayudante, diciéndome:

—«Todo el mundo se ha mandado mudar apenas han oído tocar la orden y no encuentro ningún jefe á quién comunicársela».

Monté á caballo y partí á escape como una fiera, con mis dos ayudantes Ferrer, Diaz Velez, el teniente coronel Cortina, mis dos valientes Sargentos, el clarin de órdenes y cuatro ó cinco hombres de mi escolta, camino á Salta, y dando orden á todos de que acuchillaran á cuantos encontrasen huyendo fuese quien fuese hasta obligarles á pararse.

Yo que iba por delante de todos, alcanzo al salir del monte para un campichuelo que hay sobre el río de Trancas como á media legua del pueblo á uno que corria y sin conocerle sacudíle un feroz cintarazo por las espaldas diciéndole; «Párese so canalla!» Cuando parando todo, él sorprendido, me dice:—«Sobrino por Dios que es esto!» «Dispénseme Vd. mi tío, díjele, pues vengo quemado con esta canalla despreciable», (1), y pasé corriendo. En esto habíanme alcanzado los demás y al asomar al campo que hay sobre el río descubro una porción de hombres que se tiraban á él de carrera, y mandéles hacer fuego gritándoles:—haga alto esa canalla cobarde por que los fusilo á todos.

---

(1) Era mi tio el Dr. don Juan Bautista Paz, padre del general Gregorio que sirve hoy á Rozas y al cual no le habia conocido.

Sorprendidos al sentir las balas que pasaban sobre ellos y viendo que me les iba encima con espada en mano y repartiendo palos á cuantos alcanzaba, parándose todos asustados:—«Con una canalla tan cobarde como Vds. maldito el jefe que se compromete!» díjeles. Pasé el rio, me adelanté á todos los que ya habían parado al verme, y mandé tocar alto y tropa en seguida para que se formaran. No recuerdo cuantas cosas les dije, ni nombraré á nadie, pero habían jefes y oficiales bastantes, los cuales se disculparon con que unos soldados habían gritado:—¡Los enemigos!—y echado á correr así que sonó el clarin, y que viendo en seguida correr á toda la tropa no habían tenido más remedio que montar á caballo y correr á contenerlos en la banda del rio.

Mandé echar pié á tierra y pasé allí la noche, pues tenía hombres atrás en observación para que me dieran cuenta, y sabia además que pronto nos alcanzaria el coronel Castro; pero muchos hombres y diferentes clases habíanse ya adelantado.

Al amanecer continuamos la marcha y el general Lopez había adelantado ya con su familia, y la del gobernador Frias y la de Pedernera. No recuerdo si al llegar á la posta de más adelante del Arenal, supe recien que el coronel don Manuel Puch se hallaba no se si en el Rosario con 500 hombres, ó le oficié ó llegué yo mismo á verlo para que regresáramos sobre Tucumán; lo cierto es que me contestó que no tenía orden de su Gobierno para marchar sinó para esperarla allí, pero se ofreció á ir gustoso si obtenia el permiso.

El coronel Castro se nos había reunido el dia 7 de noviembre con solo ciento y pico de hombres, por que los demás se le habían vuelto así que supieron que no aparecian las fuerzas de Salta; pues ya los santiagueños habían ocupado hasta más allá de Tápia y vinieron á situarse después á Trancas. Mientras vá y vuelve de Salta la solicitud para regresar con Puch, es tiempo perdido dije, mejor será pasar á apurar al General para que se mueva con todas sus fuerzas.

Pasé pues adelante, y al llegar al Rosario el 8, recibí recien un oficio del general Alvarado desde Salta fecha del 6, en que me avisaba que al siguiente día me despacharía por la posta al coronel Plaza conduciendo no recuerdo si seis ú ocho cargas de munición de fusil y de cañon. Acordéme que al leer semejante oficio dije: Puede guardárselas.

Adviértase que el 6 por la mañana, ya habían algunos águilas en Salta, de las que habían volado de la Ciudadela; y que dicha comunicación era recien, en contestación á la que había llevado el teniente coronel Paunero, dándole parte del triunfo de Miraflores el 16 á la noche del mes anterior, la cuál hacían muchos días estaba en su poder, es decir desde el 23 ó 24 que es lo más que pudo tardar.

Llegué por fin á Salta no recuerdo si el 12 y encontré al general gobernador don Rudecindo Alvarado, muy quieto y con sus 3000 hombres acampados sobre el Rio de Arías, que está á orillas del pueblo. Perfectamente impuesto estaba ya del como y porque, se había perdido la batalla, por los innumerables particulares y hasta militares que habían presenciádolo todo; más no fué para hacerme la menor pregunta, por consiguiente no quise decirle una sola palabra puesto que todo el pueblo lo sabia, y que ya había despachado con pasaportes para Jujuy á varios individuos del ejército que habían llegado antes que yo para que emigraran.

Al siguiente día creo de mi llegada, recibió el general una comunicación por la posta, del general Quiroga y todo el mundo estaba ansioso de saber su contenido; y mucho más desde que muy luego mandó convocar á la sala de Representantes que estaba en receso, para que se reuniera esa noche, creo que á las 9: Numerosa fué la concurrencia que asistió á la casa de las sesiones y larga la espera para que se completara el número necesario de Representantes.

Reunidos por fin y habiendo expresado el Presiden-
el objeto para que habia sido convocada la sala por

el Gobierno, se procedió á leer la nota que había recibido el gobernador Alvarado del general Quiroga. Pedíale en ella ú ordenábale que entregara el Gobierno de la Provincia al fraile general Aldao (1) que los jefes y oficiales del ejército salieran todos ó los hiciera él salir fuera del territorio de la República, á exepción de él, que podía quedar donde le agrade; y no recuerdo en fin, que más pedía. Solo sé que dicha nota iba acompañada por la renuncia del gobernador Alvarado, y que así que acabaron de leerse ambas notas, tocó el Presidente la campanilla para pasar á cuarto intermedio, supongo que para acordar la resolución que tomarían.

¡Inmensa fué la reprobación y vergüenza de la mayoría de ese valiente pueblo, al oir leer semejante mandato de Quiroga, pero mas duplicada al oir la renuncia de su Gobernador!

«Que oprobio para Salta, y mucho más para su Gobernador, siendo un General, y teniendo tres mil valientes á su lado para marchar con ellos!» Díjele y me retiraba indignado; cuando me detuvo no recuerdo quien pidiéndome que esperara, por que salian ya los Representantes á fumar.

Detúveme á oir lo que discurría un círculo de ellos compuesto de los doctores don Alejandro Heredia, Zubiria ó Zorrilla, Moldes (el tuerto,) y no recuerdo que otros; y notando el embarazo que se encontraban y confiado en la amistad que tenía con varios de ellos, les dije: «¿Quieren Vds. que les de un prudente consejo, y que los librará de la vergüenza de tener que decretar el destierro de los defensores de la libertad de los pueblos?» «¿Y cuál es?» díjome Heredia, y no recuerdo que otros de ellos.

---

(1) Dicho individuo había sido remitido ya por el General á Bolivia, no recuerdo si con la promesa de no volver á tomar las armas, ó con solo la de permanecer allí. Prevendré también aquí, que el general Dehesa que se hallaba en Tucumán cuando yo llegaba de Catamarca escopeteándome con Quiroga, se puso en marcha para Salta llevando el dinero que había sacado para el ejército, y sin dignarse siquiera ofrecerlo para defender su pátria.

«¡Admitan Vds. lá renuncia que hace el Gobernador y General del ejército, y nombren de gobernador al reverendo general Aldao, en el acto mismo que tan prudente consejo adopten, nos mandamos mudar calladitos, y les libertamos de la vergüenza de tener que decretar nuestro destierro!» Echáronse á reir, así los Representantes, como los mirones; y me retiré desagradado, pero resuelto á mandarme mudar al siguiente dia para Tucumán, con los 18 ú 20 hombres que habia reunido de mi escolta, y mis ayudantes; entre los cuales estaba también don Cármen Garcia, en caso de que no se acordara el ataque, ó la defensa cuando menos!

Paréceme si mal no me acuerdo, de que dicho oficio de Quiroga, había sido conducido á Salta por un Oficial parlamentario lo cierto es ó que yo recibí carta de mi señora, ó que traté sin recibirla de librarle una cantidad de dinero para que se sostuviera. Como yo no tenía ninguno, víme precisado á suplicar entre los amigos me hicieran el servicio de facilitarme lo más que pudieran; y solo pudo conseguirlo de don Juan Galo, comerciante el cual me hiso el importante servicio, que no olvidaré nunca, de librarle no recuerdo, si doscientos cincuenta, ó trescientos pesos fuertes.

Muy luego supe ya en mi casa, que nada de ataque ni de defensa se había acordado en la sala, solo sé, de que para la próxima sesión se admitiria la renuncia y procedería al nombramiento de un gobierno provisorio, para libertar á la Provincia de un rompimiento con Quiroga. Por consiguiente púseme á escribir una carta á éste recomendándole militarmente las consideraciones debidas á mi señora, y mis tiernos hijos, decíale, que no podía esperar de un valiente como lo era él, sino aquellas atenciones debidas al sexo; y muy particularmente á la señora de su adversario político; de los cuales, no había yo descuidado en San Juan con la suya, ni en la Rioja con su señora madre; que el proceder como había yo procedido, no había hecho otra cosa que llenar el deber de un verdadero militar honrado que sabe cumplir

sus deberes. «Como patriota, no he aspirado ni aspiraré mientras viva, sino á la independencia y libertad de mi pátria; y como militar, he sabido y sabré siempre sostener sus dichos derechos hasta donde me lo demarca mi honor y la justicia; pero nunca General he derramado ni derramaré por mi causa una sola gota de sangre, por que detesto toda ambición personal, como la tiranía».

«La guerra á terminado para mi, por ahora; porque ni soy el General del ejército, ni me creo con derecho racional ó noble para hacerlo de mi cuenta. Cuando lo fuí y tuve un justo derecho para defender el pueblo que mandaba, hice todo lo posible por dos veces (1) para evitarla no por falta de resolución, y con la sola excepción en la última de no permitir que se disolviera la

---

[1] La primera, en la noche antes del Tala, mandándole en libertad los prisioneros que le habia tomado, é invitándolo á una entrevista para evitar la efusión de sangre, esplicándonos antes! ¡La segunda, cuando por la caida del general Paz, á todo me prestaba para que se constituyera el país, y dejáramos de dar al mundo, el escándalo que á continuado hasta hoy, por solo personalidades de un verdadero salvaje!!! Habia hecho más todavía; pues pasada la batalla, no recuerdo si de la Tablada ú Oncativo, habia escrito al general Rozas ofreciéndole emplear toda mi amistad y valimiento con el general Paz, á trueque de poner término á tan funesta guerra, para que en vez de destruirnos mutuamente hiciéramos el más útil servicio al pais todo expedicionando sobre la pampa.

Propúsele, que mientras él con las fuerzas de Buenos Aires y de Santa Fé si queria, expedicionaba por Patagones, nosotros lo haríamos con las fuerzas del ejército y de las Provincias, por la falda de la Cordillera, hasta reunirnos ambos ejércitos en el punto del Sud que se acordare. Así acabaremos, les decia, con todos los salvajes, ó los domesticaremos trayéndolos con nosotros: será inmenso el bien que reportará la provincia de Buenos Aires, con la adquisición y seguridad de los pampas, así como los beneficios que recibirán todas las Provincias libertándose de sus continuas depredaciones.

Esta mi carta fué dirigida por conducto seguro, al amigo don Joaquin Arana, con quien habia yo adquirido relación en Buenos Aires, y sé que la recibió; pero ni el uno ni el otro me contestaron. ¡Si estos mis sentimientos patrióticos, hubieren sido aceptados por Rozas, cierto estoy de que otra habria sido la suerte de nuestros pueblos, sin que hubiera derramádose á torrentes la sangre de sus hijos, por solo la bestial y bárbara ambición de ese aborto de la especie humana!

principal y mejor fuerza con que contaba el país, ofreciéndome á trueque de que se conservara, á ceder el mando del ejército al General que nombraran los pueblos» Todo esto le dije en dicha carta.

¡Y podría el hombre que todo esto ha hecho por su pátria, merecer con justicia, pregunto; que un ilustrado escritor como Sarmiento, que es el que mejor á conocido la vida y las costumbres de nuestros pueblos, como de la mayor parte de sus caudillos; hubiera saltado por sobre todos estos hechos, quizás por mal informado ó acaso prevenido maliciosamente contra mí, por algun émulo? como lo hizo en la publicación de su preciosa obra titulada: Civilización y barbarie, ó vida de Juan Facundo Quiroga, impresa en Chile capítulo 8º describiendo los prodijios de dicho *héroe*.

No estrañé entonces, que no hubiese hecho una descripción completa de dicha batalla sin embargo de que lo merecía bien por que no se encuentra en nuestra revolución un hecho de armas que el más hábil de nuestros Generales, hubiese hecho lo que yo hice con un puñado de hombres. Pero estrañé sí, el que hallándome yo presente, y habiéndole dado los conocimientos que quiso pedirme sobre ella, se hubiese expresado como se expresó.

Acuérdome que al ver dicho detalle en el folletín que publicó antes de imprimirlo por separado, púseme á sacar de mis apuntes, una relación para certificar los hechos de dicha campaña desde la acción de *Miraflores*; y que se los expresaba en una carta, para que al publicar la obra por separado se sirviera expresar lo que en dicha carta le decía; y que habiéndosela enseñado al señor don Félix Frias, secretario del finado general Lavalle y amigo suyo, díjome éste: «Excusado es, General, que Vd. se tome el trabajo de pasar esta carta, porque Sarmiento no borrará lo que á dicho respecto á esa batalla, ni pondrá lo que Vd. quiere».

Como dicho señor era amigo de Sarmiento, juzgué como era natural, que no me decía aquello sin haberlo

hablado con éste, respecto á los informes que le había yo dado, y al volver á mi casa razgué dicha carta ó parte de ella, pues contenía cuatro pliegos; iba á despedazarla toda, y me contuve y la guardé con ánimo de hacerla publicar en el *Mercurio* de Valparaiso. Pero faltaron los medios para costear su impresión y quedó así olvidada.

Registrando aquí en Montevideo mis papeles me encontré con ella en fragmentos, tuve la paciencia de unir con goma, dos de sus pliegos y copiar los otros que estaban incapaces de poderlos juntar, y se la enseñé al doctor don Valentín Alsina, y la han visto varios. Hago esta explicación para que no se extrañe que venga recién á rectificar aquellos dichos del hábil escritor Sarmiento, porque recién aquí en Montevideo he venido á coordinar todas mis Memorias, y aún á escribir algunas partes que me faltaban, pero sin que me asista el recelo de faltar en nada á la verdad de los hechos; porque es tan feliz mi memoria, que aún he recordado hechos que no los tenia apuntados.

Réstame ahora, continuar mi relación.—Despachada mi carta á Quiroga, pedí mi pasaporte al general Alvarado para retirarme, y me acuerdo que me mandó socorrer con *cincuenta pesos*, para que me condujera con mi escolta. Salí con ánimo de pasar á Bolivia por la quebrada del Toro, pero estaba tan desesperado con las noticias que había recibido al tiempo de salir de hallarse mi señora incomunicada en el Cabildo, juntamente con mi hermana Catalina, que se habia constituido presa voluntariamente por acompañarla, y mis dos tiernos hijos Gregorio y Ciriaco con una barra de grillos cada uno; (1) que varié de dirección apénas salí de Salta, y marché desesperado hácia Tucumán por el camino de las Cuestas con solo mi escolta de 18 ó 20 hombres, y mis ayudantes Garcia y Diaz Velez, pues el mayor Ferrer que

(1) Esto fué falso, pero así se me habia comunicado por dos ó tres personas que llegaban de Tucumán ó sus inmediaciones.

había casádose no recuerdo si en la Rioja ó Córdoba, quedó con ánimo de regresarse.

Llegado á la hacienda de don Santiago Figueroa en el Bañado y á diez leguas de Salta al Sud, encuéntrome con el doctor don Domingo García vecino de Tucumán que venía emigrado y me dice: —«¿Adónde vá V. paisano á sacrificar á su señora é hijos? ¡En el momento que Quiroga le vea á Vd. reuniendo las milicias fusila á toda su familia, no lo dude Vd., su señora está incomunicada juntamente con su hermana, pero sus hijos están libres en casa de sus parientes! No cometa Vd. por Dios tal atentado!» Se me heló la sangre al pensar en lo que me decía, y desistí.

Pasé allí la noche, y tuve el gusto de ver al valiente, al honrado y fiel sargento La Rosa; ¡aquel ordenanza de confianza que en el paso de la Herradura el año 18, había dejádose azotar con 50 azotes y rapar á navaja, á presencia de mi Cuerpo de Húsares, por solo servirme de espía en el campo del gobernador Lopez de Santa Fé, y que tan bien se condujo! No pude menos que regalarlo, y enseñarlo para modelo de patriotismo, de valor y de fidelidad, á cuantos me acompañaban!

Al siguiente día partí de allí para la quebrada del Toro. Don Santiago Figueroa, que era un patriota, y casado además con una prima mía doña Isabel Araoz, habíame proporcionado unas pocas cabalgaduras en razón de que las mías estaban malas, esto es las de la tropa; pues, aunque cuatro de los que montábamos eran buenos y de mi propiedad y los cuales nos habían salvado en la empresa de abrirnos paso por entre la caballería de Quiroga en la *Ciudadela*, los demás estaban en estado de no podernos servir sino muy pocos dias.

Acuérdome con este motivo y en este momento, que pedí á un hacendado del curato de Chicoana, me parece, que está inmediato á Salta, me proporcionara no recuerdo que número de caballos; pero si que no pasarían de 20, para que mis soldados no se quedaran á pié en la marcha, ofreciéndole dar un recibo de ellos para que el

señor gobernador Alvarado se los mandara abonar. Como los salteños eran patriotas y lo serán siempre, me los proporcionó al instante: le firmó un recibo concebido en estos términos,—«Señor Gobernador.—Hallándose « cansadas las cabalgaduras de los soldados que me sir- « ven de escolta y no pudiendo hacer el camino que » tenemos que atravesar, sin una remuda ó cuando me- « nos bien montados, me he visto forzado á pedir á don « F. de T. tantos caballos bajo la promesa de que serán « abonados por V. E., para cuyo efecto me tomo la li- « bertad de firmar el presente documento. »

Entregado dicho documento, lo despachó á Salta el hacendado y yo continué mi camino. Pero al dia siguiente muy temprano, mándame alcanzar el hacendado con una orden del gobernador Alvarado que decia: «El gene- « ral don Gregorio Araoz de Lamadrid devolverá los « caballos que ha tomado á don F. de T. ó los abonará; « bajo la inteligencia de que si así no lo hace se expone « á que le sean quitados por la fuerza. »

¡Cómo me quedaría yo al recibir semejante amenaza, de parte del Gobernadar que acababa de sacrificarme y obedecer ciegamente el simple mandato de Quiroga, teniendo 3.000 valientes soldados á su lado; podrán calcularlo los lectores! También darán su fallo á la siguiente respuesta que dí á semejante orden:

«El General que suscribe, acaba de recibir en este momento, la arrogante amenaza del gobernador de Salta! Ella le es tanto más extraña, cuanto le es dirigida por un compañero de armas, que debió mas bien emplearla, en repeler el ridículo mandato de un Quiroga! Por consiguiente; tenga entendido el señor Gobernador, que tendrá el coraje bastante para no quedarse á pié, sin ser obligado por la fuerza!—*Gregorio Araoz de La Madrid.*»

Enseñé dicha contestación al conductor, que era el mismo hacendado que me había proporcionado los caballos, diciéndole: «Diga Vd. al señor Gobernador que continúo muy lentamente mi marcha para darle tiempo, ó á que abone á V. el importe de los caballos, ó para que

mande quitármelos por la fuerza». ¡No pudo menos el propietario que conmoverse, al leerle mi respuesta y hacerle dicho encargo! Se despidió admirado de la conducta de su Gobierno, y yó continué con lentitud mi marcha, mas no hubo resultado posterior. Seguramente que se avergonzaría el Gobernador, pues acababa de sacar al comercio 16.000 pesos de empréstito para socorrer al ejército que debió marchar á Tucumán, y solo lo despidió para que se activara á sus lados.

Mas allá de los Valles de Salta, al entrar al Territorio de Bolivia, me encontré ó alcancé al recomendable patriota don Pedro Frias, que iba emigrando para Bolivia con dos de sus hijos, y el cual me favoreció con dos de las mulas que llevaba de su propiedad.

Cuando llegué á Mojos ó Tupiza, pueblos del territorio de Bolivia; habia ya orden del presidente, general Santa Cruz, para que se detuvieran en dicho punto cuantos individuos llegáran pertenecientes al ejército Argentino; pero pasando un peso diario á los generales y jefes, hasta Mayor; cuatro reales á los oficiales, de capitan abajo; y dos á la tropa para su subsistencia; y cincuenta pesos á mí, distinción á que estaré siempre reconocido al señor general Santa Cruz, pues me dispensó después otras mayores. Dicha detención duró hasta fines ó á mediados de enero de 1832, á cuya fecha hubo ya permiso para que se internasen á donde gustasen. Los cincuenta pesos dados á mí, eran al mes.

Mi Señora, con mís cuatro hijos, Eugenio, Ciriaco, Merceditas y Pedro Miguel de seís meses no cumplidos, llegó á Mojos, primer pueblito de Bolívia, el 25 de diciembre del año 1831 por la noche, acompañada de mi sobrino don Manuel Alvarado y de un Oficial pariente mío que la condujeron habiendo salido yo á recibirla hasta Cuartos, cuatro leguas de Mojo y línea divisoria del territorio Argentino.

¡Quedéme consternado al verla! Un triste colchon metido en un almohadon viejo que le habían proporcionado y colocado en un carguero, era todo su equipaje!

¡Su vestido, como el de mis tiernos y desventurados hijos no era otro que el puesto!!!

¿Pudo algun bárbaro en el mundo, usar de una crueldad semejante con una Señora delicada, y con cuatro hijos cuyo mayor tenía solo diez años.

¡Todo su equipaje, plata labrada, que no era poca, y en fin hasta los mates de su uso, todo, todo le había sido quitado por el infernal Tigre de los Llanos! Acompañábale tambien su hermano y mi ayudante de campo don Domingo Diaz Velez, al cual había yo mandado al efecto hasta Humahuaca, treinta leguas ántes de Jujuy; pero en cambio de tan bárbaro tratamiento, habíanle dulcificado siquiera sus pesares, todos los habitantes del tránsito, y muy especialmente los naturales del pago, por toda la quebrada de Jujuy adelante, por ser la esposa de un Jefe que merecia su aprecio, porque jamás había dañado á nadie. Todos la sirvieron á porfía, y sin embargo de que el indio es por caracter, miserable, no quisieron cobrarle ni los alimentos ni el valor de las cabalgaduras que le proporcionaban en las más de las partes. Recuerdo en este momento que solo tenía una petaca de ropa porque todo lo demás se lo habían quitado, pues aunque Quiroga habia aparentado mandarle entregar toda la ropa despues que había estado embargada, y al darle su pasaporte le habían preguntado si le faltaba algo; élla, que solo aspiraba verse lejos de su presencia le había contestado que nada.

¿Pero dejaría él de conocer que aquella petaca no podía contener el equipaje de mi señora y de cuatro hijos? Mucho más cuando él mismo estubo enlazando en la plaza de Tucuman, los caballos que debian tirar el birloche en que salió, por que nadie podia disponer de un caballo sinó él?

Todo el auxilio que ese forajido de Quiroga proporcionó á mi Señora para que se marchára, fué el de los caballos apartados por él mismo y 60 pesos que le mandó dar como en abono de más de 25 marcos de plata labrada de su servicio que se los había quitado y los

cuales eran de varias piezas que había traido desde Buenos Aires y de algunas otras con que yó la esperé en la Rioja. El mismo Quiroga le dijo al despacharla:— «¿Para qué va á llevar V. este peso? mejor sería que le mandase dar su importe». «Cómo V. E. mande», habíale contestado mi señora.

El 26 ó 27 de diciembre marché con toda la familia para Tupiza, donde me demoré hasta esperar la contestación del señor Presidente don Andrés Santa Cruz, á quien escribí así que llegó mi familia, solicitando un préstamo para conducirme con ella al Estado Oriental del Uruguay.

Muchos de los individuos del ejército que habían emigrado hasta dicho punto de Tupiza, se regresaron para Tucumán y Salta así que hubo permiso del Presidente Santa Cruz (¹) para que pudieran internarse al punto que elijieran, uno de ellos fué el capitan ó mayor entónces de artilleria; don Carlos Paz, que volvió á Tucumán.

Fuí impuesto por mi señora de los insultos y amenazas que le había hecho Quiroga el dia 5 de noviembre que fué el de su entrada á la plaza de Tucumán, después de haber ejecutado á 33 jefes y oficiales de los cuerpos de infantería que había tomado prisioneros, siendo el único que había salvado el valiente coronel negro, Barcala.

Pasada dicha ejecución que se efectuó en la puerta misma de la casa donde estaba mi señora, fué el coronel Quiroga, sanjuanino, mandado por Juan Facundo á conducirla al Cabildo donde él estaba. Hízola pasar por sobre los cadáveres y los charcos de sangre, y la tuvo mas de dos horas largas de pié exijiéndole le dijera donde estaba el caudal que se le había tomado en los Llanos; cuando mi señora le contestaba que nada sabía

---

(¹) El mismo que habia sido mi prisionero, en Tarija, el año 17 cuando tomé dicha plaza.

de él, pues yo no lo tenía, la amenazó varias veces con que le daria 500 azotes ó la fusilaría sinó lo descubría. Grandes fueron los tormentos que la hizo sufrir, y gracias á que mi hermana Catalina, madre del valiente coronel Alvarez quiso acompañarla y constituírse presa junto con ella. Seis ú ocho dias las tuvo incomunicadas y sin que la madre mas estremosa pudiera ver á tres de sus tiernos hijos. El estaba á cargo del ama, y los dos mayorcitos, y la niña que apenas contaba dos años y meses, estaban al solo cargo de una criada, y la cual andaba con ellos por los cuarteles.

Los parientes que deseaban recojerlos y que á escondidas les proporcionaban alguna cosa, no se atrevian por temor de la fiera de los Llanos, que hasta tuvo la insolencia de proponer á mi señora que la llevaría á Mendoza donde nada le faltaría. «No se vaya V., le dijo, cuando le pidió su pasaporte, á donde está ese bárbaro que la ha abandonado» (¹). «¡Podrá decir el señor General lo que guste, pero mi deber y mi cariño me mandan seguirle, y no iré á otra parte sinó adonde él se encuentre!»

¡Así pudo sacar su pasaporte, y cuando se vió léjos de esa fiera, dió gracias al cielo!

El general don José Miguel Velazco, vice-presidente de Bolivia hallábase en Tupiza á cargo de las fuerzas del departamento de Chichas; y le merecí bastantes obsequios. Yo por mi parte lo obsequié con uno de los cuatro hermosos caballos en que habíamos salvado de la *Ciudadela.*

Con los últimos 50 pesos que me dieron procuré marcharme á Potosí para esperar allí la contestación del Presidente Santa Cruz; y al ir á firmarme el pasaporte el sub-delegado, en una hermosa tienda que había

---

(¹) ¡No era yo el que la había abandonado, sinó la perfidia de los que debiendo y pudiendo sacarla con sus familias, por su propio interés y por el de la pátria, no lo hicieron!

en la esquina de su casa, pregúntome el dueño de la casa ó tienda si le conocia. Me fijé en él y le dije:— «No me es desconocida su cara de V. pero no recuerdo donde le he visto».

«Se acuerda V. E. me dijo de dos soldados infantes que salvó en *Sipesipe.*»—Le corté la palabra y dije, que saqué yo en ancas á uno de ellos cargando sobre Talaveras que iban á tomarlos. «Los mismos, díjome, y soy yo precisamente el que alzó V. E. en ancas y á quien hoy debo lo que tengo. La fortuna me ha favorecido y me vé V. E. de comerciante y dueño de cuanto hay en esta tienda, y abriendo el cajon sacó un par de onzas y me suplicó tuviera la bondad de aceptarlas siquiera para pagar la posta á Potosí y al mismo tiempo me alcanzó un par de ricas pistolas».

Escusado es decir que resistí dándole las gracias, pero se empeñó fuertemente á presencia del sub-delegado ó Correjidor y me ví precisado á aceptar este obsequio, con tanto mas gusto cuanto venia de un soldado y español, al cual me había yo creido obligado á salvarle juntamente con su compañero, después de perdida la batalla, y mas que el valor de su dádiva, estimé yo la nobleza de sus sentimientos.

Despedíme de él dándole un abrazo y manifestándole cuanto me complacía de su buena suerte no ménos que de la nobleza de sus sentimientos.

Llegamos á Potosí á los pocos dias pero con mi señora enferma, y muy luego recibí la respuesta del señor Presidente Santa Cruz á mi carta. En ella me decía desde Cochabamba, que el me proporcionaría los recursos necesarios para marcharme á mi país ó para permanecer en Bolivia, pero que esto no tendria lugar hasta que nos viéramos, que sería muy en breve. «Mientras, he dispuesto se le pase á V. por via de auxilio unos quinientos pesos.—Sírvase V. aceptarlos como una muestra de mi aprecio.—*Santa Cruz.*

Desde antes de recibir esta carta, habíanme ya indicado varias amigos y principales empleados, que pro-

bablemente me quedaría con ellos en el país, y de lo cual tendrian ellos mucho gusto, porque el señor Presidente no perdería la oportunidad de emplearme pues carecía de Generales; y sobre todo me estimaba con particularídad, á que se agregaba el ser yo conocido y estimado de todos.

Todo esto que me decian era verdad, como lo era también que Bolivia era y es, uno de los pueblos que más distingo, por haberme criado puedo decir en él, haciendo la guerra de nuestra Independencia, y por haber merecido de sus hijos las mayores consideraciones. Mas sin embargo de todas estas consideraciones no podía resolverme á renunciar el volver á mi pais, pues me era ya demasiado claro por la carta del Presidente, cuales eran sus miras. Paréme á reflexionar yo mismo, y aún le comuniqué á mi señora lo que probablemente sucedería si esperábamos á que llegara el señor Presidente.

«No será posible, díjele, en la posición en que me encuentro, de negarme á admitir la propuesta con que me honrará el señor Santa Cruz; admitirla y renunciar volver á nuestro país por establecernos aquí, me es tambien un duro sacrificio; aquí no hay otro medio que el pretextar que no te conviene este clima, y que con motivo de tu malestar quieres al mismo tiempo que mejorar de temperamento, ir á salir de él al lado de mi señora madre y hermanas á Lima proporcionándote al mismo tiempo el gusto de verlas».

Mi señora aceptó gustosa esta mi indicación porque en realidad no le había sentado bien el demasiado frio del Potosí, ni le agradaba tampoco la idea de no volver más á Buenos Aires. Tomé, pues, este partido y resolví mi viage, pretextando la indisposición de mi señora y el deseo de complacerla.

Pasé al señor Presidente Santa Cruz una atenta carta dándole las grácias por el servicio que me había hecho, y manifestándole cuan sensible me era el no poder esperarle ya por los males de mi señora y haberle sido mal aquel temperamento, como para compla-

cerla al mismo tiempo llevándola á salir de él al lado de mi señora madre y hermanas á Lima; agregándole que en cualquier destino y circunstancias en que me encontrara, me honraría en titularme como de sus mejores amigos y estaría siempre pronto á recibir sus órdenes. Despachada esta carta púseme en marcha para Arica ó Tacna, llevando en mi compañía á mis ayudantes Diaz Velez, D. Cármen Garcia, el coronel Oviedo, catamarqueño, don Ignacio Yrigoyen capitán, y dos ó tres soldados, entre estos un tal Díaz catamarqueño; y no se extrañe que lo cite á éste, porque fué precisamente el que me cuidó á mi tierno hijo Pedro Miguel desde Tupiza.

La criada que había traido mi señora, de Tucumán, habíase casado con un sargento de los que emigraron y mandádose mudar para su pago á los pocos dias de haber llegado á Tupiza, y el niño ni quería ir con otra persona, ni era posible encontrar quien quisiera seguirnos fuera de su pago, así fué que desde que la ama faltó, este buen catamarqueño era el que lo cargaba y conducía por delante de su caballo ó mula; y se había el niño acostumbrado tanto con el soldado, que teníamos que dejarlo dormir con él porque pegaba fuego á llorar cuando se dispertaba y no veía á Diaz.

No quiero ni debo dejar en silencio, dos dichos de Quiroga el día de su entrada á Tucumán, así porque fueron espresadas por él en público como por que me hacen justicia, los cuales por distracción no han sido expresados oportunamente.

En el momento de su entrada, y con su tropa formada en la plaza de Tucumán dijo á presencia del poco pueblo que lo escuchaba: «Si Madrid tiene cincuenta caballos, no soy yó el que entro en este pueblo, porque ha peleado como un desesperado! Este triunfo lo debo á Lopez y Pedernera que han disparado para sacrificarlo; pero si los agarro los he de poner en la cola de cuatro potros por pícaros!»

El segundo dicho fué en el Cabildo delante de mi señora de sus jefes y algunos sujetos más. Estaba la carga de nuestro equipaje por delante y todo él sembrado por el suelo para rejistrar mis papeles, y habiendo encontrado en un cajoncito secreto de mi papelera el certificado que había yo pedido al tesorero de la Rioja D. N. Rincon, al marcharme para Córdoba, cuando fuí llamado por el Protector Paz, del monto del caudal encontrado en los dos tapados y su inversión y presentándoselo, dijo al leerlo en alta voz:

—«Hasta en esto ha sido bárbaro, este hijo de tal... ¿Porque ya que tuvo esta fortuna no se mandó mudar con ella á disfrutarla con su familia en el extranjero, y no que se puso á mandar dinero al general Paz, al gobernador de Catamarca, á pagar armas, vestuarios, hasta la carne y por último á socorrer viudas y á la gran ..... que lo parió?»

Después de haberse expresado de este modo grosero, en vista de aquel documento mandado á los Llanos para el tesorero Rincon que era amigo suyo, pues desde los Llanos lo pedí ántes de marchar para Córdoba, se tranquilizó recien y mandó á mi señora que se sentara después de haberla tenido dos horas de pié, pues mi hermana que era bastante resuelta, así que fueron introducidas al Cabildo y observó que Quiroga no les había brindado un asiento, había agarrado una silla y sentádose en ella.

El coronel Valladares jefe de aquella columna que salía por las orillas del pueblo cuando me perseguía un escuadron de Quiroga y mandé al valiente sargento Magallan á reconocerla, se hallaba parado en la puerta de su casa, en la plaza, desde donde observaba á mi señora de pié, había sacado su reloj cuando entró: pues este mismo me dijo despues en el año 40, que dos horas largas la había tenido así Quiroga.

Seguiremos la relación de nuestra marcha á Tacna.

Doscientos veinte pesos fuertes había pagado de flete al arriero para la conducción de mi familia y de-

más comitiva. Hasta el coronel Acha y un hermano menor del finado general Lavalle fueron conmigo hasta muy cerca de Tacna éste último, de donde se separó para Arequipa, llevaba también en mi compañía á un teniente de milicias de Catamarca que me acompañaba desde Miraflores, y no había podido resolverme á dejar abandonados á todos esos valientes que escaseaban de relaciones y conocimiento, y exceptuando al coronel Acha y Lavalle, á todos los demás los costeé hasta Lima y proporcioné allí acomodo.

Al llegar á la cima de los cerros de Bolivia, para descender al Bajo Perú hasta Tacna me encontré con la noticia de haberse enfermado la señora del general Pedernera, yendo en marcha, y solo acompañada del coronel Balmaceda que la conducía.

Fué preciso mandar pedir unos indios al Tambo de abajo para que la condujeran hasta Tacna, porque era ya tarde y no era posible que pasara la noche en aquella inmensa y desierta altura, así fué que apenas se hubo repuesto algo, el coronel Balmaceda la fajó y sentándola por delante de su mula la condujo hasta media cuesta en que encontraron á varios indios que mandaba el Corregidor con una silla en la cual fué conducida hasta llegar al Tambo. Allí se le alimentó y después de haberla asistido cuanto pudieron la habían conducido á Tacna días antes de mi llegada.

Cuando yo llegué á dicho punto con mi familia estaba ya en pié y mejor la señora de Pedernera.

De Tacna al puerto de Arica hay según creo 14 leguas de travesía, pero hay un correo diario, Tacna es una ciudad de pocos habitantes y son muy frecuentes allí los temblores de tierra como en todos los puntos de la costa del Pacífico, y de resultas de uno muy fuerte que se había experimentado poco tiempo hacía estaban las más de las casas en el suelo, ó amenazando ruina las que se encontraban en pié. Fuí alojado con mi familia en casa del señor Buteler comerciante cordobés, casado y avecindado allí, el cual nos obsequió cuanto pudo; por

si cómodo se nos proporcionó ir regularmente vestidos hasta el Callao.(1).

Llegado que fuí á Tacna, en donde encontré ya á varios jefes y oficiales; hallábase en aquel punto de jefe militar el teniente coronel entonces don Santiago Salaberry, sujeto recomendable así por su trato, como por su carácter, (el mismo que fué años después presidente del Perú), el cual así que llegué promovió de motu-propio una suscripción encabezada por él para socorrerme, á fin de que pudiera proporcionar algún auxilio á los compañeros de desgracia.

No recuerdo fijamente la cantidad que me remitió como producto de la suscripción, pero si que me alcanzó para dar no recuerdo si onza y media á cada uno de los jefes y oficiales, dos al general Pedernera y dos y media que tomé yo para ayudar al pago de mi pasaje con la familia y seis ayudantes y oficiales que llevaba incluso el coronel Oviedo, que era jefe de milicias de la Sierra de Catamarca.

Por mucha grácia pude conseguir el pasaje con toda mi comitiva hasta el Callao, por 26 onzas de oro dando solamente doce de contado y con obligación de entregar las doce restantes á los dos dias de haber dado fondo en el Callao. Yo no tenía en Lima, ni en el Callao ninguna clase de relaciones, sino á mi hermano mayor don Francisco que había sido prisionero en Ayohuma, y el cual después de muchos años de prisión en Casas-Matas (prisión horrorosa de los españoles) había casado después de la entrada del general San Martín con una sobrina del Marqués de Torre Tagle, y el cual había estado muy bien en años anteriores.

Para entregar las doce onzas al capitán Adan, fué preciso que cada uno de los acompañantes contribuyera

---

(1) Particular coincidencia! El Capitán que era italiano, llamábase Adan y habiendo encontrado á Eva para su esposa, púsole á su buque el nombre de Paraiso; pero en ese viaje no había traido á la señora, sin embargo de haber viajado ya dos veces con ella.

con la mitad de lo que le había tocado de socorro, pues yo debia pagar el resto sin hacerles cargo alguno.

Se me había olvidado insertar en esta mi relación la carta que recibí de Quiroga en Tupiza ó Mojos dias antes de llegar mi señora, como la contestación que le dí. Decia la primera:

«*Señor general don Gregorio Araoz de La Madrid.*

Tucumán, 24 de noviembre de 1831.

«General.—Desde que oí resonar su nombre por mil « acciones heróicas que V. hizo contra los enemigos de « nuestra independencia, me mereció el aprecio más dis- « tinguido, y esta ha sido la causa ó fundamento prin- « cipal para que viniéramos á ser los más mortales ene- « migos, de lo cual voy á hacer á Vd. una exacta « explicación:—Cuando en julio del año 26 fuí invitado « por los muy nulos y bajos Bustos é Ibarra para derri- « bar al déspota Presidente don Bernardino Rivadavia, « los desprecié, por que no los consideré capaces de ha- « cer oposición con provecho al poder del Presidente; « pero habiéndome augurado el edecan del finado Bustos « coronel don Manuel del Castillo (que fué uno de los « enviados) que Vd. estaba de acuerdo en este negocio y « que era el más interesado en él (1), no trepidé un « momento en decidirme á arrostrar todo compromiso « contando únicamente con su espada para esperar un « desenlace feliz. Pero cuan terrible fué mi chasco cuan- » do ví que las partidas de la Rioja, Córdoba y Santiago « del Estero que depusieron al Gobernador de Catamar- « ca don Manuel Antonio Gutierrez, fueron repelidas por « las fuerzas que V. mandó bajo las órdenes de su pri- « mo don José Ignacio Helguero.

---

[1] Como Quiroga hubiese contestado con desprecio á los comisionados, y manifestádoles que si yo estuviera con ellos contaria con un hombre de empresa para decidirse, díjole del Castillo que era yo el más interesado.

« Desde entonces ya conocí que Vd. era demasiado « injusto, y que procedía como un malvado, poniéndose « de parte del Presidente para atacar á los pueblos que « no querian reconocer su autoridad, cuando fuí yo el « mas interesado en no atacarle como se nos ordenaba « por la circular del gobierno del general Las Heras, « creyendo que Vd. se uniría á nosotros para encabezar « la oposición contra el gobierno de Buenos Aires.

« Me viene Vd. ahora recomendando á su familia, « como si yo necesitara de sus recomendaciones para « haberla considerado como lo he hecho; agregando en « dicha su carta, las consideraciones que dice prestó « á la mía en San Juan, así como á mi señora madre « en los Llanos; pero sin acordarse de la pesada cadena « que hizo arrastrar á dicha mi anciana madre en la « Rioja, ni de que mi familia fué desterrada á Coquim- « bo ó Copiapó por solo libertarla de los tormentos que « Vd. le preparaba en la Rioja, para cuyo solo efecto la « había reclamado del gobierno de San Juan; quien por « solo salvarla de las tropelías que V. le preparaba, se « vió precisado á alejarla.

« General, hay algo más. Hallándose una noche en « Buenos Aires varios Generales reunidos, y entre ellos « don Juan Manuel Rozas, en casa del señor don Braulio « Costa, en la cual yo paraba, uno de ellos dijo que V. « no había prestado jamás un servicio á la pátria, y no « pudiendo mi alma sufrir tal injusticia, les dije:—¿Cuál « de Vds. fué el que hizo estas y aquellas acciones? Cuál « de Vds. fué el terror y espanto (en Bolivia) de los « enemigos de nuestra independencia? No fué el mismo « que dicen Vds. no haber prestado un servicio á la « pátria? ¡Dígase que ahora anda errante, que ha abra- « zado mala causa y que obra como el mayor de los « malvados; pero no se le niegue que prestó servicios « muy importantes en la guerra de nuestra independen- « cia, como ninguno de Vds. lo ha hecho! Todos callaron « y ninguno halló que contestarme! Sí, General, así ha « procedido su enemigo.

« Pero aún hay algo más: cuando á consecuencia de « la revolución de Brizuela en los Llanos, cuando V. se « marchaba para Córdoba, fué agarrado el pérfido des- « cubridor de mis tapados, Carvallo; le encontraron en « el bolsillo una esquela de V. en que le decía: No me « dé V. cuenta del monto del último tapado, sin antes « haberme separado de doscientas á trescientas onzas, « pues yo de pura delicadeza no he tomado un peso de « los dos anteriores (1), porque al fin esta cantidad que « mando reservar á de servir para todos cuando se « ofrezca, como sirve siempre cuanto yo tengo para dar « á los servidores de la patria. Dicha, su esquela no « faltó entre mis jefes, quien quisiera dar á la prensa en « San Juan, y no quise yo permitirlo á pesar de no ha- « haber entregado Vd. sinó cuarenta y tantos mil pesos, « de los noventa y tres mil que se me extrajeron de los « Llanos; de que infiero que Vd. por pura delicadeza, se « sorbió la mayor parte. ¡Bien que tambien estoy per- « suadido que los confidentes que Vd. tuvo se quedaron « con la mayor parte por la ninguna precaución que V. « tuvo en ese negocio!

«Su familia sin embargo, á sido despachada á reunir- se con Vd. por haberlo ella solicitado, desdeñando los ofrecimientos que le hice. (2)

«¡Adios General hasta que nos podamos juntar para

---

[1] Ya queda explicado atrás al hablar de este tapado, la razón por que me vi precisado á escribir dicha esquela, contra mi voluntad y conceptuando, como lo creían todos, que era ese el tapado que decían tenia Quiroga, de diez mil ó más onzas de oro, y que solo se encontró en las cargas, ropa de uso de sus hermanas, 13 ó 14 pesos en pesetas cortadas y lo demás que queda expresado atrás.

(2) ¡Malvado; dios te haya perdonado! Eran solo propios de un bárbaro como tú! Te había espantado mi nombre en el *Tala*, la *Tablada* y *Oncativo;* pues no tenias valor para presentárteme por delante, como me habías mandado decir con el valiente Paunero, sin embargo de que te llamaba á voces! Quisistes vengar tu afrenta con mi inocente y respetable familia; pero el cielo me vengó de ti en Barrancayaco!!! Y por un otro igual á tí! El que ordenó tu asesinato.

que uno de los dos desaparezca, por que esta es la resolución inalterable de su enemigo.—*Juan Facundo Quiroga*».

Esta carta á sido leida por muchas personas respetables asi en Bolivia, como en Lima, Chile, Montevideo y Buenos Aires. Yo la sabía toda entera de memoria, pero habiéndoseme perdido con mi equipaje y demás papeles en el *Rodeo del Medio* ó vuelta de la Ciénega, (1) quizas haya olvidado algún otro párrafo insignificante; pero cuanto está puesto en esta, es el contenido principal de dicha carta y desafío al que por casualidad se hubiere apoderado del original, como á los numerables sujetos que lo hicieron á que me desmientan si hay algo de inexacto en esta cópia.

Contestación mía á dicha carta de Quiroga, remitida desde el pueblo de Mojos á principios de diciembre, antes que hubiera llegado mi familia, remitida por el mismo conducto que la recibí,—por el Gobierno nuevo de Salta.

Mojos, diciembre de 1831.

Señor general don Juan Facundo Quiroga.

General:

Impuesto de la de Vd. del 21 del pasado, me es forzoso decirle: Que mal pudo Vd. contar con la espada del hombre que había hecho tan importantes servicios á su pátria, en la guerra de nuestra independencia, para derrocar al Gobierno general de ella; y mucho menos, con que sería el capaz nunca, de unirse para el efecto, á unos caudillos ambiciosos que solo aspiraban á derrocar las autoridades Nacionales para anarquizar el país y dominar los pueblos á su antojo. Si Vd. se chasqueó cuando en julio del año 26 fueron repelidas de Catamarca las fuerzas que Vd. había mandado contra su Gobierno, por

---

[1] En la batalla del 24 de septiembre del año 41 con Pacheco.

los que yo mandé á sostener al señor Gutierrez, no fué mía la culpa sino de quien lo engañó, ó acaso de Vd. mismo, pues conociendo mis servicios como Vd. mismo lo confiesa, no pudo nunca creer que yo procurara mancharlos conspirando contra el Gobierno General.

Respecto á los infundados cargos que Vd. me hace, de tropelías cometidas contra la esposa de Vd. y su señora madre, estoy igualmente persuadido que ni Vd. mismo lo crée, pues ni su anciana madre á arrastrado cadena, ni sufrido prisión alguna por mí, ni tampoco su señora á sido reclamada por mi al gobierno de San Juan. Por el contrario, habiéndome dicho Gobierno propuesto mandarla desterrada á la Rioja, después de mi regreso de aquella Provincia, mi contestación fué negativa pues le dije en respuesta, que hasta era su desgracia en tener un tal esposo, para que yo pretendiera el aumentársela. Puede Vd. hallar el testimonio de esta verdad en la secretaría del gobierno de San Juan.

Sin embargo de que la publicación de mi esquela á Carvallo no podía nunca perjudicarme, por que es sabido la causa porque la escribí, no dejo de agradecerle el noble hecho de haberlo guardado Vd. General podrá ser mi enemigo cuanto quiera, pero el paso que á dado de mandarme á mi familia, á la cuál espero con ánsia, (1) no podrá olvidarlo nunca.

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID.

Esta mi carta se quedó sin contestación.

Continuaremos la relación de nuestro viaje á Lima en el Paraiso.

Era la primera vez en mi vida que iba yo á embarcarme, pues nunca habían podido conseguir en Buenos Aires los amigos, el llevarme á pasear una sola vez á bordo; me parecía que embarcarme y ahogarme era una misma cosa, pero á pesar de este temor necio, tenía la

---

[1] ¡No sabia yo todavía por boca de mi señora, el bárbaro tratamiento que le había dado esa fiera.

manía de que no me marearía embarcado, y asi sucedió.

El puerto de Arica, es el mas malo que he visto ó el menos cómodo, pues hay mucha reventason de olas ocasionadas por los grandes peñascos que hay hasta dentro del mar; y para tirarse de la escalera del muelle al bote es preciso esperar á que las olas lo levanten hasta tocar así á la escalera que está muy arriba.

Con toda esta incomodidad entramos todos á la lancha del bergantin «Paraiso,» y puesto en él, el 3 ó el 4 de junio, por la tarde, nos hicimos á la vela con toda felicidad y fondeamos al siguiente día ya tarde en el puerto de Islay, que está á 30 leguas de Arequipa, por tener el capitán que dejar ó alzar algunas cargas. Con este motivo bajé á tierra con la familia y fuimos muy bien obsequiados por todos los empleados del puerto, y aun recibimos un socorro gratuito de todos ellos.

Al siguiente día por la tarde nos embarcamos, y en cuatro días de navegación desde Arica, dimos fondo en el hermoso puerto del Callao, cerca de las 8 de la noche, el 9 de junio.

En los dos ó tres dias que paramos en Arica, no había yo querido escribir á mi madre, avisándole nuestra ida, pero si lo había hecho desde Potosí, previniéndole que me hallaba allí con toda mi familia.

El capitán echó un bote al agua y se fué al puerto después de haberme prevenido que no podríamos bajar hasta el siguiente día; pero como sabía que mi señora madre vivía en el Callao, en casa de mi hermano Francisco, encargué al capitán Adan, me hiciera el gusto de suplicar de mi parte al Capitán del puerto que si podía permitirme el bajar á tierra con mi familia, en aquella noche.

Al poco instante de haberse marchado el capitán, vimos venir la falúa de la capitanía y en ella al coronel Gobernador del Callao y capitán de puerto, don N. Guillen, que venía á buscarme.

Casualmente era este señor muy conocido de mi se-

ñora madre y hermano, además de don Gregorio Guíllen, teniente que había sido del cuerpo de cazadores del finado don Manuel Dorrego, en el ejército del general Belgrano y por consiguiente conocido mío; en la actualidad se hallaba de coronel de caballería en Lima.

En cuanto subió á bordo dicho Gobernador, me dió un abrazo, diciendo:

—«Aunque no tengo el honor de conocer al señor General, soy amigo de su señora madre, y el señor General lo es de mi hermano. En el momento que recibí su aviso por el capitán, he venido á buscarlo; vamos corriendo á la falúa que voy á darle una agradable sorpresa á su señora madre.»

Bajamos todos al instante, dejando todo á bordo, y apenas saltamos á tierra, nos condujo él mismo á casa de mi señora madre; dejándonos en la puerta, éntrase, diciendo:

—«Mi buena amiga, aquí le traigo unos huéspedes, para que me los aloje esta noche; no le se serán desagradables. Caballeros, pasen adelante.»

Apenas hice asomar por adelante á mi señora, cuando dá un grito mi madre, conociéndola, y entro enseguida con mis chicos; la pobre señora, lo mismo que mis dos hermanas, largaron el llanto abrazadas de nosotros, pero muy luego se tranquilizaron.

Al siguiente dia, muy temprano, me mandó el gobernador Guillen con el mayor de su batallón, una atenta carta con doce onzas de oro, á nombre del cuerpo de oficiales de su batallón, y el hermano don Gregorio, hizo otro tanto al siguiente dia. Asi fué que al ir por la mañana á bajar el equipaje, tuve el gusto de entregar al capitán Adan las doce onzas, de la mitad del pasaje que se le debía.

Mi hermano Francisco, que era Coronel, vino ese mismo dia 10, de Lima, con su señora é hijos á vernos, y volvió conmigo para que me presentara al presidente Gamarra, que era su amigo.

Después de haberme presentado al Gobierno, regresamos al Callao, y permanecí allí hasta principios de agosto, en que pasé con la familia á la capital.

Fuí visitado por lo principal del pueblo, y conocí que muchos fueron por curiosidad, pues me preguntaban si era hijo de aquel coronel La Madrid que había hecho la guerra á los españoles, y cuando les respondía que era el mismo, pues no hubo otro de mi nombre, se admiraban, porque decían que me suponían de mucha mayor edad, por los muchos años que hacía que conocían mi nombre por los papeles públicos. Allí supe que había orden del Virrey en el ejército español para tomarme vivo en caso de ser derrotado, pues quería el Virrey mandarme de presente á Fernando 7º. Conocí por este anuncio que muchas veces había salvado por esa orden, muy particularmente en *Culpina*, el año 17.

Llegábamos á Lima completamente desprovistos de de todo, pues apenas había podido en Potosí, con el auxilio del señor presidente Santa Cruz, proporcionarme la ropa de abrigo, muy precisa para el camino, y pagar el flete al arriero. Prevendré de paso el placer que experimenté en dicho viaje hasta el puerto de Arica, pues lo había olvidado.

El camino de Potosí á dicho punto, es bastante despoblado y era la primera vez que lo andaba, pero no faltaban en las paradas que acostumbran hacer los arrieros, algunes ranchos de indios. Como llevaba cuatro chicos, y uno de ellos no tomaba mas alimento que leche, cuando se encontraba, salía siempre en las paradas á buscar yo algo que comer para la familia, como leche, huevos ó un pollo ó cordero. Los indios son por lo general muy miserables, aunque se les ponga la plata en la mano, y esto viendo uno el cordero ó pollo que quiere comprar, es muchas veces, ó las más, imposible que se lo dén.

Esto, precisamente, me sucedía en todas las paradas; pero como ellos son curiosos, en el momento que ven un *viracoche* extraño, (llaman *viracoche* á toda persona blan-

ca) desean saber quién es, y le preguntaban á los arrieros, que hablan su mismo idioma. En el momento que oían mi nombre, iban á sus casas, y me traían de balde lo que no había podido conseguir con el dinero; acariciaban á mis chicos y á mi señora, y les daban ya unos huevitos, ya un cantarito de chicha ó papas, etc.

—«¡Toma tatay, padre de la pátria, me decían, yo conocer tu nombre, mi padre ó mi marido hablaba mucho de vos, que ser mucho bueno para con los indios, que has peleado mucho por la pátria; ¡ay tatay!, y me abrazaban muchas veces.

Aseguro á mis lectores que en mi vida había experimentado una satisfacción más grande que la que me proporcionaba estas muestras de unos corazones inocentes y desconocidos. Muchas veces le dije á mi señora, pues me solía celar siempre con la patria:

—«¡Ahí tienes, hija, lo que yo más estimo! ¿Qué me importa que algunos gobernantes, olvidándose de mis servicios me desatiendan, cuando ellos son notorios y no los olvidan los más infelices? ¡Más agradezco estas pequeñas muestras de gratitud de estos infelices, que las mayores dádivas de un poderoso! Aquellas son de corazón, mientras que éstas son tal vez hechas por cálculos de conveniencia.»

—«No es mal consuelo, me decía, pero con él te quedarás. Si nada tienes, nada valdrás, ni valdrán tus servicios, asi es el mundo. Muy bueno es defender la pátria, pero no como tú lo haces, sacrificándolo todo por ella y hasta tu familia!»

¡Cuántas veces no le he hallado razón á estas sus reconvenciones! Y mucho más aquí en Montevideo, donde á muy pocas leguas de mi pátria, me he visto obligado solo por la miseria, á enagenar estas mis Memorias, único patrimonio que podía dejar á mis hijos! Pero me asiste la esperanza de que habiéndolas cedido á un distinguido patriota é ilustrado oriental, don Andrés Lamas, las dará pronto la publicidad cuando le sea posible. Pues estoy cierto de que cuando esto suceda, y

se haya nuestro país constituído, no ha de faltar un Gobierno justo que atienda á los desventurados hijos de un padre que todo lo sacrificó por su pátria! Sigamos.

Habíamos llegado á Lima, como llevo dicho, desprovistos de todo, pero había tenido la felicidad de pagar el pasaje, y aún de proporcionarles acomodo á todos mis ayudantes y oficiales que me habían acompañado, á excepción de mi hermano político que quedó á mi lado; con los pocos reales que me quedaron y 18 onzas de oro con que me favoreció el recomendable compatriota don Domingo Villarino, que había sido muy amigo del distinguido y finado general don Manuel Belgrano, pude proporcionarme las cosas más precisas.

Mientras tanto, llegó el mes de septiembre y el 18, nació mi hija á quien puse por nombre Tomasa Berenice. Los pocos medios que me habían quedado de las tres donaciones que se me hicieron por los dos coroneles Guillen y Villarino, se habían concluido, y sufrimos bastantes privaciones.

Hacía algunos dias que había recibido una carta de Buenos Aires de mi hermano político don Ciriaco Diaz Velez, dándome cuenta del fallecimiento de mi padre político el Dr. don José Miguel, y lo cual me ví precisado á ocultárselo por el estado en que se hallaba. Pero resolví desde aquel día hacer todas las diligencias posibles para regresarme á Chuquisaca, pues en el concepto de que habían en Buenos Aires y Entre Rios, bastantes intereses pertenecientes á los padres de mi señora, y de que no le sería difícil á mi hermano don Ciriaco, librarnos alguna cantidad á dicha ciudad de Chuquisaca, para transportarnos á Montevideo, se lo había así prevenido á dicho mi hermano.

Mientras mi señora se restablecia y robustecía un poco mi nueva hija, se nos facilitó por algunos compatriotas una suscrición de treinta y tantos pesos al mes, y lo cual solo alcanzó á correr por dos ó tres meses.

Un amigo me había aconsejado, viendo la imposibi-

lidad de poder encontrar recursos para mi viaje, que le escribiera una carta al general don Domingo Tristan á Arequipa, solicitando un préstamo para pagar mi transporte á Tacna. Hícelo así, y tuve la satisfacción de ser servido generosamente por dicho señor, pues se me presentó un día á mediados de noviembre un sobrino del señor general Tristan del concilio de Lima, con la contestación de su tio y avisándome tener orden de dicho señor, entregarme quinientos pesos.

Díles las debidas gracias y le supliqué los conservara en su poder y me hiciera la gracia de encargarse de apuntarme el pasaje para el primer buque que saliera para Arica, pues que á él como comerciante le sería más fácil.—Con mucho gusto, díjome, me encargaré de hacer á V. este servicio con toda la equidad que se pueda, y así lo hizo; pues contrató por 24 onzas el pasaje de cinco personas, mujer y los cuatro chicos, contándose en los primeros al capitán Irigoyen que debí traerle.

De mi hermano don Francisco, ningún auxilio había podido obtener, porque cuando llegué lo encontré ya en quiebra, á causa de su jénio franco y servidor, se había propuesto favorecer á todos los paisanos conocidos que habían decaído por allí, habilitándolos, y fué la causa de su quiebra. Le debían treinta y tantos mil pesos y no tenía valor para apurar á ninguno, y mantenía además nuestra madre y las dos hermanas, casada la una.

Llegó el momento de avisársenos que el 12 de diciembre salía del Callao el bergantin general Vivero que debía conducirnos, y dispuse mi marcha, pues ya tenía hechos los aprestos necesarios de ropa y demás.

El 10 lo habían convidado á mi ayudante Diaz Velez, y capitan Irigoyen, que estaba también en mi casa, para un paseo inmediato; y yo en precaución para que no fueran á entretenerse como jóvenes, les habia dicho que el 11 era la marcha, y que debían de estar precisamente de vuelta.

Llega el correo del Callao en la tarde del 10, y recibo aviso de que el buque salía sin falta á las 3 de la tarde del 11. Así que apenas amaneció me puse en marcha con todo el equipaje y apenas llegué al Callao lo hechamos abordo, pero sin que aparecieran Irigoyen ni Diaz Velez. Estábamos acabando de comer con mi madre y hermanas para irnos á bordo, cuando llega mi hermano político Diaz Velez con la noticia de haberse salido escapado del baile en que estaban, sin haberle sido posible sacar á Irigoyen, el cual le habia prometido que estaría á la noche con nosotros.

No hubo más remedio que hacer bajar el equipaje de Irigoyen y marcharnos, pues el Capitán ni podía esperar, ni quiso volver el pasaje. Esta fué la razón porque se quedó dicho oficial.

Llegamos al puerto de Arica á los 15 ó 16 días de navegación, ya cerca de la noche y todo el caudal con que llegaba eran 12 reales, y mi señora nada sabía de la muerte de su padre, pues no había querido yo avisarle, tanto por consideración al estado en que se encontrába, pues era natural que con el sentimiento se me enfermaría, y había creido mejor guardar dicha reserva.

Mas no considerando justo ocultárselo por más tiempo, se lo comuniqué esa noche con mucha suavidad, preparándola antes con dar gracias á Dios por habernos librado de todos los riesgos y vuéltonos ya á un puerto de donde podríamos por tierra conducirnos á nuestro país. Mucho se aflijió y lloró la pobre, pero logré pronto tranquilizarla, aunque pasamos la mayor parte de la noche sin dormir, pues no faltó tampoco un temblor de tierra que nos sobresaltara.

Así que amaneció entramos en nuevas aflicciones porque no tenía conocimiento en el puerto, ni encontraba medio de conducirme á Tacna hasta no escribir por el correo al señor Buteler, pero para esto había que esperar dos días y no tenía recursos.

Fuíme á una casa de comercio inglesa, y díjele al

dueño quien era y el estado en que me encontraba; y que careciendo allí de relaciones iba á verlo para que me facilitara un par de onzas, para transportarme á Tacna con mi familia de cuyo punto se los devolvería inmediatamente.

El noble comerciante, cuyo nombre siento no recordar, sacó cuatro onzas con la mayor cortesía, y me las presentó, sin permitir que le firmára documento alguno.

Díle las debidas gracias por tan noble proceder y contraté en el momento un arriero pagándole no recuerdo si treinta ó treinta y dos pesos, por 6 cabalgaduras de silla, incluso las del soldado que cuidaba á mi chico, los dos niños mayorcitos, y tres de carga.

Puestos luego en marcha como á las 12, fuimos á llegar á las orillas del pueblo de Tacna tarde ya de la noche, y nos alojamos en una hacienda conocida del arriero. No bien había salido el sol, cuando se me presentó el Sargento mayor del Cuerpo de Húsares de Junin que se hallaba de guarnicion en aquella ciudad con una carta del señor general Salas, jefe de los departamentos del Sud y de dicho Cuerpo; y cien pesos fuertes de su parte.

Alzo la carta y veo lo que sigue: —Señor general don Gregorio Araoz de La Madrid. —General.—Sabedor el Cuerpo de Oficiales de Húsares de Junin, del cual soy su jefe, de la desgracia que ha conducido á V. E. por estos paises con toda su respetable familia, y la mala acogida que ha tenido de su Gobierno (1) un tan antiguo defensor de la Independencia, tiene la grata satisfacción de ofrecerle por mi conducto esa pequeña suma que le será entregada por el mayor del Cuerpo, previniéndole que ella corresponde al presente mes de Enero y que igual suma tendrá el placer de pasarle todos los

---

[1] Era esto verdad pues ni casa me habia proporcionado el presidente Gamarra.

meses, por todo el tiempo que el señor General quiera honrarnos con su compañía.

Espero que el señor General tendrá la bondad de aceptar esta corta ofrenda que le hace la oficialidad de dicho cuerpo por mi conducto, y establecerse entre nosotros, para evitar á su recomendable familia las molestias que son consiguientes por tan ásperos caminos.— Me honro con tal motivo en titularme del señor General su mas afecto amigo.—*N. Salas.*

Mucho siento el haber perdido esta carta con mis demás papeles por cuya razón no recuerdo más que el apellido de tan generoso y noble compañero de armas. Dí al mayor una contestación cual merecía, tan generoso y noble proceder del recomendable cuerpo de oficiales de Junin y su Jefe, espresando en dicha carta, que solo aceptaba por esa vez tan generoso ofrecimiento porque me era indispensable continuar mi marcha; pero que desde aquel momento quedaba grabado en mi corazón el sublime rasgo de filantropía y generosidad del distinguido cuerpo de oficiales.

En el momento de llegar al pueblo, fuí á visitar á tan recomendable jefe y darle personalmente las debidas gracias, por tan generosa atención y manifestarle los motivos que me obligaban á no aceptar su generoso ofrecimiento. Hízome las mayores instancias para que me quedara; pero conociendo mi interés en pasar adelante hasta Chuquisaca, encabezó el mismo una suscripción con cien pesos fuertes, y mandó correrla por el comercio con uno de sus ayudantes. El resultado fué que él me remitió á los tres ó cuatro dias unos cuatrocientos y pico de pesos.

Mi primer cuidado en el momento de haber recibido este generoso auxilio fué el de librar las cuatro onzas al comerciante de Arica que tan generosamente me las había franqueado.

Mandé preparar un par de árganas con aros de madera y perfectamente forrados por dentro, para que me sirvieran para conducir en ellas á Merceditas y el tucu-

mano Pedro Miguel; y mandé tambien construir una cunita lijera con espalda y asiento de lona y hevillas á la cabecera y piés, para poder yo conducir colgada al cuello, á mi última y tierna chica la limeña; pues solo de este modo podría conducirla cómoda y seguramente por las cordilleras que teniamos que atravesar.

Arreglado ya el viage y pagado el arriero que debia conducirme hasta Chuquisaca con trescientos y pico de pesos, pusímonos en marcha á mediados de enero después de haber sido muy bien obsequiados tanto por los militares como por los demás señores de aquel pueblo hospitalario, y muy particularmente por el señor de Buteler y un señor Vidal comerciante oriental, y hermano del señor canónigo, llamado don Mariano.

A los dos dias de marcha para Chuquisaca recibo aviso de la ciudad de Oruro, de haber pasado para la Paz el señor Presidente don Andrés Santa Cruz para establecerse allí con el Gobierno.

Con este motivo y poniéndome en el caso de que tardaría mucho en recibir la respuesta de mi hermano político y señora madre de mi esposa, resolví dirijirme á la Paz que estaba á menos de la mitad del camino á Chuquisaca; y hablando para el efecto al arriero para que me rebajara el flete y devolviera algun dinero díjome que para él era lo mismo, pues tenía ya su gasto hecho. Asi fué que salió el ganancioso y yo perjudicado y tuve que marchar á la Paz.

Bastantes trabajos, lluvias y nevadas, experimentamos en todo el camino, y hasta no faltaron caídas de las árganas con los dos chicos dentro, pero fueron con felicidad. Sus conductores eran los dos varoncitos mayores, Enrique y Ciriaco, pues se turnaban en cargarlas. Acomodábanse las árganas sobre el apero y después se le sentaba encima al que debía conducirlas, y las pocas caidas que sufrieron eran ocasionadas por el repecho de las cuestas que llegaron á resbalarse por las ancas de la mula, sin poderlo evitar; pero como eran los animatan mansos no habia cuidado que se movieran ni

patearan. Pero las aflicciones de la madre y mias eran grandes como es natural en cada una de esas caidas.

Llegamos por fin el 3 de marzo á la ciudad de la Paz que es bastante populosa y está situada en una profunda quebrada y dividida por medio un gran río que se pasa por puentes hermosos de cal y canto, y creo que son construidos por los indios; y tienen tanta altura que por más grandes que sean las crecientes no los cubren, y cuidado que en tiempo de lluvias causa pavor el ruido que meten las magestuosas piedras que arrastra la corriente.

Llegados á esta ciudad fuimos hospedados por mi paisano don Juan Manuel Muñecas, hermano de aquel célebre clérigo que tuvo grande ascendiente entre los indios cuando la revolución que hicieron á la Paz.

El señor Presidente no había llegado aún. Pero un señor Soriana, comerciante español y que había servido de coronel contra nosotros, en los ejércitos del Perú, cuando la guerra de nuestra Independencia, habíase encargado así que supo mi llegada y sin nadie saberlo, de correr una subscripción á mi favor entre sus paisanos del comercio, encabezándola él con cien pesos fuertes.

Así fué que pasados no recuerdo, si cinco dias se me presentó con la mayor cortesia á visitarme, y llevando un criado con un talego de muy cerca de quinientos pesos; y después de haber conversado un rato conmigo haciendo algunos recuerdos de nuestras pasadas aventuras, mandó entrar al criado y díjome que tuviera la bondad de aceptar aquel presente que me hacia un Çoronel que había sido mi enemigo cuando así debió ser, pero que le reconociera desde aquel momento como uno de mis mejores amigos.

Me manifesté muy agradecido y me le ofrecí de corazón, – como correspondía á tan noble y generoso Jefe español, con cuyo motivo tuve el gusto de cultivar con él, la mejor amistad por el tiempo que permanecimos allí.

Llegado que fué el señor Presidente Santa Cruz á

los pocos dias, y después de haberle felicitado y dadóle las gracias por los servicios anteriores y disculpada mi marcha á Lima por el estado de mi señora, tuve á los pocos dias la satisfacción de que se me mandara pasar por él; cincuenta pesos fuertes todos los meses.

En ninguna parte en mis dos largas peregrinaciones con toda mi familia, lo hemos pasado mejor que en aquella ciudad y todo Bolivia, y tambien en Copiapó y Santiago, aunque no con la comodidad que en aquel pais. Bien que es aquél el de mis mayores simpatías, y el que mas las tiene por mí, por haber sido el principal teatro de mis operaciones en la guerra de nuestra Independencia por consiguiente gozamos en él, de una completa salud, y de todas las diversiones y paseos que nos proporcionaron sus obsequiosos habitantes, todo el año 33.

En el pueblo de Mojos había escrito una parte de la campaña, desde el 1° de diciembre del año 29 hasta la captura del general don José Maria Paz; y en Tupiza y Potosí acabé la otra hasta haber llegado á dicho punto marchándome para Arica.

En dicha ciudad de la Paz, fuimos confirmados, yo y mis tres hijos varones, y las dos niñas; y me sirvió de padrino el doctor don José María Bedoya, quién habiendo emigrado de Córdoba, servía de secretario al señor Obispo de aquella ciudad, cuando mi llegada. Allí volvieron á ser puestos en la escuela mis dos hijos mayores, y á Merceditas, por primera vez por ser tan viva, pues tenía solo cuatro años.

Concluíase el año 33, y el señor Presidente Santa Cruz que había vuelto á la capital de Charcas, preparábase para espedicionar sobre el Perú porque había amenazádole el Presidente Gamarra á consecuencia de un movimiento que hubo en la ciudad de Arequipa, por separarse del Perú é incorporarse á Bolivia; y cuya idea estaba en las miras del señor Santa Cruz, lo mismo que la de agregar á su República el puerto de Arica.

Susurrábase ya en el pueblo de que el Soberano Congreso de Bolivia establecido en Charcas, iba á nombrarme Ge-

neral de la República; y aún habíanme felicitado ya varios comerciantes y vecinos de la Paz, dando como hecho este nombramiento; y el cual sin embargo de que me honraba y de la afeccción que tenia por aquel país, no me conformaba por el cariño hácia el mio; y para evadirme por esta sola causa, del compromiso, antes que fuera nombrado manifesté presición de marcharme á Montevideo por convenir así á los intereses de mi familia.

El señor general O'Connor, que se hallaba en la Paz de jefe del Estado Mayor del ejército boliviano, había escrito á todos los jefes del ejército que estaban en Chuquisaca, invitándoles á una subscripción en mi favor; para socorrerme para mi viaje.—Llegó en esto el señor Santa Cruz á la Paz, y le pedí mi pasaporte para el Estado Oriental, y me fué otorgado á mediados ya de Enero del año 34; en circunstancias que estaban ya aproximándose las tropas bolivianas en marcha para el Desaguadero.

Como nos visitábamos con el general O'Connor, fuí un día de esos á verle; y me enseñó una carta del coronel Manrique jefe de uno de los batallones que se hallaban en Chuquisaca, en contestación á su propuesta; y diciéndome antes de leérmela:—«Había pensado no decir á Vd. una palabra del pensamiento que tenía entre manos, hasta que no estuviere realizado; pero no pudiendo menos que llenarme de satisfación al recibir esta carta, que me muestra la estimación que Vd. merece en este país, quiero enseñársela».

Decíale el Coronel, que había recibido su carta estando en el Prado (1) haciendo lavar su Cuerpo, con el mayor gusto, y llamado á sus oficiales para leérselas, los cuales así que supieron el objeto de la suscripción, se habían prestado gustosos y suscrítose todos, pero que llegando la hora á poco rato, de retirarse con el batallón; había sido sorprendido agradablemente por todos los sargentos

(1) Es un hermoso paseo que hay en Chuquisaca.

de él, que vinieron á pedirle á nombre de la tropa que se les permitiera á todos subscribirse también con la tercera parte de su sueldo, para cederlo en favor, así que llegara el habilitado; que por consiguiente podía contar con que el Cuerpo de su mando, daria gustoso una buena cuota.

No quiero dejar en silencio un hecho tan noble por parte de los oficiales; y muy particularmente de los soldados bolivianos; pues creo que un hecho de esta naturaleza, no podía menos que servir de estímulo á nuestros oficiales, para saberse conducir con la tropa; porque esta general estimación que he merecido yo, en todas partes, es debida solo al esmerado cuidado que he tenido en campaña, á fin de que mi tropa no dañe, ni perjudique jamás al vecindario, ni á los habitantes del país por que he transitado.—Esta es la razón, porque he sido estimado por las gentes de todos; y porque he sabido además, tratar con las consideraciones y afabilidades que les eran debidas. Esto es por parte de los pueblos.

Si por la tropa he merecido igual estimación, por lo general, aun en pueblos ó paises que no he servido, como me lo han dado á conocer por el respeto y consideración que me han dispensado; no á sido no, porque yo haya permitido jamás la licencia, ó falta de disciplina, como algunos de mis émulos han sabido decirlo; sino porque he sido justo con ellos, sufriendo á su par todas las privaciones, y despreciando los goces que no podía igualmente proporcionar á todos. Porque en los peligros, he sabído exponerme para libertar al último de mis soldados; porque he sabido cuidar de mis heridos ó enfermos, y á trueque de no abandonarlos, he sabido conducirlos muchas veces en mis hombros para estimular á mis oficiales y soldados; y en fin, porque cuando mis soldados no han tenido que comer he partido con ellos cuanto tenía, ó se los he cedido todo.

¡Estos hechos hablan al corazón, y se transmiten de boca en boca; y es por ellos, que tuve la satisfacción de ver á un Cuerpo entero, que no me conocía talvez, ir á

solicitar de su jefe el permiso, para cederme una parte de su sueldo, sabiendo que estaba en desgracia!

Mas ese cargo generoso no tuvo lugar en su totalidad, como me lo dijo después el general O'Connor, al entregarme la subscripción porque el Coronel había quedádose enfermo en Chuquisaca y marchádose el Cuerpo con el Mayor, antes que hubiese, llegado el habilitado con el sueldo.

—«Probablemente el Mayor, díjome el general O'Connor, es algun émulo de Vd., y no cuidó de cumplir con el ofrecimiento que había hecho toda la tropa; pero sin embargo, es el que más á mandado; y me entregó doscientos ochenta y tres pesos de parte, y cerca de doscientos de los demás; cuyo total, no pasó de cuatrocientos cincuenta pesos.

Llegado el momento de mi marcha, el señor Presidente General don Andrés Santa Cruz, mandóme dar quinientos pesos para mi pasage.

Con todos estos auxilios, pude pagar trescientos y tantos pesos de deudas anteriores, y de años atrás; proveerme de la comodidad precisa para el viaje, pagar 200 pesos por la conducion de toda mi familia hasta Arica, aumentada por un chinito huérfano que se me dió de edad como de doce años, y de una china ó india llamada Manuela, que quizo seguirme, y cuyas dos personas me acompañaron hasta Montevideo.

A principios de marzo del año 1834, salí para Arica á cuyo puerto llegué con todos mis niños, desollada la cara por las nieves y frios de la Cordillera, y tuvimos la felicidad de embarcarnos para Valparaiso, á los tres dias después de nuestra llegada, en la hermosa barca norteamericana, denominada «San Pedro»; y cuyo capitán y su hermano, son los hombres más apreciables que he tratado, y los que más caballerezcamente nos dispensaron en la navegación toda clase de consideraciones. El capitán se llamaba don Enrique, y siento no recordar su apellido. Veinte y cuatro onzas de oro, me costó el pasage, pero no pude darle allí más que doce, al embar-

carnos; pero con la calidad de entregarle lo restante en Valparaiso.

Apenas entramos á bordo, y en el cual nos encontramos ya con varios pasajeros bolivianos que iban á emplearse al puerto de Valparaiso; llamó el capitán á su mayordomo y díjole á nuestra presencia:—«Cuanto los señores pidan tiene Vd. que proporcionárselo. — Hagan Vdes. díjonos enseguida á mi señora y á mí, de cuenta que están en su casa y pidan cuanto necesiten, pues de todo hay».

En efecto con un capitán como él podría cualesquiera navegar con gusto, porque nada absolutamente nos faltó. Tenía una excelente y abundante mesa, un buen almuerzo, pan fresco diario y que no lo he comido mejor, ricos postres, y en fin todo en abundancia; y para que nada faltara era el mayordomo un excelente jóven de Baltimore que trabajaba todas las noches las más ricas y abundantes masas dulces para el té. Y para mejor ponderar la cortesía y generosa afabilidad de dicho capitán, debo decir que después que todos nos servíamos de las masas á la hora del té y repetidas con instancias por el mismo, llenaba los bolsillos de su chaqueton con las que sobraban y se las guardaba para el amanecer. ¿Y para que? para llamar á todos mis chicos así que se despertaban, y repartírselas con el mayor cariño.

Para hacer mas agradable el viaje nos convidaba á jugar la rayuela sobre cubierta con pesos fuertes, y hasta inventó conmigo el que hiciéramos unos cartones para jugar lotería de noche para que se distrajera mi señora que se mareaba mucho, y al efecto entre el capitán y yo hicimos las bolillas de varillas de pino que mandó él preparar, con nuestras cortaplumas. Verdad es que esta última invención, fué ideada á consecuencia de un levantamiento que hubo de haber á bordo entre los marineros, todos de resultas del siguiente suceso.

Al tiempo de dar á la vela, de Arica, habíansele desertado dos marineros, y para asegurarlos habían dado á la vela de acuerdo ó con conocimiento del capitán del

puerto, á fin de agarrarlos, porque se habían ocultado. Asi fué que el día que nosotros llegábamos al puerto de Tacna, tubimos el sentimiento de descubrir ya en marcha á dicha barca; pero nos habían tranquilizado así que llegamos avisándome el consignatario el objeto de aquella falsa marcha.

En efecto los marineros así que vieron navegando la barca, salieron y fueron apresados; mas el capitán que había alejádose bastante del puerto, no se fué posible regresar hasta los tres días.

Al siguiente día de habernos hecho á la vela, había el capitán mandado amarrar sobre cubierta á los dos desertores para castigarlos, y mandando á uno de los otros que los azotara, denegóse: el resultado fué que todos se denegaron á obedecer al capitán, y hasta el mismo piloto. Pero el capitán que era hombre de fibra tiró de su estoque ó espada, hirió no recuerdo si á dos ó tres, el hermano del capitán y el mayordomo corrieron á la cámara á sacar sus pistolas y se la presentaron al capitán, y hasta yo y mi hermano político nos armamos también.

Fué un día aquel de tormento y zozobra para mi señora, y por consiguiente aun para mi mismo, pues veía el riesgo á que estabamos expuestos con toda la tripulación sublevada. Ello fué que el capitán se mantuvo firme, hizo azotar á los dos desertores, no recuerdo si con el mayordomo, ó si con uno de los marineros á quien obligó por medio de una estocada.

Pasado el castigo y sin embargo del murmullo y repugnancia de todos los marineros, hízolos dejar atados y medios colgados á los desertores y se mantuvo todo el resto de la tarde el capitán sobre cubierta perfectamente armado con su par de pistolas y sin haber bajado ni á comer. Pero después de haberlos tenido á los desertores cerca de una hora amarrados, habíalos mandado desatar asi que empezaron á pedir misericordia.

Por la noche fué mayor nuestra alarma, cuando el hermano del capitán me dijo privadamente, que era pre-

ciso me mantuviera en precaución con todos los pasajeros que eran seis ó siete, pues que toda la tripulación y hasta el mismo piloto estaban sublevados, «pero no diga Vd. nada á mi hermano».

Con este aviso reuní á todos los comerciantes y les instruí del peligro que corríamos y que era preciso armarnos para sostener al capitán y estar en vela. Al efecto los numeré á todos tomando yo el primero, para velar sobre cubierta una hora cada uno, y mantenerse listos los demás.

Convenidos todos y bien armados de sus pistolas pasé yo la primera hora sobre cubierta conversando con el capitán, sin embargo de las instancias qne me hizo para que me retirara augurándome que no había que temer. Desperté al segundo á su tiempo y así pasamos la noche en vela casi todos.

El capitán desde el momento de aquella ocurrencia había destinado al piloto á proa, y no volvió á la mesa en las 17 horas que duró nuestra navegación; pero al siguiente día, ya el capitán estuvo seguro de la obediencia de todos sus marineros, más sin embargo no dejé yo de mantener con las armas, la misma precaución en todo el viaje, pero fué salvo este sobresalto, el más divertido que he tenido en todas las veces que me ha sido preciso andar embarcado con la familia, sin embargo del poco descanso que he tenido en todos ellos; pues como toda mi familia y hasta mi hermano político se mareaban en extremo, y era yo el único libre de esta molestia, tenía por necesidad que asistir á todos, y andar siempre sobre cubierta.

Llegamos por fin á Valparaiso en la noche del tres, ó cuatro de abril y tuvimos la complacencia de disfrutar de la hermosa vista que presenta la población al entrar á dicho puerto, por las ondulaciones que forman los edificios y calles, en los cercos ó lomadas en que está una gran parte de la población, la cual con la iluminación presenta una vista muy agradable.

Al siguiente día muy temprano, desembarqué con

toda la familia y al saber que estaba alli establecido con una casa de comercio, el señor don Sebastian Lezica hijo de Buenos Aires y hermano de mi amigo el señor don Ambrosio, pasé á verlo por la tarde, y hacerle presente el compromiso que estaba con el capitán de la barca «San Pedro» por doce onzas que se le adeudaban, para que me hiciera el servicio de franqueármelas seguro de que yo las satisfaría en Buenos Aires ó Montevideo, á cuyo último punto deseaba pasar muy pronto, por que mi señora venía bastante molestada por consecuencia del viaje.

Pero como dicho señor me contestó que cuidaria de proporcionarme por medio de una subscripción cuanto pudiera para mi pasaje, y nada me había dicho respecto al pago del capitán, víme precisado á dirigir por el correo, esa misma tarde, una carta al señor Presidente de Chile brigadier don Joaquin Prieto solicitando me sacara de aquel compromiso, y habiendo á la vuelta del correo recibido la orden de dicho señor Presidente para que se me entregaran trescientos pesos, tuve la satisfacción de dar al capitán don Enrique, las doce onzas que se le adeudaban del pasaje. Con este motivo resolví dar un paseo á la Capital de Santiago, tanto por agradecer personalmente al señor Presidente por el servicio que acababa de prestarme, cuanto por conocer aquel pueblo, y ver de paso si encontraba alguna persona conocida, que me facilitara algunos recursos para pagar el pasaje á Montevideo.

Púseme en marcha por la posta en uno de los carruajes que hay al efecto, llevando al mayor de mis niños Gregorio, y fuí á bajarme al siguiente día, á casa de nuestro compatriota el coronel don José Melian; el cual se hallaba en Valparaiso, y me había dado algunas cartas de recomendación y una para su señora para que me hospedara en su casa, habiendo dejado á mi señora con su hermano Domingo.

Tuve el gusto de presentarme al señor Presidente y manifestarle mi agradecimiento, al siguiente día, fuí por

su parte muy bien recibido. Visitáronme varios jefes y señores, y aun recibí alguno auxilio del señor almirante Blanco Encalada.

Encontré á mi primo don Miguel Diaz de la Peña y me sacó á dar un paseo, y hacerme conocer la Capital; y aun me acompañó á pagar las visitas que se me habían hecho pues debía regresar á los dos días, como lo verifiqué.

Uno de los primeros que estuvo á verme apenas llegué, fué mi compatriota y antiguo amigo y compañero el coronel don Luis Pereira, que había servido en «Granaderos á caballo» del general don José de San Martín, y se hallaba en aquella actualidad encargado de la dirección del Colegio Militar de Santiago, que estaba en el mejor pié. Apénas me vió con mi Gregorio, díjome: «Vamos, á éste me lo dejas aquí para yo educarlo en el Colegio, pues continuamente en mis academias con los cadetes, te pongo de ejemplo cuando se ofrece tratar de algunos hechos de armas». El niño que tenía ya doce años cumplidos y era muy afecto á la carrera militar y bastante aplicado, se prendó mucho del ofrecimiento y le contestó al Coronel que se quedaría gustoso, asi que le preguntó.

Por mi parte viendo las instancias de Pereyra para que se lo dejara, y temeroso por otra parte, de que fuéramos á perecer todos en el Cabo de Hornos, segun los peligros que nos habían ponderado de la navegación, me decidí á dejarlo, pero mandándoselo de Valparaiso, pues no quería darle á la madre el disgusto de separarse de él sin haberla antes dispuesto y convencídola.

Púseme en marcha para Valparaiso á los dos dias de haber estado en Santiago y con la promesa á Pereyra de remitírselo luego, pues una de las razones que me había decidido á dejarlo era la de que salvase siquiera aquel hijo en caso fuéramos desgraciados en la navegación.

La pobre madre lloró bastante así que llegué y la instruí de mi pensamiento, pero habiendo logrado

convencerla muy pronto, ya por el deseo de que se educara, como por el riesgo á que íbamos á exponernos, lo despaché á los dos dias de haber llegado, pues era él el que más se apuraba por haberlo llevado Pereyra conmigo y héchole conocer el Colegio y á todos los cadetes que tenía en él.

Yo lo acompañé algunas leguas y me despedí de él traspasado de dolor, pues tenia presición de ocultarle mi pesar para que no se entristeciera.

Apenas llegó á Santiago cuando me mandó Pereyra una carta suya manifestándome estar muy contento con su nuevo padre, pues así le había dicho Pereyra que lo llamara y con todos sus compañeros.

A los dos ó tres dias despues, nos habíamos ya embarcado en la barca italiana «Banavier» mandada por el capitán Panza, mediante la subscripción que había reunido el señor don Sebastian Lezica que alcanzó solo para pagar la mitad del pasaje, pues se había contratado por treinta y seis onzas de oro todo él y con la calidad de dar las diez y seis que faltaban en Montevideo á los tres dias despues de nuestra llegada.

El 24 de abril dimos á la vela del puerto de Valparaiso, llenos de provisiones, de aves, carneros, cerdos y hasta un buey vivo que llevó á bordo el Capitán, y sin más pasajeros que mi familia y un inglés que enseñaba é leer y escribir perfectamente en solo veintitres días de lección. Asi fué que á mi chica Merceditas le enseñó en la navegación y tiene una excelente forma de letra.

Yo había llevado á bordo mi buena provisión tambien de cuarenta y tantas aves gordas, y hasta dos hermosas cabras para leche, la una con sus dos cabritos, con el fin de poder proporcionar alimento para mis cuatro chicos, pero cuando subí á bordo y me encontré con todos los gallineros llenos con más de 300 aves, díjome el capitán que era excusado que hubiera llevado aquella provisión de aves, pues casi no habia donde acomodarlas.

Pues á pesar de toda esa abundancia de provisiones y de que nos faltó carne fresca en toda la navegacion hasta haber llegado á Montevideo, fué uno de los viajes en que más sufrimos con la familia, por la excesiva mezquindad del Capitán que todo lo daba extremadamente tasado, y en toda la navegación no pude conseguir que ni de las aves que habia yo llevado me mandara asar una para mi señora, que no podia pasar el alimento que se hacía á bordo, no porque fuera malo, sino por aquella repugnancia que causaba el mareo á todo cuanto había á bordo. Llevaba mucha harina á bordo y un hermoso horno, pero no comimos pan en todo el viaje, sino dos días que duró el que se había sacado del puerto, porque no quiso hacerlo, y nos hizo pasar todo el viaje á galleta.

Por felicidad, yo había llevado una buena provisión de macitas y bizcochos para mis chicos que nos duró hasta la altura del Cabo, cerca de la 3ª parte del viaje, pero nos tomó un temporal tan terrible que casi naufragamos á eso de las 12 de la noche, y como á los 16 dias de nuestra salida.

Fué tan terrible el golpe repentino de mar que recibimos á dicha hora, que nos llevó toda la obra muerta de la derecha de la barca y hasta entró á la cámara una tal cantidad de agua, que los baules del inglés y de mi hermano político que dormían en ella, anduvieron boyando aumentado por el aterrador bullicio del viento y de lòs marineros para recojer las velas.

Felizmente yo había elegido un cuarto contiguo á la cámara en que habían varios camarotes, para ir con toda la familia reunida; para cuyo efecto había quitado los camarotes para poder acomodar nuestro gran colchón y dormir en el piso con todos los chicos. Así fué que el golpe de mar lo recibimos á nuestra misma cabecera que estaba esa noche de ese lado y nos despertamos aturdidos, tanto por el estrépito del golpe, que nos pareció un cañón de á 24 disparado en nuestro oído, como por los gritos de los marineros. Juzgábamos en aquel momento

que era el último día de nuestra vida porque el agua chorreaba por el costado sobre nuestra cama, pero felizmente no nos entró á nuestra pieza el golpe de agua que fué á la cámara.

Salí al instante á cubierta, y encontré al buque sin una sola vela, pero andando como una exhalación de ocho y media á nueve millas por hora, á palo seco.

Hasta las siete y media de la mañana fuímos andando por la fuerza del viento. Pasadas las ocho hubo ya una calma tan grande que el mar parecía un lago que no se movía, y la cual duró cinco dias, pero eran tan cortos y lluviosos ó de granizo, ó nieve, que apenas tendríamos cuatro horas de luz.

La mayor parte de las aves se fueron ó se ahogaron y hasta mis dos cabras murieron, y para peor el capitán se había alejado en extremo de la costa y nos hallábamos á los 60 grados, sufriendo aquellos dias de calma.

Vino por fin el viento, y empezamos á andar aunque luchando con vientos contrarios; pero venía yo admirado por las ponderaciones que me habían hecho de los frios del Cabo. Yo casi siempre andaba sobre cubierta y dando caidas, ya con las planchas calientes para secar las camas de mis chicos, ya en fin lavando sus ropas y tendiéndolas para que se secaran aseguradas á las cuerdas, pero sin sentir casi aquel frío tan ponderado, pero era el único sano de toda la familia que iba á bordo y el que por deber atendía á toda ella.

Llegamos por fin á tocar ya la isla de Flores el 14 de junio, é ibamos á doblar para Montevideo, cuando un fuerte pampero nos arrojó quien sabe donde y mi señora venia sumamente incómoda. ¡Que de aflicciones por repetidas veces, que se atravesaba aquellos terribles lances! Por fin habiendo calmado el pampero después de dos dias logramos entrar al puerto en la mañana del 22 de junio de dicho año 1834. Recién ese dia después de fondeados, nos presentó el Capitán una comida abundante.

Salté al momento á tierra con mi hijo Ciriaco para tomar noticias de algunas personas conocidas, y la primera á quien me dirijo, fué al recomendable jóven oriental doctor don Manuel Herrera y Obes, que fué conmigo al momento à bordo en busca de mi familia para llevarnos á alojar en su casa; en ella fuímos generosamente hospedados por la señora doña Bernabela su esposa y la señora madre del doctor, doña Encarnación Obes de Herrera. Fué este jóven generoso el que me facilitó al momento las diez y ocho onzas de oro para pagar el medio pasaje que debía.

Me presenté luego al señor presidente del Estado, el señor brigadier general don Fructuoso Rivera y fuí muy bien recibido, lo mismo que por el señor ministro el doctor Lúcas José Obes.

Tuve el gusto de ver muy luego á mi querido compatriota y compañero de armas, el general don Juan Lavalle, que vino despues de estar yo llegado, no recuerdo si de la Colonia, y tuve el disgusto de que se volvió sin haberme pagado la visita.

A los muy pocos dias, vino de la Colonia don Julián Paz, hermano del General y mi amigo; me visitó al instante de su llegada, y cuando mandé mi familia á Buenos Aires se interesó con el señor García Zúñiga para que me proporcionara una chacra que tenia en el Pantanoso; dicho señor tuvo la bondad de cedérmela,

El señor presidente Rivera, no sé si por él mismo ó por indicación del ministro Obes, me mandó socorrer con cuatrocientos pesos.

El 5 de agosto, tuve una nueva hija, á quién puse por nombre Nieves del Tránsito.

Disponíame á marchar á Paysandú, donde había estado muy enferma la señora madre de mi esposa, cuando supe que la había conducido para Buenos Aires su hijo mayor, Ciriaco Díaz Velez.

Los padrinos de esta mi nueva hija, fueron el doctor Manuel Herrera y Obes, y su señora, doña Bernabela Martinez de Herrera.

Cuando mi señora fué á Buenos Aires á ver á su señora madre, tuvo el malvado de Quiroga, la desfachatez de hacer una visita á mi señora, que vivía en casa de mi señora madre, la cual, así que le avisaron que el general Quiroga estaba en la sala á verla, casi se accidenta. Fueron precisos todos los ruegos é instancias de su señora abuela, doña Isidora y su hermano don Ciriaco, para que saliera; tal era el terror que le había cobrado por lo que la hizo sufrir en Tucumán.

—«El objeto de esta mi visita, no es otro, díjole Quiroga, que el de ofrecerme á Vd. para que me ocupe en cuanto pueda y quiera pedirme, pues sé el estado de desgracia en que Vd. se encuentra. En esta virtud, pues, no tiene Vd. más que ponerme cuatro letras, pidiéndome cuanto pueda serle á Vd. necesario. Segura de que lo tendrá al instante». (1)

Retiróse luego Quiroga, repitiendo sus ofrecimientos; pero apenas había salido de casa, cuando mi señora dijo á su hermano, con los ojos llenos de lágrimas:

—«Ahora mismo, hermano, me contratas pasaje para Montevideo, pues no podré soportar ver á este hombre otra vez en mi casa.»

Su señora madre estaba mala, y por solo asistirla y servirla en sus últimos instantes, había ido á Buenos Aires. Hiciéronle presente todos, y hasta su misma madre, que nada temiera, pues no estaba ahora en las Provincias, ni tenía porque temer. Nada absolutamente fué bastante;—«Si no me contratas un buque para que me lleve, me voy sola»,—díjole á su hermano. Viendo, entonces, la madre su inquietud, díjole:

—«¡No la violenten, es mejor que se vaya!»

---

[1] ¡Malvado! Dios te haya perdonado como te perdono yo. ¿Cómo pudiste pensar que una señora de educación y delicadeza, y á quién tanto habíase injuriado, fuera capaz, no digo de pedirte, sinó de aceptar tus ofrecimientos? Si quisistes ser generoso, y te remordía la conciencia las infamias que le hiciste ¿porqué fuiste á insultarla con tu presencia, y más aún con tus ofrecimientos? ¡Si tu fin era bueno, hubieras hecho la dádiva sin descubrirte!

Salió el hermano para ajustar el pasaje, y á las dos horas estaba ya en marcha, sin embargo de que dejaba á una madre que tanto quería, para más no volverla á ver, pues al mes ó dos de haber venido, murió.

Cuando volvió mi señora, ya estaba alojado en la chacra del Pantanoso que me había cedido el señor don Martín García Zúñiga, y había trabajado un hornito para hacer un ensayo de amasar pan, para facilitar con su producto la subsistencia de mi familia. Mis primeros ensayos los hice solo, sin preguntar á nadie, recordando solo lo que había visto amasar de niño en mi casa. El resultado fué que después de dos ó tres pequeños ensayos que me salieron mal, logré, al fin, trabajar el mejor pan que se comía entonces en Montevideo; aunque en pequeña escala, por falta de lo principal: siempre algo me daba.

Trabajé, después, otros varios hornos, pero los panaderos me hacían la guerra, como que tenían más recursos, pero logré hacer un servicio al país, obligándolos á dar el pan que vendían por medios y cuartillos, á 1 y 2 vintenes.

Cuando el bloqueo de los franceses del año 38 á todos los puertos de Buenos Aires, me encontraba en Montevideo con toda mi familia, hacía cuatro años largos, á consecuencia de la primera emigración de la República Argentina después de la batalla de la *Ciudadela* de Tucumán del 4 de noviembre del año 1831; después de haber dado la vuelta por Bolivia, Perú y Valparaiso.

Adviértase de paso, que había entre el señor Rozas, gobernador de Buenos Aires y yo, una relación de amistad desde el año 1820, en que nos conocimos, y posteriormente la de compadrazgo, pues había sido padrino de agua y óleos de mi segundo hijo, Ciriaco. Con este mo-

tivo, y el de haber muerto en mi ausencia mi padre político el doctor Díaz Velez y hallarse gravemente enferma mi madre política, doña Tránsito Insiarte, le dirigí una carta al señor Rozas al poco tiempo después de mi llegada á Montevideo, solicitando permiso para trasladarme á Buenos Aires con mi familia, para asistirla en los últimos instantes de su vida; y tomar al mismo tiempo conocimiento de los intereses que quedaban. Esta carta no tuvo contestación, y solo mandé á mi familia para que tuviese el placer de ver á su señora madre. Regresada mi familia á los dos meses y habiendo muerto poco después la señora, pasé á Paysandú con la familia, por hallarme sumamente escaso de recursos y ser este un pueblo barato para la subsistencia: allí me encontraba el año 1826, cuando la revolución que hizo al gobierno del general Oribe el general Frutos Rivera, y habiendo sido invitado por este para tomar parte en la revolución, como lo habían hecho el general Lavalle y otros de mis compatriotas. Me excusé por no parecerme propio el tomar armas contra el Gobierno que me asilaba y supliqué al señor Rivera en mi carta de contestación, me dejase continuar en el trabajo personal de que me hallaba ocupado para alimentar mi familia; me libré por este medio de ser nuevamente molestado. Hallábame trabajando pan y algo satisfecho.

Como mis circunstancias eran tan apuradas, que carecía hasta de los recursos necesarios para la vida, me resolví muy luego mandar á mi hijo Ciriaco á Buenos Aires, con una carta para su padrino, el señor Rozas, suplicándole que en atención á ser su ahijado y carecer yo de los medios necesarios para educarlo, se lo mandaba, con la esperanza de que lo haría colocar en el colegio de los Padres Jesuitas; lo despaché en un buque que á la sazón salía para Buenos Aires, y enseguida me marché para Montevideo, por librarme de nuevos requerimientos para tomar parte en la revolución y también porque mi señora se hallaba gravemente enferma.

A poco de haber llegado á Montevideo, tuve carta

de mi hermano político, don Ciriaco Díaz Velez, avisándome el buen recibimiento que le habia hecho á mi hijo su padrino, y colocádolo en el Colegio con recomendación; mas yo no recibí contestación del señor Rozas; sin embargo, juzgué de mi deber darle las gracias por medio de una tercera carta y ofrecerle mis servicios.

En esa época, había llegado el coronel don Juan Correa Morales, como encargado de negocios del Gobierno de Buenos Aires, cerca del Gobierno del señor Oribe; y como hubiese con él una antigua relación, por haber sido amigo del finado doctor Díaz Velez, padre de mi señora, nos visitábamos; y aún por su conducto había mandado mi carta de gracias por el acomodo de mi hijo; cuando un día, estando á visitarlo, me entrega cincuenta pesos fuertes, diciéndome que tenía orden del señor Rosas, de pasarme igual cantidad todos los meses, (me parece que fué á fines del año 37 ó principios del 38) pero con la mayor reserva, sin que nadie lo traslujese; pues que ni el ministro de hacienda lo sabía, porque el habilitado al remitirle su sueldo, le decía haber recibido orden de mandarle aquellos 50 $ más, todos los meses. Me acuerdo que al entregármelos, me dijo riéndose:

— «¡Puede que algún día le pese este recibo, que por otra parte lo celebro, en consideración á su estado!»

Con este nuevo motivo, tuve que dirigirle por el mismo conducto del señor Correa, una cuarta carta, dándole las gracias por este nuevo servicio, pero sin haber recibido contestación á ninguna de mis anteriores, como no la tuve tampoco de ésta. Corrió así el tiempo, y fué declarado el bloqueo por los Franceses.

Desde entonces concebí como un verdadaro patriota el proyecto de ir á ofrecer mis servicios al señor Rozas para defender la libertad é independencia de mi pátria; y al efecto le dirigí una carta que tuvo el mismo resultado que las anteriores.

Como caballero y como patriota, debo hacer aquí una advertencia, y es—la de no haber pertenecido jamás á partido alguno sino á mi pátria, pues cuando

en el año 1829 servi con el general Lavalle, fué solo después de efectuado el movimiento y de haber sido dicho general nombrado Gobernador provisorio por el pueblo, y como en ese entónces no era yo sinó un coronel agregado al E. M., debí obedecer cuando fui llamado.

Sin embargo de haber tomado dicha resolución quise esperar, y esperé por momentos una amnistía que llamara á todos los argentinos á defender su pátria, y creo no equivocarme, que si se hubiese dado, no habría quedado en Montevideo una docena de hombres; tal vez ni la mitad! y que en este caso el señor Rozas, no habría sido lo que ha sido después, viendo después que este paso no se daba, resolví marchar sin comunicación ni pensamiento á nadie; y saqué mi pasaporte, momentos antes de salir el paquete «Rosa» para Buenos Aires, el 30 de Agosto del año 1838, y sin avisar al señor Rozas.

El 1° de septiembre á las 12 del día, desembarqué con sorpresa de cuantos se encontraban en la playa y Capitanía del puerto y al mismo ayudante de ella, Segui á quien habiéndole manifestado que iba sin licencia, y preguntándole por la casa del señor ministro Arana para ir á presentarme me dijo:— «yo iré con Vd. á enseñársela, que quede su familia en mi cuarto», y marchó conmigo. Así que llegamos á la casa del ministro y le hube dicho quien era, y como iba, se sorprendió; pero habiéndole manifestado mis deseos de verme inmediatamente con el señor Gobernador, me repuso que era preciso avisárselo primero; preguntó la casa en que iba á parar, le contesté que en lo de mi hermano don Mariano que estaba á cuadra y media de la del señor Gobernador; y preguntádole yo si volvería á saber el resultado, me dijo:—«No sé si el señor Gobernador le permite á V. verlo, él le mandará avisar con el general Corvalan». Con esta repuesta me despedí, y regresando á la capitanía del Puerto, encontramos á la familia que venía con su hermano don Ciriaco y el mío. Así que llegamos á la casa de éste pasé al templo del Colegio,

que estaba al frente, á dar gracias á Dios por haberme restituido á mi pátria y en seguida entré á ver á mi hijo que me recibió lleno de sorpresa y de gozo.

Regresado otra vez á mi casa me encontré con varios parientes y amigos á felicitarme. A la oración fuí sorprendido por dos bandas de música que sonaban en la escalera de los altos, y así que concluyó la primera pieza, salí á darles las gracias, suplicándoles me dispensáran el no poderles dar ninguna gratificación por la absoluta escasez de recursos y los despedí.

Al poco rato de haber llegado á casa de mi hermano con la familia, habia pasado mi señora á casa del señor Gobernador á verse con su hija la señora doña Manuelita, darle las gracias por la buena acojida que había tenido nuestro hijo en su casa, y presentarle una carta mía para su señor padre, en que le manifestaba el objeto de mi venida y ofertaba nuevamente mis servicios para sostener los derechos y la libertad de mi pátria. El objeto principal de haber ido mi señora, fué el temor que le asistía de que se me pusiera preso, ella regresó consolada por la señorita doña Manuelita, pero sin contestación á mi carta.

Al siguiente día pasé á casa del señor Gobernador á saludar á la señorita su hija y saber el estado de salud de su señor padre, y el en que se hallaba su señora madre que estaba enferma ya; fuí muy bien recibido por la señorita, y me aseguró que las muchas atenciones de su señor padre, no le permitían dejarse ver pero que su salud era buena; aunque no así la de su señora madre que hacía algun tiempo yá que se hallaba gravemente enferma. Habiendo regresado á mi casa á poco rato, me encontré con varias visitas de amigos y parientes que me proporcionaron algunos auxilios pecuniarios.

Habían pasado ya nueve dias de mi llegada cuando fuí llamado por el señor ministro Arana, quien me dijo á nombre del señor Gobernador que había hecho muy mal en venirme sin su licencia, pues desde que él no

había contestado á ninguna de las cartas, debí yo considerar que no convenía mi venida, y sí permanecer en Montevideo; pero puesto que había dado yá aquel paso. me dejase estar tranquilo en mi casa y en el pueblo; agregando el Ministro que recién esa noche había podido él verse con S. E. Le dí las gracias y me retiré habiendo cesado desde entónces los temores de mi señora, procuré luego buscar la subsistencia de mi familia, por medio del ejercicio de panadero que había aprendido en Montevideo, y con los pocos pesos que me habían proporcionado los amigos hice un hornito y empezé á trabajar pan de leche, cuyo trabajo me daba apenas para el alimento diario; así corrió el tiempo y acabó el año 1838, sin haber logrado ver una sola vez al señor Gobernador. Yo había tomado la costumbre de visitar todas las noches á las señoras doña Manuelita y su señora tía, que estaba siempre con ella.

No sé si á fines de diciembre del año 1838 ó á principios de enero de 1839, se apareció en mi casa el general Corvalan con un pliego del señor Gobernador, rotulado para mí, como de oficio y entregado que me fué en la puerta de mi casa, se regresó sin entrar ni esperar contestación. Abro el pliego en el zaguan de mi casa y me encuentro sorprendido con diez ó doce mil pesos moneda corriente, y sin una sola letra del señor Gobernador. En seguida pasé á presentarlos á mi señora y después de dar gracias á Dios por este oportuno auxilio, puse una carta al señor Rosas dándole las gracias por este beneficio, y se la llevé yo mismo á su hija la señorita doña Manuelita para que se la entregara.

Llega despues el Carnaval, y pasando el último día por la casa del señor Gobernador, me dice el centinela que se había marchado á su quinta de Palermo con sus dos hijos. En el momento fuí á una caballeriza y tomando un caballo, pasé á mi casa para avisar á mi señora que me marchaba á la quinta para ver al señor Rozas, pues que en días anteriores había oido en su casa que solo cuando salia á la quinta se le podía hablar.

Juan M. de Rosas

Marché en efecto, y lo encontré á la sombra de los ombues de su quinta, recostado en las faldas de su hija, sobre un banco de madera en que estaba ella sentada; y con uno de los locos que siempre le acompañan á su lado. Así que él me vió bajar se enderezó y dándome su mano me saludó con el mayor cariño y preguntó por su comadre; en seguida pidió mate, y después de haberme convidado con algunos y tomado él también, me dijo:—«vamos compadre á tomar un asado á la sombra de los sauces», y marchamos con su hijo don Juan, la señorita de éste, doña Manuelita su hija, y dos locos á uno de los cuales llamaba él, *el señor Gobernador*. Habiendo llegado á los sauces que están á los fondos de la quinta, y sobre la costa del rio, se presentó luego una gran alfombra para que se sentaran las señoritas, un hermoso costillar de vaca asado en un gran asador de fierro, que se clavó entre el pasto, un cajón de burdeos y no sé que otros platos. El señor Gobernador, mandó desencillar su caballo y recostado sobre su apero empezamos el almuerzo diciendo algunas jocosidades á los locos y brindándoles con vino.

Después de empezado el almuerzo llegó el coronel don Ramon Maza con una joven prima suya, y después de haber concluído, pidió á su hijo don Juan que mandara traer el bote para dar un paseo por el río, y al momento fué presentado un hermoso bote todo pintado de color punzó, en hombros de dos indios pampas, únicos sirvientes y escolta que allí había, fuera de las criadas de la casa. Al momento fué echado al agua y después de haber entrado el señor Gobernador, sus dos hijas, la primera de estas, yo y los locos, se desnudaron don Juan Rozas y el coronel Maza y metidos al agua en camisa empezaron á empujar el bote por entre los juncos hasta que dándoles ya el agua al pecho, saltaron los dos al bote y trataron de colocar una vela que había dentro; lo cual les fué imposible á causa del fresco viento que soplaba, y tomando ambos los remos echaron á andar rio arriba y con las lanchas cañoneras

francesas á la vista; así que llegamos al arroyo de Maldonado, entramos por él y saltamos á tierra á las inmediaciones de un pequeño puente donde estaba esperando un capitan Calderon que cuida los caballos del señor Gobernador y con el de la silla de S. E., de tiro. Al momento se hizo fuego y calentó agua para mate, habiendo mandado desensillar su caballo mientras tanto el señor Gobernador, y recostádose á sestear sobre su montura. Ya se ponia el sol mientras tomamos algunos mates, cuando se presentó una galera y un coche en busca de la comitiva, y el señor Gobernador mandó que subiera la familia, y dirijiéndose á mí, me dijo: «Suba Vd., tambien compadre que su caballo está en la quinta.»

Acomodados todos los de la comitiva en el coche y la galera marchamos á la quinta de Palermo, quedando solo el señor Rozas recostado en su apero, el capitan teniendo de la rienda su caballo y el bote atado dentro del riachuelo ó arroyo.

Como no habia visto en la quinta desde mi llegada por la mañana, tropa alguna que sirviera de escolta, ni hubiera observado allí en aquel bosque de malezas y sauces, hombre alguno, no dejé de estar cuidadoso desde que llegamos á la quinta cerrada ya á la oración, por las noticias que se decian en Montevideo de que no salia jamás sinó rodeado de su escolta por temor de ser asesinado. Eran las 9 de la noche y el señor Gobernador no aparecía, y como yo había quedado con mi señora en volver temprano, me inquietaba el cuidado en que esta estaría, por mi demora, cuando en estas circunstancias se presenta á caballo el coronel Maza y llama á su prima para llevarla en ancas al pueblo. Entónces para no perder esta proporción de ir acompañado, pues no conocía el camino, le dije á Maza, - «tenga Vd. la bondad de esperarme y nos iremos juntos, pues yo no soy práctico del camino», y dirijiéndome á la señora doña Manuelita le supliqué me hiciera el gusto de disculparme con mi compadre el señor Gobernador, por mi marcha sin despedirme, porque su comadre debía estar cuidadosa por

haberle yo asegurado que volvería temprano. La señorita me contestó que perdiera cuidado que ella se lo prevendría á su padre y mandó que me ensillasen el caballo.

Así que trajeron mi caballo ensillado monté y marchamos con Maza que me esperaba montado y con su prima en ancas. Serían las diez de la noche cuando llegué á mi casa y encontré á mi familia llena de terror por mi tardanza; me desmonté y al desensillar el caballo me encuentro con una testera punzó de plumas en el freno, y una colera del mismo color en la cola de mi caballo lo cual no había notado hasta aquel momento, por la oscuridad de la noche y enseñándola á mi señora le dije: «esto probablemente ha sido puesto por disposición de mi compadre y no habrá mas remedio que usarlo».

Al siguiente dia era preciso hacer una diligencia á caballo y me ví precisado á poner la divisa con que había sido investido en la quinta, so pena de caer en desagrado de mi compadre, si no lo usaba. Todos los amigos que me vieron en la calle con aquellas insignias no dejaron de fijarse en mí; y creo que desde aquel momento ya entraron muchos en desconfianza haciéndome la injusticia de creerme vendido; lo que á la verdad confieso que me chocó en extremo, pues había presenciado ya algunos hechos escandalosos de la sociedad de la *mashorca*, como el poner moños pegados con alquitran á varias señoritas; cortar algunas barbas á cuchillo á varios jóvenes decentes en los cafées y otros hechos por este estilo que merecían el festejo en la tertulia de la hija del señor Gobernador.

Mi posición era, pues, la mas crítica, por cuanto que sin merecer la confianza del Gobierno, me veía precisado á concurrir diariamente á su casa, y á cuantas reuniones y fiestas federales se daban; ya por no parecerle sospechoso al gobierno, ya tambien por un efecto de gratitud, pues á mas del regalo que me había mandado con el general Corvalan, siguió haciéndome dar los 50 pesos fuertes ó su equivalente en papel; y mas que todo por

captarme la confianza del señor Rozas para que me mandara á Tucumán y alejarme de aquel círculo que ya me chocaba, y aun hacia arrepentir del equivocado concepto que tenía formado de mi tal compadre, cuando me resolví á venirme de Montevideo. Entre tanto ya aparecía á los ojos de todos los amigos de la libertad y hasta los mismos de mi familia, como un desertor de la causa de los principios, aún que no tenían para esto mas fundamento que el de verme concurrir con frecuencia á la casa de Gobierno, y usar la testera y colera punzó á que por lo general se juzgaban todos obligados, por no hacerse notar por los exaltados.

En varias de las reuniones y fiestas federales, era yo siempre invitado para los brindis por los mazorqueros que tenían su comezón por que dijera algo contra los salvages unitarios, lo que jamás consiguieron, hasta el extremo que un dia de reunión en el teatro con motivo de los exámenes de las señoritas, y después de haber yo hechado un brindis en favor del Gobierno tomó la palabra un mazorquero y dijo, «brindo por que mueran todos los salvajes enmascarados con capa de federales». Sobre la marcha tomé la palabra y dije en sustancia lo que sigue. «Si á mi se alude, brindo por que llegue cuanto antes el momento de ver á los enemigos de mi pátria en la plaza, allí seré el primero en desafiar con mi espada en mano, á hacer cumplir sus juramentos fantásticos á los que hacen consistir su patriotismo y amor á la federación, en su desvergüenza». Todos callaron y ninguno me replicó.

En este estado y ocupado siempre de mi trabajo personal pasó el año 1839, hasta que en los primeros dias del mes de enero de 1840 fuí avisado por el señor Gobernador en su quinta, de que debía mandarme muy pronto á Tucumán mi patria nativa, con el pretexto de traer el armamento de aquella provincia, y el de Salta y Jujuy, para el sosten de la guerra contra los franceses, pero en realidad con el de asegurarse de la obediencia de dichas Provincias que estaban próximas á pronunciarse contra

él; quitándoles el armamento y depositándolo en mis manos, para que con él me hiciera gobernador de Tucumán, por grado ó por fuerza. Me dijo también que esto debía yo reservarlo hasta de mi camisa, porque si se traslucía el objeto de mi ida podría costarme la vida; que en confianza le dijese á uno ó dos amigos que iba con mil hombres que se me darían en la campaña, al pasar el Paraná mas arriba de Santa Fé y tomar la retaguardia al general Lavalle que se hallaba en el territorio de Corrientes, con el general Echagüe al frente, pero que esto debía yo decirlo cuando se acercase la salida, encargando mucho la reserva, lo que bastaría para que todo el mundo lo supiera, ignorando el verdadero objeto de mi marcha.

Acercado el tiempo en que debía marchar, me mandó poner una bandera de enganche para formar una escolta de soldados voluntarios ó un escuadrón con la denominación que yo gustase; le puse «Los Defensores de la libertad». A los pocos dias se habían reunido ya treinta y tantos hombres voluntarios y me mandó hacer la propuesta de los oficiales que debía llevar para completar el cuerpo en Tucumán y ordenó que saliese cuanto ántes.

Estando ya todo listo y puestas las comunicaciones para los gobiernos de Córdoba, Mendoza, La Rioja, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy, en las que les decía que llevaba yo 50 hombres de escolta, me mandó acomodar en una carretilla el sobrante de tercerolas sables y corazas para el completo de los 50 hombres de que debía componerse la escolta, pues no sacando de Buenos Aires mas que treinta y dos hombres debía completarla en Córdoba. Al tiempo de despedirme el 20 ó 22 de febrero, me dijo el señor Gobernador: «¿Porqué no lleva Vd. compadre su familia?» Yo acepté gustoso esta oferta pero notando que si me veían marchar con mi familia, descubrirían todos el verdadero objeto de mi marcha añadió, «no importa Vd. podrá engañar á los gobiernos con que su señora ha querido acompañar-

lo en este paseo; deje Vd. dispuesto el viage de la familia secretamente y márchese, para cuyo efecto haga Vd. contratar secretamente una galera, encargando al que Vd. comunicase que pase la cuenta al general Corvalan para pagarle». Asi lo hice encargando á mi paisano don Baltazar Aguirre la conducción de la familia, y su marcha con el sentimiento de dejar á mi hijo Ciriaco en el Colegio, mas habiendo advertido después de mi salida que no llevaba un clarín en la escolta, me fué preciso volver á casa del señor Gobernador para pedirle, de alguno de los Cuerpos. Asi que me vió y supo el objeto de mi vuelta me mandó dar un jóven que lo tocaba, con mas tres ó cuatro instrumentos y me dijo:—«¿Porqué no lleva compadre á mi ahijado? No se empeñe Vd: en que sea doctor, porque los doctores no sirven mas que para enredar, llévelo Vd. que siga la carrera de su padre, porque hijo de tigre, overo ha de ser. Si después él se aburriese y quiere seguir los estudios, mándemelo Vd. que yo haré que los continúe». Yo acepté gustoso este ofrecimiento por el disgusto que tendría mi señora, en dejarlo; pero sin concebir de ninguna manera la idea de traicionar la confianza que se me dispensaba, pues con este paso me hacía entreveer, ó al menos ya así me lo figuré, que él iba á cambiar de política para con las Provincias, puesto que no me hizo prevención ninguna contra el coronel Acha que estaba ya en Tucumán, ni contra ninguno de los que él sabía, que promovían la separación de las Provincias del norte.

Después de esto pidió una balija á un sirviente y se puso el mismo señor Rozas á acomodar en ella dos vestidos militares para su ahijado y me dió un soldado para que la llevara, mandando la orden al Rector del Colegio con un edecan para que se marchara el niño y habiéndome despedido de S. E. marché dejando al niño para que siguiera con su madre.

Puesto ya en Arrecifes, como á cuarenta leguas de Buenos Aires y notando el general desagrado que observaba en las gentes de la campaña que me conocían, al

verme investido con las insignias de la federación, empecé á recelar que mis émulos pudieran levantar algún cuento ó chisme contra mí, en razón de que había alguna prevención en los exaltados ó mazorqueros, por cuanto no habían conseguido jamás que yo dijese en las reuniones ó fiestas federales: «mueran los salvajes unitarios»; y también de haberme hecho notar uno de los oficiales de las Provincias que iban conmigo que se habían fijado muchos en que no había yo asistido jamás en las listas del cuartel, á la ceremonia ridícula que se usaba, y creo continúa de vivas á la federación, al ilustre restaurador y mueras á los unitarios, etc., resolví componer en la marcha de Arrecifes á Portezuelas, posta inmediata, una canción de vidalita cuyo estribillo decía: — «Perros unitarios nada han respetado, á inmundos franceses, ellos se han aliado». Esta composición que era excitando el entusiasmo federal de los pueblos, la compuse en dicha marcha y escribiéndola por la noche en la posta de Fontezuelas, se la mandé en una carta al señor Rozas para que me sirviese de garantía; ya para con él que le agradaría mucho, como en efecto sucedió, ya también para con los gobernadores de Córdoba y Santiago del Estero que eran los que más desconfianza me inspiraban, y al efecto, cuidé de hacerla cantar por la tropa en la marcha.

Esta ocurrencia surtió el efecto que deseaba entre los federales y los gobiernos del tránsito, pues el señor Rozas mandó imprimir muchos ejemplares y me mandó alcanzar con ellos para que se repartiesen y cantasen en las Provincias. Los gobernadores de Córdoba y Santiago, Lopez é Ibarra, la aplaudieron mucho é hicieron sacar cópias para repartirlas en sus Provincias, más en la mayoria de la gente sensata de los pueblos y aún en las gentes de las campañas del tránsito no surtió el mismo efecto, pues observé que se desagradaban al oirla cantar, lo mismo que al verme con los distintivos federales.

En la posta del Saladillo, jurisdicción de Córdoba se me presentó el gobernador de la Provincia don Manuel

Lopez, después de haber recibido el oficio del señor Rozas que se lo había yo mandado á un lugar inmediato en que se encontraba, y fuí muy bien recibido. Por la noche me alcanzó mi familia en dicho punto y al siguiente dia continuamos la marcha para Córdoba, habiéndome dado el señor Gobernador una orden para su delegado, para que me permitiera completar la escolta con los voluntarios que quisieran seguirme, y proporcionase los auxilios necesarios.

Llegando á Córdoba á los tres días salieron á recibirme dos ó tres federales solamente, y en los dos ó tres dias que me detuve en dicha ciudad ninguno de los muchos amigos y conocidos que allí tenía me visitó; pero este retiro era solo debido al general desagrado que causó el verme al servicio del señor Rozas. Habiendo completado con voluntarios mi escolta, me adelanté con ella por la posta, dejando á mi familia para que siguiera después, pues me recelaba encontrar algún inconveniente en Santiago y quería hallarme desembarazado. Antes de llegar á Santiago adelanté un oficial con el pasaporte al señor Ibarra, avisándole por medio de una carta el día de mi llegada, en que entregaría la comunicación del señor Rozas. Adviértase que desde Córdoba había mandado las comunicaciones para los Gobernadores Aldao de Mendoza y Brizuela de la Rioja. Al llegar á Santiago observé algunas desconfianzas en el gobernador Ibarra y para quitarla dejé la escolta en esta banda del rio y me marché con dos ayudantes y dos soldados, pasando el río en balsas por estar crecido, y fuí muy bien recibido mandando en seguida pasar la escolta.

Al siguiente día adelanté al gobernador de Tucumán con el teniente Calderon, el pasaporte, acompañado de una carta en que le decía, que al siguiente dia estaría allí y entregaría las comunicaciones que para él conducía del gobierno de Buenos Aires, previniendo al oficial que regresara en el acto á encontrarme en la punta de Talacocha, 8 leguas más acá de Tucumán y continué mi marcha, con la escolta, por detrás del oficial y llegando

á Talacocha al siguiente día me encontré con el oficial Calderon que conducía la contestación del Gobierno, reducida á prevenirme que habiéndose alarmado completamente el pueblo por la escolta que yo llevaba, era preciso que dejase dicha escolta en aquel punto y pasase yo solo con mis ayudantes á verme con él, y que después de instruído del objeto de mi comisión continuaria la escolta; que al efecto de proporcionar los auxilios necesarios, mandaba al coronel French con 200 hombres de caballería, de los cuales podría yo escojer seis ú ocho hombres de mi confianza, para seguridad de mi persona y pasar con ellos hasta Tucumán en una galera que me mandaba al efecto.

Conociendo yo la impropiedad de semejantes precauciones, contesté al Gobernador con el mismo oficial que no daría un paso adelante sin la escolta que me acompañaba desde Buenos Aires, no por consultar la seguridad de mi persona, sino el decoro del Gobierno que me enviaba, y al mismo tiempo el del carácter que yo investía; pues que por lo demás podría yo sin riesgo alguno presentarme solo en el país de mi nacimiento, que en esta virtud esperaba allí mismo su contestación para regresarme en caso se me negase el paso como solicitaba.

El oficial marchó á Tucumán con mi contestación, y estuvo de regreso al siguiente día, diez de marzo creo, muy temprano, con el permiso del Gobierno para que continuara mi marcha con la escolta, y previniéndome en su carta, que salía el mismo á encontrarme á una legua del pueblo, en esta banda del río con algunos señores Representantes y vecinos, más el oficial me comunicó de parte de algunos amigos, que se había prohibido al pueblo el salir á encontrarme y que en el monte del río se habían colocado 400 hombres emboscados.

Sin embargo de este aviso continué mi marcha en el momento, pues no me asistía el menor recelo de parte del pueblo, ni de la tropa; los 200 hombres del coronel French siguieron á retaguardia de mi escolta, y él iba conmigo en la galera. Habiendo llegado á las inmedia-

ciones del rio de Tucumán, fuimos conducidos por unos paisanos que nos esperaban á la casa de Pondal, donde me esperaba el señor Gobernador y su comitiva, y fuí recibido con muestras visibles de amistad, y después de haber recibido las felicitaciones de los Representantes y amígos y haber tomado un desayuno en su compañía, subí con el señor Gobernador y su Ministro al coche en que vinieron y nos dirigimos al pueblo.

Llegados á la casa de Gobierno hubo un concurso bastante numeroso del vecindario y aún me fué necesario salir al patio á instancias del Ministro para dejarme ver del populacho, que se había agolpado á este objeto.

Pasadas todas estas ceremonias, y después de haberse impuesto el Gobernador de la comunicación del señor Rozas y despachada la que conducía para los gobiernos de Salta y Jujuy, pasé á ver el alojamiento que se había destinado á mi escolta, en el convento de la Merced, no porque juzgase tan urgente esta inspección, sinó por satisfacer el deseo del pueblo, que estaba agolpado en la calle, al mismo tiempo que el mío, después de una tan larga ausencia. Regresé enseguida á la casa de Gobierno, donde se había dispuesto mi alojamiento, acompañado de un inmenso pueblo que me seguía, con muestras visibles de su contento. Después de haber quedado solos, me manifestó el Gobernador, que el pueblo todo se oponia á la entrega de las armas, y estaba resuelto á desconocer la autoridad del gobierno de Buenos Aires y retirarle los poderes que le habían confiado para mantener las relaciones exteriores, puesto que no solo traicionaba la confianza que los pueblos habian depositado en él, sinó que se había resistido á reconocer su Gobierno, que había sido elegido libremente por el pueblo, como había sucedido también con el de Córdoba, poco antes; lo que probaba que el señor Rozas quería arrogarse la facultad de nombrar á su elección los Gobernadores de las Provincias.

Como el gobernador de Tucumán, el señor Piedrabuena, era mi primo, y amigo, á mas, de toda mi confianza, le hablé con toda franqueza y manifesté los pe-

Marco M. de Avellaneda

GUILLERMO KRAFT CUYO 1124 Bs AIRES

ligros á que se esponía si negaba la obediencia que él mismo había prestado, al poner de antemano á disposición del Gobierno del señor Rozas, todo el armamento y pertrechos de guerra que tenía en la Provincia, como pertenecientes al ejército de operaciones sobre Bolivia, pues en tal caso se le declararía la guerra por el señor Rozas y por todas las Provincias que le obedecían; de que resultaría que él y la Provincia serían sacrificados inútilmente. A estas prudentes objeciones, me repuso que estaban ya de acuerdo con los Gobiernos de Salta y Catamarca, al efecto de pronunciarse contra el de Buenos Aires; que contaba también con que los seguiría el de Jujuy, y aún el señor Brizuela de la Rioja, con quienes tenían dado algunos pasos al efecto; agregando, sobre todo, que él no podía contestar por sí, sin pasar la comunicación que yo tenía á la Sala de Representantes, para que ella deliberara.

Viendo la tenacidad con que resistía á mis justas indicaciones, convine en que pasara inmediatamente el asunto á la Sala, convocándola al efecto. Me prometió pasar al siguiente día, un oficio al presidente de la Sala, para que la convocara; por hallarse en receso, y agregó que era ya hora de ir á comer, quedando terminada nuestra primera conferencia.

Levantados de la mesa con varios convidados, se pasó la noche de tertulia con las visitas, que dieron á conocer la uniforme disposición en que se encontraba el pueblo, respecto á las miras que me había indicado el Gobierno. Yo les manifesté los peligros á que se esponían, agregando que era preciso que lo reflexionasen con madurez, para no aventurarse á dar un escándalo infructuoso.

Al siguiente día, pasó el oficio acordado, al presidente Avellaneda, para la convocatoria de la Sala, para un día determinado. Por la tarde, me enseñó el Gobernador la contestación del Presidente, en que le decía que era preciso dirigirse primero á los gobiernos de Salta y Catamarca, y esperar su contestación para convocar á la Sala. Mientras tanto, se me había informado la alarma

que esparcían en el pueblo, de que el objeto de mi comisión, era el de apoderarme de las armas de la Provincia, entregarlas al gobernador Ibarra, de Santiago, y remitir á varios empleados y personas visibles del pueblo, presos á Buenos Aires; entre ellas al coronel don Mariano Acha, que estaba allí indicado para mandar el ejército que debían formar las Provincias. Así que me apercibí de esta alarma que esparcían contra mi persona, y contra el Gobierno que me enviaba, pasé una nota al Gobierno, manifestándole la impropiedad con que se esparcían aquellas voces tan ofensivas á mi delicadeza y á la sanidad de intenciones del Gobierno que me había comisionado; exigiendo que se mandara al Presidente que convocara inmediatamente la Sala, para que, haciéndose cargo de esta mi comunicación, juntamente con la del gobierno de Buenos Aires, contestase categóricamente si daba ó no cumplimiento á las órdenes que hacían el objeto de la comisión que se me había confiado.

El Gobernador no dejó de alarmarse por esta mi exigencia, pero se vió precisado á pasar dicho oficio al Presidente y exigirle la pronta reunión de la Sala. Como mi objeto era poner á mi pueblo al corriente de las miras pacíficas del gobierno del señor Rozas cuando me había elegido para aquella comisión, evitarle los males que iban á sobrevenirle, si se pronunciaba sin un maduro y uniforme acuerdo, y desmentir al mismo tiempo las imputaciones que se hacían á mi Gobierno y á mí; no tuve embarazo en manifestar á todos que no tenía encargo alguno del señor Rozas para perseguir á nadie (lo cual era verdad), que tampoco debía llevar el armamento á Buenos Aires y mucho menos entregarlo á Ibarra; que el objeto del señor Rozas era que me quedase en Tucumán con el armamento para levantar con él un regimiento, pues en prueba de ello, me había mandado con toda mi familia, que debía llegar al siguiente día; que esta era la mejor garantía que mis paisanos podían desear, pues conocían mi carácter y mi patriotismo y no debían jamás esperar un engaño de mí.

Debo advertir que desde mi llegada á Tucumán, había conocido que el pueblo en su mayor parte, estaba decidido á pronunciarse contra el gobierno del señor Rozas y retirarle las facultades que le habia confiado para dirigir las relaciones exteriores, porque decian que dicho Gobierno trataba de subyugar á los demás pueblos y ser él, el que les nombrase sus gobernantes; pues se había denegado á reconocer al gobernador Piedrabuena, que había sido electo libremente por la voluntad general de la Provincia, y que al contestarme el general Brizuela, gobernador de la Rioja, á la carta con que le acompañé la comunicación del señor Rozas, respecto á mi supuesta comisión de llevar á Buenos Aires el armamento de las Provincias, me mandó con el conductor el mensaje siguiente:

«*Dígale Vd. al general La Madrid, que si él lleva las armas de las Provincias al señor Rozas, ó él me ha de matar á mí ó yo á él, pues desde antes de su salida de Buenos Aires, ya sabia yo de buen origen el objeto de su venida.*»

Estos son las formales palabras que se me dijeron á nombre del señor Brizuela, por el conductor de su carta.

Antes de reunirse los Diputados á tratar de si daban ó no cumplimiento á la orden del señor Rozas, de entregarme el armamento y pasar vista por la nota que yo había pasado al gobernador Piedrabuena, dos ó tres Diputados me habían manifestado su disposición de votar por que se prestase obediencia á lo dispuesto por el señor Rozas, porque temían los males que sobrevendrían á la Provincia en caso de pronunciarse; también se me habían dado avisos de que se trataba de hacer una rebelión y asesinarme; para mayor comprobante de esta verdad, vino el mismo gobernador Piedrabuena á mi casa, como á las ocho de la noche del 5 de abril, á prevenirme que tomase todas las precauciones necesarias para la seguridad de mi persona, que él iba á hacer lo mismo por su parte; pues acababa de avisarle una señora de toda su confianza que esa misma noche iban á asal-

tarme en mi casa y asesinarme, añadiendo que no podía descubrir su nombre, para asegurar á los autores de este crimen, porque sería descomponer un buen matrimonio; que con las precauciones que él y yo tomásemos, se evitaría aquel escándalo. Por más que le insté á que me dijese quién era la señora que le había dado aquel aviso para descubrir yo privadamente quienes eran los autores, no pude conseguirlo, pues se retiró, repitiéndome que tomase mis providencias, que él iba á hacer lo mismo.

Inmediatamente puse la escolta sobre las armas y destaqué tres retenes á los costados y fondos de la calle en que estaba mi habitación. Serían las 11 de la noche cuando fuí avisado de algunas reuniones sospechosas que habían por la vecindad entre hombres que no merecían mi confianza. Al momento le puse un oficio al Gobierno dándole cuenta y solicitando su permiso para ocupar inmediatamente con mi escolta, los altos de Cabildo para quedar á cubierto del ataque que se me preparaba. El Gobernador después de una hora de demora me contestó denegándose á permitirme á ocupar el local que solicitaba pretextando que el pueblo se ofendería de ver ocupado su principal por una fuerza estraña, y como la contestación venía de letra del ministro Avellaneda á cuya casa le había mandado mi nota para consultar, entré yo en una justa desconfianza y resolví ocupar los altos á la madrugada como lo hice, so pretesto de ponerme á cubierto del ataque que se me preparaba; pero en realidad con el objeto de explorar al siguiente día, la voluntad ó disposición del pueblo, pero sin intentar sofocarla fuera cual fuere.

Ocupados los altos del Cabildo á la madrugada mandé avisar con mi sobrino al capitán don Crisóstomo Alvarez, al señor Gobernador que había tomado aquella determinación para permanecer á cubierto sin que el gobierno ni el pueblo tuvieran nada que temer, pues que me colocaba en un aislamiento con la escolta. Mi sobrino para dar este aviso tuvo que golpear la puerta de la Casa de Gobierno, y volvió con la orden de que de-

socupara inmediatamente los altos y regresase la escolta á su cuartel, pues de lo contrario iría el gobierno á ser huir el cuerpo cívico. Entonces mandé decir al señor Gobernador que mientras no se asegurasen á los autores de la revolución no podía yo desocupar el Cabildo.

Después de este último aviso, aclarando el día, el Gobernador salió de su casa á mi vista, seguido de seis cívicos que le hacían la guardia y se dirijió al cuartel de la maestranza ó el parque, que estaba á dos y media cuadras de su casa, y solo á una del Cabildo. Adviértase que yo había hecho ocupar los altos del cabildo con mi escolta quedando yo abajo en la esquina de la plaza con un ayudante y mi sobrino el capitán Alvarez, que si mi objeto hubiere sido hacer una revolución me habría dirigido al parque y no al Cabildo, y tomado posición del armamento sin oposición ninguna, pues la guardia que lo custodiaba no pasaba de 8 cívicos y estos me eran afectos.

El gobernador dando la vuelta por detrás de San Francisco fué al parque y mandó en seguida al bombo á dar golpes á la esquina de la plaza, donde yo estaba, y el cual se retiró á mi vista despues de haber dado repetidos golpes para llamar á los tambores. Después de mucho rato concurrieron los tambores al cuartel y salieron tocando generala por la plaza y á mi presencia, y volvieron al cuartel. Un rato después principiaron á reunirse algunos ciudadanos y los cívicos, pero yo había mandado tocar las campanas del Cabildo asi que pasó la generala para convocar al pueblo á la plaza como es de costumbre.

Después de este toque se reunieron algunos vecinos en la plaza, y también civicos, y los demás de estos concurrieron al cuartel. Entonces viendo que había un número bastante para que por su conducto se impusiera el pueblo de la verdad, saqué la comunicación del gobierno de Buenos Aires, sobre el armamento de que debía encargarme y tanto ésta como la cópia de la que yo había pasado al gobierno y á la Sala de representantes,

así como sus contestaciones: los leí en alta voz, habiendo prevenido antes el objeto para que los había convocado. Concluída la lectura, dije al pueblo:—«Señores; el objeto de mi comisión y los pasos que he dado para llenarla debidamente, son los que acabo de manifestarles, para cuyo exclusivo objeto he querido reuniros para desmentir las viles imputaciones que se me han hecho por algunos enemigos *extraños* de mi pueblo, que quieren precipitaros con engaños, á una guerra que os sería muy difícil sostener. Yo no traigo encargo alguno del gobierno del señor Rozas contra ninguna persona, como falsamente os han dicho los que tratan de sublevarse, ni debo tampoco llevar á Buenos Aires las armas que vengo á recibir, ni menos entregarlas al gobernador de Santiago, como os lo dicen para alarmaros. Si el gobierno me entrega las armas que son de la Nación y no de la Provincia, yo debo permanecer aquí con ellas y levantar un regimiento de voluntarios para defender su independencia y es con este objeto que he venido con toda mi familia. Vosotros conoceis bien mi patriotismo y honradez, sabeis cuantos sacrificios he hecho por vuestra libertad y no dudeis creerme convertido en instrumento de vuestra oposición. He cumplido ya mis deseos de satisfacer á mi pueblo sobre el verdadero objeto de mi comisión, y desmentir en público las imputaciones que se me han hecho. Se que no han faltado miserables *extraños* que han intentado asesinarme anoche, para llevar adelante su depravado intento, pero no los temo; me retiro pues tranquilo á mi casa, y mi escolta á su cuartel; sin temer de ninguna manera á mis cobardes enemigos: que se reuna ahora mismo la Honorable Sala y delibere sobre el objeto de mi comisión; en la intelijencia de que yo no contrariaré jamás la voluntad de mi pueblo». Dicho esto mandé bajar la escolta de los altos del Cabildo, y me marché con ella á mi casa.

Así que desocupé la plaza, entró el gobernador en ella con 400 hombres que se habían reunido entre cívicos y el comercio, todos armados y con cuatro piezas

de artillería, las que acomodaron, una mirando á mi casa, y las otras en las demas esquinas de la plaza. Enseguida fué el ministro de gobierno doctor don José Colombres á mi casa á llamarme de parte del señor gobernador á la suya. Yo me denegué y mandé contestar al gobierno que si tenía algo que tratar, viniera él á mi casa donde nada tenia que temer; pues en caso de ir á la suya me esponía á obrar contra el pueblo en caso de recibir el gran insulto de los que habían tenido la mira de atacarme; que mandara reunir la Sala para que resolviera lo que debía acordar respecto á mi comisión, ó retirarme en caso de denegarse á darle el debido lleno.

El pueblo estaba agitado mientras tanto, pues habían salido á la campaña á reunir jente, el hermano del señor Gobernador y el coronel don Mariano Acha, y se temía por consiguiente un rompimiento, porque mientras la plaza estaba ocupada por los cívicos y todos los comerciantes, y habían salido dichos jefes á reunir fuerzas á mi casa concurrian por momentos muchos cívicos y se iban reuniendo en ella varios caballos que me mandaban algunos vecinos para que saliera á la campaña con mi escolta, donde juzgaban se me agregaran las milicias. El señor Gobernador que no deseaba que llegase este caso, me mandó instar nuevamente con su ministro y el diputado de la Honorable Sala, Fray Manuel Perez, para que me acercase á su casa á fin de desvanecer la idea que habían esparcido de haber querido yo revolucionar el pueblo. Yo me denegué nuevamente diciendo, que eso era un pretexto que se tomaba para retardar la reunión de la Sala, pues estaba á la vista de todos que si yo hubiera querido revolucionar al pueblo no eran los altos de Cabildo los que habría ocupado sino el Parque, y esto después de haber asegurado al gobernador y su ministro Avellaneda; que asi, insistía en que se reuniera la Sala sobre la marcha, que por lo que respectaba á la revolución que se me atribuía impropiamente, yo satisfacería después al pueblo, ante una comisión que nombrara la Sala al efecto.

Como se acercaba ya la noche y había conocido la decisión del pueblo contra el gobierno del señor Rozas, y temiendo por otra parte que una imprudencia de parte de los que encabezaban la reunión del pueblo, podría ponerme en el caso de emplear mis armas contra él, cosa opuesta á mis sentimientos, resolví para evitarlo y abreviar cuanto antes la reunión de la Sala; ir á casa del señor gobernador y presentarme como en arresto, mientras se reunía la Sala y se nombraba la comisión, ante la cual debia vindicarme de la imputación de revolucionario. Al efecto marché con el ministro de gobierno el señor Colombres y un representante de la Sala el padre fray Manuel Perez, á casa del señor Gobernador, llevando á precaución para mi seguridad al capitan don Crisóstomo Alvarez seis hombres de mi confianza, y dejando órden al Coronel de la escolta de no obedecer mas órden que la mia; y que en caso de sentirse algun ataque á mi persona en la casa de Gobierno, corra á ella en mi protección.

Así que los representantes y mozos del comercio supieron que me había presentado á la casa de Gobierno en calidad de arrestado se juzgaron victoriosos creyendo que acobardado yo del intento que me suponian, habia dado aquel paso; así fué que en el momento se reunió la Sala y antes de las 8 de la noche acordó pasar una nota al Gobierno pidiendo mi expatriación y que se desarmara inmediatamente mi escolta.

El Gobernador me manifestó en el momento el mandato de la Sala, y aconsejó que me prestara á él sin cuidado ninguno. Mi contestación fué terminante, «diga Vd. á los representantes que no se consentir en semejante providencia; que tome la Sala en consideración, así la comisión que traigo del gobierno de Buenos Aires, como las notas que he pasado al Gobierno, y que cuando ella hubiese deliberado sobre esto, yo la satisfacería ante comisión que ella nombrase, sobre la imputacion que se me hacia. El Gobernador accedió á esta mi demanda, y contestó á la honorable Sala como yo deseaba; mas

esta sobre la marcha, repitió al Gobierno su mandato de mi expatriación, y el desarme de mi escolta, agregando que si no desarmaba en el acto, el pueblo iba á encargarse de hacerlo.

Al leerme el señor Gobernador esta órden, me llené de indignación y le dije: — «Diga Vd. á la Sala que voy á ponerme á la cabeza de mi escolta y hacerles arrepentir de su temerario é injusto empeño, si no toman sobre la marcha en consideracion la comunicación que he traido del gobierno de Buenos Aires y las dos que he pasado al gobierno de la Provincia, y deliberan lo que sea de la voluntad del pueblo. El señor Gobernador que por una parte era amigo y pariente, no queria violentarme y por otra temía que mi influjo pudiese decidir en contra á los cívicos, volvió á replicar á la Sala manifestando mi decisión, y esta por las mismas razones se abstuvo de llevar adelante su mandato y contestó, que al siguiente dia 7 de abril se reuniría la Sala á tomar en consideración la comunicación del gobierno del señor Rozas, y las que yo había pasado al de la provincia.

Después de quedar asi acordado: entendido conmigo, pasó orden á sus patrullas para que ninguna avistara por las calles que daban al cuartel de mi escolta, por cuanto esta tenia orden de marchar sobre todo grupo que se le acercara, y dirijirse á la casa de Gobierno, según se lo había yo ordenado.

Esa misma noche llegaron á la Ciudadela como 400 hombres de caballería á las órdenes de los coroneles Acha y el hermauo del señor gobernador Piedrabuena que habían salido á la campaña en su busca, para sostener al gobierno. No faltaban en dicha fuerza hombres que me eran afectos, pues me mandaron proponer de parte de algunos oficiales que estaban prontos á venir á sacarme de la casa del Gobierno si yo lo ordenaba, pues se les había asegurado por los dos jefes que los mandaban, de que yo estaba preso en dicha casa. Mi contestación fué negativa, ordenándoles que se mantu-

vieran en observación hasta la deliberación de la Sala, el dia siguiente, y que solo en el caso de que mis émulos intentaran atacarme lo evitasen.

Al siguiente dia, amanecieron formados en la plaza mas de 800 hombres para sostener el pronunciamiento de la Sala. Esta se reunió á las 7 ú 8 de la mañana, y se pronunció por unanimidad dando por terminada su misión y retirando al gobierno del señor Rozas las facultades que le había concedido para entretener las relaciones exteriores, con todo lo demás que contiene aquel solemne pronunciamiento. El pueblo todo expresó su aprobación con muestras visibles de entusiasmo, y todos los ciudadanos y soldados se pusieron en el acto una cinta celeste al pecho en los ojales de la casaca, anunciando su entusiasmo con mueras al tirano y vivas á la libertad.

Yo habia encargado á una persona de mi confianza que en el acto de tomar la Sala su resolución, corriera á avisarme fuera cual fuera, antes de que se publicara así fué que en el acto que supe la resolución de mi pueblo arranqué el distintivo de Rozas y pidiendo al Gobernador una pieza de cinta celeste coloqué un retazo en ojal de mi casaca y mandé el resto al comandante de mi escolta, con el capitan Alvarez, ordenándole que quitasen la cinta punzó con el retrato de Rozas y colocasen la celeste en su lugar. Así se hizo en el acto.

A pocos instantes aparecieron todos los representantes reunidos; seguidos por todo el pueblo, en casa del señor Gobernador dando vivas á la libertad, mueras al tirano, cubiertos todos de los distintivos nacionales; y cantando con la música.—*Oid, mortales el grito sagrado*, y otras estrofas del Himno Nacional.

Preciso es hacer una observación en obsequio de la verdad, sea cual fuere el juicio que el público forme de mi conducta. Al marchar yo de Buenos Aires comisionado por el señor Rozas á las Provincias en el estado en que estas se encontraban y no á traer el armamento que se les pedia en la comunicación que yo llevaba sinó á depositarlo en mi poder y hacerme Gobernador de

mi pueblo, Tucumán, por grado ó por fuerza, pues estas eran las miras del señor Rozas; yo no formé jamás la idea de traicionar su confianza, porque habría creido indigno de mí un proceder semejante, sin embargo de haberme arrepentido algunas veces antes de mi salida de Buenos Aires de haberme venido de Montevideo, á causa de las muchas tropelias que había presenciado y de verme compelido á alternar con los mazorqueros en las reuniones ó fiestas federales; en primer lugar porque conociendo el señor Rozas mí carácter y amor á la libertad de mi pátria, como lo conoce bien, no pude yo juzgar que me mandara á ellas, donde yo gozaba de una estimación general, con otro objeto que el de evitar el escándalo de una revolución dándoles en mi una garantía la mas completa, pues todas ellas conocían mi patriotismo, mi moderación y desinterés, y no debían juzgarme convertido en un vil instrumento de su degradación y opreción. Por consiguiente, yo creo según todas las conversaciones que había tenido conmigo respecto al estado de nuestros pueblos, que el trataría de uniformar por otros medios la opinión de ellos, con el fin de constituir al pais, pero tambien es cierto que, sin embargo de esta mi creencia, jamás pensé en violentar la voluntad de los pueblos, así fué que sin embargo del general descontento que observé en el transito por las Provincias, y aún en la misma campaña del Norte de Buenos Aires, al verme marchar al servicio de Rozas y con su retrato por distintivo, y la disposición en que me encontré á mi pueblo, así como á los de Salta y Catamarca, yo procuré por medios razonables hacerle conocer el solemne compromiso que iban á contraer si se pronunciaban; los riesgos á que exponían, el gran poder que tenian que combatir, y lo prematura que me parecía esta su determinación; por consiguiente, todos los pasos que dí antes del pronunciamiento, fueron en este sentido. Mas hecho ya el pronunciamiento y conociendo la decisión de los pueblos, por su libertad y porque el país se constituyera cuanto antes, segun la libre voluntad

de todos, no me juzgué en el deber de retirarme para con las armas en la mano combatir á la mayoría que pedía su libertad, y la constitución del pais, y es por esto que siguiendo el voto de mi pueblo me pronuncié por él: Dí enseguida cuenta al señor Rozas de cuanto había practicado para llenar debidamente mi comisión; de los obstáculos que había encontrado, y por último del pronunciamiento de la Sala y de haberme decidído después de esto á seguir la suerte de los pueblos, que solo querian su libertad y la pronta constitución del país.

Así que entraron los Representantes á la casa de Gobierno acompañados del numeroso pueblo que los seguía lleno de entusiasmo, tomé la palabra en el patio de la casa y dije: «Señores; el paso que acabais de dar ha « sido imprudente y estemporáneo, el os ha comprome- « tido altamente y comprometido á mi mismo, en una « guerra, de que seremos víctimas miserablemente, sinó « obrais con la rapidez y desprendimiento que exije « vuestra audacia, y el interés mismo de la causa que « acabais de proclamar; y muy particularmente el vues- « tro, como voy á demostrarlo:

« El gobierno de Buenos Aires que acabais de des- « conocer, retirándole los poderes que le habíais confe- « rido para las relaciones exteriores y reteniéndole el « armamento que pertenecía al ejército, es poderoso y « le están sometidos todos los pueblos: mientras que vo- « sotros no teneis otro recurso que el de vuestra deci- « sión y coraje, y las simpatías que encontrareis en « todos los pueblos, si obrais con la rapidez y audacia « que os exijo. Haced ahora mismo el sacrificio de reu- « nir seis mil pesos para gratificar á estos valientes que « están en la plaza, y demás gastos que ocurran en el « camino, que yo os respondo con mi cabeza de los re- « sultados. Toda la provincia de Córdoba ha quedado « maldiciéndome al verme pasar con la divisa federal ó « el retrato de Rozas; esto mismo á sucedido en la cam- « paña del norte del mismo Buenos Aires, en la de Santa « Fé y hasta en la de Santiago; y al verme ahora mar-

« char con los nacionales que conquistaron nuestra Inde-
« pendencia, todos se me unirán, no lo dudeis. Los Go-
« biernos del tránsito quedan desarmados, y en la
« confianza de que yo venía á remacharos las cadenas
« de la esclavitud; ved cuán distinta será la impresión
« de los gobernantes y de los pueblos, al verme ahora
« á la cabeza de una división libertadora, proclamando
« sus derechos. ¡Los primeros, correrán á engrosar nues-
« tras filas, y los segundos huirán despavoridos! ¡Enton-
« ces los pueblos todos del interior, levantarán el grito
« de libertad, y formarán con nosotros una misma causa
« y el pueblo tucumano se habrá cubierto de glorias por
« haber encabezado una empresa tan atrevida! No lo
« dudeis, señores, que estos serán los resultados; ¡de lo
« contrario yo os aseguro que vuestros sacrificios serán
« estériles, é infructuosos, y que sereis arruinados talvez
« para siempre; después de haber gastado cien veces
« más de lo que ahora se os exije. »

Todos los soldados aplaudieron mi discurso, y pedían á voces marchar inmediatamente; muchos de los ciudadanos manifestaron la misma opinión; más el Gobierno y los que podían facilitar la miserable suma que se les exigía, contestaron que era mejor estar á la defensiva; prepararse y esperar que los demás pueblos se pronunciaran. En vano desde aquel momento no cesé de manifestar mi opinión, no solo ante el Gobierno y los Representantes del pueblo, sinó ante cada uno de los ciudadanos; mis reclamos no fueron escuchados por los que podian llenarlos fácilmente, ya por un efecto de mezquindad, ya pretextando las desconfianzas que mis émulos trataban de infundir contra mí, de que quería apoderarme de la fuerza para traicionar á mi pueblo y ponerme con ella á la orden del señor Rozas. El resultado fué, que tanto el Gobierno como los más influyentes de la Sala de Representantes, se empeñaron en organizar un cuerpo de coraceros, ponerlo á las órdenes del coronel Acha, después de incorporada á dicho cuerpo mi escolta; y mantenerse á la defensiva, hasta que las de-

más Provincias con que contaban, hicieran su pronunciamiento. En vano les aseguré que miéntras ellos organizaban un cuerpo miserable, Rozas organizaría diez perfectamente equipados, y que cuando él nos buscase, sería con centuplicado poder y fuerzas; que entónces tendrían que gastar inutilmente cien veces más de lo que hoy era sobrado, para hacer triunfar la revolución. Todas mis reflexiones fueron inútiles y estoy cierto que mil veces se arrepintieron después y están arrepentidos hasta hoy, de no haber escuchado los consejos de un hombre que ni conocía, ni conocerá en su vida, otra aspiración que la de sacrificarse por la felicidad de la pátria!

Se elevó el cuerpo de coraceros á 200 plazas y todo el objeto de mis émulos fué contraido á disgustarme, para que me retirara; más mi posicion era muy espinosa para que los complaciera, y el compromi o de mi pueblo y el mío demasiado sérios. Por consiguiente me propuse desentenderme de cuantas redes se me tendían y marchar solo al objeto que había tenido en vista la mayoría de mi pueblo, al pronunciarse; ¡la libertad de los pueblos y la constitución del país! y el cual había sido secundado por las provincias de Salta, Jujuí, Catamarca y la Rioja. Como el Gobernante de esta última Provincia me instaba para que me moviera pidiéndome instrucciones y órdenes, lo mismo que el de Catamarca, pude al fin después de haber salido á visitar y hablar á los escuadrones de la campaña, que encontré á todos entusiasmados y prontos á seguirme; pude, digo, arrancar con una División de 150 infantes cívicos, cuatro piezas de artillería y 400 hombres de caballería contra el gobierno de Córdoba, en cuya Provincia contaba yo con algunos cooperadores.

El señor Cubas, gobernador de Catamarca, debía incorporárseme en los Valdes ó Puesto de Tala, á la boca de la travesia; con una división de 800 hombres, de los que cien eran infantes; y el señor gobernador Brizuela de la Rioja, debía mover mil hombres sobre la Sierra

de Córdoba, para que todas estas fuerzas obraran bajo mis órdenes, según lo había acordado de antemano con ambos gobernantes.

Bajo esta combinación emprendí mi marcha desde Tucumán el veinte y tantos de junio, habiéndome alcanzado en el puesto de Quiroz el coronel don Celedonio Gutierrez con 200 milicianos de su Regimiento, se mandó mudar con todo él en la noche del 3 de julio desde Albigasta, sin haber sido sentida su falta hasta el momento de romper la marcha; pues ocupando él la retaguardia con su Cuerpo, se puso en marcha retrógrada sin que la tropa lo sospechase, pues juzgó esta que su Coronel fuese en cumplimiento de alguna orden mía sobre los Choyanos.

Como el señor gobernador Cubas se hallase adelante en el punto dicho con su División, no juzgué necesario detenerme á perseguir á Gutierrez, y dando parte al gobierno de Tucumán de su defección, continué mi marcha hasta los Valdes donde estaba el señor Cubas, así que amaneció. Así que llegué, á los dos días y supo este señor la defección de Gutierrez, lo encontré desalentado y sin querer seguirme á Córdoba, ni proporcionarme tampoco alguna fuerza, ó cuando menos sus mejores caballos para continuar yo solo, so pretexto de habérsele defeccionado á él también un Comandante con un pequeño escuadrón. En vano fueron todas las reflexiones que le hice sobre la necesidad de continuar mi marcha y no dejar chasqueados á los riojanos y cordobeses que estaban de acuerdo; él regresó á Catamarca porque se acercaba el día del nombramiento de gobernante, pues había espirado su término legal; y quería ver sin duda, si lograba hacerse reelegir.

En vista de este nuevo incidente inesperado, tuve que retroceder rápidamente sobre Gutierrez, después de dar cuenta al señor Brizuela de los motivos que ocasionaban mi contramarcha. Gutierrez se había unido á los Choyanos de Ibarra, y marchaba sobre Tucumán cuando fué alcanzado por mí á los cuatro días, y con solo mi

escolta mandada por el intrépido Capitán de coraceros don Crisóstomo Alvarez, fué lanceado y disperso completamente el traidor, en las inmediaciones de Quiroz, quedando en el campo nueve ó diez muertos y tomándole 12 prisioneros. Gutierrez huyó con los choyanos para Santiago del Estero y algunos de sus soldados; pues los más de éstos se presentaron unos, y otros regresaron á sus casas.

Por esta brillante jornada dí el grado de sargento mayor al valiente capitan Alvarez y regresé á Tucumán donde se hallaban algunos diputados de las Provincias para la formación de un congreso que debían reunir en esta ciudad, para nombrar un gobierno general provisorio; cuya indicación había yo hecho á los gobernadores de las Provincias así que se pronunciaron y había repetido también el gobierno de Tucumán. El objeto principal de este congreso debía ser formar un ejército de los contingentes que debía dar cada una de las Provincias pronunciadas; invitar á las demás á que cambiasen sus diputados para la más pronta instalación de un Congreso general al efecto de constituír el país; enviar agentes á las Repùblicas vecinas, y seguir dirigiendo mientras tanto la política el Gobierno que se nombraría al efecto.

Despues de mi regreso á Tucumán se tomaron todas las medidas necesarias para dejar asegurada la provincia contra las tentativas del gobernador Ibarra, de Santiago del Estero y del mismo Gutierrez que se le había reunido con los pocos oficiales y soldados que le siguieron. Antes de salir á campaña se había dado aviso al general Lavalle en Entre Rios, del pronunciamiento de las cinco provincias del Norte, y que debía yo moverme inmediatamente sobre Córdoba con un ejército formado por todos ellos.

Despues de todas estas medidas que se habían adoptado, y cuando solo se esperaba la llegada de los diputados de la Rioja, para la instalación del Congreso de Agentes, me fué preciso marchar sobre la Rioja el 10

Celedonio Gutierrez

de agosto, en auxilio del señor general Brizuela, con una división de 400 hombres, en razón de haber sido invadida dicha Provincia, por el fraile general Aldao; y de hallarse ya ocupando los departamentes de los Llanos. El coronel Acha había sido separado del mando de cuerpo de coraceros para encargarse de la defensa de Tucumán mientras mi marcha y para que fuese organizando los contijentes que mandasen las Provincias; y el cuerpo de coraceros que sólo contaba 200 plazas, marchó conmigo bajo las órdenes del coronel French, pero dejando 50 hombres de esta fuerza á las órdenes del coronel don Manuel Reyes, en Monteros. Así fué que realicé mi viage á la Rioja con 300 hombres de caballeria y 130 cívicos infantes, muy mal montados los primeros y á pié los segundos.

Antes de llegar á Catamarca, se me presentó una noche el célebre vaqueano Alico que fué el conductor de las comunicaciones al general Lavalle con la contestación de dicho General, desde el *Sauce Grande* ó sus inmediaciones, quien me aseguró que había tenido lugar una batalla, despues de despachada, entre el general Lavalle y Echagüe; y que el primero había desembarcado despues su ejército en San Pedro y batido al general Pacheco; lo cual supo de positivo en el camino por unos troperos santiagueños, que regresando de Buenos Aires se encontraron con él, y para más comprobante de esta verdad me entregó una carta de un comprovinciano de la campaña de Córdoba que me lo comunicaba. Se recibió esta noticia, como es de suponer en la División, y despues de haber despachado á dicho vaqueano para Tucumán, continué la marcha para la Rioja, habiendo anticipado un aviso para el señor Brizuela, así de las noticias que acababa de recibir, como de mi aproxinación.

Al llegar á la posta de Amilgancho, diez leguas antes de la Rioja, recibí varias cargas de naranjas, pan y vino conque el señor general Brizuela me mandaba obsequiar para la División, y se me avisó hallarse muy

inmediato con su escolta, pues venían á encontrarme; cosa que á la verdad sorprendió á todo el pueblo riojano que estaba acostumbrado á no verlo ni aún en su casa; mucho menos en la calle, pues no salia jamás; tan era cierto esto que habían muchas personas de la Rioja que no lo conocían. Tal era la vida que acostumbraba llevar este General. Lo recibí con la división formada y se le hicieron los honores de Capitan General. Despues de pasados los cumplimientos de estilo y haber comido la División, continuamos la marcha reunidos hasta tres leguas de la Rioja donde pasamos una noche entretenida.

Al siguiente día, hicimos la entrada á la Rioja con inmenso regocijo de este pueblo patriota, que salió todo entero á recibirme, y estreché con todo él, la mas perfecta amistad. El general Aldao tenía como dije ántes, ocupados todos los departamentos de los Llanos, y había hecho avanzar su caballería hasta las inmediaciones de la Hedionda que está como á treinta y tantas leguas de la Rioja, y el general Brizuela tenía como dos mil hombres reunidos en la Capital, de las tres armas. Yo así que llegué, insté al General para que marcháramos al encuentro del enemigo, y él se manifestó poco dispuesto á moverse tan pronto, mas conociendo yo el tiempo que perdiamos con esta demora, con grave perjuicio de mi caballada por la escasez de pasto y su mal estado, así como por la suma carencia de víveres, apuré mis instancias al General, para que al menos me dejara marchar á vanguardia sobre la caballería enemiga; lo que consegui al fin y salí al cuarto dia de mi llegada, el aumento de 300 hombres de caballería que me dió, y la oferta de mandarme alcanzar con caballada de reserva, pero recomendándome mucho que no me precipitara á atacar al enemigo, hasta que él me alcanzara con todo el ejército, compuesto de las tres armas.

En el momento de mi salida recibí una feróz patada de un caballo en el pié izquierdo estando montado, que á no ser por la hevilla de la espuela me rompe el pié, pues se dobló la hebilla y se me introdujo en la car-

ne del empeine, dejándome sin sentido. El señor Brizuela sabedor de esto, me mandó prevenir que no saliera hasta mejorarme, pues me habían bajado del caballo en una casa de la plaza y aplicándome algunas cataplasmas. Yo le mandé contestar que no era nada, y mandé activar el apresto de la División que estaba ya acabando de ensillar; en seguida así que estuvo la tropa formada en la plaza, me hice alzar á caballo y pasé á casa del General para avisarle que iba á emprender la marcha. En vano hizo esfuerzos para detenerme; conocía yo su flema y estaba cierto que si mandaba desensillar y largar los caballos, no los conseguiría en muchos días; mientras tanto, ni nuestra tropa ni la caballada tenían que comer en el pueblo, pues estábamos racionando al ejército, con pan solamente, y solo un día habíamos tenido carne asada, en los cuatro que hacía que habíamos llegado, y el enemigo mientras tanto estaba posesionándose de toda la campaña, así fué que salí en el acto aunque sumamente molestado.

A los dos días de mi salida llegué á la posta de Paquía, creo el 8 de septiembre, donde tuve noticia por unos dos hombres que se tomaron, que el general Aldao se hallaba en el Algarrobo Largo con todo el ejército, que pasaba de 1500 hombres de las tres armas, y que había adelantado su caballada en unos 400 hombres hasta la Hedionda, donde acababan de sorprender y hacer prisionero á un comandante Llanista de los del general Brizuela. que estaba allí destacado.

Como el general Brizuela me había asegurado ir en mi alcance á los dos días de mi salida, con todo su ejército compuesto de las tres armas, y las caballadas de reserva; resolví dar un golpe de mano á la caballada enemiga, cortándola del resto de su ejército; al efecto, después de dirigir al señor Brizuela el parte de esta operación que iba á practicar, moví mi campo al anochecer del 10, habiendo ántes despachado una comunicación al general Lavalle, con mi ayudante de campo mayor Almandos, hácia la campaña de Buenos Aires,

en la cual le instruia del ataque que iba á dar á la caballería de Aldao, y que muy pronto sería éste arrojado de los Llanos, y estaría yo en marcha sobre Córdoba. Preciso es advertir aquí que cuando escribí esto al general Lavalle, yo era el General nombrado por las Provincias para mandar al ejército que ellas debían formar ó al menos estaba autorizado como tal por los Gobernadores, aunque no se había hecho todavía por el Congreso de Agentes por no estar reunido á mi salida.

Despachado el chasque, moví mi campo como he dicho sobre la caballería enemiga y caminando toda la noche me acerqué á la Hedionda antes de amanecer y cerciorados por mis bomberos que el enemigo estaba allí mandé adelantar al mayor graduado don Crisóstomo Alvarado con los 40 cazadores de que se componía mi escolta, y otros tantos de la del señor general Brizuela que la había puesto á mis órdenes, con la instrucción de avistarse antes de aclarar, sobre los enemigos, y emprender en seguida una falsa retirada para dar tiempo á que un escuadrón de 150 riojanos que había mandado por mi izquierda para entrar los bosques, tomase la retaguardia del enemigo. Marcharon al efecto ambas fuerzas y poco después continué yo con el resto de la División y llevando mis infantes cívicos á la cabeza de la columna. Como á la hora y media de haberse adelantado dichas fuerzas, se encontraron reunidas ya al aclarar sobre el enemigo, por haberse acobardado el comandante riojano y no haberse atrevido á salir á la espalda del enemigo. El resultado fué que el mayor Alvarez que iba á vanguardia se encontró con los enemigos en los momentos en que acababa de reunírsele el otro comandante y viendo que aquellos se disponían á retirarse, se lanzó sobre ellos con sus 80 hombres y apesar de la escabrosidad del camino y de su estrechez, los acuchilló por espacio de dos leguas, hasta las Aguaditas; punto en que los enemigos se habían reunido y colocádose emboscados, por ambos lados del camino que era estrecho, por haber observado que mucha parte de la fuerza de Alva-

rez se había quedado atrás por el mal estado de sus caballos.

Al llegar el intrépido Alvarez á dicho lugar de las emboscadas persiguiendo á los enemigos, recibió una descarga á quema-ropa de ambos lados del camino, y perdió 9 hombres que quedaron muertos con sus caballos, casi en un mismo sitio, no obstante este accidente, rehizo él, sobre la marcha los pocos hombres que le quedaban, y lanzándose sobre las emboscadas dispersó á los enemigos, en cuyas circunstancias llegaba yo de carrera con los infantes tucumanos en su protección, y con todos ó los más de los hombres que habían vuelto á Alvarez del camino.

En este choque perdieron los enemigos sobre 40 hombres muertos que se encontraron en el camino, y en el último bosque donde acabó de dispersarlos; se le tomaron ocho prisioneros, y fué tan completa la dispersión de la caballeria que no llegaron al cuartel general enemigo 50 hombres reunidos, porque la mayor parte de los que salvaron huyeron dispersos para San Juan. En la misma hora en que llegaron los pocos dispersos al cuartel general ya cerrada la noche, emprendió el fraile General su retirada del Algarrobo Largo en dirección á San Luis y dejando en el potrero en que estaba acampado, mucha caballada, mulas, ganado y aun algunas armas abandonadas.

Como el general Brizuela me hubiere encargado á mi salida, que no me precipitara á cargar solo, al ejército enemigo, y ya tuviere aviso de haber salido de la Rioja; y por otra parte no tenía caballos aptos para perseguir al enemigo, pues no me había mandado alcanzar con los que me ofreció de reserva, no juzgué prudente el perseguirlo, y me vi precisado á esperar á dicho General en el campo que había dejado el enemigo.

El 14 llegó el general Brizuela con todas sus fuerzas ya caida la tarde, y despues de haber yo recibido un chasqui del gobernador Lopez de Córdoba para el general Aldao, con un oficio en que le decía: — «No

« me es posible mandar á V. S. la fuerza que me pide,
« por que Lavalle á desembarcado en San Pedro y ca-
« resco de comunicación del señor Rozas. Si V. E. se
« ve apurado, repléguese sobre esta Provincia donde se-
« rá auxiliado con todas mis fuerzas.» El conductor de esta comunicación había sido tomado por unos llanistas que me lo presentaron, é inmediatamente de haberme impuesto de dicha comunicación había hecho sacar una cópia de ella y mandándole el original por medio de un chasque con uno de los prisioneros, al general Aldao, acompañado de una nota mía en que le decía el modo como aquella comunicación había venido á mis manos, y que para que se impusiera de las noticias que le comunicaba su aliado el gobernador de Córdoba, se la remitía, así como para que fuera á recibir los auxilios que se le ofrecían.

Después de despachado este pliego al general Aldao, llegó el señor general Brizuela. En el acto le impuse de la cópia del oficio de Lopez para Aldao de la comunicación con que yo le había acompañado el original á éste, y le enseñé el borrador que había puesto para el gobernador Lopez, el cual, si era de su aprobación, quería mandárselo con el mismo oficial que había conducido su comunición para Aldao, después de hacérsele ver todo el ejército que pasaba ya de dos mil hombres. El señor Brizuela, festejó mucho mi ocurrencia y la aprobó, y después de haberle enseñado á los oficiales de Lopez todo el ejército lo despaché con la comunicación, en la cual decía yo al gobernador de Córdoba la derrota que acababa de recibir el Fraile en las Aguaditas ó Salinas; y que habiéndose fugado para San Luis antes del recibo de su comunicación, se la había yo mandado con uno de los prisioneros para que se impusiera de cuanto le comunicaba, y fuere á recibir á Córdoba si gustaba los auxilios que él le ofrecía, para que mejor se impusiera él mismo del número de mi ejército y de su estado, le mandaba aquella comunicación con su mismo oficial conductor, que había sido preso por mis partidas,

y visto todo el ejército el cual estaría en Córdoba antes de 20 dias, que si él quería no perderse y acojerse á la Causa de las Provincias, dejase al pueblo de Córdoba en plena libertad para que elijiese su Gobierno; en cuyo caso debería él contar con toda la garantía que gustase, como que acompañaba á este oficial en su regreso hasta el otro lado de la travesía. Mandé un hombre con comunicaciones para el coronel Aparicio á la Sierra de Pocho ó San Javier, instruyéndolo de todo, é invitándolo á que se pronunciara contra su gobernante opresor.

Desde el momento en que llegó el general Brizuela, le hice la mayor instancia para que me permitiera mandar 200 hombres á tomar San Juan, bajo las órdenes del coronel Yanzón, y habiéndose resistido á esta medida, me empeñé en ir yo mismo con mi División, y que él continuase con todos los riojanos en persecución del Fraile, lo que tampoco conseguí. La razón que daba este General para oponerse á todas estas medidas, era la de que juzgaba mejor que todos juntos persiguiéramos al Fraile, pero no quería hacerlo inmediatamente como yo selo había exijido sin perjuicio de mandar á Yanzón á San Juan pues teníamos fuerzas sobradas para todo, so pretesto de que era necesario reunir antes 500 cabezas de ganado para el ejército, lo cual era imposible porque no las había en todos los Llanos, por haber sacado Aldao todos los ganados y mandádolos á Mendoza ó consumídolos con sus tropas; en tales términos habían concluído con los ganados, que 12 dias ó mas que paramos en el Algarrobo Largo, no alcanzaba la carne para el ejército sino dando un día sí y otro no, media ración solamente; y hubieron ocasiones que nos pasamos dos dias sin comer.

Entre tanto á pesar de todas estas escaceses yo tenía decidido á todo el ejército á marchar sobre San Juan ó Mendoza, aún que no llevaramos una vaca para comer en el camino, pues todos sabían que en llegando á cualesquiera de estas Provincias todo teniamos en abundancia; mientras que allí en los Llanos íbamos á morirnos de hambre. La tropa toda así riojana como tucumana

estaba decidida á seguirme ya fuese á San Juan ó Mendoza, ya á Córdoba; ó ya en fin á marchar unos á San Juan y Mendoza, y otros á Córdoba, ó donde se les ordenare. Para decidir al General á esta operación de dividirlas sobre las provincias de Cuyo y Córdoba; yo me le ofrecí á ir solo con mi división tucumana y cien infantes que él me diera, al punto que él juzgase más peligroso, y que él continuase con todo el ejército al otro: nada pude conseguir, hasta que por último le propuse una junta de jefes para consultar la opinión de todos.

Habiendo el General acedido á esta demanda, tuvo lugar la junta y resultó por la mayoría que podían hacerse las dos campañas sin riego alguno, yo con 600 hombres al punto que se me designase, bien fuese Cuyo ó Córdoba, y el general Brizuela con más de dos mil hombres al otro. El General convino en esto y se designó el siguiente día para la marcha.

Así que amaneció, fuí á verme con el General al Portezuelo donde estaba él con solo su escolta y ya lo encontré de distinto parecer. En vano le hice reflexiones, insteló. Yo tenía poco que condescender con este hombre funesto, y mucho más desde que estaba nombrado y reconocido para Jefe supremo y director de la guerra, por el Congreso de Agentes que se había instalado ya en Tucumán antes de la derrota de la caballería de Aldao, y aún antes de saberse este nombramiento, porque la fuerza de la Rioja y su armamento era toda la esperanza de las Provincias.

En fin, en fuerza de mi condescendencia unas veces y de pintarle por otras la grande influencia que iba á tomar en todo el país, apoderándose á un tiempo de las provincias de Cuyo y de la de Córdoba, con toda seguridad, y sin riesgo alguno; lo decidí nuevamente á que al día siguiente haríamos la marcha, y regresé contento al campamento, cerrada la noche. Al entrar al campo y observar el profundo silencio que reinaba entre los soldados riojanos, que eran los primeros que encontraba hasta pasar al Cuartel General, me conmoví al ver sus

semblantes macilentos, al lado de los fogones, en un profundo silencio, y sin haber comido hacía dos días. Uno de ellos, al pasar yo por un fogón, me conoció, sin duda, y grita:

—«¡Hambre tengo!»

Este grito se propagó simultáneamente por todos los fogones, y comenzó á repetirse por todos:

—«¡Hambre tengo! ¡Hambre tengo!»

Yo apresuré mi marcha, conmovido, y al pasar por entre los cívicos tucumanos, que estaban inmediatos á mi campo, y eran los que me daban la guardia, alternando con los infantes riojanos, llamé á los cantores de vidalitas á mi tienda, con sus guitarras, los que fueron al instante.

Uno de los soldados que me acompañaba, traía en las ancas un hermoso par de chifles de aguardiente, que me había hecho alcanzar el general Brizuela al salir de su casa, unas alforjas grandes con dos quesos y algunos panes mal hechos. Así que me desmonté y llegaron los cantores, pedí los chifles y las alforjas de provisión, los puse á mi lado, y les dicté el pié de verso siguiente·

Constancia, bravos riojanos,
que aunque no haya que comer,
prometen los tucumanos
morir todos ó vencer.

El coro de esta vidalita, era:

Siga la guerra,
truene el cañón;
pronto tendremos
Constitución.

El cual se repetía intercalado entre cada una de las cuartetas. Los riojanos infantes que estaban inmediatos, así que oyeron esta cuarteta, corrierón á contestarla, manifestando á los tucumanos su decisión y que nada sería capaz de hacerles desistir de su empeño, por la libertad y Constitución del país.

Luego que los ví exaltados y en contra punto, á cual de los dos pueblos mostraba más decisión y patriotismo, comencé á distribuírles en pequeñas partes toda la provisión que había traído; todo el campamento concurrió al canto, se olvidaban todos los soldados, del hambre, y se pasaron cantando con el mayor entusiasmo hasta las dos de la mañana, en que se retiraron contentos, dando vivas, por haberles yo asegurado que al siguiente día emprenderíamos la marcha sobre el enemigo, sin falta alguna.

En efecto, así que amaneció, pasé á ver al señor general Brizuela para activar nuestra salida; sin embargo de haberlo encontrado decidido á no moverse todavía, logré arrancarle la orden de hacer arrimar las caballadas ó mulada que tenía, para proporcionarme ciento y tantas mulas para mis infantes, pues se había empeñado en que habían de ir montados; le manifesté el entusiasmo que había mostrado todo el ejército en la noche anterior, al asegurarle yo que ese día marcharíamos sin falta sobre el enemigo, y conseguí que él mismo nombrase los cien infantes riojanos que debían acompañarme, más 300 hombres de caballería, todos los cuales tomaron sus caballos y se dispusieron para la marcha. Yo para no perder tiempo, mandé en el momento venir mi División, ya lista para marchar.

En todos estos preparativos, y mientras el mismo General en persona estaba escogiendo los caballos y mulas que habían de llevar los soldados riojanos que iban conmigo, se fué el día sin que se me hubiese dado todavía una sola mula para mis cívicos tucumanos, y vinieron al corral á llamarlo á comer. Entonces, mandando sacar la mulada que estaba en el corral, me dijo:

—«Vamos, compañero, á comer, que es tarde y no podremos salir hasta mañana, pues que sus infantes no han tomado todavía caballos.»

Yo le repuse:

—«Señor General, la noche está hermosa por la luna, y estamos listos; marcharé con la división para Cór-

doba y V. E. lo hará por la mañana sobre Cuyo. Por lo que hace á mis infantes, que marchen á pié, y con 50 animales que V. E. me mande alcanzar, tendré los bastantes, pues estoy seguro de proporcionar los restantes, así que pise la jurisdicción de Córdoba; así quedará V. E. más expedito para marchar mañana á San Juan.»

El General aprobó esta mi determinación y me puse en marcha, ya cerrada la noche, quedando él dispuesto en salir, para San Juan.

Así que me despedí del General apuré mi marcha toda la noche, temiendo que me hiciera volver, y á las 3 horas de haber salido del Portezuelo donde quedó el general Brizuela, recibí un chasque del coronel Aparicio desde la sierra de Córdoba, avisándome en contestación de la carta que le había yo dirijido desde las Salinas con el chasque que despaché al gobernador Lopez, que estaba dispuesto á pronunciarse contra su gobierno, pero que necesitaba para dar este paso que yo lo auxiliara con una División.

Así que me impuse de esta comunicación en un rancho del camino, se la despaché al señor general Brizuela y continúe mi marcha después de haberle dado cuenta con el mismo ciudadano conductor de la carta de Aparicio, de que al siguiente día adelantaria á mi sobrino el comandante Alvarez con una División bajo las órdenes del coronel Casanova, que hacía pocos dias se había presentado al General, pasado de la campaña de Córdoba, en auxilio del coronel Aparicio. En efecto caida la tarde del siguiente dia llegamos á las inmediaciones de la travesía y despaché la División.

El ciudadano Montaño que era el conductor de las comunicaciones de Aparicio y mia para el general Brizuela, llegó esa misma noche al Portezuelo y se las entregó por conducto de un ayudante, y después de haber sido demorado dos dias sin ver al General, fué despachado al fin sin conocerlo ni haberle hecho pregunta alguna, me alcanzó en los Valdes de Nabor al otro lado de la travesía.

Yo había llegado á la travesía á los dos dias de mi salida de Portezuelo con más de cien hombres á pié de tucumanos, y habiéndoseme desertado casi todo un escuadrón de los riojanos de Arauca, y sin que el General me hubiese mandado alcanzar con un solo caballo. El coronel Casanova con 10 hombres habíase destinado á sorprender una fuerza enemiga que había en los Valdes de Nabor del otro lado de la travesía, ponerse de acuerdo con el coronel Aparicio y mandarme encontrar con caballadas para mi fuerza que iba mucha parte de ella á pié, á pesar de los burros y mulas que me proporcionaron los patriotas y virtuosos habitantes de los Llanos.

Al emprender mi marcha para pasar la travesía, recibí una comunicación del general Brizuela, en la cual suponiendo que el Frayle general había contramarchado hacia Ulapes, me ordenaba retroceder á dicho punto á donde él se dirijia con su ejército, por la Costa del Medio, y me aseguraba que después de batido el Fraile me daría mas fuerzas para que continuase mi marcha sobre Córdoba, lo cual era solo, un pretexto para hacerme regresar.

Yo que estaba cierto de la falsedad del retroceso del Fraile por mis bomberos, y de que no teníamos que comer en el largo camino hasta Ulapes, ni aún allí mismo, y que por otra parte había comprometido al coronel Aparicio y mandado auxiliarlo con una fuerza, le contesté que no me era posible retroceder sin dejar perdidos así al Coronel que habíase prestado á mi llamamiento, como á la fuerza que había mandado en su auxilio; que á mas de esto, me hallaba ya con la mitad de mi fuerza á pié y que en la vuelta estaba cierto que se me desertaría la mayor parte de ella que había consentido en ir á Córdoba con la certeza del triunfo, pues tenia el convencimiento de que retrocediendo iba á perecer de hambre en Ulapes, y sobre todo; por que para batir al Fraile tenía él fuerza doblada sin necesitar de la mia: que hecho el cargo del compromiso en que ya estábamos de no abandonar al Jefe de la Sierra que ha-

bíamos comprometido, ni á la fuerza que había mandado en su auxilio, asi como de la importancia de asegurarnos de la provincia de Córdoba de donde podria yo proporcionarle recursos para su ejército, ya prestado por ella, ó proporcionándolos el general Lavalle, con quien era preciso ponernos de acuerdo, me dispensaría no poder volver á su llamado, y continuaria su marcha sobre San Juan, pues que el Frayle habia tomado el camino de San Luis, conociendo su importancia para defender á San Juan y Mendoza que los dejaba abandonados.

Asi que despaché este chasque al General, continué mi marcha toda la noche, hasta las tres del siguiente dia en que llegué á los Valdes de Nabor del otro lado de la travesia, en cuyo punto encontré la noticia de haberse presentado al coronel Casanova un destacamento, de 25 hombres que tenía allí el Coronel enemigo, que guardaba los puntos de Soto y la Punilla, y al anochecer recibí una comunicación de este jefe previniéndome que no diese un paso adelante sin manifestar antes cual era el objeto de mi marcha para dar cuenta á su gobierno. Yo le contesté instantaneamente que continuaba mi marcha hasta el punto en que se hallaba, seguro de que me esperaría con toda su fuerza reunida para marchar conmigo á libertar su pueblo de la humillación en que Rozas lo tenía, pues este era el objeto de mi marcha; la que continué después de haber despachado al oficial conductor, dándole las mejores muestras de amistad y confianza.

Al siguiente dia llegué á Soto en donde me esperó dicho Coronel con la fuerza que tenía, que no pasaba de cien hombres y se puso á mis ordenes.

Como el coronel Aparicio no se hubiera unido todavia, me mandó proponer con el doctor Malbran, que me dirigiera por San Roque sobre la capital de Córdoba en cuyo camino me esperaria con las caballadas necesarias juzgué mas ventajoso marcharme por Santa Catalina ganando á todos los Jefes del norte, á quienes dirijí comunicaciones al instante, por medio del coronel Casa-

nova que mandé á vanguardia con el mayor Alvarez, y ordenando al coronel Aparicio que siguiera él por San Roque, continué mi marcha sobre la Capital después de haber adelantado un propio á los patriotas de Córdoba avisándoles la intimación que dirijía ese mismo día al Gobierno por conducto del teniente coronel Argüello, para que dejase al pueblo en plena libertad para que elijiera su gobierno.

Como ya estaban prevenidos con este aviso los patriotas de la ciudad, así de mi aproximación como de la intimación que había dirijido á su gobierno, y de la decisión de todas las fuerzas del norte y de la Sierra, asi como de haber mandado al benemérito coronel Manuel Salas á ocupar el fuerte del Tio con una partida; convocaron al valiente y distinguido cuerpo de Cívicos con su benemérito comandante el teniente coronel Jigena, é hicieron la intimación al gobierno el 11 de octubre, el cual después de haber mandado á recibir á mi parlamentario abandonó el puesto; por consiguiente cuando entró éste á la plaza ya estaba hecha la revolución y el Gobierno había fugado.

Convocados entónces el pueblo, nombró provisoriamente de Gobernador al doctor Francisco Alvarez el cual después de recibido me dirigió el aviso de su nombramiento suplicándome suspendiese mi entrada para dar tiempo al pueblo que quería salir á recibirme: este aviso me encontró en marcha á las inmediaciones de la Capital y fué preciso demorarnos dos ó tres horas, después de las cuales verificamos la entrada con inmenso regocijo del pueblo todo que salió á recibirnos fuera.

Pasadas las felicitaciones y obsequios del pueblo, le manifesté esa misma tarde al nuevo Gobierno la necesidad de proporcionarme todas las caballadas que hubiesen disponibles en el pueblo y sus cercanías, para perseguir sin demora al ex-gobernador Lopez y algunos de sus caudillos que se hallaban pasando el Rio 3° y Rio 4° y ordené que al siguiente dia salieran el coronel Casanova y el mayor Alvarez en su persecución, con 150

hombres. Esta salida se verificó al siguiente dia con solo la promesa de que en el Rio 2º se le proporcionarian los caballos necesarios y solo llevó esta fuerza los pocos que el gobierno sacó del pueblo.

El coronel Casanova que no era un hombre decidido, y procuraba salvar al ex-gobernador como lo manifestó después, para tener en él un padrino en un caso desgraciado, no hizo otra cosa que perder el tiempo en el Segundo y darle lugar para que se alejara al territorio de Santa Fé, sin embargo de mis instancias para que acelerara sus marchas, y de haber mandado dos días después al coronel Aparicio con 130 hombres para reforzarlo.

Muy pronto me convencí de que las miras de Casanova se dirigían á dar escape á su antiguo jefe y amigo, el ex-gobernador Lopez; le ordené retirarse dejando el mando al sargento mayor don Crisóstomo Alvarez, y también los 25 cazadores de Córdoba que habia llevado pero aquel jefe en vez de entregarle inmediatamente el mando al mayor Alvarez como se le ordenaba retardó esta operación dos dias hasta dar tiempo á Lopez para pasar el Saladillo, con las caballadas que llevaba, y las carradas de efectos que venían de Buenos Aires, y que quitó por el Fraile Muerto; solo entonces retrocedió trayéndose la mayor parte de las milicias del coronel Aparicio y dejando al mayor Alvarez como 200 hombres solamente.

Como yo habia mandado otra pequeña División sobre el Rio IV á los tres días después de mi entrada á Córdoba con el objeto de batir al coronel Sosa que se hallaba allí con los voluntarios, se sublevaron éstos contra su jefe á la aproximación de mis fuerzas, y fué tomado Sosa con todo el armamento que tenía; ordené al comandante Cabral que fué el que tomó á Sosa, que marchara sobre el Saladillo y poniéndose de acuerdo con el mayor Alvarez persiguiera al ex-gobernador Lopez hasta tomarlo ó echarlo fuera de la Provincia, y que se internase después sobre Melincué á sacar algunas caballadas.

El mayor Alvarez á quien había yo participado las órdenes que llevaba Cabral, marchó rápidamente sobre el Saladillo y Lobatón, así que regresó Casadova, y alcanzó á tomarle á Lopez algunos hombres de una partida que había dejado á retaguardia. Desde este punto adelantó Alvarez una partida en persecución de Lopez que había fugado con algunos oficiales y unos pocos soldados á la Cruz Alta.

El oficial que mandaba esta partida, cuya fuerza no pasaba de cuarenta hombres, tuvo la imprudencia de meterse al pueblo de Cruz Alta, traspasando las órdenes que llevaba, á la madrugada; después de haberse hecho sentir por algunos tiros, en circunstancias que el mayor Alvarez se hallaba á seis leguas de aquel punto, y Cabral se aproximaba á Lobatón con su fuerza.

El resultado de esta imprudencia del oficial, fué el de haberlo asaltado de improviso el ex-gobernador Lopez que estaba al otro lado del río con 150 hombres bien montados, incluso el vecindario de aquel pueblo y algunos indios, miéntras el oficial de nuestra partida estaba escribiendo el parte al mayor Alvarez; así que sintió los tiros del enemigo, echó á correr ya aclarando el día sin procurar ordenar su partida, ni resistirse, perdiendo en esta fuga como 21 hombres de los coraceros y riojanos, y los habría perdido todos si el cabo de coraceros F. Santibañes no hubiera tomado el mando exhortando á los soldados á que le obedecieran si querían salvarse. Los soldados se le sometieron y el los salvó con heroicidad retirándose formado y presentando una tenaz resistencia entre medio de todos sus enemigos.

El mayor Alvarez apesar de estar mal montado, apresuró su marcha así que sintió los fuegos, y muy luego avistó á los enemigos que venían peleando con su partida, en cuyas circunstancias asomó por su derecha el comandante Cabral con su fuerza perfectamente montada. Alvarez entonces manda orden á Cabral para que se aproxime con su fuerza ó le proporcione algunos caballos de los muchos que llevaba de tíro. Si Cabral obe-

dece esta orden no escapa un hombre de los enemigos; pero muy lejos de obedecerle retrocedió sin franquearle un solo caballo siquiera, y el mayor Alvarez tuvo que dejar regresarse á los enemigos á su vista y volverse al Saladillo por falta de caballos.

En seguida de este acontecimiento Alvarez volvió al Fraile Muerto en cumplimiento de las órdenes que tenía despues de haberme dado cuenta de lo ocurrido. Así que recibí este aviso activé mi salida del pueblo con toda mi división, habiéndola aumentado con 150 de los bravos cívicos de Córdoba.

Cuando entré á Córdoba y aún antes de mi llegada, habia dirijídole mis partes al general Brizuela avisándole las ventajas conseguidas, y habia devuelto luego que pisé el territorio de Córdoba todos los burros y demás cabalgaduras que me habian proporcionado los habitantes de los Llanos, y el General me habia mandado alcanzar cerca de Córdoba, con don Honorato Gordillo que servía de gobernador delegado en la Rioja, el cual por consideración al señor Brizuela, por honor al puesto que ocupaba y más que todo por ganar completamente la confianza de los riojanos que me acompañaban, lo había hecho reconocer por segundo jefe de la División así que se me incorporó.

En los últimos dias del mes de octubre recibí aviso del mayor Alvarez jefe de mi vanguardia de haber llegado á la Cruz Alta el tuerto asesino coronel Bárcena con un escuadrón de las tropas de Oribe y algunos santafecinos é indios, y con este motivo activé mi salida con toda mi fuerza en dirección á la Cruz Alta.

El señor Gordillo sin embargo de haber yo gratificado y vestido lo mejor que pude á la división riojana, así que entró á Córdoba empezó á manifestar deseos de regresarse á los Llanos con los riojanos, luego que vió los preparativos de mi marcha sobre el enemigo, sin embargo de tener yo decidida á toda esta fuerza á seguirme hasta concluir la campaña, el logró por medio de sus conversaciones con los oficiales hacer que se me

desertasen mas de 50 hombres en la noche del primero de noviembre en que verifiqué mi salida, y posteriormente que me viese precisado á despacharlos á todos, ya para evitar un motín á que los habian preparado, ya en fin para no verme precisado á castigarlos como merecían y concitar con este paso la enemistad del señor Brizuela.

La conducta que guardó el señor Gordillo con las tropas riojanas en esta vez, me privó el haber dado un golpe mortal al ex-gobernador Lopez y sus auxiliares; causó un gran desaliento en las milicias y pueblo de Córdoba al ver retirarse una división de 300 hombres de sus aliados, dió márgen á que se le juzgase arrepentido al señor Brizuela de haber prestado su cooperación á los pueblos del norte y últimamente me obligó á retroceder al Tio y variar absolutamente el plan de campaña que me habia propuesto seguir.

Luego que despaché la división riojana me dirigí al fuerte del Tío con el objeto de facilitar nuestra comunicación con el general Lavalle, pues había tenido contestación de este General antes de la marcha de Gordillo y tenido lugar un encuentro de mi vanguardia con las fuerzas del ex-gobernador Lopez y de Bárcena en el Fraile Muerto, pues así que supo el mayor Alvarez la llegada de dos escuadrones enemigos á este punto se lanzó sobre ellos y con un puñado de hombres los acuchilló, dispersó y persiguió hasta el Saladillo de Ruidíaz, matándoles algunos hombres, tomándoles las caballadas de reserva y algunos prisioneros.

Los prófugos se replegaron á la Guardia de la Esquina, y al efecto de sorprenderlos á todos, incluso Lopez y Bárcena, que estaban con alguna fuerza más, habia mandado yo al coronel Salas salir desde el Tío con 300 hombres, para que dirigiéndose por los campos fuese á tomarle la retaguardia con 50 coraceros que se le incorporaron de la vanguardia, miéntras el mayor Alvarez los cargaba con esta por el frente. En estas circunstancias y después de ir ya Salas en marcha recibí por con-

Juan Laballe

[illegible] KRAFT CIVO [illegible] AIRES

ducto de mi baqueano Alico, una comunicación del general Lavalle desde los Calchines, en la cual me decia que el 20 de noviembre debíamos reunirnos los dos ejércitos en Romero para acordar un plan de campaña; que su ejército debería llegar en dicho día sin haber comido un día ó dos, que en esta virtud le mandara adelantar algun ganado que era lo único que necesitaba.

Con este aviso me fué ya forzoso variar mi plan de campaña pues necesitaba del coronel Salas para la reunión del ganado que debía mandar con él al general Lavalle, asi fué que en el acto de recibir esta comunicación mandé alcanzar al Coronel con la orden para que retrocediere al Tío á prepararlo, y mandé al mayor Alvarez suspender su marcha sobre la Cruz Alta. Vuelto Salas al Tío y antes de ponerse en marcha para Romero con 800 cabezas de ganado con que mandaba yo encontrar al general Lavalle, llegó á mi campo, enviado por éste desde Calchines, al mayor Gimenez su ayudante de campo, y me entregó un papelito poco más grande que una hoja de cigarro con esta inscripción:—«Compañero: esté Vd. á lo que le diga mi edecan.—*Juan Lavalle*», y su rúbrica. Yo sin embargo de que la firma era la misma del General, pues la confrontamos con mi Secretario don Benjamin Villafañe y otros que la conocian, tuve mis desconfianzas de que pudiera ser falseada por los enemigos, y aun me avancé á creer que el edecan se hubiere pasado y con este motivo tratasen de hacerme caer en alguna emboscada. El motivo que tenía para esta sospecha, era el de haber dejado en Buenos Aires, al servicio de Rozas á un hermano de éste tucumano. Por esta razón lo llamé á parte y le ordené me hablase con franqueza y manifestase el verdadero estado en que se hallaba el ejército así de caballada y armamento como de su fuerza, y sin embargo de haberme asegurado que tenía el General más de cinco mil hombres perfectamente montados, armados y equipados, que traía para mi ejército armamento vestuario y varios otros artículos como tabaco, yerba, &ª y que solo necesitaba de ganado

sin indicarme ningún peligro por parte del enemigo, siempre tuve mis recelos por el motivo dicho, y lo mande pasar á Córdoba con unos de mis ayudantes so pretesto de que fuese á dar personalmente la noticia al Gobierno y escribí á este mis recelos, mandándole el papel del General y encargándole no lo perdieran de vista, pero guardándole la mayor cautela.

Despachado el edecan del general Lavalle para Córdoba continué mi marcha para el Tío, después de haber avisado al mayor Alvarez el motivo por que había hecho retroceder á Salas y los avisos que tenía del General, y encargádole la mayor vigilancia.

Habiendo llegado al fuerte del Tío el 16 de noviembre, mandé salir al coronel Salas con 300 hombres de los suyos y 800 cabezas de ganado, para el punto de Romero, el 18 al siguiente día continué mi marcha con dirección al mismo punto después de dejar listas dos mil cabezas para el ejército del general Lavalle. Salas llevaba la orden de descubrir el campo con anticipación, y de no llegar á Romero hasta el 21, porque juzgaba yo menos malo que el ejército del general Lavalle pasase sin comer un día más, que el exponer el ganado y la fuerza de Salas á caer en manos de los enemigos.

La razón que tenia yo para temer que esto sucediera era dimanada del aviso que me dió el mayor Almandos á su regreso del Arroyo del Medio con las comunicaciones que recordarán mis lectores había mandado al general Lavalle desde los Llanos de la Rioja. Este Oficial se me incorporó en Córdoba avisándome el retroceso del general Lavalle desde Buenos Aires á Santa Fé, y que regresaba del Arroyo del Medio con las comunicaciones, pasaban por dicho punto 2000 infantes con que Rozas mandaba reforzar á su teniente Oribe, que había ido en seguimiento de Lavalle; y aunque éste nada me decía de enemigos, debía yo suponer que lo seguirían con un fuerte ejército, como sucedió.

El coronel Salas me mandó aviso al llegar á Romero, de no haber agua en todo el camino ni para el

ganado y tropa que el llevaba, mucho menos para mi División que pasaba de 800 hombres, y más la caballada de reserva y ganado que llevaba, y me aconsejaba regresase á la Esquina donde tenía agua y buenos pastos, pues no había adquirido él, noticia ninguna del ejército y para llegar á Romero se había visto precisado á dividir su fuerza y el ganado en pequeñas tropas, y aun asi no habían encontrado sino muy pequeños charcos de agua enteramente barrosa. Con este aviso retrocedí á la Esquina, el 20 después haber estado ya á pocas leguas del Quebracho Herrado, pero ordenando á Salas que adelantase sus bomberos á saber del general Lavalle y que permaneciera hasta el 22 en la noche con el ganado en el punto de Romero; y que en caso de no tener noticia del ejército hasta dicha hora, se pusiese en retirada.

En el mismo día 20 así que recibí el aviso del comandante Salas y antes de retroceder con mi fuerza, despaché á mi ayudante el mayor Almandos con cuatro hombres buenos, baqueanos y bien montados adelantase hasta el Salado en busca del general Lavalle, y le diera noticia de los motivos que detenían mi marcha y la del ganado que lo esperaba en Romero.

El 21 á la noche regresó el mayor Almandos del Salado sin haber encontrado noticia alguna del ejército. Mandé en seguida al célebre baqueano Alico, que había ido dos veces ya al ejército dándole dos hombres y seis buenos caballos, pero este regresó igualmente el 24 en la noche desde más allá del Salado, corrido por una partida que juzgó enemiga.

Como todas las diligencias que se habían practicado hasta el 24 para saber el motivo de la demora del general Lavalle, habían sido infructuosos; y como dicho General no solo hubiere faltado á su cita de estar el 20 en Romero, sin anticiparme aviso ninguno del motivo que había ocasionado su demora, juzgué como era natural, que el enemigo se había interpuesto ante su ejército y mi división; y que si el general Lavalle con cinco mil hombres bien montados, no había podido poner en mi

conocimiento los motivos que embarazaban su marcha obligándole á faltar á una cita que, entre militares es sagrada, menos podria yo pasar con mil cien hombres á encontrarlo.

En esta persuación y como el único medio que me quedaba de favorecer al General y su ejército, me puse en marcha con mi division hácia á la Herradura donde estaba mi vanguardia, el 25 á la noche, pidiendo de oficio al gobierno de Córdoba me mandase alcanzar con algunos escuadrones de milicias á la mayor brevedad, hácia á la Cruz Alta y dejando al coronel Salas en el Tío con sus 300 hombres y las 2000 cabezas de ganado para marchar con ellas al encuentro del General, asi que adquiriese noticias de su situación, pues era de esperar que la comunicaría.

Con esta marcha á retaguardia del enemigo por su flanco izquierdo, esperaba yo llamar sobre mi una parte considerable del ejército de Oribe y proporcionar por este medio la comunicación del general Lavalle con la fuerza que dejaba en el Tío.

El 29 de noviembre me hallaba en el campo de las Zorras, que dista como 30 leguas del punto de mi partida, he iba yo á romper mi marcha para el Fraile Muerto, cuando se me presenta un chasqui del coronel Salas adjuntándome una esquela del general Lavalle fechada en Romero, el día 27 y escrita con lapiz; y en la cual me decía:

« Los enemigos, intentaron embarazarme el paso del « Salado, pero mi vanguardia ha bastado para disper- « sarlos; mándeme encontrar con algún ganado.»

Por la forma de la letra y la desigualdad de los renglones, parecia haber sido escrita de á caballo, más entretanto el coronel Salas me decía en su nota, que estaban llegando muchos hombres dispersos, muertos de hambre y de sed, y que él salía á encontrar al ejército con el ganado, llevándole todo el agua posible en carretas y cargueros, para cuyo efecto estaba haciendo sacar bolsas enteras de terneras. Este aviso fué celebrado con

una salva de artillería y las músicas, entre mil vivas al general Lavalle y al ejército libertador.

En el acto despaché á Córdoba á uno de mis ayudantes, adjuntándole al Gobierno el parte del General y contesté á éste instruyéndole de las causas qne me habían obligado á emprender aquella marcha, que miéntras él refrescaba su ejército en el Tío, iba yo á dejar situada mi fuerza en el Fraile Muerto y regresar á verme con él.

Como en el festejo de la noticia y despacho de las comunicaciones hubiese cerrado la noche, mandé acampar la División para continuar la marcha al siguiente día, cuando á eso de las 10 de la noche, se me presenta por una de mis avanzadas un nuevo chasque de Salas, que habia muerto dos caballos en su precipitada marcha, avisándome la derrota del ejército en el *Quebracho* y de hallarse ya en el Tío, más de 300 dispersos que llegaban en grupos, entre ellos varios jefes y oficiales.

Pueden figurarse mis lectores cual sería mi desesperación, al encontrarme á 30 leguas ó más del Quebracho con aquella noticia, después de haber estado hasta el 25, á distancia de 6 ú 8 leguas de este punto, y vístome precisado á emprender aquella marcha, por la sola falta de franqueza del general Lavalle para avisarme, como debió hacerlo, que el enemigo le perseguía, y que el mal estado de sus caballadas, le había privado de llegar á Romero el día prefijado. Recibir este inesperado aviso, mandar ensillar la División y ponerme en marcha, retrógada así al Tío, fué obra de un momento.

Habríamos andado como tres leguas, cuando nos encontramos con algunos soldados dispersos, que me dieron noticia de venir varios grupos desbandados, en distintas direcciones; para el efecto de que se me reunieran, continué mi camino toda la noche, tocando marcha alternativamente con las dos bandas de música, las cajas y las cornetas y clarines, á cuyo favor, mis partidas de observación, recogieron muchos hombres. Al siguiente día, como á las tres de la tarde, se me reunieron los coro-

neles Aniceto Vega, Rico, y otros varios jefes y oficiales, con algunos soldados, y supe por ellos que la acción se había perdido por la absoluta falta de caballos; que si los enemigos no habían tomado la mayor parte del ejército, era debido á haberse esparcido la voz en el campo de batalla, en el momento de la derrota, de que yo aparecía con mi ejército; á cuya voz hubieron dianas y vivas en el ejército, que obligaron al enemigo á suspender su persecución y reunir sus fuerzas.

A poco rato de haberme reunido con estos jefes, ya tuve aviso del coronel Salas, de hallarse los enemigos á tres leguas del Tío, y de haber principiado á retirarse todas las fuerzas que se habían reunido del ejército libertador, hácia la Villa de los Ranchos, la mayor parte á pié; con este motivo, varié de dirección y me dirigí á dicha villa, al ponerse el sol.

Todos, ó la mayor parte de los caballos de tiro que llevaba mi división, fueron distribuídos á los jefes, oficiales y soldados del ejército, que se hallaban á pié; llegué á la Villa, el 30, á las 2 de la tarde y encontré allí varios dispersos.

Al siguiente día, 1º de diciembre, llegó el general Lavalle con cerca de dos mil hombres, ya montados la mayor parte, incluso los que se me habían reunido á mí, y después de haberlo recibido mi División con mil entusiastas vivas, se le proporcionó la carne necesaria y mandé partidas á recolectar caballadas y un chasque al señor don Manuel Solár, gobernador de Salta, que venía con una división de 400 ó más hombres, de aquella Provincia, y se hallaba ya en el territorio de Córdoba. En esta comunicación le instruía del contraste sufrido en el Quebracho y de habérseme incorporado el señor general Lavalle con dos mil hombres, y le recomendaba su más pronta reunión á nosotros, en dicha Villa.

En este día, recibió aviso el general Lavalle, de venir de la escuadra bloqueadora de Buenos Aires en su alcance, monsieur Halley, con comunicación del general Mansilla, para él, pues venía enviado por el gobierno de

Juan Solá

LIBR. BUILLAUDIN KRAFT CUYO 1124 BS AIRES

Buenos Aires, á notificar á dicho General, los tratados celebrados con el Almirante Mackau por parte del gobierno francés, á ofrecer indulto á todos los individuos del ejército que quisieran dejar las armas y restituírse al seno de sus familias. El General mandó uno de sus ayudantes á recibir al señor Halley, que era amigo suyo, según fuí informado, y así que llegó éste, me dijo que lo dejara solo con él, para que pudiese hablarle con franqueza. Así lo hice, y después de dos horas de conferencia que tuvieron los dos solos, lo despachó, después de comer, contestando al general Mansilla, según el mismo general Lavalle me dijo, «que podía pasar al ejército á llenar su comisión, pero que él (Lavalle), no respondía de lo que el ejército hiciera con él, como podía responder por su parte y la de sus jefes».

Después que el General me explicó la comisión que traía Mansilla y la contestación que le daba, ya puesto el oficio de su puño, le supliqué cuando lo cerraba, que me permitiera ponerle el sobre, y concedido que me fué, tomé la pluma y le puse:—*Al Señor General don Lucio Mansilla—Donde lo alcance.*

Lavalle y Halley se echaron á reír de mi ocurrencia y marchó Halley con el pliego, pero Mansilla no apareció, como lo calculé yo desde que el General me explicó la contestación que le daba, ni mandó contestación alguna, ó si la dió con el ayudante que acompañó á Monsieur Halley, no tuve conocimiento.

Después de haber despachado al señor Halley, me dijo el general Lavalle que él se marcharía al siguiente día para Sinsacate con su ejército, á moralizarlo y montarlo; que yo podría dejar uno ó dos escuadrones en la Villa de los Ranchos ó del Rosario, en observación del ejército enemigo que estaba ya en el Tío, y dirigirme á Córdoba á disponer la emigración del pueblo, para el caso que el enemigo avanzase, debiendo, en tal caso, dirigirme con los mil ochocientos hombres que traía de las Provincias, incluso la división del señor Solá, que debía reunírseme en Córdoba, y los valientes cazadores de este

pueblo y algunas milicias, á la sierra del oeste por San Roque; que entrando el enemigo á la capital, él lo estrecharía por el norte y naciente, con su ejército, y que haciendo yo la misma operación por el oeste y el sud, vendría el enemigo á quedar sitiado en el pueblo y se vería precisado á abandonarlo.

Yo me ví precisado á convenir en este plan, porque había tocado ya la tenaz resistencia del General á marchar sobre el ejército enemigo al Tío, así que lo montase su ejército que sería muy luego, según las disposiciones que había yo tomado para el efecto, y de haberse denegado tambien á que uno de los dos se dirigiese á las provincias de Cuyo con su ejército y el otro á las del norte, desbaratando èste de paso al gobernador Ibarra de Santiago. Por consiguiente marchó el general Lavalle con su ejército á Sincasate el día 3 de diciembre al cerrar la noche, y el 4 me dirigí á Córdoba, después de haber mandado la noche antes á uno de mis ayudantes á hacer retirar al mayor Alvarez con mi vanguardia del paso de la Herradura, el cual se me incorporó al llegar al pueblo.

El 7 entré á Córdoba con toda mi columna y alenté un tanto al pueblo que se había desmoralizado completamente con la llegada de algunos jefes, oficiales y soldados de los dispersos del ejército libertador á consecuencia de algunas tropelías cometidas por los últimos; pues había emigrado ya mucha parte de lo principal del pueblo y de sus autoridades.

El señor Gobernador provisorio doctor don Francisco Alvarez, fué esa noche á mi campo y me propuso delegar el gobierno en mi persona para retirarse él al norte, y ayudar en lo posible al general Lavalle. Yo acepté la delegación y al siguiente día me recibí del Gobierno; el señor Alvarez marchó á Sinsacate en el mismo día llevando una escolta de 25 cazadores. Publiqué un bando en el acto de haberme recibido, imponiendo la última pena al que mandara comunicaciones al enemigo; al que las recibiese de este sin darme parte ó

le prestase el menor auxilio. Ordené también que presentaran á la Policia todas las armas, pólvora y piedras de chispa que hubieran; con lo cual se recogieron algunas armas y piedras y toda la pólvora que había en el pueblo.

Como la vanguardia enemiga se avanzó pronto de la villa del Rosario, dispuse contra mi voluntad la salida del ejército á los tres días por la tarde, llevando toda la caballería y maestranza, por solo llevar adelante el plan convenido ó propuesto por el general Lavalle; pero habiendo notado el general desagrado de ese pueblo, al verse abandonado; y el entusiasmo y decisión de mis tropas y más que todo la imposibilidad de hacer la guerra que Lavalle se proponía sin exponerme á perder impunemente toda mi artilleria y parque, que constaba de 8 piezas y 10 ó 12 carretas, caso que el enemigo se dirigiera sobre mí; pues me vería precisado á presentar solo la batalla en San Roque ó abandonar todo mí tren por no ser posible conducirlo mas allá, ya porque las cuestas me lo embarazaban, ya en fin, porque las milicias de Córdoba que habian sido atropelladas é insultadas torpemente por los soldados del ejército libertador de Lavalle que nada respetaban; era probable que se plegasen al enemigo, puesto que abandonábamos su Capital; me resolví á retroceder y esperar al enemigo, antes de abandonar á un pueblo que con tanta decisión se me había prestado desde que lo pisé. En efecto, acampé á una legua del pueblo y contramarché al siguiente día y manifesté al general Lavalle mi resolución de dar una batalla antes que abandonarlo, y la imperiosa necesidad que había de contener su tropa si no queríamos que todos los cordobeses se convirtieran, de amigos decididos nuestros como lo eran, en nuestros más mortales enemigos.

El General se ofendió de este reproche á la conducta del ejército, y me contestó: «Los temores de V. son más « bien hijos de una imaginación medrosa que de la rea- « lidad de los hechos, que respecto á mi resolución de

« esperar al enemigo en Córdoba para darle una batalla,
« hiciera yo lo que gustase, cargando yo con la respon-
« sabilidad de la cual él se desprendía desde aquel mo-
« mento, y que en tal caso él solo concurriría con su
« fuerza como un simple soldado á mis órdenes, cuando
« yo se lo indicara, que para batir á los enemigos ha-
« bían posiciones mucho más ventajosas que Sinsacate ó
« más adelante, donde podríamos esperarlos sin temor
« de que pudiera jugar su numerosa artillería, ni pre-
« sentarnos más fuertes que el que nosotros eligié-
« ramos. »

A una contestación semejante no pude menos que reírme y prudenciarlo, porque no era propio entrar en contestaciones desacordadas en aquellas circunstancias! Pero resuelto á no abandonar el pueblo adelanté al mayor Alvarez con una división de 300 hombres á las inmediaciones del Río II sobre la vanguardia enemiga que mandaba Pacheco, y aun conservo el proyecto (vista la resistencia que Lavalle oponía á todos mis proyectos) de marcharme solo con el ejército de las Provincias sobre el norte de la campaña de Buenos Aires, dejando á Oribe en el Tío y Villa del Rosario. A este efecto, proclamé mis tropas, y encontrándolas decididas moví mi campo hasta el otro lado del río, con el ánimo de no dar aviso al general Levalle de esta mi determinación, hasta después de haber hecho la 1ª jornada, más reflexionando esa noche que podrían los pueblos del norte reprobar esta mi resolución, por no haberla antes consultado con dicho General que era quien le merecía hasta entonces su mayor concepto, le hice un propio esa misma noche avisándole mi resolución, y las ventajas que esperaba reportar de esta atrevida empresa, con la cual Oribe se veria precisado á seguirme con el todo, ó con parte de su ejército y en cualquiera de estos casos podría él hostilizarlo por la espalda por tener ya su ejército montado.

La contestación que recibí al siguiente día del General fué enteramente negativa, pues me decía que sien-

do él y sus jefes hijos de Buenos Aires, nada habían podido hacer teniendo desembarcados en San Pedro como tres mil hombres, menos haría yo con una fuerza extraña y mucho más inferior; y que lejos de adelantar con este paso no haría otra cosa que perder la revolución, que era mejor llamar al enemigo al interior de las Provincias y allí esperarlo en una posición ventajosa después de haberlo debilitado en su marcha é inutilizádole sus caballadas.

Con esta contestación me consideré obligado á no llevar adelante mi proyecto, porque no encontraría la cooperación que era precisa de su parte y volví á situarme en la Tablada, desde donde emprendí mi retirada al rio Carnero, cuando hube concluído con todos los alfalfares y pasto de las cercanías del pueblo.

A los dias después de haber yo abandonado el pueblo, entró recien el ejército enemigo, y cometió algunos asesinatos en varios heridos y enfermos del primer ejército libertador (este es el título que el general Lavalle había dado á su ejército) pues don Dionisio Risso Patron á quien había nombrado Jefe Político y encargádole del Gobierno; cuando salí á situarme á la Tablada, se había conservado solo después que marché á la posta de la Chacarita, y patrullando el pueblo con solo los vecinos cívicos ó empleados en la policía, y los enemigos que estaban inmediatos no habían osado entrar todavia hasta que estube yo en dicho punto á cinco ó siete leguas de Córdoba y había podido en dichos dos dias recibir como dos mil pesos ó poco menos, de una contribución que se impuso á los rozistas para auxilio del ejército y los cuales pedí me mandara cambiándolos en medios y reales cuyo cambio pudo conseguir en fuerza solo de su actividad.

(1) Me proporcionó tambien tres ó cuatro carretas

---

(1) Ordené este cambio en razón de que no tenia un peso para socorrer á mis tropas, y con este macuquino me proponía contentar á todos sin dar una buena cuenta para lo que no alcanzaba, del modo siguiente: Al estar

de media carga, con yerba, tabaco, papel, jabón, &; y en las cuales se conducían también las municiones y armas descompuestas.

Llegado qu ehube al rio Carnero, 9 leguas de Córdoba al norte, apareció el general Lavalle después de bien cerrada la noche, acompañado de una corta escolta y de sus ayudantes á visitarme y se quedó en mi campo esa noche, y la pasamos en su mayor parte conversando sobre lo que debiéramos hacer, y me pidió por último que mandase reunir al siguiente dia pero de un modo privado como para tomar un thé, á todos mis jefes pues deseaba conocerlos. Su secretario el joven señor don Félix Ignacio Frias le acompañaba también y se había alojado esa noche con el mio (don Benjamin Villafañe) que era su amigo.

Asi que amaneció el siguiente dia mandé convidar á todos mis jefes para que nos acompañasen á tomar el thé con el general Lavalle á las 7 de la mañana y mandé bajar de las carretas unos cuantos asientos de brin, petacas y tércios, para que tuvieran en que sentarse, cuando llegase la hora -Vinieron en efecto y después de los cumplimientos y felicitaciones consiguientes y de haber sido servido el thé, empieza el General una conversación con mi secretario Villafañe, sosteniendo aquél que era necesaria la indulgencia, ó mas propiamente que se debía permitir la licencia á nuestros soldados (en tono de broma), y éste lo contrario como era natural pro bando que sin el órden no haríamos otra cosa que asemejarnos á nuestros enemigos y acabarnos de desmoralizar.

---

ya acampado el ejército, visitaba yo á todos los Cuerpos aún bajo la copiosa lluvia, y llevando diez ó doce pesos en el bolsillo, y cuando salía algún soldado á pedirme un real para cigarros, que por lo general tras el uno llovian otros, les tiraba un puñado de plata y me marchaba presuroso, diciéndoles se contentaran con aquello por que no había como dar á todos.

Los soldados corrian alegres en busca de los medios miéntras me pasaba al otro Cuerpo y repetía la misma operación. Todos se contentaban con esto y no tuve jamás un desertor. Cuando habia algun enfermo lo recogía en mi carretilla ó le cedía mi caballo marchando yo á pié.

Lavalle atacaba á los de frac y mi secretario los sostenía igualmente que á los doctores, pues sobre los tres puntos movió la conversacion el General.

¡Adviértase aqui que estábamos circulados por casi todo mi ejército de las Provincias, que había concurrido por conocer al general Lavalle, y á la noticia de que quería hablar á mis jefes; y que ante todo este concurso había el General tocado dichos puntos! Viendo el General el empeño con que mi secretario contrariaba sus opiniones, dícele en voz alta y continuando en su tono de broma—«¡Deje Vd. que roben, que fusilen y que maten, pues todo eso nada importa si salvamos la pátria!!! (1) ¡Concluyamos con Rozas y facilmente moralizaremos después á nuestros soldados!» Fué tal mi impaciencia al oirle producirse de aquella manera que necesité de toda mi moderación para no manifestarle de otro modo mi desagrado, que diciendo á mi tropa en voz bien alta:—«¿Que hacen Vds. aqui? ¡Retirarse á su campo!»—Todos me obecieron y la conversación ó disputa de *broma* con mi secretario, cesó luego: les habló algo á mis jefes y se regresó enseguida á su cuartel de Sinsacate, después de haber acordado mandar al coronel don Mariano Acha, que había venido con el señor Solá al mando de la división de Salta, á Macha, con toda mi caballería y la suya, quedándome yo con solo el escuadrón de coraceros de mi sobrino el mayor Alvarez, toda mi infantería y artillería, que constaba de 8 piezas y mas un escuadrón de milicias de Tucumán.

Los enemigos salieron de Córdoba y se situaron con todo el ejército en la Tablada, avanzando unas partidas por la costa de la Sierra hácia el monte, en busca de algún ganado; pero les hice quitar todo el que llevaban y se les tomaron algunos hombres, entre ellos dos bomberos, á estos les mandé fusilar después de haberles adminis-

[1] Mis soldados que me oian predicarles continuamente, el orden y que no les permitia jamás la menor licencia, habrian tamaño ojo y se sonreian mirándose unos á otros.

trado los auxilios espirituales; pero habiendo al tiempo de la ejecución tirádose uno de ellos á una zanja con solo un balazo en el pecho, pidiendo misericordia, grité yo – ¡No lo maten! y corrí á salvarlo pues me hallaba cerca, le hice curar inmediatamente con esmero y cuidé particularmente de él, hasta que logré salvarle y me fué después un soldado fiel.

Como los enemigos hubiesen avanzado su vanguardía hasta la posta de la Chacarita, moví yo mi campo hasta la hacienda de Jesús Maria que está como una legua del rio Carnero al norte, y teniendo noticia que había avanzado la vanguardia enemiga una fuerza de 200 hombres á la posta que yo había dejado, mandé al mayor don Crisóstomo Alvarez con 80 de sus coraceros y una compañia de 50 cazadores de Córdoba á sorprender esa fuerza cortándola de trasnochada por los montes de la izquierda. En efecto; dió este bravo oficial el mas exacto cumplimiento á mi misión, que al amanecer noticioso de hallarse dicha fuerza en la posta de Castellanos, se lanzó sobre ella repentinamente y la acuchilló hasta cerca de la Chacarita matándoles bastantes hombres y tomándole siete prisioneros, bien heridos algunos de ellos y un número bastante crecido de caballos. Por este hecho lo ascendí á Teniente Coronel y Jefe del cuerpo de Coraceros.

Al siguiente dia de este encuentro todo el ejército de Oribe, ocupó sin probar la suerte de una batalla, con mis provincianos, que en esa noche los prolongué desde mi campo de Jesús Maria, mandando echar la retreta á las 12 de la noche con mis dos bandas de música, y estuve cantando los versos, *á la Lid*, con mis oficiales, un buen rato.

El coronel don Francisco Zamudio que había dejado el señor Solá al mando de la fuerza que trajo de Salta, y se hallaba de Jefe de Estado Mayor de mi División, vino todo sorprendido así que oyó dar golpes al bombo para llamar á los músicos, á preguntarme—«¿Qué es lo que vá Vd. á hacer á estas horas con la música, cuan-

Man.l Lopez

LITH. GUILLERMO KRAFT CUYO NO 4 Bs AIRES

do tenemos al ejército enemigo encima?»—«A mostrarle donde estoy por si entra en la tentación de venirme á sorprender, le dije; pues será el único medio de que logremos batirnos!»—El se retiró maldiciendo mi imprudencia; pero el prudentísimo de Oribe, no entró en la tentación que yo deseaba.

Al amanecer continué mi marcha al Totoral, por detrás del general Lavalle que se movió igualmente con su escolta desde Sinsacate. ¡Asi quería yo mostrarle á este valiente General, que no era medrosa la imajinación del tucumano que le aconsejaba moralizara su ejército!

El pérfido y falso coronel Casanova, que se había pasado de don Manuel Lopez, gobernador de Córdoba al general Brizuela, antes de mi llegada á la Rioja, y dejó ocupar al 1º después de mi entrada á Córdoba, como queda ya dicho, se hallaba de antemano en el Totoral; se había pasado á Oribe en la noche anterior, con dos ayudantes suyos y tres ó cuatro soldados, no obstante haberle asegurado á Oribe que toda mi caballería estaba adelante en Macha, este no osó perseguirme.

Debo expresar aquí una circunstancia y hecho que hará mucho honor al benemérito cuerpo Cívico de Córdoba, que me acompañaba. Dos noches antes de retirarme de Sinsacate, se había desertado un soldado de dicho Cuerpo y creo también que un oficial. Fueron presos esa misma noche dirijiéndose al enemigo, y los mandé poner en Consejo de guerra verbal.

Sentenciados que fueron, á muerte, por el Consejo y llegado el caso de la ejecución, me pidió todo el Cuerpo que le permitiera nombrar la escolta que debía ejecutarlos, pues querían ser ellos mismos los ejecutores de aquellos que tan cobardemente habían intentado echar tan feo borron sobre todo el Cuerpo. Obtenido el permiso fueron ellos mismos los ejecutores.

Llegué al Totoral cerrada ya la noche, empezé á encontrar todo el Cuerpo de la escolta del general Lavalle, completamente disperso desde las prímeras chacras hasta el centro mismo de la población ó Capilla; aquí

cuatro hombres con otras tantas mugeres y una tropilla de caballos, allá ocho en el mismo orden por la otra parte 6, 15, &., hasta que llegado á la gran casa del propietario de aquella hacienda que es donde está la Iglesia ú oratorio encontré al general Lavalle alojado en ella con sus ayudantes y sin un solo centinela, ni guardia alguna.

Desde que empezé á descender unas lomadas que dominan dicha hacienda, y descubrí la completa dispersión de caballadas y pequeños grupos de hombres en los diferentes y distantes rastrojos de aquella población, ya puesto el sol, me llenó de impaciencia y dije á mi secretario Villafañe: indicándole aquel inmenso revoltijo: «¿Y este es el gran General en que los pueblos todos antes de la coalición tenian fijas todas sus esperanzas? Vea Vd. el desórden en que su misma escolta, que casi llega á 200 hombres, está acampada; cada grupo por su cuenta, con tantas mugeres como soldados; y con una caballada capaz de montar 500 ó 600 hombres bien; con toda ella suelta en los rastrojos, cerrando ya la noche, sin una sola guardia y con los enemigos sobre nosotros! Dígame Vd., francamente, le dije: ¿si apareciesen esta noche, como puede ser, 50 soldados de Oribe, no los correrían con el rebenque á todos?» —«Tiene Vd. sobrada razon, me dijo Villafañe asombrado, ¡no se creería si lo contáramos!»

Así que entré con toda mi columna á una gran plazoleta que hay entre la casa que ocupaba el General y la Iglesia, ocupé todos sus frentes con toda su tropa, colocando dos piezas de artillería en cada uno de los cuatro ángulos mandé que nadie se moviera y pasé á ver al General que estaba paseándose en los corredores de la casa y le dije todo impacientado:—«¡General, como tiene Vd. valor de tener toda su escolta diseminada por estas chacras con sus caballadas sueltas y con los enemigos picándonos la retaguardia! Si aparecen cincuenta enemigos en semejante estado, como reune Vd. un hombre para defenderse!»

Joseph Maria Vilela

LITO. GUILLERMO KRAFT CUYO 1124 BS AIRES

¡Confieso que es la única vez que ví á este valiente y desgraciado General, sufrir resignado y sin inmutarse un reproche semejante!—«Compañero haga V. lo que le parezca, me dijo; si Vd. cree que debemos salir de aquí, marcharemos ahora mismo» ¡Esta contestación tan suave del General, confieso que me conmovió, é hizo arrepentirme de haberle así reconvenido!

—«¡Imposible sería compañero, le dije, el marchar ahora, nos pasaremos en vela, y si nos atacan moriremos como hombres ó triunfaremos!» Destiné patrullas para rondar la circunferencia del campo, y mandando partidas de prácticos para observar los caminos de nuestra retaguardia. Dispuse que se proporcionara alimento para mi tropa en las casas, para que no hubiera fuegos en la plaza; y el general Lavalle mandó ordenar á su escolta que tomasen todos los caballos y apagasen los fogones.

La mayor parte de la noche la pasamos conversando con el General y al amanecer estaba ya marchando para Macha con su escolta, cuyo punto está muy inmediato y tiene hermosos alfalfares; yo quedé en el Totoral para marchar más tarde, á fin de que pudieran tomar mis cabalgaduras un buen pienso de alfalfa por la mañana, miéntras se buscaban algunos bueyes para mis carretas y cañones.

Se me olvidaba decir que desde Sinsacate había mandado el general Lavalle al coronel Vilela con 800 hombres de su ejército, armados casi todos de fusil, con destino á Mendoza á batir al fraile general Aldao y engrosar sus fuerzas con los hijos de aquella patriótica y decidida Provincia, según habíamos acordado en la noche que estuvo en rio Carnero, esto es que él enviaría una División, pero sin nombrar el jefe que la mandaria, cuya omisión fué una desgracia para la pátria, pues si se hubiera tratado del jefe que debía mandarla seguro estoy de que no habría sido Vilela, al menos por mi opinión. Pero como él tenía al recomendable y valiente coronel don Aniceto Vega, y otros mejores que Vilela,

nunca pude pensar que destinara precisamente al jefe menos apto para semejante empresa. También debe advertirse que el coronel Acha había ya marchado con todo el resto de las fuerzas del general Lavalle y mis cuerpos de caballeria, sobre la provincia de Santiago, por el Bracho y fuerte de Avipones, con el objeto de agarrar al gobernador Ibarra; para cuyo efecto había yo oficiado al gobierno de Tucumán pidiéndole hiciera salir sobre dicho Ibarra una fuerza de mil hombres comunicándole el plan de ataque que habíamos convenido con el general Lavalle sobre dicho cacique.

Serían las nueve de la mañana cuando me moví del Totoral con mis fuerzas sobre Macha y dejando una buena partida en observación del enemigo. Antes de llegar á dicho punto dejé otra partida cubriendo el camino de postas que vá á Córdoba, y que era el que debía traer el ejército enemigo, pues el Totoral queda al naciente de Macha y de dicho camino de postas como unas tres leguas ó poco menos.

Después de haber dejado dicha partida llegué á Macha como á las doce del día y volví á encontrar las caballadas del general Lavalle todas sueltas en los potreros de alfalfares juntamente con un crecido número de ganado que llevaba su escolta, y al cual lo juzgaba yo muy adelantado. Reconvine nuevamente al General por la detención del ganado y soltura de los caballos, diciéndole que nos exponíamos á perder inútilmente el primero, y aun los caballos lo cual debía sernos muy bochornoso. «Voy, le dije, á mandar ocupar la sierra de San Javier y Pocho por 150 de mis infantes de Córdoba mandados por su teniente coronel Jigena, y mandar además al jefe político don Dionisio Risso Patrón con 40 hombres de caballería para que al mando de toda esta fuerza conserve toda la Sierra en' armas y hostilizando al enemigo, mientras nosotros damos la vuelta, y me marcho en seguida».

—«Muy bueno compañero, me dijo, deje Vd. que acabe de comer mi tropa y luego marcharemos.

Mandé desenfrenar los caballos de mi División en un alfalfar inmediato á las casas de la posta, mientras despachaba dicha fuerza; y no pasaría un cuarto de hora que había marchado Risso Patrón, cuando vemos descender de los altos de la parte del Totoral un soldado á escape, que traía el parte de la fuerza que había yo dejado en observación del enemigo, gritando «á caballo» á los soldados de la escolta del General Lavalle que estaban con sus caballos sueltos, y tras de él la partida que venía tiroteándose con los enemigos.

Toqué á caballo y mandando salir al teniente coronel Alvarez con sus Coraceros al encuentro de los enemigos, me puse en marcha con toda mi columna, y me encontré al instante detenido por el ganado que arreaban los soldados del General y estaban sin poderle hacer pasar un tembladeral que se encuentra á poco de salir de la posta.

Mandé á éstos que hicieran el ganado á un lado y pasé con mi tren y toda la columna, en circunstancias que mis soldados del bravo teniente coronel Alvarez iban persiguiendo la fuerza que habia hecho retroceder á mi partida de observación desde el Totoral, pero se sentían ya los tiros que hacía la otra mi guardia, que había colocado en el camino á Sinsacate.

A los soldados de la escolta del general Lavalle los dejaba yo mientras tanto, correteando por reunir sus caballos dentro de un potrero que quedaba ya á retaguardia por mi derecha, y era precisamente el intento con que había yo adelantádome, pues eran amigos de largar sus caballos y acampar siempre cada uno por su cuenta.

Había salido yo yá, al alto por el camino á la posta de Intiguasi que dista 4 leguas, salvando con dificultad el tembladeral y marchaba trabajoso con mi artillería y carretas á causa de los malos bueyes, ó torunos con que en su defecto se tiraban; cuando se me presentó el coronel don Juan Elias que era el Jefe del Estado Mayor del ejército del general Lavalle, por orden de éste, di-

ciéndome que tuviera la bondad de mandar hacer á un lado del camino mi columna, para que pudiera el pasar con su escolta, su ganado y sus caballadas!

Aseguro á mis lectores que me indigné de tal manera de semejante demanda de parte de un hombre que poco antes habia tenido la osadía [1]) de decirme bajo su firma:—*¡Sus reflexiones parecen hijas más bien de una imaginación medrosa que de la realidad de los hechos!*, que hube de repetirle ese su dicho injusto. Pero me he preciado y me preciaré siempre de moderado, y quise darle una lección para lo sucesivo:—«Diga Vd. á su General que pase! le dije, que á esto nos expone su imprudencia y mucho más, pues ese ganado y caballadas debían estar mucho tiempo há en salvo».

El coronel Elías que no me desmentirá por cierto, ni con la cópia que le dejé de estos mis apuntes en Chuquisaca, después de nuestras desgracias en *Famaillá*, *Rodeo del Medio* y muerte desgraciada del valiente y gran patriota general don Juan Lavalle, en que suprimí de intento, este y otros hechos (por habérmelo el pedido), pues le dije á presencia de toda mi columna que mandé dejara el camino á su derecha. Me dijo: «¡Conozco General, que tiene Vd. sobrada razón para incomodarse! pero soy mandado» y se regresó.

Perdido un buen rato de camino, mientras pasó el ganado, la caballería (que no las llevaba por cierto) y el General (saludándonos), volví á continuar mi marcha, y los enemigos entrando con todo su ejército al punto que dejábamos, con bastante trabajo por el tren y las carretas: por esta causa no pude llegar á Intiguasi hasta pasadas las once de la noche, y con dos yugos de mis carretas, rotos. Mandé acampar mi tropa en órden como para una batalla, coloqué yo mismo mis puestos avanzados, hice buscar dos carretas ó yugos en

---

([1]) Cuando le escribí de Córdoba á Sinsacate, aconsejándole que moralizara sus tropas si no quería que toda la Provincia se convirtiera, de nuestra amiga que lo era, en nuestra más mortal enemiga.

las casas que estaban desiertas, y no se encontraron y retirándome á mi Cuerpo, mandé llamar á mis dos bandas de música y repetí la retreta y canción de *A la lid* para animar á mis soldados como en Jesús Maria. Dirán mis lectores que fué una imprudencia nacida del fondo de mi corazón, porque miraba con el más alto desprecio á los Tenientes del tirano de mi pátria y quería provocarlos á que me buscaran! No se crea por un momento que esto es una jactancia! ¡Nó! ¡Corrijo hoy estos apuntes en Montevideo principiando el año 50; y quisiera que mis compatriotas, expatriados como yó, me proporcionaran la ocasión de poder contribuir á la libertad de mi pátria haciendo diez veces más de lo que hice en mi juventud, ó sucumbiendo con gloria por libertarla del más bárbaro de los tiranos!!!

¡A la prueba me remito presentenme cuando quieran la ocasión de demostrarlo, y concurran todos los valientes á disputarme la preferencia!

—¡Asi consiguiremos ver libre á nuestra pátria aun que yo sucumba, pues es lo único á que aspiro!

Marchamos al siguiente día, sin que la escolta del general Lavalle me hubiere incomodado ya en la marcha pues había ido á dormir esa noche á la posta siguiente pero marchamos con mucho trabajo iban los yugos quebrados, ya salido el sol después de haber buscado inútilmente como reemplazarlos en los ranchos de la inmediaciones; habíamos andado trabajosamente tres cuartos de legua, cuando se me presentó á la vista un hermoso pastal por la izquierda del camino y un pequeño monte en la altura del mismo lado donde habían árboles para remediar la falta de los yugos. Mandé formar batalla á la izquierda, hechar pié á tierra y desenfrenar los caballos, y llamando á los carpinteros que hubieren en los cívicos de Tucumán los mandé á cortar los palos necesarios para que construyeran los yugos.

En menos de tres cuartos de hora nos marchamos con los yugos nuevos, y con los bomberos de Oribe observándonos á la distancia. En la posta de San Pedro

me esperó el general Lavalle y le insté allí nuevamente para que marcháramos él por el camino de postas rectamente á Santiago con su infantería y cañones y cornetas, y yo por la Loma Blanca y Choya, con la caballería para cerrar por todos lados á Ibarra y apoderarnos completamente de toda la Provincia, y decidirla para nosotros cambiando su gobierno; pero todo fué en vano. Estaba empeñado en que fuéramos los dos con toda la fuerza juntos, por este último camino, sin embargo de que no conocía él ninguno.

Hícele entonces otra reflexión, habiendo condecendido con dicho su deseo y fué:—La de que se adelantase él pasando la travesía hasta los puestos de Tala, jurisdicción de Catamarca; con los cañones, carretas, el cuerpo de cazadores de Salta que mandaba el bravo comandante don Lorenzo Alvarez, hijo del valiente y finado coronel don Benito, y su escolta; para que nos fuera menos trabajoso el paso de la travesía de 40 leguas: pero que para no exponernos á perder la mucha y buena caballada que llevaba su escolta, pues era probable que sus soldados la venderían á nuestros milicianos asi que pisaran el territorio de la sierra de Catamarca, y nos privaremos por dicha causa del primer artículo ó elemento que necesitaríamos para la vuelta; era de necesidad que asi que llegara á la hacienda de los Reynafé en la Loma Blanca, mandara reunirlas todas. Tuve en esta parte la suerte de que el General se prestase á mi demanda; despaché á Alvarez con la infantería, artillería, y carreta y el general Lavalle marchó en seguida con su escolta, prometiéndome mandar asegurar toda la caballada asi que llegara á dicha Hacienda.

Yo me quedé para cubrir la retaguardia, como con 350 bravos cívicos de Córdoba y Tucumán, el escuadrón de mi valiente sobrino, Crisóstomo Alvarez, de coraceros, y un escuadrón de milicias de Tucumán, de toda mi confianza. No quiero relatar aquí un pasage bastante escandaloso para mí, que sucedió á mi presencia entre el general Lavalle y el propietario de aquel lugar y dueño

de la casa en que el General estaba hospedado, don N. Novillo, uno de los primeros vecinos y hacendados de aquella campaña, por haberle dado éste un consejo amistoso como patriota y práctico de los caminos, que era utilísimo al General y á todo el ejército, porque no se crea que me personalizo demasiado.

El general Lavalle, al marcharse para la Loma blanca, había mandado al mayor ó capitán Sandoval, de su escolta, con una partida, juzgo que en busca de caballos. Caída la tarde, me puse en marcha en la misma dirección que el General, con los enemigos ya inmediatos, marché hasta llegar á la Loma blanca, como á las dos y media de la mañana.

¡Pero cuál fué mi sorpresa al encontrar á dicho General dormido, en el pátio de su casa, igualmente que su escolta!

—«General, le dije, yo que juzgaba á Vd. á estas horas por el medio de la travesía, lo encuentro todavía aquí durmiendo muy frescamente? Mire V. que esta travesía salinosa es de 40 leguas y es preciso pasarla de noche, y nos exponemos, de lo contrario, á perecer muchos por el calor, la sed y el cansancio.»

El General se levantó, mandó ensillar á su escolta y demás jefes y ayudantes de su comitiva, entre los primeros el general don Tomás Iriarte, y se marchó; quedándome yo por dicha causa, á esperar en aquel lugar abrasador, á mediados á diciembre, ¡hasta que hubiese pasado todo el sol, que aun faltaba mucho para que apareciera, y tal vez al *ilustre teniente de Rozas, Oribe*, con todo su ejército.

¡Si solo fuera este el último tropiezo que me presentó el General en esta peregrina campaña, sería disculpable!—Se había marchado, por decontado, sin reyunar más de 600 buenos caballos que llevaba su escolta, por la parte más baja, este es sin contar los montados; los mismos que desaparecieron asi que pasó el ejército al territorio de Catamarca y Tucumán en sus dos terceras partes, lo menos.

Pasado el día, con un sol abrasador, y con los enemigos muy inmediatos ya; emprendí la marcha casi al ponerse el sol. ¿Y podía creer nadie, que á las tres leguas cuando más, encontraría al general Lavalle, detenido con su escolta en el único pozo de balde que habia; detenido también allí el coronel don Fernando Rojas, con sus cañones, carretas, infantes que le escoltaban, su boyada y caballada, sin poder beber ni hombres, ni animales hasta esa hora, ni tampoco la misma escolta? (1)

Nos acercábamos al referido pozo, puesto ya el sol ó por entrarse, y mandé un ayudante á que me esperara con el bebedero llena de agua para nuestras bestias, llevando al efecto algunos hombres para que baldearan el agua, cuando regresa á poco rato, (pues había mandado desmontar mi caballería), con la noticia del párrafo anterior, que me mandaba el coronel Rojas, diciéndome que si yo no ponía remedio á dicho desórden, habrían allí hasta muertes, sin que nadie pudiera beber; pues por sobre el mismo General habían habido cuchilladas, por disputarse el agua, hasta que aburrido él mismo [el General], se había tendido y los observaba indiferentes.

En el acto de recibir este aviso, mandé al Jefe de mis cívicos tucumanos con todos ellos, y le dijo:

—«Marche Vd. al pozo, y apenas llegue, intime de mi orden á cuantos hubiesen en él, que lo desalojen corriendo; si no es Vd. obedecido, mande disparar sobre todos ellos, aunque sea sobre el mismo general Lavalle, para cuyo caso llevará Vd. sus armas cargadas. Cuidado, que V. me responde con la vida del cumplimiento de esta orden!»,—y se marchó.

Pues á esta orden debió toda aquella fuerza, las bestias y hasta el mismo General, el haber podido beber recien y marcharse con su escolta y jefes, pues el mismo me lo escribió á presencia de los suyos, y cuya

---

[1] Desmiéntanme los muchos testigos presenciales que existen hoy en Buenos Aires, al lado de Rozas, y aqui mismo en Montevideo, donde estoy corrigiendo estos apuntes, en los primeros dias del año 50. No lo harán.

esquela la leí á la vista de mis oficiales y tropa. Me decia el General, (contestándome al aviso que le daba de dicha orden):

«Compañero: gracias al paso que Vd. acaba de dar, « que hemos podido recién beber; marchamos ahora « mismo.»

Tuve, pues, que pasar la noche á media legua del agua, y sin ella, con toda mi tropa; pero no fué esto solo.

Otra igual trajedia me esperaba en el otro pozo que había, como legua y media más adelante, y que debía detenerme un otro dia más para que fuese así mas marcada la prudencia del Teniente de Rozas, Oribe, ó el respeto que me tenía; pues no apareció, á pesar de todos estos embarazos y demoras.

Me habían asegurado las gentes de la Loma Blanca que ese otro pozo estaba con dos animales muertos adentro, y mandé al teniente coronel don Crisóstomo Alvarez muy temprano á limpiarlo con sus Coraceros, moviéndome yo en seguida al primero que lo juzgué ya desocupado; pero encontrando que el coronel Rojas no había acabado todavia de dar agua, por que el General no se había marchado hasta muy tarde, pasé al otro con mi fuerza. Nos acercábamos á él, cuando descubrimos como á dos leguas más adelante al escuadrón de la escolta internándose ya á la travesía, levantado ya el sol, y dimos gracias á Dios de verlo distante. ¡No se crea que hubiese contra él prevención alguna, sino por el embarazo que nos había ocasionado su demora!

¿Pero cuan grande fué mi sorpresa cuando al llegar al pozo, me encontré en lugar del comandante Alvarez á la escolta del General ó una parte de ella, en igual laberinto que el que habían tenido en el anterior. Lleno de indignación mandé hacer alto á mi columna á la vista del pozo, y mándola desplegar al frente en batalla y descansar las armas, al mismo tiempo que, desmontar el escuadrón de milicias; tomé una compañía de mis cívicos y marché al pozo con ella y con espada en ma-

no:—«¡Caballeros les dije á los que circulaban el pozo, largarse ahora mismo de aquí, que mi tropa siendo tan buena ó mejor que ustedes, ya la ven parada al sol, y sín beber, ni moverse de sus puestos desde ayer!

Capitán, le dije, volviéndome á los míos:—«Mande usted colocar centinela en circunferencia del bebedero ó jagüel, que arrojen á bayonetazos á todo el que se arrime á él», y desmontándome al mismo tiempo marché con espada en mano á ocupar el brocal del pozo. Todos cuantos le ocupaban, jefes, ayudantes, ciudadanos del escuadrón Mayo y soldados correntinos y de la escolta se alejaron saludándome.

Llamé en seguida un soldado á caballo de los míos y mandé que atase á la cincha del suyo el lazo ó cuerda del balde, haciendo botar este al mismo tiempo al pozo con uno de mis cívicos. — Los pozos alli tienen por lo menos sesenta ó setenta varas, pero á poco rato estuvo lleno el bebedero y mandé arrimar por compañías los caballos de mi fuerza, pero sin cesar de baldear.

De cuando en cuando me pedía de la distancia cuando hubieron acabado de beber mis caballos, un jefe, ó ciudadano de la comitiva del general Lavalle, que le permitiera hacer dar agua á su caballo el uno, ó alzar un poco en alguna bolsa de cuero el otro, lo cuál se los otorgaba fastidiado, pero si moverme del brocal del pozo. Cuando derrepente oigo la voz del general Lavalle que me dice á mi espalda: — «Compañero: ¿cómo tiene usted paciencia para permanecer de pié tanto tiempo al sol?»

Dí vuelta la cara, saludándolo, le dije: — «¡Compañero: todo el día tengo de permanecer aquí mientras acabe de beber mi tropa y mis caballos, y mande alzar lo necesario en barriles para la marcha! ¡Lo consideraba ya á usted muy lejos de aquí!» En efecto no pude persuadirme nunca que el General estubiera allí, y precisamente á la sombra de un algarrobo que no distaba de mi espalda y el brocal del pozo, ocho ó diez varas, sentado en un tronco!!! Aseguro á mis lectores que lo

compadecí en extremo en mi interior, pues acabé de convencerme de que estaba agobiado por el peso de sus desgracias, siendo sola esta la causa que lo había reducido á dicho estado!

Los que lean estos apuntes y no conoscan nuestro país, ni á nuestros hombres..... dirán; ¡que cansador era el tal general La Madrid para explicar tantas pequeñeces y cuan personal, pero se equivocarán ciertamente; pues ni lo uno ni lo otro soy. Mas en esta relacion de los hechos en la guerra de nuestra Independencia, como en nuestras fatales disenciones políticas, he querido ser de intento municioso, para quitar el velo apasionado que cubre los ojos de muchos de mis compatriotas.... que solo encuentran el mérito ó quieren verlo, en ciertas y determinadas personas; hasta el extremo de hacerse ciegos para conocerlos, donde efectivamente lo hay puro y patriótico; y sin ninguna mezcla del mas pequeño interés personal. Es preciso advertir que en mi país, muy pocos son los hombres ó tal vez ninguno, que hayan trabajado con mayor desprendimiento que yo, ni espuéstose tantas veces á la muerte exclusivamente para el solo el bien de su patria. Cuantas veces la virtuosa y recomendable por tantos títulos de mi señora, me ha celado y con justicia con la pátria!

Soy reputado generalmente, por mis compatriotas, por el hombre más desprendido y ajeno de toda ambición, sin ninguna clase de orgullo; y ciertamente que no es del todo equivocado este concepto: pero en el mío, me creo el más ambicioso del mundo y el más orgulloso también, y diré la razón.

¡Mi ambición es noble y patriótica así como mi orgullo! Ambiciono nada menos que el hacer cuantos sacrificios se me exijan ó imaginarse puedan, hasta vencer los imposibles, y derramar la última gota de mi sangre, por solo el bien de mi patria; siendo en esta sola parte orgulloso como ninguno. ¡Ojalá tenga también en esta línea muchos imitadores entre mis compatriotas! Estoy seguro que ella sería feliz y no se vería hoy pisoteada

por el más barbaro de los tiranos y el más inmoral de los hombres! Por ese Rozas, qne me sirvió de baqueano el año 1820, y que tanta afección me inspiró por su patriotismo aparente, como por su amor al orden y respeto á las propiedades; que le cedí un cuadernito trabajado por mí para instrucción de los oficiales de mi Cuerpo de Húsares de Tucumán, al regreso de mi campaña hasta Chuquisaca, y en el cual tomó él quizás las primeras nociones de la milicia! Era un trabajo simple, pero muy prolijo, para enseñar á mis oficiales á ser vigilantes, á saberse conducir asi con su tropa como con los habitantes de todo país que pisaran; que precauciones deberían tomar al frente del enemigo para no ser sorprendidos, como para buscarle y sorprenderle al mismo tiempo. Era en fin trabajo debido á mi experiencia y al más ardiente deseo de inspirar á todos mis oficiales, toda la pureza de mis sentimientos patrióticos. Rozas se quedó con él pretextando que se le había perdido, cuando se lo pedí. Me he distraído involuntariamente con esta última relación. Sigamos.

Marchóse el general Lavalle, muy luego, del último pozo, y quedé yo continuando mi trabajo por todo el día hasta que pasó la artillería, carretas &ª, pues hice bajar unos barriles que llevaba vacíos y los mandé llenar de agua y cargar en dos carretillas ó tres que llevaba á mi lado, tiradas por mis mismos soldados á caballo, y en las que alzaba á los que se enfermaban.

En llenar cinco barriles después que hubo tomado toda la tropa y las béstias, el agua suficiente, nos cerró la noche habiendo antes llegado el capitán Sandoval de la escolta del general Lavalle, que dijo haber quedado atrás, no ciertamente en comisión sino de solo su cuenta y riesgo, con el objeto de aperarse como dicen nuestros paisanos, y hacerse de buenos caballos que los traía en efecto.

Púsele preso al instante con toda su tropa, de soldados correntinos, pues que había cometido con toda ella varios saqueos y tropelías en muchas casas de los

milicianos y vecinos del tránsito, que lo esperaban ya á mi lado, pues habían anticipádose á quejarse.

Cerrada ya la noche me puse en marcha sin el escuadrón de Coraceros de Alvarez, pues que habiendo llegado recien y encontrádose embarazado para el lleno de su comisión, por la presencia del general Lavalle, se había internado á la travesía antes de que yo llegase. Caminamos sin cesar en toda la noche, á pié yo y á la cabeza de mí columna y dando mi caballo para que alternaran en montarlo los cívicos cansados, de Córdoba. Fueron muchos los enfermos y cansados que hubieron, hasta llegar á las 10 del día á un pequeño monte de quebrachos ó algarrobos de poca sombra, que hay en el centro de la travesía. Paré allí á pasar el sol y dar descanso á la tropa como á las béstias, pues todos íbamos muertos de sed y de cansancio.

Dí agua á toda la fuerza, yo personalmente, llamando á los Cuerpos por lista, asi oficiales como tropa, y dando un vaso pequeño á cada hombre; y solo en fuerza de este trabajo con que no quise grabar á ningun otro, pude alcanzar á remediar á todos por igual, sin ninguna distinción ni en los jefes, y reservándome un barrilito de media carga para administrar á tragos á los muchos enfermos, que había por instantes á causa del sol abrasador que aumentaba el cansacio y la sed, y con los cuales iban ya llenas las carretillas.

Churrasquearon allí sus asados, los soldados y oficiales, mientras pasó la fuerza del sol, y continuamos la marcha con más de 800 hombres que me acompañaban, pasadas ya las 4 y media de la tarde, y con la esperanza de encontrar agua en el pozo de San Bernardo que está en el centro de la travesía ó poco más, pero nos engañamos; porque no encontraron ninguna los que adelanté á reconocerlo. Entre tanto era preciso apurar la marcha, y la apuramos, haciendo los mayores esfuerzos en toda la noche; y pasando solo para alzar en las carretillas á los hombres que se tiraban ya sin alientos y secas sus fauces por la sed.

Aquí era preciso que anduviese yo administrando tragos de agua á todos ellos, y mandándolos levantar á las carretillas. Rómpese una de ellas, y nos ocasiona un doble trabajo, ya para sacar los enfermos y acomodarlos en las otras, alijerando su carga con extraer de ellas algun armamento descompuesto, y municiones y á dejar todo esto oculto y bien guardado. Llegamos por fin á la madrugada á la otra parte de la travesía pero lejos todavia del agua y en extremo quebrantados; serían las tres de la mañana, y pasamos á descansar asi que entramos á un montecito dejando muchos hombres botados y casi sin esperanza de vida, en el camino; felizmente cubriéndose ya el cielo de nubarrones.

En el acto mandé adelantar un oficial á los primeros baldes del Tala, que estaban ya inmediatos, para que proporcionándose uno ó dos cargueros de agua regresara en socorro de los muchos enfermos que habíamos dejado, pero á poco rato el cielo se lo proporcionó copioso, por medio de una abundante lluvia, que si bien fué benéfica para los más y los preservó de la muerte, fué funesta para tres ó cuatro abreviándoselas.

El oficial comisionado volvió luego con una mala carretilla cargada con agua y pasó á socorrer á los desgraciados que habían quedado y recojerlos, para cuyo efecto mandé tambien algunos caballos ensillados.

Así que amaneció marchamos hasta los Baldes, después de haber recibido algunos cargueros de bolsas con agua con que nos había mandado encontrar mi sobrino el teniente coronel don Crisóstomo Alvarez, y los que había hecho pasar ya al encuentro de los que quedaron antes de que hubiese regresado el oficial que había yo mandado al efecto; pero caminando frescos aunque mojados y por dentro del agua, tal fué de abundante la lluvia que había caido por espacio de una hora.

Llegado á los Baldes del Tala, me encontré con un nuevo espectáculo que me horrorizó y escandalizó, al mismo tiempo que lleno de indignación. Las bebidas en los pozos, estaban todas destruidas, y solo eran un fan-

go de barro; como si de intento hubiesen echado caballadas sueltas ¡á destruirlas! Los baldes ó bolsas de cueros en que se saca el agua de los pozos, estaban dentro de ellos! Las sogas reventadas: los cortísimos rebaños de ovejas y cabras de los infelices habitantes de aquellos miserables ranchos, habían desaparecido los que estaban gordos y estaban tirados muertos, los flacos; algunos bueyes y vacas lecheras con que sembraban y se alimentaban aquellas infelices familias, estaban igualmente muertas, y solo les habian sacado un asado ó la lengua de dichos animales!!! ¡Y lo que es mas! se me presentan desnudos, casi todos sus habitantes llorando (1), y me hacen las justas reconvenciones siguientes: —«¡Señor, me dicen, años hace que conocemos á Vd. ya lo hemos visto pasar por estos tristes ranchos, vencedor ó en desgracia, sin que jamás háyamos experimentado el mas pequeño daño de sus soldados, ni nos háyamos excusado jamás de obsequiarlo con nuestra pobreza, tanto á Vd. como á sus soldados! ¿Porque señor nos ha dejado venir esta jente que ha pasado por delante, sin avisarnos para que hubiésemos podido ocultarnos en los montes con nuestros hijos..... y lo poco que teníamos? ¡Mire mi General como nos han dejado! — indicándome sus cuerpos casi desnudos,—vea Vd. el único medio de nuestra subsistencia!» y me señalaban sus rebaños, su yunta de bueyes, sus vacas lecheras muertas.

«Si todo esto lo hubiesen hecho por que nosotros nos hubiéramos negado á propocionarles lo que nos hubiesen pedido, no nos quejariamos, señor, porque gracias á Dios no faltan en las inmediaciones ganados ni oficiales y alcaldes que les hubieran proporcionado! ¿Pero sin que nada de esto haya sucedido, dejarnos señor en el

---

[1] ¡Pido me desmienta, cualesquiera de los que presenció espectáculo tan horrendo! Muchos existirán al lado del tirano de mi pátria, hoy, al principiar el año 1850, obligados solo por la miseria, como existen otros, pero mas fuertes aun, aquí mismo, en Montevideo. Seguro estoy de que no se atreverán á hacerlo. La voz de la verdad, toca los corazones!!!

estado en que nos ve?» —Y renovaban al mismo tiempo su llanto!

Podrán calcular, cuán aflijido quedaria yo de tan justas como tocantes reconvenciones, y mucho más desde que habia presenciado, visto por mis propios ojos, lo sucedido en toda la provincia de Córdoba y en el paso de esta penosa travesía! Tiré inmediatamente un decreto ú orden fulminante, y mandé por la posta hasta solo el confin de la provincia de Catamarca, pues no queria que pasara esta noticia á la de Tucumán, concebida en los siguientes términos: — «Todos los jueces y Comandantes militares de la provincia, en el tránsito, aprehenderán á todo soldado del ejército libertador, que encontrasen una cuadra fuera del camino, y me lo remitieran preso desarmado, no presentando licencia por escrito de su General ó mía. 2º. A todo soldado que cometiese con los vecinos el más pequeño desórden, como robo, ó cualesquiera otra tropelía, me lo remitirán preso y armado; si se resistiese al cumplimiento de esta mi orden, quedan autorizados á matarlo, y déseme cuenta.» Saqué una cópia de dicha orden y se lo adjunté al general Lavalle, con una carta atenta, en que le manifestaba los motivos que me habían impulsado á dar una orden semejante, le rogaba por último que procurara por su propia repartición evitar semejantes escandalos, mandando comunicar á su ejército dicha mi orden, y previniéndole el motivo que me había obligado á dictarla por el crédito del mismo ejército.

El General que estaba ya en Anjulí creo, á la parte del este de la sierra de Catamarca, de cuyo territorio le escribía yo, se ofendió formalmente por esta mi comunicación y me respondió de oficio con el general don Tomás Iriarte, reclamándome á Sandoval y los soldados y armas de este, que solo conservaba yo detenido y en arresto, hasta reunirme con él; quejándose duramente de mí, por la orden que había circulado á solo los jueces ó comandantes del tránsito pertenecientes solo á dicha Provincia; me decía en dicha comunicación, «que

parecía que yo me empeñaba en desacreditarlo por medio de dicha orden, transmitiéndola hasta Tucumán,» cuando precisamente para que no llegara á dicha Provincia el escándalo que sus soldados cometían, era que yo lo había dictado. Ninguna prevención abrigaba yo contra él; pero el contrario, deseaba que no perdiera la bien merecida reputación que tenía en todo mi pais, por una malentendida tolerancia con su tropa, y era precisamente por esto, que le había dirigido mi carta amistosa, adjuntándole la orden que me había visto precisado á dictar, por los insorpotables excesos que cometía su tropa.

Habiéndome el general Iriarte entregado dicha comunicación le dije: — «Compañero y amigo, siento en el alma que su General y mi amigo, se haya ofendido por una orden que ha sido dictada precisamente por el interés que tengo en que no se manche la reputación de él, y de todo su ejército, con unos hechos tan reprobados, que nos alejarían de la estimacióa de estos pueblos que son nuestro único sosten y apoyo, y mucho más siento que haya dado una interpretación tan errónea á dicha mi orden, pues ella no debe pasar de la jurisdición de Catamarca».

Mandé formar la fuerza de Sandoval juntamente con algunos otros soldados más que se habían apresado á consecuencia de dicha mi orden, y entregándole sus armas los proclamé á todos afeándoles una conducta tan ajena de unos hombres tan recomendables que todo lo habían ábandonado por defender la libertad de su pátria y seguir á su General que tan justamente estimaban, pero cuya conducta y reputación echaban por tierra, con sus hechos. Que las especies que robaban aun cuando fueran valiosas, mañana desaparecían, pero que el crédito que por semejantes hechos perderían no lo recuperarían jamás. Todos ellos y hasta el mismo capitán Sandoval, se conmovieron á estas y otras reflexiones que les hice, se pusieron algunos á decirme que conocían la razón con que los reconvenía y que era cierto cuanto

les decía, pero que á ellos no los había jamás hablado su General como veian que yo hablaba á mis soldados, y que por consiguiente hacían lo que se les había permitido hacer, desde que se reunieron al ejército de su general, sin creer que fuera tan malo como yo se los había hecho ver.

Los despaché en seguida con el general Iriarte contestando al general Lavalle por medio de una carta amistosa y capaz de desarmarlo pero, fué en vano.

Al llegar yo al siguiente día con mi fuerzas, al lugar donde él había estado acampado, habíase internado sobre la falda de la Sierra. Acampé y le pasé otra carta invitándolo á que bajara para que continuasemos la marcha, preguntándole si lo esperaría con reses para us jente, ó se las mandaría allí pero el conductor de mi carta regresó sin contestación. Mandé entonces que le llevaran no recuerdo que número de reses, y que si no quería recibirlas las dejaran abandonadas y se regresaran. Esto último practicaron y se regresaron á mi campo, y yo continué mi marcha.

Al siguiente día, al llegar yo á Choya, comenzaron á alcanzarme varios jefes y ciudadanos del «Mayo», (1), asi como oficiales y sus ordenanzas, que iban con pasaportes del general Lavalle, unos para Bolivia, otros para Chile ó el Perú; pues todos asi que vieron este desacuerdo ó separación de parte del General, creo que pidièron sus pasaportes, y el General se los dió muy honoríficos. El resultado fué que á los tres días ó cuatro me había ya alcanzado todo el escuadrón Mayo incluso su Jefe y la mayor parte de los jefes que tenía el general Lavalle, como ser los coroneles don Aniceto Vega, don Juan Elías, don Antonino Mendez, don Angel Salvadores, Pieres, Larrumbla y otros varios cuyos nombres no recuerdo, asi como mayores y capitanes todos

(1) Llamaban escuadrón «Mayo» á un Cuerpo que se había formado en la campaña de Buenos Aires de todos los jóvenes comerciantes y hacendados que se les presentaron al general Lavalle cuando pasó de Entre Rios.

ellos decididos como he dicho, á continuar su marcha á los países ya designados.

Vista por mí esta disolución del ejército libertador, me contraje eficazmente á persuadir á todos los jefes y oficiales, así como á los distinguidos ciudadanos del escuadrón «Mayo», á que no abandonaran la causa que habían abrazado y sostenido con tanto civismo, por haber experimentado un contraste; les dije que nos quedaba aún la coalición de las Provincias del norte, las cuales estaban decididas á sostenerse y llevar la guerra contra el tirano de nuestra pátria, y en cuya lucha sería yo el primero en sacrificarme.

Mis esfuerzos no fueron en vano para con hombres tan decididos y resueltos. Todos se prestaron á sacrificarse conmigo por la libertad de su pátria, y desde aquel momento se contrajeron á ayudarme eficazmente y llegué con todos ellos á Tucumán el 28 de enero del año 1841.

El coronel Acha que había marchado sobre Santiago por el Bracho y Avipones, no hizo otra cosa que correr algunas partidas de santiagueños y traerse á Tucumán alguna hacienda mular y caballar, porque las fuerzas que había yo pedido al gobernador de Tucumán que mandara sobre Santiago, no se habían movido por la poca actividad ó falta de firmeza del nuevo Gobernador don Pedro Garmendia; y aunque yo hice que salieran al instante de mi llegada, mil hombres bajo las órdenes del decidido y valiente coronel de milicias don José Murga; el coronel Acha se había retirado á consecuencia de habérsele vuelto un escuadrón de correntinos con sus oficiales, después de haber cometido algunos excesos en aquella Provincia.

El coronel Murga regresó por consiguiente de las inmediaciones de Santiago por la parte del Oratorio, arreándose algunos cientos de cabezas de ganado y yeguadas que destribuí entre las mismas milicias, y Acha sabedor de haberse quedado el general Lavalle en la erra de Catamarca, mandó á que se le unieran las

tropas correntinas que le pertenecían á excepción de los escuadrones de Acuña, de correntinos y Zotelo, de la campaña del norte de Buenos Aires, que no quisieron ir á reunirse al General, y prefirieron venirse á Tucumán y con ellos el coronel Abalos.

En Salta se había cambiado el Gobierno, antes de saberse la derrota del *Quebracho Herrado*, y había sido nombrado el señor don Miguel Otero, de quien todo el pueblo de Salta tenía las mejores esperanzas, y aun el gobierno de Tucumán también. Yo mismo así que recibí en Córdoba un oficio suyo, comunicándome su nombramiento y prometiéndome que sostendría el pronunciamiento de su pueblo á costa de todo sacrificio, había formado el mejor concepto de él; pero nos engañamos todos como se verá después, pues no sirvió para otra cosa que para cruzar y entorpecer todas las operaciones del ejército de las Provincias que estaba bajo mis órdenes, y distraer sus fuerzas; por cuya causa tuvieron lugar las desgraciadas campañas de *Cuyo*, y el *Monte Grande* ó *Famaillá*, como lo saben todos en aquellas Provincias.

Así que llegué á Tucumán, el gobernador don Pedro Garmendia por no verse precisado á atacar las propiedades para el sosten del ejército, ó exijir contribuciones ó ya para dar más fuerza al jefe de él, como me lo aseguró el mismo, delegó el Gobierno en mi persona, después que había sido autorizado con la suma del poder. Yo reuní inmediatamente al vecindario principal y le hice presente los muchos sacrificios que la pátria exijía de su patriotismo; les dije que, ó era preciso que se resolvieran á llenarlos según se los reclamara el Gobierno, para el sostén y equipo del ejército que debía organizarse sin pérdida de tiempo para sostener la libertad de los pueblos, ó renunciar completamente de esta idea y entregarnos á manos de nuestros verdugos.

Todos mis comprovincianos, á esta indicación, tuvieron la valentía de prestarse á toda clase de sacrificios, antes que renunciar la defensa de la pátria para siempre, y con ella toda idea de libertad.

PEDRO GARMENDIA

En consecuencia de esta resolución, se impuso una contribución de veinte mil y más pesos, en metálico, en efectos y demás que fuere necesario para el equípo del ejército y de su maestranza; y aunque dicha cantidad no alcanzó á llenarse en su totalidad, se impuso después otra, y se procedió hasta apoderarse de cuanto fierro había en las casas y balcones, arrancando hasta las rejas de la mayor parte de ellos, para la construcción de lanzas y herraje de los cañones que estaban inútiles, etc., etc.

Se estableció en el acto una maestranza completa, en la que trabajaban todos los maestros del pueblo, así herreros como carpinteros, y aún los artesanos. Se organizó el esqueleto del ejército, se abrió el oído y montó una pieza de cañón del calibre de á 8, se refaccionó todo el montaje y herraje de los demás cañones. Se hicieron lanzas, y en fin, se trabajó con la mayor actividad siendo los encargados de este trabajo el recomendable coronel de artillería don Fernando Rojas y el teniente coronel don Cayetano Cortinas.

Mi primer cuidado para la organización del ejército y su disciplina, fué el de nombrar para mi segundo al distinguido y valiente coronel don Aniceto Vega, y encargarlo del mando de él. Pero este jefe por su excesiva moderación y aprecio al general Lavalle, mas que por su enfermedad, no quiso admitir este destino, por no ofender á su General y amigo, de quien acababa de separarse por el más justo resentimiento, pues el General al expedirle su pasaporte, no le dió un solo peso, habiendo socorrido á otros, cuando sin agraviar á ninguno de cuantos beneméritos jefes le habían acompañado, Vega era la flor de su ejército, así por su porte afable, fino y moderado, como por su valentía; pues era querido de todos en su ejército.—Con este motivo fué nombrado Jefe de Estado Mayor el coronel don Juan Elías quien desempeñó esta comisión con toda la actividad y pericia de que era capaz.

A los pocos días de mi llegada á Tucumán habíase

enfermado el general Lavalle en Anjuli, y mandó un propio á llamar al médico de su ejército, ó más propiamente, uno de ellos, (pues que todos le habían pedido sus pasaportes y se hallaban conmigo en Tucumán) don N. Avila, y el cual me lo comunicó solicitando permiso para pasar inmediatamente á verlo. Yo no solo se lo otorgué al instante sinó que mandé inmediatamente salir á mi secretario de gobierno el doctor Avellaneda, acompañado de un médico del pueblo, provisto de un botiquin, á efecto de ofrecerle cuantos auxilios necesitase y hasta el mandarlo buscar con un carruaje; sin embargo de que, ni siquiera me había comunicado su enfermedad.

Mi Secretario permaneció ocho días con el General, dejándolo mejorado, y regresó en extremo prendado de él, juntamente con el médico del pueblo, pero dejándole el botiquin que habia mandado al efecto. Me contestó entonces el General, dándome las gracias más amistosas, á la carta que le habia yo dirijido con Avellaneda; quien encargándome mucho la reserva (pues le había pedido el general Lavalle que no me lo comunicara) me dijo:— El General está muy pesaroso de haberse disgustado con V. y me ha encargado por fin, que bajo la mayor reserva trate de contratarle el mejor establecimiento de caña que hay en la Provincia, para regalársela á V. así que lleguen á Buenos Aires».

En el último día de Carnaval que fué á los pocos días después de nuestra llegada, preséntaseme un propio del Comandante del escuadrón de Colorados de la banda del río (poco más de legua y cuarto del pueblo, al este) con el parte de que se avistaba ya la vanguardia del gobernador Ibarra, con la cual venía tiroteándose, y un gran polvo en su retaguardia; y que según la declaración de un prisionero que lo habia apresado, venía con todos los santiagueños una parte del ejército de Oribe. Las caballadas del ejército estaban distante de él y no habia tiempo de reunirlas, y la mayor parte de las tropas andaba embarullada por el pueblo y sus alrededores, jugando el carnaval con los paisanos.

LTD GUILLERMO KRAFT CUYO 1124 3° AIRES.

Así que recibí el parte y me impuse de él, dí un «viva á la pátria», y mandé corriendo á mis ayudantes á pedir repiques en todas las Iglesias, y que viniera al instante la artillería á la plaza para hacer una salva; y mandando ensillar mi caballo salí á ella, en circunstancias que sonaban ya los repiques de todas las Iglesias, y que las partidas de jugadores del carnaval corrian á ella á saber las noticias.

«¡Albricias compañeros de armas y mis queridos tucumanos!—entré diciendo entre la multitud de hombres á caballo, y á pié que se iban aglomerando en la plaza:—¡El cacique Ibarra con todos sus santiagueños y una respetable columna del *verdugo*, teniente de Rozas, *Oribe*; vienen tiroteándose con nuestras avanzadas por la banda del río! ¡Corramos á pié á su encuentro y mostrémosles que somos los dignos hijos de la libertad, y bastante fuertes para pulverizar á todos los esclavos del más bárbaro de los tiranos! ¡Qué viva la pátria y sus valientes defensores! ¡Marchemos á festejar este dia en el campo de batalla, y sobre los cadáveres de nuestros enemigos!»

Estruéndosos vivas resonaron en mi contorno, y todos corrieron á las armas; pero los paisanos que espontáneamente se habian desmontado y ofrecido sus caballos ensillados á los soldados de caballería que se hallaban presentes, fueron detenidos en todas las boca calles de la plaza, por los oficiales que yo habia destinado, al efecto, al salir de mi casa.

La artillería empezó sus salvas y yo corrí por las calles proclamando á todos, y mandando los soldados á sus cuarteles y á los paisanos á la plaza. Antes de media hora estaba ya en marcha el intrépido teniente coronel don Crisóstomo Alvarez con todos sus Coraceros, y más de doscientos hombres montados, asi del ejército, como del escuadrón de carniceros del pueblo; y media hora después me hallaba con todo el ejército y los cívicos, fuera; cuando llegó á poco rato, el parte de ir en fuga los soldados de Ibarra, asi que divisaron á los

Coraceros de Alvarez, el cual alcanzó á acuchillar algunos, y les tomó unos cuantos prisioneros estos confesaron que se decía que venía fuerzas de Oribe, pero que no habían llegado aún.

Entre los varios jefes y oficiales del ejército Libertador que se me habían reunido, se hallaba el valiente y experto sargento mayor don Pedro Leon Aquino, y al cual ocupé inmediatamente colocándolo á la cabeza del cuerpo de milicias del departamento de Graneros, que era uno de los cuerpos que merecía mi mayor confianza; y lo encargué de vigilar el camino de Choya y tener á raya á los santiagueños por aquella parte, asi como por la del río Hondo dando la mano ó protegiendo al coronel Zerrezuela de milicias que quedaba en dicho punto.

No recuerdo si Aquino ú otro de los oficiales comisionados que tenía yo en la jurisdicción de Catamarca, fué el que me mandó un aviso que me dirigían de la sierra de Córdoba, comunicándome que estuviera alerta con un comerciante que iba á pasar por Salta con una pequeña tropa de mulas, y el cual debía conducir para mi una carta ó aviso de un amigo mio que tenía en el gobierno de Córdoba.

Después del regreso del doctor Avellaneda desde Anjulí, de verse con el general Lavalle, dejándolo ya mejorado; habíale yo aconsejado al General al contestar á su carta que me entregó dicho doctor, que se fuera á la Rioja con sus fuerzas y se pusiera con ella á las órdenes del director de la guerra, general Brizuela; el cual quedaría muy prendado de este paso dado por un General de su nombre; agregándole que no le escusara el tratamiento de tal Director de la guerra, ni cuantas excelencias quisiera; que con solo esto quedaria él satisfecho y el Director y jefe de todas las fuerzas, sería en realidad él, (Lavalle). Le decía yo que Brizuela era un hombre nulo, y no servía para otra cosa que para estar divertido en todas las horas del día y de la noche; pero que era preciso sufrirle con paciencia todas sus imper-

tinencias, contestar amen á S. E. y obrar entre tanto como mejor le pareciera: que con este paso tendría á todos los riojanos de su parte y á su Jefe, contento.

Como el referido general Lavalle se hubiere puesto bueno á los no muchos días de haber pasado á Catamarca, se hallaba ya en la Rioja al mando de todas las fuerzas, no recuerdo si llamado por Brizuela, ó por haber él siguiendo mi consejo, ido á ponerse á sus órdenes: pero lo cierto es, que aunque el General me escribió después avisándome que le había salido cierto cuanto le había yo dicho respecto á Brizuela, vino Lavalle á conocer esto tarde; por que á su llegada á la Rioja, se pasaron muchos días sin que hubiese podido hablar al señor Director por haber olvidado (como he olvidado yo de expresarlo antes) el primero de mis encargos que era: —«Cuando Vd. vaya á verlo para presentársele, no vaya por Dios á mandarle pedir permiso, ni se detenga por que sus pobres ayudantes ú ordenanzas, le digan á V. que está ocupado ó que no se le puede ver; métase ó éntrese Vd. sin permiso de nadie y lo encontrará con la bebida al lado, y será muy bien recibido.

Mas para esto necesita Vd. entrarse á caballo y apearse solo, en la puerta misma de su habitación, porque de lo contrario su escolta lo haría pedazos. La escolta de S. E. es una docena de grandes perros de presa y muy bravos, de lo contrario se cansará Vd. de esperarlo y lo verá». Todo esto lo había yo prevenido, y seguramente no lo recordó el General pues se pasaron muchos dias sin que hubiese podido lograr, el verle, hasta que últimamente, creo que desconfiando el General de este empaque de S. E. y un poco ofendido, ó trató de retirarse, ó mudó de campo; pues ya el fraile general Aldao que había ocupado los Llanos con dos mil y mas hombres de San Juan y Mendoza, y algunas fuerzas de las de Oribe, se aproximaba á la Rioja. Fué entonces que desconfiando también S. E. el director Brizuela, del digusto del general Lavalle, y tambien por que la nece-

sitaba para que lo defendiera, y defendiese la Provincia lo mandó llamar y le entregó el mando de todas sus fuerzas.

Era tarde ya, pues que el General fraile, se hallaba ya á 12 leguas de la Rioja, en Ampira, hacienda de Brizuela, y se había apoderado de todo el ganado, caballadas, y mulas que allí tenía, y lo que es más, no podía Brizuela sacar las armas que tenía alli ocultas igualmente las municiones.

Esta fué la causa principal por que el valiente y distinguido general Lavalle, no concluyó con Aldao y su ejército en la Rioja, y por que tuvieron lugar nuestros descalabros de *Famaylla* y *Rodeo del Medio*, cuando los descalabrados debieron ser Oribe y Pacheco en el mismo Córdoba.

En tales circunstancias se recibió el general Lavalle de las fuerzas de la Rioja, para solo retirarse á los pueblos de Famatina con ellas, llevando muchos ó la mayor parte de sus soldados á pié cargando sus recados, y despachando al valiente y patriota coronel Peñaloza ó Chacho, á los llanos por un flanco del ejército de Aldao, y acompañado del funesto teniente coronel Baltar con un escuadrón de su ejército, (creo el «Yeruá») para que lo hostilizaran por aquella parte y le privaran de sus comunicaciones con Oribe y San Juan y Mendoza. Volvamos ahora á Tucumán.

Arrojados los santiagueños del territorio de Tucumán me fué preciso mandar muy luego, al coronel Acha, con una división de 200 y más hombres en auxilio del general Lavalle desbaratando de paso algunas montoneras que empezaba á formar el caudillo Balboa, por los pueblos del poniente de Catamarca; y llevándole al General no recuerdo si dos piezas de artillería que las mandaba el comandante ó mayor don Luis Manterola, y el cual no pudo reunírsele por haber sido sorprendido por el fraile general Aldao, al cruzar por Machigasta, por solo una confianza imprudente de aquel valiente y desgraciado Jefe, que poco despues se vengó con usura del mis-

mo fraile, y volvió á ser víctima para siempre por la misma causa, como se verá más adelante. Más á pesar de aquella sorpresa el cruzó con su caballería por entre la numerosa infantería de Aldao, y aunque perdió algunos hombres pudo dando una vuelta reunírsenos nuevamente; y los infantes después de haber perecido algunos de ellos pudieron al fin salvar con las dos piezas aunque perdiendo también á su Comandante.

Brizuela asi que se retiró á Famatina con el general Lavalle, había dejado la dirección de la guerra en mi persona y me pedía este último, que le proporcionara alguna infantería, caballos y mulas para su ejército asi como el dinero que pudiera proporcionarle para socorrer sus tropas que estaban escasas de toda.

Con este motivo pues. me había dirigido yo al gobernador Otero de Salta, reclamando el contingente con que esa Provincia se había comprometido por el pacto que celebraron dichas Provincias confederadas, á concurrir para la defensa ó para llevar la guerra al gobierno de don Juan Manuel Rozas; pero como dicho gobernador Otero, se hubiese escusado con pretextos vagos y sin realizar ninguno, á pesar de sus repetidas ofertas anteriores, le invité á una entrevista en los confines de ambas Provincias, pero se rehusó también.

En esta virtud y urjiendo más que nunca el auxiliar al general Lavalle, y teniendo ya datos muy poderosos de que Otero traicionaba la causa y estaba en relación con el gobernador Ibarra, de Santiago del Estero, pues había atacado de un modo directo mi autoridad, despojando al coronel don Manuel Puch del mando que yo le había confiado sobre una División del ejército en la frontera del sud de dicha Provincia, para libertarla de las fuerzas que había introducido Ibarra á ella, me resolví á marchar contra él con una pequeña división de 300 infantes cívicos de Tucumán y Córdoba y como 250 hombres de caballería.

Dispuesta dicha fuerza, marché á principios de abril con celeridad, confiado en que el patriota pueblo de Salta

que me conocía, y que tanta decisión había manifestado contra el gobernador Rozas, no me resistiría, antes por el contrario se pondría de mi parte para obligar á su Gobernante á cumplir sus compromisos.

Dejé, pues, el ejército á las órdenes del Jefe de Estado Mayor coronel don Juan Elías, que dias antes había ocupado interinamente el ministerio de la guerra del Directorio, y desempeñádolo de un modo satisfactorio hasta que nombré en propiedad mi ministro general al distinguido patriota doctor don Elias Bedoya; quien marchó en mi compañia. El Gobierno quedó encargado al recomendable doctor don Marcos M. Avellaneda, Presidente de la Sala de representantes.

Al llegar á Trancas se me presentó el coronel don Manuel Puch á imponerme como había sido separado del mando de la División que yo le había confiado, por el gobernador Otero, inmediatamente de haber obtenido la la victoria contra las fuerzas de Ibarra, y el cual había confiado por dicho Gobernador al teniente coronel Wierna jefe del escuadrón de Coraceros de Salta que estaba bajo sus órdenes y con el cual lo había yo enviado desde Tucumán al objeto que acababa de desempeñar satisfactoriamente.

Dicho Coronel venía interesado, no obstante el desaire que acababa de sufrir, en que yo suspendiera mi marcha sobre Salta é invitara únicamente á Otero desde allí, á la entrevista, y ofreciendose á ser él el conductor á trueque de evitar un rompimiento que juzgaba me sería funesto. Me opuse abiertamente á su demanda haciéndole conocer las poderosas razones que tenía para creer que Otero nos traicionaba, y que nada tenía que temer de parte de los patriotas y decididos salteños, desde que marchaba con una fuerza capaz de imponerle. Que mi objeto era llamar á Otero ante la sala de la Provincia á responder á los justos cargos que iba á hacerle; y continué la marcha.

Apenas habíamos emprendido la marcha desde Trancas, cuando Puch quedó convencido de la razón que

yo tenía para negarme á su pretensión, pues tuvo aviso de la orden que acababa de recibir el comandante del rio de las Piedras don N. Pereda, del gobernador Otero, para prenderlo y remitírselo con seguridad; y de haber sido apostado en el rio Pasaje por orden del mismo gobernador, el comandante don N. Figueroa con las fuerzas del Campo Santo para resistirme el paso de dicho rio.

Impuesto yo de esta noticia, circulé una proclama á las milicias de la provincia de Salta y sus jefes, manifestándoles las intrigas de su Gobernador, á fin de someterlos á la obediencia del funesto gobernador de Buenos Aires don Juan Manuel Rozas contra cuya arbitraria y tiránica dominación, se habían pronunciado las Provincias; y muy particularmente la benemérita y distinguida de Salta: que en esta virtud marchaba con una fuerte escolta como Director de la coalición de dicha Provincias, á efecto de hacerlo comparecer ante la honorable Sala de Representantes á responder á los cargos que contra él habían; sin dudar por un instante de que los leales y valientes salteños correrían á reunírseme para obligar al traidor Otero á cumplir el juramento que él y toda la Provincia han bien prestado, de oponerse á las bárbaras pretensiones de aquel tirano; ordenandoles al mismo tiempo que no le obedecieran, mientras no hubiera respondido ante la Sala, á los justos cargos que iban ya á hacerle.

El primero que se prestó á responder á este mi llamamiento, fué el patriota comandante Figueroa, que el traidor Otero había destacado sobre el rio Pasaje, para resistirme su paso. Pero viendo éste que las milicias no me oponían la resistencia que él había ordenado, creyó burlarme delegando el Gobierno en el distinguido ciudadano don Manuel Solá, y haciendo que la Sala mandase al instante una comisión de su seno, á encontrarme con este aviso; y exijir mi regreso, por haber cesado con aquel paso el motivo de mi marcha; y anduvo en esto tan dilijente que la comisión me encontró en las Piedras,

é hizo los mayores esfuerzos porque yo regresara, por cuanto mereciendo el señor Solá toda mi confianza, no podía yo dudar de que llenaría él los compromisos de la Provincia.

Contesté brevemente á la Comisión, que advirtiera á la Sala, que la pretensión del señor Otero no era otra, que la de burlar á ambas autoridades con su ilegal delegación, pues reasumiría el mando asi que yo regresara, y no llenaría los deberes que la misma Sala le había impuesto, como había escusado el llenarlos hasta el presente: que la delegación del señor Otero si fuese sincera, debió ser ante la misma Sala y de ella emanar el nombramiento del señor Solá, ó bien el de cualesquiera otro ciudadano que mereciera su confianza, pues que en ello no tenía yo derecho alguno de entrometerme; pero si lo tenía, para reclamar ante ella el cumplimiento de lo que ella misma había pactado y ordenado á su Gobierno.

Continué, pues, mi marcha avisando á la Sala que no eran otras mis pretensiones que las que había manifestado á su Comisión, y que no tendría embarazo alguno en regresarme si la autoridad ó nombramiento del señor Solá emanase de ella misma, y no del hombre que la traicionaba, y para que mejor se impusiera de mis poderosas razones contra el señor gobernador Otero, mandaba con sus comisionados á mi secretario el doctor Bedoya.

La Sala asi que recibió mi contestación y vió que las milicias del tránsito me obedecían, destituyó á Otero y nombró de gobernador al muy patriota y distinguido doctor don Gaspar Lopez, quien salió inmediatamente á recibirme á la posta de Cobos á ocho ó diez leguas de la capital, y de cuyo punto dirigí una comunicación al gobernador de Jujuy don Roque Alvarado, llamándolo á Salta para que tuviéramos una entrevista reunidos con el nuevo gobernador de esta Provincia.

Otero que al delegar el Gobierno en el señor Solá, se había salido á un punto inmediato de la campaña creyendo burlarme, no esperó á ser destituído, ni hizo intento alguno para resistirme desde que vió que las milicias

patriotas de su Provincia, me obedecían. Asi fué que se fugó clandestinamente para los valles Calchaquíes y San Carlos, y de allí se dirigió á Atacama. Fué por esto que á los seis ó siete dias de mi salida de Tucumán fuí bien recibido en Salta, en donde permanecí cinco días mientras el Gobierno me proporcionó algun vestuario para la División, y unos siete ú ocho mil pesos plata incluso un pequeño socorro que se le dió también á ésta.

El señor Alvarado vino á Salta á los dos ó tres días de mi entrada y después de haber acordado con él, el contingente de tropa con que debía él mismo concurrir á Tucumán, y también el que debía dar el gobierno de Salta, me regresé á Tucumán con rapidez, porque ya se habían hecho sentir en la frontera del sur de esta Provincia las fuerzas de Lagos y Maza, que alcanzaban á 1,300 hombres, del ejército de Oribe, aumentadas por más de 1000 santiagueños, á las órdenes de su gobernante Ibarra; pero dejando nombrado General del ejército de reserva que debía formarse en las fronteras del Rosario, con las fuerzas de Salta y Jujuy, al señor gobernador de esta última, don Roque Alvarado; habiendo mandado para los Valles al coronel Espinosa con su cuerpo de Milicias de Burruyacu, para que fuese para Santa María sobre Belen y se pusiese de acuerdo con el general Lavalle, abriendo la comunicación con Tucumán, que estaba cerrada por Balboa.

Así que regresé á Tucumán, destaqué una pequeña fuerza del ejército al mando del valiente teniente coronel don Crisóstomo Alvarez, y bajo las órdenes de mi ministro el doctor don Márcos M. Avellaneda, para que reuniendo las milicias de los departamentos del sur, contuvieren al enemigo; mientras yo aceleraba la marcha del ejército, el completo montaje de la artillería, y compostura de armas.

Todo se hizo con la rapidez del rayo, ayudado por los activos coroneles y jefe de artillería don Fernando Rojas y comandante del Parque y Maestranza don Cayetano Cortinas.

Se libraron órdenes á los gobernadores de Salta y Jujuy para que acelerasen sus marchas hasta Tucumán, lo mismo que al coronel Espinosa, para que se me replegase por Santa María, trayendo toda la gente que pudiera de los valles de Salta y á los pocos días estuvieron todas las fuerzas reunidas, habiendo venido con las de Salta y Jujuy que alcanzaban á más de mil hombres, sus dos Gobernadores en persona.

Al llegar de Salta á Tucumán, me encontré con la noticia de haber pasado por el camino de las Cuestas para Salta, aquèl comerciante de que hablé atrás, que me prevenían desde la jurisdicción de Córdoba que estuviera alerta con él, pero sin haberme dejado la carta que tenía aviso, debía entregarme. En el momento mandé una partida en su alcance, y fué traido con todas las mulas que llevaba y su carga

Reconvínele porque se había pasado sin esperarme ó dejarme al menos la carta que sabía conducia para mí. El hombre se quedó cortado y dióme muestras inequívocas de que era conductor de algun secreto enemigo, pues se excusó mal, con que pensó avisarme en Salta, el mensaje único, que traía encargo de darme de parte de un amigo que tenía yo en el gobierno de Córdoba, ó que se habia finjido tal para sorprenderme. El tal mensaje era insignificante, pues contenía noticias de poco interés sobre las fuerzas que allí había, y las que estaban con Lagos y Maza.

Lo mandé al momento á la carcel, con orden de que se le pusiera incomunicado en un calabozo Como su carga estaba á la puerta de la casa de Gobierno con su peón, ordénole á éste al marcharse para la carcel, que llevase la carga á la casa en que había parado al pasar. Sabiendo yo enseguida, por el ayudante que le condujo, de esta ocurrencia; y que había ordenádole el peón, que llevara el aparejo á la carcel luego que dejara la carga, para que no fuera á perderse; entré mas en sospechas y mandé que pusieran al peón incomunicado, y le dieran orden de prepararse á morir, si no me confesaba que

comunicaciones llevaba para Salta, su patrón. Adviértase que éste, á pesar de estar en el calabozo y habérsele allí interrogado sobre que comunicaciones llevaba, había negado abiertamente.

El peón, así que se vió en un calabozo y observó al sacerdote que mandé á prepararlo, por solo intimidarlo, llamó al oficial y le dijo que le permitiera hablar conmigo, que tenía algo que decirme. Fué al instante conducido á mi presencia, y me dijo que mandara traer el aparejo, que su patrón había puesto en él alguna cosa, pues lo había visto encerrado desnudándolo y cosiéndolo después.

Vino el aparejo al momento, y se encontró en él una carta que conducía para don Evaristo Uriburu y otra para el coronel don Manuel Puch, ambas de Oribe, y una más del general Pacheco para uno de los dos; pues no recuerdo ciertamente para cual de ellos era, porque se me perdieron en el *Rodeo del Medio* con mi equipaje; pero recuerdo en este momento, que he visto entre mis papeles una carta de don Evaristo Uriburu, y pudiera que fuese lo misma.

Hago esta prevención, porque escribiendo este pliego en casa del comisionado del señor Lamas, don Adolfo Rodriguez, oficial primero del Ministerio de Hacienda del gobierno de Montevideo, para recibirse de estas *Memorias*, en razón de haber notado por casualidad una señal, en el manuscrito que se lo habia entregado ya y advertido recién, que la puse al escribir dicha Memoria de la campaña de Cuyo para insertar enseguida esta relación, que había quedado pendiente de un aviso que recibí antes de marcharme para Salta. Por consiguiente, asi que me sea posible y encuentre dicha carta, veré de adjuntarla á estos apuntes.

El objeto de estas cartas ó su contenido, daban una idea bien clara de que Uriburu era un agente de Rozas; y recuerdo con este motivo, que fué tomado en la provincia de Catamarca marchándose de incógnito para Salta, muy poco después de haber yo llegado á Tucumán desde

Córdoba, y que ó se fugó de allí, ó el Gobernador le permitió pasar sin mi conocimiento.

La carta para el coronel Puch, recuerdo ahora que era del general don Angel Pacheco, recordándole su antigua amistad cuando había servido en «Granaderos á caballo» en calidad de ayudante, en el año 1815 y principios de 1816; dirigida al objeto de seducirle para que obrara contra mí. Pero como yo confiaba en la lealtad y decisión de ese buen patriota, se la remití á la frontera de Salta, á donde lo había dirigido pocos días antes con el escuadrón de Coraceros de Salta y otro de correntinos. —Explicado ya todo esto; seguiremos con la historia del negociante de mulas, que era un sujeto decente de Salta, por medio del cual, con el pretexto de llevar mulas para vender á los bolivianos, queria el digno teniente de Rozas, Oribe, fumarme, como dicen vulgarmente.

Descubierto ya el delito de este hombre, que recuerdo en este momento se llamaba don Manuel ó Mariano Rodriguez, crei de mi deber cerrar esta puerta á los futuros traficantes de iguales pasteles que pudieran venirme mandados por tan buenos amigos. Mandé levantar un sumario y pasarlo enseguida al tribunal militar que se había establecido, para que lo juzgara; resultando sentenciado á muerte por el tribunal. Fué ejecutado al siguiente dia, y dispuse que el equipage y papeles se remitieran á Salta á disposición de su familia, y aún creo que habiendo esta reclamado por las mulas pretextando ser agenas, mandé extenderles un documento para que pudiese cobrar su importe en mejor oportunidad, pues se destinaron para el servicio del ejército.

Habiendo registrado posteriormente mis papeles, encontré la carta que era de Uriburu á Rozas, desde Tupiza, como igualmente otra del mismo para el doctor Lahitte y las cuales son remitidas con estas *Memorias* al señor doctor Andrés Lamas al Janeiro para que haga de ellas el uso ó citas que le parezca.

Por ellas se vé que realmente era un agente de Rozas el señor Uriburu, pues le dá cuenta al tirano

que el fué el principal autor de la deposición del señor Solá, mientras este se marchó de Córdoba para la Rioja á consecuencía de la derrota del *Quebracho Herrado*, y del nombramiento de don Miguel Otero. Avisábale de que Otero le había prometido declararse muy luego por el titulado sistema del Ilustrísimo Defensor del Continente Americano, pero tiene el sentimiento de comunicarle que no le dí yo, tiempo, porque marché sobre él y no tuvo corage para esperarme, pero es una lástima que habiéndose él hallado en Salta, no hubiese tomado á su cargo la defensa de su amigo el señor Otero y me hubiese batido para haberme mandado á Rozas con los otros pájaros mas voladores el pasaporte para el otro mundo como se lo ofrece en dicha carta.

Pero ese señor padece una grosera equivocación en dicha su carta, cuando le dice al tirano Rozas que yo había puesto su cabeza á taza, y mandado un ayudante á reclamarlo del gobierno de Salta, pues no mandé más individuo á Salta, que á mi ministro general el doctor don Elias Bedoya, y ese fué acompañado de la diputación con que me mandó encontrar la Sala al otro lado del Pasage y no llevó encargo ninguno para acordarse de él.

De lo único que habla verdad es de los tres bribones que mandé fusilar, coronel Cabrera, comandante Hidalgo y mayor Mercado, pero nada dice de sus errores, ni de los muchos empeños que tube para que no los libertara, de personas muy respetables del pueblo. Ojalá que el *ilustre* Rozas hubiera quitado la vida á uno solo de los muchos miles de hombres que á mandado decapitar, con la décima parte de la justicia que yo tuve para mandar ejecutar á esos tres; y que alguno al ménos hubiese muerto como ellos murieron.

Dispuesta ya la marcha y habiendo hecho retroceder el ministro Avellaneda al ejército enemigo sobre Catamarca, se entresacaron 600 hombres por mitad, de las fuerzas de Salta y Jujuy para que marchasen conmigo á Cuyo. Hecha esta separación regresó á Salta el señor

gobernador Lopez, y se estableció en la frontera del Rosario para activar la reunión de sus fuerzas sobre aquel punto, ya para precaverlo completamente contra las escursiones de los santiagueños, ya también para invadir á la provincia de Santiago en unión con las fuerzas de Tucumán al mismo tiempo de mi marcha sobre Catamarca, segun lo había yo dispuesto. El señor gobernador Alvarado que era el General nombrado para mandar el ejército de reserva, y se hallaba enfermo, quedó en Tucumán.

De doscientos y mas hombres que había traido de los valles de Salta el coronel Espinosa, se entresacaron como ciento cuarenta que fueron destinados al batallón «Libertad» de Salta, y los demás se despacharon á sus casas con sus jefes y oficiales, quedando el batallón con 370 plazas. El Cuerpo cívico de infantería de Tucumán que estaba disciplinándose desde mi llegada y se componía de 200 plazas, recibió orden de marchar, lo mismo que dos escuadrones del regimiento de milicias nº 8 en número de 200 plazas y á las órdenes de su coronel don Gabriel Mercante.

Arreglados ya todos los Cuerpos y las carretas que debían conducir el parque y demás bagajes del ejército; rompió con esto la marcha el 23 de Mayo por la tarde del año 1841 y acampamos al otro lado del Manantial; llevando como secretario del Directorio al doctor don Elias Bedoya, el cual me había acompañado en la misma clase en mi marcha á Salta, y prestado servicios importantes. La fuerza toda del ejército no pasaba de dos mil hombres; y en esa noche se me fueron treinta hombres de las milicias de Jujuy y unos pocos del batallón de Salta.

Los Cuerpos de caballería iban apenas á caballo y medio por hombres, y no todos buenos. El 26 llegamos al rio del Pueblo Viejo que dista 13 leguas de Tucumán y tenía de falla por la deserción, ciento y mas hombres de las milicias de Jujuy la mayor parte, y el resto de los cazadores de Salta; con cuyo motivo me ví precisa-

do á desmontar toda la milicia de Jujuy, á excepción de 50 hombres que dejé para mi escolta por ver si así se contenían y los distribuí del modo siguiente:—Ochenta y cuatro hombres fueron destinados al batallón Libertad de Salta y 40 al Cuerpo de artillería.

Después de hecho este arreglo en el Pueblo Viejo con la parada de un día, y de haber incorporado al Cuerpo cívico de Tucumán unos 16 ó 20 hombres de las milicias de Monteros, continuó la marcha el ejército por el camino de Catamarca, dejando orden al ministro doctor Avellaneda, que había quedado encargado del Gobierno, para que reuniese todas las milicias y marchase sobre Santiago del Estero, en unión con las fuerzas de Salta y Jujuy que se hallaban en la frontera del Rosario.

Adviértase que pocos días antes de romper mi marcha con el ejército, había venido á Tucumán don Dionisio Risso Patron mandado por el general Lavalle desde Famatina al efecto de que activase mi marcha ó le mandase cuando ménos unos 500 infantes para batir á Aldao y ocupar las provincias de Cuyo. Este comisionado regresó en mi compañía en razón de no haber seguridad en el camino para volverse con la pequeña escolta que había traido, dando un gran rodeo.

El 11 de Junio estuvimos en el pié de la famosa cumbre del Totoral, con todo el ejército después de haber aumentado el batallón Cívico de Tucumán con 25 milicianos del regimiento nº 7 del rio Chico; pero habiendo perdido mas de cien hombres desertados de los salteños y jujeños que componían el batallón «Libertad». Vista la cumbre por todos los jefes del ejército la juzgaron impenetrable para nuestra artillería y carretas, pero les reparé que nada había impracticable en este mundo, para los hombres que se habían propuesto libertar á su pátria de un tirano; y tomando una barreta llamé á los artilleros y cazadores con las pocas herramientas que venían para el efecto, y los arengué empezando yo á trabajar el primero. Los pocos jefes y ayudantes que se hallaban á mi lado siguieron mi ejemplo,

y disputándose los soldados la preferencia para obtener las pocas herramientas que habían como palas, hachas y azadas; antes de catorce minutos estuvo allanada la primera dificultad.

Preciso es advertir que en la otra banda del rio Guacra se dejaron mas de 20 carretas en que venían las municiones de artillería é infantèria, así como los demás útiles que llevaban los Cuerpos, y que solo pasaron dicho rio, las ocho piezas de artillería, entre las cuales habían dos obuses de 6 pulgadas, un cañón de 8 otro de 6 y los demás de á 4, y nueve carretillas de media carga. Las municiones que no cupieron en estas carretas fueron distribuídas á todos los jefes y oficiales del ejército y al escuadrón «Mayo», quienes las pasaron por delante y en sus cargas.

En este orden se continuo el trabajo con una actividad y entusiasmo sin ejemplo, pues cuanto mayores eran los obstáculos que la montaña y que las peñas presentaban tanto mayor era el empeño de todos para vencerlos. En esta noche del 12 acampé con toda la infantería y dos piezas lijeras de á 4 en el Durazno ya principiando á subir la cumbre, pues había despachado á tomar la cima de ella al teniente coronel don Crisóstomo Alvarez con su cuerpo de Coraceros y los dos escuadrones del 8; siendo mi objeto ocupar la cumbre con toda mi infantería y las dos piezas, para engrosar con esta operación el paso de toda la artillería y las carretas. Como al llegar á este punto, por la tarde, tuve noticia por el intrépido teniente coronel don Pedro Aquino, que ocupaba mi vanguardia de que una fuerza enemiga se hallaba á corta distancia, y á la izquierda de la Viña, le ordené á dicho Jefe que marchase sobre ella á sorprenderla, con una compañía de los valientes cazadores de Córdoba que tenía á sus órdenes.

Este intrépido Jefe se había lanzado inmediatamente á pié, y por un descenso casi impracticable, sobre la fuerza enemiga que pasaba de cien hombres, y sorprendídola completamente, matándoles algunos hombres y tomán-

doles casi todos sus caballos, y 13 ó 14 prisioneros. Como este ataque lo emprendió Aquino por la parte de la cumbre, los enemigos que salvaron tuvieron que ganar por las faldas y bosques, hácia el territorio de Santiago, sin poder dirigir aviso al coronel Lagos que se hallaba en la quebrada de Paclin, al otro lado de la cumbre; así fué que pude al dia siguiente ocuparla con toda mi infantería y las dos piezas, sin ser sentido por los enemigos, y habiendo allanado mucha parte del camino.

Todo este día 13 lo pasé en la cumbre y en la madrugada del 14 mandé bajar á los tenientes coroneles Alvarez y Aquino á la quebrada, á tomar algunas vacas y cabras que se descubrían y ver si los enemigos se aproximaban en su persecución.

Hecha esta operación y habiendo los enemigos alojádose en el punto de Amadores, abandonando una inmensa cantidad de anegas de maíz que tenían acopiado en su campo, y asomado á su cumbre al anochecer del 14 algunos cañones, con el coronel Puch que los custodiaba con su división, trabajando con toda ella con un empeño laudable, para allanar todos los obstáculos; bajé en la madrugada del 15 á Paclín, con la infantería y las dos piezas, pero después de haber despachado por sobre la cumbre al distinguido ciudadano don Dionisio Risso Patrón, con una división de más de 200 hombres, á embarazar la salida de las demás cuestas por donde podian pasar los enemigos.

Habiendo ocupado como á medio día el campamento que habían tenido los enemigos, permanecí en él todo ese día y el 16, en que bajó toda la artilleria y las 7 carretas; continuamos la marcha el 17 hasta los Amadores, en cuyo punto fuímos informados por la vanguardia de que los enemigos habían fugado por la cumbre de Guasayan que está cerca del *Portezuelo*, sin que Risso hubiera podido estorbarlo. El 18 fué ocupada la capital de Catamarca por mi vanguardia que persiguió al gobernador Balboa hasta *Miraflores* ó más allá, y acampé

con el ejército en las inmediaciones del *Portezuelo*, y entré el 19 á la Capital, pero habiendo mandado en persecución de Lagos y Maza al valiente teniente coronel Aquino con los cazadores de Córdoba y su escuadrón voluntarios de Graneros y en seguida mandé al coronel don Manuel Salas con sus dos escuadrones que alcanzaban á 200 hombres.

Adviértase que á mi entrada á Catamarca tuve noticia de haber retrocedido Oribe y Pacheco con todo el ejército desde los Llanos de la Rioja á la Cerrezuela, sierra de Córdoba, y que se decía ya con bastante generalidad que el general Lavalle se había retirado por los pueblos del poniente hácia á Salta, y que el general Brizuela había sido muerto, después de batido por el Fraile Aldao, y que para cerciorarme de todas estas noticias mandé inmediatamente buenos bomberos á los Llanos de la Rioja y pueblos de Famatina. Entre tanto, yo mandé adelantar al teniente coronel don Crisóstomo Alvarez con su cuerpo de Coraceros y 50 cazadores, mitad tucumanos y mitad cordobeses en persecución de Balboa á la Rioja; ya para tomar un conocimiento positivo de las cosas al mismo tiempo que se arrojaba á Balboa fuera de la Provincia, ya también para ponerme en comunicacion con el coronel Peñaloza y comandante Baltar que se habían conservado en los Llanos con alguna gente; y en fin, para poderme proporcionar con más seguridad todo el ganado necesario para continuar la campaña de la sierra de Catamarca, para cuyo efecto mandé al patriota y distinguido coronel don Basilio Delgadino.

Después de tomadas todas estas disposiciones regresaron mis bomberos á los cinco ó seis días, con la noticia el de los Llanos, de que el bravo coronel Peñaloza se sostenía á pesar de haber dejado Oribe, ó hecho retroceder del otro lado de la travesía una división como de 400 hombres, á las órdenes del coronel Flores, y el de Famatina con la de ser positiva la disolución de las fuerzas del general Brizuela y su muerte, agregando que

el general Lavalle habia pasado por Belen con sus fuerzas en dirección á Santa María.

Esta noticia que el bombero comunicó incautamente en una avanzada antes de verse conmigo, produjo un crecido aumento en la deserción de los cazadores de Salta y de los pocos jujeños que habian quedado, y aún ocasionó también la de 40 hombres de los dos escuadrones de milicias de Tucumán que mandaba el coronel Mercante, y eran de mi mayor confianza; me ví precisado á desmontarlos y los agregué é incorporé al batallón cívico de Tucumán.

Mi segundo hijo que era el ahijado del gobernador de Buenos Aires don Juan Manuel Rozas, y que lo había yo mandado á Jujui desde Tucumán con toda la familia, antes de emprender mi marcha con el ejército y en compañía también de su hermano mayor Gregorio, que había llegado de Chile antes que yo regresara de Córdoba, llegó en este momento de aquella ciudad, y me desagradó por cierto de verlo asi por haber dejado á su madre, como porque no quería de ninguna manera exponerlo á la carrera de las armas, y mucho menos en una guerra como aquella, y precisamente contra su mismo padrino á quien el tanto agradecia así la educación que le había proporcionado, como las consideraciones que le había dispensado en Buenos Aires. Le reconvine, pues, fuertemente, en razón de haberme dicho (al presentárseme), que venía por acompañarme y que solo en fuerza de sus instancias marcadas de dicho deseo había podido conseguir el permiso de su madre.

Díjele que era muy jóven para exponerlo en una guerra como aquella, pues no tenía aún 19 años, y que era preciso se volviera. El pobre se enterneció y me dijo con lágrimas en sus ojos (¡Este recuerdo arranca las mías, pues era un jóven de las mayores esperanzas, así por su talento, como por su juicio y amabilidad, no menos que por el valor á prueba que mostró después!) «Pero mi tatita ¿no entró V. á servir de menos edad que yó? ¿Porqué quiere privarme del gusto de acompañarlo

y servirlo después que me he costeado con este solo objeto? Voy acaso á pelear contra mi padrino?» —Mis ojos se anegaron en lágrimas. No pude contestarle, y lo estreché en mis brazos!!! Bárbaro Rozas.... Feroz y malvado asesino de aquel hijo, que habría sido sin duda el amparo y custodia de sus desventuradas hermanas, y que tenía para con él los deberes de un segundo padre!!! Hasta le muerte te haré la guerra! Sin este crímen feroz, yo habría sido siempre tu mejor defensa, aún cuando hubieses caído en mis manos! Sigamos.

Instruído completamente de la posición de los enemigos y de que no les quedaba ya á las Provincias de la Coalición otra esperanza que el pequeño ejército que habían confiado á mis órdenes, traté de llevar adelante la empresa más atrevida (han sido y serán, los lances que más he apetecido en mi carrera) — ¡La de ocupar los pueblos de Cuyo cruzando por entre dos ejércitos fuertes de 8000 hombres, con un puñado que eran los mios, ó perecer todos! Retroceder no nos era posible, pues el teniente coronel don Crisóstomo Alvarez que mandé en persecución de Balboa, había tomado la Rioja y quitado 12 cajones de fusiles, 12 de municiones, aunque mojada, y 2 piezas lijeras pero desmontadas! Había mandado así que recibí la noticia de la retirada del general Lavalle, al ciudadano don Dionisio Risso Patrón, en su alcance con los pocos hombres que éste llevó á Tucumán y un fuerte escuadrón de milicias á las órdenes del comandante general de los pueblos don Mariano Villagra, para que regresara dicho General con éste, por el mismo camino que se había retirado sobre los pueblos de Famatina, ó se viniera á Catamarca con toda su fuerza.

Mi empeño en hacer que el General regresara era con el objeto de que batiéramos al Fraile General que ocupaba dichos pueblos y para cuyo efecto le prevenía que marcharía yo con todas mis fuerzas á la Rioja para encerrarlo privándole su retirada á San Juan, al mismo tiempo que él con sus 800 hombres de caballeria, mejor

montados que los míos y con el auxilio de las milicias que le proporcionaría Villagra lo atacaba por Belen. Que cuando no conviniere él (Lavalle) en marcharse por aquella parte, mandara solo al general Pedernera con 500 hombres y Villagra, y él se viniera á Catamarca con lo restante de sus fuerzas, pues la Rioja estaba ocupada por Alvarez.

En estas circunstancias se me presenta el edecán ó ayudante del general Lavalle don Pedro Lacasa, con una carta de su General, escrita desde más allá del Fuerte de Andalgalá, en la cual ignorando la verdadera posición de los enemigos me conjuraba por la pátria, á que no diera un paso adelante sin esperarlo, cuando no retrocediera en el momento con mi ejército á Tucumán, donde él creía se dirijían todas las fuerzas de los enemigos, y debíamos presentarle una batalla general, que en caso que no retrocediera yo, él se adelantaba muy pronto á verme.

Llegó precisamente Lacasa, en circunstancias que había yo hecho salir al valiente coronel Acha á situarse en la posta de Amilgancho, diez leguas de la Rioja, á protejer al teniente coronel Alvarez con los escuadrones del coronel Puch de salteños, el «Julio» de Sotelo, y el «Paz» que era compuesto de todos los ciudadanos patriotas y oficiales de milicias de Córdoba, que me habían acompañado en la retirada de dicha ciudad : pues era precisamente el punto por donde el fraile Aldao podría cortar á la fuerza del valiente Alvarez.

¡Podrán figurarse mis lectores como quedaría yo de disgustado al recibo de semejante demanda!

—¡Te hubieras partido de una rodada en el camino (perdóneme Lacasa, pues no era por que mal le quería,) dije entre mi, así que leí dicha carta, antes que habérmela entregado!

Paciencia, dije, y mandé salir inmediatamente al coronel Salvadores con el batallón de cazadores salteños que mandaba el teniente coronel don Lorenzo Alvarez, á escalonarse en Capayan como á 6 leguas de Catamarca; y

tomar el mando de las fuerzas á vanguardia, caso que el enemigo acometiera.

Como los pueblos ó provincias del norte habían hecho ya el último esfuerzo para ponerme en campaña á fin de que unido á los generales Lavalle y Brizuela, se ocuparan las provincias de Cuyo batiendo al Fraile, no me era ya posible volver á ellas poco menos que derrotado y con la noticia de la disolución del ejército del general Brizuela y la de su muerte, sin sembrar en todas ellas y en mi mismo ejército, la desmoralización y el desaliento.

En esta virtud oficié al general Lavalle instruyéndolo de la verdadera posición de los enemigos, así como de las ventajas que habíamos conseguido en la Rioja; é instándole para que acelerára cuanto antes la marcha que le había indicado ya, pues que me veía precisado á mantener escalonado mi ejército, y expuesto á que sufriera algún contraste mi vanguardia, por solo esperarle.

Pero el General en vez de mandar retroceder á Pedernera ó venirse él mismo, mandó adelantar al general Pedernera con todo el resto de su fuerza hasta Aconquija, hácia Tucumán; y el pasó con su escolta hasta Monteros, donde se hallaba mi delegado el doctor Avellaneda con una fuerza de mil hombres, con que iba á invadir por mi orden á la Provincia de Santiago.

Llegado que fué dicho General á Monteros, en la persuación que llevo dicha, de que los enemigos se dirigían á Tucumán y que debía yo retroceder para dar allí una batalla general, díjole á mi Delegado que era inútil su marcha á Santiago. Avellaneda que escuchaba como á un oráculo cuanto el general Lavalle decía ó pensaba se prendó de dicho parecer, y suspendiendo su marcha licenció sus tropas y me escribió en el mismo sentido que lo había hecho Lavalle, por medio de su ayudante Lacasa; y el General me escribió también anunciándome que al siguiente día marchaba á verse conmigo con solo su escolta.

Yo habia mandado en comisión para Bolivia, á mi secretario el doctor don Elías Bedoya desde Catamarca, á consecuencia del pronunciamiento que hubo de todas las tropas en aquella República; así con el objeto de ponerme en relación con el nuevo Gobierno, como con el de sondear si podría obtener un empréstito ; y también para alejarlo del ejército por que era muy mal quisto, ó se había malquistado con todos los jefes que pertenecían, ó que habian pertenecido al ejército del general Lavalle, por su carácter demasiado duro. Y aunque su comportación era buena, quise evitar por este medio honorífico, el verme en el compromiso de desagradar á todos los referidos jefes resistiendo á la pretención de separarlo, pues llegó á mi conocimiento que todos ellos trataban de verme para pedirme su separación. Así fué que cuando llegó el conductor de las comunicaciones del general Lavalle y el gobernador Avellaneda desde Monteros, el 10 de julio; se había marchado ya el doctor Bedoya hacían dos ó tres días. Recibí el mayor disgusto al recibir dichas comunicaciones que me habían desbaratado completamente, ó cruzado todo el plan de mi campaña: asi se lo manifesté al doctor Avellaneda y al General, instruyéndoles nuevamente de la verdadera posición de los enemigos y de las ventajas obtenidas por Alvarez en la Rioja, y haciéndoles ver cuanto había perjudicado á mis operaciones el retardo del General. El chasqui fué despachado en el acto con mis contestaciones á ambos, y en la noche del mismo día recibí otro del gobernador Avellaneda abierto el oficio, y preguntándole al conductor quien lo habia abierto, me dijo:—«El general Lavalle, y su secretario el doctor Bedoya que los encontré en San Francisco, son los que han abierto el pliego; viéndome llegar apurado pidiendo caballo al instante, me preguntaron que novedad había, y habiéndoles dicho que traia orden de volar sin detenerme con este pliego para el Director de la guerra, me lo pidieron y lo leyeron. El doctor Bedoya pidió caballos al instante para pasar, y me dijeron corra Vd. con él á entregarlo

cuanto antes: El General llegará aquí mañana á la noche por que viene con escolta.»

Desde que recibí la comunicación que condujo Lacasa, había puesto un borrador esa noche, de la Orden General que daría así que llegara el general Lavalle, haciéndolo reconocer por General en Jefe de ambos ejércitos; así para manifestarle á él, como á todos, el aprecio que me merecía, y que no conocía otra aspiración que la de salvar mi pátria; como para obligarle por este medio á que reuniera todas sus fuerzas, pues eran los mejor montados, según me lo había dicho Lacasa, y me confirmó después el mismo General. Al recibo de este último aviso de Avellaneda, juzgué mas necesaria que nunca dicha determinación, pues conocí lo urgente que me era el volver á Tucumán y marchar en persona sobre Santiago del Estero, después de haber castigado á Saravia.

El oficio de Avellaneda se reducía á darme parte de haber sorprendido Saravia, el cuñado del gobernador Ibarra, dos destacamentos del sur de la Provincia de Salta, con una fuerza de 300 hombres y apoderándose de dicha frontera: dicho Saravia era salteño. Me avisaba que había ordenado reunirse en el acto á todas las milicias, y me pedía órdenes, agregando que serían relijiosamente cumplidas, pues conocía que dicha invasión de Ibarra era emanada de haber suspendido él su marcha sobre Santiago y licenciado sus fuerzas.

Despaché en el acto el chasqui ordenándole al gobernador Avellaneda, que despachara inmediatamente contra Saravia, una división de 500 hombres bajo las órdenes del coronel Murga é hiciera que Salas y Aquino que habían ido en persecución de Lagos y Maza, se dirijieran por el río Hondo sobre Santiago en combinación con él, pues debía marchar sin demora, por que en la guerra si se quieren conseguir ventajas y triunfar, es preciso obrar con la rapidez del rayo, y sin vacilar jamás.

Cuando haya concebido Vd. una empresa, mi amigo,

le decía: — ¡ No retroceda jamás, porque sus enemigos se le adelantarán ! Vd. con su detención ó retroceso los habrá reanimado, y enfriado al mismo tiempo el ardor de los suyos !Vea Vd. las consecuencias!....

El general Lavalle, llegó en efecto el once por la noche, según me lo habia anunciado el chasqui. «¡Cuanto me había alegrado compañero y amigo le dije, el ver á Vd. antes que su ayudante Lacasa !

El fraile no existiría yá, y Avellaneda estaría en Santiago !

Ya Vd. á visto las consecuencias en la frontera de Salta, segun me le dijo el chasqui». «Tambien yo lo abría celebrado, compañero me dijo, pero ignoraba su marcha, pues el chasqui que Vd. me mandó con su contestación á la comunicación que le entregó Risso, no llegó á mis manos !

Al llegar al Fuerte supe recien que Vd. habia marchado con el ejército y me apresuré á verme con su ministro y delegado el doctor Avellaneda, para hacerle ver la importancia de que hubiéramos esperado á los enemigos en su hermoso pais, y dádoles una batalla general!»

«Basta compañero, le dije, no es ya tiempo de pensar en lo pasado, sino de enmendar nuestros yerros». El recomendable y hábil jóven don Benjamin Villafañe, á quien habia nombrado mi secretario á consecuencia del envio del doctor Bedoya á Bolivia, estaba presente. «Acabo de hacer reconocer á Vd. por el General en Jefe de ambos ejércitos, le dije. ¡Vd. marchará á batir al Fraile y ocupar las provincias de Cuyo, cuya posesión sabe Vd. cuánto nos importa, y yo marcharé sobre Ibarra con las milicias de Tucumán y demas Provincias, llevando solo á mi sobrino el valiente Alvarez con su pequeño escuadrón de coraceros».

«No compañero, me dijo, no quiero pagar la generosidad de Vd. privándole de las glorias que le esperan á la cabeza de este ejército, que es verdaderamente suyo, pues lo ha formado Vd. de la nada. Marche Vd. con él

á Mendoza batiendo al Fraile, que yo regresaré á Tucumán á encargarme de lo demás! Si me ven á mí á la cabeza del ejército, no nos ayudarán Ferré, ni Rivera, por las prevenciones (aunque injustas) que contra mi tienen. Con Vd. no sucedería eso, pues que tiene para con ellos el mejor concepto».

«Me parece compañero mucho más propio, que Vd. marche á Cuyo y yo vuelva á Tucumán, le repuse, pues que es más conocido allá y yo acá, y no creo por otra parte que dejarían de ayudarnos los generales Ferré y Rivera, por que lo vean á Vd. á la cabeza del ejército. En fin compañero, le dije, mi parecer es este:—dejo á Vd. libertad para meditarlo y elegir». «Bien compañero, me dijo, lo pensaré esta noche y mañana hablaremos». Conversamos un rato más encerrados con mi secretario, instruyéndole del estado de la Rioja y los Llanos, del retroceso de Oribe desde estos á la sierra de Córdoba &ª y él hablándome del funesto y nulo, del desgraciado Brizuela, y siendo ya tarde le convidé á cenar y se retiró después á la casa que le había preparado. Todo el ejército lo vitoreó á su llegada, y muy particularmente los jefes y demás que habían pertenecido á su ejército.

Al siguiente día me dijo:—«Me he decidido compañero á no privarlo de las glorias que le esperan en Cuyo. Vd. no conoce á Ferré y Rivera, como los conozco yo; por eso juzga que nos ayudarían estando yo á la cabeza del ejército, pero se engaña. ¡Son unos solemnes malvados!» Me repitió; «marche no más Vd. con el ejército; que yo iré á Tucumán, á trabajar con su excelente y hábil Delegado el doctor Avellaneda».

Me conformé con su dictámen de marchar á Cuyo exijiéndole que en tal caso hiciera un propio inmediatamente al general Pedernera para que regresara con 500 hombres sobre Belen, en compañía de Risso y el comandante general Villagrán, que había yo despachado al Fuerte á este objeto, y que regresando él inmediatamente, dispusiera que cien hombres, sacados de su escolta, que había dejado en Monteros á las órdenes del coronel

Torres, marchasen con algunos jefes y oficiales más, á incorporarse á la fuerza que marchaba sobre la frontera de Salta; y que así que la división santiagueña abandonase aquel territorio, dispusiera que el coronel Sala y teniente coronel Aguirre me alcanzasen en la marcha, pues que no quedando enemigos á nuestra espalda no necesitaría de más fuerza veterana; que al menos en el caso de regresarme yo y seguir él á Cuyo, solo llevaría el escuadrón del teniente coronel Alvarez que me servía de escolta.

Le indiqué también la necesidad de ordenar al general Pedernera, que había quedado en las inmediaciones ó cercanías de Santa María, que despachara en el acto 50 hombres con un capitán, para el valle de San Carlos, á ponerse bajo las órdenes del comante general de los Valles don Florentino Santos, pues que Otero y algunos otros federales que se hallaban por Atacama, podrían insurreccionar dichos Valles; que apoyado Santos por esta pequeña fuerza de su ejército no habría quien le contratase un hombre, y podría concurrir á favor de este auxilio á cualesquier punto que él le ordenara, con una buena División.—El General se convino á ello, y yo marché para la Rioja el 13 en la tarde, quedando él en mandar esa misma noche un propio al general Pedernera con las órdenes que habíamos acordado.

Mi secretario se quedó esa noche en el pueblo para despachar algunas cosas que quedaron, y el General quedó en marcharse al siguiente día 14 para Tucumán. Amanecido este día, se habían empeñado los vecinos de Catamarca en detenerlo para darle un segundo baile esa noche, y el General condescendió é hizo quedar á mi secretario, y al retirarse del baile, tarde de la noche, le dijo á Villafañe:—«¿Que dirán mis compañeros y los pueblos cuando sepan que el general Lavalle á perdido un día por bailar?» Y amanecido el 15 se marchó para Tucumán con la escolta que había traido y llevándose, al coronel Mendez que habiendo venido conmigo, mandando la Legion Sagrada que se compañía de los escuadrones *Mayo* y *Paz*, que me lo pidió el General la tarde de mi

salida, y tuve que dejárselo sin embargo de que en mi ejército no había quién ocupase su lugar, como se vió en la batalla del *Rodeo del Medio*, ó vuelta de la Ciénaga.

He querido hacer esta relación prolija para que mis lectores juzguen si pudo el general Lavalle haber dicho en Catamarca, con propiedad ó sin ella, á su edecan Lacasa, lo que éste afirma en su cuaderno impreso en Valparaiso. — *¿Hasta cuando me perseguirá mi estrella? Nuestro trabajo de meses acaba de venir por tierra con este movimiento; pero como ha de ser, obedezcamos al destino.* Podía creerse que el general Lavalle faltase tan groseramente á la verdad ó que hubiese tenido empacho en manifestar francamente su opinión á un compañero que acababa de poner todo su ejército á sus órdenes, y á quien le habían prometido la noche antes todo lo que llevó expuesto? Júzguenlo los que le conocían!

Mi secretario don Benjamin Villafañe que está actualmante en la Paz, y fué testigo presencial de lo que refiero, y no tiene ni idea de lo que estoy escribiendo, pudo desmentirme, asi en esta parte como en otro equívoco del mismo autor, cuando habla de la cita que me hizo el general Lavalle á Romero ó puntas del Quebracho, pidiéndome 2000 caballos según él; y aunque esto queda ya desvanecido por lo que referí anteriormente escribiendo en Potosí ó Chuquisaca, cuando aquel cuaderno no había visto la luz pública, no creo demás refirir lo que mi secretario y todos los jefes de mi ejército vieron entonces, asi como el Gobierno y muchos ciudadanos de Córdoba, por la nota misma de Lavalle.

«En dicha nota me pedía concurriese al punto de Romero, con todas mis fuerzas, el día 20 de noviembre en que debiamos reunirnos con los dos ejércitos para acordar un plan, advirtiéndome que el suyo llegaría en el día señalado, á dicho punto, sin comer uno ó dos días por la falta de carne; y pidiéndome le anticipara algún ganado» —con todo lo demás que queda referido, sin hablarme una sola palabra de caballos. Agréguese á esto el mensaje que queda dicho recibí de parte del General

Benjn Villafañe

por su ayudante el mayor Gimenez, y juzguen los lectores lo que quieran.—No era mi ánimo descender á tantos pormenores, más la exposición del señor Lacasa me ha obligado á ello y no tengo temor de ser desmentido; por que lo que yo hablo lo saben todo el ejército que yo mandaba, y lo han visto todos!

Habiendo salido el 13 de julio de Catamarca llegué el 22 á la Rioja, habiendo sufrido la deserción de 30 cívicos de Tucumán, y me reuní allí con el coronel Acha que se había ya adelantado á dicho pueblo con los Cuerpos que estaban escalonados por orden mía. El batallón «Libertad» desde su llegada á Catamarca, y en el camino á la Rioja, había sufrido ya una numerosa deserción, y los escuadrones de Salta al mando del coronel Puch habían experimentado tambien alguna.

El pueblo riojano me recibió con entusiasmo, y mandé á los siete dias al coronel Acha, avanzarse hasta Ampira estancia del general Brizuela, á 12 leguas de la Rioja, con el batallón «Libertad», coraceros del teniente coronel Alvarez y los escuadrones de Salta y el «Paz», con dos piezas ligeras y llevando cien cabezas del ganado que habían reunido por delante, en la provincia de Catamarca, quedando muy pocc para el resto del ejército, pues debian llegarme mil cabezas que habia mandado bajar de las sierras del Alto y Ancaste.—Miéntras tanto se refaccionaban las carretas que se habian estropeado á causa del mal camino, y componian algunas armas; despaché algunas partidas en busca de cabalgaduras, las que no pudieron reunir sinó veinte y tantas ó 30, y no buenas.

El general Aldao quedaba ya entre tanto á retaguardia mia, por mi derecha, en el pueblo de los Sauces con su ejército de 2.000 hombres, y Oribe con el suyo que pasaba de 6.000 en Pichana, al otro lado de la travesía de los Llanos, cuando el mío no pasaba ya de 900 hombres. En los 4 ó 5 dias que permanecimos en la Rioja no apareció el ganado que debió llegarnos de Catamarca, y estando nuestras caballadas y la poca boyada que teníamos en imposibilidad de llegar á

San Juan, se dejó sentir entre los jefes del ejército la idea de que debíamos regresar á Catamarca á reparar nuestros caballos, proveernos de carne y esperar la mejor estación para seguir adelante.

Yo que conocía que dar un paso atrás y disolvernos era una misma cosa, convoqué á junta de guerra á todos los jefes principales que se hallaban en la Rioja. Reunidos estos en mi casa á las 6 ½ de la tarde, manifestaron su opinión de retroceder á Catamarca; fundándose en el mal estado de nuestras cabalgaduras y boyada para llegar á San Juan, y en fin, en el corto número de nuestras tropas.—Habiendo oido á todos, tomé la palabra y les dije:—«Las razones que Vds. dan son desde luego positivas, mas retrocediendo somos perdidos, porque el Frayle que está ya á nuestra retaguardía con dobles fuerzas, conociendo nuestra debilidad saldrá á estorbarnos el paso, dará aviso á Lagos y Maza y saldrán á esperarnos en la cumbre de Paclin. Oribe que está á nuestra izquierda, se correrá tambien hácia Tucumán y no escapará ninguno de nosotros, porque no tenemos como, ni á donde, esto, contando con que nuestros soldados, después de conocer nuestra impotencia, quieran acompañarnos á retroceder cuando no lo han hecho por ir adelante. Lo mas probable será, que en el acto de volver atrás, se nos desbanden los Cuerpos, cuando no nos amarren á todos, como lo mereceríamos en tal caso».

Después de hacerles esta pintura refiriendo lo que debía sucedernos, pasé á demostrarles las ventajas que nos resultarían de batir primero al Frayle y arrojarlo de la Rioja, en cuyo caso después de haber impuesto á nuestros enemigos, nos seguirian todos los riojanos hasta Buenos Aires si era preciso, y podríamos con facilidad ocupar las provincias de Cuyo. Sobre todo señores, les dije: «Es mas honroso morir con gloria marchando adelante, que sucumbir ignominiosamente volviendo atrás: tal vez, á manos de los mismos pueblos que á costa de inmensos sacrificios nos han puesto en campaña; esto es

cuando logremos escapar de nuestros enemigos que nos han de matar como á perros». A estas reflexiones todos convinieron en que marchásemos sobre el Frayle, y dándoles la orden de marchar para el siguiente dia, los mandé retirar, pues no teniamos mas ganado que 160 terneros y no había esperanzas de encontrar ninguno en los Llanos, y en virtud de este acuerdo mandé orden al coronel Acha para que en el acto de recibirla retrocediese con la vanguardia desde Ampira hácia la parte de Amilgancho, de donde debíamos, dejando la artillería con una pequeña fortificación y un piquete de infantería, dirijirnos sobre el Frayle general, á los Sauces.

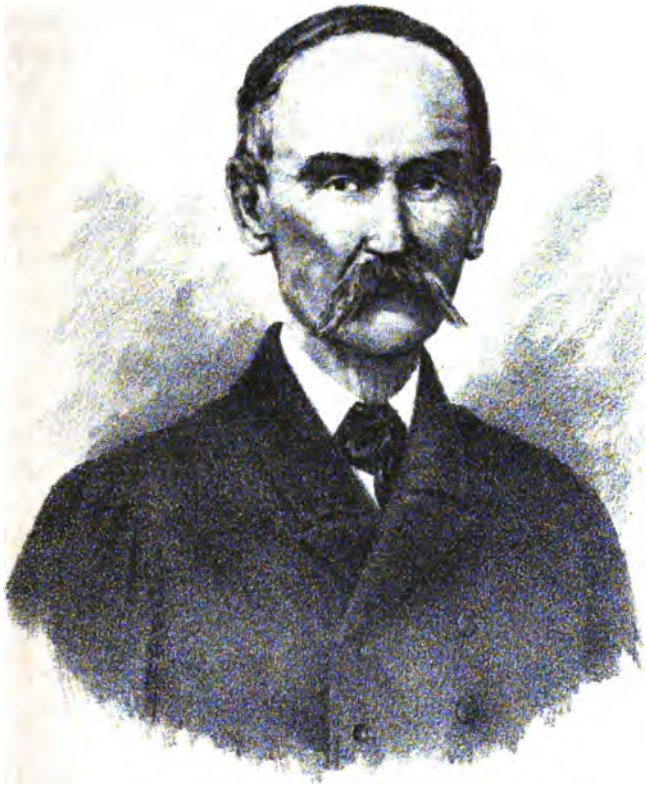
Serían las 12 de la noche cuando recibo un propio del señor gobernador Cubas de Catamarca, avisándome que Lagos y Maza con 1300 hombres estaban sobre la sierra del Alto, que había él dado aviso al general Lavalle de esta novedad, y pedidole auxilios; y que si no los recibía como le parecía imposible, tendría que retirarse á Tucumán por Escaba. En el acto de recibir esta comunicación me resolví á continuar mi marcha sobre Cuyo asi que amaneciera, y habiendo llegado el coronel Acha desde Ampira, así para saber el motivo de esta nueva determinación como para darme parte de la crecida deserción que había experimentado de los Cuerpos salteños así de infantería como de caballería, y aún de algunos Coraceros; como á las tres de la mañana, le impuse del acuerdo que había tenido esa noche con todos los jefes, y enseñándole el parte de Cubas que habia recibido, le ordené retrocediera en el acto y marchara con toda la presteza posible sobre San Juan, sacara todos los caballos, mulas y bueyes posibles y me saliera al encuentro; que hecha esta operación (pues no había quien lo impidiera) no habría poder que nos arrojara de Cuyo.

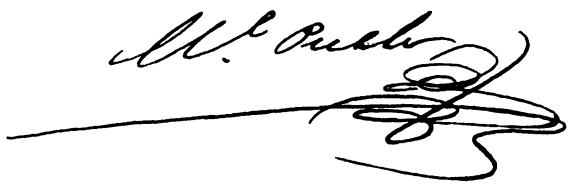
Acha retrocedió en el acto muy contento, pero encargado de no comunicar á nadie el parte que había visto de Cubas. Así que amaneció el 29 los Cuerpos se dispusieron para la marcha, y cuando los jefes me vieron tomar el camino para San Juan, se quedaron asom-

brados, y preguntándome algunos el motivo de esta nueva determinación, después de lo acordado esa noche, les contesté:—«Respondo con mi cabeza si no tomo las provincias de Cuyo; hay grandes noticias y es preciso no averiguar mas»,—y al romper la marcha mandé celebrarla con dianas y música. Todos obedecieron y marcharon llenos de ansiedad é incertidumbre, y para que la marcha se hiciera menos sensible nos llegaron esa mañana como 50 animales vacunos de la sierra de Catamarca. El Oficial de milícias que trajo este ganado, me dijo, que se le habían disparado como 100 cabezas mas que conducía, y que juzgaba muy difícil me alcanzaran las demás partidas de ganado, á pesar de haber bajado ya de las dos Sierras, así porque las travesías que tenían que hacer por aguadas que no estaban acostumbradas á tomar, eran montuosas, como por el mal estado de los caballos en que las conducían.

Dos días antes de romper esta marcha, había ordenádole al coronel Acha que desmontara los dos escuadrones salteños del mando del coronel don Manuel Puch y los destinara al batallón «Libertad», á consecuencia de haberse ido esa noche anterior una partida crecida de desertores, y de ser necesario aumentar este batallón por haber quedado reducido al número de 130 plazas, así por la deserción como por el corto número de enfermos que había dejado en la Rioja, tambien por que sería el único medio de evitar la deserción de aquellos, pues de 300 hombres que salieron de Tucumán no quedaban ya mas que ciento cuarenta.

Se aumentó, pues, el batallón, con 120 hombres de dichos escuadrones, al número de 250 plazas con que marchó en la vanguardia para San Juan, quedando el coronel Puch nombrado jefe del E. M. del ejército; y de todos sus oficiales con sus ordenanzas, se organizó un escuadrón que llevó el nombre del finado general Güemes. Así emprendimos desde la Rioja la mas atrevida marcha sobre las provincias de Cuyo, llevando la vanguardia como 460 plazas incluso los coraceros de Alva-





rez, y el escuadrón «Paz» que iba mandado por el distinguido patriota doctor don Francisco Alvarez, Gobernador de la provincia de Córdoba, y todos los demas cuerpos del ejército apenas alcanzaban á 570 hombres.

Justo es aquí hacer referencia del destino que se dió en Catamarca á los jefes y oficiales de la división jujeña que se había disuelto, y tambien al distinguido coronel don Dionisio Puch, jefe de uno de los escuadrones salteños que vinieron al mando de su hermano el coronel don Manuel. — los primeros que se habían conducido bien, después de disuelta su División no era justo llevarlos adelante, fueron despachados á Tucumán para que presentándose á su gobernador el general don Roque Alvarado que se hallaba en esa ciudad pudiesen serle útiles en la nueva organización de las fuerzas de reserva, con que debían imponer en todo caso al gobernador de Santiago. El coronel don Dionisio Puch con varios oficiales sobrantes que habían ya quedado en su División á causa de la deserción, fué mandado á la provincia de Salta á levantar un cuerpo veterano para reforzar con él, el ejército, si preciso fuese y al efecto se le estendieron los despachos de Coronel del ejército.

Después de haber ya marchado la vanguardia sobre San Juan, rompí la marcha con el resto del ejército el 29 de julio desde la Rioja con dirección á Jachivé ó Algarrobo largo, en donde debía incorporársenos el comandante general de los Llanos, coronel don Angel Vicente Peñaloza, después que hubiese arrojado á las fuerzas de Oribe que ocupaban la Costa baja, al mando del coronel Flores, y de Tello y Lucas Llanos, á la cual amenazando con mi vanguardia pensaba dejarla burlada, así como al Fraile que ocupaba los pueblos de Famatina con un ejército doble que el mío. En efecto Flores retrocedió con sus fuerzas hácia la sierra de Córdoba, y Peñaloza se me incorporó mas allá de San Antonio como con 300 hombres, después que habíamos tenido que dejar abandonadas tres carretas, por falta de bueyes, en Paquía y más adelante.

Cuando el coronel Peñaloza se incorporó al ejército estábamos ya en estado de abandonar todas las carretas y á más algunos cañones, por falta de bueyes y de cabalgaduras, pero habiéndome él proporcionado algunas yuntas de bueyes y toros mansos, algunas mulas y un escuadrón de llanistas para que cuarteasen los cañones pudimos continuar la marcha hasta Muscasin, con todo el tren. — De este punto despaché al coronel Peñaloza con toda su fuerza más el escuadrón «Julio», á la Laguna (1), con el objeto de montarse bien y sacar algunas caballadas, mulas y bueyes para el ejército y tambien con el de lanzarse sobre Mendoza si el caso lo exigía; despaché también un propio en alcance del coronel Acha dándole aviso de la dirección que llevaba Peñaloza y su objeto, para que si acaso lo necesitase, pudiese dirigirle un propio llamándolo, pues iba prevenido al efecto; le pedia con este propio todas las mulas y bueyes que pudiera mandarme. Continuamos nosotros la marcha para San Juan en esa misma noche muy trabajosos ya con las carretas y cañones, por la absoluta escasez de bueyes y mulas, pues íbamos tirando los cañones los jefes y oficiales, en los caballos de reserva y los ciudadanos del «Mayo» que habían. Al siguiente día de haber salido de Muscasin recibí aviso de haberse movido el Fraile, de Famatina hácia San Juan, despaché un propio al coronel Acha dandole aviso para que acelerase su marcha y procurase reunírseme con la caballada que hubiere sacado de San Juan, ó que me mandara encontrar con ellos.

Viendo el mal estado de nuestros bueyes y cabalgaduras traté de abandonar la pieza de 8 y 2 culebrinas de á 4 para aligerar nuestras marchas y evitar que el Fraile pudiese caer sobre mi vanguardia antes que yo me incorporase; y el jefe de artillería y algunos de los otros, me

---

(1) Lugar intermedio entre San Juan y Mendoza á la parte del este y mas inmediato al primero.

hicieron presente que esta causaría un desaliento á la tropa y nos quitaría la respetabilidad que da esta arma, pues teníamos ya el camino bastante adelantado al Fraile, general, podríamos sin dejar los cañones, aligerar algo más la marcha abandonando solo dos carretas y la fragua de campaña, repartiendo las municiones de las carretas que dejásemos á los jefes para que lo acomodasen en sus cargas, recargando las dos carretas que nos quedaban, dando tambien los fusiles y armas sobrantes que venían en ellos á los jefes y oficiales y al escuadrón «Mayo» que se ofreció gustoso á cargarlas; que por otra parte era probable que pronto nos encontrase el coronel Acha con algún auxilio de cabalgaduras, que sería una lástima abandonar los cañones que tantos sacrificios nos costaban. Convine yo con estas reflexiones y así lo hicimos, y continuando la marcha hasta el Bermejo, pero al llegar á él nos encontraron el teniente coronel Burgoa y el ayudante Hollmberg que había marchado con el coronel Acha en la vanguardia y diez ó doce hombres de tropa con la noticia de que habiendo tomado San Juan el coronel Acha el trece, y salido después de estar perfectamente montado por la Punta del monte ó Angaco, se encontró allí con todo el ejercito de Aldao y Benavides que pasaba de dos mil hombres, y que habiendose trabado una horrenda batalla, habían sido ellos cortados; pero que juzgaban que había perecido el coronel Acha y toda su división. Al oir esta declaración que me la hicieron á mi solo, me llené de indignación y les dije: — « ¡Es imposible que estando el coronel « Acha perfectamente montado con toda su División, sea « capaz el ejército del Fraile de concluirlos, pero ni « aun derrotarlos! Ustedes han huido cobardemente del « encuentro, y por eso aparecen solos! Si Acha hubiese « sido derrotado ya tendríamos aquí la mitad de sus « fuerzas;—como ustedes me dejen traslucir en el ejercito « semejante idea de derrota voy á fusilarlos, adviertan « ustedes esto mismo á los soldados que los han acom- « pañado, y que cuando les pregunten digan que habien-

« do salido en comisión fueron cortados por el enemigo « y no teniendo como reunirse han buscado el ejército».

Sin embargo de esta precaución, todo el ejército se alarmó con la llegada de estos hombres, entre los que venían tres heridos, y yo para distraerlos y entusiasmarlos, mandé tocar diana y músicas en todos los Cuerpos y le aseguré con mi pescuezo que Acha había triunfado completamente cuando no aparecía hasta ese dia ningun derrotado, pues los que habían venido, de puro cobardes, no habían buscado la reunión de sus compañeros. Preciso es, les decía, caminar dia y noche ahora para concluir con los restos fugitivos del ejército enemigo. Al caer el sol, llegamos al rio Colorado que estaba crecido, su paso era pantanoso é inmediatamente lo pasé con el cuerpo de coraceros Tucumanos, la compañia que llevaba de los de Córdoba y el escuadrón «Mayo», disponiendo enseguida que los escuadrones «Julio» y «Lavalle», de correntinos hicieran pasar las municiones y los cañones con mas una carretilla en que conducía mi equipaje, alguna municion y los enfermos, ú hombres que se cansaban en la marcha.

Justo es recomendar aqui el ardoroso entusiasmo, que manifestaron los tenientes coroneles Sotelo y Acuña. Esto es el 1°, del «Julio» y el 2° del «Lavalle», pues desnudarónse apesar del recio frio que hacía, se tiraron al agua y á su ejemplo, todos sus soldados, empezaron á pasar á hombro todas las municiones asi de fusil como de cañón. Luego pasaron la carretilla, enseguida, con el mayor trabajo suspendieron de las ruedas los cañones, pasaron toda la artillería, la fragua de campaña, la que mandé inmediatamente ocultar en el monte dentro de un barranco, justamente con mas de 30 tercerolas y fusiles inutiles para aliviar el peso.

Se emplearon en esta operación de pasar el río, más de 4 horas, y después de haber churrasqueado la tropa la carne de dos burros y una potranca de mula; pues hacían dos dias que no tenía carne el ejército. Continuamos la marcha á la 1 de la mañana, y habiendo ca-

minado toda la noche, fuimos á parar, como á los 8 de la mañana, en un pequeño pastizal que había, para que descansaran un poco las bestias y ramoneasen algunas yerbas; mientras este descanso, recibí unos partes del comandante Martinez del escuadrón *Paz,* que iba conmigo y lo había mandado el día anterior avanzase hácia la *Punta del monte,* ó *Agua de las burras,* á descubrir y tomar noticias, en virtud del aviso que me había dado Burgoa.

En el parte me decía que acababa de tomar cuatro soldados del general Aldao que habían caido derrotados, los cuales aseguraban que el 16 había sido derrotado su ejército completamente en *Angaco* por mi vanguardia, que habían salido con el Fraile escapados, hácia el valle Fértil y se le habían ellos separado; que el Fraile había seguido solo con un oficial. Allí se festejó altamente por el ejército, esta noticia y continuamos la marcha.

Serían las 3 de la tarde del 19, cuando se me presentó el comandante Igarzábal de la vanguardia, con la noticia de haber sido sorprendido Acha el 18 en San Juan, por el general Benavides, después que había obtenido el triunfo más completo el 16 en *Angaco,* en un combate de 8 horas; decía también que el teniente coronel Sardinas, segundo del valiente Alvarez, que había salido herido en *Angaco,* quedaba con el comandante Martinez, con mas de 60 coraceros que habían salvado, los más de ellos en pelos; que el intrépido teniente coronel don Lorenzo Alvarez, jefe del batallón *Libertad,* había muerto en la sorpresa, y también el distinguido comandante doctor don Francisco Alvarez, del *Paz,* con una porción de buenos jefes y oficiales; que juzgaba que el coronel Acha que se hallaba solo con la infantería y los prisioneros de *Angaco* en un potrero, al tiempo de la sorpresa, había perecido.

Instruído yo de este contraste, le ordené que dijera que él y Sardina habían sido cortados en la sorpresa, y no pudiendo reunirse al coronel Acha, habían venido á

encontrar al ejército, pero que Acha, estaba seguro que se sostendría con los infantes en el puesto que ocupaba. Después de estas prevenciones, ordené al coronel Sardinas que se adelantara hácia la *Punta del monte* con su fuerza y la partida del comandante Martinez (Segundo) para observar los movimientos del enemigo, y servirme de vanguardia; distribuyendo todo mi equipaje á los jefes de los Cuerpos, para que lo repartieran entre los oficiales más necesitados, continué la marcha sin comer, pues carecíamos absolutamente de carne, y hasta sin beber por no haber encontrado agua hasta Samacoa, en cuyo punto no habiéndola tampoco, hice alto, quedándome á pié con toda la fuerza. Mandé al coronel Avalos con su escuadrón y el de Sardina, llevando todos los caballos y los pocos bueyes que habían, á darles agua en una aguada que distaba de allí tres leguas asi á San Juan, á la falda de la sierra del *Pié de palo*, quedándonos allí, decididos á vencer ó morir, peleando á pié, si el enemigo nos buscaba.

En la noche anterior había disparado un cañonazo con la pieza de 8, bien atacada, para que sirviese de aviso al coronel Acha, de nuestra aproximación, caso se oyese. El coronel Avalos no regresó con los caballos y bueyes hasta el siguiente día á las 8 de la mañana, por ser el camino á la aguada muy fragoso y montañoso, y porque la aguada era tan corta que no habían podido acabar de dar de beber mas, hasta aquella hora, pero vino con 9 bueyes de menos, porque se los habían carneado por la noche los soldados, sin él saberlo; por cuya razón nos vimos en trabajos para tirar los cañones; fué preciso emplear en este servicio tres mas de nuestros mejores caballos; más sin embargo pudimos llegar á una legua de la *Punta del monte*, cerrada la oración. En este punto, formé en cuadro el pequeño ejército y le hice ver por una proclama el riesgo que había en llegar de noche á la aguada de la *Punta del monte*, cuando no distaba más que 7 leguas de San Juan, y podíamos ser sorprendidos como Acha, por una fuerza cualquiera, la

cual bastaría para derrotarnos en el desórden con que se tirarían al agua hombres y caballos, pues hacían tres días que no bebían, porque en la aguada á que llevaron los caballos y bueyes, no habían hecho mas que chupar un poco de barro; que en esta virtud era mejor sufrir una noche más sin agua, y salvar la pátria y nuestras vidas, que bebiendo perderlo todo; habiéndoles preguntado á los cuerpos todos, después de bien explicado el riesgo que había en seguir adelante.

—«¿Que mas quereis?—¿salvar la pátria sedientos ó exponeros á perderla por beber agua?»

La contestación á una voz, de todo el ejército fué:

—«¡Queremos pátria y no agua!»

Después de esto acampé tomando todas las precauciones necesarias á media legua de la aguada, y á las 9 de la noche mandé disparar otro cañonazo bien atacado con la pieza de á 8, para que supieran los sitiados de nuestra aproximación.

Amanecido el 22 nos pusimos en marcha para la Punta del monte, y así que llegamos; hombres, caballos, y bueyes sin poderlos contener se precipitaron al agua, y estuvieron por mucho tiempo sin levantar la cabeza; mas yo había mandado ya al amanecer al coronel Sardina, para que pasando de la Punta del monte descubriese el campo y procurase reunir todos los caballos, bueyes, ganado y ovejas que se encontrasen.—Después de haber satisfecho la sed, hombres y bestias, pudimos con bastante trabajo, sacar al camino los cañones, pues se habían precipitado con ellos á las acequias los bueyes y fuimos á campar en una hermosa casa que había, unas cuadras mas adelante, como á las 8 de la mañana. La tropa se ocupó de comer zapallos que habían en abundancia, y cuantas gallinas se encontraron en las casas que estaban abandonadas y como á las 10 se proporcionaron 3 animales vacunos y algunas ovejas que se distribuyeron en proporción, habiendo antes largado á comer á las caballadas.

Serían las 12 $^1/_2$ cuando se presentó un jóven decen-

te con un papel del porte de una hoja de cigarro, con esta inscripción;

—«Me sostengo.—Acha».

Preguntádole cuando había salido del pueblo, me contestó:

—«A la oración cerrada del dia anterior; que había tenido que dar un gran rodeo para llegar á este punto; que al pasar el rio le habían dicho dos mozos que encontró, paisanos, que el general Acha se había ya rendido, mas que él no lo creía.»

Inmediatamente después de haber disparado otro cañonazo antes de la llegada del jóven nos pusimos en marcha para el pueblo como á las 2 $^1/_2$ de la tarde, pero habiendo encontrado todo el camino anegado por haber echado agua á él los enemigos, no pudimos llegar al punto de Angaco que dista como legua y media de la Punta del monte, hasta cerca de oraciones.—Como ya, yo me hubiese adelantado á este punto y se encontrasen allí algunas cabras, las mandé matar á todas y fuí dando racion á todos los Cuerpos conforme iban llegando.

Mientras llegaban todos los Cuerpos, tuve tiempo de registrar el campo en que había sido la batalla, pues me tocó parar en él.—A la izquierda el camino estaba una gran acequia con bordes á uno y otro lado, que servía de cerco al potrero, en donde formó el general Acha su pequeña fuerza, y fué rodeado por todas partes por el enemigo; y como estuviesen allí algunos jefes y oficiales de los que se encontraron en la batalla, me hicieron notar la posición que ocupaban ambas infanterias. Las de Aldao que pasaban de 500 plazas por la parte de afuera y la nuestra que no pasaba de 200 por adentro; y sobre los bordes de uno y otro lado estaban estampados los cañones de los fusiles, de modo que mientras duró la batalla, las dos infanterias, estuvieron fusilándose tocándose unas contra otras las bayonetas, y mientras tanto el magnánimo teniente coronel don Lorenzo Alvarez que mandaba el batallón «Libertad» se mantuvo sobre su caballo con la mayor serenidad, ani-

Narazio Benavides

mando á sus soldados hasta el momento de rendir á toda la infantería enemiga, cuando el valeroso coronel don Crisóstomo Alvarez que mandaba la caballería había dispersado, acuchillado en todas direcciones á la numerosa caballería enemiga, apesar de hallarse gravemente herido desde la mitad de la pelea.

Asi que llegaron todos los Cuerpos con algunos cañones que se habían enterrado en el fango, y luego que hubieron sido todos aquellos racionados de carne, continuamos la marcha después de cerrada la oración, y fuimos á acampar en una hacienda que está como un cuarto de legua, ó poco más del Río, habiendo tomado algunas mulas y caballos buenos en la marcha. El motivo de no haber continuado la marcha en aquella hora, fué el de háberse descubierto una fuerza sobre el río, y como para pasarlo era necesario vadearlo primero y pasar las municiones de las piezas, á mano, no juzgué prudente hacerlo por que era aventurado. Y hago que en esa noche ó al siguiente día por la mañana se tome un hombre, el cual nos informó de haberse rendido el general Acha por falta de municiones á las 12 del 23, y que inmediatamente habían sido remitidos todos los prisioneros para Mendoza con un escuadrón de escolta, y que el general Benavides con toda su fuerza estaba en la otra banda del Río.

Así que amaneció el 24 se puso el ejército en marcha llevando el batallón tucumano y toda la artillería á vanguardia, en seguida del escuadrón que iba de descubierta al mando del coronel Sardina y teniente coronel Sotelo, El coronel Salvadores jefe de la infantería era el que mandaba la vanguardia. Luego que el escuadrón de descubierta pasó el río, avisó estar allí toda la fuerza enemiga emboscada á la salida de un callejón: en consecuencia de este aviso se precipitó el paso del Río con celeridad, pasando las municiones á mano, y echando descubierta por los flancos, se arrollaron las partidas enemigas que nos observaban. En seguida entré al callejón llevando los dos obuses y la pieza de á 8, con la

infantería; así que salimos al punto en que estaba el enemigo, le hice disparar un cañonazo y dos granadas, á cuyos tiros y á la carga que dió la infantería y el escuadrón de vanguardia, se pusieron en fuga las columnas enemigas á pesar de su mayor número, pues toda nuestra fuerza no pasaba de 500 hombres.

En seguida entramos hasta la plaza en el mayor orden: allí se formaron todos los Cuerpos y permanecieron formados como hora y media, sin separarse un solo hombre, mientras se publicó un decreto y se dirijió una carta al general Benavides acompañada de otra de su señora invitándolo á una entrevista, y ofreciéndole mi amistad. Después de pasado este tiempo y despachado el propio, pasé á situarme á una legua fuera del pueblo; camino á Mendoza.

Al siguiente día se recibió aviso de avistarse el coronel don Angel Vicente Peñaloza por el camino de las lagunas, á cuyo Jefe se le había mandado aviso desde el camino, del triunfo del general Acha en *Angaco* y de su sorpresa en el pueblo á los dos días después de la célebre batalla. En seguida llegó el comandante general Peñaloza con toda su división bien montada. Esa tarde se organizó una comisión compuesta del jefe de artillería teniente coronel don Fernando Rojas como Presidente y los mayores Esquiñigo de infantería y Quirno de artillería, como vocales; para que sacaran una contribución para socorrer al ejército y al efecto fueron mandados al pueblo con 50 infantes, llevando la orden de que hicieran convocar el pueblo para que nombrase un Gobernador provisorio. Se distribuyeron partidas en busca de caballos, mulas y bueyes, y á los dos días estaba bien montado el ejército y tuvimos los bueyes necesarios para la artilleria.

El 27 rompió la marcha el ejército para Mendoza y acampamos en el Pocito, en cuyo punto se nos reunió la comision al siguiente día por la noche trayendo como dos mil pesos ó más, entre plata sellada y alguna labrada, y después de haberse reunido el pueblo y nom-

brado gobernador interino á mi edecan el teniente coronel don Anacleto Burgoa, sanjuanino, á quien le dejaron 25 hombres de caballeria y otros tantos infantes con más todos los heridos y enfermos, y trayendo también á la señora del general Benavides, sus tres hijos y su señora madre, en una galera por orden mia.

Al siguiente día continuamos la marcha para Mendoza llevando la familia de Benavides con toda la consideración debida, y se despachó un chasque en alcance de Benavides avisándole que llevara su familia con el solo objeto de evitar que mis prisioneros fueran entregados al verdugo Rozas ó á sus tenientes Oribe ó Pacheco; que la suerte que mis prisioneros corrieran esa misma correría toda su familia, que si él se prestaba á entregarme á mis oficiales prisioneros, ó al menos al general Acha y mi hijo, sería su familia puesta inmediatamente en el punto que él ordenara, y su señora le escribió interesándose al efecto. El contexto que ese bárbaro dió al siguiente día, fué insolente y provocativo; yo le contesté nuevamente exhortándolo al canje y no merecí respuesta suya.

Caminamos toda la noche y fuimos á amanecer cerca del Chañar, en cuyo punto se me presentó el ciudadano don Policarpo Torres, de Mendoza que venía fugado del enemigo, y me dió noticia de haber despachado ya Benavides á todos los prisioneros engrillados, para el Desaguadero, con una escolta de 50 hombres, la que conducía igualmente los cañones en carretas, y un número crecido de caballada. Llegado el ejército al Chañar llamé al coronel Peñaloza y el de la misma clase graduado don Joaquin Baltar (que era intimo amigo del primero y quien lo dirigía) para que marchasen esa misma tarde con su División que era la mejor montada, y fuesen á amanecer al Retamo para rescatar los prisioneros y tomar los cañones y caballadas. El coronel Baltar con teorías, manifestó los peligros á que nos exponíamos desprendiendo aquella División: yo conocí que el temor era quien lo hacía producirse de aquel modo, y no te-

niendo á quien confiar aquella empresa por que el coronel Alvarez iba imposibilitado por su herida, traté de marchar yo mismo con mi escolta dejando el ejército á cargo del coronel Salvadores; mas todos los jefes se opusieron y la División no marchó y perdimos un golpe certero, que nos habría restituido todos nuestros prisioneros y puesto tal vez á Benavides en nuestras manos, pues al siguiente día cuando debió llegar mi fuerza al Retamo, los prisioneros no habían pasado de ese punto, y Benavides estaba todavía en Mendoza, es decir 12 leguas distante de aquel punto. Yo continué la marcha con todo el ejército esa misma tarde desde el Chañar y caminando toda la noche fuí á amanecer á Jocolí, y por la tarde de ese día recien salió de Mendoza en retirada, Benavides.

Después que comió el ejército marchamos sobre Mendoza toda la noche, y fuimos á amanecer á la orilla del pueblo el 2 de septiembre en donde recibí un oficio del gobernador en quien Benavides habia delegado el mando, poniendo el pueblo á mi disposición. Luego salió el mismo gobernante acompañado de varios vecinos á recibirme, y entramos en medio de una general aclamación de todo el pueblo. Formado el ejército en la plaza descansó como dos horas mientras se publicó un bando y se tiraban algunas órdenes: en seguida salí con todo el ejército y me situé en el Plumerillo á una legua de la plaza. En el momento principiaron á presentarse buenos caballos y algunas armas á consecuencia del bando, y se presentaron también todos nuestros milicos de Córdoba del batallón «Libertad», que habían sido prisioneros en la sorpresa, y también varios soldados del mismo Cuerpo y mucho de los de Benavides.

En esa tarde ordené al comandante Baltar que marchara con toda la división del comandante Peñaloza sobre el Retamo, contra Benavides, y que lo persiguiera hasta concluirlo, para cuyo efecto le di también la compañía de cazadores de Córdoba y el escuadrón «Julio», todos bien montados, pues Benavides llevaba ya una fuerza

muy débil por cuanto por momento estaban presentándoseme partidas de desertores suyos asi sanjuaninos como mendocinos. El coronel Baltar me hizo presente que le era necesario ir al pueblo para traer algunos soldados que se le habían ido de su División, en cuya virtud le ordené que fuera en su busca y regresara en el momento para marchar, pues toda la División lo esperaba montada. El resultado fué que este jefe no regresó hasta el amanecer, del pueblo, y la División no salió por esta causa hasta las 8 de la mañana siguiente.

Al llegar al Retamo el 6 dieron alcance á 80 enemigos, unos 18 ó 20 hombres nuestros y los pusieron en fuga, les mataron algunos soldados y tomaron bastantes caballos. Continuaron en seguida la persecución y cerca de Cerro corto se encontró el teniente coronel Sotelo que llevaba la vanguardia, con 200 hombres que volvían á sorprender á los nuestros al mando del coronel Lucero. tarde ya de la noche. La fuerza de Sotelo no pasaba de 80 hombres, más sin embargo los acometió en el acto y poniéndolos en completa derrota los persiguió largo trecho, les mató algunos soldados, tomó varios prisioneros y muchos caballos; más estando ya nuestra vanguardia sobre Cerro corto hizo Baltar que el coronel Peñaloza retrocediera por haber tomado un bombero de los enemigos, que les dijo que llegaba muy pronto el coronel Flores con un escuadrón de caballería y dos compañías de infantería á encontrar á Benavides, cuando éste no llevaba ya 200 hombres. De este modo se malogró el golpe que indudablemente habrian dado á Benavides y Flores, si siguen dos horas más su persecución, pues el ejército de Pacheco estaba del otro lado del Desaguadero.

Yo no supe de la retírada, hasta que mi vanguardia estuvo en el Retamo, y me fué tanto más sensible este retroceso cuanto tenía al coronel Salvadores y teniente coronel Acuña sobre el fuerte de San Cárlos al Sud, con el escuadrón «Lavalle» y 50 cazadores, pues habían sido destinados á perseguir al comandante Rodri-

guez y tomar los cañones que Aldao, había llevado de la Rioja. Benavides avanzó hasta el Retamo, pues la vanguardia de Peñaloza había retirádose hasta la Cruz de Piedra por haber consumido ya los pastos del Retamo, en dos ó tres días de parada.

Así que mi vanguardia retrocedió al Retamo mandé yo un propio á San Cárlos, al coronel Salvadores para que retrocediera en el acto y con las tres piezas de artillería que habían tomado. Así lo hizo este jefe con la mayor prontitud con solo 50 cazadores y las 3 piezas, pero dejando al teniente coronel Acuña con el escuadrón «Lavalle» y un nuevo escuadrón de voluntarios mendocinos que habia formado el ciudadano don Policarpo Torres á quien lo hice comandante de dicho Cuerpo, con el objeto de que trajeran una caballada y algún ganado de Aldao. —Como Benavides y Flores se hubiesen avanzado hasta el Retamo ó vuelta de la Ciénega el 18, sin que hubiesen regresado, Acuña y Torres, me ví precisado á salir el 20 con toda la fuerza á los potreros de Hidalgo, y mandé llamar con exijencia á dichos jefes é hice retroceder también al coronel Abalos que había marchado sobre San Juan el 18 á sofocar una revolución que hicieron al gobernador Burgoa, y ambas divisiones se me incorporaron dos noches antes de la batalla. El 23 se avistaron los enemigos por las inmediaciones de la Cruz de Piedra, á cuyo punto habia llegado yo una hora antes con el ejército á dar de comer las caballadas, y en el acto de recibir el aviso salí á su encuentro con todo el ejército como á las dos y cuarto de la tarde. Los enemigos retrocedieron así que nos vieron, hasta el puente, y yo seguí sus pasos. Cuando nos enfrentamos á ellos, que fué como una hora antes de ponerse el sol, mandé parar los dos obuses y la pieza de á 8 á vanguardia, cubiertas estas piezas por un escuadrón de caballería y á su retaguardia la compañía de granaderos tucumanos y la de cazadores de Córdoba. Puestas las piezas á tiro y habiendo dirigido las punterías al puente donde estaban los enemigos. mandé despejar el frente á la partida

que las cubría, y se dispararon dos granadas, la una de ellas con buen acierto, y un cañonazo con la pieza de á ocho.

Los enemigos se pusieron en precipitada fuga y los mandé cargar inmediatamente con el escuadrón «Sotelo» y las dos compañías de infantería hasta después de cerrada la oración.

Después que oscureció retrocedí hasta unos potreros de alfalfa que distan del Puente, hácia Mendoza, como media legua, alli se pusieron á comer las caballadas, y comió también la tropa, después de haber colocado las avanzadas y despachado dos partidas de vaqueanos á tirotearlos en su campo tarde de la noche. Al siguiente día 24 llegó del pueblo una partida de milicianos de caballería que había mandado el Gobernador Delegado, el teniente coronel Torres Larrambla, como en número de 40 hombres, y fueron destinados á la lejión «Acha» que se formó en Mendoza sobre los restos del cuerpo de coraceros del teniente coronel don Crisóstomo Alvarez y tambien se dieron algunos de estos milicianos á la infantería y artillería. Al mismo tiempo que se hacía la distribución de estos hombres se recibió parte de las avanzadas de que se avistaba por el otro lado del puente, todo el ejército enemigo.

Es justo prevenir aqui que hasta este momento no se tuvo en el ejército un conocimiento positivo de que venia todo el ejército de Pacheco, pues aunque habian habido algunos avisos de pasados, eran dudosos porque no habían visto el ejército, y solo referían que habían oído en el campo de Benavides, que venían los generales Pacheco y Aldao, pero que ellos no habían visto más que al coronel Flores con dos escuadrones de caballería y dos compañías de infanteria.

Así que se recibió el aviso de que se acercaba el ejército enemigo mandé montar el mío y salí á ocupar la posición que había elegido para la batalla, al frente del puente y como un cuarto de legua antes de llegar á él.

La fuerza de mi ejército en este día, no pasaba de

mil doscientos hombres, incluyendo en este número cerca de 300 infantes, como 80 artilleros y más de 400 hombres entre milicianos, voluntarios de Mendoza y pasados del enemigo. La derecha en número como de 500 hombres de caballería la mandaba el distinguido coronel y comandante general de los Llanos de la Rioja don Angel Vicente Peñaloza. La infanteria y artilleria que componían el centro, era mandada por el coronel don Angel Salvadores. La izquierda en número de 270 hombres de caballería estaba á las órdenes del célebre coronel don Crisóstomo Alvarez, y la reserva que no alcanzaba á 150 hombres la mandaba el coronel don Domingo Avalos.

El coronel graduado don Joaquín Baltar, había sido nombrado jefe de Estado Mayor en Mendoza, dos ó tres días antes del 20 por la enfermedad del coronel Puch que desempeñaba este destino; y en este dia al colocar las divisiones en la línea me manifestó deseo de ír á dirigir el costado derecho. Como este jefe era íntimo amigo del coronel Peñaloza y nada hacía éste sin consultarlo, yo cometí el error de condescender con él, fué á la derecha y se perdió la batalla por su causa.

Era tal el entusiasmo y decisión del ejército que al recibir esa mañana el parte de la aproximación del enemigo, resonó en todo él, un grito de alegría, y nadie dudó de la victoria aún después de haber visto la triple fuerza del enemigo. Como desde nuestra salida de Catamarca, y muy particularmente desde que marchamos de la Rioja, no nos quedaba otro medio que el de vencer ó morir, yo no trepidé un momento en esperar la batalla, ni era posible evitarla sin ser perdidos con ignominia, aun cuando lo hubiera querido, de lo cual estuve muy distante. Insurreccionado el pueblo de San Juan; enteramente exhaustos de todo recurso los caminos para volver á las Provincias del norte, y con dos ejércitos sobre ellas el de Lagos y el de Oribe, era un crímen el pensar siquiera evitar la batalla; por consiguiente me preparé á ella lleno de confianza con el valor y entusiasmo de mi ejército y en la justicia de nuestra causa.

min Castex creo fué el conductor de esta orden; y encargado de avisar la derrota completa de la derecha enemiga. El coronel Baltar le salió al encuentro y le pregunté que adonde se dirigía, y contestándole que á dar la orden á Peñaloza para que cargara, y avisándole la derrota de la derecha enemiga, Baltar le dijo:—«Vuelva Vd. corriendo y diga al General que no podemos cargar porque tenemos á nuestro frente más de cuatrocientos infantes, que yo avisaré al coronel Peñaloza». El ayudante volvió sin ver á este Jefe, pues era el Jefe del Estado Mayor el que lo mandaba; y avisándome la respuesta de Baltar mandé corriendo á otro de mis ayudantes á decir á ese Jefe, que no estaba allí para darme noticia del número de los enemigos, sino para acuchillarlos cuando yo lo ordenara, que los cargaran en el acto fuese cual fuese su número.

Volvió el edecan ó ayudante con otra réplica de Baltar y diciéndome que el coronel Peñaloza estaba impaciente por cargar, pero que el Jefe del Estado Mayor no lo permitía. Mientras estos altercados insolentes de Baltar con mis ayudantes, la gran columna de infantería de Pacheco seguía perdiendo terreno hácia el puente, para protejer su ala derecha que había sido desecha por el impertérrito joven coronel Alvarez, y en cuya virtud me fué preciso ordenar al coronel Avalos, marchase con la reserva en protección de tan valiente joven, pues la columna enemiga iba ya á tomarle por la espalda.

En tales circunstancias indignado yo de la desobediencia de Baltar corrí á la derecha con el intento de darle un pistoletazo y cargar yo mismo al frente de mi ala derecha, pero al emprender mi carrera recuerdo el pasaje que acababa de sucederme antes de empezarse la batalla, y vuelvo mi caballo repitiendo solamente con otro ayudante una otra orden fulminante al costado derecho para que cargara. El pasaje á que hago referencia, pues lo había olvidado, fué el siguiente.

Cuando la columna del ejército enemigo estaba pasando el puente, recorría yo mi línea, de derecha á

izquierda, proclamando á mis tropas; cuando al llegar donde estaba mi infantería observo reunidos á su retaguardia á todos los jefes principales en círculo. Confieso que me alarmó semejante reunión, y corrí á ella empuñando una de mis pistolas, pues me figuré que sobre cogidos talvez por la superioridad del enemigo intentaban hacerme alguna intimación! Pero el llegar á donde estaban los jefes un poco alejados de la tropa, díceme el coronel de artillería don Fernando Rojas á nombre de todos ellos lo que sigue, después de un afectuoso saludo:—«Señor General: Los jefes del éjército que están aquí reunidos y que han visto ayer no sin sorpresa al señor General, colocarse á la cabeza de la columna para arrojarse á la vanguardia enemiga del puente, tienen el honor de hacerle por mi conducto, la siguiente observación:

« ¡Inmensas son las pruebas que el señor General y « Jefe Supremo de la Coalición del Norte tiene dadas de « su valentía y arrojo! ¡Su dirección solamente es la « que necesita el ejército, para triunfar y salvar la pa« tria; pues está convencido todo él, de que nadie podrá « reemplazarle! Es por esto que tengo el honor á nom« bre de todos los jefes el de intimar y suplicar á S. E. « se coloque á espaldas de la línea, donde sin exponerse « de ninguna manera pueda dirigirnos sus órdenes, en el « seguro concepto de que todos sus jefes sabrán desem« peñarlos ó morir con gloria».

¡Me quedé envanecido, no por el elogio que me hacian, sino por el laudable entusiasmo de que los veía animados! «Me es altamente satisfactorio señores, díjeles, no por lo que á mi toca sino por la pátria, el interés que me manifestais. Estad seguros de que os complaceré, como yo lo estoy de que sabreis llenar vuestros deberes y salvar hoy la pátria. Así supieran todos cuán amargo es el verse fuera de su pátria y en desgracia, como yo me he visto!!! Cada uno de vosotros, se creería bastante poderoso para pulverizar á ese monton de viles esclavos que teneis al frente! Juremos camaradas morir

antes que pisar el suelo extrangero, y la patria será salvada en este día! Pues viva la libertad y los valientes jefes que la sostienen!»

Espresé con tanta fuerza y entusiasmo dicha contestación, que fué percibida por mis valientes cívicos, y respondieron todos con entusiasmo.

Esta fué la razón que me obligó á retroceder cuando me dirigía contra Baltar. ¡Había mandado mi reserva, y debía de un momento á otro ser obligado á retroceder por la infantería enemiga el magnánimo joven don Crisóstomo Alvarez! Regresó el tercer ayudante con la misma réplica, y el mismo resultado tuvieron cuantas órdenes mandé despues. Mandé orden al coronel Salvador que se avanzara al intermedio de las dos líneas, con sus 200 cívicos y las dos baterias que mandaba el coronel Rojas y teniente coronel don Cayetano Cortinas, haciendo fuego sobre la columna que pasaba por su frente; mientras tanto sufriamos un vivo fuego de la artillería enemiga pero poco certera, al principio, pues casi todas las balas de sus 13 piezas se volaban por encima de nosotros, después de dar en el bajo de los albardones de arena en que estaba ó había estado nuestra línea.

Viendo que ni Baltar ni Peñaloza cargaban y que casi toda la columna había pasado por el frente de mi centro, mandé orden al coronel Salvadores para que se fuera á la bayoneta sobre los restos de la columna enemiga que pasaba por su frente, haciendo descargas; mándame decir que era mucha la fuerza enemiga, si mal no me acuerdo, con mi recomendable ayudante N. Gutierrez. Indignado yo por semejante respuesta de un jefe valiente como Salvadores, mando volver al ayudante á decirle que no estábamos para averiguar el número de nuestros enemigos sinó para vencerlos; que cargara aunque fueran diez mil los que pasaban por su frente, ó iba yo á hacerlo.

Avergonzado ese valiente de esta mi reconvención, dá la orden al teniente coronel Esquiñigo, para que cargue y quédase él con el coronel Rojas al lado de las ba-

J. Crisostomo Alvarez

terías. El valiente Esquiñigo toma la bandera que llevaba el valiente Cuerpo, y que me había sido presentada en Córdoba por las monjas, al salir para *San Roque*, después de la batalla del *Quebracho Herrado*, y mándalos marchar de frente. Lánzanse estos valientes, dando un viva á la patria, por tras de su jefe, que iba al frente, y medio desordenados por la desigualdad del piso y las espinas que había, iban á emplear sus bayonetas sobre los restos de la columna enemiga que pasaba haciéndoles descargas, cuando cae Esquiñigo con un brazo roto que le hace largar la bandera y les manda dar vuelta ó hacer alto.

Viéndose sin su jefe, los cívicos, y habiendo perdido á muchos de sus compañeros, retroceden desordenados. Obsérvolo yo y corro á ellos con espada en mano, seguido de mis ayudantes del «Mayo», N. Gutierrez, Enrique Pizarro y N. Santavalla, pues los Castex habían ido con nuevas órdenes á Baltar para que se apoderase de una batería que dejaron abandonada por un momento, á su frente, los enemigos. Así que me encuentro con ellos, con los cívicos, los proclamo y contengo y formándolos bajo los fuegos enemigos, me retiro con ellos; arrastro mis dos baterías, volviendo á ocupar mi primera posición. Los enemigos habían hecho alto, dando frente á nosotros y nos confundían con sus fuegos de ambas armas; los míos, entre tanto, habían concluído sus municiones, asi de cañón, como de fusil, y me lo advierten. Mando á las carretas, que estaban inmediatas, en busca de municiones, y solo se encuentra un cajón de fusil. (Un armón habíase volado al principio, en una de las baterías, por un descuido). Se rompe y distribuye á los cívicos, y empieza el fuego, pues se acercaban los infantes enemigos.

Ni el valiente Alvarez con su Cuerpo y el «Lavalle» que mandaba Acuña, ni Avalos con la reserva aparecían por el frente; avísame, en estas circunstancias, uno de mis ayudantes, que la caballería de Baltar y Peñaloza venían en fuga por nuestra retaguardia. Vuelvo la vis-

ta y adviértola como á 8 ó 10 cuadras á mi espalda, huyendo por la costa de unos potreros de alfalfa. cercados de álamos hacia el callejón que conduce á Mendoza y se hallaba á retaguardia de mi izquierda, perseguida solamente como por dos cientos ó pocos más de los *Colorados* del coronel Flores, rozista.

Así que observé dicha fuga, ordeno á Salvadores que gane con la infantería los cercos de alfalfa que hacian un martillo desde el callejón de nuestra espalda hácia nuestra izquierda, y lánzome á escape con mis tres ayudantes ya nombrados, á ver si podía ganar el boquete del callejón y contener mi caballería de la derecha, pero no me fué posible, por más que apuré. No solo toda la caballería de Baltar y Peñaloza habia entrado á él, sinó que hasta los enemigos alcanzaron antes que yo, á ganármelo. Entonces, variando nuestros caballos á la derecha, y quizás no á 80 varas de la boca del callejón, salvo una acequía por un portillo que habíamos abierto esa noche, cortando unos álamos á sablazos para entrar con el ejército; pero como los enemigos estaban encima y cargaron sobre nosotros, lograron volcar el caballo de Santavalla y lancear á Pizarro antes de saltar la zanja ó acequia; asi fué que salvé yo solo con Gutierrez, un baqueano puntano que tenía á mi lado y aquel valiente sargento oriental Magallan que había salido conmigo de la Ciudadela, pues hallándose casado en Mendoza y abastecedor con bastantes comodidades, había salido á acompañarme en la batalla.

Corría yo presuroso por entre los potreros y saltando los cercos divisores hácia Mendoza, miéntras Flores perseguía á más de 500 hombres de mi derecha, que huían con Baltar á la cabeza por un callejón y solo nos separaba una gran cerca de ramas.

En el centro de estos potreros, había reunídoseme un alferez Ibañez, de los Llanos de la Rioja, con dos de sus soldados y tambien el teniente coronel riojano, Gordillo. Cuando salvando el último cerco salí á un campichuelo pedregoso, y lleno de arbustos y pencas espino-

sas de tunales que hay antes de llegar al continuado callejón de Hidalgo, que sigue hasta Mendoza; todas las fuerzas de Baltar y Peñaloza iban huyendo por delante pero muy inmediatas. En estas circustancias yo que iba á retaguardia con solo mi ayudante el bravo Gutierrez, y el valiente Magallan, desembocan del callejón por mi retaguardia, de veinticinco á treinta hombres de los Colorados de Flores.

Me había cansado ya de dar gritos á mi caballería que corría por delante para que se parara, cuando notando que se me acercaban los mencionados Colorados, mandé parar á los dos oficiales que iban por delante con los dos soldados y digo en alta voz «Huid canallas hasta los infiernos que no os necesito para correr á estos miserables!» Y dando vuelta mi caballo acometo con furia con mis siete compañeros á los veinte y tantos Colorados que ya me pisaban.

Al echar este reto á mi caballería que corría, y dar vuelta sobre los enemigos, habíamos visto sujetar los caballos á unos pocos que iban de los últimos y gritar á sus compañeros: — «¡Volvamos en auxilio de nuestro General que carga solo!» —Los enemigos que habian parado al oírme y advertir mi intento, se echaron sus tercerolas á la cara y las dispararon así que los cargué, pero no teniendo ánimo para esperar á ocho hombres desesperados echaron á correr y ganaron el callejón. ¡Les habíamos perseguido hasta que se metieron á él, cuando vuelvo caras en busca de mi caballería que juzgaba me seguía y me encuentro sin más que mis siete acompañantes! Hice alto, y largando toda la furia á mi caballo corro á una cerca vieja que había por delante de mi izquierda para ganar por entre ella la delantera saliendo al callejón de Hidalgo y contener mi caballería.

En fuerza de la bonanza de mi caballo que había sido regalado por el bravo Magallan, logré adelantarme y ganar el callejón. Pero acababa el uunca bastante ponderado Alvarez, de caer antes que yo por el otro lado, y encararse con la lanza en ristre á la columna,

diciendo:—«¡Alto todo el mundo, ó levanto en la punta de mi lanza al primer cobarde que de un paso!!!»

En estas circunstancias saltando el cerco parábame á su lado, diciendo:—«¡Oh, valiente jóven, quien te hubiera visto á mi lado! Acabo en estos momentos de correr con estos siete valientes á los miserables que han hecho huír esta canalla, sin que haya sido ninguno capaz de seguirme! Quién tuviera cincuenta valientes como tú. para volver al campo de batalla y sorprender con ellos á toda esa canalla!»

Cuando yo acababa de hablar, siéntense tres ó cuatro tiros á retaguardia del callejón, en que estaban apiñados más de 600 ó 700 hombres de caballería, y como por impulsión eléctrica cierran todos sus espuelas y atropellan llevándonos por delante, y gritando de atrás: «Los enemigos.» ¡Qué enemigos, eran los mismos nuestros los que habían hecho aquellos tiros para que alijerara la cabeza de la columna!

Miéntras pudimos desenredarnos del apretón y contener á unos cuantos que se nos habian adelantado, tuvimos que correr cerca de dos cuadras hasta pasar á todos, pero no había ya poder que los hiciera volver. Sintiéronse dos ó tres tiros más y volvieron á correr, hasta que al fin logré apaciguarlos y continuar marchando al trote,—pero el coronel Baltar no era de la comitiva habíase largado solo con mucha anticipación para la Cordillera.

¡Entrábamos al heróico pueblo y plaza de Mendoza, después de las cinco de la tarde, y el corazón se me partía al observar la consternación de tan patriotas y recomendables jentes! Salían las señoras llorando á proporcionar á la columna toda clase de socorro, sin recatarse del bárbaro encono de los verdugos que debían entrar muy pronto! Luego que hube dado vuelta dos cuadras en la misma plaza, mandé hacer alto y mandé á la columna dar frente á la izquierda. Estaban dando el frente en las dos cuadras que miran al sud y poniente, cuando observando que pasaban de carrera por la

Alameda, conforme iban entrando los demás hombres seguian á retaguardia, mandé «columna á la derecha, marchen»; y salí con ella á galope por la Alameda á contener á los demás.

Los coroneles Salvadores, Rojas y teniente coronel Cortinas, habían entrado conmigo á la plaza, pero no los vimos.

Olvidábanseme dos hechos heróicos que no debo dejar de expresarlos. — 1º. Que los valientes y distinguidos ciudadanos del escuadrón «Mayo» que no pasaban de sesenta hombres, pues de él había sacado en Tucumán para oficiales de su cuerpo á varios, el valiente y desgraciado coronel don Lorenzo Alvarez, fueron los únicos en mi costado derecho que cruzaron sus lanzas con la caballería enemiga mandada por sus distinguidos jefes el comandante don Baltazar Acosta y mayor don Juan Maza, español, viendo estos valientes que eran desobedecidas todas mis órdenes por el coronel Baltar, cargaron solos sobre los enemigos; si el teniente coronel Sotelo hubiese protejido con su escuadrón como se lo ordenó el coronel Peñaloza habrían bastado para acuchillar al costado izquierdo del enemigo que mandaba el coronel Flores.

El 2º, es, que el valiente coronel don Crisóstomo Alvarez, había vuelto á la posición de mi línea, cuando yo había marchado á contener la caballería de mi derecha, encontrándose con los infantes que se dirigian á los cercos que habían estado á la izquierda, se habían lanzado por atrás de dichos potreros á ganar la delantera y contener á los que huían como lo hizo.

Se me había dicho en la plaza de Mendoza antes de salir, que el coronel Peñaloza se dirigía por la Alameda para la orilla del pueblo con alguna gente, asi fué que apuré la marcha á dicho punto y logré reunirlos ya puesto el sol, me dirigí con toda la fuerza formada en columna por escuadrones, por el camino de la Cordillera pero con el intento de ocultar el movimiento que había concebido en el callejón de Hidalgo, y era el siguiente:

Luego que me hube alejado del pueblo en dirección á la Cordillera, contramarchar asi que oscureciera; y dejando el pueblo y el ejército enemigo á mi derecha, dirgirme por el Retamo á la Villa del Río 4°., ó sierra de Córdoba, porque suponía que el general Lavalle hubiese marchado sobre Oribe; noticioso de haber quedado débil por la marcha de Pacheco á Mendoza; y tanto más verosimil me parecía esto, cuanto no solo no me había mandado al general Pedernera con los quinientos hombres que me había ofrecido en Catamarca, sino que había desmembrado mi fuerza haciéndome quedar á los jefes, Aquino y Salas, con los cuatrocientos hombres que mandó en persecución de Lagos y Maza. Ojalá lo hubiese llevado adelante, pues me había encontrado al llegar al Río 4°, con la noticia del pronunciamiento del gobernador de Santa Fé don Juan Pablo Lopez, y habría insurreccionado toda la Sierra poniéndome de acuerdo con él!

Pero habiéndose recibido comunicaciones de Chile el día anterior á la batalla, ó el día mismo por la mañana en que avisaban que era probable que aquel Gobierno declarase la guerra á Rozas, según los acalorados discursos en las Cámaras, del señor Palazuelos y otros diputados; me habían enseñado cartas que recibieron de Chile varios emigrados de aquel país, en que les aseguraban ser probable que al recibo de ellas estuviese ya declarada; y además, esperaba por instantes la llegada de muchos emigrados respetables de Cuyo, que venían ya en marcha y los suponía conductores de armamento que había pedido yo á la comisión Argentina.

Todas estas consideraciones me obligaron á variar de pensamiento al cerrar ya la noche, pues dejaba sacrificados á los que venían, con cuanto la comisión me mandase, y cerradas nuestras comunicaciones. Hice alto y mandando estrechar en masa la columna hablé á mis tropas y les dije: — «¡Por la inobediencia de un jefe ó de dos, hemos perdido la batalla y tal vez la pátria, después de estar victorosos! habría preferido mil veces la

muerte á la vergüenza de abandonar por segunda vez á nuestra querida pátria!»

«Valientes amigos y compañeros: Sensible me es el separarme de vosotros en estas circunstancias, pero necesario. Según las comunicaciones y los papeles públicos que se han recibido hoy de Chile, parece indudable que aquel gobierno declare la guerra al tirano de nuestra pátria, y que vienen ya en marcha muchos de nuestros emigrados y algun armamento que había ya pedido á la comisión Argentina!»

«Yo habia concebido un pensamiento importante, pero no es posible dejar abandonados á los compatriotas que vienen en nuestra busca con armamento. Forzoso me es dirigirme á Santiago, para volver con todos ellos y en unión de los chilenos, á salvar nuestra pátria; mas no quiero exponeros á pasar con la Cordillera cerrada puesto cerca de todos los recursos necesarios para ello y nada llevo para partirlo con vosotros. Volveos mis amigos á reuniros á vuestras familias, ó esperadme si quereis en los montes, que muy pronto volveré yo á buscaros para recompensar vuestros servicios».

—«No queremos volver á nuestras casas sin nuestro General, respondieron todos á una voz. Pasaremos la Cordillera y volveremos juntos!» —Todo conmovido al oir estas expresiones, díjeles:

«Nunca he dudado, mis amigos, de vuestro patriotismo y afección á mi persona; pero sería yo un criminal si os permitiera exponeros á muerte cierta por seguirme. Los temporales en este tiempo son frecuentes; tenemos que atravesar la cordillera á pié y dejando nuestros caballos y monturas, y probablemente pereceremos muchos. Volveos mis amigos os lo repito, pues nada tengo que daros, estoy más pobre que vosotros (1)».—«No señor, donde

---

(1) No llevaba un medio en el bolsillo, y hasta el ordenanza había sido seducido por la familia de Benavides y quedádoseme en el pueblo con mi poncho, una vasera de plata con un cubierto dentro, que me había regalado el

muera nuestro General moriremos todos; ninguno le abandona!» — fué la contestación que dieron y no hubo más remedio que continuar la marcha y exijiéndoles la mejor comportación así que pisáramos el territorio de Chile.

Ningún enemigo había osado perseguirnos después que corrí á los veinte y cinco, ó treinta hombres á una legua escasa del campo de batalla, pero se habían sentido ya los repiques á su entrada, ó probablemente de alguna fuerza del país ó de sus antiguas autoridades; pero como era probable que nos persiguieran sino fueran unos miserables, exhorté á todos, á la más estrecha unión, pues nos era necesario morir con gloria ó acabar con cuantos enemigos osaran presentársenos en aquellas tan ventajosas posiciones para nosotros, so pena de que seriamos degollados todos como bestias. Nombré la fuerza de carabineros necesaria para abrir nuestra retaguardia, y encargué de ella al valiente coronel Peñaloza ó Chacho por sobre nombre, y al bravo teniente coronel Sardina.

En esta orden continuamos una segunda marcha hasta las dos de la mañana, y paramos á descansar el resto de la noche como á 14 leguas de la capital de Mendoza, en una altura que todo se descubria; pues está á la boca de la primera quebrada.

Había descuidado expresar lo que pasó con la familia de Benavides en Mendoza, donde la dejé. Así que recibí el parte de la retirada de Baltar y Peñaloza y de la aproximación de las fuerzas enemigas; pasé yo mismo á la decente habitación que se le había destinado en la casa misma de Gobierno y le dije:— «Señoras, me es en extremo sensible el haber ocasionado á Vdes. (señora, y madre de Benavides) la molestia de hacerles viajar sa-

---

coronel don Dionisio Puch al volverse para Salta y un jarro; mientras que todo el ejército había sido pagado como nunca, con la contribución que se sacó al efecto, en Mendoza y San Juan

Gral. Vicente Peñaloza

cándolas de sus comodidades, desde que no he conseguido el fin que me propuse; cual era el de evitar que mis prisioneros fuesen entregados al bárbaro tirano de mi pátria ó sus humildes tenientes. Su esposo de Vd. ha despreciado las propuestas de canje que le hice por toda su familia, y en la cual Vd. misma se interesaba.— Mis prisioneros todos han sido entregados y serán probablemente degollados, sino lo han sido ya. Y como yo no he de hacer otro tanto con Vdes. y sus inocentes hijos, porque sería acreditarme de tan bárbaro ó más que mis enemigos, me es lo repito, altamente sensible la molestia que les he ocasionado. Quedan, pues, desde este momento en libertad para volverse á su país, y cuenten con que les proporcionaré para el efecto cuantos auxilios puedan necesitar».

Las dos señoras al concluír estas mis últimas expresiones, se echaron repentinamente de rodillas á mis pies abrasándolos para besarlos, anegadas en lágrimas; y me costó trabajo para desprenderlas y levantarlas, conmovido yo tambien de aquel expectáculo y de los llantos de sus tiernos hijos! Pidiéronme en seguida ambas señoras que les permitiera continuar en la misma habitación mientras se proporcionaban un carruaje, por que temian que saliendo de mi casa serían insultadas por aquel pueblo heróico y patriota.

—«No hay, señoras, embarazo ninguno, dígeles, pueden Vds. quedar aqui mientras quieran, y contar con cuanto necesiten, pues aunque marcho dentro de pocos momentos á campaña, nada les faltará ni serán tampoco molestadas por nadie.»

No hallaban voces esas desgraciadas señoras para manifestarme su gratitud.

Adviértase que había dispuesto que fuesen alojadas en la misma casa de Gobierno en que yo paraba, así que volví al pueblo á recibirme, por solo librarlas de alguna descortesía que pudieran usar con ellas los guardias que las custodiaban, y que de la espléndida mesa con que fuí obsequiado por disposición de tan he-

róico pueblo, en todos los días que permanecí en él, con todos mis jefes; los mejores platos se los hacían pasar mis ayudantes á ellas, por orden mia; que les mandé también varias piezas de géneros, en razón de haber salido de San Juan sin querer traer más ropa que la puesta, lo cual no lo supe hasta el siguiente dia de haberse incorporado dicha familia al ejército ya en marcha. A más de esto, habíame la señora del general Benavides, mandádome suplicar con mi ayudante Larraclan, que le franqueara una onza de oro, y le habia mandado entregar dos por comisaría y por el mismo conducto.

He creído necesario hacer esta verídica relación, para más hacer notar al mundo, la infame conducta que dicho general Benavides guardó con mi hijo, después de haberlo tenido á su lado cerca de un año; ¡mandándolo matar como á un perro, por cumplir las órdenes de su bárbaro y funestísimo padrino, Rozas!!!

Al siguiente día, 25 de septiembre, continuamos la marcha al amanecer, y llegamos á Uspallata al cerrar la noche, con solo mis ayudantes y unos pocos soldados, pues me había adelantado á media tarde para preparar el ganado necesario para la tropa.

Fué allí recién donde alcancé al coronel Baltar y nada quise decirle, porque me avergoncé de verlo abatido y también porque habia formado el intento de esperar á que llegase el coronel Salvadores para juzgarlos á ambos por un consejo de guerra, por su conducta en el dia anterior. Por él supe que á las 12 del dia se habia regresado de allí el recomendable ciudadano don Domingo F. Sarmiento con otros varios jefes y emigrados influyentes que iban para Mendoza á consecuencia de la noticia de nuestro contraste, que la tuvieron no sé si por él mismo ó por algún otro más veloz que él.

Después de haber hecho preparar las pocas reses que hubieron á la mano para cuando llegara la División, con los ayudantes ú oficiales de los Cuerpos que habia traído al efecto, y hacer reunir con el capataz que habia

allí, todo el ganado posible para continuar la marcha; despaché un propio en alcance de los emigrados, suplicándoles me esperaran; después que hubo llegado la tropa y asistídose del mejor modo que se pudo á varios heridos que había, mandé matar una majada de doscientas y más ovejas, para que sus pieles sirvieran para forrar los piés de la tropa y oficiales, y para que cada uno llevase su provisión de carne; pero dando de todo un recibo al capataz, para que pudiera su dueño cobrar el importe cuando mejoraran las circunstancias.

En esa misma noche puse una nota al señor presidente de la República de Chile, dándole cuenta del contraste que me había obligado á tomar aquella dirección y solicitando su auxilio. Escribí también á la comisión Argentina y mandé á mi secretario el benemérito joven Benjamin Villafañe, conduciendo dichas comunicaciones.

Al romper la marcha, el 26, para la Cordillera, habíase marchado el coronel Baltar adelante de la columna, con el pretexto de detener á unos cuantos hombres que se habían adelantado y mandar adelantar el poco ganado que llevábamos, mientras tanto yo trabajaba por persuadir á unos pocos soldados muy mal criados que llevábamos y que preferían quedar muertos en el camino, para que se quedaran, lo cual me costó mucho trabajo porque era un milagro que hubieran podido llegar hasta aquel punto.

Así que hube logrado persuadirlos y dejarles algún socorro de unos pesos que pedí á mis ayudantes y oficiales, porque no tenía yo un medio, marché en alcance de la columna y preguntando, así que la encontré, por el coronel Baltar, me dijeron lo que queda dicho, de haberse adelantado, pero no lo volví á ver, hasta donde se dirá más adelante.

Caminamos la mayor parte del día, hasta el otro lado de la ladera de la Jaula, en donde pasamos la noche; es decir, como á ocho ó nueve leguas de Uspallata, pero ascendiendo ya mucho hácia la Cordillera, sin que enemigo alguno nos hubiese molestado. ¿Sabía el gene-

ral Pacheco que iba yo á la cabeza de la mayor parte de mi caballería bien montada? ¿fué bastante prudente para no arriesgar la suya á perseguirme?

Mi secretario Villafañe no había podido salir en la noche anterior de Uspallata, creo que por haberse asegurado de los dos mejores vaqueanos de la Cordillera el coronel Baltar, con su intención premeditada, y recién á la madrugada había podido salir, asi fué que el 27 lo alcancé con la columna en la *Punta de las Vacas* y desagradado yo por la demora que le había ocasionado Baltar, resolví ser yo mismo el conductor de las comunicaciones hasta Santa Rosa, con el objeto de poder desde allí mandar todos los recursos necesarios para mis tropas. Al efecto dividí toda la fuerza en tres columnas: la primera bajo las órdenes del coronel Avalos; la segunda, mandada por el coronel Sardina, y la tercera, por el comandante general de los Llanos, coronel Peñaloza.

Distribuída así la fuerza, mandé que se carnearan todas las reses que habíamos llevado arreadas, para que se racionara la tropa y llevara carne asada con cuero para tres días, pues quise lograr la proporción última que se me presentaba de leña, por estar ya muy inmediatos á donde principiaba la nieve.

Preparadas así las Divisiones y caída ya la tarde, las hice formar á todas y manifesté el objeto á que me adelantaba dejándolas ya libres y á salvo de nuestros enemigos, para poderlos encontrar con los recursos necesarios. Les hice presente mi gratitud por su patriotismo, valentía y constancia y rogué nuevamente que se volviesen todos los que gustaran á esperar mi vuelta donde mejor les pareciera. Así pude conseguir que se regresaran por las faldas como doscientos hombres, y dejando á las tres Divisiones bien arregladas y en orden de emprender su marcha la primera al anochecer, la segunda á la madrugada y la última á las 12 del siguiente dia, púseme en marcha con mis ayudantes los dos Castex, Gutierrez, el doctor Molina, cirujano del ejército libertador, mi valiente sobrino el coronel Alvarez,

todavía con su herida de *Angaco* abierta, y unos cuantos ciudadanos más del «Mayo» y seis ú ocho soldados, siendo por todos veinte al cerrar la oración.

Dos leguas habríamos andado cuando empezamos á encontrar tropiezos por la nieve, y no llevaba más vaqueano que el valiente puntano Marcos Velazquez que me había proporcionado mi reconocido y recomendable Magallan como práctico del campo del *Rodeo del Medio*, y el cual había viajado varias veces para Chile, pero hacía mucho tiempo que no andaba aquel camino, aunque lo conocía. Al pasar un arroyo cubierto de nieve, enfánganse en ella algunos que pasaban primero, y entra mi caballo en temores sin serme posible hacerlo pasar; así fué que tuve que costear con el vaqueano por esta banda, á buscar otro mejor paso y siguieron andando los demás que habían pasado, para la primera Casucha, cuyo nombre no recuerdo; y como habian huellas por distintas partes por sobre la nieve, formadas por las cabalgaduras de los emigrados que regresaban, nos fué fácil perder el camino, y tomamos repechando un desfiladero con nuestras cabalgaduras tiradas, con el coronel Alvarez que solo iba montado por su herida en el pié, un comandante Dávila riojano y ayudante mío, y no recuerdo si dos ó tres más de los del «Mayo».

El resultado fué que viéndonos imposibilitados de poder subir más, porque á nuestra derecha había un despeñadero que caía á un gran arroyo cuyo ruído del agua que descendía de una altura, causaba terror, tuve que mandar á Velazquez en alcance de los demás porque hicieran alto, y buscara él, el camino, quedándonos á esperarlo.

Había pasado un rato desde que se marchó Velazquez y uno de los compañeros, dice: «Por aquí está el camino». Haciendo esfuerzos salimos á él pero á poco rato llegamos á una posisión de la cual no era posible ni retroceder sin ir al precipicio, ni tampoco seguir adelante. En la incertidumbre en que me encontraba sobre como saldría de aquel precipicio, pierdo un pié por haberme

resbalado en la nieve, y gracias á mi espada envainada que la tenía afirmada entre la nieve y apoyaba mi mano derecha en ella, pude sostenerme y afirmar el pié perdido, en un raigon, y dar un grito. Iba ya á desbarrancarme al precipicio, cuando me tomó de la mano el comandante Dávila y ayudado por otro pudo sacarme medio arrastrado á una altura algo escampada á donde habían logrado subir.

Quedé tan aterrado por el peligro de que acababa de salvar, que no quise dar un paso adelante, y como felizmente hubiesen allí algunos raigones de una leña que llaman Cuerno de Cabra, nos pusimos á juntar cuantas podiamos y hacer fuego, facilitándolo con una de nuestras pistolas, y como era ya muy tarde de la noche esperamos allí el día tomando mate; pues por casualidad, habíanle alcanzado un mate con un poco de yerba y azúcar unas señoras al pasar por el pueblo de Mendoza, á uno de los que estaban presentes, pero como no hubiese por donde proporcionarnos el agua que corría á cincuenta varas de nuestros piés, echamos nieve á la caldera y así nos suplimos, tirando de rato en rato un pistoletazo para que sirviera de aviso al vaqueano, del lugar en que nos encontrábamos. Apenas amaneció y pudimos con la claridad del día buscar el mejor camino, procuramos caer al que habíamos dejado; y al muy poco rato sentimos un tiro adelante, y fijando nuestra vista descubrimos á Velasquez que volvía en nuestra busca después de haber puesto en el camino y mandádolos detener á los demás que se habían adelantado.

Grande fué nuestro regocijo al observarlo y muy pronto le salimos al encuentro. Hacía más de dos horas que me buscaba por todos partes y había gastado cinco cartuchos haciendo fuego con una tercerola de los soldados para ver si le contestábamos.

Incorporados á los demás, continuamos la marcha con bastante dificultad por la excesiva abundancia de nieve, pues habíamos pasado la primera Casucha. Son seis ó siete las que hay desde uno al otro lado de la

Cordillera y construídas todas de bóveda de ladrillo, capaces de alojarse en ellas 40 hombres, bastante estrechos.

Muy luego llegamos á un paso, en que no era posible hacerlo de montado; el primero que dejó su hermoso caballo ensillado fuí yo, pero uno de mis soldados se propuso salvarme la silla, y lo consiguió con bastante trabajo. Por último se vieron todos precisados á dejar los suyos y cuanto en ellos llevaban, á excepción de mi sobrino el coronel Alvarez, que por su herida veíase precisado á buscar todos los esfuerzos posibles por no abandonar el suyo; como llevaba dos ordenanzas fieles, de Buenos Aires, no le fué dificil. También uno ó dos de los ciudadanos del «Mayo», tuvieron la paciencia, á fuerza de inmenso trabajo de conservar los suyos hasta Santa Rosa, y fueron los tres únicos que pasaron la Cordillera.

Llegamos el 28, de noche, á la Casucha que está al pié mismo del principal repecho de la Cordillera, y nos encontramos allí con el volador coronel Baltar y sus dos baqueanos dentro de la Casucha, el cual no dejó de sorprenderse. Pero consideré inútil hacerle algunos cargos y tuve la paciencia de saludarle cortesmente.

Luego que se hubo instruído del objeto de mi marcha y de ser yo mismo el que conducía las comunicaciones para el gobierno de Chile, y la comisión Argentina, se ofreció al instante á ser él el conductor; como no podía yo encontrar otro mas diligente, acepté al instante su ofrecimiento y antes de cinco minutos estaba en marcha, dejándome uno de sus dos baqueanos que llevaba.

Todo el preparativo de asados con cuero que habíamos sacado de la *Punta de las Vacas* el día anterior, había quedado ya botado en el camino, y era muy casual que alguno de los acompañantes tuviera algo que comer; pero felizmente, á eso de las 11 de la noche, llegaron tres peones desde Aconcagua ó Santa Rosa de los Andes, mandados por el distinguido compatriota don Domingo F. Sarmiento, con tres grandes bolsas á cuestas,

de pan, yerba, azúcar, cebollas, que son muy provechosas para pasar la Cordillera, un poco de carbón y cueros para retovarse los piés; con una carta en que me anunciaba que seguirían muy luego cuantos recursos pudiera proporcionarnos.

Todos abrieron el ojo al ver las grandes bolsas de pan; pero yo, tomando solamente un pan para cada dos hombres, asi oficiales como tropa, dispuse que los demás pasaran para entregarse uno á cada una de las Divisiones, para cuyo efecto, puse una orden al coronel Avalos de la primera, para que con ella pasara las dos bolsas restantes á la segunda.

Serían las 12 de la noche, que había estado muy clara, cuando llegamos y empiezan á levantarse grandes nubarrones, y díceme uno de los peones:

—«Temporal tenemos y muy pronto.»

No bien acabó de decirlo, cuando empezaron á caer pequeños copos de nieve, y dije á mi comitiva:

—«Caballeros, á sufrirlo en el camino, arriba.»

Como todos estaban en extremo rendidos, y estropeados muchos, hicieron mala cara al ver la nieve que empezaba á caer, y aún unos cuantos se hicieron los dormidos y se quedaron; mas yo, que temía las consecuencias del temporal y que el mal camino es necesario andarlo breve, púseme en marcha al instante con Alvarez, el baqueano Velazquez y los más de la comitiva.

Era la ascencion tan empinada, que no podíamos dar un paso, sin antes enterrar en la nieve el palo ó la espada y asegurar bien el primer pié que se avanzaba. Con todo este trabajo, logramos salir á la cima, cortando el camino por lo más elevado al aclarar el día, y la Casucha de la cumbre se hallaba antes de media legua, pero habíame penetrado tanto el hielo, que me quedé inmóvil paralizado, sin acción, con medio cuerpo completamente helado y sin poder articular una palabra.

Yo había salido del campo de batalla con solo lo puesto y vestido de un chaquetón de paño, y en Uspallata

me había comprado uno de los soldados de mi escolta, una manta corta de bayeta de pellón y regaládomela: y ese era todo mi abrigo.

Luego que advirtió uno de los que iban á mi lado que me había quedado sin acción; gritó á Velazquez que iba por delante, y este á fuerza de frotaciones por los brazos, piernas y el cuerpo, logró que volviera á reanimarme, y con bastante trabajo lograron introducirme á la casucha, que á más de estar en altura se subia á todas ellas por unas escalas del mismo ladrillo.

Allí calentando nieve con las culatas de dos tercerolas que fué preciso romper, porque no había mas que cielo y nieve, pudieron con algunos mates entonarme y muy luego continué la marcha sin embargo de que querían detenerme, y sin dejar de caer nieve en abundancia.

Muy poco habíamos andado, cuando nos encontramos con seis ó más peones que mandaba Sarmiento, todos cargados de pan, cueros, charqui, azúcar y yerba, carbón, etc. Hize un igual reparto á todos mis acompañantes de un pan para cada dos hombres y un pedacito de charqui, y mandé que pasaran á encontrar la división, haciendo quedar á uno de ellos para que me sirviera de baqueano, y continuamos la marcha con bastante trabajo, hasta llegar á la otra Casucha ya tarde, pues pasamos la 2ª porque no tenía techo y tampoco había agua, ni leña, y como el baqueano que habia hecho quedar, nos dijese que en las de más adelante que estaban ya en el descenso, había esos elementos, pasaron los más de la comitiva con la noche y yo me quedé con Alvarez y algunos de mis ayudantes y soldados.

Los que se adelantaron que llegaron como á las diez de la noche ó antes, á la casucha de las Aguaditas ó Punta del Agua, encontraron allí al coronel Baltar, que había pensado dormir en ella, pero apenas los vió llegar púsose en marcha continuando el descenso de la Cordillera, pero ya montado, pues se había encontrado con algunos vivanderos que iban á encontrarnos llevan-

do varias bolsas de comestibles para vender, pues sabían que el ejército había sido bien pago.

Amanecido el 1º. de octubre continuamos la marcha pero sin dejar de nevar, y teníamos en muchas partes del camino que descender como un torrente uno por uno, para cuyo efecto el baqueano bajaba primero, y bien afirmado en la nieve y con su báculo enterrado y abierto de piernas nos esperaba dando la voz para que fuéramos largándonos.

Avisado que era cada individuo, se sentaba en la cima del precipicio con un pedazo de cuero atado en las asentaderas, y se precipitaba resbalándose con la velocidad del viento y era abrazado por el baqueano al llegar, y muchas veces daban ambos con la fuerza de la caida, una ó dos vueltas. Cerca ya de medio día y después de haber almorzado en la Casucha de la Aguadita unos buenos asados de cisne que compramos á los primeros vivanderos que encontramos, dimos con un peon que mandaba Baltar con dos ó tres caballos para el coronel Peñaloza ensillados y tomando yo uno de ellos monté en el. Poco más abajo empezamos á encontrar varios con cargueros de carne, comestibles y caballos ensillados para fletarlos y al instante se montaron todos pues llevábamos carga los más.

Al cerrar la noche llegamos á la Guardia Vieja que es la última jornada que hay al otro lado de la Cordillera, y encontramos en ella á varios negociantes con diversas clases de comestibles, pero sin haber visto todavía sino cielo y nieve; y como hay allí una gran casa pasamos una noche más cómoda y ya con buena cama, y habian en ella unos 16 ó 20 peones provistos todos de grandes bolsas de pan, charqui y toda clase de auxilios que mandaba el señor Sarmiento.

Estos se detuvieron allí esa noche para salir á la madrugada siguiente al encuentro de las Divisiones, pero esa noche cayó una nevada tan grande que pasaba de una vara la que había sobre el piso del patio de la casa, y no dejó de nevar en todo el día. — Con este

motivo protestaron los peones que era imposible pasar adelante, y me fué preciso ofrecerles que les pagaría yo á la vuelta á los Andes otro tanto de los que el señor Sarmiento les había pagado, y solo así pude conseguir que pasaran, aumentando por su parte unos cuantos cargueros más de pan y algunas otras cosas que compré á los vivanderos, con dinero que me proporcionaron mis ayudantes y algunos de los ciudadanos del «Mayo».

Así que hubieron marchado los peones con las provisiones al encuentro de las Divisiones, continué yo mi marcha para Santa Rosa dejando allí al distinguido capitan don Mateo Piñero para que se recibiera de todas las armas con que llegasen los restos de mi ejército y las tuviera á disposición del señor gobernador de los Andes don José Erasmo Jofre, á quien hice un propio noticiándole de esta mi disposición.

Una hora después de haber marchado y despachado el propio, encontréme con un oficial que conducía para mi un pliego del Gobernador de los Andes, previniéndome que mandaba aquel oficial para que se recibiera del armamento que trajera mi tropa. pues no podía ésta, internarse armada.

Respondíle en el momento, que había ya prevenido ese paso dejando un oficial comisionado en la Guardia Vieja para que se recibiera del armamento y lo pusiera á su disposición, como lo habría visto por la comunicación que le había dirijido esa mañana, y previne al oficial que iba á recibirse de las armas que pasara á la Guardia Vieja á verse con el capitan Piñero que tenía ya orden de entregárselas, y al efecto le mandé una orden con el mismo oficial.

En esa tarde del 2 de octubre llegamos á los Andes, sin haber visto el sol ni cesado de nevar hasta que estuvimos á dos leguas de la Villa. El gobernador Jofre me recibió con mucha cortesía, y nos prestó toda clase de consideraciones y servicios, lo mismo que todo el vecindario. Yo le aseguré que antes de tres dias estaría allí toda mi fuerza reunida.

¡Pero cuan terrible fué mi sorpresa y la de todos cuando se pasaron cinco dias sin tenerse la menor noticia de ella en la Guardia Vieja! El temporal habia durado este tiempo y se vió expuesta á perecer toda la fuerza, pues tuvieron que comer cruda, la carne de algunos caballos que pudieron llegar al pié de la Cordillera!

Allí viéronse precisados á alternar por hora el abrigo de la Casucha, mientras la multitud que quedaba fuera estaba cubierta por la nieve, pues se habian reunido todas las fuerzas. ¡Horrorosos fueron los padecimientos de aquellos desgraciados! Entre los muchos que estuvieron cubiertos por la nieve fué uno de ellos el célebre actor Casacuberta que fué uno de los que viniendo conmigo se quedó en la Casucha de aquel lado.

A no ser la prudente medida que tomó el benemérito coronel don Silverio Sardina, de regresar con su División á la Casucha de más atrás; y las pláticas y ruegos del recomendable capellán del ejército don José Gabriel Diaz, y hasta sus amenazas con la cólera divina con que pudo apaciguarlos, habrian perecido muchos pues hubieron de disputarse con las armas la preferencia para obtener la Casucha en fuerza solo de todas estas medidas pudieron por fin apaciguarlos y hacer que se fueran turnando.

En fin, después de calmado el temporal y á favor de todos los auxilios que se prodigaron por el gobernador Jofre, el vecindario todo de los Andes y el mismo señor Sarmiento, pudieron salvarlos sin haber perecido mas que diez ó doce hombres, y perdido pies y manos muchos individuos no obstante los auxilios que se prodigaron por el Supremo Gobierno que hasta costeó un médico al efecto.

Tambien perecieron muchos de los que habiéndose vuelto con Sardina á la casucha de las Vacas, volvieron acobardados hácia Uspallata y fueron degollados por los bárbaros siervos del tirano. Igual suerte corrieron los coroneles Salvadores, Rojas, teniente coronel

Cortinas, mi ayudante Zavalía y unos cuantos soldados que les acompañaban. Habiánse quedado estos ocultos en Mendoza y salídose no sé si por la madrugada á la Cordillera, y fueron alcanzados al llegar á ella y los degollaron como á perros sin que hubiesen hecho resistencia.

El 10 de octubre acabaron de llegar los últimos restos de emigrados del ejército, cuyo total acendía á 138 entre jefes y oficiales, 286 individuos de tropa y 22 mujeres. Toda esta fuerza fué racionada y asistida en un todo por disposición del supremo Gobierno por espacio de quince ó más días, y hasta se estableció un Hospital en Curimón. Todo el vecindario de Santa Rosa de los Andes se esmeró en asistir á los oficiales y tropa que habían perdido miembros por la nieve, llevándolos á muchos de ellos á asistirlos á sus casas y prestándoles toda clase de atenciones, muy particularmente la señora doña Petrona Callejas que llenó su casa de enfermos mientras se estableció el hospital, y aún despues de haber conducídolos á todos á Curimón, hizo ella quedar en su casa á varios oficiales y ciudadanos del «Mayo» y los asistió á sus expensas.

El doctor don Mateo Molina cirujano mayor del ejército prestó también servicios importantes. Todos los señores de la comisión Argentina que se había establecido en Santiago y de la que era su Presidente el general don Juan Gregorio de Las Heras les prestaron también toda clase de servicios levantando una subscripción para sccorrerlos, y hasta Casacuberta y algunos otros actores argentinos dieron también una función de teatro á beneficio de dicha emigración y todo fué repartido en proporción por un comisionado.

Cuando se acercó el momento de despedírlos á todos para que fueran á buscar su subsistencia por medio del trabajo, no tuve corazón para presenciar este lance, y ver dispersarse á unos hombres tan beneméritos, y que acaso por solo seguirme veíanse lejos de su pátria! Les dejé una proclama escrita y me marché para Santiago

asegurándoles, que no podría nunca olvidarlos por que estaba persuadido que no eran ellos los causantes de nuestra desgracia; y que esperaba correrían todos á reunírseme asi que supieran que había pisado el suelo querido de nuestra pátria.

Al llegar á la Capital de Chile salieron á recibirme muchos argentinos respetables, á más de legua y media de distancia, y habiéndome preparado un almuerzo ó comida en la Cañadilla, con arcos triunfales y banderas antes de la entrada á la casa; y que me avergonzé por cierto al verlos. Fuí muy particularmente obsequiado por los Cuyanos y por el doctor don Martin Orjera santafecino y el cual me llevó á alojarse en su casa después de la comida.

Por la noche hubo baile con reunión de todos los argentinos, y de varios señores del pais; y los señores de la comisión me costearon un uniforme.

Empeñáronse luego en oirnos cantar la canción de la *Lid*, del ejército Libertador, con el célebre Casacuberta; y me resistí yo diciendo que pegaban mal los versos en el estado en que nos presentábamos; y tanto me instaron, que improvisé los versos siguientes y fueron cantados por todos:

¡Argentinos que os hallais en Chile,
vuestras armas preciso es tomar
y al gran pueblo que un bruto le oprime
ir conmigo corriendo á salvar!

Y á esos pueblos patriotas del norte
que á su costa nos vieron marchar,
enseñar que á los héroes de *Angaco*
es preciso alzar ó vengar!

No el puñado de bravos que supo
altas cumbres cantando domar [1]
con carretas y gruesos cañones
¡vé de Chile su pátria humillar!

[1] La hermosa y áspera sierra de Paclin.

Porque un pueblo patriota y guerrero
que á sabido su suerte afianzar,
y alargarnos sus brazos abiertos.
¡ Seria infamia querer descanzar !

El coro aunque estos versos fueron cantados por todos nosotros con Casacuberta, fué este:

A la lid, argentinos corramos
á la lid, emigrados en Chile volad
guerra y muerte al cobarde tirano
guerra, guerra, al tirano infernal.

Fué muy aplaudida esta canción por todos los concurrentes pero no produjo el efecto que yo deseaba.

Apenas hube llegado á Santiago pasado el convite con que fuí recibido en la Cañadilla por los argentinos (Cañadilla llaman á una enorme alameda que hay en la población de la Chimba del otro lado del rio Mapocho) y llevado por el doctor don Martin Orjera para alojarme en su casa, mandó llamar á su barbero para que me afeitara y cortara el pelo. Fué un oficial por estar el maestro ocupado, y le noté el cuidado con que me miraba al sacarme el corbatin para afeitarme; pero no hice caso, como no lo hice tampoco de las pausas que hizo al cortarme el pelo por detrás. Mas al siguiente dia cuando fué el maestro á afeitar al Doctor, contóle la admiración que les habia causado en la noche antes la relación que les habia hecho el oficial que me afeitó, de ser incierto lo que todos lo habian tenido por indudable, esto era, de que un corbatin de fierro y de gonces me sujetaba el pescuezo, y que quitado este, mi cabeza se reclinaba sobre el hombro, de resulta de las heridas del campo del *Tala* en el año 26.

Reimosnos mucho de la ocurrencia, mas era verdad que así lo tenian creido generalmente, y no era en Chile solo, porque me lo preguntaron tambien en Montevideo.

Desde que hube llegado al departamento de los Andes con los restos del ejército que había salvado por la Cordillera ya la Comisión Argentina tuvo el empeño de que regresase por Copiapó á reunirme con el general Lavalle en Salta ó Tucumán, donde lo suponían. Yo les había asegurado que era imposible que el general Lavalle no hubiera marchado sobre Oribe á Córdoba, asi que supo la marcha del general Pacheco sobre Mendoza con la principal fuerza del ejército de aquel; que esta mi opinión se fundaba en no solo no haberme mandado Lavalle los 500 hombres de su ejército, con el general Pedernera, como había quedado comprometido conmigo en hacerlo, cuando nos separamos de Catamarca, sinó en que me había hecho quedar además á los jefes Aquino y Salas, con los 400 hombres de mi ejército con que había mandádolos en persecución de Lagos y Maza.

Mejor es, habíales dicho á los señores de la comisión, esperar unos 15 ó veinte dias ó la llegada del vapor de Lima, que debe traernos noticias por Atacama desde Cobija, porque si es cierto lo que calculo con fundamento, que el general Lavalle haya marchado sobre Oribe con dobles fuerzas que las que yo he traido á Cuyo, el no puede resistirlo y tendrá que llamar á Pacheco en su auxilio; mejor es esperar esta noticia preparados secretamente, y si ella fuese cierta y Pacheco se marchara, será mucho más facil y pronto, lanzarme de aquí á Mendoza, no solo con las fuerzas que he traido sino con toda la emigración.

Sin embargo de estas mis prudentes y juiciosas reflexiones, la Comisión se empeñó en que me marchara á Valparaiso, y me embarcara allí para el puerto de Cobija al efecto de pasar á Salta por Atacama y llevando solo unos 25 hombres entre oficiales y soldados, que ellos tratarian de hacer que los demás que habían pasado conmigo la Cordillera, fuesen marchando en pequeños grupos á Copiapó, para que de allí fuesen á reunírseme cuando el caso lo exijiera. Vime pues, precisado

á darles gusto contra mi voluntad y muy pronto conocieron la imprudencia con que me habían precipitado como conocerán todos el gran perjuicio que se ocasionó á la Causa. Y si he de hablar con verdad, diré que el principal interés que tuvo la comisión en esta mi precipitada marcha, no fué otro que el de alejarme para apartar de sí la vergüenza de que viera el pueblo chileno la poca consideración que guardaban los argentinos, habiendo allí tantos pudientes, con el Jefe de la Coalisión del norte de su pais, después que acababa de realizar una jigantesca empresa.

Yo había salido del campo de batalla con solo la ropa puesta, y andado por Santiago los primeros dias con la misma ropa que llegué, hasta que la Comisión mandó á un sastre que me hiciese una levita de uniforme, y uno ó dos pantalones; no podía ménos que desagradarles el poco honorífico concepto que tal proceder haria formar de ellos á los chilenos.

Digan lo que quieran, esta es la verdad. Yo era el Jefe á cuya dirección y arrojo habían librado las provincias del Norte, su suerte y todas sus esperanzas; y el que además acababa de practicar una operación jigantesca, que mal que les plazca no la había hecho nadie; y que si había sido desgraciado después de tanto heroismo, no era yo el causante de esa desgracia, sinó la mas negra emulación de un Jefe por una parte y por otra, la imprudente confianza del valiente Acha. Agréguese á esto la criminal demora de los emigrados influyentes de Mendoza y San Juan, porque así debo llamarla, ó si se quiere de la Comisión que no los apuró como debía, para que volasen á reunírseme así que recibieron el parte del triunfo de *Angaco* y de mi entrada á la capital de Mendoza.

¿Cual es el deber, pregunto, de un verdadero patriota que se vé arrojado de su país y despojado de sus propiedades por una horda de forajidos, cuando se presenta un redentor cualquiera que los anonada y quita la presa de sus manos? No debieron en el acto ponerse

en marcha, siquiera los más influyentes, para ayudar á ese redentor que los llamaba para entregarles sus propiedades, y para que lo ayudaran á perseguir á sus infames raptores? Protesto que la demora que tuvieron no tiene disculpa. Mi parte, salió de Mendoza el 3 de setiembre conducido por el comandante ó mayor Videla, chileno, y el cual por mucho que tardara no pudo de ninguna manera haber dejado de estar allí en Santiago, del 8 al 10 á lo sumo, pues yo con cerca de quinientos hombres me puse después en 8 dias en los Andes, aunque no con todos ellos. ¿Y es posible que hasta el 24 que fué el dia de la batalla no pudieron llegar media docena de hombres siquiera de los mas influyentes, ó uno solo? Pues ninguno apareció. ¡Los primeros que iban y uno de los cuales era el señor don Domingo F. Sarmiento, llegaron recien á Uspallata el 25 á las 12 del dia ó poco antes, es decir á 30 leguas de Mendoza, y sabiendo allí la noticia del contraste retrocedieron!

Hago este cargo, porque es preciso hacerlo, cuando estan de por medio los intereses de la pátria y los propios. ¡El que quiere salvarlos no debe perder un momento! y el que lo pierde, no puede con justicia tener derecho alguno á que se le tenga por un buen patriota y fiel guardian de sus intereses. Así he pensado yo siempre, y he obrado, y obraré en consonancia hasta mi muerte.

Cincuenta y cuatro años y medio cuento al escribir esto que digo, en Montevideo; y si se me dijera:—su pátria se salva si Vd. corre en su auxilio, á la hora estaría ya en marcha abandonando mi familia que es para mí lo más sagrado! Adviértase que yo no digo nunca lo que no puedo hacer. Muchos decantan patriotismo, pero es solamente de boca, pues cuando se ofrece óbrar están las obras á una inmensa distancia de la palabra. No me cuento yo en ese número, por que mis obras las pongo siempre á vanguardia, y desearía que todos hicieran lo mismo, para que nunca anduviéramos proscriptos y tuviéramos una pátria libre y respetada.

Marchéme pues, para Valparaiso con todos mis pocos compañeros, despues de haber recibido un auxilio del señor Presidente Bulnes, de doscientos ó trescientos pesos, y pagado el pasaje por los señores de la comisión, en los primeros dias de noviembre. Un día ó dos pasé en el puerto, y el 7 me embarqué para Cobija con todos ellos.

No recuerdo los días que tardamos en llegar á Cobija, pero no pasarían de diez, y apenas dimos fondo encontrando aquel puerto ocupados por tropas peruanas, cuando ya vinieron á abordo varios jefes y ayudantes del general Lavalle que estaban allí emigrados, y entre ellos don Elías Bedoya, á darme la noticia de la derrota que habían sufrido en *Famayllá* el 19 de septiembre, y de que el general Lavalle se había dirigido para Jujuy despues que al salir de Salta se le habían marchado para Corrientes por el Chaco, como 300 hombres con los coroneles Salas, Olmos y otros jefes y oficiales; dijéronme también que había allí un oficio ó pliego doble del General para la Comisión argentina, lacrada de negro, y que se corría de que el General había sido muerto que para cerciorarnos de esto convendría que yo lo abriera.

Bajé á tierra y habiéndome traido el pliego lo abrí y me encontré con la noticia de su muerte comunicada al hermano don Ventura Lavalle, por el secretario del General, señor don Félix Frías; y con la carta que me había escrito el General dos días antes de su muerte, así como con otras para el general Paz y para la Comisión argentina. La del general Paz la hice pasar á su destino adjuntándole cópia de la dirigida á don Ventura Lavalle por Frías, y la de éste la pasé igualmente con la de la Comisión, pero quedándome con cópias.

La Comisión Argentina al mandarme para Cobija con destino á pasar á reunirme con el general Lavalle, había dispuesto que se me mandasen doscientos fusiles que tenian en Valparaiso y asegurándome que allí se me proporcionarían las cabalgaduras necesarias para la marcha.

Los fusiles llegaron á los cuantos dias de estar yo allí, pero no habían cabalgaduras para hacer la marcha á Salta, ni era ya posible puesto que estaba en poder de los enemigos.

Por otra parte, yo no tenía para que permanecer en aquel punto, ni tampoco los medios necesarios para mantener á 25 hombres que me acompañaban, incluso nueve ó diez oficiales; á mas de esto tuve allí noticia de que mi familia estaba en camino de Potosí para dicho puerto; y no me consideraba seguro allí por cuanto se decía que el presidente Gamarra estaba de acuerdo con Rozas.

Todas estas razones y las de estar el jefe peruano que allí había esperando por instantes al general Santa Cruz, que venía embarcado desde el Ecuador, á consecuencia de los pronunciamientos que habían habido en Bolivia á su favor me decidieron á marcharme para Calama con destino á encontrar mi familia, y hacerla regresar conmigo hasta Potosí ó Chuquisaca. Con este objeto y el de proporcionar algún socorro á los oficiales y soldados que me acompañaban, para que tomasen desde allí el partido que mejor les conviniera, traté de vender los doscientos fusiles que acababan de llegarme y cuya conducción desde Valparaiso tuve también que pagar.

Dicho armamento había sido conducido sobre cubierta y llegó todo mojado y lleno de moho, y para poderlo vender, por favor al Jefe peruano, fué preciso pagar la limpieza y darlos por seiscientos pesos ó algo menos. Con su producto di un socorro de diez pesos á los soldados y proporcionalmente á los jefes y oficiales que me acompañaban, se pagó la mantención de todos en los días que paramos y el pasaje hasta Potosí de ocho ó nueve hombres que quisieron seguir conmigo, pues á los demás les hice proporcionar allí ocupación, que les daba dos reales diarios á la tropa, y los más que siguieron conmigo eran oficiales. Advirtiré que en el puerto solo quedaron cuatro hombres, pues los res-

tantes fueron á quedar en Calama que dista de allí 40 leguas de travesía.

Llegados á dicho punto el veinte y tantos de noviembre, recibe el Prefecto la noticia el 28 en la tarde de que los peruanos que estaban en el Puerto marchaban sobre Calama con toda su fuerza que creo era de 300 ó mas hombres, y dispone mandar á su hermano que era el jefe militar que allí había, con solo un piquete de 25 hombres que tenía, infantes, á situarse á una hacienda en que hay una aguada como á ocho leguas de allí.

Antes de referir la marcha de esta fuerza, explicaremos lo que había ocurrido á medio día en casa del Prefecto del Departamento. No se si en la noche anterior había llegádole la noticia del triunfo de *Yngavi* por el señor presidente Ballivian, sobre el del Perú, Gamarra, y mi marcha para Potosí estaba ya ajustada para el 29. En consecuencia, pues, de dicha noticia, había el Prefecto convidádome con mis oficiales á comer á su casa el 28, así como á varios de los vecinos principales del lugar.

El comandante general de los valles de Salta don Florentino Santos que se hallaba en Atacama, había costeádose á verme en el día anterior, y fué también convidado y con motivo, pues, de los brindis en honor del Presidente y del ejército vencedor, habíanse excedido en el vino algunos de los concurrentes del lugar y entre ellos un ayudante del Prefecto y también el comandante don Florentino Santos.

El primero se había propasado en demasía, y faltado el respeto á uno de los empleados en la mesa, y no se si hubieron de irse á las manos, ó el ayudante le pegó una bofetada. Ello fué que el Prefecto se levantó de la mesa y llamó al ayudante á la plaza; pues la puerta de la casa del Prefecto en que comíamos, daba á ella y reconviniéndolo por lo que acababa de hacer, habíale dado otra bofetada al Prefecto, y este mandádolo arrestado, sin yo haberlo sabido hasta después.

Esto había ocurrido casualmente estando ya en los postres, y para no presenciar yo aquel desórden me había levantado y salídome fuera por escusar al Prefecto de la vergüenza por lo ocurrido.

Habíanse levantado varios y retirádose también, y en los momentos en que había el Prefecto dispuesto la instantánea salida del piquete sin yo saber ni aun el parte de la aproximación de los peruanos, mucha menos la marcha del piquete; y al volver del paseo que había dado llamóme el tesorero que estaba á la puerta de su casa á tomar una taza de café, y me instruye así de la aproximación de los peruanos, como de la salida del hermano del Prefecto con el piquete.

El Prefecto, que era un Teniente Coronel; había sido antiguo conocido mío; quise en el momento ir y hacerle conocer la falta que cometía en alejar la única fuerza que tenía y entregarla, por consiguiente, á manos de sus enemigos, que venían montados en las cabalgaduras que había en el puerto, asi de particulares como de los arrieros; díjele que era mucho mejor que hubiese reunido todo el vecindario, y armádolo; que para descubrir á los invasores bastaba que hubiera mandado unos naturales desarmados, en observación.

Hablando estábamos de esto, cuando aparece el jefe militar, hermano del Prefecto, en fuga y solo, con la noticia de haberse sublevado todo el piquete y héchole fuego, agregando que regresaba todo él á saquear el pueblo y la noche se acercaba ya.

Díceme entonces el Prefecto:

—«Señor General: El Gobierno y el pueblo necesitan en estos momentos de sus servicios y espero que se resignará gustoso á prestarlos, con los oficiales y tropa qne le acompañan.»

Claro es que no podía excusarme á prestar á la autoridad el servicio que me reclamaba, tanto esta, como el vecindario y comercio.

—«Estoy pronto, señor Prefecto, díjele; pero dénseme caballos para montar á mis diez oficiales, que con

ellos y algunos de los señores del comercio que se me reunan montados, me bastan para hacer entrar en su deber á los sublevados; que los guardias nacionales que se están reuniendo, se armen juntamente con mis soldados, para que el señor Prefecto salga con todos ellos á situarse á orillas del pueblo.»

No hube acabado de decirlo, cuando el hermano del Prefecto, los comerciantes y empleados que allí habían salieron corriendo, asegurándome que al instante estarían de vuelta con buenos caballos.

Corrí á casa de mis oficiales para que se prepararan y mandaran la tropa al cuartel. Presentáronme al momento los caballos y lanzas que había pedido para aquellos, y estuvimos al instante montados, con cinco ó seis acompañantes del comercio, incluso el hermano del Prefecto y marché con todos ellos al cuartel. El Prefecto estaba allí repartiendo fusiles y piedras á mis soldados y nacionales, cuando se siente á orillas del pueblo el paso de ataque que hacía tocar el capitán del piquete sublevado con sus tambores.

Ordené al valiente coronel don Crisóstomo Alvarez, mi sobrino, que marchara con los oficiales y pocos comerciantes á situarse fuera, mientras yo activaba la salida de la infantería. Alvarez partió al instante; estaba yo apurando á los que se armaban y municionaban, cuando el paso de ataque estaba sobre nosotros en la calle por que debíamos salir.

—«Active Vd. cuanto antes la salida con estos hombres, díjele al Prefecto, que voy yo á reunirme á los oficiales.»

Partí al galope, con el teniente coronel Florentino Santos y el hermano del Prefecto; encuéntrome con el Capitán á la cabeza de su piquete, á poco andar, marchando á paso de ataque, con espada en mano.

Alvarez se había encontrado con él un poco más adelante; como no tenía orden de atacar, habíale hecho algunas reflexiones al capitan, pero este las habia desatendido, pasando sin detenerse.

—«Conténgase Vd. Capitán, ¿Qué escándalo es el que va Vd. á dar en este momento?»,—díjele.

—«¡No es nada, mi General; que viva el Presidente Ballivian!»,—respondió el Capitán, repitiendo dicho viva todos sus soldados, y hasta yo mismo; pero como el Capitán siguiese la marcha sin detenerse, repítele que se detenga y escuche.

Mis oficiales se descubrían parados como á cien pasos más adelante, y había obscurecido; el teniente coronel Santos que estaba conmigo y era un valiente, habíale ya dirigido la punta de su lanza al pecho del Capitán é intimándole en voz alta:

—«¡Párese Vd. á contestar al señor General, que le habla.» Y dirigiendo su vista á mí, me dice: «¿Qué hago, mi General, lo levanto en la punta de mi lanza?»

—«¡Conténgase, Vd. Comandante!»,—díjele.

El Capitán, mandando dar á su tropa dos pasos de costado á su izquierda, gana un borde que había en la vereda, de una pared de tapia que había caído, y mándame hacer una descarga de 25 fusiles. Cuatro hombres habíamos montados en media calle: el hermano del Prefecto, el comandante Santos, el ayudante que había abofeteado al Prefecto y era el cabeza del motín, ó el que lo había ocasionado, que iba en compañía del Capitán y estaba parado cerca de mí á un costado y yo.

A la descarga, párase mi caballo en dos patas, y juzgando yo que se había encabrestado una mano en la rienda, me desmonté á sacársela, y observo que aquel movimiento había sido efecto de una bala que le había atravesado el encuentro. El hermano del Prefecto se desmontó en el momento y me ofrece su caballo, diciéndome:

—«¡Monte el señor General en el mío, que su persona es más interesante que la mía!»

¡Siento en el alma no recordar el nombre de ese noble boliviano!

Partió él á pié á donde estaban mis oficiales, y yo ciego de cólera no quise dejar mis pistoleras en mi ca-

ballo inutilizado, deshebillé la correa, púselas en el que me acababan de ceder y monté; pero adviértase que varios otros tiros me dispararon mientras hacía esta operación, y que de los de la descarga solo uno acertó á bandear por el pecho precisamente al ayudante del piquete que había sido el causante de aquel motin.

Corrí á donde estaban mis oficiales, ciego de cólera y mándoles que me sigan, resuelto á acabar con aquellos hombres á lanzadas en la calle, ó quedar allí tendidos.

Mi secretario don Benjamin Villafañe, el coronel Alvarez y el mismo hermano del Prefecto que estaba ya con ellos, dícenme: «No se comprometa General, pues no sabemos el objeto de este movimiento, y sobre todo diceme Villafañe, nosotros somos aqui estraños en esta cuestión». «Mejor sería agregó el hermano del Prefecto, que pase V. S. á esperar á orillas del pueblo, y que vamos con su secretario á informarnos del mismo capitán y de mi hermano. Así lo hice pasando á situarme fuera, y se marcharon ambos á verse con el capitán del piquete y el Prefecto.

Volvieron después de un gran rato á decirme de parte del Prefecto y del Capitán que todo estaba concluido, y no había prevención alguna contra mi, ni mis oficiales, agregando de parte del Capitán que lo dispensara por el fuego que había mandado hacerme, pues había sido solo un efecto de acaloramiento poco meditado, por las amenazas del comandante don Florentino Santos.

Tuve pues que regresarme al pueblo, mandar á mis oficiales á la casa de su alojamiento, y que entregasen los caballos y las lanzas, y yo me dirigí á la casa del Prefecto donde me había alojado.

Pasáronse las horas, y el Prefecto no aparecía, y eran ya más de las 11.—Habíame mandado decir éste que me acostara sin cuidado ninguno, que pronto estaría conmigo. Apareció al fin á las 12 de la noche y me instruyó del motivo de la revolución, diciendo: que el ayudante había sido el causante del movimiento, pues habíale dicho al capitan que él estaba en comunicación con el

general Santa Cruz que había avistádose al puerto de Cobija, y que por eso había sido el movimiento, y que se había visto precisado á capitular con el capitan nombrándole jefe de las armas, por habérselo asi exijido; como yo no tengo aqui mas fuerza veterana que este piquete, díjome el Prefecto, me he visto precisado á capitular por evitar un escándalo mayor, pero este capitán me agregó, es muy partidario del general Velasco que se halla en Humahuaca (en la quebrada de Jujuy á Bolivia) con 400 Colorados de Oribe.

Inmediatamente que me comunicó esto el Prefecto, púseme inquieto, pues entré á reflexionar que siendo el capitán partidario del general Velasco, reconocido por Rozas como Presidente legal de Bolivia, podria muy bien el capitán entrar en la pretensión de asegurarme con todos mis oficiales y marcharse á presentarnos á Oribe amarrados, para evadirse del castigo de su gobierno.

Me pasé la noche en vela sin poder tomar el sueño y arrepentido de no haber continuado mi marcha hasta la primera jornada para Potosí, y mandado pedir de allí que el arriero nos llevara el equipaje, y ocurriesen los dueños por sus caballos

Amaneció por fin el 29 y estuvo el arriero pronto con su tropa para conducirnos á Potosí. Tomamos las mulas necesarias para silla y estaban cargando ya los equipajes cuando se presentan todos los vecinos al Prefecto, á interesarse para que me detuviera, asegurándole que uno de los soldados correntinos que habían tomado partido allí, de los que habían ido con los jefes y oficiales que había dejado en Cobija, acababa de decir en una pulpería que les habían ofrecido el saqueo, los oficiales al piquete, para que se rebelaran, y que solo esperaban que yo me marchara para efectuarlo. Interesáronse fuertemente por esta razón con el Prefecto, y conmigo mismo, para que no los abandonara, y no hubo más remedio que condescender, y mandar al arriero que estaba ya pago, que se esperara por uno ó dos días.

Detúveme ese día, y el 30 emprendí mi marcha de-

jando ya aquello tranquilo, y conduciendo una comunicación para el señor Presidente Ballivian, del Prefecto de aquel Departamento, y otra para el Gobierno de Potosí.

A los cuatro ó cinco días tuve el placer, desagradable por el momento, de encontrarme con mi familia en las inmediaciones de Casas Blancas. ¡Cual sería mi pesar al presentarme sin mi querido hijo Ciriaco, y cual el de mi señora y mis amadas hijas, podrán calcularlo los lectores! Un gran rato perdimos de tiempo mientras pude consolar á la extremosa madre, y díjele que era preciso regresarnos para Potosí, pues habían ya riesgos para volver á Cobija.

Continuamos, pues, la marcha para Potosí y llegamos no sé si el 14 ó 16 de diciembre, y á los dos ó tres días pasaron para Oruro, donde se hallaba el señor presidente Ballivian, mi sobrino el coronel Alvarez y mi secretario don Benjamin Villafañe. El primero con destino á ofrecer sus servicios al señor Presidente, y llevando una carta de recomendación mía, y el segundo con el de pasar á la ciudad de La Paz, á donde se hallaba un tío suyo el doctor Medina, diputado ó Presidente del Congreso.

Mi familia se hallaba enteramente desprovista de todo, pues el equipaje con que había salido de Jujuy, al dia siguiente á la llegada y muerte del general Lavalle, había sido tomado todo por las partidas del gobernador Iturbe, de Jujuy, en los campos del marqués de Yavi, juntamente con la familia del desgraciado y benemérito doctor don Márco Avellaneda con quien iba mi señora, pero habiéndolas alcanzado el doctor don Elías Bedoya por el Belén ó más adelante, y dádoles noticia de la muerte del general Lavalle, y que los enemigos seguían al general Pedernera, mi señora con la esposa del general Acha habían apresurado su marcha adelantándose, y dejando el equipaje con la familia de Avellaneda que tomó otro camino por la Quebrada de Pulmamarca.

Así fué que mi familia se adelantó con solo su almofrez en que llevaba la cama, la señora del benemérito

y desgraciado Acha y el coronel Bringas que había dejado yo para que la acompañara. Llegaban ya á Humahuaca en cuyo punto estaban las milicias movidas en favor de los federales, y tratan de detenerla, pero gracias á la vivacidad del coronel Bringas que los amenazó con el general Pedernera que venía por detrás, y á que calcularon que debía ser mi familia, pues tenían noticia de que iba, á pesar de que ella por temor excusaba decirlo, las dejaron pasar.

Continuaron, pues, su marcha con la mayor incomodidad, hasta que al pisar el territorio de Bolivia poco más allá de La Quiaca, fueron detenidas por una partida del gobernador Iturbe, y un capitán Pardo, salteño, y presentados al primero, desarman al coronel Bringas y mi hijo mayor Gregorio, y los registran de piés á cabeza. Mi señora se quedó muerta de aflicción al ver desarmar y registrar á su hijo, figurándose que iban á matarlo; pero felizmente Iturbe que me conocía, y había servido conmigo en el ejército del general Belgrano, en la guerra de la Independencia, la consideró y procuró tranquilizarla asegurándole que aquel registro no era con otro objeto que el de ver si llevaban alguna comunicación.

Solo á la señora del general Acha que los insultó, según me dijo mi señora, le quitaron los caballos que llevaba, y aún la amenazaron, pero dejáronla pasar y aún las hizo acompañar con dos hombres hasta el territorio de Bolivia. Por consiguiente llegaron á Potosí con solo la ropa puesta con que habían salido de Jujuy. Allí había promovido una subscripción el comandante Moyano, mendocino, que había emigrado conmigo el año 1831, y proporcionádole un corto socorro, pues aunque la subscripción fué solo para mi familia, y con ese solo objeto se subscribieron muchos, hicieron que esta sirviera para socorrer á varios otros jefes y oficiales que habían llegado pertenecientes al ejército del general Lavalle. Por consiguiente poco le había tocado.

Detúveme allí hasta el 23 de diciembre en que mar

ché para Chuquisaca, y al tiempo de mi salida recibí una carta de Copiapó llegada por el correo de Cobija, de mi ayudante don Eduardo Hollmberg, que acababa de llegar de San Juan, con pasaporte del general Benavides. Dicho mi ayudante había caído prisionero en Mendoza, y me decía que apenas Benavides entró á dicha ciudad y habló con su familia y supo por ella todas las consideraciones que yo le había dispensado, reclamó al general Pacheco que le entregara á mi hijo Ciriaco para llevárselo á San Juan, y que habiéndolo conseguido marcharon juntos con dicho General, y permanecieron viviendo y comiendo en casa de Benavides como hijos de la familia, que á mi hijo le dispensaba, tantas atenciones el General como su señora, las mayores consideraciones.

Decíame Hollmberg que habiendo solicitado el pasaporte para Copiapó y obtenídolo, se había contristado mi hijo al separarse, y vístolo al General para que le concediera igual permiso; pero que Benavides con el mejor modo le había contestado que no se aflijiese, pues le prometía mandarlo con mayor seguridad á reunirse con su familia, cuando estuviese la cordillera abierta. Por consiguiente tuvimos un día de satisfacción, y escribí á Benavides dándole las gracias por las noticias que acababa de recibir por Hollmberg, del buen tratamiento que había dado á mi hijo; y cuya carta la mandé abierta al gobernador Iturbe de Jujuy, suplicándole la hiciera pasar á su destino.

Llegados á Chuquisaca, fuimos muy bien recibidos como lo habíamos sido en Potosí, así por los hijos del país como por los pocos compatriotas que estaban allí establecidos. Allí supe por los papeles públicos que se habían recibido por el correo de Chile, la posición en que se hallaban los dos ejércitos de los generales Paz y Echagüe, en la provincia de Corrientes á principios de noviembre, y desde aquel momento pronostiqué que la batalla se habría dado precisamente el 28 de noviembre y que había sido ganada por el general Paz.

La razón en que me fundaba para creer que la batalla fuera en dicho día 28, era no solo por la poca distancia á que se encontraban ambos ejércitos; sino por que juzgaba que estaría en el interés de ambos Generales el darla en dicho día; Paz por vengar en su aniversario la pérdida del *Quebracho Herrado* sufrida por el general Lavalle; y Echagüe con la esperanza de obtener otro triunfo en el mismo día. Esto lo creía yo como dije, ya por la esperanza que nunca me ha faltado, como por la confianza que me inspiraba la capacidad y conocimientos aventajados del general Paz, y que juzgaba como he dicho que debía estar en el interés de ambos en llegar á las manos en dicho día. Así era que desafiaba al general Alvarado, á don José Frías y demás paisanos que allí habían, á apostar lo que quisieran, á que se había ganado la batalla por Paz en dicho día.

Estábamos creo á mediados del mes de marzo cuando aparece en uno de los tambos de Chuquisaca (llámanse allí tambos, las posadas) el mayor Neyrot, por la posta, dando vivas á la pátria y preguntando por mí, con una comunicación del coronel Sardina desde Atacama ó Antofagasta.

Corrieron al instante con él á buscarme á casa del general Alvarado ó coronel Rojo, y encontrándose varios compatriotas reunidos; y no queriendo esperar á que dieran conmigo, pues no estaba en casa, abriéronla y se encontraron con la noticia del triunfo, comunicada desde la provincia de Salta á Sardina para que me la pasara, y avisando al mismo tiempo la retirada de Oribe y tambien la de Pacheco de Mendoza, y es como sigue:

«*Señor general don Gregorio Araoz de La Madrid.*

Antofagasta, febrero 11 de 1842.

«Mi General: en días pasados dirijí una carta á V. S. por la vía de Atacama, y aunque dudoso de su paradero, pero hoy me ha sido preciso repetir ya exprofesamente, por motivo de haber llegado á mis manos una

cópia de carta del general Nuñez á su señora, en la que detalla el glorioso triunfo del general Paz sobre el ejército de Echagüe, y deseoso yo de que V. S. tenga esta noticia, y dudando de que por otro conducto la llegue á apercibir, le incluyo de dicha cópia para que se imponga de lo sucedido, como también pongo en noticia de V. S. que Oribe marchó de Tucumán para abajo (Buenos Aires) y tambien sé que Pacheco ha hecho lo mismo de Mendoza y se ha dicho que las avanzadas del general Lopez de Santa Fé alcanzaban hasta el Tío, y por otra parte habían entrado á Santiago y quitádole caballadas á Ibarra. Por todos estos acontecimientos he escrito á Copiapó, al Chacho, á Janzón y los coroneles Aparicio y Torres, para que activen un movimiento que habíamos acordado hacer sobre los cantones de las provincias de Cuyo ó la Rioja, para llamarles la atención por esta parte, con el objeto de que no le recarguen tanto peso á nuestros libertadores del Sud, en caso desembarcasen en Santa Fé; para esto proporcionaban los argentinos de Copiapó algunas armas y demás recursos necesarios.—Mi General, todo esto pongo en conocimiento de V. S. porque yo en nada puedo estar conforme sin el dictámen de V. S. como nuestro antiguo patriota y padre de los hoy desgraciados; así es que si no le es gravoso por algún caso, comuníqueme sus disposiciones en este caso; pues yo no me separo de sus órdenes ni por la larga distancia, ni por las desgracias que nos han rodeado. Deseo saber el estado de las cosas políticas de esa República, lo que me comunicará tambien si tiene lugar de contestar esta.

«Con este motivo, tiene el honor de saludar á V. S. su invariable Q. B. S. M.

SILVERIO SARDINA.

«*Nota*—El conductor es el teniente Alfaro, quien me promete esforzarse hasta llegar hasta donde esté V. S.—Se lo recomiendo por si le faltan recursos para su regreso.—Mis recuerdos á mi coronel Alvarez.»

Tuvimos un día de locura con esta noticia, pero muy particularmente yo, que corrí como un jóven por las calles, así que me encontraron con la carta para informarme por mí mismo del conductor, y saber por donde había tenido Sardina ese parte.

Díjome el mayor Neyrot que el teniente Alfaro que era quien había traido el parte, había llegado á Potosí con su mula cansada, que el porque no demorara en llegar en mis manos aquella importante noticia, había volado á entregármela pero que Alfaro vendría ya en camino, aseguraba éste que en la provincia de Salta habían dirigido la cópia al coronel Sardina para que me la pasara.

Toda la ciudad se alborotó y tomó parte en nuestro regocijo, el hermano político del señor presidente Ballivian me mandó suplicar le franquease las comunicaciones para sacar una cópia para trasmitírsela al señor Presidente.

Casualmente estaba yo copiándola para remitírsela al señor Ballivian y asi le mandé decir adjuntándole en seguida con la carta, al señor Presidente para que se la remitiera á Puno.

A los pocos días llegó al correo de Cobija con comunicaciones de Chile en que se detallaba ya la noticia de la victoria, y se me adjuntaban dos cartas del general Paz y de su hermano don Julian, noticiándome de tan feliz acontecimiento, manifestándome su pesar por mi desgracia en el *Rodeo del Medio*; é indicándome que era preciso llamar la atención al enemigo por las Provincias, y cuyas cartas las habían abierto en Chile, para inponerse de las noticias, según me lo avisaba el doctor Bedoya.

Escribíanme tambien de parte de la Comisión que era necesario me acercara á Cobija ó Calama donde encontraría algunos auxilios para pasar á las Provincias y moverlas contra el tirano, indicándome que de Copiapó debía marchar para los Llanos al mismo objeto el coronel Peñaloza ó Chacho.

¡Cuanto mejor decía yo, el haber esperado en Chile,

como lo deseaba, la llegada del vapor que llevaba ya la noticia de la desgracia del general Lavalle! Entonces nos habríamos preparados, y habría yo ocupado Mendoza, apenas se retiró Pacheco!

Pero estos eran ya recuerdos amargos, era necesario ahora obrar como mejor nos conviniese para libertar nuestra pátria, y enmendar las faltas que se habían cometido. Desde aquel momento yo no pensé en otra cosa que en disponerme para marchar.

Escribí á la Comisión anunciándole mi marcha á Calama para dirigirme de allí por los valles de Salta á ocupar Tucumán poniendo al mismo tiempo en movimiento á las provincias de Salta, Jujuy y Catamarca, por medio de los jefes de dichas provincias que se hallaban conmigo. Indicábales que á mi llegada á Calama en el mes de mayo, procurase tenerme allí preparadas las armas, municiones y cabalgaduras que pudiera, para lazarme sin demora.

Yo había solicitado del señor Presidente Ballivian una cooperación indirecta; que me facilitara armas y municiones, se me dejara la libertad de lanzarme á Jujuy y Salta con los emigrados y demás hombres que me siguieran, pero el señor Ballivian se había excusado con las atenciones que le demandaba el gobierno del Bajo Perú, con que no podria sin que la Nación lo acordara, contraer un compromiso semejante. Creo que tambien contribuiría á esto, el paso desagradable que dió pocos días antes el teniente coronel Cármen Garcia, que había servido como ayudante del general Lavalle, de pasarse al ejército peruano con un escuadrón ó piquete de soldados del ejército libertador, con que se había puesto al servicio del señor Ballivian.

Yo me desagradé de esto, procuré marcharme muy luego para Cobija ó Calama, pero me faltaban los medios para conducirme. Los argentinos que allí habían me habían prestado un pequeño auxilio mensual no se si de dos meses, que no llegó á veinte y seis pesos. Me dijeron que nada podían hacer para ayudarme, por que no

se lo permitían sus recursos, y que era mejor esperar. ¡Mientras tanto el general Alvarado (don Rudecindo) con mucho menos servicios que yo en Bolivia, sin más familia que una hija casada, había estado disfrutando de doscientos pesos mensuales desde que emigró de Salta dejando su gobierno por solo una orden de Quiroga! — Todo esto unido al poco interés que había demostrado el Presidente en servirme y los paisanos en facilitar los medios necesarios para la marcha, me hizo tomar la resolución de salirme á pié hasta Potosí, pues no tenía mas que dos cabalgaduras una para mi señora y otra para cargar las camas. Me había encaprichado en esto, y estaba resuelto á vender el cortísimo equipaje que nos habiamos hecho, para comprar dos burros en que marcharan en uno mi hijo mayor con su hermanito por delante, la mayor con una de sus hermanitas en otro, mientras yo salía cargando en brazos á la menor de todos.

Yo iba á sufrir por de contado, muchísimo en aquel penoso camino, de serranías y quebradas, pero me consolaba con la vergüenza que sería para el Gobierno de un país á que tanto había servido, el dejarme salir en aquel estado; pero cuando mis paisanos conocieron que mi resolución era invariable, se apresuraron á proporcionarme algunas cabalgaduras y unos pocos medios para pagar al arriero; pero es preciso decirlo en justicia, que el que mas parte tuvo en esto fué el señor cónsul francés que estaba allí y cuyo nombre siento no recordarlo, (1) el mismo que proporcionó fondos para que el coronel Artayeta condujese los restos del desgraciado general Lavalle á Chile.

Este señor me facilitó un buen caballo, herrado de piés y manos y no recuerdo si 25 pesos. La señora Leticia esposa del señor Rosquellas que estaba allí de comerciante, me facilitó otro á propósito para mi señora y algunos pesos. El general Alvarado dió no sé si

---

[1] Fué el señor Billamus.

22 pesos por dos caballos que se compraron y don José Frias pagó otro.

Así pude emprender mi marcha de Chuquisaca creo el 3 de abril del año 1842, habiendo recibido mi señora bastantes consideraciones de, muchas de las señoras principales de aquella Capital.

Llegamos á Potosí, no recuerdo si el 9 ó el 10, habiéndome resentido en el camino, de resulta de un gran esfuerzo. Híceme ver con el doctor don Mateo José Molina médico de mi ejército que había ido conmigo desde Chile y quedádose allí y díjome que aquello era el principio de una enfermedad que tendria que venirme en cada esfuerzo que hiciera, pero que cuidándome y sobretodo andando lo menos posible á caballo, no avanzaria y quizá me curase.

Allí entramos en nuevas dificultades para conducirnos á Cobija ó Calama, porque era caro el flete. Proporcionáronme allí algunos paisanos, no recuerdo si unos ochenta pesos, pero el pasaje por ocho ó diez animales de silla y cuatro de carga, importaba doscientos setenta pesos, pues me habia sido preciso reunir unos cuantos acompañantes en razon de haberse asegurado que de Salta salía una fuerza con el destino de asesinarme en el despoblado; y tan era cierto esto, que el prefecto de Potosí don Manuel Fernando Guerra, teniente coronel y de una de las primeras familias de La Paz, me hizo varias instancias para que no me expusiera.

Pero interesado yo en el mejor servicio de mi pátria, y por no faltar á la promesa que había hecho á los señores de la Comisión argentina de Santiago, de estar en Calama para mediados de mayo, y que consideraba estarían ya prontos los auxilios que había pedido; y que se me ofrecieron; contando por otra parte con que no podría destinarse á semejante objeto, arriba de 20 ó 25 hombres, porque son grandes las travesias que tenían que hacer desde Salta, y llevando cargada hasta el agua, dije yo, con 14 ó 16 hombres buenos, me bastan para llevarlos por delante. Por consiguiente los

busqué de los varios jefes, oficiales y soldados que allí habian previniéndoles á todos el riesgo que ibamos á correr.

Después de diez y siete dias de descanso pude marchar por el favor que me hizo el señor Prefecto de franquearme doscientos pesos con cargo de abonárselos en Cobija ó Valparaiso, y los mismos que no me ha sido posible cubrir hasta hoy, por lo que se verá adelante.

En el momento de la marcha, suplicóme la señora del finado teniente coronel Jigena jefe de los cívicos de Córdoba; de aquellos honrados, fieles y valientes artesanos que abandonaron su pátria por seguirme, de puro abnegados, á fines del año 1840 y que en todas partes dejaron su nombre bien puesto, suplícome, digo, que le permitiera ir en mi compaña con su único hijo Julio de edad entónces como de diez años, diciéndome que tenía sus cabalgaduras y todo pagado. Concedíle con gusto, pues la pobre había emigrado también y perdido en *Sancala* á su benemérito esposo.

Hicimos, pues, la marcha trabajosamente por aquel largo despoblado y atravesamos con un excesivo frío pero con felicidad porque nadie se atrevió á perturbar nuestra marcha y llegamos á Calama debiendo 25 pesos de carne y pastos, en las dos últimas posadas, el 18 ó 20 de mayo.

¡Pero cuán desconsolado quedé cuando me vi sin ninguno de los auxilios que esperaba encontrar, pero ni aún cartas de la Comisión argentina de Santiago! Pero felizmente se hallaba allí empleado en el comercio, el distinguido patriota catamarqueño don Manuel Pezado, quien, conociendo la imposibilidad de hacer la marcha que pensaba para las Provincias, promovió de su motivo una subscripción, en los siguientes términos:

—Hallándose en este punto el señor general don Gregorio Araoz de La Madrid absolutamente escaso de recursos para continuar su marcha á Cobija, excita el que firma, la filantropía de sus amigos á efecto de que ten-

gan la bondad de suscribirse con algunos reales en favor de este patriota tan ilustre como desgraciado.

MANUEL PEZADO.

Calama, 14 de mayo de 1842.

SUBSCRIPTOS

Indalecio Rojo.....	2	pesos
Victorino Saenz.....	2	»
R. Elisalde, obsequia al General.	25	»
Manuel Pezado.....	25	»
Manuel Tejada.....	10	»
Martin Güemes.....	17	»
Luciano Tejada.....	17	»
Anacleto Puch.....	10	»
Silverio Chavarría.....	10	»
Mariano Leguizamon.....	2	»
	120	pesos

Dando las gracias á todos mis amigos y compatriotas por la presente lista de suscripción con más la cantidad á poder del señor general don Gregorio Araoz de La Madrid.

PEZADO.

Por el favor de estos distinguidos compatriotas, salteños los más, pude pagar los 25 pesos que quedé debiendo del camino; despaché á los coroneles Bringas, Dominguez, teniente coronel don Florentino Santos y algunos otros oficiales, á que fuesen á reunirse con el coronel Sardina y marchasen á la Rioja á ponerse bajo las ordenes del coronel y comandante general de los Llanos don Angel Vicente Peñaloza, pero mientras no se reunieran á dicho jefe, mandaba á todos los Comandantes que habían por esas inmediaciones, se pusieran á las órdenes del coronel Dominguez, chileno y casado, en Tucumán.

Les proporcioné un corto auxilio y despaché bien re-

comendados para obrar todos á una, y sujetándose en un todo á las instrucciones que dí á Dominguez; pero apenas llegaron á Atacama ó Antofagasta, el comandante don Florentino Santos fué el primero en no quererse sujetar al coronel Dominguez, así fué que por esa diverjencia no lograron reunirse al coronel Peñaloza cuando iba en marcha para Tucumán perseguido por Benavides, y fué esa la causa por que fueron batidos, cuando debieron haber concluído con ese malvado; y el que tuvo la principal parte en esta desobediencia que fué el comandante Santos, fué tomado después y fusilado por el gobierno de Salta.

Yo había llegado á Calama con mi señora enferma y tuve que pasar al instante á Cobija para ver si lograba ser conducido en el vapor á Copiapó, donde habían varios argentinos acomodados, entre ellos el muy recomendable riojano don Domingo García, amigo mío, con la esperanza de que ellos pagarían mi pasaje, y podria yo dejando allí mi familia, pasar á tomar el mando de las fuerzas que obraban ya en las Provincias bajo las órdenes del comandante general Peñaloza.

Pero antes de marcharme de Calama había dirigido una carta con los jefes que mandé á Antofagasta para el coronel Balboa, catamarqueño, que había sido desatendido por Oribe y Maza, y separado del mando de la Provincia, se hallaba desagradado por las atrocidades que había cometido el último en su Provincia, mandando degollar á cuantos sujetos respetables pudo agarrar, hasta haber formado una pirámide en la plaza con seiscientas y más cabezas de prisioneros que había tomado, y muchos de ellos en sus casas.

Invitábalo en dicha carta á que era llegado el tiempo de unirse todos los provincianos para libertar á los pueblos de la bárbara dominación de Rozas, que solo aspiraba destruírlos por medio de su teniente Oribe para mejor sujetarlos. Decíale también que esperaba que el general Benavides sería uno de los que no permitirían la destrucción de los pueblos.

Para dirigir dicha carta había yo tenido motivos de confianza en un comandante de Catamarca y amigo suyo, me había ya hablado por él; manifestándome su desagrado y pidiéndome que le autorizara para ofrecerle garantías, pues contaba con que se nos uniría. Pero el descuido del conductor ó encargado de ponerla en sus manos con seguridad, hizo que fuese interceptada por Benavides mandándola en circunstancias que éste se aproximaba.

Pasé pues al puerto con mi familia, y pagando apenas el pasaje con lo que me había quedado de la subscripción. Llegado á Cobija que es un lugar en extremo escaso, por estar situado en un desierto, víme en trabajos para poder subsistir hasta que llegase el vapor que venía de Lima, mas la generosidad de los empleados y de los pocos comerciantes que allí habían me proporcionaron lo necesario en esos días de demora.

Llegado el vapor tocamos la dificultad de que no quería el capitán conducirnos al puerto de Copiapó, sin recibir adelantado el dinero. Fué necesario que un comerciante me afianzara dando yo una letra contra el apoderado de todos los argentinos de Copiapó, que estaba en el puerto y al cual dirigía yo una carta asegurándole que don Domingo García cubriría mi pasaje así que recibiera mi carta.

Así pude al fin embarcarme con toda la familia, era al empezar el mes de junio, pero vendiendo todas nuestras monturas completas, por una onza de oro, y hasta mis espuelas de plata que tenían 22 onzas y más, por doce pesos para proveernos de algo de lo que necesitábamos y parte de una del pasaje. La letra que giré, fué me parece que de doscientos veinte pesos. Adviértase que entre las monturas que se vendieron que eran cinco; había una silla de la señora, que me había costado 4 onzas, y solo había servídole en el camino, y dos aperos tucumanos que algo valen. Todo este sacrificio me fué preciso hacer, ya por la absoluta necesidad, ya por no aumentar el precio del pasaje con su volúmen.

Llegamos á los pocos días al puerto de Copiapó, y fué en el acto cubierta mi letra por el apoderado del señor García y demás argentinos, que siento no recordar su nombre, por que dispensó á mi familia toda clase de consideraciones en los dos días que allí pasamos.

Del puerto á la ciudad de Copiapó, hay correo diario, y un camino de travesía de veinte y tantas ó treinta leguas. Pues al siguiente día por la noche, ya tuve contestación del fino amigo don Domingo García, en que me avisaba estar ya pago el pasaje y provista la conducción de la familia y el equipaje; y que al siguiente día nos encontraría con un carruaje en la mitad del camino, decíame que había visto á todos los compatriotas que allí habían y los cuales se habían prestado gustosos, tanto á pagar el pasaje como á facilitarme algunos recursos más. Efectivamente varios señores como don Mariano Fragueyro. don Antonio Lopez, sanjuanino, un señor español muy rico y casado en San Juan, que era allí el principal minero del Chañarcillo, y que se marchó después para España con su familia, me mandaron seis onzas cada uno y el español doce.

El señor García estoy en que cubrió solo la letra. Favoreciéndome también, no recuerdo con cuánto, un señor Tello, comerciante de San Juan y el coronel San Roman, riojano, y un Risso Patrón, catamarqueño.

Con todos estos auxilios pude proporcionar á la familia los útiles y ropa necesaria y más preciso, pero ellos no alcanzaron á quinientos pesos fuertes.

Habíaseme olvidado que llevaba ya escrito todas mis campañas por haberse perdido mis apuntes anteriores, y solo estaba incompleta la última de Cuyo, pues no había tenido tiempo de acabarla de escribir en Chuquisaca.

Alquilé una casa bastante cómoda y con una manzana de viña y algunos árboles frutales, en 25 pesos mensuales, y propúseme trabajar pan para buscar el medio de subsistencia. Para el efecto trabajé un horno y me proporcioné los útiles necesarios.

Como el pan en todo el territorio de Chile es muy

barato, muy poca ó ninguna utilidad pude sacar de mi trabajo, en el tiempo que tuve, pues apenas costeaba el pan que comía la familia, y no era poco, pues conseguía además estar distraido con el trabajo, por que no hay cosa que me moleste más que la ociosidad.

La población de Copiapó era en su mayor parte compuesta de argentinos, muy particularmente de riojanos, cuyanos y algunos otros de las Provincias; y como todos ellos ó su mayor parte eran emigrados que, ó se habían establecido allí desde la primera inmigración, ó habían concurrido á buscar su subsistencia en el trabajo de las minas; empeñáronse los menos acomodados en contribuír también por su parte, á sostenerme con mi familia, y levantaron para el efecto una susbcripción, entre los pobres, para asegurarme una mensualidad, mientras se proporcionaba por los más pudientes, el medio de que yo pasara á las Provincias á encabezar la guerra contra el tirano.

Siendo este un acto el más noble y patriótico de mis compatriotas menos acomodados, pues muchos de ellos vivían solo de un triste sueldo que ganaban con su trabajo, quiero no dejar desconocidos sus nombres en prueba de mi estremada gratitud hácia ellos, por si cambiase la fortuna y se presentase á mi ó mis deudos, la oportunidad de poder recompensar tan distinguido servicio : cuando no en ellos en sus familias.

Lista de los señores que se subscriben para socorrer mensualmente al ilustre soldado argentino, con lo que puede cada uno y comienza desde el 9 de julio de 1842, en Copiapó.

NOMBRE DE LOS CONTRIBUYENTES	Pesos	Reales	Medios	Cuartillos
Don Sebastián Salcedo, un 1/4 de onza	4	2	1/2	—
Dr. Rivero, médico, 8 reales	1	—	—	—
Don Andrés Villegas, 8 reales y medio	1	—	1/2	—
„ Julián León, 8 reales	1	—	—	—
„ Francisco Risso-Patrón, un 1/8 de onza	2	1	—	1/4
„ Melitón Nuñez, 8 reales	1	—	—	-
„ Joaquin Marul, un 1/8 de onza	2	1	—	1/4
Dr. Cavallero, un 1/4 de onza	4	2	1/2	—
Don Manuel Rios, 8 reales	1	—	—	—
„ Manuel Bustamante, 8 reales hasta el 9 de octubre	1	—	—	—
„ José María Jaramillo, 8 reales	1	—	—	—
„ Eusebio Moreno, 8 reales	1	—	—	—
Un emigrado 2 pesos	2	—	—	—
Don Agustín Varas, 8 reales	1	—	—	—
Un Argentino, 8 reales	1	—	—	—
Don Domingo García, un 1/4 de onza	4	2	1/2	—
Un Español, un 1/4 de onza	4	2	1/2	—
Don Pedro Lopez, 2 pesos	2	—	—	—
„ Domingo Barboza, por una vez 4 pesos	—	—	—	-
„ Ignacio Olivera, 8 reales	1	—	—	—
El señor Yrribarren, un 1/4 de onza	4	2	1/2	—
Don Pedro Tello, 2 pesos	2	—	—	—
„ Cárlos Forest, 8 reales, emigrado del ejército libertador	1	—	—	—
„ Fernando Alvares, 8 reales, emigrado desde Córdoba	1	—	—	—
„ Pedro Lacaza, 4 pesos, ayudante del general Lavalle	4	—	—	—
„ Manuel M. Mendoza, 8 reales	1	—	—	—
„ Severo Ortiz, para el mes de agosto 2 pesos	2	—	—	—
„ Gumersindo Asamsulo, para el mes de agosto 8 reales	1	—	—	—
„ José Sacarias Reyna, 4 pesos	4	—	—	—
„ Severo Ocampo, desde el 9 de diciembre da 8 reales	1	—	—	—
„ José Rodriguez, desde la misma fecha da 8 reales	1	—	—	—
„ Brigido Silva, desde la misma fecha da 2 pesos	2	—	—	—
„ Pantaleón García, desde la misma fecha da 8 reales	1	—	—	—
Total	61	7	1/2	—

Todos estos señores esceptuando algunos de ellos que dieron solo por una vez, continuaron asistiéndome todos los meses hasta diciembre, es decir, siete meses, diez de ellos, algunos solos seis, otros cinco y algunos hasta tres, por que no tenían residencia fija; pero la mayor cantidad que se cobró por tres meses fué la de cuarenta y dos pesos por mes, y posteriormente fué bajando hasta que terminó en diciembre.

Al poco tiempo de mi llegada ya fuí impuesto de haber llevado preso Benavides á mi querido hijo el sargento mayor don Ciriaco La Madrid, pues el coronel don Lorenzo Alvarez lo había acomodado de capitan en su cuerpo de cazadores, cuando marcharon para San Juan; y como por la espléndida victoria de *Angaco* concedí un grado á todos los jefes y oficiales que se hallaron en ella, habíale tocado el grado de Mayor.

Algunos de los prisioneros que había tomado Benavides en Mendoza, y cuando los enfermos que habían quedado en San Juan á mi pasada, habían llegado ya á Copiapó, los unos con pasaporte de ese malvado ingrato, y los otros fugados; y tanto aquellos como estos habíanme dicho que mi hijo andaba en libertad, que paseaba en los caballos de Benavides, y que vivía con él y comía en su mesa como un hijo de la familia; pero que sin embargo de esto, algunos de ellos al venirse, le habían propuesto traerlo y esperádolo ya hasta con caballo ensillado; pero que el joven se había resistido á dar aquel paso, fiado en el tratamiento que recibía y en las promesas del General, por cuya razón le chocaba dar aquel paso.

Habíanme dicho también que á la pasada del Chacho para Guandacol, un pueblo situado del otro lado de la Cordillera á inmediaciones de San Juan, Benavides había acordado la petición de todos los prisioneros que allí habian de mi ejército, pertenecientes á las Provincias, y á los cuales había conservado en libertad; que con este motivo se había ocultado mi hijo en el pueblo temeroso de alguna tropelía; que Benavides había prac-

ticado las mas escrupulosas averiguaciones por descubrirlo pero que todo había sido inútil; y que marchándose ya para los Llanos en busca del Chacho, mi hijo habíale dirijido desde su escondite una carta manifestándole las razones que había tenído para ocultarse, pero sin pensar de ninguna manera en fugarse, porque no juzgaba propio de él, el corresponder con un acto semejante, á las consideraciones que le había dispensado ¡Que en esta virtud estaba pronto á presentársele, si le permitía no perjudicarlo por haberse ocultado.

Si ese malvado de Benavides hubiese sido capaz de una acción noble, como debió hacerlo en justicia, aunque no fuese mas que por gratitud á las consideraciones que yo había dispensado á toda su familia, y aun á él mismo, pues le había puesto en libertad estando en la cárcel de San Juan, cuando entré á dicha ciudad á principios del año 1831 y me encargué de su gobierno por instancias de todo el pueblo. ¿No pudo haberle contestado que se mandase mudar furtivamente, y aun proporcionádole auxilios secretos para ello? ¡Pero nó! Que no es propio de un malvado el efectuar un acto de nobleza! Respondió á mi inocente hijo que fuese á presentársele sin el menor cuidado ni recelo! Fué ese inocente y desventurado joven, confiado en la promesa de ese bárbaro, y apenas lo alcanzó mandó ponerle una barra de grillos y lo hizo conducir encadenado con otros presos que llevaba, entre ellos un oficial Frias, santiagueño, y seguir las marchas con las fuerzas que llevaba

En San Juan había quedado enfermo de una fiebre un paisano catamarqueño, jóven de buena familia, llamado Cándido, cuyo apellido no recuerdo. Era hijo de un comandante de la sierra del Alto que había ido en mi alcance hasta la Rioja llevándome un hermoso caballo, pidiéndome le permitiera acompañarme á la campaña. Como despues de estar yo en Mendoza hubo una revolución en San Juan, al aproximarse Pacheco con Benavides, éste mozo quedó prisionero, y había sido puesto en libertad por Benavides á su vuelta de Mendoza.

Pues este mozo, así que supo que á mi hijo lo llevaban preso, vendió cuanto tenía y se fué en alcance de él llevándole algunas cobijas que pudo conseguir, con el solo objeto de servirle como de asistente, y lo consiguió. Interrumpiremos aquí la historia de este mozo con mi hijo para hacer una breve relación de lo que hizo el Chacho con los sesenta y tantos hombres con que pasó desde Copiapó, para que se conozca cuanta era la disposición de los pueblos contra los supuestos federales ó el sistema salvaje de Rozas.

Apenas el Chacho ó coronel Peñaloza, pisó el territorio de la Rioja cuando ya comenzaron de todas partes á reunírsele hombres con armas y sin ellas, así riojanos como catamarqueños y cordobeses de la Sierra. Baste decír que desde que pisó el territorio de la Rioja y atravezó por Catamarca hasta Tucumán, tuvo once ó doce encuentros, unos despues de otros, contra fuerzas muy superiores, y en todos ellos triunfó aumentando sus fuerzas sucesivamente con las de los enemigos que salían á embarazarle su paso.

Hecha esta digresión que es veridica, pasaré á concluir la historia de mi hijo, y su recomendable sirviente, que quedó en suspenso. — Siguió el noble Cándido acompañándole hasta la Rioja, el Chacho se habia marchado para Catamarca poco antes de entrar Benavides á la Rioja. Llegado que fué este á dicha ciudad y dispuesta ya la marcha de Benavides en persecución de Peñaloza, estando los presos á caballo en ancas de la guardía; díjome el fiel Cándido cuando se me presentó en Copiapó á los días despues de la muerte de mi hijo, lo siguiente. — El mayor ó teniente coronel Dominguez, puntano, que era el segundo de Benavides, lo queria mucho al niño Ciriaco (así le llamaba á mi desgraciado hijo) lo mismo que todos los jefes y oficiales, estando ya toda la División á caballo para marchar, lo llamó el General y le dijo:— «Deje usted el hijo de La Madrid y demás presos que eran tres, me parece, al Gobernador, ara que los tenga seguros en su cuartel hasta mi vuelta

y dígale usted que él me responde de ellos». — El Comandante para que no lo dejaran al niño, temiendo que lo mandasen matar despues que se marchasen, le dijo al General. — «Si no tiene cuartel ¿donde quiere usted que los acomode». — Entonces el General le dijo al comandante Dominguez «pues que los ponga en la cárcel y que allí los cuiden. — «Si no tienen cárcel señor le contestó; pues que los tenga entonces en su casa». — «Si ni casa tiene el Gobernador, pues cuanto marchamos nosotros se va para los Llanos».

Entonces el General incomodado con estas contestaciones del Comandante, le dijo: — «Pues entonces que los fusilen ahora mismo» y cerró de golpe la puerta del cuarto en que estaba y le echó llave por dentro. Yo que estaba escuchando esto, como quien no hace la cosa corrí á la guardia que estaba montada y con el niño, el oficial Frías y otro preso en ancas. Cuando yo llegué ya el ayudante del General había dado la orden y á tirones los bajaron de las ancas, los sacaron un poco aparte y parándolos juntos les hicieron una descarga. Uno de los presos disparó sin que le tocaran y saltó un cerco; el niño con un balazo corrió unos pasos y se paró diciendo: — «¿Así se mata al hijo del general La Madrid? ¡Yo tengo la culpa que me fié de sus promesas!» Los soldados lo voltearon á bayonetazos y allí lo degollaron.

No recuerdo si el que salvó el cerco escapó ó si me dijo que lo alcanzaron, y mataron también. Este es el modo bárbaro con que acabó mi pobre hijo sus días, el 30 ó 31 de junio del año 1842, sin haber cumplido los 19 años! Preguntándole yo á este leal joven como sabía todo aquello, me dijo:

—«Señor, yo fuí por atrás del comandante Dominguez para tenerle el caballo y estaba escuchándolo todo, además el mismo Comandante lo dijo después, lamentándose de que él tenía la culpa, pues para que no lo dejaran al niño, temeroso de que lo mandasen matar no estando él, le había contestado todo aquello al General, tal vez, decia, que si lo dejo se salva.»

Yo creo todo esto cierto, pues estando después en Chile, recibí un mensaje del Chacho, en que me decía desde San Juan, á principios del año 1846, que tanto él como Benavides, estaban dispuestos á hacer lo que les ordenara.

«Crea Vd., decía el Chacho en su carta, (que obra en mi poder), cuanto le diga el dador, pues no todo se puede fiar á la pluma.»

Ese dador de la carta, me dijo, hablando de Benavides, pero no como dicho por él:

—«El General tiene el mayor pesar, según lo dice todo el pueblo, por la muerte de don Ciriaco, pues dicen que desesperado por la negativa del gobernador de la Rioja, á quedarse con él, lo mandó fusilar, y que á su vuelta de Tucumán estuvo por fusilarlo al Gobernador, pero por no cargar con un compromiso tan á las claras, porque sería descubrirse, no lo hizo. Esto no me lo ha dicho el General, díjome, sino que lo he oído en el pueblo».

Imposible me parece, y parecería á todos, que Benavides se hubiese expresado asi en el pueblo; como este enviado me dijo todo lo que el sirviente de mi hijo había presenciado, no pude menos que creer que el mismo Benavides era el que me hacía la propuesta que el Chacho me indicaba como suya.

Desentendiéndome de esta carta y mensaje del Chacho, con fecha anterior á la llegada dél propio, escribí carta á Benavides, ó mas propiamente me resolví á mandarla, pues hacían muchos días que la tenía escrita, proponiéndole olvidar el hecho de la muerte de mi hijo, en obsequio de la causa pública, si él se prestaba á obrar contra el Tirano en favor de los pueblos; pues yo sabía bien que no era él el asesino de mi hijo, sinó su bárbaro padrino.

Este paso, lo había dado animado solo de los más nobles sentimientos en favor de los pueblos, porque estaba persuadido que ese crímen, solo era que lo contenía á Benavides para no pronunciarse contra el Tirano, juzgando que yo no se lo perdonaría.

Muchos me han reprobado semejante paso, pero estoy persuadido que lejos de ser reprensible, es el paso más noble que puede dar un verdadero patriota en favor de su país. Si pudiera uno conseguir á costa de un semejante sacrificio ó indulgencia, el libertar á su pátria de un tirano como Rozas, sería justo, para vengarse, dejar perecer á su país, y todos sus compatriotas? ¡Si hay quién crea esto justo, yo no lo creo! Si no tuvo lugar mi pensamiento, fué solo porque no tuve con que pagar á un hombre que condujera esta carta, y me ví precisado á comunicar á un compatriota mi pensamiento, y el secreto del mensaje para que hiciera por la pátria un pequeño sacrificio de dar un par de onzas al conductor de la carta. Díjome que vería á dos ó tres amigos para que lo pagaran.

Opúseme á esto, porque sería descubrir el secreto; díjome que lo encargaría y que no tuviera cuidado. ¿Qué resultó?, que ninguno de los que habló quiso contribuir y llegó á noticia de Baldomero García, que estaha allí de ministro de Rozas sin poderes ó instrucciones y escribió á Benavides.

Viendo semejante falta de patriotismo, hice el sacrificio de ir á Valparaíso, costeado por un pobre emigrado de los que habían pasado conmigo la Cordillera, y que pertenecía al escuadrón *Mayo*; este era Ramón Trejo, para ver si entré los argentinos que había en el puerto encontraba quién hiciese ese pequeño sacrificio. Ví á varios, y me dijeron que sería mejor que la carta fuese dirigida por todos y no por mí; me presté gustoso á ello, pero nada conseguí. Entonces un cordobés, hizo por si solo el sacrificio de mandar el propio.

Benavides lo recibió y díjole al conductor, «véngase á la noche por la contestación». Volvió este y le dijo «véngase por la mañana». Así lo tuvo tres ó cuatro días lo que prueba que él estuvo indeciso, y al fin lo despachó con un papel sin firma; pero no el mismo Benavides con quien había estado repetidas veces; sino un ayudante. En el papel decía:—J. á T. á entregado la comuni-

cación que condujo del salvaje traidor La Madrid, y para que haga constar á Puebla que á ganado los cuatro reales que se le dieron, se le da esto. Este fué el contenido del papel.

El día que fué despachado el peon salió impresa mi carta en un periódico que allí había, pero al poco rato de haberse impreso mandó Benavides recoger todos los ejemplares que se habían tirado, y la carta no circuló; al menos no fué á Chile donde iban cuantos papeles se publicaban. Esto se supo por varios comerciantes que fueron, y los cuales aseguraban que todo el pueblo había tenido muy á mal la publicación de mi carta.

Después de tan bárbaro asesinato continuó Benavides su marcha hasta acercarse á Tucumán, sin haber sido sentido por el Chacho. Éste había llegado á Tucumán con cerca de 600 ó más hombres, y el gobernador don Celedonio Gutierrez le presentó batalla en el campo de los Aguirre, poco más al sur de la Ciudadela, con una fuerza de más de mil seiscientos hombres.

Adviértase que el Chacho era un hombre desconocido en Tucumán, y que solo se sabía que había marchado conmigo á Cuyo, y hasta Chile; que no iba con él, el coronel Sardina tucumano, por que no había querido el comandante don Florentino Santos que fué el que de su autoridad tomo el mando sobre todos los jefes que yo había despachado desde Calama, y á ponerse á las órdenes del coronel Peñaloza ó Chacho. Pero apesar de todo esto y de la poca fuerza que llevaba, desplegó ésta y cargó á Gutierrez confiado solo en el patriotismo de mis paisanos, y no se engañó.

Apenas Peñaloza desplegó al frente del gobernador Gutierrez y se movió sobre él, dando un viva á la patria, cuando la mayor parte de los tucumanos se pasaron contestando el viva; Gutierrez viendo esto, fugó con unos pocos hombres ó parte de la fuerza que le quedó, y ganó la campaña.

El Chacho entró triunfante en Tucumán con el mayor orden, y fué perfectamente recibido. Se le presen-

taron muchos hombres segun fuí informado después, y como su caballada había llegado en mal estado, mandó á varios de los tucumanos que se le presentaron, en diferentes direcciones, con gruesas partidas, á buscar caballos; y como el tal Coronel es un hombre valiente patriota y honrado, pero que no sabe más que marcar su firma, no tuvo la advertencia, ni de llamar á varios jefes de milicias que pudieron ayudarlo mucho, ni la de hacer cubrir con alguna fuerza el camino á Catamarca; asi fué que cuando él sintió á Benavides era cuando ya se hallaba éste con Gutierrez á tres ó cuatro leguas del pueblo, y él con su fuerza diseminada en busca de caballos. Pero no fué esto lo peor que hizo por su ignorancia, sino que en el acto de avisársele que los enemigos se aproximaban, salió con solo la fuerza que tenía, á encontrar á Benavides al Manantial, que está legua y media del pueblo.

Cualesquiera otro en su lugar, ó le deja el pueblo á Benavides replegándose al norte á reunir todas sus fuerzas, ó lo espera en la Ciudadela para tener un campo en que correrlos, por que su caballería no podía ser resistida por la de Benavides, como no lo fué. Si él hace esto último, la victoria era suya.

Salió pues á recibir á Benavides, al Manantial, que es un arroyo ó vertiente que no tiene más que dos pasos. El del puente que fué donde Benavides formó su línea despues de haberlo pasado, y el del Rincon de Ugarte que está como una legua mas abajo. Benavides llevaba infantería de San Juan, y además á todos los cívicos de Tucumán que había tomado prisioneros de mi ejército; y tenía toda esta infantería al centro y al frente del puente.

El Chacho así que los avistó, desplegó su caballería y se fué á la carga, llevándose por delante la caballería de Benavides; pero la infantería de este con su General á la cabeza, los resistió con una descarga á los vencedores que iban en desórden lanceando á la caballería sanjuanina; y como el puente estaba tomado, no pudie-

ron los dispersos de Benavides hacer menos que reunírse á espaldas de su infantería.

Rechazados los primeros escuadrones del Chacho por la infantería, no hubo quien los contuviera, y emprendieron la retirada desordenadamente, por las puntas del Manantial y siguieron no sé si por San Javier, para la parte de Santa María ó el Fuerte, sin que los persiguieran. Con el Chacho iba el coronel Yanzón, sanjuanino, y creo el doctor Gordillo, riojano, y ambos fueron muertos en la retirada, por haberse separado, quizá con el objeto de reunir algunos hombres. Los que los mataron fueron los de la localidad.

El Chacho hizo una retirada admirable, sin causar el menor daño ni perjuicio á los habitantes de todo el país que atravesó con sus soldados paisanos; pues hasta la carne la pedía en las paradas y no tomaba más que la que le daban.

Benavides parece que cometió algunas tropelías en Tucumán, y hasta al mismo gobernador Gutierrez le dió una bofetada, y aún parece que quiso prenderle. El resultado fué que Gutierrez se fugó del pueblo y ganó la campaña. Con este hecho se ocasionó una alarma entre unos y otros, y si Benavides no procura por medio de algunos amigos de Gutierrez atraer á este, dándole una satisfacción, él no regresa á su país. Gutierrez, volvió al pueblo y se compusieron á su modo, pero cuando llegó el caso de regresarse Benavides porque el Chacho había ganado la Rioja, las milicias de Tucumán lo hostilizaron y le quitaron las caballadas que llevaba.

Benavides llegó por fin á Famatina ó Chilecito con los recados al hombro de su tropa, y permaneció allí muchos días sin atreverse á pasar, porque el Chacho lo esperaba por Guandacol ó los Llanos. De San Juan no podían prestarle auxilios y se hallaba la fuerza que le mandaba Oyuela con caballadas, detenida en el Valle Fértil, porque el Chacho estaba de por medio.

Miéntras tanto yo me hallaba en Copiapó sin poder

conseguir que mis compatriotas, me proporcionaran ningun recurso para pasar á ponerme á la cabeza de las fuerzas del Chacho, al principio porque se habían figurado que el Chacho solo era bastante, pues si triunfaba iría alguno de los que habían mandado á la cabeza y ser otro Quiroga, lo cual no era fácil si yo iba, pero cuando el Chacho volvió batido por Benavides de Tucumán, y que él mismo me llamaba para que me pusiera á la cabeza de todas las fuerzas, estando él interpuesto entre San Juan y Benavides, con bastantes fuerzas, y este á pié en Chilecito, nadie quiso facilitarme mil quinientos pesos que pedía para marchar con algunos hombres.

En vano les ofrecía firmarles una letra por el doble de dicha cantidad, y pagaderos á los 40 días en San Juan. Esta cantidad la creo precisa, les decía, para dejar quinientos pesos á mi familia y llevar mil para gratificar á mi llegada á los hombres que se hayan distinguido, y tener con que pagar espías y los propios que sean necesarios hacer; pues no sería regular ni dejar á mi familia esperandome sin un medio, ni presentarme ante aquellos soldados con las manos limpias. Nada pude conseguir ni aún por subscripción.

Váyase Vd. solo, me decían, con uno ó dos hombres, que allí tiene bastantes, pues estando Vd. allá no dejaremos de atender á su familia. «¿Y si me salen asesinos en la Cordillera, me he de defender con dos hombres? ¡Quién me asegura que de aquí mismo no se mandarán hombres con ese destino! ¿Porque quieren Vds. que yo marche solo á exponerme por todos y dejando mi familia abandonada, sin que Vds. hagan un pequeño sacrificio para mi seguridad, y con la certeza de que serán reembolsados con el doble.

Todo fué en vano, hasta que pasados muchos días de haber estado á pié Benavides en Chilecito, se resolvió al fin á marcharse por la costa de los Llanos para San Juan. El Chacho hasta mandó un hombre con dos buenos caballos para que me fuera con él, y ni por este

pude conseguir que se me facilitara lo que pedía. Ultimamente un señor Tello, comerciante sanjuanino, se convino á facilitarme algunos efectos para dejar á mi familia, y proporcionarme unos pocos medios, para llevar, y haciendo con él un convenio para que sirviera de proveedor al ejército, concediéndole algunos previlegios, pero fué tarde, pues cuando me dispuse á salir ocultando mi marcha á mi señora, á la primera jornada me encontré con la noticía de la derrota del Chacho en una de las sierras de los Llanos, por Benavides, después de haber sido éste batido y dispersada toda su caballería por Peñaloza. ¡Todo esto debido solo á la falta de una cabeza que mandara, porque allí cada uno hacía lo que quería!

¡Estas son las causas porque hemos ocasionado la desgracia de nuestro país, y entronizado al funestísimo, inmoral y salvaje de Rozas, y otros como él! ¡Digan lo que quieran, nadie podrá desmentirme, porque cuanto digo es la verdad, y todo el mundo lo ha visto; así como han visto tambien todos que nadie ha tenido el desprendimiento que yo, ni el interés mas patriótico y noble de sacrificarse por evitar á su país tamañas desgracias, por mas que una vil emulación haya querido y quiera ocultarlo! Cierto estoy de que mis mismos enemigos me harán algun dia la justicia que me niegan los que se llaman amigos, ó que aparentan, solo de boca, pertenecer á una misma causa!

Adviértase que cuando yo hacia todos estos empeños por ir á sacrificarme por mi pátria, para que todos mis compatriotas pudieran volver á su país, el principio de mi enfermedad había tomado cuerpo, pues cuando llegué á Copiapó como ella avanzase y pusiera á mi familia en alarma vi al doctor Rivera que se hallaba allí, facultativo español, quien me asistió con esmero.

He querido hacer referencia de esta novedad que sentí, así por mostrar á todos cuan vehementes han sido y serán mis deseos de sacrificarme por la libertad mi pátria y felicidad de todos mis compatriotas;

como por hacer conocer los motivos que me obligaron á no cumplir mis deseos ardientes de aquellos días.

Se me pasaba el prevenir que á mi llegada á Copiapó me encontré con la novedad de haber el ayudante del general Lavalle, don Pedro Lacasa, publicado un folleto en defensa de dicho General y del primer ejército libertador, que este mandó en el *Quebracho Herrado*, atribuyendo la pérdida que allí sufrió dicho General, al no cumplimiento por mi parte de lo acordado con él, ó mas propiamente á no haberle yo esperado en *Romero*, como el expresado General me lo había pedido, ni mandádole encontrar con las caballadas que igualmente me pedía.

Cuando fuí informado de este folleto que me lo presentó si mal no recurdo, mi fino amigo don Domingo García, no pude menos que reírme y enseñarle cuanto tenía escrito sobre el particular, pues por ella se vé que era completamente incierto el cargo que Lacasa me hacía, pues no solo no me había pedido el General un solo caballo, sinó que habia mandádome engañar con su ayudante ó edecan el mayor Jimenez, asegurándome que venía perfectamente montado, cuando era lo que más necesitaba, y hasta aumentando su fuerza á mas de cinco mil hombres, cuando en realidad apenas venía con tres.

Acuérdome que me dijo don Domingo Garcia al leer mis apuntes, que Lacasa se había sorprendido con mi llegada, ó no se si habiendo llegado después que yo y sabiendo que tenía escrita toda la campaña. El resultado fué que Lacasa no pudo menos que avergonzarse del infundado cargo que me hacía, por que el General nada menos quizo que el que yo tuviera parte en su triunfo sobre Oribe en el *Quebracho* como lo habría tenido indudablemente, si él me habla con franqueza manifestándome su fuerza verdadera, y el estado en que venía, así como la persecución que le hacía Oribe, y lo que aun es mas, si él estudiosamente no me oculta el motivo verdadero de haber faltado á su cita de encon-

trarnos ambos ejércitos reunidos en *Romero* el 20 de noviembre. Esta sola fué la causa de no haberme encontrado en *Romero*, ó mas allá con él, y de que hubiera triunfado Oribe! ¡Quería ser solo el dueño del triunfo y lo fué de la pérdida!

En *Romero* que era un punto sin agua, en que no podía permanecer ninguna fuerza, al cual no llegué por dicha causa, le hice esperar hasta el 22 con el coronel Salas, con trescientos hombres y 800 cabezas de ganado que era lo único que me había pedido, y Salas tuvo que regresarse seis leguas á donde yo estaba por falta de ese indispensable aviso que no quiso darme el general Lavalle por solo querer ser él solo el dueño del triunfo; pero en vez de ser suya la gloría, fué esclusivamente suya la causa de su pérdida y la degracia de todo el país. Lacasa entónces fué á verme y me propuso que enmendaría por un remitido al *Mercurio* de Valparaiso aquel su cargo infundado. Yo le repuse que era escusado, pues todos en mi ejército y en la provincia de Córdoba sabían lo contrario; y que sobre todo yo tenía escritas todas mis campañas, antes que él hubiera pensado en dar semejante folleto ó vindicación, y que cuando estas se publicaran me resignaba al fallo público sobre dicho acontecimiento.

Concluído el año 1842, y llegado el mes de febrero, nació mi duodécimo hijo, que puse por nombre Tomás Ciriaco, deseando conservar el nombre de mi segundo y desgraciado hijo Ciriaco.

Ya en esa fecha la subscripción mensual había quedado reducida á muy pocos pesos por haberse retirado del lugar muchos de los subscriptos, y me era ya imposible el permanecer en dicho punto por ser un lugar sumamente caro y con el objeto de pasar á Chile donde me habían aconsejado varios amigos que era muy cómodo y mucho más barato para establecerme con la familia y poder educar á mis hijos; me parece que escribí á los editores del «Mercurio» solicitando que promovieran una subscripción para pagar mi pasaje.

El resultado fué que habiéndose dado al público no sé si mi carta á los editores, ó si una invitación de ellos, díjole en la capital un propietario rico de Santiago, á un argentino comerciante de los que habían ido á emplear de Copiapó, en la Alameda (viendo el aviso), «es una vergüenza que habiendo aquí tantos argentinos, permitan que un jefe como La Madrid, se vea en el estado en que se encuentra; sería mucho mejor que se le hiciera venir aquí donde estará con mejor comodidad con su familia y podrá educar á sus hijos. Yo, por mi parte, le cedo una hermosa quinta y me subscribo con media onza mensual y voy á promover entre mis paisanos una subscripción que no bajará de 40 fuertes. Hagan Vds. los argentinos lo mismo y que venga ese jefe á disfrutar de alguna comodidad».

Por de contado que el comerciante argentino que no era de Copiapó, sino de Santiago, pues el de Copiapó solo presenció esta conversación, prometióle al señor chileno que así lo haría, y como el de Copiapó pasó al siguiente día por Valparaiso, y de allí á su destino, me lo comunicó al instante de su llegada. Con este motivo traté de abreviar mi marcha, y para realizarla vendí cuanto mueble había comprado y hasta las marquesas y camas á excepción de la mía y de mi señora, esto es, el colchón; ya porque en el vapor hay camas preparadas, ya también porque no tenía con que pagar el pasaje que costaba como 18 onzas y por no aumentar su precio con los bultos; y como á principios de marzo recibí de Cobija por el vapor que pasaba, la suma de ciento cuarenta y dos pesos cuatro rls. que mandaba el comerciante, ingeniero don Jorge Tezanos Pinto, de una subscripción que había promovido en aquel puerto para el efecto de mi viaje, pude emprenderlo á mediados de marzo para esperar en el puerto la llegada del otro vapor.

La subscripción era la siguiente:

Jorge T. Pinto, promueve una subscripción en este puerto para auxiliar á la desgraciada familia del general La Madrid, residente en Chile, en extrema miseria, y

ruega á sus amigos que contribuyan á tan laudable objeto con la suma que gusten. La que pueda reunirse será remitida por el vapor de mañana.

JORGE TEZANOS PINTO.

Cobija, febrero 22 de 1843.

SUBSCRIPCIÓN

Jorge T. Pinto.....	50	pesos
J. Iriondo.....	17	»
J. Arnold.....	8.4	»
E. Thompson.....	12	»
Manuel Solá.....	10	»
Felipe Cuchon.....	5	»
Segundino Figueroa.....	3	»
N. García.....	10	»
Ildefonso Angulo.....	2	»
L. Durandeau.....	3	»
Lemaytre.....	2	«
Vivero.....	2	»
G. E. Billinghurst.....	6	»
M. Solares.....	8	»
José V. Rivera.....	2	»
Juan Gardas.....	2	»
Suma....	142.4	pesos

Según el recibo del capitan del vapor que conservo en mi poder.

Pagué diez pesos por la conducción de dicha cantidad, y llegado el otro vapor, marché con la familia, pero teniendo que tocar en el puerto de Coquimbo para proveerse de carbón, bajé con ella á tierra para que descansara un rato y deseando conocer el pueblo de Coquimbo, dí un galope yo solo, y tuve el gusto de estar reunido por espacio de una hora con varios compatrio-

tas que allí habían, los cuales, llegada la hora designada para la marcha, tuvieron la bondad de acompañarme hasta el puerto, y aun me hicieron algunos pequeños presentes para la familia, siendo los más de ellos, riojanos.

A las pocas horas de habernos embarcado, descompónese la máquina en términos de amenazar una explosión, y por más que el Capitán trató de ocultarlo, los pasajeros que iban llegaron á apercibirse del peligro no sé si al siguiente día, y me instaron para que pidiéramos todos al Capitán que atracara á la costa y nos desembarcara en cualquier punto, sin exigir por nuestra parte cargo alguno, y siendo de nuestra cuenta el conducirnos á pié ó como pudiéramos hasta Valparaiso. Tuve que condescender y hablamos al Capitán, pues iban en extremo sobresaltados todos; mas el Capitán se denegó dando mil seguridades de que no había riesgo y de que pronto estaríamos en el puerto.

Tranquilizáronse un poco aunque no todos, y al fin llegamos á Valparaiso sin novedad, pero nos encontramos con una porción de edificios de los principales en completa ruina y ardiendo, de resultas de un incendio que había tenido lugar dos días antes creo, y el cual ocasionó grandes pérdidas en el comercio porque se ardieron muchos almacenes de efectos.

En la noche de nuestra llegada ó no se si en la siguiente que fué á principios de abril, hubieron dos grandes temblores de tierra, que pusieron en consternación á toda la población, ya tarde de la noche, pues toda ella ganó los cerros con faroles, y atados de ropas ó alhajas, pues se había generalizado la voz de que el mar salía sobre la población; y como aun estaban la mayor parte de las jentes preocupadas con la aparición de aquel gran cometa que apareció como un mes antes y que aun se descubría muy apagado, fué grande el alboroto de todas las jentes, y se amanecieron las mas en los cerros.

No recuerdo á los cuantos días de estar en el puerto marché para Santiago y fuí á bajarme á una quinta

del doctor don Martín Orjera, aquel abogado santafecino que me alojó en su casa cuando pasé la cordillera, y el cual con su familia nos obsequiaron, no recuerdo si tres días, mientras se proporcionaba casa en el pueblo.

Como la quinta de Orjera estaba más de media legua de la ciudad ó capital, fué el compatriota don Vicente Moreno, mendocino y emigrado allí desde el año 1830 creo: y nos condujo á su casa en la Cañadilla, y nos obsequió del modo mas completo. Este mismo señor se encargó de correr una subscripción mensual á nuestro favor, entre los compatriotas, y algunos hijos del país, sus amigos, y logró reunir cuarenta y uno ó cuarenta y dos pesos mensuales, y cuya lista siento el habérseme extraviado. Pero los que mas contribuyeron en dicha subscripción, fueron el Almirante Blanco Encalada, argentino, y el señor representante ó diputado Cifuentes, que se subscribieron con media onza cada uno, pero dando el primero seis meses adelantados, con cuyo auxilio pude proporcionarme camas y los útiles mas precisos porque nada teníamos. Todos los demás de la subscripción eran en su mayor parte de los emigrados que habían pasado la cordillera conmigo, pertenecientes muchos de ellos al escuadrón «Mayo»; y que sin embargo de que el auxilio que me proporcionaban era una parte de lo que ganaban con su trabajo personal, dieron algunos de ellos un cuarto de onza, cuando otros compatriotas afincados ó empleados en el comercio, ó no daban nada, ó se subscribieron con uno ó dos pesos.

Advertiremos aquí que aquel señor de Chile que había invitado á un comerciante argentino á reunir una subscripción para que me fuera de Copiapó, con mi familia, ofreciéndose él á subscribirse con media onza, darme una quinta y reunir entre sus compatriotas cuando ménos cuarenta pesos fuertes, nada hizo, pero debo decir en obsequio de la justicia, que no fué suya la culpa, sino que lo desanimaron algunos de mis compatriotas los más pudientes, diciendo que yo no necesitaba nada, porque en Bolivia y Copiapó me habían dado más de

seis mil pesos en subscripciones, y que yo era un mano abierta que todo lo daba, pues no llegaba un pobre ó un soldado á mí, á representarme una necesidad, que no le diera cuanto tenía.

Así procuraron algunos hacerme la guerra, cuando no tenían defectos que ponerme, para ocultar ó cohonestar su ridiculeza, y sus pretensiones, cuando eran reconvenidos por algunos señores de Chile. Fué tan criminal esta pretensión injusta, en algunos de mis compatriotas, que hasta llegaron á persuadir al señor Cifuentes poco después, como lo dije antes, á que retirara la media onza con que me socorría, y hasta al mismo señor presidente Bulnes lograron prevenirlo y que me retirara un servicio que de su voluntad, me había mandado ofrecer, algunos meses después, para el fomento del trabajo de panadería que emprendí, muy luego, como lo dije á su tiempo.

Mi señora fué visitada y obsequiada por algunas señoras del país y no así por algunas de su compatriotas y mias, que se hallaban en auje, sin embargo de no ser en nada mejores que la mia, á excepción de su mejor fortuna y adornos.

Propúseme luego que se proporcionó esta subscripción y que ví la animosidad que había contra mí en algunos de mis compatriotas, buscar mi sustento con el trabajo personal. Trabajé para el efecto un horno pequeño y me puse á amasar pan de leche con grasa, sin ella y dulce, pués en Santiago se usan mucho las masas dulces y galletitas en el té.

Para empezar el trabajo me hice proporcionar de un amigo algunas bolsas de harina; pero faltándome medios para proporcionarme la leña, huevos, azucar, etc., etc., tuve que vender dos bolsas perdiendo dos pesos fuertes en cada una, y así pude empezar, poniendo un aviso en los diarios.

Tuve la fortuna al principio, de que concurrieran á mi casa muchas señoras y caballeros, como de paso, á comprar desde su coches las masas que trabajaba, que

eran de las mejores; y entró como de moda el mandar buscar el pan y masas á mi casa. Bien que esto lo hacian también, para favorecerme las personas del país y extranjeros. ¿Pero qué resultó de esto? Que los paisanos pocos que se habían subscripto con una friolera, siendo pudientes, fueron los primeros que retiraron la subscripción, los que mas aguantaron fueron los pobres emigrados como yo, y pertenecientes á mi ejército, y unos cuantos Chilenos que habían; siendo el mas costante el señor almirante Blanco. Pretestaron para este retiro del miserable auxilio que me proporcionaban, que ya estaba haciendo un gran negocio, cuando era tan pequeño que apenas me daba para comer. Ni podia ser para menos.

Yo para acreditar mis masas compraba todo de lo mejor y al menudeo, pués no tenía principal. Esperaba vender lo que hacía para comprar los materiales para el día siguiente, y las utilidades las comía.

Acercóse la gran función cívica de la Independencia de Chile, del 18 de septiembre, y como estaba tan favorecido, que los compradores estaban esperando á la puerta á que saliera el pan y masas del horno, que todo lo hacía con una sola calda, y en cuatro hornadas y en horno pequeño, para llevárselo; me aconsejaron que para los días de la fiesta podría lograr alguna utilidad, si hacía un horno más grande, como para poder mandar vender á las casas ó por las calles.

Sucedió tambien que en esos días estando don Pedro Garmendia, tucumano, y tío carnal de la señora del presidente Bulnes en Palacio, habíase ofrecido hablar de mi trabajo; preguntó el señor Presidente como me iba en él. Garmendia le había contestado lo que sabía, era la poquísima utilidad que me reportaba trabajando toda la noche y mucha parte del día, por falta de medios, en un horno muy pequeño; y el señor Bulnes al oir esto habíale dicho á Garmendia: — «Diga Vd. al General que mande por trescientos pesos mañana, que yo se los facilitará sin interés ninguno, para que fomente su trabajo y me los pague cuando pueda.

Casualmente al siguiente día fuí á visitar á Garmendia concluído mi trabajo, díjome lo que había ocurrido aquella noche en palacio, la oferta del señor Presidente. «Manda mañana, díjome, á tu Gregorio con una carta al Presidente, diciéndole que ocurres por la oferta que te ha hecho por mi conducto, y tendrás con que aumentar tu trabajo».

Marchéme corriendo á mi casa, y dispuse en el acto de unos pocos reales que tenía, mandé traer ladrillos y maestro en el momento, para que me trabajara un horno más grande; como soy tan ejecutivo cuando hay algo que trabajar, no faltaban más que cuatro días para el 18, cuando vino el material que no tardó dos horas, ya estaba deshecho por mí y mis dos peones; así fué que ofreciendo una gratificación al maestro, se principió el trabajo casi de noche, y al otro día á la oración estuvo ya concluído, de tres varas y medias.

Pero había mandado por la mañana á mi hijo Gregorio que era oficial de la escolta con la carta al señor Presidente según me había dicho Garmendia, y en vez de los 300 pesos mandóme decir que había hecho aquella oferta creyendo que había dinero en su casa, y que habiendo mandado por él le avisaban que no había. ¿Qué pude figurarme yo de semejante respuesta, y que se figurarán cuantos se impongan de este verídico relato?

¡Me quedé temblando de cólera! En primer lugar se me ocurrió lo que era natural, y tenía hartos antecedentes para creer: que alguno de mis *nobles y distinguidos compatriotas,* sabedor de ese ofrecimiento le habría dado algún *verídico informe* como el de los seis mil y mas pesos que me habían dada en subscripciones en Bolivia y Copiapó, ó que yo tenía guardado el caudal descubierto á Quiroga en los Llanos, el año 1831, y que de puro hipócrita aparentaba miserias y las sufría con toda mi familia, y logrado por este medio retraerlo. ¡Pero considerando, por otra parte, que era el primer magistrado de Chile, el que faltaba de un modo inesperado á un gratuito y voluntario ofrecimiento, como el que había

mandádome hacer dos noches antes, con su tío político y mi paisano y amigo don Pedro Garmendia, no pude menos que avergonzarme y compadecerlo!

Me quedé, pues, con un bonito y regular horno, trabajado en 24 horas, y sin tener con que estrenarlo; pues aunque tenía harina, no tenía los demás elementos y especies que se necesitaban, ni quien me las proporcionara. Así fué que se pasaron los dias de la gran función sin poder hacer nada, y sin que hubiese habido quien me facilitara un empréstito cualquiera.

Con este motivo se atrasó el pago de la casa, y la señora dueña de ella me exigió que se la devengara, y no hubo más remedio que dejarla, abandonando el horno y cuanto me había costado, para no entrar en nuevos gastos.

Para evitar este abandono, y poder continuar mi trabajo con mas desahogo, ocurrí al señor diputado Cifuentes, uno de los primeros capitalistas de Chile, y que me favorecia con media onza mensual. Hícele presente lo que me había pasado con la oferta de un alto personaje, sin decirle quien era, por cuya razón me veía forzado á parar un trabajo que podía ya darme con que atender medianamente á la subsistencia de mi familia; que careciendo absolutamente de recursos y de relaciones, iba á suplicarle tuviera la bondad de proporcionarme en calidad de préstamo, unos trescientos pesos para de ese modo poder trabajar con más utilidad, tomando por mayor las cosas que necesitaba para mi trabajo.

Luégo que le hube dicho esto, díjome el señor Cifuentes:

—«Señor General, ¿me permite Vd. hablarle con franqueza?»

—«Puede el señor Cifuentes, díjele, hablar con la franqueza que guste.»

—«Ha de saber Vd., me dijo, que sus paisanos de Vd. me han dicho que es Vd. un hombre á quien no se le debe dar un peso, porque todo lo dá al primer pobre soldado que le pide ó manifiesta alguna necesidad, que

ha llegado el caso de encontrarse Vd. con un paisano suyo y decirle que no tenía que dar de comer á sus hijos, y que el paisano á sacado un peso y se lo ha dado; pero que apenas se ha separado de él, se ha encontrado Vd. con un pordiosero que le ha pedido limosna, ó con un soldado que le ha manifestado alguna necesidad, y le ha dado Vd. el peso que le acababan de dar, é ido á pedir á otro para su familia».

—«¡Señor de Cifuentes! díjele. Permítame Vd. que le diga que los que han dicho á Vd. semejante cosa no pueden ser caballeros sino unos canallas despreciables! ¿Le han dicho á Vd. que robo, que juego, que bebo ó que enamoro?

—«¡No, señor, nada de eso! Faltaría yo á la verdad si lo dijera, me repuso; lo único que me han dicho es lo que acabo de decirle, que es Vd. un hombre que no puede ver lástimas, porque se olvida de sus obligaciones por remediar á otros.»

—«Eso mismo le probará á Vd. señor de Cifuentes, díjele, que es verdad lo que antes dije, que no podían ser caballeros; pues si lo fuesen, no sería ese un motivo honesto, cuando fuese cierto, para dar á Vd. ni á otros un tal informe contra un compatriota que vale más que todos ellos juntos. Verdad es que he sido, cuando he tenido, de un corazon sensible con los desgraciados, y no me acuerdo haber despachado á ningún necesitado, que ha ido á mí, sin socorrerle; que á los soldados fieles, como que conozco sus necesidades porque las he sufrido desde jóven á la par de ellos, los he compadecido y servido cuantas veces me han ocupado, con verdadera necesidad, pero esto ha sido cuando he tenido. ¿Pero que voy á darles hoy cuando vé Vd. mi traje? No conoce Vd. que semejante indicación á una persona como Vd. es pérfida y depravada?

—«Ciertamente que así parece, díjome; pero entretanto mis negocios no me permiten poderlo servir á Vd. por esta vez».—«Quede Vd. con Dios; señor de Cifuentes, díjele, y tenga la bondad de dispensar mi imprudente confianza».

En el mes siguiente me retiró la media onza. De esta clase de servicios debo muchos á algunos de mis compatriotas, aunque es verdad que á otros les debo las mayores consideraciones, se entiende que todo esto es relativo á los que andan errantes como yo y expatriados por el inmoral salvaje de la pampa, y Héroe del desierto.

Después que hube mudado de casa, pude conseguir que me permitiera la señora dueña de la en que había dejado el horno, deshacerlo y llevar el material bueno que pude, pues antes de mudarme había logrado hacer tres ó cuatro pequeños amasijos; con este material logré hacer otro en la calle de Santo Domingo, aunque no tan grande como el que había deshecho, y empecé á trabajar, favorecido por un panadero ó harinero inmediato á mi nueva casa, que me proporcionaba dos ó tres almuds de harina diarios, y un bodegonero que me facilitaba la grasa, azúcar, huevos y leña, que necesitaba cada día, con la condición de que al retirarse mis vendedores, pagaban á uno y otro lo que habían proporcionado y me llevaban lo que necesitaba para el amasijo siguiente.

De este modo, volví á empezar mi trabajo, pero puede decirse que era á medias con el bodegonero, pues lo menos que le pagaba de interés diario, por poco más de tres pesos y medio que me daba en especies todas las tardes para recibir su plata al siguiente día, eran de cuatro reales y medio á cinco; pero este interés no me lo cobraba él sinó de un modo indirecto, haciéndome pagar más caros los artículos que sacaba, pues cuando yo podía comprarlos con el dinero, me costaban en menor, pero me daba por muy bien servido.

Agréguese á este interés, el de un real por peso, que pagaba á mis vendedores, y se sacará en limpio que la utilidad que me quedaba, era en extremo limitada, pues tenía que pagar casa y peones.

Mi primer vendedor fué un *coto*, (asi le llaman allí á los trabajadores pobres) y para que se supiera que era el pan y masas que yo trabajaba, habíale encargado

al despacharlo por primera vez á vender, que gritara pan de Tucumán, pero apenas salió á la calle con el canasto, se olvidó el nombre del pueblo, y empezó á gritar pan de Mendoza, y como era este un pregón que se hacía allí por primera vez llamó la atención y cuantos lo llamaban para ver el pan de Mendoza lo compraron y preguntaron quien lo hacía y él coto les decía, el general La Madrid. No se habian pasado dos horas desde que él salió de casa, cuando volvió con el canasto vacío á pedirme más pan, entregándome los tres pesos que le había dado por ensayo. Díle cuanto había quedado en casa y muy luego estaba de vuelta con la plata.

Adviértase que este pobre coto era un hombre desconocido, que pasaba por la calle una mañana que estaba yo á la puerta de mi casa, esperando que pasara algún hombre desocupado para que me ayudara á amasar, porque me había faltado un peón; habiéndole propuesto á este, me dijo que sí, y entró á trabajar sobando masa. Acabado el trabajo, le regalé una torta y le pagué un real para que se fuera.

Estaba gustando de la torta caliente que le había dado, cuando le alcancé el real y me dice:

—«¿No me conchaba, señor, para trabajar?»

—«¿Y de dónde es Vd.?»

—«Soy de afuera, señor, y vengo á buscar trabajo», díjome.

Me gustó su modo y lo conchavé por cuatro pesos, para trabajo del amasijo, y cuanto se ofreciera en casa; él aceptó corriendo. Todo su ajuar eran sus calzoncillos y una mantita roida que llevaba al hombro, pero me salió un excelente peón Para probarlo en la venta, lo mandé con aquella cantidad, ofreciéndole, para estimularlo, darle un medio por cada peso que vendiese, á más de su jornal.

El resultado fué que este ha sido el mejor vendedor que tuve y que muy pronto le ganó al otro que tenía; pero luego que se hizo baqueano de las casas donde lo citaron para todos los dias, no quiso contentarse con el

medio por peso y me exigió el real que daba al otro y tuve que concedérselo, pues mientras el otro vendía 4 pesos, este despachaba 8; á fé que tenía mejor diario que yo.

En Santiago, se venden muchas masas por las calles, y había un panadero de comodidades con solo ese trabajo de masas dulces, que hacía años que las trabajaba, pero en grande, aunque no tan buenas como las que yo hacía; pues las mías, á más de ser hechas con leche, eran trabajadas con bastante huevo, con el azúcar y grasa más finas, y con más aseo; cuando las otras eran trabajadas con agua, y con azúcar de la más rubia y pasada, y no tenian tanto huevo como las mias; por consiguiente no podían compararse por su vista ni en sabor.

Empezó, pues, á decaer la venta de bollos que trabajaba dicho panadero, y empezó por hacerme la guerra pagando mejor á los vendedores, pues les aumentó á mas del real en peso, creo que un real diario de ración, y así me sonsacó á dos vendedores que tenía y se los llevó, porque yo no podía hacer otro tanto; y por último me conquistó á este mi mejor vendedor que se me desapareció cuando menos lo pensé. Habíale ofrecido un mejor sueldo y dándole una gratificación para que le enseñara el modo como yo hacía las masas, pues aunque yo era el maestro de batea y de pala, y el que todo lo hacía, menos el revolver la masa y sobarla; á este vendedor de verlo tan agil y que me servía tan bien le había enseñado á tomar la masa y hacer el trabajo. Así fué que cuando yo acordé me encontré con que este vendedor llevaba el pan y mazas de la otra panadería á todas las casas que me tomaban á mí, mucho antes que mis vendedores salieran, pues trabajaban con muchos mas recursos y engrande, pero no tan bueno como yo, apesar de que le había enseñado mi vendedor; pero esto no era solamente de que el no quería hacer las masas tan costosas como yo las hacía.

El resultado fué que él me desbancó, por que tenía

recursos, últimamente para que quedase completamente dueño del campo y que mi pérdida fuese menos, tuve que venderle todos mis útiles por lo que quiso darme; y para que me los tomase tuve que comprometerme á ir á su casa y enseñarle el verdadero modo como yo las trabajaba, porque el vendedor no sabía todas las proporciones que yo guardaba para la composición de las masas. Así me ví privado de un recurso que me había dado para vivir medianamente en aquel barato país.

Al señor Presidente Bulnes le debo el servicio de haberme socorrido por algunos meses con veinte y cinco pesos mensuales, y á los señores Cabezón, salteños, que tenían allí colegios de señoritas, les debí la atención de que me enseñaran debalde á mis tres niñas mayorcitas; y al señor don Pablo Zorrilla el que me tuviera á mi otro hijo Pedro Miguel en su casa para que fuera con sus hijos al colegio del señor don José María Nuñez que no me cobraba nada por enseñarlo. Tanto éste como el señor Zorrilla eran chilenos.

Igual servicio me hizo una señora cordobesa llamada Alvina que también tenía colegio de niñas, enseñándome á las dos chicas orientales, sin interés ninguno; pero estas estuvieron muy poco tiempo por que se realizó mi viaje para Montevideo.

Se me olvidaba decir que en Santiago donde permanecí desde abril del año 1843 hasta mediados de mayo de 1846, tuve á otro hijo que nació el 1º de febrero de 1845, á quién puse por nombre José Ignacio. Los padrinos fueron don José Antonio Alvarez Condarco, paisano y primo mio, y su señora Juana Inglesa; pero habiendo nacido medio sofocado, y siendo necesario bautizarlo instantáneamente sirvieron en su lugar don Santos Cordero y doña Josefa Lobo; pero muy pronto se puso bueno.

El tucumano Pedro Miguel fué atacado de viruelas en el año 1845, pero salvó quedando completamente desfigurado.

El primogénito Gregorio que lo había dejado en el colegio de Santiago, á cargo del coronel don Luis Pe-

reyra en la anterior emigración, el año 1834, y que había tomado servicio de oficial cuando la expedición á Yungay, y obtenido su licencia para irse á Tucumán el año 1840; volvió á ser incorporado en su clase de teniente y agregado á la escolta del señor Presidente, al poco tiempo después de mi llegada de Copiapó con la familia. A principios del año 1845 había sido destinado á la provincia de Concepción á servir en Granaderos, y allí había tomado estado sin esperar la licencia, con una señorita de la Villa de los Angeles, hija única de un escribano español don N. Fernandez, el cual había ya muerto, y solo vivía la señora madre. El nombre de la joven era doña Milagro Fernandez y tenían algunas propiedades.

Cuando yo fuí instruido por mi hijo, de haber cometido esta falta sin haber esperado el permiso del Gobierno, ni el mio, me fué forzoso ver al señor Presidente para obtener su indulgencia y la conseguí.

Al concluir el año, había sido disuelto el cuerpo de Granaderos por disposición del señor Presidente, á consecuencia de un movimiento que hubo de estallar en la Capital, y en algunos departamentos, y con un escuadrón que el señor Presidente había pedido de dicho Cuerpo para incorporarlo á su escolta, vino mi referido hijo dejando á su joven novia enferma.

Llegado á la Capital á últimos de noviembre con el escuadrón me hizo presente el interés de la joven, como de su señora madre, de que consiguiera su retiro absoluto del servicio, para poder trabajar. Víme pues precisado suplicar al señor Presidente para que se lo otorgase, y me fué concedido. El joven se regresó el 1°. de diciembre, y no tuve noticias de él hasta mediados de marzo de 1846, en que recibí una carta suya avisándome que de resultas del gran galope que había dado hasta los Angeles en siete días, había llegado enfermo, pero encontrádose ya con un hijo varon nacido; que su enfermedad había sido la causa de su silencio, pero que estaba ya mejorado: la carta era con fecha tantos de febrero, pero hasta el año 1850 no he vuelto á tener no-

ticia de él ni de su familia, á pesar de haber dirijido yo muchas cartas desde que llegué á Montevideo.

Como había parado yo mi trabajo después de empezar el año 1845, mi situación era en estremo apurado, y el señor don Felix Frías deseando proporcionarme algún auxilio, se encargó de ver algunos amigos y paisanos para que se subscribieran con un escudo chico de oro, y encabezó la siguiente:

Subscripción mensual de un escudo chico en favor del general La Madrid desde el mes de Junio año 1845.

	Ps.	Rs.
D. Felix Frias	2	1¼
» Francisco Lozano...	2	1¼
» Felix Ortiz	2	1¼
» Gabriel Ocampo....	2	1¼
» Francisco Peña	2	1¼
Suma..	10	6¼

Esta subscripción duró tres meses, junio, julio y agosto, pero del puerto de Valparaiso me mandó otra subscripción mi compatriota don Fabián Gomez santiagueño; y es como sigue.

Subscripción de argentinos, en auxilio de su compatriota don Gregorio Araoz de La Madrid, por una vez.

	Ps.	Rs.
D. Fabián Gomez.....	17	2
» José Borbón.....	8	5
» Gregorio Beche	8	5
» Francisco Peña	8	5
» Fco. Borja Gomez ..	8	5
» Gregorio Gomez ...	8	5
» Mariano Sarratea ..	4	2½
» Santander	4	2½
» Julián Serpa.....	4	2½
» Manuel de la Vega .	4	2½
» Máxima Viera	8	5
» Lúcas Adaro	2	1¼
» Pedro Marcó	4	2½

	Ps.	Rs.
D. Benito Torres.....	4	2 1/2
» Luciano J. Rodriguez	4	2 1/2
» Juan E. Gomez	8	5
» Riestra Hermanos ..	8	5
» E. Espinola.....	2	1 1/4
» Diego Chaves	8	5
» M. G. Ortega	4	2 1/2
» Saturnino Perez....	4	2 1/2
» Santiago Viola.....	4	2 1/2
» Eusebio Guerra	4	2 1/2
» Roque Rivero.....	4	2 1/2
» Fracisco Villanueva	2	1 1/4
» Juan Laurel	2	1 1/4
» Miguel Piñeyro	4	2 1/2
Pesos..	159	4 1/2

Como me hallaba violento por venirme á Montevideo y pasar á Corrientes, con el objeto de ayudar á mi amigo y compañero el general Paz, á salvar nuestra patria, toqué todos los resortes que pude á fin de proporcionarme el pasaje; no habiendo podido conseguir en Santiago sino una pequeña parte, me puse en marcha, con toda mi familia para Valparaiso, con la esperanza de encontrar allí entre los compatriotas aunque fuera la mitad del pasaje, con lo que se habia proporcionado en la Capital.

Dispuse, pues, mi salida para el 16 de mayo de 1846, y en los momentos de mi marcha, se me presentó el joven Julio Gigena, hijo del valiente y distinguido Comandante de cívicos de Córdoba, que fusiló Oribe ó Pacheco, con los demás oficiales que tomó en *Sancala*. Este pobre joven, que había ido conmigo desde Potosí hasta Cobija, juntamente con la madre; habíala perdido y se hallaba allí de mozo de un paisano suyo, Francisco Lozano, y se empeñó en que lo trajera; me compadecí de él y me dispuse á traerlo si tenía licencia de su patrón,

porque los servicios y el fin desgraciado de su padre, eran para mí un motivo poderoso para estimarlo.

En la tarde antes de mi marcha, se presentó el joven en mi casa, haciendo traer una petaca con su equipaje, diciéndome que tenía permiso para marcharse conmigo, pero al siguiente día bien temprano, recibí una carta del dependiente de Lozano, avisándome que su patrón estaba en Valparaíso; que se había salido de su casa sin su conocimiento. En el momento de recibir este aviso, le ordené al joven que volviera á casa de su patrón con el equipaje, prometiéndole hablarle yo en el puerto; que en caso que Lozano permitiera su marcha, haría que él me lo mandase.

El joven se fué desconsolado, haciendo llevar su equipaje en circunstancias que estábamos preparando los birloches, que eran tres, para la familia y equipaje, pero en el momento de romper la marcha, se presentó como á despedirse; después de acomodar la familia en los dos primeros carruajes y al montar yo, mi señora y los dos chicos en el último, habíase subido Julio en el primero sin que yo lo viera y partieron á galope por delante.

Al romper la marcha, pregunté por Julio para despedirme de él, y fuí impuesto por el postillón, de que había subido en el primer birloche que había partido por delante á galope. Mandé apurar al birlochero hasta alcanzarlo, y habiéndole alcanzado en el puente del río, lo mandé bajar, pues nada menos deseaba que llevarlo violentamente contra la voluntad del dependiente principal de Lozano, y sin conocimiento de éste.

Bajóse el jóven, desconsolado, anegados sus ojos de lágrimas, y continuamos la marcha á galope, más el pobre y desgraciado joven había echado á correr por detrás y agarrádose de la culata ó trasera del último birloche, y seguido medio arrastrado una porción de cuadras ó cerca de una legua fuera de la capital, hasta que habiéndose parado uno de los carros, fué notado por una de mis chicas, casi sin aliento y sin largarse de la

vara de que iba agarrado y tanto mi señora como todas las niñas y Pedro Miguel, se empeñaron para que lo hiciera subir á uno de los birloches, pues todas, y yo mismo, le teníamos un particular cariño y lástima; mucho más desde que le vimos todo lloroso y casi sofocado de la larga carrera.

Le mandé que subiera y siguió con nosotros hasta Valparaiso, en donde le hice presente á Lozano cuanto había pasado, que si el era gustoso de que se viniera conmigo á Montevideo, lo llevaría. Lozano convino en ello y le mandó venir el equipaje de la Capital.

Puesto en Valparaiso hice todas las diligencias posibles para conseguir el pasage en la barca *Romana*, chilena y al fin logré conseguirlo por cuarenta y ocho onzas de oro, que me costó gran trabajo en conseguir completarlas, pero pude al fin conseguirlo por el favor de algunos compatriotas, y muy particularmente el de un señor Garmendia, comerciante chileno, y un jóven cónsul mejicano, cuyos nombres que los tenía apuntados se me han extraviado y siento en el alma el no recordarlos porque estos dos señores á mas de ser los que mas contribuyeron para pagar mi pasage, fueron los que se encargaron de completar casi la mitad que faltaba, y muy particularmente el primero, que viendo la imposibilidad de reunir toda la cantidad y deseando al mismo tiempo evitar á mi familia la molestia de un viage tan precipitado, se me ofreció á pasar una subscripción á mi señora para que se sostuviera allí, mientras yo desde Montevideo ó Corrientes mandaba por ella.

Este importante y generoso servicio no pude aceptarlo por que mi señora no pudo resolverse á dejarme partir solo. ¿Cuánto nos pesó cuando llegamos á Montevideo el 8 de julio y recibimos á bordo las funestas noticias de la revolución del 1° de abril tanto en esta Capital como en la de Corrientes ó el ejército del general Paz! Abríame vuelto muy pronto y no abríamos sufrido tanto como llevamos sufrido en los cuatro años que van corridos, desde aquella fecha, sin embargo de

que he recibido aquí algunos auxilios en estos últimos tiempos de muchos señores extranjeros, y algunos de unos pocos de mis compatriotas, que no quiero expresarlos por consideraciones que no deberán ocultarse á los lectores, estando tan cerca de nuestro país y sin saber cual será el fin de nuestra larga lucha, y mucho mas desde que han flaqueado tantos é ido á postrarse á los piés del bárbaro que tanto han maldecido, porque podria costarles caro el pequeño servicio que me hicieron. Esta es la única razón que tengo para no publicar ni los nombres, ni los socorros que me han proporcionado, pero sirva de conocimiento que no pasarán de cuatrocientos pesos los diferentes socorros que he recibido en dos ó tres pequeñas subscripciones que me han pasado, y que la mayor parte de dicha cantidad ha sido dada por extranjeros. Hago esta prevención por que pudieran haber algunos amigos de exagerar, como los hubo en Chile.

Aquí terminan los apuntes biográficos que por necesidad me he visto precisado á cederlos al señor don Andrés Lamas.

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID.

Montevideo, julio 6 de 1850.

Después de mi llegada á Montevideo con mi familia el 9 de julio del año 1846, y de haber ofrecido mis servicios al señor Presidente de la República, fuéme preciso marchar á las Vacas, pueblo situado sobre la costa del Uruguay, pues se hallaba en dicho punto el brigadier general don Fructuoso Rivera, con una División de mil y más hombres de las tres armas, á consecuencia de haber batido poco antes, de sorpresa, y por un golpe de audacia al coronel de Oribe don N. Montoro que guardaba los puntos de aquella costa, con una fuerza mucho más superior.

El general Oribe á consecuencia del tríunfo obtenido por el general Rivera, preparaba una expedición contra éste, en aquellas circunstancias, reuniendo para el efecto algunas fuerzas que tenía por Minas y Maldonado; y aún se decía que él en persona marcharía contra el general Rivera.

En estas circunstancias, pues, fué mi llegada desde Valparaiso, sin recurso alguno; y vine á encontrarme con la noticia de la revolución del 1º de abril en esta Capital, la persecución obrada contra los argentinos que defendían la causa de este país, y la disolución del ejército del general don José María Paz, en Corrientes.

Pregunto ahora á mis compatriotas ó á los que se precian de patriotas:—«¿Qué habrían hecho en mis circunstancias, rodeados de una numerosa familia, sin un peso en el bolsillo para sostenerla y mucho menos para regresarme? Habríanse quedado á bordo por la prevención que se había manifestado por sus compatriotas residentes en esta, cuando la revolución, y después de ella, sin estar en los antecedentes que la habían producido; y sobre todo, sin tener recursos ni autoridad para obligar al Capitán á que lo condujera con su familia á otra tierra extraña? ó habrían hecho lo que yo hice? Ofrecer mis servicios al gobierno contra el verdugo de su pátria.

¿Contra quién luchaba el Gobierno de este distinguido, pero desgraciado país? No era contra el mismo tirano de nuestra pátria, que pretendía nada menos que someterle bajo su funesta y asquerosa dominación, y privarnos á los argentinos del generoso asilo que ofrecia esta tierra hospitalaria?

Cuanto queda dicho en los dos párrafos anteriores, es con el objeto de satisfacer á cuantos hayan sido prevenidos por algunos de mis compatriotas, contra mi por el paso patriótico que dí en este país en aquella fecha, y no se crea que esto lo digo sin sobrada razón, pues ya advertirán mis lectores en todos los acontecimientos de mi vida militar, según la verídica relación de todos ellos, que he sido injustamente emulado por muchos de

mis compatriotas, hasta el extremo de pretender no solo ocultar la mayor parte de mis servicios y hechos de armas, sinó también hacerme desmerecer de la estimación de muchas personas extrañas, para ponerse á cubierto de los cargos que varios de ellos les han hecho por repetidas ocasiones y en distintos países al ver el poco interés que tomaban, en la desgracia, por un hombre que siempre se ha sacrificado y sacrificará sin embargo, por solo la felicidad de su pátria y sin el menor interés personal.

Nada probará tanto lo que queda dicho como la verídica relación que sigue:—Llegado, pues, á Montevideo en aquella época y después de haber recibido abordo las noticias que quedan expresadas, bajé yo solo á tierra, resuelto á ofrecer mis servicios al señor Presidente de esta República, manifestándole que mi venida de Chile, no había sido con otro objeto que el de ayudar á los que combatían contra el bárbaro tirano del Plata, que no contento con haber humillado á su pátria y privádole de todos sus derechos, pretendía extender su funestísima dominación hasta su propio país. Pero antes de presentarme al señor Presidente y hacerle dicho ofrecimiento, quise verme primero con el más influyente de mis compatriotas en este país, el benemérito y desgraciado doctor don Florencio Varela, manifestarle el objeto con que me había conducido desde Chile, el estado en que llegaba con mi familia sin más dinero que una peseta en mi bolsillo; y en fin, que sorprendido á bordo con la noticia de los acontecimientos del 1º de abril, creía de mi deber como patriota ofrecer mis servicios á este Gobierno contra el tirano de nuestra pátria y que además era el único medio que podía yo adoptar en aquellas circunstancias, puesto que carecía de todo recurso y hasta de relaciones.

¿Y cual les parece que fué el recibimiento que me hizo aquel distinguido y desgraciado compatriota ó el consejo que me dió? Me escuchó muy friamente, sin hacerme indicación ni ofrecimiento alguno y me dijo:—«¡Me

parece que el Gobierno no le admitirá su ofrecimiento, en fin, podrá usted hacer lo que le parezca».

Toda mi vida me he preciado de ser un hombre moderado y hasta humilde, creo que le seré por carácter hasta mi muerte; pero aseguro á mis lectotres que no dejé de indignarme, que me arrepentí de haberle buscado y hasta del elevado concepto que de él tenía formado y si he de decir la verdad no se si me senté, pero si lo hube hecho, me levanté al momento y me despedí de él con frialdad y pasé á presentarme al señor Presidente de la República don Joaquin Suarez, quien me recibió con la mayor afabilidad y aceptó gustoso mi ofrecimiento, agregando que nunca esperaba menos de la pureza de mis sentimientos patrióticos, que iba á comunicárselo al señor general Rivera. Dió orden á uno de sus ayudantes ó edecanes para que se me proporcionara una casa y se me pasaran las raciones correspondientes por mi clase.

Díle las gracias al señor Presidente por la favorable acogida que me habia dispensado, regresé á bordo en busca de mi familia. ¿Y podía creerse que fueron muy contados los argentinos que me visitaron? ¡Pués fué un hecho que todos notaron!

Al siguiente día, dijo el *Comercio del Plata*: — «Entre los pasajeros llegados ayer de Chile, se haya el veterano, general La Madrid con su numerosa familia». Cito estas cosas para que conozcan todos y juzguen quien es el que ha tenido razón de quejarse, si mis paisanos de mí, ó yo de ellos. Mientras tanto sigo y seguiré impasible, buscando las ocasiones en que poderme sacrificar por la felicidad de todos ellos y por la de mi pátria.

Unos cuantos días estuve viviendo con toda mi familia en un cuarto del zaguan de la casa de un emigrado porteño é hijo de un paisano mio tucumano, don José María Cabot mientras se pudo conseguir la casa que me habia mandado proporcionar el Gobierno: ninguno de mis compatriotas fué para proporcionarme un catre, ni brindarme

una mejor habitación mientras se me proporcionaba la casa, sinembargo de que me veían dormir en el suelo con mi señora y siete hijos.

A los tres ó cuatro días de haberme acomodado en la casa que me proporcionó el Gobierno, marche á las Vacas á presentarme al señor general don Fructuoso Rivera llevando al joven Gigena que había traido desde Chile por ser hijo del desgraciado y benemérito comandante de los valientes cívicos de Córdoba, pero dejando ya á mi familia mejor acomodada con algunos muebles que me proporcionaron algunos SS. extranjeros y tambien un amigo porteño y uno ó dos provincianos. El hermano de mi amigo el general don José Maria Paz, don Julian, fué tambien uno de los que me sirvieron.

No quedé muy satisfecho del recibimiento que me hizo en el pueblo de las Vacas el señor general Rivera. Sin embargo permanecí allí seis ú ocho dias esperando con paciencia que se aproximara el enemigo juzgando que en ese caso podría ser destinado, ó servir de algo aun cuando no lo fuera; mas viendo que esto no sucedía y fastidiado de oir en la mesa del general Rivera, criticar á él mismo en mi presencia y la de sus jefes, á los beneméritos generales Lavalle y Paz á los doctores don Julian Segundo de Agüero, don Florencio Varela y otros varios argentinos, le pasé una carta cuyo borrador no encuentro por ahora, en que le pedia se sirviera decirme francamente si aceptaba ó no mis servicios, para en el segundo caso regresarme al lado de mi familia, á la que había dejado desprovista de relaciones y de recursos por solo tener el honor de ayudarlo como un soldado, á defender la libertad y la independencia del país que me hospedaba.

La respuesta de esta carta fué ordenada al comisario de su ejército don Pedro Esteves, que me proporcionara doscientos pesos fuertes y alguna ropa para mi uso de la que habia en comisaría, y decirme en seguida que para colocarme necesitaba una orden del Presidente de la República sin la cual, él como General no podría ha-

cerlo; que debiendo él pasar dentro de dos ó tres días á la Capital, nos iríamos juntos. Le dí las gracias por el servicio que acababa de hacerme, y esperando el momento de su marcha, regresé con él á Montevideo, y á los pocos días fuí mandado reconocer en la orden general, como General de la República agregado al Estado Mayor.

Pasarían como 14 ó 15 días de mi llegada á Montevideo, cuando mi señora recibió un encargo verbal de su hermano don Ciriaco Díaz Velez que se hallaba en Buenos Aires, recomendándole que recogiera de poder de una señora en cuya casa había vivido la suya cuando estuvo en ésta, unos papeles pertenecientes á la testamentaría de su finado padre el doctor don José Miguel Díaz Velez, y que se los remitiera en primera proporción, pues los había dejado olvidados al tiempo de su evasión.

Yo que tenía deseos de conocer la disposición testamentaria de mis recomendables padres políticos, puse todo empeño en recoger dichos papeles, puesto que no había merecido de dicho mi hermano político don Ciriaco, el menor auxilio, pero ni aún carta alguna depués de mi marcha á Tucumán el año 1840, sino la en que me avisaba el fallecimiento de su finado padre en Paysandú, que recibí en Lima á fines de 1842, y otra en Valparaiso desde este punto de Montevideo, comunicando la muerte de su abuela materna doña Isidora Insiarte, y la de su tío carnal el Padre don Francisco Díaz Velez qne había ya secularizado y se hallaba de Cura en San Antonio de Areco. Pero cuán terrible fué mi sorpresa al encontrar entre dichos papeles que recogí, unos pliegos numerados desde el uno al octavo, muy bien acondicionados y con esta inscripción encima: «Muy curiosos». Púseme á leerlos con cuidado, y me llené de indignación, como era natural, al ver figurar mi nombre igualmente que el de varios otros patriotas y jefes distinguidos en una infame comunicación reservadísima á los comisionados regios que vinieron á Buenos Aires el año 1820, y el contexto ó respuesta de los expresados, de á bordo del bergan-

tin español de guerra «Aquiles», con fecha 6 de Diciembre.

Como era este un negocio que por primera vez llegaba á mi conocimiento y en cuya exposición encontraba muchos obstáculos que me eran notorios por haber presenciado algunos de ellos y estar impuesto de otros, ya por los papeles públicos, ya también por conversaciones privadas que había yo oído en distintos pueblos. Nada más natural que el que yo me alarmase y tratara de desmentir en la parte que me tocaba aquel infame escrito.

Lo primero que hice fué llevarlo á leer á casa de don Gregorio Iramain, donde se reunían varios argentinos á tener un rato de tertulia de malilla de campo en extremo moderado, y entre ellos mi amigo don Julian Paz.

Todos ellos, así que les hube leido dichas comunicaciones, se llenaron de indignación, y cual más, cual menos, todos juzgaron ser cierto cuanto en ellas se expresaba, con la sola diferencia de que juzgaron los más, que algunas de las firmas que en dichos documentos aparecían, eran subplantadas por los verdaderos agentes de ese infernal club que había ocasionado todas nuestras desgracias.

Acuérdome también que en la reunion se encontraba un compatriota que mereció toda la confianza y amistad de mi amigo el doctor don Antonio Rodriguez, hijo del finado general don Martin que figuraba también en dicha intriga.

Don Julian Paz fué el primero que dando por veridico cuanto se decia de dichas comunicaciones. Se interesó en que no las publicara yo, viéndome resuelto á ello con el exclusivo fin de vindicarme, sino que se las cediera para remitirlas al Paraguay, á su hermano el General, para que él les diera la publicidad que yo deseaba, cuando lo juzgase conveniente.

El lenguaje de la verdad señores, es el mas convincente. Yo me resistí á semejante pretensión, pues temia que llegasen á estraviarse dichos papeles, ó que el Ge-

neral como que no aparecia difamado en ellos, no quisiera por razones políticas hacerlas publicar. Yo hablé del contenido de dicha correspondencia, con todo el mundo, y se las leí á muchos de mis paisanos. Unos aprobaron mis resoluciones de publicarla y otros se opusieron, siendo estos los menos. Todo el mundo tuvo conocimiento de estar ya en la imprenta dicha correspondencia con mis observaciones, desmintiendo la parte que á mi tocaba, con hechos y citas incontestables; ninguno de los individuos que aparecían comprendidos ó ellos mismos, ó sus padres, me dijeron una palabra que pudiese indicarme que dichas comunicaciones fuesen una invención ó calumnia.

El general Rivera me había ofrecido pagar la impresión viendo que yo no quise cederle el manuscrito, por que temía dejar pasar aquella ocasión de vindicarme de una imputación infame, que ya era de todos conocida. Si por algún accidente, decía yo, el general no los publica y yo llego á morir, dejo á mis hijos esa mancha, pues dirán mañana con sobrada razón:—La Madrid vió su nombre comprendido en esa petición y calló la boca, esto prueba que es cierto.—Esta fué la razón que mas decidió á dar publicidad con las observaciones que lo hice.

El título con que ellos se publicaron, de orígen de los males y desgracias de las Repúblicas del Plata, fué puesto por mi amigo don Julian. Todo lo demás fué obra mía á excepción de:—*de cuya autenticidad no debeis dudar*,—pues esta exposición fué agregada por el mismo amigo, cuando le mostré mi introducción, lo cual la dejé pasar inadvertidamente y también por no reprochar aquella su indicación.

Muchos días estuve detenido en ésta esperando la publicación para llevarle al general Rivera algunos cientos de ejemplares que me había pedido le llevara para mandarlos al Entre-Rios y al Paraguay. Todos mis paisanos ó compatriotas que después levantaron el grito cuando hube ausentado para el ejército quedaron silen-

cio y nadie me dijo que no los publicara y mucho menos que eran apócrifos ni forjados por Rozas, como tuvieron después la sandés de decirlo y publicarlo, apenas me hube ausentado para el ejército.

Acuérdome que una noche, ó dos antes de marcharme para las Vacas, me encontré con el señor don Pascual Costa, compatriota mío, y me dijo:—«General, ¿para qué se ha metido Vd. á publicar esos papeles cuando todo el mundo sabe que fué eso una intriga para fustrar la expedición que venía para nuestro país, ó darle otra dirección, como se le dió en efecto, pues á consecuencia de ese engaño fué dirigida á Colombia?

Recoja Vd., General, esos papeles, mire que si los deja correr, hay muchos que lo van á atacar á V. y lo harán pedazos.»

Yo le repuse:

—«¿Y quiénes serán los que se atrevan á atacar á un hombre como yó que no tiene cola que se la pisen, sin exponerse á ser confundido? Si esa intriga infame fué cierta, porqué razón á querido confundirse en ella mi nombre, sin mi conocimiento? Dígales Vd. que me ataquen cuando quieran, que yo les haré ver que es peor la excusa que el borrón que echaron á su nombre con ese documento infame! ¡Esta es la verdad, el que quiera creerlo que lo crea, y si hay quien se atreva á desmentirme que lo haga!

Púseme en marcha á los dos ó tres días para las Vacas llevando al general Rivera no recuerdo si 300 ejemplares impresos, que me había pedido; y adviértase que dichos papeles se imprimieron por la seguridad que me dió dicho General de que él me daría con que pagar la impresión, porque á no ser esto me habría quedado yo con los deseos, pues carecía de recursos para ello.

Llegado á las Vacas se los entregué al señor General y el no se dió por entendido de darme siquiera el valor de dichos ejemplares. Ni yo viendo esta omisión, quise hacerle insinuación ninguna. Así fué, que quedé debiendo una parte de la impresión y que se quedaron

en poder del encuadernador todos los ejemplares que se habian tirado.

A los pocos días de estar yo en las Vacas, me remitió un amigo desde Montevideo, una infame solicitud de varios de mis compatriotas deudos de los que aparecían firmando aquellos documentos, dirigida al Juez del Crimen de esta Capital y firmada por el doctor don Antonio Rodríguez, hijo del finado General don Martin, mi amigo, concebida en los más injuriosos términos contra mí y publicada en el *Comercio del Plata,* que no la cito ó transcribo, por que no la tengo en la mano ni la considero necesaria, desde que tanto los que aparecieron firmando esas infamantes comunicaciones, como la conducta y hechos militares de todos ellos son bien conocidos de todos mis compatriotas. Mas apesar de todo confieso que no dejé de irritarme al leer en mi campo dicha solicitud; y tanto me exalté, que sentado sobre una cabeza de vaca puse el siguiente comunicado á los editores de *El Constitucional*:

Cuartel general en las Vacas, noviembre 30 de 1846.

Muy señores míos:

«Espero tendrán Vds. la bondad de insertar en su apreciable diario, la contestación única que doy á la desvergonzada, aleve é injusta solicitud de algunos de mis compatriotas, que se halla inserta en *El Comercio del Plata* del 16 del corriente, y también á las floridas observaciones que hace en su artículo de fondo su Redactor, para calificar de apócrifos los documentos que he publicado, y de serme remitidos, probablemente, por mi *apreciable compadre el carnicero Rozas: que mandó degollar á su ahijado y mi hijo Ciriaco, inocente.*

«Si yo estuviese tan desocupado como el señor Redactor de *El Comercio del Plata*, me sería lisonjero y facil desvanecer las más de sus observaciones, sin más trabajo que el de apartar las flores con que adorna el campo que recorre sin conocerlo y mostrarle las espinas y

abrojos que deja y señalarle donde y cuando me he incado en ellas, puesto que lo he recorrido en su mayor parte mejor que él, y lo conozco palmo á palmo. Pero espero que no faltarán quienes me ahorren este trabajo en los pueblos, mientras que yo recorro con la lanza en las filas del valiente ejército oriental, el campo espinoso que nos conduce hasta dar el golpe de muerte á los ciervos del tirano.

A los indiscretos y mal aconsejados peticionarios del señor Juez del Crimen.

Me consideraria deshonrado, señores, si entrase en la pretensión de vindicarme de las aleves insolencias y poco juiciosas apreciaciones con que una pluma oculta pero mas debil que el insecto mas despreciable, ha hecho garantía bajo su firma contra mí al jóven amigo Rodriguez.

Ya dos amigos á quienes les seré ciegamente reconocido, han dicho lo bastante, manifestando muy acertadamente el 2º, que mi intención al publicar esos documentos, verdaderos ó falsos, fué muy diversa de la que maliciosa y picaramente les dan los pretendientes, y que si el «Comercio» hubiese tenido el comedimiento de dar en tiempo (como debió haberlo hecho, si fuera cierto) conocimiento al público de la célebre y peregrina ocurrencia de ser dichos papeles repartidos por Rozas, y comprobándolo, no los habria yo publicado por eso mismo y dice muy bien.

Yo he llenado un deber sagrado publicándolos y vindicándome con hechos ante los pueblos que han sufrido y sido las víctimas de esas intrigas que todos conocen. ¡Ellos pronunciaron su fallo, maldición á los perversos, y harán justicia á quien la tenga! A su fallo me someto, pues, con mi frente mas levantada. Quien no supo jamás degradarse en el poder ni alimentarse á costa del sudor ageno menos lo hará en la desgracia por ser ella su mayor timbre.

Gregorio Araoz de La Madrid.

Esta verídica aunque mal expresada comunicación la remití á los editores de *El Constitucional*, bajo cubierta de uno que consideraba ser amigo mío, para que se las entregara y que la publicasen; pero me había engañado, se quedaron con ella y solo se la remitieron á mi señora poco antes de haber yo regresado de la campaña de Paysandú ó después de estar yo en Montevideo de regreso. Esta fué la razon porque no se publicó y quiero ahora expresarlo, por que cuando volví de la campaña ya andaban tocando palillos para agradarme, y como yo soy un hombre que no sé guardar rencor ni á mis mayores enemigos al fin accedí y me dieron una satisfacción á trueque de no comparecer ante un juicio público.

Siganos ahora la campaña. Llegado á las Vacas se movió el General muy pronto, con todas sus fuerzas pero en vez de dirigirse á donde debiera que era sobre el general don Ignacio Oribe, hermano del titulado Presidente del Estado, lo hizo sobre Paysandú porque se le aseguró que tenían allí 200.000 cueros vacunos, y perdió por este vil interés de haber salvado probablemente su patria si marcha hácia San José sobre don Ignacio Oribe.

Esta cosa de los cueros la supe yo en la marcha, por uno de los Jefes ó compadre del General, de los varios que llevaba á su lado.

En vano me lo había ofrecido repetidas veces desde mi vuelta desde Montevideo, para que me ocupara con cualquiera fuerza, la que á él se le antojara, al frente del enemigo. Jamás había podido conseguirlo, ni lo conseguí en toda la marcha por mas que lo insté hasta el fastidio, de modo que yo allí en su ejército iba haciendo un papel ridículo, pues no tenía destino alguno sin embargo que por la órden general, me había destinado dos ayudantes como á General de la República y de que también por otra órden había dispuesto que se nos nombrara una escolta al general Medina y á mí, la cual quedó solo en pensamiento por que nunca se nos dió.

¿Y para qué necesitaba yo de escolta, ni de ayudantes, cuando no ejercía función alguna?

Continuamos así la marcha con bastante rapidez, con cerca de 1.500 hombres ó poco más, de las tres armas, hasta Mercedes, pues llevaba dos batallones de infantería de cerca de 400 plazas cada uno, el de *Vascos Franceses* á las órdenes del coronel don N. Brié y el número 1º de Morenos á las del coronel don Santiago Lavandeira, 8 piezas de artillería mandadas por el coronel don José María Piran y el resto, que era de caballería lo mandaba el coronel don Bernardino Baez. No había dejado ya de arrepentirme, de haber ido á ofrecer mis servicios á un General tan envidioso, que se denegaba á admitir los servicios importantes que pude haberle prestado en aquella campaña, en razón de la influencia que tenía entre los soldados argentinos de las provincias, que habían servido conmigo y sido conducidos violentamente por Oribe, ó prisioneros, ó arrancados de su hogar. Pero el general Rivera no quería que nada pudiese deber su país á un jefe argentino; hasta se indignaba de las consideraciones que me dispensaban sin conocerme, así sus jefes como su tropa, á quienes correspondía con mi franqueza y liberalidad característica. Mas no por esto desistí de continuar la campaña, pues me propuse con más paciencia y empeño que nunca, desentenderme de todas esas pequeñeces hasta que nos encontráramos con las fuerzas enemigas, para incorporarme como un soldado voluntario de infantería en el batallón de *Vascos Franceses*, que mandaba el coronel Brié y mostrar al General con mi arrojo, que valía algo más de lo que él se pensaba; y á mis paisanos, que no me conducía otro interés que el de exponerme por libertar á nuestra cara patria de su salvaje y funesto opresor. No desconocía yo que no era en la infantería donde podía encontrar mas ocasiones de hacerme notar, pero la necesidad y mi patriotismo me obligaban á tomar esta resolución, puesto que ni siquiera un regular caballo me había proporcionado el General, quien solo me propor-

cionaba para la marcha un miserable mancarrón de los que servían para las marchas á sus domésticos, el cual se devolvía á la tropilla cuando pasábamos en el campamento al fin de la jornada.

Así marchamos hasta llegar á Mercedes, donde pasamos la noche sobre la costa del río Negro á la vista del pueblo. El General, al sacar al cuerpo de *Vascos*, de Montevideo, para emprender esta campaña, parece que le había hecho algunos ofrecimientos, pero como la tropa de dicho cuerpo observó que no se cumplían, hubieron de haber algunos desórdenes en el pueblo de Mercedes, antes de continuar la marcha al siguiente día.

Yo que no tenía destino ninguno en el ejército, había ido por la mañana muy temprano al pueblo, con el objeto de proporcionarme algunas cosas que necesitaba, y por esta casualidad me encontré en circunstancias que hubo un desorden en la plaza, ocasionado por algunos soldados *Vascos* que se hallaban divertidos en una pulpería; como no hubiese en el pueblo otra persona que pudiese evitar aquel desorden, díjome un argentino lo que pasaba, á fin de interesarme á evitarlo; monté á caballo inmediatamente y me apersoné al tumulto que aumentaba en la plaza, y con palabras comedidas logré contenerlos y hacer que se retirasen, afeándoles un hecho que influiría indudablemente para desacreditar el distinguido cuerpo á que pertenecían.

Vuelto al campamento en circunstancias que estaban principiando á pasar el río las tropas del general Rivera, le oí á este expresarse ante sus jefes así que me vió llegar, de un modo inmerecido contra mí, afeando el medio de que me había valido para evitar el desorden en el pueblo, cuando ni él ni ninguno de los suyos habían sido capaces de usarlo. ¡Aseguro á mis lectores que me irrité en extremo y estaba á punto de pedirle mi pasaporte!

Mas reflexionando con mi acostumbrada prudencia, que con tal paso no alcanzaría otra cosa que darle margen al General para que dijera entre los suyos que ha-

bía tomado aquel pretexto para evitar el peligro á que él iba á exponerse contra los enemigos, y que todos mis ofrecimientos no eran sino charlatanería; y que por otra parte, mis compatriotas que pretendían excusar su emulación é injustas prevenciones contra mí, encontrarían un motivo para deprimirme; me resigné á continuar hasta después del primer encuentro con los enemigos, resuelto á mostrar en él, tanto á estos como al General, que valía algo más de lo que ellos se imaginaban, pero no sin hacerle conocer al último, mi desagrado.

Consecuente con esta determinación, marché desde aquel día alejado de la comitiva del General y me propuse ser el primer centinela que vigilase sobre la seguridad y vigilancia del campo, pues que ya había advertido el poco orden con que se establecían los campamentos en las posadas y la poca precaución con que se hacían las marchas y se guardaba el campamento.

Fastidiado más de una vez de los retardos que sufríamos en las marchas por el poco cuidado de los prácticos por el paso de algunos arroyos, habíamele ofrecido al General para marchar con una partida á vanguardia, dándome un par de vaqueanos á fin de tener listos y allanados los pasos de los arroyos para cuando llegara el ejército, pues había ya observado que habíamos perdido de andar una noche, porque no daba paso uno, que los vaqueanos y el General llamaban arroyo, y que al siguiente día al amanecer descubrimos todos que solo era un zanjón lleno de agua y que tres cuadras más arriba por donde pasó el General con solo la caballería, era un arroyo raro por donde pasaban los cuerpos de infantería, artillería y carretas que quedaron detenidas por dicho arroyo imaginario, y expuestos á que hubiéramos sido batidos por el enemigo en detalle, pues el General con toda la caballería había acampado al otro lado del zanjón é inmediato á un monte, pero en completo desorden, pues la noche estaba sumamente obscura y amenazando lluvia, y llovió en efecto la mayor parte de la noche.

Tan se había acampado en desorden, que no pude yo dar con mis ordenanzas, sin embargo de que los dos ayudantes que me había mandado nombrar el general Rivera, anduvieron buscándolos cerca de media hora por que iban incorporados á la escolta del General, y no pudieron dar con ella.

Como hubiese ya principiado á llover fuertemente, y observara que se iluminó el campo de los cuerpos de infantería y artillería con fogatas al otro lado del arroyo, díjeles á mis ayudantes que quería volver al campo de los *Vascos*, y me contramarché con ellos porque estábamos ya cerca de Paysandú donde estaba la fuerza enemiga, y habíamos dejado á nuestra retaguardia por la izquierda, al comandante enemigo Pisco, con una fuerza de caballería; pero habiendo llegado al arroyo los ayudantes, no pudieron dar con el paso, y me dijeron que era expuesto el pasar por cuanto aquellos arroyos no tenían salida sino por pasos precisos, y que era mejor ó volver en busca de la caballería ó pasar la noche allí mismo. Yo preferí esto último por estar muy inmediato á los infantes, pues esperaba por momentos que si el jefe enemigo que habíamos dejado á retaguardia tenía un poco de arrojo, se aprovechara de nuestro descuido y atravesara nuestro campo dejándolo en desorden por medio de una atrevida carga.

Mis ayudantes que lo eran un teniente Freire, hijo de un Coronel de esta República, el otro cuyo nombre y apellido no recuerdo; desenfrenaron sus caballos y bajando los pellones de sus aperos, procuraron acomodarse sobre algunas yerbas que amontonaron, teniendo sus caballos asegurados del maneador, y se tendieron á dormir.

Yo que observaba con disgusto la ninguna vigilancia ni seguridad del campo, y que me encontraba sin destino, expuesto á ser sacrificado impunemente por mis bárbaros enemigos en un campo desconocido, me propuse velar por todos para despertar siquiera á los nuestros, en un caso de ataque, tirarme al arroyo é incorporarme á los var-

cos, puesto que había ya formado mi resolución de, cuando menos, vender con ellos muy caras nuestras vidas á nuestros bárbaros enemigos. Al fin acercándose ya el día, sonaron ya nuestras cajas y clarines tocando dianas cosa á la verdad extraña en una fuerza que marchaba con el objeto de sorprender al enemigo.

Amaneció en seguida y quedamos todos desengañados de que el supuesto arroyo, no era otra cosa que un gran zanjón formado por las corrientes, cuyo origen estaba como tres ó cuatro cuadras á la derecha de los cuerpos que habían quedado separados por no poderlo pasar y perdido por dicha causa de avanzar en esa noche cuando menos cuatro leguas, que era lo que el General se proponía para echarse sobre el general enemigo don Servando Gomez que se hallaba sobre Paysandú, antes que se le reuniera el comandante Perez que habíamos dejado á retaguardia con caballada que le llevaba de auxilio.

Inmediatamente que fué de día claro, pasaron los dos cuerpos de infantería, con el de artillería y carretas sin pasar el imaginario arroyo y continuamos la marcha.

Por la tarde ya se nos escurrió por la izquierda del río Uruguay y de nuestra columna, el comandante Perez con su caballería y caballada arreada, sin que nuestro ejército ni el Jefe de nuestra vanguardia hubiesen sido capaces de embarazarlo, nada mas que por descuído. Sin embargo, la vanguardia que marchaba como á doce cuadras de nuestra columna, los observó y se echó sobre ellos, mas los enemigos echaron á correr llevando la caballada por delante, la que salvaron al fin por que el Jefe de nuestra vanguardia no quiso exponerse á quitársela, sin embargo de que los enemigos iban ya abandonando parte de ella, y aun algunos hombres que se les tomaron prisioneros. Me acuerdo que el oficial que vino con el parte al señor general Rivera, le dijo delante de mí y de sus ayudantes: — «Si el Coronel no nos manda hacer alto cuando ya iban los enemigos

abandonando los caballos á todo correr, se los quitamos todos».

El general mandó callar al oficial que esto decía, advirtiendo que yo estaba presente, le mandó que se regresara dejando unos tres ó cuatro prisioneros que habia traído, y continuamos la marcha.

Al siguiente día estuvimos ya sobre el pueblo de Paysandú bien temprano, el general enemigo don Servando Gomez que se hallaba en la costa de San Francisco como á legua y media del pueblo al norte con alguna caballería y no se si dos piezas de artillería, se retiró, me parece, que en esa madrugada hácia el Salto.

Como nosotros teniamos ocupado el pueblo del Salto, en el cual se hallaba el coronel Blanco con cerca de quinientos hombres y tenía además mil y mas caballos buenos, yo juzgaba que el general Rivera se dirigiría en busca de dicha fuerza persiguiendo al general Gomez, y mucho más desde que había mandado dos noches antes á dos oficiales para los campos á comunicarse con el jefe del Salto, pues reuniéndonos con dicha fuerza habríamos arrojado al General enemigo sobre la frontera del Brasil cuando no hubiéremos logrado darle caza; y sobre todo habríamos aumentado nuestra caballería y montádola bien y entonces nos habría sido mucho más facil la rendición de la infantería que ocupaba el pueblo de Paysandú á cuya fuerza debiamos dejarla observada por uno ó dos escuadrones de caballería para impedir que pudiera comunicarse con las fuerzas de afuera; pero nada de esto se hizo sinó que se empeñó el General en sacrificar hombres inútilmente para apoderarse de la plaza y con ella del imaginario depósito de los cueros para abandonarla después vergonzosamente como se verá.

Nos aproximamos con toda la fuerza y ocupando la Cuchilla que está al este del pueblo, nos aproximamos hasta las alturas que dominan la población y empleamos el resto del día en cañonear la plaza y mandar después un parlamento intimándole rendición al jefe que la guardaba. La contestación del enemigo fué tal cual

debia esperarse, desde que observó que no se habían empleado fuerzas en perseguir á su General, y al poco empeño que se había mostrado en toda esa tarde en forzar y aun tomar sus puestos avanzados.

Después de puesto el sol, el General se retiró con todas las fuerzas á un extremo de la cuchilla hácia el sur y llamó allí á junta á todos los jefes de los cuerpos y también á los dos únicos Generales que allí habíamos: Medina y yo; pero esta junta no sirvió para otra cosa que para oír los pensamientos del General, en vez de éste oír el parecer de sus jefes. Sin embargo el coronel Brié que por su posición y por la necesidad que el General tenía de él y su batallón, era el mas independiente, le hizo algunas observaciones que, sin embargo, de nada sirvieron.

El General propuso allí que iba á mandar un oficial de milicias, que no podía ser conocido de ninguna manera por el jefe de la Estación Francesa que se hallaba anclada en el Puerto, con recado ó mensaje verbal, pidiéndole unos botes de señales; si los tenía, para avisarle por medio de ellos, si intentaba esa noche atacar al pueblo, pero todo de palabra y sin indicarle cuales serían las señales que le haría.

Como yo me hallaba al lado del coronel Brié con quien tenía confianza y no quisiese exponerme á manifestar francamente mi opinión, en primer lugar por que el General no me la había pedido y en segundo por que había ya notado cuanto le disgustaba el que se le hicieran advertencias que habían sido descuidadas tal vez por él, ó que no habían ocurrido á su imaginación, díjele al Coronel: — Vd. que tiene mas franqueza con el General, obsérvele que semejante mensaje no debe ir sinó por escrito y mucho menos desde que es conducido por un oficial de milicias cuyo traje no se diferencia del de un soldado. Adviértale Vd. que los jefes franceses conocen sus deberes y el de los jefes que deben comunicarse con ellos, y que será bien poco honroso á su persona el que sea rechazada semejante demanda por

el Jefe de la Estación, por no ser dirigido en los términos que debiera.

El Coronel que conocia la razón que yo tenía para hacerle dicha indicación, algo le dijo al General, pero, sin embargo, el recado fué verdad y nos retiramos con toda la fuerza ya cerrada la noche, á una aguada que distaba como una legua al sur, á dar de comer y beber á las caballadas y tambien á la tropa, pues habíamos pasado todo el día sin comer ni beber.

Al siguiente día, bien temprano, volvimos á ocupar la circunferencia del pueblo, y antes de realizar esta operación al enfrentarnos al cementerio que está al sudeste del pueblo, me llama el General y me dijo:

—Tome Vd., esta fuerza—como unos 80 cívicos ó nacionales de la Colonia,—colóquese con ella y este piquete ó pequeño escuadrón de mi escolta al frente del cementerio, y espere mis órdenes, y cuando estas le sean comunicadas ó se anuncie el ataque con la artillería, Vd., atacará por el sur hasta penetrar á la plaza.

Dada esta orden y habiendo quedado en ejecutar lo que se me mandaba y prevenídole al General que los puestos avanzados del enemigo que tomara en el ataque serían designados con una bandera punzó que yo colocaría en las azoteas para que sirviera de norte á los demás jefes, continuó él la marcha con el resto del ejército, y yo me dirigí al punto que se me había designado como con ciento y un pico corto de hombres, de los que el mayor número eran infantes, pero ni unos ni otros me eran conocidos, ni yo lo era de ellos sinó de vista. Por consiguiente, dije entre mí, el General quiere comprometerme con este puñado de hombres cuando el centro y costado derecho van á ser atacados por dos batallones, llevando cada uno sus correspondientes piezas de artillería; mas, sin embargo, voy á ser el primero que penetre á la plaza ó quedar muerto en el vigoroso ataque que voy á emprender.

Formada esta resolución, mandé hacer alto á mi pequeña fuerza antes de subir á la altura del cemente-

rio, que había yo mandado ocupar anticipadamente por una partida de caballería, subí solo llevando en mi compañía al comandante Zabala que mandaba los nacionales infantes, y el comandante de la escolta para reconocer con ellos los puntos por donde debía penetrar á la plaza cuando se hiciera la señal, é instruyéndolos del modo mas seguro de emprender el ataque á paso de carrera, sin perder tiempo en hacer fuego, hasta que hubiéramos echado abajo los puentes avanzados, é introducirnos por este órden á la plaza.

En efecto, practicado el reconocimiento, sin embargo de los fuegos que me hacian los enemigos para embarazarlo y después de haberles indicado á los dos jefes el punto en que deberíamos reunirnos ya sobre las trincheras, y después que nos hubiésemos apoderado de los puentes avanzados que tenian los enemigos fuera de ellos, regresé con dichos dos jefes á donde había quedado la tropa y la dividí del modo siguiente:

La primera mitad de los nacionales que no alcanzaban á 40 hombres, debía seguirme á paso de carrera por la calle recta del sur al extremo oeste de la plaza; la otra mitad con su comandante Zaballa, al mismo aire, por la otra calle de mi derecha, y el comandante del piquete ó compañía de la escolta, cargar á escape por mi izquierda para cerrarles la salida al bajo á la parte del puerto, y cargar así á la plaza cuando se hiciera la señal, al mismo tiempo que nosotros, pero como el jefe de la escolta comandante don Vicente Miranda, me hizo presente, al darle esta orden, que el General le había prevenido que él no debía atacar á la plaza sinó servirme de protección, juzgué prudente decirle:

—Si es esa la orden que le ha dado el señor General, cumpla Vd., con lo que él le ha mandado que yo sólo atacaré.

Después de esto regresamos á nuestro puesto, y mandando aproximar la tropa hasta la altura del cementerio, pero de modo que no pudiera ser vista por las de la plaza, esperé la señal del ataque por más de

una hora, y tan luego como se disparó el primer cañonazo, cuando las demás Divisiones se habían aproximado, por el frente al este el coronel Lavandeira con su batallón y la mitad de nuestra artillería, por el norte el coronel Brié con sus *Vascos* y el resto de las piezas, escolocándose toda la caballería á las órdenes del coronel don Bernardino Baez hácia el bajo del puerto, me lancé á paso de carrera con las dos mitades de los nacionales por las calles ya indicadas, sin embargo del vivo fuego que nos hacían de tres puestos avanzados que tenían los enemigos por aquella parte colocados sobre las azoteas, antes de diez minutos me hallaba yo con el bravo teniente don Anacleto Medina, que mandaba la mitad de los nacionales que iban conmigo, á la puerta de la azotea que ocupaba el primer puesto y le había obligado á rendirse, pero no sin perder algunos hombres aunque no tantos como los enemigos.

Después de tomado este punto y de haberse ya generalizado el ataque por todas partes, y hasta por los buques de la estación francesas que estaban en el puerto que menudeaban un vivísimo fuego de bala y granadas sobre la plaza, desde abordo, me ví precisado á correr solo, por la calle de mi derecha en busca del comandante Zabala que no parecía con la otra mitad. Atravecé toda la cuadra en un mal caballo manco del encuentro que era el único que tenía sin descubrir al comandante Zabala ni á sus soldados. En vano dí voces llamándolo por su apellido, y hasta corrí otra cuadra al sur sufriendo las balas que me disparaban los enemigos desde una de las trincheras, por si se había demorado, pues era la calle por donde debió él unírseme sobre el puesto avanzado que acababa de tomar.

Al acabar dicha segunda cuadra que había doblado al sur, asoman dos soldados morenos de infantería con sus fusiles por sobre la cerca de la misma calle. Mándolos detenerse y pregúntoles á que Cuerpo pertenecen, pues no sabía yo si eran enemigos ó nuestros, y habiéndome contestado que eran de la mitad de los nacionales

que venían con el comandante Zabala, les pregunté por él. Dijéronme que había entrado á un monte de duraznos, que estaba allí á la vista avanzando, cuando ellos fueron mandados á un reconocimiento y se ofreció uno de ellos á entrar á buscarlo, pero observando yo que nadie contestaba á los gritos y que el fuego seguía con calor, les mandé á estos dos hombres que corrieran á incorporarse á los bravos tenientes Medina y Brié que habia dejado dos cuadras de allí y pasé yo de carrera á á preguntar al coronel Lavandeira, que se avistaba á ese tiempo por el comandante Zabala.

Como aquel jefe me dijo no haberle visto, me dirigí corriendo á dos hombres á caballo que observé parados sobre una altura y que me eran conocidos, para que me guiaran á volver al punto en que había dejado á mi ya pequeña fuerza de nacionales, pero como estos dos hombres que el uno era de los acompañantes del coronel Pozolo que hacía de Secretario del General, me dijeron que estaban colocados allí por orden del señor General, me regresé de carrera á donde estaba mi fuerza y continué con solo ella y el comandante Mendoza hasta apoderarme de otro puesto, colocando en los dos que se habían tomado la bandera punzó que había yo indicado al señor General. Aquí fué donde encontramos una especie de corral ó palenque á dos cuadras de la plaza al sur, el cual era formado por una palizada de ñandubay enterrada al principiar la primera cuadra de las dos que faltaban para la plaza y una hilera de carretas que cerraba la boca calle en que yo estaba, aseguradas con sunchos de fierro unas con otras y cubiertas las bocacalles transversales con postes, encerrando dentro numerosas vacas lecheras y mulas.

En la azotea que habia al extremo de la calle que doblaba para mi derecha, ó el naciente, se descubría un centinela como á 70 pasos, y asomaban algunos soldados sobre el parapeto y disparaban sus fusiles sobre mis soldados que estaban guarecidos por la casa, cada vez que asomaban como el cuadrado de carretas y palizadas á

cuyo centro estaban las vacas y mulas, se hallaba á pocos pasos más adelante, corrí á él á caballo para ver si podían apretarse las carretas para sacar las bestias y observando las ataduras llamé un soldado para que las cortara; pero al aplicar este su cuchillo sobre los lazos con que estaban atados los pértigos de unas contra los de las otras, observó que además estaban aseguradas por sunchos y pernos de fierro, se regresó corriendo el soldado, después, á prevenirmelo.

En este momento se endereza todo el destacamento enemigo de sobre la azotea del frente y me hacen una descarga á mí sólo, como unos 18 hombres. Como mi objeto era animar á mis pocos hombres y al mismo tiempo hacerme conocer por mis enemigos por si había entre ellos algunos de los que habían servido conmigo en las Provincias, díles este grito, manteniendome firme sobre mi caballo:

—«¡Disparen sobre mí todas sus armas, so canallas, que las balas de los esclavos de los tiranos Rozas y Oribe no matan al general La Madrid! Soy yo, tírenme ustedes!» Y, después de dado este grito, regresé con calma á donde estaban mis soldados y los mandé seguirme por un portillo de la cerca, dejando las carretas á mi derecha y atravesé á la otra cuadra.

Los enemigos entonces abandonaron la azotea y se fugaron para la plaza, pero quedando cuatro hombres que se les escondieron y se me presentaron pasados. Un soldado mendocino de los prisioneros del *Rodeo del Medio*, un inglés avecindado en esta campaña de Paysandú y dos criollos de dicho pueblo, de los cuales el uno era criado de la casa del general Lavalleja. Hiciéronme mil protestas de fidelidad y pidieron que no los separara de mi lado. Yo los acogí con benignidad y antes de cuatro minutos ya estaban montados á mi lado.

En estas circunstancias el fuego habia un poco calmado por ambas partes y nuestras tropas no avanzaban sobre la plaza sinó que se mantenían en los puntos en que habían llegado á sus inmediaciones por el naciente

y norte, pero los fuegos de abordo seguian sin interrupción lanzando varias granadas por sobre mí, sin saber que me había ya interpuesto entre el puerto y la plaza.

Así que observé yo la interrupción del ataque por el resto de nuestras fuerzas y aun que habían abandonados los Morenos del 10 un punto que habían tomado cerca de la plaza por que no se les protegió á tiempo, y que mi corto piquete de infantes había perdido ya la mitad de la fuerza, pues de menos de 40 que eran faltaban ya entre muertos y heridos 21; ordené á los oficiales que se mantuvieran firmes allí, bajo la protección del comandante Mendoza, mientras yo corría á la inmediación del puerto á pedir al Jefe francés que hiciera suspender sus fuegos, pues estaba yo por medio, y ver si me proporcionaba unos 40 ó 50 infantes de la tropa que había desembarcado, con los cuales yo respondía de tomar la plaza.

Marché en efecto de carrera con uno de los pasados y un soldado de la escolta ó dos, y habiendo comunicado mi posición y mi pensamiento, no se si al comandante ó cual de los oficiales franceses que estaban al frente de la tropa y pedido que suspendiera sus fuegos, me regresé con la promesa de que vendría un piquete de infantes. Regresado yo á mi puesto y siendo ya como las dos y media de la tarde observé que se empezaban á incendiar varios edificios en la circunferencia é inmediaciones de la plaza por los otros extremos opuestos al que yo ocupaba, y en seguida se me comunicó por dos ocasiones la orden á nombre del señor General, para que yo mandara incendiar las casas por aquella parte.

—¡Confieso que esta orden me desagradó en extremo y que me denegé á cumplirla con la esperanza de que ya vendrían los pocos franceses que había pedido y que con ellos escoltaria la plaza sin emplear este recurso bárbaro sobre un pueblo nuestro que había ya sido entregado al saqueo; mas viendo que la tropa que esperaba no parecía, y que se me comunicó por tercera vez la orden de prender fuego á las casas á presencia del Jefe de la

escolta, juzgué que no era ya prudente resistirme y mandé á uno de mis soldados que prendiera fuego á un viejo galpón de paja que estaba un poco apartado como para no comunicar el fuego al resto de la población.

Como esta orden la di en voz alta, la oyeron la gente que habitaba dentro, y abriendo la puerta, salen más de diez ó doce mujeres con algunas criaturas implorando mi clemencia! Fué tal el pesar que esto me causó que dije al soldado que iba con el tizón encendido:—¡Bote Vd. ese fuego, que esto no es justo! Camaradas á la plaza á tomarla, que esto es más noble, y marché seguido de mis soldados, cuando al llegar á una esquina que dista dos cuadras de la plaza por la calle principal que va del puerto, vandea una bala enemiga mi caballo por cerca de los oídos, y lo deja tendido quedando yo de pié. A este mismo tiempo veía yo á pocos pasos, forzar la puerta de un almacen en la esquina de mi izquierda á cuatro ó seis soldados vascos que se hallaban bastantes divertidos.

Corro allá y empiezo á amonestarlos con apreciaciones comedidas, para que salieran, y pídoles una caña para acomodar en ello una bandera con la cual en mi mano quería penetrar hasta la plaza por sobre una pieza de 24 que guardaba su entrada en la trinchera.

Acomodada la bandera, con chiripá punzó, que me proporcionó uno de mis soldados, exhorté como á 20 hombres que tenía presente, incluso los cuatro ó cinco vascos, para que me sigan á paso de carrera por ambas veredas, mientras yo corría adelante por el medio de la calle llevando la bandera en la mano. Hácenme presente que teníamos el cañón de 24 al frente, disparando de cuando en cuando á bala rasa.—«Ese cañón será nuestro antes de tres minutos, si hay entre vosotros diez valientes que me sigan, díjeles, seguidme,—y eché á correr por medio de la calle. Habia pasado ya la mitad de la 1ª cuadra, y quise volver la vista y saber cuantos me seguían, pero sin detenerme, por que no aparecía á mi inmediación ninguno; cuando en este mismo instante que

yo volvía la vista, disparan sobre mí la pieza cargada á metralla, y me encuentro que iba sólo, porque se habían detenido todos en la esquina. No hubo más remedio que volver de carrera, todo mi vestido salpicado de la tierra que me echó la metralla que revotaba á mi alrededor, y parándome en medio de las cuatro esquinas, dígoles nuevamente, pero ya con indignación:

—«¡Ya han visto ustedes que las balas no matan á los valientes; si cuatro de vosotros me hubiéreis seguido ya estaría ese cañón en nuestro poder! Vamos, que merecerían ser escupidos en la cara si entre tanto valiente no hubiesen diez hombres que me sigan, y doblar de carrera sobre la trinchera!» Adviértase que habían ya reunidos allí de los nuestros, más de 25 hombres, incluso varios bravos soldados de la escolta á caballo. Habíanse alentado ya con este nuevo reto y corrían á la par mía por ambas veredas, como 20 hombres; y no habíamos atravezado la primera boca-calle, cuando el destacamento que ocupaba la azotea de la esquina de la última cuadra gritó:—«estamos rendidos», levantando las culatas de sus fusiles en alto; y los de la trinchera que quedaban, la pieza la abandonaron sin haberles dado tiempo á dispararnos otro tiro.

Me costó trabajo para que los prisioneros se resolvieran á bajar por el temor de los cuatro ó cinco vascos que estaban á mi lado bastante divertidos, y pensaban vengar la herida que ya había recibido su coronel y la muerte del hermano á la mitad del ataque, en cuantos enemigos hubieran á las manos; y ya que hablo de esto, debo prevenir en obsequio de la verdad, que la herida del coronel Brié, y la muerte de su hermano, influyeron poderosamente en el retardo de la toma de la plaza, pues que su tropa con la falta de ambos, no dejó de desalentarse y fué lo que ocasionó la distracción de muchos de esos decididos soldados ciudadanos.

Por fin luego que les hice conocer mi nombre, y les aseguré que no era yo un verdugo como sus jefes, se decidieron entonces á bajar, y me rodearon para ponerse á

salvo de las amenazas de algunos soldados; entré sin detenerme á la plaza, antes que ningún otro Cuerpo, con más prisioneros que soldados míos, y después de haber avanzado algunos pasos hácia el centro de la plaza, dando vivas, asomaron casi á un mismo tiempo los vascos por el norte y los morenos del coronel Lavandeira por el naciente. En estas circunstancias, corrí un gran peligro en el medio de la plaza, y hube de ser muerto por un soldado vasco francés, que acaso no me conocía, por favorecer á los prisioneros que se hallaban prendidos de mis brazos y uniforme, pues al fin logré apaciguarlos; como no había otro medio de salvar á los prisioneros que me rodeaban que el de conducirlos á la cuchilla del este, donde se hallaba el General en jefe, y no había allí un oficial con quien mandarlos, me fué preciso conducirlos yo mismo, dejando á mis dos oficiales de Nacionales para que fuesen reuniendo los soldados que apareciera de su Cuerpo, conservándolos en formación, hasta que regresara.

Debe advertirse que asi que hube entrado al centro de la plaza, me presentaron unos soldados, pues el cura vicario de Paisandú, el doctor Laviña, descalzo, sin sombrero y en mangas de camisa, con un sol abrasador, á eso de las tres de la tarde,—como yo había estado en dicho pueblo el año 1836, cuando mi primera emigración, éramos conocidos,—por consiguiente, asi que me lo presentaron, nos conocimos mútuamente y no dejé de conmoverme al ver un anciano eclesiástico en aquel estado, conducido como un fariseo; nos saludamos y haciendo esfuerzos con mi mano derecha, pues estaban agarrados de mis brazos varios de los prisioneros, me quité la gorra y la pasé á la cabeza del Cura, que no quería admitirla, pero que cedió al fin á mis instancias.

Pasada esta operación, me conduje á la cuchilla con todos los prisioneros, seguidos de los cuatro pasados que iban montados y de un ordenanza.

Al llegar á la presencia del general Rivera, me vitorearon algunos de los oficiales y compadres del Gene-

ral, de los que estaban siempre á su lado, seguramente por haber sido informado por alguno de los valientes soldados de su escolta, que habían atacado conmigo, de cuanto había practicado; pero el General, desagradado por semejante demostración, me recibió con severidad, sin dirigirme el menor cumplimiento, reconviniéndome por haber salvado al Cura y cedídole mi gorra. Iba yo con un sombrero de paja del oficial que se había rendido en el último puesto, por habérmelo puesto él mismo en la cabeza asi que le pasé mi gorra al Cura.

Desagradado yo con esta conducta del General, hícele una seca venia con la cabeza y me regresé dejando los prisioneros y sin decirle una palabra. El General no tardó en conocer su imprudencia, pues apenas me hube separado algunos pasos marchando á pié por el pueblo, cuando me gritó por dos veces: — «General La Madrid, espérese Vd. que le llevan un caballo.»—Yo continué mi marcha, sin embargo, y muy al momento me alcanzó uno de sus oficiales ó ayudantes, con el caballo del mayor Viñas, ayudante suyo, que había sido herido al ir á comunicar una orden del General en el momento del ataque.

Monté á caballo, y mandando dar las gracias al General continué mi marcha hasta el pueblo y me ocupé de hacer reunir algunos heridos en la casa del señor Marol y hacer reunir algunas ollas y platos de los despojos que estaban ya en poder de la tropa y de las mujeres que seguían el ejército para poderles administrar alguna substancia. Las señoras de la casa y varias otras del pueblo se ofrecieron con la mayor voluntad para asistir á cuantos se reunieran, como lo hicieron otras en diferentes puntos en que todos los jefes y oficiales á porfía se habían encargado de la misma operación.

Al cerrar la noche, mandó el señor General que se retiraran todas las tropas á la cuchilla, y así se hizo con excepción solo de los *Vascos* que se quedaron la mayor parte en el pueblo sin que hubiera quien pudiera sacarlos por la falta de sus jefes. Ya á esa hora había yo

visitado al coronel Brié y al comandante Zabala que había sido herido de un balazo á poco de haber empezado el ataque. Me retiré casi al obscurecer dejando en el pueblo me parece que al coronel Lavandeira con su batallón, pues había sido destinado al efecto por el señor General. Llegado yo á la cuchilla donde estaba el General, lo encontré ya de mejor humor y fuí bien recibido.

La pérdida que habíamos experimentado entre muertos y heridos no pasaría de 180 hombres, pero los enemigos tuvieron proporcionalmente mayor número de muertos; se les tomaron sobre 800 prisioneros, más de 600 fusiles, y no recuerdo si 11 ó 13 piezas de artillería de diferentes calibres.

Al cerrar ya la noche se retiró el General con toda la caballería al arroyo de Sacra que dista como tres cuartos de legua al sur, y me dejó á mí en la cuchilla con el coronel Piran y toda la artillería, por cuanto los bueyes que tiraban las piezas estaban ocupados en la conducción de los heridos á los hospitales, en carretas, y adviértase que habíamos pasado todo el día y aun el anterior sin comer, pues solo se había carneado en la noche anterior, en el mismo arroyo, unas pocas cabezas y no recuerdo si dos ó tres reses.

Cuanto llevo relatado respecto al ataque y lo que ocurrió en la marcha, nadie podrá desmentirme, no solo porque todos lo presenciaron, sino porque más bien omito por delicadeza buscar otras ocurrencias que tuvieron lugar.

Acabando estos apuntes en la Fortaleza del Cerro, donde estoy empleado de tres meses á esta parte, no tengo ni quien me dé noticia positiva ni de lugares, ni de varios nombres que omito, y por la misma razón no recuerdo el día en que fué el ataque de Paysandú, aunque estoy cierto de que fué en los últimos días de noviembre del referido año 1856.

Al siguiente día, así que regresó el General con toda la caballería á la cuchilla donde estaba la artillería, me marché al pueblo á visitar los hospitales y hacer cuanto

de mí dependiera para atender á todos los heridos indistintamente, llevando en mi compañía un asistente de los dos que había traído de Montevideo, por estar herido ó contuso el otro, y mis cuatro pasados que no querían desprenderse de mi lado.

Después que había yo prestado algunos servicios á los heridos y visitado muy particularmente al coronel Brié y comandante Zabala, llegó el general al pueblo, viéndome llegar á verlo, acompañado ó seguido de los cuatro pasados, llamó á uno de sus ayudantes y le ordenó en mi presencia que los llevara al coronel Baez. Fué envano asegurarle que aquellos hombres se me habían pasado antes de la toma de la plaza, suplicado no los separara de mi lado. Los reprendió con severidad, en particular al que había sido criado de la casa del general Lavalleja, al otro joven de aquel mismo pueblo, los envió á donde había ordenado en calidad de presos.

Poco después salimos fuera del pueblo y mandó el General que se le presentaran formados todos los cuerpos, los prisioneros á su frente. Dirigió á todos aquellos una corta proclama á cada uno, y pasó en seguida á revisar los prisioneros, fué apartando á todos los vecinos mayores y decentes del pueblo, los despidió en libertad comisionando á uno de los principales, que me parece era juez, para que con el resto de los que había puesto en libertad reuniera todos los cadáveres y les diera sepultura. Practicada esta operación mandó romper la marcha á los cuerpos por el rincón de San Francisco, que está poco mas de una legua al norte sobre la costa del Uruguay.

Ibamos en marcha hablando de la batalla y de los hombres que se habían perdido, muy particularmente de los negros del coronel Lavandeira, cuando le dije que había al menos, entre los prisioneros, muchos morenos robustos con que reparar con usura la pérdida de aquél cuerpo. ¿Y podría creerse que á esta indicación contestase el general Rivera: — ¡Si yo fuera un santo como lo han sido la mayor parte de los generales porteños,

podría hacerlo; pues esa es la causa por que han perdido la mayor parte de las acciones!—Creí mas prudente tolerar aquella impavidez en obsequio de la causa, que contestando como merecia; y me contenté con decirle: —Pues esos soldados, General, sabiéndolos tratar, nos servirían mejor que á los enemigos.

Continuamos la marcha, apenas habíamos llegado al arroyo de San Francisco, cuando él que no era tonto como *los porteños*, destinó no solo á los negros, sino á todos los prisioneros á los cuerpos de caballería, después de dejar la mitad de ellos al batallón primero.

Fué tal el contento que manifestaron todos ellos al verse puestos en libertad, constituídos en compañeros de los que juzgaban serían sus verdugos, que no hallaban expresiones con que ponderar su agradecimiento; si el General en esa misma tarde ó no sé si al siguiente día, no se hubiese dejado alucinar por una carta que mandó el general don Servando Gomez, para que cayera en su poder, dirigida al general don Ignacio Oribe, dándole parte de abultadas fuerzas con que le decía haber pasado el coronel Lagos de Entre Ríos, no se manda mudar ignominiosamente, abandonando cuanto había ganado, cierto estoy que habría salvado con la ayuda de dichos prisioneros á su patria.

Me hallaba yo acampado precisamente á la costa del Uruguay ya caída bien la tarde, con solo un sargento tucumano, de los prisioneros, que se lo había pedido á mi amigo el coronel Lavandeira, y mis dos ayudantes, cuando observando un gran movimiento en el campo de este jefe, que me indicaba una precipitada marcha, marché á ver al General que tenia su tienda á mi frente por si algo se ofrecia; pero al acercarme á la tienda encuéntrome con él y me dice: — Vaya, General, mande ensillar; vamos á marchar.

Con esta orden me regresé al instante á mandar ensillar los caballos y me ví en apuros para acomodar los trebejos del ordenanza que estaba en el pueblo enfermo, y el del otro que había ido á un mandado al mismo punto.

Cuando estuvimos listos y nos pusimos en marcha, ya no se descubría al batallón que había marchado con el General, porque había empezado á oscurecer, y ni yo, ni mis ayudantes éramos baqueanos del campo.

La retirada había sido tan precipitada, que no se acordaron ni de mandar arrimar las boyadas de las carretas, y que servían también para tirar los cañones; por consiguiente, artillería y carretas quedaban abandonadas. Empecé á galopar al sur, escuchando el pisar de los caballos que seguían la marcha, y después de poco andar alcancé la escolta del General, parada, y á éste averiguando personalmente quienes tenían buenas sinchas y lazos para cuartear los cañones, y separando á los soldados que estaban mejor provistos.

Luego que hubo apartado unos ocho hombres ó diez, díjome General vuelva Vd. con estos hombres á donde está la artillería, y dígale al coronel Pirán que se los mando para que ayuden á cuartear los cañones, y que las municiones que no puedan acomodarse en los botes, que las mande echar al río y se ponga en marcha cuanto antes para el pueblo.

¡Cómo me quedaría yo al oír semejante orden desatinada, cuando carecía de todo conocimiento, podrá calcularlo todo militar que tenga la conciencia de sus deberes y aquella dignidad y arrojo propios de un guerrro y mucho más de un vencedor! Por otra parte, dije, yo entre mí:—¿qué motivo puede ocasionar esta precipitada fuga abandonando cañones y las carretas de munición y enfermos? Enemigos á vanguardia no pueden haber, ó esto es sobre Paysandú, por que no marcharíamos á su encuentro dejando lo principal? Claro es, pues, que aparece á retaguardia algún imaginario fantasma, pero aun en este caso, porque correr abandonando la artillería y municiones y llevándose por delante la infantería que debía servir para proteger la retirada?

El General manda orden al jefe de artillería para que bote al agua las municiones que no quepan en los botes, de dónde salen aquí esos botes dispuestos para

recibirlas? Para estar prontos era preciso que el General los hubiese pedido en tiempo al jefe de la estación sobre Paysandú, y este caso no habría faltado tiempo para mandar arrimar las boyadas que están pastando á cuatro ó seis cuadras del campo. Vamos, díjeme, esta es una vergonzosa fuga. Llegué luego á donde estaba la artillería sin saber como moverme; pregunté por el conel Pirán y me contestó un mayor ó capitán, que había quedado encargado de ella.

—«No está el Coronel; se ha marchado á Paysandú.

—«Díjele entonces:—el señor General en Jefe manda estos hombres para que ayuden á cuartear las piezas, y ordena se pongan en marcha cuanto antes, y que las municiones que no cupieren en los botes que están en la costa para recibirlas, sean botadas al río.

Dada esta orden me regresé en alcance del General dejando allí los hombres que me habían sido entregados, pero apenas me había puesto en marcha cuando siento el toque de marcha por los clarines y cornetas de toda la caballería que se ponía en retirada de su campo, que estaba distante al sur como unas cinco ó seis cuadras. Corrí al momento en alcance del coronel Baez que la mandaba y díjele:

—¿Adónde va Vd., Coronel, cuando toda la artillería y las carretas quedan abandonadas?

El Coronel llamó á un ayudante sin detenerse y le dijo:

—Tome Vd., unos 25 hombres y lléveselos al Jefe de la artillería para que marchen en su protección y ayuden á cuartiar los cañones.

—¡Coronel, díjele, ¿que importan 25 hombres sí Vd.» se marcha. Haga Vd., alto con toda la fuerza hasta que pase la artillería, puede hacerlo acaso con dejarle solo diez hombres que ha mandado conmigo el General. Qué significa esta precipitada marcha? Entónces el coronel hizo alto, y llamándome aparte me contó lo que había, diciéndo:

—Se ha tomado una carta de Servando Gomez á don

Ignacio Oribe en que le avisa haber pasado del Entre Rios el coronel Lagos con 700 caballos, 500 infantes y 4 piezas de artillería, que vienen todas las fuerzas sobre nosotros. El General me ha consultado y yo le he dado el único consejo que en mi concepto podía darle en las circunstancias.—Le he dicho que se retire él con toda la infantería y artillería á la isla que está al frente de Paysandú, y que yo con toda la caballeria marcharé toda la noche en dirección á Mercedes, en donde nos reuniremos, bajando él embarcado; que puesto él en salvo con la infantería y cañones, no debe tener cuidado por mí, pues en toda la noche y mañana todo el dia los habré tirado á los infiernos.—¿No le parece á Vd., General, que no podíamos hacer otra cosa? (Qué sacaba yo con decirle á hecho Vd., un desatino?) ¡Tiene Vd. razón, le dije, pero quedé mordiéndome de ira al ver á que manos estaba encomendada la suerte de este brillante y desgraciado país!

Enseguida tuvo la ìmpavidez, el Coronel, de decirme:—¿por qué no se queda General conmigo, yo le daré á mandar la retaguardía de la columna para que marchemos más seguros?

—Si el General lo dispone, Coronel; yo tendré mucho gusto en marchar con Vd., dijele, pero sin que él lo ordene no puedo quedarme, por que debo ir á darle cuenta de haber cumplido con su orden con respecto á la artillería.

Con esto lo entretuve un momento más, para dar tiempo á que marchara la artillería, y luego me despedí asegurándole que iba á proponerle al General su pensamiento y que volvería á reunírmele si él me lo permitía, pero no tenía intento de cometer semejante falta.

Eché á galopar con mis ayudantes al rumbo en alcance del General y de la infantería, y como á media hora de camino alcancé al coronel Lavandeira con su batallón, ya cerca del pueblo, preguntándole por el General, me dijo que se había adelantado, y me detuve un momento refiriéndome el mismo parte que me habia da-

do el coronel Baez, por lo que calculé que eran los dos únicos jefes á quienes el General había comunicado el engaño que le hizo el general don Servando Gomez.

Me despedí del coronel Lavandeira y proseguí en alcance del General hasta el pueblo, pero habiéndome asegurado en él, que había pasado para el puerto, continué mi marcha en su alcance, notando desde que atravesé la plaza, que iba el camino cubierto de heridos que conducían en angarillas ó parigüelas, de carretillas con armas y las cureñas rodadas de la artillería que habíamos tomado.

Alcancé, por fin, al General al llegar al puerto con su escolta, á la que ordenó que largaran los caballos y liaran las monturas. Muy luego llegó también el batallón del coronel Lavandeira, fortalecido con los prisioneros y llegaron también los *Vascos franceses.*

Mientras se acercaban á la playa los botes y lanchones que proporcionó el jefe de la Estación francesa, ó de los buques de guerra que había en el puerto para transportar nuestras tropas á la isla, íbanse amontonando los heridos en la playa á la orilla del río y no dejaba de conmoverme al oír los ayes de tantos beneméritos jefes, oficiales y soldados tirados allí de un modo bárbaro y sin necesidad; mucho más desde que observé que los infantes, que debían ser los últimos en embarcarse, fueron los primeros; y cuando se aproximaban á los botes con algún oficial conducido en catre para que lo embarcaran, contestaban los patrones de varios lanchones del cabotaje, que no había lugar, porque estaban cargando á las monturas de la escolta ó los equipajes de los jefes y tuvieron que volverlos á la playa.

Hallábame sumamente irritado de presenciar aquel desorden, cuando me llama el General y me dice:

—«General La Madrid, quédese Vd. aquí con los artilleros (habían llegado con nuestras piezas), y procure despachar para la isla y salvar lo que se pueda, abandonando lo demás.»

El se embarcó enseguida, ó pocos momentos después, con todos los hombres de armas.

Los artilleros de nuestras piezas eran bien pocos, pues varios de ellos estaban también ocupados en la conducción de los heridos, juntamente con una compañía de morenos que había quedado en el pueblo con el mayor, Juan Pablo Rebollo, al efecto de remitir todos los heridos y el armamento.

Así que se hubo embarcado el General, me arrimé á un grupo de heridos que estaban tendidos casi en el agua, pues estaba creciendo el río y dije al primero que encontré, sin saber si era vasco, moreno ó enemigo:

—«Suba Vd. á mis espaldas.»,—y me incliné á levantarlo.

—«¡No, señor General!, me contestó en medio de sus ayes, ¿cómo me ha de cargar V. E.?»

—«¡Suba Vd., le dije, que quisiera ser un gigante para salvarlos á todos juntos, pues es lo primero que debió haberse hecho!»

El herido obedeció: se agarró de mis hombros, bajándome yo, y se cabalgó en mis espaldas, lo sugeté con mis dos brazos por las piernas y enderezándome, me metí hasta el primer lanchón, con el agua hasta la cintura y ordené al patrón que lo recibiera. Quiso este replicarme que estaba cargando el equipaje del Jefe de Estado Mayor, y que no había lugar.

—«¡Eche Vd. el equipaje al agua y reciba los heridos, díjele, antes que lo heche yo á Vd., pues es lo primero que ha debido salvarse!»

El patrón recibió al herido, y yo regresé muy pronto con otro, pero al volver por el tercero, encontré un comedido que me dijo:

—«Mi General, yo lo ayudaré.»

—«Con mucho gusto, mi amigo, díjele, sin saber si era militar ó vecino; traiga Vd. las manos.»,—y agarrándonos de los puños, continuamos subiendo á cuantos pudieran caber en el bote.

Como yo había quedado ya de Jefe, ordené muy luego á todos los botes que recibieran heridos y nada más, y dispuse que cuantos hombres habían sanos en la playa

siguieran mi ejemplo, y continué en dicho ejercicio toda la noche, sin pegar mis ojos ni tomar descanso, sino en el momento que no había bote.

Amanecido el día, mandé tomar dos caballos de los que había dejado abandonados la escolta del señor General, y mandé que mi ordenanza y un otro soldado, subiesen á ellos y fueran á descubrir el campo. y me trajeran todos los bueyes de las carretas que quedaban abandonadas, hasta con equipajes que no pudieron llevar.

Mandé colocar dos centinelas en la altura para que estuvieran en observación, y continué remitiendo á la Isla todos los cañones nuestros y algunos de los tomados al enemigo, así como el armamento que amaneció amontonado en la playa y cajones de municiones.

Luego que hube salvado todo el armamento y municiones y observando que el enemigo no parecía, principié á pasar los bueyes para que tuvieran que comer en la Isla, mientras se proporcionaban buques para que marchara el General con las fuerzas á Mercedes, pero sin dejar en todo el dia de trabajar en el envío de cuantos heridos y útiles de guerra llegaban del pueblo, y aunque esta última operación terminó antes de medio día, seguimos sin embargo trabajando hasta después de puesto el sol, ya remitiendo á la misma isla algunos de los cañones tomados al enemigo, ya en hacer pasar los bueyes; pero esto último con más alivio ya, por cuanto había mandádome el señor General á pedimento mío, desde antes de medio día, una partida de doce recomendables nadadores de su escolta para que ayudaran á pasar la boyada que nos dió inmenso trabajo, porque era imposible hacerla tirar al río cuando careciamos de hombres á caballo para que la obligasen metiéndola cercada hasta que nadaran; pero fué tan constante el empeño de aquellos valientes soldados de la escolta, que no cesaron de trabajar en todo el resto del día, desnudos y bajo un sol abrasador, tirándose á cada instante al agua hasta pasar guiando á la isla á los poquísimos

bueyes que se conseguía introducir en hileras, asegurándolos con los lazos de las carretas y con las coyundas de la cola del primero á las astas del segundo y así sucesivamente.

Pero para hacer dicha operación era preciso que un nadador guiase al primer buey de la hilera asegurado por una coyunda de las aspas, y llevando la otra punta de esta en los dientes, desde que se empezaba á nadar. Pues solo á fuerza de este trabajo incesante, y el de llevar cuatro ó seis animales asegurados por las aspas en los toletes en que se colocan los remos por una y otra banda del bote, y últimamente matando varios y echándolos á los lanchones, pudimos conseguir que pasasen á la isla más de 60 bueyes entre vivos y muertos. quedando los demás sueltos porque era imposible el pasarlos.

Como se acercase ya la noche y yo había ya salvado cuanto el General no esperaba, traté de irme á la isla pues nada sabía de los enemigos, ni si estos se hallaban ya sobre nosotros; pero tomando el mayor interés por los heridos, quise aprovechar de un gran ollón de fierro que habían dejado botado en la playa con otros varios objetos, y mandé meterlos al bote que debía conducirme con un negro porteño de los prisioneros, que dejé á mi lado por su libertad, calculando que tal vez no habría en que poner un caldo para los heridos, y á fé que no me equivoqué.

Cuando yo llegué á la isla y embicó el bote en la playa de arena, y cuadra la casualidad de encontrar al frente y á pocos pasos, todo el espinazo y las ahujas de un gordo buey que habian carneado, y hasta la cabeza ya cerrando la oración; y así que salté á tierra le ordené á Chapaco, que asi le llamaban al negro prisionero, que fregara la gran olla, y que proporcionándose una hacha en el campamento dividiese las ahujas y la mejor parte de la cola y me pusiera un puchero para llevarlo á los heridos, mientras iba yo á presentarme al señor General á quien marché á verlo.

El General me recibió con mucha afabilidad augurándome que estaba satisfecho de lo mucho que había trabajado; yo le reparé que no había hecho otra cosa que cumplir con mi deber, en cuanto había estado de mi parte. Dióme las gracias por mi buen desempeño y díjome:

—Vaya, General, á descansar, que bien lo necesita, y alargándome la mano agregó: — Véame Vd. por la mañana.

Cuando yo regresé al lugar en que había desembarcado, ya encontré á mi Chapaco espumando el puchero. Díle orden que buscara en el campamento al ordenanza mío para que averiguara por mi montura que había pasado con las de la escolta del General, y quedéme yo sólo espumando el puchero. El moreno demoró un rato y regresó sin haber podido dar con mi ordenanza; y como muy luego estuviese ya el ollón listo con el puchero, me introduje al campamento en busca de tazas y platos para servir á los heridos, pues todo había en abundancia entre los soldados y las mujeres á consecuencia del saqueo que se había efectuado en el pueblo el dia del ataque y aun en el siguiente.

Regresé muy pronto á mi fogón después de haber despachado con un soldado ó dos á la altura de la isla en que estaban reunidos los heridos en un gran galpón, cargados de tazas y platos que me habían facilitado, y asegurando con el moreno el grande ollón de puchero por ambas orejas con un maneador lo conducimos entre ambos á la altura del hospital.

Grande fué la alegría que produjo en los beneméritos y desgraciados heridos mi presencia con el ollón de puchero lleno. Pero el corazón se me partía de dolor al oírlos á muchos de ellos que ni aun agua se les había proporcionado. ¡Muchos de ellos existen hoy en Montevideo, así vascos, como soldados y oficiales, tanto blancos como morenos orientales que asegurarán cuanto digo, si hubiese quien se atreva á desmentirme! Dejé al soldado prisionero con la olla, sirviendo las tazas de caldo, mientras procuré al coronel Brié, comandante Ze-

ballos y algunos otros oficiales para saber su estado y en que podía servirlos, y después de satisfecho este deber, regresé á presenciar el reparto del caldo á los que estuvieran más necesitados.

¡El corazón no me cabía en el pecho de placer al recibir las bendiciones de aquellos beneméritos compañeros de armas!

Concluída la operación bajo con el soldado conduciendo la olla y pasé á ver al señor coronel Jefe del Estado Mayor y le hice presente lo que acababan de decirme muchos de los soldados heridos, esto es, que ni agua habían tenido quien les administrara hasta aquella hora! Pero no pude menos que regresarme indignado cuando este me contestó:

—¡Hay otras cosas, creo, más urgentes que atender y, los heridos creen que no debemos pensar sinó en ellos!

—¡Quede Vd., con Dios, díjele, y me regresé á mi fogón á medio secar mi ropa para tenderme vestido sobre la arena! Pero felizmente el moreno prisionero había encontrado botado en la plaza un colchón, y proporcionádose una frazada y pude pasar una noche deliciosa luego que hube secado mi ropa.

Así que me levanté por la mañana, pasé primero á ver al señor General que me recibió con afabilidad y me dijo, que descansara ese día, pues tenía que emplearme en el siguiente. Me despedí de él al poco momento y pasé al hospital á visitar los heridos y saber en que podía serles útil. Pasó el día sin que los enemigos aparecieran y en la mañana siguiente díjome, el Geueral, que quería dejarme en Paysandú al cargo de todos los heridos; con el batallón de *Vascos* y una compañía de morenos del n°. 1°.

—Ya, el señor General, sabe que estoy pronto á ocupar cualesquier puesto á que se me destine, díjele, aunque en mi interior no de buena gana, por cuanto no era el quietismo lo que yo buscaba, y mucho menos encerrado en un pueblo que debía reputarlo enemigo por los actos que se habian ejecutado en él, pero en considera-

ción á tantos valientes que se encontraban heridos inútilmente, y debían quedar abandonados, me resigné gustoso por esta sola consideración.

—Pase Vd., General, á la otra banda, me dijo, á recibirse de los heridos, que luego irán las fuerzas que deben quedar con Vd., mientras yo marcho por el río á Mercedes, á reunirme con la caballería y abro nuevamente la campaña.

Me despedí del General, sin haber conseguido siquiera que me dejara seis hombres de su escolta, de los valientes muchachos que habían trabajado todo el día anterior con tanto heroísmo, y tan de buena voluntad; para que me sirvieran para las descubiertas.—¡Eso sería desnudar un santo para vestir otro, fué su respuesta, tiene Vd., á los vecinos que puede emplearlos en eso! Yo conocí que esto no era regular y que sería preciso que yo hubiera perdido el sentido, para emplear á hombres que acababan de ser vejados de un modo bárbaro, para que me dieran noticias del enemigo apesar del regular concepto que yo les merecía á aquel desgraciado pueblo así por que era yo conocido de él desde el año 36, como por lo que había practicado en su obsequio en el día del ataque y siguientes, pero marché sin embargo.

Puesto en la otra banda del río, empezé á recibir los botes y lanchones cargados de heridos, y á remitirlos al pueblo conforme iban llegando. Todo el día y hasta las once y cuarto de la noche, estuve en la playa al rayo del sol, ocupado de esto y trás del último soldado herido, me marché al pueblo á dichas horas, con el negro prisionero y mi ordenanza, montados en tres malos caballos que mandé tomar de los que allí encontré, de los que había dejado la escolta del General. ¡Adviértase que al caer la tarde, había ya recibido el capitan Carrillo del número 1º con una compañía de 69 hombres, con que relevó al sargento mayor Rebollo que había estado al cargo del pueblo, pero que dicha compañía era compuesta de 28 morenos de los del batallón y 32 de los prisioneros que había sido montado el Cuerpo.

Llegado al pueblo á esas horas y después de ser informado de las casas en que estaban colocados los heridos, y sin saber donde se hallaban los enemigos, me pasé en vela la mayor parte de la noche montado á caballo, con mis ya referidos hombres, rondando el pueblo por sus extramuros por la parte del norte y del este.

Amaneció al siguiente día sin novedad, y pude visitar á todos los jefes, oficiales y soldados heridos, y proveer á su asistencia del mejor modo que me fué posible.

Serían cerca de las 11 del día, cuando uno de los vecinos que venían de la isla, me dijo:

—«El señor General ha desarmado á los *Vascos* y quedan ya embarcados para marchar á Mercedes.»

¡Quédome sorprendido á esta noticia, después de la oferta que me había hecho el General de dejármelos, y mucho más cuando me agregó que todas las tropas se disponían ya á marchar! Estuve un momento indeciso sobre si me quedaría con solo aquellos hombres á ser sacrificado con cerca de 200 heridos, ó si iría á ver al General y reclamarle el cumplimianto de su oferta!

Yo no sabía á que atribuír un proceder semejante y mucho menos desde que el General no se había franqueado conmigo, sin embargo del positivo interés que había conocido en mí para ayudarlo. Por último, las consideraciones sagradas de unirme á mi señora y siete hijos que había dejado en Montevídeo, sin otro recurso que el de una triste ración para no morirse de hambre, y abandonada cruel y bárbaramente por mis compatriotas, sin otro motivo que el de una indigna emulación, me dicidieron para tomar la resolución de pasar á verme con el General.

Llamé al recomendable capitán Carrillo y le dije el objeto de mi ida, encargándolo del cuidado del punto, y marché á verme con el señor General.

Llegado á su presencia en la isla, le encontré con su secretario el coronel Pozolo, y con el coronel argentino don J. Hornos, que acababa de llegar del Plata ó

no se de que otro punto, á solicitar su pasaporte para pasar á Montevideo. Saludé al señor General y le dije, sin darme por entendido de los *Vascos franceses:*

—«¡Señor General, sino se me deja más hombres que los 60 que manda el capitán Carrillo, para responder de la seguridad y cuidado del punto, y de cerca de 200 heridos, yo no puedo resignarme á ello, porque no quiero presenciar su sacrificio y el mío, sin poderlo evitar! De los 60 hombres que tengo á mis órdenes, solo 28 son hombres que pueden merecer mi confianza, pues los demás son de los prisioneros.

Con muy buen modo, díjome el General: — «Nada tiene Vd. que temer de los enemigos, porque son unos miserables».—¡General, nadie conoce esto mejor que yo, díjele; porque si no lo fueran, no habríamos salvado ni siquiera nuestra artillería! Pero marchándose Vd. cargarán sobre mí impunemente, y no quiero yo responder del sacrificio de tantos hombres beneméritos.

El General se entonó entonces y me dijo: — «¡Pues le dan á Vd. su pasaporte porque yo no soy como los generales porteños, porque hay mucha diferencia de mí á ellos!»—Mi indignación subió á su colmo á la vista de semejante impavidez y le repuse en extremo alterado:— ¡Sí, General, es muy inmensa la diferencia que hay entre Vd. y los generales argentinos, bien lo conozco».

El General, entonces, con un tono burlesco, me dijo: —«Pues dice entonces que lo he nombrado á Vd. para una comisión y que ha tenido miedo de desempeñarla.»— No pude ménos que sonreirme y replicarle: — El señor General es dueño de decir lo que se le antoje! Mas cuántos me conocen, y muy principalmente su ejército que me ha visto entrar primero que nadie á la plaza de Paysandú con cuatro hombres, dirán lo que deben!

Volvió el General la vista á su derecha y dijo:— Coronel Pozolo, ponga Vd. su pasaporte al General para que se retire á Montevideo. El coronel Pozolo puso el siguiente pasaporte que conservo en mi poder.- «No considerándose necesarios en el ejército los servicios del

coronel mayor Gregorio Araoz de la Madrid, extiéndele su pasaporte para regresar á Montevideo». El General lo firmó y dijo en seguida al coronel Pozolo:—Ponga Vd. una orden para que se le dé medio sueldo para que se conduzca.—Se me dió una orden para recibir no recuerdo si 106 ó 108 pesos, pero se que no era un medio sueldo de un coronel.

Yo dí las gracias por esto, porque no tenía como moverme de la isla, y mucho menos desde que el General se embarcó después con todas las fuerzas ya caída la tarde y me dejó allí, solo mi alma con el negro prisionero y mi ordenanza, y con los dos ayudantes que no quisieron abandonarme.

De la isla al territorio de Entre Ríos, habían cincuenta pasos, y podía ser asesinado impunemente por una pequeña partida. Pero me he distraído. El General luego que mé firmó el pasaporte, se volvió al coronel Hornos y le dijo:—«Coronel Hornos Vd. quedará encargado del punto de Paysandú y de los heridos; y volviéndose á mí agregó:—«Vaya Vd. General y ayude la entrega del punto».

El coronel Hornos no tuvo otro remedio que admitir la comisión, pero me dijo apenas salimos:—«Me ha enbromado el General, y no me he atrevido á excusarme por que no me fusilara, porque no me quiere nada bien. —Yo estaba esperando que me firmara mi pasaporte para pasar á Montevideo cuando Vd. llegó, y ni espada tengo, ni me he atrevido á pedírsela».

Nos embarcamos en seguida y le hice una entrega cual no se me había hecho á mí, pero antes de marcharme el señor don Pedro Gascoyne que se hallaba en la isla, me había hecho mil generosos ofrecimientos luego que supo lo que me pasaba, tanto de dinero como de cualesquier otra cosa que pudiera necesitar, y le había yo dado las más expresivas gracias á este distinguido patriota francés por la generosidad de los sentimientos.

Luego que hice la entrega del punto al coronel Hornos, pasé á ver al señor coronel Baez y le aconsejé que

á toda costa procurase hacerse conducir á Montevideo porque quedaban allí expuestos á ser sacrificados, y me marché para la isla.

Yo procuré hablar con algunos amigos de entre los jefez y oficiales que estaban al lado del General, manifestándole mi pesar porque el General se dirigiera á Mercedes en lugar de al Salto. Puesto el General en este punto, les decía, con toda su artillería y los diez batallones que tiene, se montaría allí perfectamente con toda su escolta y repararía con facilidad la falta que se ha cometido saliendo en busca del general don Servando Gomez y de los que han pasado de Entre-Ríos; que no podría ser sitiado y mucho más cuando puede mandar una orden al coronel Baez para que regrese sobre el Salto con toda la caballería. Yo, al menos, así lo haría siendo el jefe, y cuando menos mandaría los cañones que hemos tomado al enemigo, al coronel Blanco, y le mandaría también algunos jefes y oficiales, porque de lo contrario vamos á perder dicho punto y el de Paysandú con todos los heridos.

Me dolía realmente el ver á un jefe que gozaba de un elevado prestigio en este país, perder la mejor oportunidad de salvarlo con tan excelente pié de ejército, y habría dado un brazo por ayudarlo.

Se me había olvidado decir que antes de darme el General el pasaporte, lo que le había yo dicho en presencia de los coroneles Pozolo y Hornos, cuando me dijo que diría que tuve yo miedo:—«General, con más gusto hiré ahora mismo con 50 hombres á caballo á perseguir al General enemigo que quedarme en Paysandú encerrado con 500 infantes»;—y habiéndome contestado el General que eso era fácil de boca, le repuse:—«¡Si el señor General me conociera no lo diría, pues que no acostumbro ofrecer en lo que no puedo ejecutar!—Haga sino la prueba y deme ahora mismo cincuenta hombres de caballería y me verá acuchillar con ellos á esos miserables ó morir en la demanda!»

Aquí concluye la última campaña, agregando sola-

mente que al anochecer, cuando yo había quedado botado en la isla porque no pensé que el General se marchara sin ofrecerme pasar á bordo de uno de los buques que ocupaba, apareció el distinguido ciudadano Gascoyne en un bote á buscarme, y me vine con él hasta Montevideo, pero cuando llegamos á los Vascos ya habíamos perdido aquel punto por haberle dejado inseguro.

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID.

Fortaleza del Cerro, noviembre 7 de 1850.

El general La Madrid asistió posteriormente á la batalla de *Caseros* y falleció en Buenos Aires el 5 de enero de 1857.

APENDICE

Los documentos que siguen, son inéditos y pertenecían al archivo histórico del general Gerónimo Espejo—hoy en poder de la persona que ha dirigido la publicación de estas Memorias.

Relación de los señores Jefes y Oficiales que murieron en el campo de batalla de la Ciudadela de Tucumán el 4 de noviembre de 1831, según las noticias más verídicas que nos han comunicado diferentes personas que han llegado emigradas de Tucumán.

CLASES	CUERPO	NOMBRES		PÁTRIA
Coronel	de Artillería..	Don Juan Arengrein....	1	Alemán
Teniente Coronel....	» Caballería.	» José María Villanueva	1	Mendocino
Sargento Mayor.....	» »	» Juan Blas Flores...	1	Tucumano
Sarg. Mayor graduado	» Infantería .	» Eufracio Ravelo....	1	Porteño
Capitán.....	» Artillería..	» Francisco Barrera...	1	Mendocino
»	» Caballería .	» Antonio Luna.....	1	Santiagueño
Subteniente.....	» Infantería .	» Pedro Patiño.....	1	Mendocino
Comisario de Guerra.		» Francisco Posse....	1	Tucumano
Capellán.....	Presbitero....	» Francisco Tejerina..	1	»
»	»	» Joaquin Panellon...	1	»
		Total....	10	

G. ESPEJO.

Chuquizaca, junio 17 de 1831.

Nota—El teniente coronel don José María Villanueva, es persona de antecedentes históricos dignos de ser conocidos por sus compatriotas. Pertenecía á una de las familias distinguidas de la ciudad de Mendoza, y una de las adictas á la causa de la independencia americana desde la revolución de 1810. Siendo jóven quizá de 18 ó 19 años, su padre el señor don Gregorio Villanueva, lo presentó al general San Martín, que era el gober-

nador intendente de la Provincia, ofreciéndolo al servicio militar, en circunstancias que empezaba á organizarse el ejército de los Andes en 1815, á virtud de que en octubre de 1814 Chile había vuelto á caer bajo la despótica dominación de los españoles. El General aceptó el ofrecimiento, y mandó darlo de alta en clase de soldado distinguido en su predilecto regimiento de «Granaderos á caballo» de que era Coronel. A los pocos meses lo propuso para Alferez de uno de los escuadrones, y el director Pueyrredon le expidió el despacho de tal, despacho que en ese entonces tuve ocasión de ver por mis ojos. En enero de 1817 el ejército de los Andes emprendió la campaña de la restauración de Chile, y Villanueva marchó con su Regimiento y tuvo la gloria de hallarse en la memorable batalla de *Chacabuco* el 12 de febrero de 1817. En esta batalla recibió una grave herida en la mano derecha, que lo puso á riesgo de que le amputaran el brazo. El general San Martín le concedió licencia para que pasase de Chile á Mendoza á curarse en el seno de su familia, recomendándolo al general Luzuriaga que quedó de gobernador intendente de la Provincia. Continuó la gravedad de la herida por más de tres años, y por esta causa no pudo incorporarse al regimiento de «Granaderos» para concurrir á la batalla de *Maipú*, el 5 de abril de 1818, ni menos tomar parte en la expedición libertadora del Perú, que el ejército de los Andes unido al de Chile emprendió en agosto de 1820. Quedó, pués, en Mendoza, y en el transcurso de los años logró la curación de su herida y restablecer la acción de su brazo. Desde el año 1820 y siguientes que la anarquía desunió y trastornó el orden en las Provincias argentinas, Villanueva permaneció en Mendoza extraño á los partidos de Unitarios y Federales que estaban en conflagración: mas restablecido de su herida, se adhirió al partido Unitario y tomó parte en la revolución que don Juan Agustín Moyano capitaneó en agosto de 1829, contra la administración dospótica de don Juan Corvalán y los tres hermanos Aldaos, época en que las pasiones llegaron á su más alto grado de exaltación. Se halló Villanueva en consecuencia en el sangriento combate del Pilar el 21 de septiembre del mismo año 1829, en que siendo destruída la división Unitaria por una traición, logró escapar del campo de la matanza y oculturse en una casa de la ciudad. El jefe vencedor Fray José Félix Aldao dominado de su furor sanguinario, puso el más exquisito empeño en capturar á los jefes del partido contrario, para vengar con su sangre la muerte de su hermano Francisco Aldao

que había muerto en el acto del combate. Más el desgraciado Villanueva fué descubierto en su escondite por los esbirros le Aldao, y el fraile ordenó que en esa misma noche fuese degollado. Los asesinos llevaron á Villanueva al patio de la Maestranza, cuyo establecimiento ocupaba el claustro del Convento de Santo Domingo, que queda en la esquina nordeste de la manzana, y allí lo degollaron y dejaron tendido por muerto. Pero el reloj del destino, no había señalado todavía la postrimera hora de este mártir. No lo habían degollado por completo, por que el corbatín que tenía puesto, y en especial la hebilla, impidió que el puñal dividiese por entero el cuello. En este estado volvió en sí, quizá con el frío de la madrugada recobró el uso de sus sentidos y se puso á pensar qué partido podía tomar. Estaba sentado ocupado de estas cavilaciones, cuando sintió un ruído de sables y las voces de varios hombres que se dirigían hácia donde él estaba, que supuso sería alguna partida que venía en busca del cadaver para llevarlo á sepultar ó botarlo al campo como habían hechos con otros. Me decía que en ese conflicto no encontró otro recurso que meterse en una acequia de agua que pasaba por el patio, haciendo los últimos esfuerzos que hace el que quiere salvar la vida, y arrastrándose por dentro del agua pasó al otro claustro del Convento de Santo Domingo. Que conociendo él las celdas de todos los Padres, se dirigió á la de Fr. Fermin Nieto, quien instruído en pocas palabras de su situación, se resolvió á prestarle amparo. Que lo llevó á la sacristía donde había una gran caja en que se guardaban velas de cera de la Iglesia, las sacó, lo hizo tender en el fondo y extendiéndole encima las velas, quedó el cuerpo bién cubierto, pudiendo respirar por los extremos. Que como una hora despúes, no encontrando la partida el cadáver en el patio de la Maestranza, el oficial sospechó que quizá se hubiese pasado al convento, y en el acto pasó á hacer su registro. Que el padre Nieto le dijo después, que él en persona había acompañado al oficial á hacer una prolija requisa en la iglesia, en los altares, en las celdas y en cuanto rincón se creía verosimil la ocultación, pero no encontrando ni vestigios, el oficial salió á dar cuenta de aquel caso extraordinario. Que en todo ese día no ocurrió novedad, pero en cuanto llegó la noche, el Padre Nieto sacó á Villanueva del convento disfrazado con un hábito de fraile, y lo pasó á casa de su hermano don Félix: que de allí lo trasladaron á otra y á otras partes, hasta que por fin consiguieron ocultarlo en un sótano,

donde curó su herida y permaneció cerca de siete meses, hasta que llegando el general Videla Castillo, á fines de abril de 1830, con una división del ejército del general Paz, salió al aire libre á convalecer. Se incorporó al ejército en Córdoba, y se encontró en las operaciones sobre el Tío, Calchines, etc., etc. A virtud de haber caído prisionero el general Paz el 10 de mayo de 1831, el mando del ejército recayó en el general La Madrid por su antigüedad, quien adandonó la provincia de Córdoba y se retiró á Tucumán. El general Quiroga que con la mayor actividad había engrosado su fuerza en las provincias de Mendoza y de San Juan, se lanzó á marchas forzadas sobre el norte á batir á La Madrid. Entonces tuvo lugar la «Batalla de la Ciudadela de Tucumán» el 14 de noviembre de 1831, y en ella quedó muerto en el campo de batalla, Villanueva que ya era Teniente Coronel de Caballería. Este hecho fué como sigue: Formadas ambas líneas en el llano que hay al sud de la ciudadela, el general La Madrid ordenó que nuestra ala derecha de caballería diese una carga á la izquierda de Quiroga: el escuadrón que mandaba Villanueva, formaba en primera línea, y al romper el movimiento de carga se colocó á cuatro ó seis pasos á vanguardia del escuadrón, dominado quizá por un temerario arrojo, ó por dar ejemplo de valor á su tropa, ó por llevarse en fin el lauro de ser el primero que clavase su lanza en el corazón del enemigo, y vengar el asesinato cometido en su persona despúes del Pilar. Sea cual sea la razón de este funesto arrojo, sus soldados lejos de secundar su intrepidéz y valentía, volvieron caras, envolvieron á los escuadrones que por escalones seguían el movimiento, y aprovechándose el enemigo de tan gran ventaja, lo cargaron con ímpetu, lo alcanzaron por él ser el último de la fila, lo voltearon del caballo, y tendido en el suelo lo acabaron á lanzasos. Así rindió su vida el teniente coronel Villanueva, sosteniendo la libertad y los principios de la República Argentina. Me consta esta última parte por que pasó á mi vista, á corta distancia de donde yo me hallaba como Jefe del Estado Mayor de ese ejército. Y me constan oficialmente tambien los pormenores que he narrado después del combate del Pilar, por que yo fuí nombrado por el Gobierno de Mendoza, Juez Fiscal de la causa criminal que se siguió al fraile Aldao por disposición de la Sala de Representantes, y todo ello se esclareció circunstanciadamente en el curso del proceso.

G. Espejo.

Fecha ut supra.

Relación nominal de los señores Jefes y Oficiales del Ejército Nacional, que tomados prisioneros en el Campo de Batalla de la ciudadela de Tucumán el 4 de noviembre de 1831, los mandó fusilar en seguida el general Quiroga.

CLASES	CUERPOS	NOMBRES		PATRIA
		PRISIONEROS FUSILADOS		
Coronel.....	Jefe del Batallón 5°	Don Isidoro Larraya...	1	Oriental
„ graduado, Teniente Coronel	del Batallón 5°	„ José María Aparicio	1	Cordobes
„ graduado, Sargento Mayor..	„ „ 5°	„ León Ares.....	1	Español
Teniente Coronel...	„ „ 2°	„ Lorenzo Merlo....	1	Porteño
„ „ ...	de Infantería .	„ Pedro Nolasco Ibiri	1	Tucumano
Sargento Mayor....	„ „ .	„ Ramón Echenique.	1	Cordobes
„ „ graduado Capitán	del Batallón 2°	„ Andrés Galán.....	1	Porteño
Capitán.....	de Artillería..	„ Anatole de Chatenoy	1	Frances
„	del Batallón 2°	„ Manuel Romero ..	1	Porteño
„ agregado.....	„ „ 5°	„ Francisco Pedrosa.	1	Sanjuanino
„ graduado, Ayudante Mayor..	„ „ 2°	„ José Romero.....	1	Porteño
„ graduado, Teniente 1°.....	„ „ 2°	„ Gregorio Pila.....	1	„
Teniente	de Artillería..	„ Pedro José Marquez	1	Español
„	del Batallón 2°	„ Santiago Heredia..	1	Mendocino (1)

(1) El teniente don Santiago Heredia, siendo Sargento del Batallón del Orden en Mendoza, cuando la acción del Pilar en setiembre de 1829, fué hecho prisionero y mandado fusilar al otro día por el fraile Aldao, entre 37 Sargentos y Cabos que mandó ejecutar en venganza de la muerte de su hermano Francisco. Pero Heredia tuvo la fortuna de que los balazos que le pegaron no le quitaron la vida, sino que, uno que le dió en el frente le pasó de refilón, otro en la mandíbula izquierda y otro en el carrillo derecho, le ensangrentaron la cara y apenas lo aturdieron quedando tendido en el potrero en que fueron ejecutados.— Mas el sacerdote que los auxiliaba en ese trance, el Padre Fray José María Guevara de la Merced, después que se retiró la tropa que los ejecutó, observó que Heredia hacía algunos movimientos de vitalidad, se acercó á él con disimulo, por si alguien lo observaba de las paredes del potrero, y cerciorado del hecho por haberle hablado, le encargó que se estuviese quieto, haciéndose el muerto; ofreciéndole que en cuanto obscureciera, él lo salvaría,

CLASES	CUERPOS			NOMBRES		PATRIA
				PRISIONEROS FUSILADOS		
Teniente.....	„	„	5° „	Pedro Valdés.....	1	Salteño
„	„	„	5° „	Sixto Acosta	1	Porteño
„	„	„	5° „	José María Cobian	1	„
„	„	„	5° „	Pedro Arratia.....	1	Boliviano
„	„	„	2° „	José Cordero	1	Porteño
„	„	„	2° „	Santiago Pedrosa..	1	Sanjuanino
„	de	Corazeros de los Andes	„	Juan Antonio Pelliza	1	Mendozino
Alferez	de	Artillería..	„	Hilario Conesa ...	1	Porteño Herido en la batalla
„	„	„	.. „	Claudio Rosas....	1	Cordobés
Subteniente.....	del	Balallón	2° „	José Bustos	1	„
„	„	„	2° „	Manuel Alvarez...	1	Porteño
„	„	„	2° „	Pedro Salas	1	Mendocino Escapado en el Pilar
„	„	„	2° „	José Vasquez.....	1	Porteño
„	„	„	2° „	Juan José Criado .	1	„
„	„	„	5° „	Felipe Alvarez....	1	Sanjuanino
„	„	„	5° „	Antonio Ianez....	1	„
„	„	„	5° „	Domingo Vasquez.	1	Porteño
„	„	„	5° „	Faustino Valdivia.	1	Chileno
„	„	„	5° „	Santiago Luna....	1	Santiagueño
				Total.....	33	

escondiéndolo en una casa vecina.—Que el Padre se quedó aparentando que rezaba en su brevario y que estaba echando responsos á todos los cadáveres. — Que en cuanto llegó la oración y obscureció, lo hizo pararse á saltar la tápia de una huerta y lo llevo á la casa de una muger sola que conocia el Padre, á quien la recomendó, encareciéndole aquella obra de caridad. — Que la muger le lavó las heridas con aguardiente y le vendó como pudo, y en alta noche la llevó hácia la falda del cerro y lo acomodó en una cueva rodeada de jarilla y muchos matorrales que ella conocía de antes, y allí lo dejó con un cantarito de agua y un poco de pan.—Que esta caritativa mujer, que había perdido también á su marido en la acción del Pilar, tuvo la devoción de ir todas las noches á curarlo y llevarle los víveres que podía; lo cuidó con el cariño de una madre, hasta los tres meses, que sus heridas ya estaban buenas y tenía fuerzas para trabajar.—Que de allí se fué á las chacras de Caria y otros puntos lejanos, donde se conservó escondido y trabajando, hasta que llegó la división de Córdoba al mando del general Videla Castillo, á quien se presentó y fué hecho oficial del Batallón de Cazadores de la Libertad que organizó Barcala.

Esta relación es auténtica, y me consta, porque es el extracto de la declaración que dió en la causa que yo como Juez Fiscal, seguí en Mendoza al Fraile Aldao por orden del Gobierno.

CLASES	CUERPOS	NOMBRES	PATRIA
		PRISIONEROS SALVADOS	
Coronel.....	de Infantería .	Don Lorenzo Barcala.. 1	Mendocino (1)
Capitán graduado, Teniente	„ Voluntarios „	Pedro Morat 1	Porteño (2)

(1) El coronel don Lorenzo Barcala, fué salvado del patíbulo por el mismo general Quiroga, á virtud, según supimos, de una recomendación que le había hecho una matrona de Mendoza, doña Manuela Corvalán de Segura, á quien Quiroga estimaba y respetaba en alto grado, por servicios que le había prestado.—Siendo de advertir, que no solo supimos que le había salvado la vida, sino que lo dió á reconocer en su ejército como uno de sus edecanes.

(2) El teniente con grado de capitán, don Pedro Morat, del regimiento de Voluntarios de La Madrid, cayó prisionero también en la batalla de la Ciudadela, pero su salvación la debió á un caso extraordinario. Morat, había tomado prisionero á un soldado riojano en la batalla de *Oncativo*, le facilitó el escape y que se fuese á su Provincia al seno de su familia.—Pues este soldado, por casualidad, era uno de los de la escolta que llevaba prisioneros á los jefes y oficiales nuestros que se depositaron en el convento de San Francisco, y conociendo en la marcha á Morat su libertador, se le acercó con disimulo y le dijo en secreto:—«No tenga Vd. cuidado, que esta noche voy á proporcionarle la fuga cuando entre de centinela». En efecto, Morat estuvo á la mira de esta oración, y por el punto donde le tocó al soldado hacer la centinela, le dió escape.—Morat se ocultó en esos días, y por entre los bosques de la falda de la sierra, logró marcharse á Salta, en donde se presentó al General y al Estado Mayor haciendo esta relación, y debido á la gratitud magnánima de aquel soldado, salvó la vida.

G. ESPEJO.

Chuquisaca, 20 de junio de 1881.

Diario de las marchas del Ejército Nacional en su retirada de Córdoba á Tucumán el año de 1831, después que cayó prisionero el general José Maria Paz.

MAYO 1831.

Dia 1º. Por la tarde salió de la ciudad el Gral. Paz á ponerse á la cabeza del ejército que se hallaba en campaña, sobre la frontera del Tio, que siendo Gobernador y Capitan Gral. propietario de la Provincia, dejó el mando dejando en calidad de Delegado al Gral. D. Gregorio Araoz de la Madrid.

» 10 En la noche de este dia fué sorprendida la ciudad de Córdoba con la inesperada noticia de que el Gral. Paz, por casualidad, habia sido tomado prisionero, por una montonera de Santa fé.

» 11 El Gobernador Delegado La Madrid convocó en el acto la Sala de Representantes, dándole cuenta de oficio de la prision del General Paz gobernador propietario, y que en esta virtud era indispensable elegir la persona que debiera reemplazarlo. Resultó electo el Sr. Dr. D. Mariano Fragueiro, que en el acto se recibió del cargo, y el general La Madrid marchó á la campaña á recibirse del mando del ejército, que le correspondía con arreglo á ordenanza por su antigüedad.

» 23 Habiendose retirado el ejército de la frontera del Tio dejando de observacion al coronel D. Polonio Ramayo con el Regimiento de su mando, llegó á inmediaciones de la ciudad y acampó en la Chacarita, que dista una legua al nord-este.

» 24 El General La Madrid me dirigió una carta como á Ministro de Guerra, puesto en que el Gral. Paz, me había dejado el dia primero á su salida, en la cual me decía, que por parte que el Coronel Ramayo le había dirigido á la nueve de la mañana, sabía, que los diputados que el General Paz había despachado ante el Gral. Lopez gobernador de Santa Fé, se avistaban en su carruaje, y que, considerando no admitida la negociación propuesta, las fuerzas santafecinas se moverían tras ellos. Que por

este motivo y sospechando un ataque encubierto, pedía que se recolectaran cien caballos pesebreros de la ciudad y se le remitieron al ejército para ponerse en guardia en todo evento.

Dia 25 Á las seis de la tarde llegó á la ciudad el Coronel D. Segundo Roca con un escuadrón del Regimiento de Lanceros de Tucumán de su mando, al que dejándolo acampado en la ribera norte del río, vino con solo un Ayudante y un ordenanza á presentarme una carta del Gral. La Madrid que original la acompaño. En ella, como se ve, me comunica el pensamiento de retirarse con el ejército al norte, para desbaratar, dice, el ataque combinado que se descubre en las movimientos de las tropas de Ybarra por el norte, de Reynafé por el naciente, y de Quiroga y la Rioja por el poniente. El coronel Roca me comunicó verbalmente la orden que traía del mismo General, para conducir al campamento del ejército la persona del general Aldao que se hallaba prisionero de guerra desde la batalla de *Oncativo*, que por seguridad se le tenía en un cuarto de los altos de la Casa de Cabildo. En la misma noche fué conducido el prisionero en un carruaje al campamento del ejército, escoltado por el por el escuadrón que trajo el coronel Roca, y vigilada su persona por el capitan don Carlos Maria Pizarro y el teniente D. Santiago Heredia, oficiales ambos que habian sido perseguidos de muerte por el fraile en Mendoza, después del desastre del *Pilar* en septiembre de 1829.

» 26 El Gral. D. José Videla Castillo que seguia en cama muy enfermo de un fuerte reumatismo muscular, fué preciso sacarlo en una galera por que de otro modo era imposible moverlo. Yo elevé al Gobernador Fragueiro mi renuncia del cargo de Ministro de la Guerra, y por las circunstancias extraordinarias que atravesabamos me fué admitida en el acto. Por fin salimos este dia de Córdoba, reunidos, el señor Presbitero Dr. D. José Maria Bedoya, sus hermanos Dr. D. Elias, D. José Maria y D. Manuel; D. Pedro Juan Gonzalez, que era Jefe de Policia, D. José Ma. Martinez y no recuerdo que otras personas de las mas comprometidas en la política militante. Marchamos todo el dia y al ponerse el sol nos incorporamos al ejército en la hacienda de Caroya. Yo

me presenté en el acto al Gral. Madrid, que me dió á reconocer en la Orden general por Jefe del estado Mayor del Ejército. Á la oracion se presentaron en mi alojamiento los coroneles, D. Francisco Borja Moyano jefe del del Batallon N. 2 de Cazadores, D. José Félix Correa de Sáa jefe del Regimiento de Coraceros de los Andes, D. Juan Arengrein jefe del Escuadrón de Artilleria, quienes me expusieron, que no estaban conformes con la retirada del ejército de Córdoba, y su objeto era consultar el plan de deponer del mando al Gral. La Madrid y dárselo al Gral. Videla Castillo. Como el asunto era de tanta gravedad, les propuse que pasáramos á la habitación del Gral. Videla á consultarlo. El Gral. luego que se impuso del asunto, se opuso con toda energía, lo rechazo como impropio de la situación en que nos hallabamos, y muy en particular, por que anarquizaria mas el país, y lo que era peor, desmoralizaria el ejército mas de lo que estaba, sería segura su disolución, y en consecuencia todo se perderia y nosotros mismos seríamos envueltos en la ruina. Todos se convencieron de tan poderosas razones, desistieron de su pensamiento y se retiraron. Todo quedó en secreto.

Dia 27 Luego que asomó el sol de este dia, el ejército siguió su marcha retrógrada hácia la provincia de Tucumán, y por la tarde campamos en Sincasate.

» 31 Llegó el ejército á la pequeña aldea de San Francisco, que está inmediata á la travesía de Ambargasta. Recuerdo con satisfaccion, que en todas las jornadas que habiamos hecho hasta aqui, muy escasa había sido la deserción de los cuerpos de línea. En San Francisco se tomaron de las tiendas y pulperias, doce barriles de carga para conducir el agua que no tenían algunos de la travesía, y se ordenó que la tropa proveyese sus caramañolas con el mismo fin. Se combinó el orden de las marchas según por menor se detalla en los tres pliegos adjuntos, que por casualidad salvé entonces en la gorra que llevaba puesta, y después he procurado conservar como un recuerdo de esa triste época. En este dia se presentaron á alguna distancia por la parte del naciente, unas pequeñas partidas de montoneros santiagueños como á observarnos.

Mes de Junio

Dia 1º Se movió el ejército hácia el paraje de Las Piedritas, dos leguae al norte de San Francisco, á virtud de haberse presentado á atacarnos una columna santiagueña como de 800 á mil hombres. Se destacó una fuerza de nuestro ejército al mando del coronel D. Mariano Acha, compuesta de un escuadrón Catamarqueño que mandaba Acha, un escuadron de Lanceros de Tucuman mandado por el coronel Roca, otro Escuadron de Coraceros de la guardia mandado por el Comandante D. Wenceslao Paunero, una Compañia de infanteria mandada por el Capitan Fernandez del Batallon N. 2 de Cazadores. Se trabó un fuerte tiroteo de parte á parte, pero dándoles una carga los coronel Acha y Roca con los Catamarqueños y Tucumanos, fueron derrotados los Santiagueños y puestos en precipitada fuga. Se les persiguió por un corto trecho, pero viendo Acha que iban en completa dispersion, se replegó al ejército con la fuerza.

» 2 Por la mañana marchó el ejército de Las Piedritas al puesto de La Majadilla. En este punto se puso en libertad á D. Vicente Reinafé por empeño mío, á condición de que fuese á Córdoba á protejer la persona y la vida de mi hermano D. Valentin Espejo, que por enfermo quedó oculto en el covento de San Francisco bajo la protección de Fray Francisco Caravaca.

» 3 De la Majadilla marchamos á la Loma Blanca que dista dos leguas.

» 4 De la Loma blanca marchó el Ejército del primer bordo de la Travesía que dista seis leguas.

» 5 De este punto marchamos ocho leguas largas que dicen que hay al segundo bordo.

» 6 De este segundo bordo marchamos cinco leguas hasta el Pozo de San Bernardo, donde realmenee hay un gran pozo de agua potable, que se conserva muy fresca por que está entro un espeso bosque de algarrobos y chañares.

» 7 Del pozo de San Bernardo marchamos cinco leguas al Puesto de Tula.

» 8 De este punto marchamos cinco leguas al Puesto de Quirós.

Dia 9 De aqui marchamos al rio de Albigasta, que además de la rica agua que contiene, ambas riberas forman una hermosa vega cubierta de abundantes pastos y gramilla. que nos pareció mas deliciosa cuando dejabamos atrás los secadales salitrosos de la Travesía de Ambargasta.

CÓPIA

El General del 2° Cuerpo del Ejército.

Rio Hondo, octubre 20 de 1831.
Á las once de la mañana.

Después de fuertes guerrillas desde el amanecer, ha sido derrotado completamente el enemigo en este punto en el número de mil y quinientos hombres, al mando de su caudillo Don Felipe Ibarra, á las diez de este dia, dejando en el campo un número crecido de muertos, heridos y armamento de todas clases. Tan luego como se tome una razon exacta y se desocupe el infrascripto, dará un detalle circunstanciado de todo.

Al poner en conocimiento del Señor Ministro de Gobierno para que eleve al de S. E. el Señor Gobernador este acontecimiento, le recomienda la habilidad y tino con que se ha distinguido el Señor General Pedernera y la bravura de todos los Jefes que componen esta División, muy particularmente los de línea, y de consiguiente Oficiales y tropa.

Dios guarde á V. muchos años.

(Firmado) Xavier Lopez.

Señor Ministro de Gobierno de la Provincia.

CÓPIA

Estado Mayor del 2° Cuerpo del Ejército.

Monteros, octubre 31 de 1831.
Á la diez de la mañana.

En este momento acaba de presentarse el Teniente Rapela de Coraceros de Guardia, que viene conduciendo ocho heridos en el combate de Miraflores, y dice —« Que salió el 29 de Amadores con la citada comisión, en cuyo punto dejaba al señor General La Madrid con el primer Cuerpo del Ejército—Que allí oyó decir que el enemigo ya había tomado la ciudad de Catamarca, pero que cuando él se ponia en marcha de Huacra para acá, dice que vió la fuerza que bajaba la cuesta de Paclin á este lado—Que el señor Gobernador Diaz viene en la división—Que el Coronel Herrera, de milicias, que estaba de vanguardia en Capayan, avisó que no podía descubrir la fuerza enemiga, pero que por los polvos calculaba que, fuese como de mil y quinientos hombres; pero que esto fué cuando el enemigo asomó á la Provincia».

Todo lo cual pongo en noticia de V. S. para su gobierno.

Dios guarde á V S. muchos años.

(Firmado) Gerónimo Espejo

Señor General del 2º Cuerpo del Ejército D. Xavier Lopez.

Cálculo de la fuerza presentada por los Ejércitos contendores, en la «Batalla de la ciudadela de Tucuman», el 4 noviembre 1831.

EJÉRCITO DEL GENERAL LA MADRID.

		Plazas
Escuadrón de Artillería,	Coronel Arengrein con 10 piezas.	130
Batallón nº 2 de Infantería,	Comandante Aparicio.....	350
» » 5 » »	Coronel Larraya.....	420
Regim. » 2 » Coraceros,	Coronel Balmaceda.....	320
» Lanceros de	Tucumán.....	250
» Milicia de	»	250
División Catamarca,	Coronel Acha.....	230
	Total.....	1,950

EJÉRCITO DEL GENERAL QUIROGA.

Regim. nº 1º de Auxiliares de los Andes,	5 escuadrones.	600
» » 2 » » » »	4 » .	500
Escuadron de la Escolta.....	1 » .	120
Batallon Defensores de la Libertad.....		450
	Total.....	1,670

Quiaca, Diciembre 18 de 1831

El General que firma se dirige al señor Coronel Comandante General de la Frontera Sud de la República Boliviana, anunciándole, que el dia de mañana deben pisar el territorio de esta, los señores Generales, Jefes y Oficiales que se registran en la relación que tiene el honor de adjuntar.

Con este motivo el General infrascripto aprovecha la oportunidad de saludar al señor Coronel Comandante General á quien se dirige, con su mas distinguida consideración y aprecio.

(Firmado) JOSÉ VIDELA

Al señor Coronel Comandante General de la Frontera Sud de la República Boliviana, D. Pedro Raya.

Relación de los señores Generales, Jefes, Oficiales y tropa que marchan á Mojos

Coronel Mayor	D.	Javier Lopez.
Id. Id	»	José Videla.
Coronel graduado	»	José Felix Correa.
Id. Id.	»	Gerónimo Espejo.
Sargento Mayor	»	Juan Bautista Chenaut.
Id. Id.	»	Juan Antonio Yólis.
Id. Id. graduado Capitan	»	Carlos Godoy.
Id. Id. Id. Id	»	Lorenzo Garcés.
Capitán	»	Francisco Pedroso.
Id. graduado Ayudte. Mayor	»	Juan Pedro Correa.
Teniente 1º	»	Simón Peña.
Id. graduado Subteniente	»	José María Zuleta.
Alferez	»	Tomás Ricarde.
Subteniente	»	Dionisio Ybarra.
Cirujano	»	Carlos Tompson.

Tropa — 1—Sargento.
1—Cabo.
2—Soldados.

José Videla.

Quiaca, Diciembre 18 de 1831.

Lista de los Señores Generales, Jefes, Oficiales y tropa que de la República Argentina se hallan en este territorio en la fecha.

Bolivia, Mojos, Diciembre 27 de 1831.

General	Gregorio Araoz de la Madrid	Tupiza
»	Roman Ant. Deheza	Ocloca
»	José Videla	P.
»	Javier Lopez	P.
»	Juan E. Pedernera	P.
Coronel	Mariano de Acha	Tupiza
»	Manuel Ferreira	P.

Coronel	Hilarión Plaza	Sasnasti
»	Santiago Albarracin	P.
»	Fermin de la Quintana	Sococho
»	Manuel Puch	P.
»	Miguel Diaz de la Peña	Ocloca
»	Luis Castro	Sasnasti
Coronel Graduado	Francisco Borja Moyano	P.
» »	José Félix Correa	P.
» »	Gerónimo Espejo	P.
» »	Juan Balmaceda	P.
» »	Manuel Castro	P.
Teniente Coronel	Wenceslao Paunero	Sinti
» »	Anselmo Rojo	»
» »	Diego Wilde Chuquisaca con el sr. Med.	
Tnt. Coronel Grado.	Cayetano Cortina	P.
» » »	Ramon Ferrer	Tupíza
» » »	Angel Dacal	P.
» » »	Ramon Domine	Moraja
Sargento Mayor	J. Bautista Chenaut	P.
» »	Manuel Plaza	Sasnasti
» »	Manuel Ortiz	P.
Sargt. Mayor Grado.	Raimundo Lafuente	P.
» » »	Cárlos Paz	P.
» » »	Rafael Fernandez	P.
» » »	Domingo Diaz Velez	Tupíza
» » »	Celestino Balmaceda	Moraya
» » »	Manuel Lopez Camelo	Tupiza
» » »	Ignacio Irigoyen	»
» » »	Carlo Godoy	P.
» » »	Lorenzo Garcés	P.
» » »	Cecilio Vallejo	P.
» » »	Rufino Suarez	P.
» » »	Esteban Iriarte	P.
Capitán	Cármen Garcia	Tupíza
»	Maximo Reaño	Moraya
»	Felipe Calderon	P.
»	Toribio Padrón	Tupíza
»	Francisco Pedroso	P.
Capitan Graduado	Domingo Arrieta	Sasnasti
» »	Juan Pedro Correa	P.
» »	Estanislao Rivera	P.

Capitán graduado	Manuel Hameres	P.
Ayudante	Juan Agustin Moyano	Moraya
»	Benito Troncoso	»
Teniente 1º	Pedro Cano	Tupiza
»	Francisco Marchan	P.
»	Ramon Ramos	P.
»	Pedro Moret	Moraya
»	Juan José Maitual	»
»	José Casanova	P.
»	Francisco Rapela	P.
»	Simon de la Peña	P.
»	Saturnino Navarro	Moraya
»	Isidoro Albarracin	P.
»	Luis Leye	P.
»	Miguel Quenon	Tupiza
»	Wenceslao Moyano	Ocloca
»	Soriano Moro	Moraya
Teniente 2º	Ignacio Coria	P.
»	José Fraucisco Ortiz	P.
»	José Moncada	P.
»	Pio Valdes	P.
»	Eufracio Romero	P.
»	Andrés Fernandez	P.
»	Juan Navarro	Tupiza
»	Félix Bustamante	P.
»	Juan Pablo Albarracin	P.
»	Pablo Solis	P.
»	José Maria Suleta	P.
Alferez	Tomás Almonte	P.
»	Damian Sarmiento	P.
»	José Peralta	P.
»	Justo Lucero	P.
»	Pedro Pablo Tello	Moraya
»	Norberto Farfan	P.
»	Diego Rapela	Moraya
»	Francisco Pintos	P.
»	Victor Toloada	P.
»	Silverio Anzoategui	Moraya
»	Plácido Martinez	Tupiza
»	Claudio Tula	»
»	Bernardino Piñate	»

Alferez	José de la Cruz Moyano	P.
»	Cornelio Moyano	P.
»	Tomás Recalde	P.
»	Dionisio Ybarra	P.

GEFES Y OFICIALES DE MILICIAS

Coronel	Nicólas Torres	Tupíza
»	Francisco Torres	P.
»	Manuel Salas	P.
»	Ildefonso Oviede	P.
Teniente Coronel	Juan Bautista Torres	P.
» »	Manuel Torres	Tupíza
» »	Bernardino Sanchez	»
» »	Manuel Pesado	Talina
» »	Domingo Gerez	P.
» »	Tavier Angulo	Moraya
» »	Sebastian de la Mella	P.
Sargento Mayor	Juan Antonio Yolis	P.
» »	Gerónimo Torres	Tupíza
Capitanes	Julian Córdoba	»
»	Francisco Azcuénega	Talina
»	Feliciano Peneyro	Solococha
Ayudante	Damaso Bayestero	P.
Teniente	José Santos Olmedo	Tupíza
»	Rafael Albarracin	»
»	Florentino Cortes	P.
»	Juan Sanchez	P.
»	Fernando Sanchez	P.
Alferez	Eusebio Barrientos	Moraya
»	Dionisio Muro	»

(Siguen 39 individuos de tropa).

RESUMEN

Generales.....	5
Gefes.....	36
Oficiales.....	72
Tropa.....	30

Firmado — J. VIDELA

Mojos, diciembre 27 de 1831.

Complemento á la lista de Gefes, Oficiales y Tropa:

Sargento	Francisco Salas	Tupiza
»	Mariano Gomes	P.
»	José Francisco Ludueña	Tupíza
»	Francisco Ferreyra	»
»	Francisco Bentancur	P.
»	José Gutierrez	P.
»	Wenceslao Avila	P.
Sar. col Grado de Alf.	José Toledo	Cinti
Cabo	Serafin Cortéz	P.
»	Francisco Fúnes	P.
»	Antonio Miranda	P.
»	Rosario Barrionuevo	P.
Soldado	José de la Paz Larate	P.
»	Carlos Cuello	P.
»	Francisco Molina	P.
»	Donato Rodriguez	P.
»	Bernardino Olmedo	P.
»	José B. Molina	P.
»	Benito Martinez	Tupiza
»	Roumaldo Gallardo	P.
»	Dionisio Vallejo	P.
»	Plácido Jorchera	P.
»	Felix Olmedo	P.
»	Wenceslao Gomez	P.
»	José Marin	P.
»	Pedro Monicio	P.
»	Nicolas Correa	P.
»	Rufino Rojas	P.
»	Manuel Basualdo	Cinti
»	Cecilio Dias	»
»	Tolentino Romero	P.
»	Santiago Ortiz	P.
»	Cruz Arroyo	P.
»	Mateo Rodriguez	P.
»	José Sosa	P.
»	Pio Maldes	P.
»	Facundo Barros	P.
»	Pedro Antonio Barros	P.
»	Lorenzo Bonamayron	P.

J. VIDELA

Mojo, diciembre 31 de 1881.

Senor don Fernando Rojas,

Presidente de la Comisión Militar

Callesita, agosto 28

Mi apreciado amigo:

Desde que se dijo que debía venir la señora del general Benavides, ya no puede dejar de traerse, porque la vida de todos los prisioneros correría riesgo, ó mas claro, serían todos asesinados. Yo le digo á la señora que yo no temo que su esposo les dé mal trato porque ya me ha mostrado que es un caballero y que merece ser considerado por todos nosotros, mas los asesinos que le rodean no son lo mismo, y mañana cuando vean nuestras lanzas sobre ellos, nuestros compañeros serían sacrificados. Que marche la señora en el acto, y nada tema; asegúrele Vd. que está tan segura en medio del ejército, como en su casa.

He dispuesto, por las súplicas del pueblo, que queden 25 hombres de la legión Brizuela y otros tantos infantes de los tucumanos, al cargo de dos buenos oficiales cada piquete, y que á más se le dejen al Gobernador 25 fusiles de los descompuestos, para que componiéndolos, arme otros tantos infantes del país, con estos y muchas armas que recogeré de los que han quedado desertados, quedará el pueblo seguro.

Véngase Vd. con todo lo demás, que lo espera

Gregorio Aráoz de La Madrid.

El mayor Ortiz que quede á la cabeza de los dos piquetes y hágasele conocer desde ahora por comandante de un escuadrón que debe formarse en esa.

¡LIBERTAD, CONSTITUCIÓN Ó MUERTE!

El Director de la Coalición Argentina del Norte General en jefe del 2º Ejército Libertador:

Cuartel General, Posito Agosto 28 de 1841.

AL EXMO. SR. GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA DE....

La campaña del 2º Ejército Libertador sobre las provincias de Cuyo, y sus detalles especialmente desde el día que ocupó la Rioja hasta fecha, son demasiado interesantes para omitirlos. La gloria de la Coalición los reclama y yo debo transmitírselos.

Cuando el ejército ocupó aquella capital, su posición se hizo bien difícil: sus primeros elementos de subsistencia y movilidad estaban casi consumidos, y la distancia que nos separaba de San Juan, era todavía inmensa é interrumpida frecuentemente por atravesías espaciosas.

La Rioja en esos momentos nada podía prometer, era un cadáver: la lucha desastrosa que acavaba de sostener, y las depredaciones de un enemigo irritado habían convertido su suelo en un desierto, y este desierto mismo no era todavía libre. Su parte occidental, estaba toda ella sometida á la influencia de un ejército enemigo, el del general Aldao que permanecía inmóvil en los Sauces. En los Llanos teníamos la amistad y los esfuerzos de los virtuosos jefes Peñaloza y Baltar; pero ese departamento aún se hallaba oprimido por fuerzas enemigas. No había muchos días que el ejército de Oribe lo había ocupado, y aún se veía amenazado por el retroceso de otra fuerte división. En la Rioja, en fin, todo se había disuelto, y hasta la fuerza moral estaba adormecida.

La invasión á Cuyo sobre este cuadro de circunstancias, parecía un pensamiento quimérico; pero si en avanzar se entreveían peligros de tanta gravedad, eran menos serias las consideraciones que retrocediendo teníamos que arrostrar..... Yo juzgué que había llegado el momento de aventurarlo todo; que la patria y el honor pedían altamente una fuerte resolución, y que era necesario ejecutarla sin trepidar.

El 29 del pasado se rompió la marcha. El general Acha al mando de la Legión Brizuela, Escuadrón Paz, Batallón Libertad y dos piezas de artillería conducia á distancia de doce leguas la vanguardia del ejército. El 1º del presente llegué á Tucumán y desde allí ordené á dicho general acelerase sus marchas, ocúpase la capital de San Juan, y remitiese al ejército los elementos de que tanto carecía. Dispuse al mismo tiempo que de paso destacase un escuadrón sobre el Valle Fértil, con el doble objeto de reunir algunos caballos, ganados, y apoderarse de unas cargas de vestuarios que venían de San Juan para Aldao.

El Escuadrón general Paz fué destinado á esta comisión, y su comandante doctor don Francisco Alvarez, la desempeñó con una eficacia muy recomendable. El día 5 se presentó en las Salinas. Traía cerca de 700 camisetas de lana, 108 pantalones piel, 282 chiripás de bayeta, 76 frazadas, 7 cargas cartuchos fusil á bala, una carga de pasas y dos barrilitos de aguardiente. A más de esto presentó al ejército 400 bestias entre caballos, yeguas y mulas, 90 cabezas ganado vacunos y algunos bueyes. Las ventajas, la oportunidad de este primer ensayo son bien perceptibles para detenerse en apreciarlas.

Este servicio hecho, el Escuadrón Paz volvió á ocupar su puesto á la vanguardia.

Entre tanto una división de 600 hombres había asomado á los Llanos, é internándose hasta Tasquin en persecución del comandante general Peñaloza. Al acercarse el general Acha, huyeron aquellos cobardes, y él continuó su marcha.

El 13 arribé á Mascasi, donde se me incorporó dicho comandanto general con una fuerte división. El mismo día dispuse que esa fuerza marchase hácia las Lagunas, al este de San Juan, para que se montase bien y reuniese los caballos posibles.

El 15 supe por el comandante Sárate que el ejército de Aldao había pasado por Vilgo con dirección á San Juan. Esta noticia me había sido comunicada anteriormente de un modo vago, y se la había trasmitido al general Acha, quien la recibió con oportunidad.

Corrieron muchos días, y nada se sabía de la vanguardia. Este silencio era tanto más alarmante, cuanto que el ejército empezaba á sentir el hambre, y que la necesidad de ser auxiliado por ella era cada día más urgente.

No habíamos llegado á Bermejo, cuando aparecieron por nuestra retaguardia dos oficiales y varios soldados de los que ha-

bían acompañado al general Acha. Entre otras cosas aseguraban que el 16 en la tarde habían salido de Angaco en los momentos decisivos de una batalla obstinada que un accidente improvisto los había separado de la línea, y que el ejército enemigo era numeroso y fuerte.

Semejante noticia en vez de inspirar un triste presentimiento exaltó profundamente el corage del soldado, y el deseo de llegar al campo del honor, sucedió á la penosa sensación de la sed y el hambre.

Inmediatamente abandoné algunas carretas y todo aquello que no me pareció muy necesario, y apresuré la marcha.

El 19 se presentaron algunos otros individuos, y me hicieron la siguiente relación, que después ha sido universalmente repetida. La vanguardia había ocupado la capital de San Juan el dia 13, y se había montado perfectamente. Empezaba á reunir lo necesario para auxiliar al ejército, cuando apareció en las inmediaciones de la Punta del Monte una división enemiga al mando del general Benavides.

La Legión Brizuela bajo la dirección del asombroso joven teniente coronel don Crisóstomo Alvarez, había salido en persecución del coronel Oyuela, que huía en ese rumbo.

Al llegar á aquel punto se encontró con una y otra fuerza reunida, ordenó la suya inmediatamente, las atacó, y arrolló en todas direcciones. Un momento después se descubrieron los polvos del ejército de Aldao que en masa se acercaba á protejerlos. El general Acha entonces que con su columna seguia los pasos de Alvarez formó su línea, y esperó á los enemigos que en número de 2,200 hombres circularon aquel puñado de valientes.

En este dia tuvo lugar una de aquellos acontecimientos singulares en la historia. Nuestra división al empezar el combate solo constaba de 450 hombres: sucesos imprevisto le habían arrebatado el resto de su fuerza, y hasta sus dos piezas de artillería se habían inutilizado en los primeros tiros.

La sangre corrió durante ocho horas, y el campo de Angaco quedó consagrado el 16 de agosto por un suceso inmortal, por mil razgos de un heroismo ejemplar, y por la más espléndida victoria de la libertad contra la tiranía.

El ejército enemigo fué deshecho completamente, y su infantería fué prisionera con todos sus bagajes y elementos de guerra Los enemigos perdieron este día más de 600 hombres entre muertos y heridos, el Jefe de su infantería y varios oficiales. De

nuestra división solo murieron 150 hombres, entre ellos el bravo sargento mayor Cobo, capitán Archondo, el de igual clase Argüero, y los ayudantes don Miguel Guerra, Barragan, Corro y Pizarro (D. Severo.) Todas estas víctimas se disputaron la muerte en ese día.

El día 18 en la tarde, cuando aquel pequeño círculo de jigantes reposaba en esa fatal confianza que nunca debiera dar la victoria, fué derrepente invadido por una división que llegaba de Mendoza en protección de Aldao. El general Benavides la había encontrado en su fuga, y volvió con ella sobre sus incautos vencedores.

La caballería que en esos momentos se hallaba dispersa en la población, solo tuvo tiempo para buscar su reunión al ejército La mayor parte de la infantería con el general Acha, se hallaba á distancia de 13 cuadras de la plaza en un potrero, y el comandante don Lorenzo Alvarez con 30 hombres, ocupaba la ciudad. Tales eran las últimas noticias que podían comunicar los oficiales que se habían sustraido á la sorpresa, y que se me incorporaron sucesivamente hasta el día 20.

El 23 arribó el ejército á la Punta del Monte, estenuado de fatiga á pié, hambriento y abrasado de una sed inaguantable. Durante tres días habia soportado una marcha precipitada, sin comer ni beber, pues se habían consumido ya hasta los pocos burros y mulas destinadas á aplacar el hambre de algunos días.

El 24 estuvimos á orillas de la Capital y se presentaron algunos escuadrones enemigos que desaparecieron al primer amago. A medio día atrevesamos por medio de una ciudad desierta: el enemigo había castigado severamente á los ciudadanos que en el día del triunfo no supieron ocultar su alegría.

Recien allí hemos conocido los detalles y resultados de la sorpresa del 18. El general Benavides la había verificado al mando de 500 hombres, inclusive 100 infantes y cuatro piezas de artilleria. El general Acha cuya bravura nadie sabrá elogiar suficientemente, defendió y sostuvo su puesto hasta la noche. El comandante don Lorenzo Alvarez al mismo tiempo, después de una vigorosa resistencia, se puso á la cabeza de catorce infantes y atacó una pieza de artillería que desde el ángulo de una calle lo abrumaba con sus fuegos. Al acercarse á ella la metralla le hirió, cayó, pronunció un ¡Viva la Libertad! y espiró.

En la noche el general Acha con sus dignos compañeros concibió el atrevido designio de apoderarse de la plaza y forti-

ficarse en uno de sus edificios, y lo verificó al traves de sus numerosos enemigos y arrebatándoles de paso una pieza de artillería. Allí se defendió durante tres días y solo se rindió cuando se acabaron las municiones.

El general Acha, el capitan don Ciriaco La Madrid que fué el último en deponer su espada, y algunos otros oficiales, existen hoy prisioneros en poder del señor Benavides. Este General los trata hasta hoy con una generosidad no acostumbrada entre sus indignos aliados. En este desastre perecieron muchos oficiales después de hacer prodigios de valor, entre ellos el muy benemérito comandante doctor don Francisco Alvarez. No tengo el tiempo necesario para indicar V. E. conozca perfectamente esos detalles.

El 25 se me reunió en la Chacarita el comandante general Peñaloza, con su división bien montada y ardiendo por combatir.

Me ha sido forzoso detenerme en esta hasta montar bien el ejército: lo he conseguido ya, y mañana emprenderé mi marcha sobre Mendoza. Dentro de seis dias aquella Provincia se alistará también entre las que defienden la vida y el honor de la República.

El ejército Libertador habrá perdido 300 héroes; pero ha hecho desaparecer todo un ejército enemigo, organizado, numeroso y soberbio con la victoria. De nuestra vanguardia solo existen algunos fragmentos. su mayor parte ha desaparecido; pero su sombra terrible vive aún, y nos precede como un presentimiento afortunado.

Según sus últimas noticias, los enemigos que habrán llegado hoy á Mendoza, no exceden de 400 hombres completamente desmoralizados: y muchos de ellos han abandonado ya sus filas para venir engrosar las nuestras.

Dios, Pátria y Libertad.

Gregorio Araoz de La Madrid.

El Director de la Coalición Argentina del Norte, Gobernador y Capitán General de la Provincia, etc., etc.

CONSIDERANDO :

Que el estanco de la yerba mate, del tabaco y los naipes es uno de los muchos decretos escandalosos con que han hecho gemir al país los esclavos del tirano.

Que semejante decreto no ha podido tener otro objeto que el de enriquecer á los usurpadores del poder á expensas del público.

HA ACORDADO Y DECRETA :

Art. 1º. – Queda suprimido el decreto monstruoso que prohibe á los ciudadanos de la Provincia el comercio libre de todos los artículos estancados por la administración desastrosa que ha desaparecido.

Art. 2º. —Hágase saber, imprímase, publíquese, comuníquese y dése al Registro Oficial.

Mendoza, Septiembre 7 de 1841.

GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID,

Benjamin Villafañe.

A los Señores de la Comisión Argentina:

Cuartel General en Salta, Setiembre 30 de 1841.

La comunicación última, que dirigí desde Tucumán á los Sres. de la Comisión les habrá impuesto de los motivos, que me obligaron á quedarme en estas provincias para defenderlas, después que, adoptando mi consejo, había emprendido el general Madrid su marcha sobre las provincias de Cuyo con el 2.º ejército libertador. Quedó á mi lado una muy pequeña parte de los restos del ejército, que fué batido en el Quebracho.

En el caso de que Rozas se resolviera á invadir la provincia de Tucumán, creía que lo haría con Ibarra y con una división de 500 hombres de caballería y 400 infantes, que el Fraile había avan-

zado sobre Catamarca cuando invadió la Rioja, y que se retiró á Santiago al sentir la marcha del general Madrid. Los medios, que tenia á mi disposición, me parecian suficientes para resistir una invasión semejante.

Habia venido á Salta con el objeto de disponer esta provincia á la defensa, y de exigir de este gobierno y el de Jujuí los elementos necesarios para penetrar en la provincia de Córdoba y obrar en armonia con el general Madrid, si el enemigo convertía contra él todo su poder, como ha debido hacerlo, cuando supo que Oribe invadía Tucumán y se aprovechaba de mi ausencia y la del Sr. Dr. D. Marco Avellaneda, gobernador de aquella provincia que con una columna de mis hombres había venido á defender este país de la invasión de una montonera de satiagueños encabezados por Saravia. Volamos á Tucuman, pero cuando llegamos, el invasor había hecho una impresión funesta en las masas de aquella provincia. El gobernador delegado nos traicionaba y servia á los intereses del enemigo, que había logrado infundir el espanto en todos los gauchos, haciéndoles creer que yo había huído para Bolivia, y que el ejército que invadía Tucuman constaba de trece mil hombres. Nos fué dificil la reunion de las milicias á la presencia del enemigo, menos por el terror de que estaban poseidos, que por las defecciones ó la cobardía de los principales jefes 'de campaña. Solo reuní 500 tucumanos, que con los escuadrones del 1er. ejército libertador, formaban un total de 1,200 hombres de caballería. Tenía además tres piezas de artillería de á 4 y 80 infantes. El enemigo tenia 800 infantes, 1,500 hombres de caballería porteña, 6 piezas de campaña y como 500 santiagueños. Habría sido temerario atacar todo este ejército con las fuerzas muy inferiores que mandaba. Pero habiendo dejado el enemigo en la ciudad 200 infantes, 2 piezas de artillería y algunos escuadrones, me pareció debía atacar el resto, que situado en el centro de la campaña impedía que engrosáramos los escuadrones de milicias, de las que el enemigo empezaba á reclutar. Ataqué, pues, el 19 al ejército enemigo, al que la victoria hizo dueño de Tucuman, obligándome á retirarme á esta provincia, habiendo salvado toda la caballería del ejército libertador.

He encontrado á estos gobiernos en la mas bella disposición —mi objeto es atraer al ejército de Oribe á esta provincia, seguro de que á lo menos le obligaré á perder un tiempo precioso, alejando su atención del general Madrid, vencedor en Cuyo, y del general Paz, que hoy invade el Entre-Rios. Esos dos ejér-

citos forman, señores, el poder de la revolución; y creo hacer un inmenso bien á la causa pública entreteniendo aquí la mejor parte de las fuerzas de Rozas. cuyo empeño por mandar siempre sus tropas al punto en que yo me hallo, le hace cometer errores, que causarán su ruína. Derrotado el Fraile, mi temor era que Oribe reforzara á Pacheco, incapaz por si solo de atacar al general Madrid: pero estaré libre de este temor, si consigo atraer aqui á Oribe y le obligo á consumirse en el empeño de conquistar estas provincias; si es que no hace una retirada desastrosa, en cuyo caso se restablecería la revolución en Tucuman y marcharía yo á Córdoba para obrar en combinacion con los generales Madrid y Paz. El rompimiento del gobierno de Santa Fé contra Rozas, suceso indudable; facilitaría aquella operación. Confio en el buen éxito de la resistencia que se prepara en estos paises al ejército de Oribe, pues creo poder contar con la lealtad de las masas, y porque la disposición de sus gobiernos es la mas digna y la mas enérgica. La presencia del peligro ha despertado á los egoístas, poniendo á mi disposición todos los elementos de ambos paises.

El triunfo del enemigo en Tucuman es de muy poca importancia, señores. El poder de estos pueblos está vencedor en Cuyo. El ejército correntino invade el Entre-Rios, y triunfará de Echagüe, como lo verán los señores de la Comisión por la comunicación adjunta del general Paz. Nunca ha estado, pues, mas vigorosa que hoy la causa de la revolución Argentina.

Me ha sido muy lisongero saber que en las Cámaras de esa República se han pronunciado con calor algunos de sus miembros por la guerra contra el tirano de nuestra patria. Si tal sucediese la lucha actual terminaria muy luego, y participaria el pueblo Chileno de las glorias de los Argentinos, que combaten hoy con mas poder y denuedo que nunca por los principios de la revolucion Americana.

Cuidaré de comunicar á los Señores de la Comisión cuanto ocurra por aquí de importante. Espero en contestación, cartas, que me hagan conocer la situación del general Madrid en Cuyo. Solo he recibido de los Señores de la Comisión las primeras comunicaciones que me participaban su instalación.

Saludo á los Señores de la Comisión con la mas alta consideración.—

Juan Lavalle.

NOTA—Incluyo abierta la adjunta carta para el general La Madrid, que suplico á los señores de la Comisión tengan la bondad de remitirle con las comunicaciones originales de Corrientes.

Señor General D. Gregorio Araoz de La Madrid.—

Salta, Octubre 1° de 1841.

Querido amigo y compañero –

Había venido á esta Provincia con el objeto de esterminar la montonera, que asomaba de nuevo por la frontera, y con el objeto tambien de dar vigor á estos Gobiernos y de exigirles los elementos necesarios para invadir á Córdoba y obrar en armonía con V. en el caso, que el enemigo no trajera á estos pueblos su poder, nuestro amigo Avellaneda había traido mil hombres para poner un remedio radical á la tranquilidad de esa Provincia amenazada siempre por Ibarra, cuando supe á fines de Agosto que Oribe se hallaba en el Rio Hondo con un ejército de las tres armas. – Volamos á Tucumán. – Ví al llegar que hasta la milicia que había llevado Avellaneda se había disuelto.—Solo encontré 200 hombres de mis escuadrones montados, el resto estaba á pié.—Encontré 80 infantes y 3 piezas de artillería de campaña, debidos al esmero que puse en hacerlas dotar.

Empecé á maniobrar para reunir los milicias y los escuadrones míos, que andaban en los bosques, buscando caballos. Obligué al enemigo á dividirse. Dejando en la ciudad 200 infantes, 2 piezas y algunos escuadrones, se situó en Famaillá con el resto del ejército que constaba de mil quinientos hombres de caballería, 600 infantes y tres piezas. - Yo tenia 1200 hombres de caballería, de los cuales 500 eran tucumanos, y la infantería y artillería citadas. - La defección de Ferreira, Mercante y algunos gefes mas y la cobardía de muchos otros hacían imposible la reunión de las milicias, de las que el enemigo había empezado á reclutar.--Me resolví, pues, á atacar. El 19 pasé Famaillá á 10 cuadras del ejército enemigo y formé mi línea dando la espalda á la ciudad--Nuestra caballería fué dispersada, pero se ha salvado toda.—No ha perecido ningun jefe: Del coronel Piedra Buena, bravo y distinguido patriota, á quien recomiendo á V. últimamente, me aseguran que se dirigió á Catamarca.

Piense V. con calma, mi amigo, que el triunfo de Famayllá es muy insignificante para el enemigo, y que Rozas ha obrado como un imbécil, mandando un ejército á Tucuman, de donde había salido nuestro poder (el ejército de V.) á conquistar las provincias de Cuyo.—Apesar del suceso de Famayllá esa torpe

operación ha sido una fortuna para nosotros, pues ha podido V. batir al Fraile, que el enemigo debió reforzar inmediatamente, y es V. dueño hoy de las Provincias de la República mas poderosas por sus recursos.

He encontrado al Gobierno de esta Provincia y al de Jujuy resueltos á defenderse y animados de las mejores disposiciones.— Mi conato es atraer al ejército enemigo todo entero á estos pueblos y entretenerlos aquí mientras V. continua en ese teatro sus progresos y el General Paz ocupa el Entre-Rios.

Tenga V. presente que las fuerzas que han venido á Tucuman son la mayor parte y las mejores tal vez de las de Rozas — Habré, pues obtenido un triunfo si consigo que Oribe se empeñe en las conquistas de estas provincias, seguro de que no podrá entonces ir sobre V. antes de seis meses.

Sería funesta la idea de venir V. á restablecer la revolución en Tucuman.—El modo mejor de defender estos pueblos es aumentar su poder en Cuyo. El enemigo perderá un tiempo precioso para V.; pues estoy persuadido que Pacheco solo no tiene los medios de resistirle, y el dia que el ejército de Oribe dé un paso atrás, todo se restablece aquí.—Por Dios, no piense V. pues en esto. Déjelo á mi cuidado, en la persuación de que en la balanza de la revolución, las Provincias de Cuyo pesan mil veces mas que estas, y además los triunfos de V. allí son la mejor garantía de la conservación de la coalición del norte.

Las comunicaciones del general Paz adjuntas le impondrán del brillante estado de nuestra causa en Corrientes. En este mes debe ocupar aquel General la Provincia de Entre-Rios, de donde estrechará sus relaciones con el Gobierno de Santa Fé para obrar en combinación con V.

Dos dias antes de nuestro contraste en Famayllá, recibí del Sr. Cubas copia del parte de la derrota completa del Fraile, por la que felicito á V. y á sus bravos compañeros de armas.

Esta comunicación vá por Cobija. Dentro de pocos días mandaré un chasque directamente, y le avisaré á V. lo que haya. Hasta hoy no tenemos noticia de que el enemigo haya avanzado de Tucuman, pero espero que lo hará cuando sepa la disposición de estos pueblos y sus preparativos de defensa. - Me sería muy sensible de saber la retirada del enemigo.

Nada mas por ahora.—Su familia está buena en Jujuy.—Un abrazo de su compañero y amigo—

Juan Lavalle.

BATALLA DE CASEROS

Cuartel General del Gran ejército Libertador en Palermo.
Febrero 6 de 1852.

Exmo Señor:

El General que suscribe tiene el honor de poner en conocimiento de S. E. el Gobernador y Capitan General de la Provincia de Entre Rios y General en jefe del Grande Ejército aliado Libertador; que la División que se dignó S. E. confiarle á su dirección al mando del costado derecho de nuestra línea en la gran Batalla del 3, y compuesta del Regimiento nº. 2 de caballería del ejército Imperial, bajo las órdenes de su teniente coronel y jefe interino don Manuel Luis Osorio, y de la 1a. y 2a. división de la Victoria mandadas ambas por el distinguido y acreditado coronel don Casto N. Dominguez, y por los valientes coroneles don Manuel Pacheco y Obes la 1a., y la 2a. por don Juan Francisco Hermelo; han llenado su deber con decisión y gloria.

El teniente coronel Osorio con su bravo y disciplinado Cuerpo, se ha conducido con bizarria admirable, como lo verá S. E., en el parte que dicho Jefe ha pasado al señor Brigadier jefe de la 1a. Brigada del ejército Imperial, sin haber tenido mas pérdida que la del bizarro teniente don Manuel Francisco Montenegro, y el distinguido alferez don Norberto Javier Rosado, muertos, como asi mismo un soldado, y dos de esta última clase heridos; habiendo tomado dicha División al enemigo un crecido número de prisioneros, la galera del famoso degollador Santa Coloma y demás que espresa en el parte á su Jefe inmediato.

Las divisiones de la Victoria, se han comportado con la bizarra bravura con que en todas partes se han cubierto de gloria los invencibles soldados entrerrianos. Habiéndole tocado en suerte á la 2a. mandada por el valiente jefe, el coronel Hermelo que se hallaba á retaguardía de la columna, cuando por órden de S.E. suspendí la carga que daba sobre la izquierda enemiga, sobre Santos Lugares, para correrme hácia nuestra izquierda, por donde se desvandaba ya el numeroso ejército del Verdugo Argenti-

no, acuchillado y bayoneteado por las bizarras divisiones de nuestra izquierda, y centro; de hacer un crecido número de prisioneros de la infantería enemiga, tomar dos carruages de los jefes enemigos, un crecido número de caballadas, y armamentos que han sido entregados á los Cuerpos designados por V. E., pa- a recibirlos.

La 1a. división de la Victoria, momentos antes de recibir la órden de V. E. para correrme sobre la izquierda, había destinado su jefe el corenel Pacheco, una mitad de tiradores con el teniente don Dolores Gonzales, sobre el mismo campo enemigo de Santos Lugares, y en su protección inmediata al primer escuadrón de dicha división, con su comandante el sargento mayor don Lorenzo Abrego; y estas fuerzas se acuchillaron tambien á á los enemigos que se plegaban para Palermo, y les tomaron varios prisioneros.

Cábeme asi mismo la satisfacción de haber en la última carga que dí con la División ó Regimiento brasilero del teniente coronel Osorio sobre los últimos restos de la infantería del Tirano, haberles obligado al abandono de dos obuses y tres ó cuatro cañones con que se dirigian haciéndonos fuego mas allá de Moron, y en dirección al Partido de la Matanza, protegiendo al mismo tiempo á una bizarra guerrilla de infantería de correntinos, que en número como de 70 hombres se había lanzado sobre los cañones enemigos,

La 1a. división de la Victoria iba á este mismo tiempo con su coronel Pacheco y Obes, y el coronel Dominguez á la cabeza por el flanco derecho de la división ó regimiento brasilero, entrando en operación con bizarria y recogiendo un crecido número de prisioneros, que han sido entregados al depósito general. á escepcion de dos oficiales de los que vinieron sublevados del frente del Rosario, que los mandó fusilar en el acto, segun me lo comunicó despues.

Hasta una pequeña partida de diez ó doce individuos de la escolta de V. E. que se presentó por su orden, y destinó en guerrilla sobre Santos Lugares, bajo las inmediatas órdenes del ciudadano tucumano don Segundo Guevara, tuvo la satisfacción de acuchillar algunos hombres. y rendir mas de ciento y pico de infantes enemigos.

En una palabra Exmo Señor, no puedo menos que confesar á V. E. en obsequio de la verdad, que en ninguna de las muchas batallas en que he tenido el honor de hallarme, (aunque no

con tan valientes jefes y soldados como los que V. E. en esta vez me ha confiado) he hecho menos, solo por no contrariar las sábias disposiciones de V. E., en cuyo obsequio (séame permitido decír, por que lo han visto todos) he privádome con la división de mi mando de tomar al bárbaro verdugo Juan Manuel Rozas, pues con este esclusivo objeto me había propuesto privarle su fuga por retáguardia de los Santos Lugares, y presentarme de frente envolviendo toda su ala izquierda, al mismo tiempo en que la nuestra y el centro arrojaban con inaudita bravura de sus posiciones al salvage tirano y sus hordas de esclavos.

Ultimamente señor General, recomiendo á V. E. al distinguido coronel don Wenceslao Paunero gefe del Detall de la División, por haber llenado sus deberes á mi satisfacción. igualmente á mi ayudante y los del detall, sargento mayor don Anastasio Almeida alfereces don Luis Anadón y don Manuel Zamudio, y al sargento Felipe del Valle, todos pertenecientes á la 1a. y 2a. división de la Victoria, lo mismo que al distinguido alferez del regimiento nº 2 de brasileros don Jaime Martin do Amorin, que servía igualmente de ayudante, por haber todos desempeñado con exactitud en las diferentes ordenes que han conducido.

Réstame solo felicitar á V. E. por la sabiduria, y arrojado denuedo con que en dos cortas campañas ha hecho desaparecer de las dos riberas del Plata á los dos mas feroces tiranos, Rozas y Oribe. Ambos paises le son á V. E. deudores de su libertad, y yo me congratulo al subscribirme de V. E. su mas afecto y obsecuente servidor.

Exmo. Señor.

Gregorio Araoz de La Madrid.

Exmo Señor Brigadier General don Justo José de Urquiza, Gobernador y Capitan General de la Provincia de Entre Rios y General en jefe del ejército Aliado Libertador.

FORTUNATA GARCIA DE GARCIA

Entre nuestras matronas de la noche larga de la tiranía, culmina por sobre todas la señora Fortunata García de García, nacida en Tucumán en 1802 y actora distinguidísima en los días más tristes que le haya tocado en suerte á nuestro país. Ella vió el amanecer de la independencia nacional, y ninguna iglesia tuvo devota más firme y abnegada que esta mujer encantadora, en quien se juntaron sentimientos tan tiernos como profundos: el culto á las virtudes domésticas y el anhelo acendrado á la libertad. Digna émula de Cornelia, aquella madre de los Gracos que ha quedado como un raro ejemplo en la historia, la superó en patriotismo y grandeza de ánimo; porque si la romana brilló por el amor y la educación cívica de sus hijos, la argentina prolongó su acción hasta más allá de lo que le fuera concedido en la medida humana.

Esposa y madre ejemplar, su nombre ha pasado á la posteridad, rodeado de una aureola que crece á través del tiempo.

Unida por el vínculo del matrimonio al Dr. D. Domingo José García, Secretario de Belgrano y Ministro más tarde del gobierno organizado en Tucumán, en los primeros días de la revolución, soportó con resignación todas las vicisitudes de aquellas cruzadas homéricas en que á cada paso se jugaba la vida y la ha-

FORTUNATA GARCIA DE GARCIA

LITO GUILLERMO KRAFT CUYO NE 4 Bs AIRES

cienda. Su esposo emigró á las regiones escarpadas de Bolivia y quedó ella con su pequeña prole en el suelo conmovido y sangriento de la patria. Pero los deberes que la naturaleza le impuso, no ahogaron en su pecho la energía y la perseverancia que formaban el fondo de su hermoso carácter. Cuando Oribe penetró en Tucumán, fué doña Fortunata la depositaria del fuego sagrado, y era en su casa donde, como en un templo, permanecia constantemente reanimado el espíritu debilitado, pero no muerto de la revolución contra Rozas. La ciudad histórica era por entonces «la pálida comarca envuelta en tristes brumas», y un ejército victorioso y ávido de sangre pesaba como una lápida sobre sus habitantes. Cada familia había sido obligada á hospedar un jefe ú oficial, á costa de sacrificios pecuniarios superiores á sus exhaustas fuerzas. Tocóle á doña Fortunata alojar en su casa al coronel Carballo, de Canelones, República Oriental, persona muy honesta y distinguida por la corrección de sus maneras y la delicadeza de sus sentimientos.

La cabeza pensadora de Marco Avellaneda, aquella que forjara con su palabra el rayo vengador de las grandes y solemnes reivindicaciones, se hallaba clavada en una pica en la plaza principal, como un trofeo del mas bárbaro de los martirios; y Tucumán, horrorizado con aquel espectáculo que todavía nos conmueve á los que hemos llegado tarde, se mantenía sobrecogido, en el silencio de un terror profundo, esperando en vano que un resto de piedad se apoderase del que así injuriaba á la especie humana en lo que tiene de más sagrado. Pero era inútil pedir magnanimidad al que olvidó el sol glorioso de Ituzaingo para

manchar su espada en las tinieblas de la tirania, al que trocó la blusa de armiño por la casaca roja del cartaginés.

Una noche, en una hora que podríamos llamar la hora del heroismo, doña Fortunata se atreve á pedir á su huésped un acto de humanidad.—"Si Vd. me facilita el medio, le dice, estoy resuelta á robar la cabeza de Avellaneda. Sólo mis hermanas y fray Agustin Romero, prior de San Francisco, se hallan en el secreto de este proyecto. Quiero salvar siquiera la cabeza del mártir y evitar á Tucumán el horror de verla coronando una pica". Aquella mujer enérgica, con tener un corazón tan bien puesto como tenía, debió sufrir el desgarramiento de sus fibras. Sus hijos, su esposo ausente, su propia vida en peligro: todo esto cruzaría como un fúnebre cortejo por su mente. Salvaría la cabeza pensadora del mártir, aquella que profirió palabras tan elocuentes y conmovedoras; pero luego iría ella al sacrificio, seguida de las lágrimas de los suyos, de los écos dolientes y penetrantes de los que la amaban hasta el delirio!

Abreviamos esta página porque los detalles no caben dentro de los límites que nos hemos impuesto. El coronel Carballo consintió, al cabo de súplicas, en la ejecución de lo que proyectaba doña Fortunata, quien acompañada de dos de sus hermanas, en la hora melancólica del crepúsculo verpertino, atravesó la plaza y robó la cabeza de Márco Avellaneda, envolviéndola en un pañuelo de espumilla. De su casa, donde la colocara en un pequeño cajon, la trasladó al altar mayor de la iglesia de San Francisco, que habiendo sido en todo tiempo asilo de unitarios, lo fué también del ce-

rebro que cayera en servicio de su causa, que era la causa de la libertad. No todo lo arrebató el monstruo de la tiranía. El destino vengó á la víctima, salvando de la cruel mutilación la cabeza pensadora que forjó con su palabra el rayo de la revolución y organizó la *Liga del Norte* que había de dar más tarde frutos de bendición, como que necesitó del martirio para triunfar de la barbárie.

No es este, sin embargo, el único ni el último acto ejecutado por esta matrona singular. Tucumán había quedado desierto de hombres bajo la tiranía de Rozas, y centenares de sus hijos representativos vivian emigrados en Chile, Perú y Bolivia. El doctor don Domingo José García, ya nombrado, formaba á la cabeza de la falanje dispersa lejos de la patria. Conspipaban; y las comunicaciones espistolares, para ponerse en relación con los que habían escapado á la emigración, eran difíciles. Fué necesario enviar á don Pacífico Rodriguez con algunas cartas, en que se daba cuenta de un plan concertado en el extrangero para reconquistar á Tucumán. Llega y no acierta á dar con los destinatarios, que permanecían escondidos ó habían huido. En tanto, Rodriguez era perseguido por los agentes del gobierno, y en su desesperación corre á refugiarse á casa de doña Fortunata. No bien penetra y deposita las cartas, es conducido preso juntamente con la Señora y dos de sus hermanas. En la prisión es conminado á entregar las comunicaciones; pero, con una obstinación heroica, niega que las hubiera conducido. Doña Fortunata es traida á presencia de Rodriguez, y se le dice que si no entrega las piezas del delito, pasará por el trance cruel de verle azotar. Niega á su

vez, con toda energia, haber recibido tales comunicaciones; y mientras el verdugo flajela á la víctima, las desmenuza y las traga con estoica tranquilidad.

La que salvó la cabeza pensadora de Márco Avellaneda, aquella que forjara con su palabra el rayo vengador de las grandes y solemnes reivindicaciones, salvó también centenares de cabezas que habrían caido segadas por la mano brutal de la tiranía en aquel día memorable del heroico sacrificio de don Pacífico Rodriguez.

Un bosque de laureles inmarcesibles, rodeando la estátua de doña Fortunata García de García, fallecida en 1870, merecería ser consagrado por el pueblo de Tucumán en el centenario de esta mujer encantadora que tuvo por esposo al ilustre doctor don Domingo José García y por hijo al no menos ilustre ciudadano doctor don Próspero García, muerto á raíz de acontecimientos en que dió pruebas inequívocas de patriotismo y entereza de ánimo.

Pablo Lascano.

TARIJA

LITO GUILLERMO KRAFT CUYO 1124 B.s AIRES

Breve noticia sobre las láminas que contienen las Memorias del general La Madrid.

Al emprender el Sr. Adolfo P. Carranza, por encargo especial del gobierno de la provincia de Tucumán, la tarea de dirigir la impresión de las «Memorias autobiográficas sobre la vida militar del general argentino Gregorio Araoz de La Madrid», comprendió desde el primer momento la conveniencia de ilustrarlas con profusión de retratos y láminas, para que aquella exposición del pasado conservara toda su eficacia, pues el lector que abre un libro nuevo, á la manera de quien emprende un viaje á regiones no visitadas, gusta encontrar á lo largo de la senda que recorre, personajes, monumentos ó ruínas, con que jalonar el recuerdo de lo que vá dejando tras de sí. La fisonomía de un hombre se grava mas en la imaginación del observador que la completa descripción de su carácter, se juzga mejor de su idiosincracia por los rasgos físicos que por la palabra escrita y, como quiera que esto sea, contemplando un retrato ó una reproducción exacta de las cosas, se analiza con el propio criterio y no con la sugestion ajena.

Resuelto nuestro ilustrado amigo á enriquecer el libro en esta forma, se preocupó de reunir las láminas, conexas á su texto, que diseminadas en archivos par-

ticulares esperaban la ocasión propicia de ser reproducidas y obtuvo algunos originales completamente inéditos, que ha sabido aprovechar con éxito la casa editora encomendando el trabajo de copia á competentes artistas; pero para darles mayor autenticidad quiso benévolamente fiar á mis escasos conocimientos una reseña iconográfica de ellos, en cuanto fuera posible, dada la premura de la publicación destinada á ver la luz el día del centenario de aquel ilustre patricio.

No hay que ahondar mucho en la oscuridad del pasado para encontrar los datos necesarios á este trabajo, pero hace molesta la tarea, la disgregación de las familias, que envueltas en las vicisitudes diversas que han agitado al país, mudaron sus hogares, llevando á los rincones mas lejanos de la tierra americana las reliquias por ellos veneradas de sus antecesores. Las guerras civiles menoscabaron en algo la sencillez y el amor de la tradición, que germinan en la paz; el encono, la incredulidad ó el desengaño, quebrantaron muchas veces la larga costumbre y el respeto por los mayores—uno de los mas fuertes vínculos sociales—quitando del medio lo consagrado por la tradición ó el sentimiento á favor del bienestar que traen la libertad, el trabajo y la esperanza.

Estas causas, la difusión que se ha hecho de retratos distintos de un mismo personaje alterados, muchas veces, por copistas y grabadores, son serios obstáculos para nuestra preparación, pero al aceptar la propuesta del señor Carranza, si bien hemos tenido en cuenta estas circunstancias, nos alienta y anima la utilidad que presta á los cultores de la historia nacional, esta manera de presentar las ilustraciones de un libro

de la naturaleza del que nos ocupa y la convicción que tenemos de que cada uno, mientras pueda, debe ofrecer el contingente de sus fuerzas, por débiles que sean, al bien comun.

Llamados á la labor, vamos á desempeñarla con la buena voluntad que ejercitamos siempre que se trata de asuntos históricos.

LAMINAS DEL TOMO I

PÁGINA 2 — *General Gregorio Araoz de La Madrid* — Distinguido guerrero de la Independencia y autor de estas Memorias. Nació en 1795 y murió en Buenos Aires en 1857.

Su retrato ha sido tomado fotográficamente de un cuadro al óleo que se conserva en el «Museo Histórico Nacional», donado por su nieto el señor doctor don Marcelino Aravena. Mide 0,67 por 0,53 de metro y está firmado por Cárlos Uhl, pintor, Buenos Aires, Febrero de 1853.

„ 6 — *General Manuel Belgrano* — Nació en Buenos Aires el 3 de Junio de 1770 y murió el 20 del mismo mes del año 1820. — Abogado, precursor de la Independencia, general de los ejércitos de la pátria, vencedor en Tucumán y Salta, fundador de pueblos, creador de la bandera nacional, abnegado y generoso, basta escribir su nombre para que cualquier lector argentino sepa quien es tan ilustre ciudadano.

Su retrato ha sido reproducido de un cuadro original al óleo, que mide un metro y veintiocho centímetros de alto por noventa y cuatro centímetros de ancho, adquirido por el «Museo Histórico Nacional». — Posee tambien el establecimiento uno semajante donado por el doctor don Andrés Lamas y un busto en bronce cedido por personas de su familia. Del general Belgrano se han publicado muchos retratos, pero los mejores tienen el orígen que dejamos dicho.

„ 12 — *Escudo de Tucumán* — Por decreto de 20 de octubre de 1812, el gobierno acordó á los vencedores en la batalla de Tucumán un escudo de paño para los oficiales hasta el grado de coronel, un cordón para los sargentos y una charratera para los soldados. Más tarde el uso lo alteró porque cada interesado, al mandar hacer el suyo, procuró darle mayor duración y asi el general La Madrid, por ejemplo, lo quiso de oro para usarlo como medalla y este es el modelo que ha servido para copiar la lámina que nos ocupa. — Mide el original tres centímetros y cuatro milímetros en su diámetro mayor y dos centímetros y ocho milímetros el menor. El anverso es como se vé en la lámina y el reverso liso.

Está tomada por fotografía directa del original que posee el «Museo Histórico» donde fué recibida por disposición del Ministerio de Instrucción Pública quien mandó trasladar á aquel establecimiento en 17 de Mayo de 1890, los objetos históricos que existían depositados desde años atrás en el antiguo Museo de Buenos Aiaes.

PÁGINA 16 — *Escudo de Salta* — El Triunvirato Ejecutivo en 1813 concedió, como premio, á los vencedores en la batalla de Salta un escudo de oro para los jefes y oficiales, de plata para los sargentos y de paño para los soldados. Algunos oficiales, La Madrid entre ellos, quisieron usarlo como medalla y le aplicaron el broche y la cinta. Esta condecoración mide 4 centímetros y 7 milímetros en su diámetro mayor y 3 centímetros y 7 milímetros el menor; es algo convexa, el anverso como se vé en la lámina y el reverso completamente liso.

Su procedencia es la misma que la del escudo de Tucumán.

„ 36 — *General Eustaquio Diaz Velez* — Nació en 1790 y murió en Buenos Aires el 1° de Abril de 1856. — Guerrero de la Independencia, gobernador intendente de Salta en 1813, teniente gobernador en Santa Fé en abril de 1814 y gobernador intendente interino de Buenos Aires en 14 de noviembre de 1818.

Este retrato es inédito y ha sido tomado de un daguerreotipo que posee su hijo el señor Eustaquio Diaz Velez.

„ 57 — *Brigadier General José de San Martin y Matorras* — Nació en Yapeyú el 25 de febrero de 1778 y murió en Boulogne sur Mer el 17 de agosto de 1850. — Gobernador de Cuyo en 1815, general en jefe de los ejércitos argentinos en 1814 y 1817, vencedor en San Lorenzo 1813, Chacabuco 1817, Malpú 1818 y Lima 1821, generalísimo de Chile, protector del Perú y libertador de cinco repúblicas es la figura más culminante de la historia argentina y el hombre cuya acción ha producido mayores beneficios en Sud América.

El retrato de este prócer se ha difundido bajo todas las formas en escultura, pintura, grabado y fotografía, pero vamos á citar solamente los que consideramos como más auténticos.

1°.—Retrato pequeño, pintado al óleo sobre cobre, casi de cuerpo entero y con uniforme de granaderos á caballo, hecho por el pintor peruano José Gil, en Santiago de Chile el año 1817 después de la batalla de Chacabuco. Fué regalado por San Martin al viajero norte americano Henry Hill quien lo cedió en 1882 al Presidente de Chile señor Santa María. Es igual al que está en poder del señor Orestes Olazábal en esta ciudad y que perteneció á su señor padre el coronel don Manuel á quien se lo regaló

San Martin en 1823. Reproducido por el general Mitre en su «Historia de San Martin».

2°.—Retrato al óleo de tamaño natural, hecho por el mismo pintor después de la batalla de Maipú en 1818 por encargo de la municipalidad de la Serena (Chile) donde se conserva. Igual á este se pintaron por el mismo Gil dos mas, uno que fué enviado al señor Luzuriaga, gobernador intendente de la provincia de Cuyo entonces y otro remitido de Chile al cabildo de Mendoza, de donde pasó á la legislatura hasta que el gobernador don Joaquin Villanueva, lo obsequió al teniente general don Julio A Roca, quien lo donó al «Museo Histórico Nacional» donde existe hoy (*V. Museo Histórico.* Tomo I, paj. 13).

3°.—Un retrato grabado en Londres por R. Cooper en 1821.

4°.—Miniatura hecha en Lima siendo San Martin Protector del Perú, el año 1822 por la señora Narcisa Casa Saavedra, esposa de don Juan B. Lavalle en aquella ciudad.

5°.—Una miniatura pintada por Whusen en Londres y enviada por el mismo San Martin á su amigo el general don José de Rivadeneyra, que ha sido ya publicada.

6°.—Retrato al óleo hecho en Bruselas en 1827 por una artista belga.—Lleva en la mano una bandera que le sirve de fondo.—Reproducido por el señor general Mitre.—Este retrato era conservado en la familia con preferencia á otros.

7°.—Litografia hecha en Bruselas en 1828 con presencia del original; inserto en las memorias del general Miller, publicadas en Londres en 1829, dibujado por Madou, editado por Longman y C°. y reproducido en el segundo tomo de la «Historia de San Martin»—Félix Lajouane—1889—Buenos Aires.

8°.—Agua fuerte hecha en Paris por Edmundo Caston, bajo la inspección de la familia. Reproducida en los billetes de banco nacionales, en la «Historia de San Martin» y popularizada en diversas ediciones.—Está representando á la edad de 72 años.—El «Museo Historico» posee dos ejemplares y una reproducción al lápiz.

El original del retrato inserto en estas memorias es la miniatura de Whusen, señalada en la clasificación que antecede con el número 5.

Agradecemos á nuestro amigo el señor J. W. Gez quien nos facilitó el bello articulo iconográfico de que es autor, y que hemos tenido á la vista al redactar los párrafos precedentes.

PÁGINA 59 — *General Felipe Heredia* — Guerrero de la independencia, sirvió en el Regimiento «Dragones de la Patria» en 1816, y fué

gobernador de Salta en 1836, sucediéndole en el mando en 1838 los comisionados Quirós y Solá.

El original de este retrato es una litografía editada en Buenos Aires por la casa de Bacle y C°. sin fecha alguna y pertenece á la riquisima colección del doctor Angel J. Carranza, quien la ha facilitado generosamente para este libro.

PÁGINA 64 — *Teniente Coronel, Miguel Caxaraville*:—Hijo de Buenos Aires. Nació el 5 de julio de 1794 y murió el 12 de diciembre de 1852. Distinguido militar, formó en el famoso regimiento Granaderos á caballo y asistió á la campaña de los Andes en la guerra de la independencia.

El original de que ha sido tomada esta lámina es un cuadro al óleo que mide 75 centimetros de alto por 59 de ancho, debido al pincel del artista don Fernando García y que fué donado al «Museo Histórico Nacional» por su hijo el señor Feliciano Caxaraville el 25 de enero de 1891. Ha sido ya publicado y no conocemos otro retrato de este jefe.

„ 76 — *Coronel Manuel de Escalada* — Nació en Buenos Aires el 17 de junio de 1795 y murió el 13 de diciembre de 1871. Guerrero de la independeneia, sirvió á la patria 60 años. Desde el combate de San Lorenzo en 1813 hasta la batalla de Cepeda en 1859, asistió á las principales acciones de guerra que se libraron en tan largo periodo y mereció las mas honrosas condecoraciones. El pueblo de Buenos Aires, celebró su centenario y se acuñaron medallas conmomerativas á su memoria. Este retrato ha sido ya publicado y es copia del original al óleo que posee el «Museo Histórico» donado por su hijo, el doctor Manuel M. Escalada.

„ 86 — *Coronel Cornelio Zelaya* — Una de las figuras mas brillantes del ejército del alto Perú. Comenzó sus servicios cuando las invasiones inglesas en 1806-1807, formó parte del ejército auxiliador á las Provincias en 1810, asistió á Ayouma, Sipe-Sipe, y Suipacha, como á muchos otros combates. Murió el 1° de diciembre de 1855.

El original de este retrato existe en poder de su familia en Corrientes, el «Museo Histórico» posee uno pintado al *wash* que mide 52 centimetros de alto por 42 de ancho, y tiene la misma procedencia. La «Revista Nacional» lo ha publicado con algunos apuntes sobre su vida.

„ 108 — *General José Rondeau* — Guerrero de la independencia. Sus servicios son muchos y notorios. Nació en Buenos Aires el 4 de marzo de 1773 y murió en Montevideo el 18 de diciembre de 1845. Estableció el primero y segundo sitio de esta última ciudad—1811-1812. Vencedor del Cerrito en 1812. Director de las provincias Unidas y del Estado—1815-1819. Goberna-

dor intendente de Buenos Aires en 1818 y de Montevideo en 1828.

Su retrato es inédito y ha sido tomado directamente del original al óleo que posee el «Museo Histórico Nacional». Mide 1,22 metros de alto, por 0,91 de ancho y perteneció á su nieta la señora Elvira Maines de Muñoz, quien lo donó á dicho establecimiento en 1893.

PÁGINA 110 — *Teniente Coronel Juan Francisco Borges* — Santiagueño, influyente en su provincia. Nació en 24 de junio de 1766, sirvió á España en la época colonial y fué agraciado con la cruz de Santiago. Comandante militar en 1810, prestó servicios en el ejército auxiliador á las provincias á órdenes del general Ocampo, con quien se desavino pronto. Ocupó el gobierno por medio de una revolución el año 1816, fué batido por La Madrid el 27 de diciembre del mismo en Pitambalá y tomado prisionero fué fusilado días después por órden del general Belgrano.

El original del retrato que se publica por primera vez en estas memorias, ha sido tomado de una preciosa miniatura que posee el doctor Angel Justiniano Carranza, quien la facilitó generosamente para este objeto. Es oportuno señalar aquí la benevolencia y buena voluntad con que este maestro de nuestra historia ha puesto á disposición del encargado de dirigir la impresión de este libro el material de su riquísimo archivo, del que han sido tomados algunos otros originales.

» 124 — *Coronel Lorenzo Lugones.* — Guerrero de la independencia. Nació en Santiago del Estero el 10 de agosto de 1796 y murió en Tucumán el 21 de enero de 1868. Diez años antes escribió unos apuntes sobre su vida, refutando las memorias del general Paz y del retrato publicado en ellas, se copió el que nos ocupa hoy.

» 128 — *Vista de Chuquisaca.* — La ciudad de Chuquisaca (hoy Sucre) en Bolivia fué fundada por Pedro Ansures, uno de los capitanes de Pizarro, el año 1559.

El grabado que ilustra estas memorias, es la reproducción de una fotografía que trajo de allí mismo el año 1872 el señor Adolfo P. Carranza. Ha sido ya publicado y el *cliché* lo cedió generosamente el señor Lass á este propósito.

» 154 — *General Tomás de Iriarte y Somalo.* — Nació en Buenos Aires el 6 de marzo de 1794 y murió en la misma ciudad el 26 de mayo de 1876. Militar, diplomático, publicista, guerrero de la independencia y del Brasil, ha prestado importantes servicios á su patria. A la reconocida competencia del biógrafo señor José Juan Biedma, se debe los apuntes sobre la vida de este jefe, que ha publicado recientemente la «Revista Nacional»

con datos de la memoria que dejó escrita en poder de su familia.

Un retrato, de propiedad de esta, que corresponde, más ó menos, á la época en que entró á servir al ejército patriota, es el que se ha utilizado para copiar el que nos ocupa. El «Museo Histórico» posee otro, de más avanzada edad, pintado al óleo y donado por su hijo Antonio O. de Iriarte.

PÁGINA 194 — *Coronel Mayor Juan Bautista Bustos.* — Natural de Córdoba. Se condujo bizarramente en las invasiones inglesas en 1807, formó parte del ejército del Alto Perú y provocó la sublevación de Arequito en 1820. Gobernó su provincia en 1820 y 1825. Se mezcló activamente en la guerra civil por el partido federal. Derrotado por Paz en *San Roque*, se ampara de Quiroga, á quien acompaña y después de la *Tablada* se retiró á Santa Fé, y muere el año 1831.

En el «Almanaque federal para el año bisiesto de 1836; « cada mes adornado con el retrato de uno de los jefes de la « santa causa de la federación», editado en Buenos Aires por la imprenta del Comercio, figura el retrato del general Juan Bautista Bustos, en setiembre, acompañado con esta estrofa:

Mientras gobernó, mantuvo
paz, órden, felicidad;
desde que faltó no hubo
gusto ni tranquilidad.

El curioso folleto que citamos, pertenece á la colección del doctor Angel J. Carranza, y de allí ha sido tomada esta copia, aumentado su tamaño y sin la divisa federal que ostenta en aquel.

» 202 — *Coronel Alejandro Heredia.* — Toma parte con Bustos y Paz en la sublevación de Arequito, 1820. Gobernador de Salta y Tucumán, 1831-1832. Triunfa sobre las fuerzas de Catamarca que mandaba el general Figueroa: repone á Medina en el gobierno de Jujuy, 1835: derrota á Francisco Javier Lopez en Famaillá, 1836, y muere asesinado por el comandante Gabino Robles en 12 de noviembre de 1838. El gobierno de Rozas le decreta honras fúnebres.

Este retrato es copia de una litografía editada por Bacle y Cia., sin fecha, y que pertenece á la colección del doctor Angel J. Carranza.

» 215 — *Doctor José Miguel Díax Velez.* — Era tucumano, comenzó á figurar joven, murió á los 60 años, y sus restos, traídos de la Banda Oriental, fueron sepultados en el Cementerio del Norte en Buenos Aires, el 3 de setiembre de 1843. Fué Comandante

de las milicias de Entre Rios en 1813; acompañó al general Alvear en la Legación de Bolivia; contribuyó á la reincorporación de Tarija en 1825; fué ministro del general Lavalle después de la revolución de diciembre de 1828, y á él dirigió este el famoso parte, dando cuenta del fusilamiento de Dorrego.

Este retrato es inédito y ha sido tomado de una miniatura donada al "Museo Histórico" por su nieta la señora Josefa Araoz de La Madrid.

PÁGINA 248 — *General Martín Rodriguez.* — Natural de Buenos Aires, precursor de la independencia argentina, gobernador de 1820 á 1824 y delegado en 1829. Nació el 11 de noviembre de 1771 y murió en Montevideo el 5 de marzo de 1845. Sus restos fueron reimpatriados por iniciativa popular en julio de 1891, rindiéndole el gobierno de la Nación los honores que á tan benemérito ciudadano correspondían.

El original de esta lámina, es un retrato miniatura, oval, pintado á la acuarela, que mide 10 centímetros de alto por 7 ½ de ancho y fué donado al "Museo Histórico Nacional" donde se conserva, por su deudo el señor Fermin Rodriguez. De este mismo retrato se han hecho varias publicaciones.

„ 266 — *General Estanislao Lopez* — Santafecino — Gobernador y famoso caudillo de gran prestigio en su provincia. Nació el 22 de noviembre de 1786 y murió el 15 de junio de 1838. — El gobernador Rozas le decretó honores póstumos y la legislatura de Santa Fé, el año 1857, una estátua en la plaza principal.

Su retrato ha sido tomado del que acompaña los rasgos biográficos publicados por Ramón J. Lassaga en su centenario.— Imprenta Europea—Buenos Aires—1886.—El Almanaque federal de 1836, que hemos citado, publica el mismo en el mes de febrero con esta estrofa:

Del ilustre y digno amigo
Del héroe restaurador
¿Quién no ha sido fiel testigo
De su virtud y valor?

„ 306 — *General Juan Facundo Quiroga* — Riojano y el caudillo más temible del partido federal en el interior. Nos excusa toda reseña el nombre de aquel á quien Sarmiento llamó el *Tigre de los Llanos.* Fué asesinado en Barranca Yaco por Santos Perez, á quien mandó José Vicente Reinafé, gobernador de Córdoba, el 16 de febrero de 1835.

Su retrato es tomado de una fotografía sin fecha ni membrete, que existe entre la colección de los gobernadores que posee el «Museo Histórico». El Almanaque del año 1836, ya citado, trae en el mes de mayo su retrato con esta estrofa:

Lo que no logró el cañón,
Las lanzas, ni los fusiles
Consiguieron por traición
Unos unitarios viles

Aquel establecimiento posee otros de los que merece citarse el que perteneció al señor don Manuel R. Trelles, de pequeño formato, pintado al óleo y que ostenta la divisa federal.

PÁGINA 358 — *General José Benito Villafañe*— Caudillo. Dictador militar de la Rioja en 1821. Hace la guerra con Quiroga y Aldao al general Alvarado á quien derrotan en el Pilar y ocupan Mendoza cometiendo grandes excesos; allí fué víctima, entre otros muchos, el ilustre patricio Francisco Narciso Laprida, que fué Presideente del Congreso de Tucumán en 1816. En enero de 1830 bate al coronel Lobos en Anacaste, y fué gobernador de la Rioja el mismo año.

El retrato que se publica en este libro ha sido hecho en vista del que trae el Almanaqne federal del año 1836, que encabeza el mes de abril, con este verso:

El ilustre defensor,
Del sistema federado,
Fué víctima del honor,
Y en los Andes inmolado.

„ 364 — *Coronel don Manuel Dorrego* — Nació en Buenos Aires el 11 de junio de 1787 y murió fusilado en Navarro el 13 de diciembre de 1828.—Guerrero de la Independencia, gobernador de Buenos Aires, escritor, tribuno y jefe del partido federal, sus servicios son bastante conocidos para anotarlos aquí y las circunstancias de su desgraciada muerte ha dado gran resonancia á su nombre. El gobierno del general Viamonte ordenó la traslación de sus restos en octubre 29 de 1829 y en diciembre 21 del mismo año fueron sepultados con gran pompa en el Cementerio del Norte.

El original de que ha sido reproducida esta lámina es un retrato al óleo de tamaño grande que mide 1,06 metros de alto por 0,80 metros de ancho; fué pintado durante su gobierno el año 1828 representándolo sentado cerca de una mesa, vestido con el uniforme de su grado y con un rollo de papeles en la mano. Perteneció á la familia y fué donado al «Museo Histórico Nacional», por su nieta la señora Margarita Rosentall de Canaveris.

Del coronel Dorrego se han hecho varios retratos y este mismo ha servido para otras reproducciones. El Almanaque fede-

ral del año 1836, trae tambien uno acompañado de la característica cuarteta como los demás. Consideramos el del Museo el más auténtico.

PÁGINA 390 — *Sortija y tiradores que pertenecieron al coronel Dorrego*— Es inoportuna aqui toda apreciación respecto al fusilamiento de este jefe por órden del general Lavalle, basta mencionarlo para dar carácter á las piezas históricas que nos ocupan y se reproducen por la primera vez. La sortija de oro completamente lisa y de una pieza, fué destinada á su esposa, y los tiradores primorosamente bordados con seda de colores por mano de su hermana Isabel, le fueron afectuosamente devueltos en la última hora de la vida. Su nieta los destinó al "Museo Histórico" junto con el retrato de que hablamos antes, y allí se conservan cuidadosamente encerrados en un marco y bajo cristal, desde el 21 de octubre de 1890.

" 406 — *Coronel Roman Antonio Deheza* — Natural de Córdoba, Guerrero de la Independencia y del Brasil. Peleó con Paz contra Bustos. Fué Gobernador de Santiago del Estero por las armas, en Septiembre, y nombrado en propiedad en mayo de 1830. Nació en 1797 y murió el 30 de agosto de 1872. Debemos hacer notar que su firma tiene diferente ortografía que el apellido usado por su familia.

Su retrato está tomado de una litografía dibujada por D. Lozano que publica "El Perú Ilustrado", semanario limeño, en 1890, editado por Peter Bacigalupi y C. Este es anterior á las dos fotografías que posee el "Museo Histórico", la una en traje civil y la otra con el uniforme de su grado, que mide 25 centimetros por 20, donadas ambas por su hija la señora Catalina Deheza de Carreño.

" 420 — *Coronel José Segundo Roca.* — Tucumano—Guerrero de la Independencia. Nació el 1° de junio de 1800 y murió en las Ensenaditas sobre el Paso de la Pátria, al iniciarse la guerra del Paraguay el 8 de Marzo de 1866.

Este retraro es copia de uno al óleo que posee su hija la señora Agustina R. de Marcó. En el «Museo Histórico» se conserva otro, tambien al óleo, de mas edad y que fué donado por su hijo el general Julio Argentino Roca.

" 428 — *Teniente coronel Juan Pascual Pringles.* — Combatió bizarramente por la independencia de la pátria. Su hazaña en Pescadores le ha hecho popular. Nació el 17 de mayo de 1795 en San Luis, y murió el 19 de marzo de 1831 á manos de los seides de Quiroga. Los hijos de su provincia celebraron dignamente el centenario de este jefe.

Esta lámina, otras veces publicada, es copia del retrato al óleo pintado en el Perú, que posee el «Museo Histórico»l

donado por el señor Angel Aguilar en 1891. Mide 65 cents. de alto por 52 cents. de ancho. En una de sus esquinas dice: *Benemérito en grado eminente*, y data, probablemente, del año 1825.

PÁGINA 466 — *Coronel Lorenzo Barcala.* — Negro argentino. Nació en Mendoza, de padres esclavos, el año 1795. Ya liberto, vistió la casaca del soldado en 1820 y supo ilustrar su nombre con hechos gloriosos y una conducta irreprochable. Acompañó al general Paz en su expedición á Córdoba el año 1829, y en la campaña del Brasil ganó el ascenso á Comandante. Sirvió á las órdenes de La Madrid y fué prisionero de Quiroga. Terminó su vida fusilado en Mendoza el año 1835.

Este retrato es completamente inédito y ha sido tomado de una miniatura ovalada que mide 7 cents. de alto por $7\frac{1}{2}$ de ancho, donado al «Museo Histórico» por el señor Cirilo Torán, residente en Mendoza.

" 500 — *General José María Paz.* — Natural de Córdoba. Gobernador de su Provincia en 1829, de Entre Rios por la fuerza de las armas en 1842 y delegado de Buenos Aires en 1853. Guerrero de la independencia. Militar notable de su época, fué actor en las guerras intestinas de la República. Tomó parte en la sublevación de Arequito. Vencedor de la *Tablada* y *Oncativo*. Sostiene el sitio de Montevideo contra las tropas que mandaba el general Oribe. Nació el 9 de septiembre de 1791 y murió en Buenos Aires el 22 de octubre de 1854.

Su retrato es copia de una litografía hecha en 1829, correctamente dibujada por M. Bacle y editada por la casa M. Bacle y Cia., de Buenos Aires, en el año dicho. Mide 40 cents. de alto por 30 de ancho, y se conserva en el «Museo Histórico». Creemos que esta es la primera reproducción que de él se hace. Tenemos en nuestro archivo particular otra litografía fechada en 1844, sin firma, en que se le representa de la misma edad. El «Museo» posee, tambien, un busto de relieve en yeso, que se guardaba en el de Buenos Aires hasta 1890 y otra litografía, de fecha mas reciente.

" 512 — *Coronel Faustino Allende.* — Nació en Córdoba en 1786, prestó importantes servicios á la causa de la emancipación en 1810, contribuyendo en cuanto pudo á desbaratar los planes de los peninsulares fusilados en la Cruz Alta. Convulsionado el interior entra á servir con el general Paz: asiste á *Oncativo* y *La Tablada*, y mas tarde, delegó Paz en su persona el gobierno de Córdoba. Asistió al sitio de Montevideo, regresando en 1847. Falleció en la provincia de su nacimiento.

Este retrato es inédito y ha sido tomado de una fotografía que posee el «Museo Histórico» en su colección.

PÁGINA 544 — *Marcelino de la Rosa.* — Tucumano, ingeniero geógrafo, autor de las «Tradiciones históricas de la guerra de la Independencia», escritas en 1890 y que se publican en el apéndice al primer tomo de estas memorias, así como el plano del campo de batalla.

Retrato inédito, sacado de una fotografía enviada por el gobernador de Tucumán, doctor Benjamin Araoz, al señorAdolfo . Carranza.

„ 560 — *Plano de la batalla de Tucumán,* por el agrimensor Marcelino de la Rosa. Véanse al propósito las "Tradiciones" antes citadas y la "Historia de Belgrano" por B. Mitre, tomo II.

„ 586 — *Campo de Castañares.* — Nuestro amigo el distinguido historiador José Juan Biedma, ha publicado en la "Revista Nacional" [3a. série tomo 2°. pág. 174] un bien estudiado artículo á propósito de la cruz de Salta, reivindicando para Feliciano Antonino Chiclana, el pensamiento y el hecho de levantar una cruz en aquel glorioso campo á la memoria de los vencedores y vencidos el 20 de Febrero de 1813. En 1834, la cruz de Chiclana fué reemplazada por otra que hizo colocar el coronel don Pablo Latorre y esta, á su vez, ha sido arrancada últimamente para dar lugar á la pequeña de mármol que hoy existe.

La lámina que nos ocupa, tomada de fotografía directa, representa la de 1834, que hoy se conserva en una de las naves de la Iglesia Matriz de la ciudad de Salta.

„ 594 — *Escudo de Pitambalá.* — En febrero 4 de 1817, el Gobierno resolvió conceder y concedió un escudo de honor á las tropas que habían derrocado á Borges, el 27 de diciembre de 1816 y que es tal como lo representa esta lámina. Parece, sin embargo, que quién sabe por que causas, los agraciados no lo usaron, ni aún el mismo La Madrid.

„ 596 — *La Pirámide de la Ciudadela en Tucumán.* — Lo relativo á esta construcción, queda esplicado en un artículo que se publica en el apéndice del primer tomo de estas memorias, redactado con los mejores datos por nuestro amigo el señor Adolfo P. Carranza, escusándonos por ello de dar aquí reseña alguna.

La lámina tiene su origen en una fotografía adquirida por este en aquella provincia el año 1869 y ha sido ya publicada.

„ 598 — *Fachada de la casa del Congreso de 1816 en Tucumán.*— Treinta y tres diputados concurrieron al Congreso que declaró la independencia el 9 de julio de 1816 en la ciudad de Tucumán. Presidía la sesión el señor don Narciso Laprida, y la casa en que tuvo lugar un hecho de tanta trasendencia como era la proclamación ante el mundo de la existencia de una nueva nación, merece conmemorarse como el santuario de la libertad y de la gloria, en memoria del sacrificio de honra, vida y fortuna, que hicieron por su patria aquellos cuidadanos esclarecidos.

Referimos al lector al articulo relativo que se publica en el apéndice del primer tomo de estas memorias, escrito por el señor Adolfo P. Carranza.

Del frente del edificio se han hecho muchas reproducciones en fotografia, grabado y pintura; el ejemplar que ha servido á esta lámina, data de 1869 y citaremos tan solo la copia publicada en litografia por el "Correo del Domingo" en 1865. El *cliché* de este dibujo ha sido facilitado por el señor R. Lass.

PÀGINA 599 — *Sala de sesiones del Congreso de Tucumán.* — En este recinto juraron unánimes constituir una nación libre é independiente de todo poder estraño los diputados que tenian la representación de las provincias, con excepción de los de Entre Rios, Corrientes y Santa Fé que no aparecen firmando el acta del 9 de julio por no haber concurrido al Congreso Nacional de 1816.

Esta lámina tiene el mismo orígen y referencia de la que representa la fachada de la casa.

LAMINAS DEL TOMO II

PÁGINA 2 — *Doctor Andrés Lamas.* — Distinguido hombre público oriental. Diplomático y escritor. Desempeñó importante rol como jefe politico en la ciudad de Montevideo, sitiada por las tropas del general Oribe.

Su retrato es cópia de una litografia hecha en aquella capital el año 1859 y facilitada por su esposa la señora Telésfora Somellera de Lamas. Ha sido ya publicada diferentes veces.

" 4 — *Boleadoras con que fué aprisionado el general Pax en 1831.* — Lo relativo al apresamiento de este jefe, está tratado con claridad en las páginas de este libro y nos escusa toda esplicación. Por otra parte, nos consta que el doctor Angel J. Carranza, prepara un trabajo á este respecto con la ilustración que es notoria en él.

Tienen, abiertas, un metro y ochenta y cuatro centimetros de largo. Es de tres ramales, trenzadas de cuero de vaca y las bolas retobadas en lo mismo. La lámina es inédita y tomada de fotografia directa.

" 22 — *José Felix Aldao* — Fraile. Teniente coronel de caballeria en el ejército de los Andes. Gobernador y brigadier general de la provincia de Mendoza. Recibió las órdenes sagradas en Chile en 1806 y entró al ejército como capellan el año 1817 y como teniente después. Hizo toda la campaña de los Andes y del Perú. Convulsionada la provincia de Mendoza, tomó parte activa en los acontecimientos desde 1825. Asistió á la Tablada en 1829. Desde entonces su acción es constante. Apóstata, ébrio y cruel, dejó memoria amarga de su paso y murió de cancer el 18 de enero 1845.

El original de este retrato hecho por el artista Fernando Garcia, está en poder de una de sus nietas, y de allí se ha tomado la cópia publicada hoy.

„ 36 — *Presbítero José Colombres* — Natural de Tucumán, signatario del acta de la independencia y Obispo electo de Salta. Nació en 1778 y murió en la misma ciudad que fué su cuna el 11 de febrero de 1859.

Su retrato es cópia de un daguerreotipo que posee el «Museo Histórico» donado por su nieto el señor Doctor Ernesto Colombres en 1891. Mide doce centímetros de alto por nueve de ancho y es la primera vez que se publica.

PÁGINA 70 — *General Rudecíndo Alvarado.* — Nació en Salta el 1° de marzo de 1792 y murió en la misma ciudad el 22 de junio de 1872. Guerrero de la independencia, asistió á la mayor parte de los combates que se libraron por la emancipación. Condecorado con la órden de mérito de Chile y el sol del Perú. Gobernador de Mendoza en 1829 y de Salta en 1831.

Fotografía de propiedad del doctor A. J. Carranza, tomada de un daguerreotipo hecho en la época en que fué ministro del gobierno de la Confederación.

" 133 — *General Juan Manuel Rozas* — El tirano argentino.—Estas tres palabras reasumen su vida pública. Fué gobernador de Buenos Aires en 1829 y 1835 por segunda vez y derrocado el 3 de febrero de 1852. Nació el 30 de marzo de 1793 y murió en Southampton el 14 de Marzo de 1877.

El retrato de Rozas es copiado del original al óleo que posee el «Museo Histórico», donado á nombre de su esposo por la señora Elisa S. de Trelles el 9 de noviembre de 1893. Es un hecho por Goulú y mide un metro de alto por 82 centímetros de ancho.—Inédito.

En el almanaque federal del año 36, antes citado, figura en el mes de octubre con esta copla.

El Cincinato argentino,
El héroe de la opinión,
A quien señaló el destino
Para honor de la Nación.

" 143 — *Doctor Marco M. de Arellaneda* - Abogado, periodista, presidente del Tribunal de Justicia y de la Sala de Representantes, dos veces Ministro y Gobernador delegado de Tucumán. Combatió enérgicamente la dictadura de Rozas, promovió la llamada Coalición del Norte, fué traidoramente entregado á las tropas del general Oribe después de la derrota de Famaillá (19 setiembre 1841) y ejecutado en Metan á los 33 años de edad el 3 de octubre del mismo año. Su cabeza fué clavada en una pica en la plaza de Tucumán.

Su retrato ha sido tomado de una preciosa miniatura hecha por Herminio Bettenotti, en poder de su nieto el señor Marco Avellaneda.

" 177 — *General Juan Lavalle* — Guerrero de la independencia y uno de los caudillos mas notables de las contiendas civiles. Na-

ció en Buenos Aires el 20 de octubre de 1797 y fué muerto en Jujuy el 9 de octubre de 1841. Gobernador interino de Mendoza en 1824 y de Buenos Aires en 1828 por medio de una revolución.

Este retrato ha sido publicado otras veces y es tomado de una litografía hecha por Desmadril en 1857 é impresa por Julio Pelvilain.

PÁGINA 182 — *Don Manuel Solá* — Gobernador en comisión de Salta en 1838, y en propiedad el año 1859.

Su retrato es tomado de una litografía en poder del señor Manuel Peña—Inédito.

" 191 — *General Manuel Lopez* — Gobernador de Córdoba desde 1835 hasta 1852 en que fué derrocado, después de la caida de Rozas. Llevó su *entusiasmo federal* hasta decretar en 1837 que las cabalgaduras lleváran divisa roja Inédito.

Este retrato es tomado de una fotografía que pertenece á la rica colección del doctor A. J. Carranza, quien lo cedió generosamente.

" 193 — *Coronel José María Vilela.* — Vencido por el general Pacheco en San Cala en 1841 y ejecutado en Metan por órden de Oribe en octubre del mismo año, junto con el doctor Marco Avellaneda y otros jefes.

Fotografía que pertenece á la colección del doctor A. J. Carranza, tomada de una miniatura que existía en poder de su viuda, doña Dorotea Vilela—Inédito.

" 212 — *Pedro Garmendia.* — Natural de Tucuman, Nombrado gobernador de esta provincia en Abril de 1840, despues del pronunciamiento del General La Madrid contra Rozas.

Su retrato es tomado de una fotografía facilitada por su yerno el Sr. Marco Avellaneda.

" 214 — *General Juan Felipe Ibarra* — Gobernador de Santiago del Estero en 1820, 1827 y 1832. Su influencia pesó sobre esta provincia durante 31 años. Murió el 15 de julio de 1851.

Su retrato, como el anterior, pertenece á la colección del doctor Carranza.

" 243 — *Don Benjamin Villafañe.* — Gobernador interino de Tucumán en 1861, hasta que vencidas sus tropas por el general Octaviano Navarro ocupó este la provincia.

Su retrato ha sido tomado de una fotografía que el mismo señor Villafañe obsequió al señor Adolfo P. Carranza en 1889.

" 246 — *General Manuel Puch* —Gobernador de Salta en 1856. Este retrato tiene origen en una fotografía pequeña hecha en Buenos Aires por el fotógrafo Monzon, sin fecha, y pertenece á la colección de retratos de gobernadores del «Museo Histórico».

" 255 — *General Nazario Benavides.* — Gobernador de San Juan en 1836, reasume el mando en 1841. Vencido este mismo año en

Angaco por Acha, derrota á Peñaloza el año siguiente en el Manantial. Es asesinado en su propio calabozo el 23 de octubre 1858.

Esta lámina está copiada de una miniatura obsequiada por el mismo Benavides al doctor Bernardo Irigoyen y en poder hoy del doctor Adolfo Saldías.

PÁGINA 263 — *General Angel Pacheco* — Argentino.—Nació el 14 de junio de 1795 y murió el 7 de setiembre de 1869. Fué actor en la guerra de la independencia y en la Campaña del Brasil, tomando parte activa en la guerra civil en años posteriores. Su personalidad es bastante conocida para llamar aqui la atención sobre sus hechos culminantes.

El original de este retrato es un bello trabajo al óleo que posee la familia y que ha sido ya publicado con motivo de su centenario y en la «Revista Nacional» acompañando algunos apuntes sobre su vida.

„ 266 — *Coronel Juan Crisóstomo Alvarez.* — Cooperó con el general Urquiza en la memorable campaña de 1852, que tuvo por resultado la caida de Rozas, y sosteniendo los principios proclamados en el Paraná el 1° de mayo, se batió y venció á las tropas de Albornoz en los Cardones el 4 de febrero y el 10 al coronel Perez en Tapias, pero en el Manantial lo hizo prisionero el gobernador de Tucuman Gutierrez, y murió fusilado el 17, así como otras personas que lo acompañaban.

Este retrato es inédito y su original fué donado al «Museo Histórico» por su viuda la señora Francisca Araoz de Alvarez. Es una fotografía oval, retocada al lapiz, que mide 44 centimetros en su diámetro mayor y 36 en el menor.

" 274 — *General Angel Vicente Peñaloza [á] El Chacho.* — Montonero riojano. Fué comisionado nacional en esa provincia el año 1861 y muerto en la misma el 12 de noviembre de 1863.

Se han hecho publicaciones diversas del retrato de este caudillo, pero consideramos inédita la que acompaña estas Memorias, tomada de un cuadro al oleo, regularmente ejecutado, sin firma de autor, que mide 63 centimetros de alto por 52 de ancho y que ha donado al «Museo Histórico Nacional» el general José Ignacio Garmendia. Es igual al daguerreotipo, un tanto borrado, que donó el doctor Joaquin V. Gonzalez.

" 431 — *Fortunata García de García.* — Nació en Tucumán en 1802. Era esposa del doctor Domingo José García, secretario de Belgrano, y robó para salvarla de mayor vejámen, la cabeza de Avellaneda, expuesta en la plaza de aquella capitál.

Su retrato ha sido tomado de una fotografía remitida por el Sr. Gobernador de la Provincia de Tucumán doctor Araoz.

PÁGINA 435 — *Vista de San Bernardo de Tarija*, [Bolivia], (1). — Debe su denominación al español Francisco Tarija, quién descubrió el valle en donde el virrey Toledo mandó fundarla en 1591, á orillas del río del mismo nombre.

Es una fotografía tomada por Moisés Valdés y enviada desde Potosí por el doctor Modesto Omiste, al señor Adolfo P. Carranza.

« 471 — *Cráneo del General Gregorio Araoz de La Madrid.* — En el dia de la exhumacion de sus restos el Dr. Marcelino Aravena hizo una fotografía del cráneo y el Dr. Eliseo Canton otra del mismo agregando las costillas lesionadas y la bala que se encontró en el parage que indica el acta.

Estas fotografías son las que han servido para tomar las dos láminas que se acompañan.

Damos aquí por terminado nuestro trabajo, y si no resulta tan completo como hubiéramos deseado, culpa es del escaso tiempo de que hemos podido disponer.

J. A. PILLADO.

Núm. 36

Donde dice NIETO, léase SOBRINO NIETO

---

(1) Esta lámina, debió tener su colocación en la página 122 del Tomo 1° de estas Memorias, pero habiendo llegado cuando ya estaba aquél todo impreso, fué agregado en el apéndice.

CENTENARIO

DEL

GENERAL LA MADRID

Y

TRASLACION DE SUS RESTOS Á TUCUMÁN

1795 - 28 DE NOVIEMBRE - 1895

Cuando estaba para terminarse este segundo tomo de las «Memorias del General La Madrid», llegó el 28 de noviembre de 1895, dia del centenario de su nacimiento, que se preparaba á festejar honrosamente, la provincia de Tucumán.

Hemos creido conveniente, entonces, agregar en este *Apéndice*, los documentos que se relacionan con la exhumación de sus restos en la Capital de la República y posterior traslación á su ciudad natal, como asímismo los discursos que debían pronunciarse en el momento que comenzaba la fiesta del centenario, interrumpida trájicamente por el fallecimiento repentino del señor gobernador, doctor Benjamin Araoz.

Este suceso inesperado que tuvo lugar á las 11 y 30 a. m., convirtió en un dia de duelo, al que debía ser de expansiones patrióticas, y nada mas justo que colocar el retrato de aquel digno magistrado en la obra por cuya publicación se interesó y lleva á cabo, cuanto por todo lo que hizo para celebrar esa fecha con la mayor solemnidad y entusiasmo.

ANTECEDENTES

Buenas Aires, mayo 14 de 1895.

Señor doctor don Benjamin Araoz, Gobernador de la Provincia de Tucumán.

Mi estimado amigo:

Permitame que vuelva á molestarlo distrayéndolo de las tareas administrativas, para hablarle de asuntos viejos que conviene rememorar como un homenaje para los que fueron y un estímulo para los que vendrán.

Son actos de gratitud y de justicia—no se ofende á nadie con ellos, y en un país nuevo como el nuestro, donde se está fundiendo la nacionalidad, consídero útil y hasta como un deber el realizarlos.

Nos encontramos al finalizar del siglo y tócale á la generación á que pertenecemos, cruzar el centenario de los miembros de aquella á quien cupo en suerte asistir á la aurora de nuestra emancipación participando de sus sacrificios y sus glorias.

El 17 como V. sabe se celebrará en San Luis el centenario de Pringles y la colocación de sus restos en el sepulcro que le ha destinado el reconocimiento de sus comprovincianos, á cuya ceremonia me haré un deber en asistir.

En junio próximo se cumplen los de Escalada, Ramos, Pacheco, dias en los que trataré de honrar de una manera patriótica su memoria lamentando no saber la fecha cierta del de Barcala, el *caballero negro*, del que se conserva una tradición simpática en su provincia natal, Mendoza.

Tucumán tambien tiene su fecha simpática en el año que corremos y al dirijirle estas lineas, me mueve el deseo de que V. como primer magistrado de esa Provincia tome la iniciativa y lleve á cabo la apoteósis de un argentino que es el tipo del héroe legendario, bravo y constante, soldado de la Independencia y de las luchas por la libertad, el general Gregorio Araoz de La Madrid, que permanece olvidado de Vds. cuando no hay pájina de nuestra historia durante cincuenta años, donde no se tropiece con su nombre, con su acción, con sus servicios y con sus desgracias.

El 28 de noviembre harán cien años de su nacimiento en Tucumán y ¿qué mejor ocasión tiene un gobernante para hacer un llamado al patriotismo de los suyos, que cuando indica ó promueve un acto de reparación al rededor de un varón ilustre?

La Madrid lo és y Tucumán que ha esculpido nombres gloriosos en alguno de sus monumentos sin respetar quizá el orígen y la razón de ser de ellos, permanece indiferente con aquél, sin un departamento que lleve su nombre, sin que él pueda estar siempre en el pensamiento ó en el corazón de sus hijos, sin darle digna sepultura á sus restos que se guardan ignorados en el cementerio del Norte de esta capital.

Y bien, no obstante que aún espero su promesa de marzo del año pasado, cuando me permití indicarle que en esa capital debía elevarse una estatua al doctor José Colombres, signatario del acta de independencia é introductor de la caña de azúcar, que hace la riqueza de esa Provincia, en que V. me decía:—«Me parece buena la idea Después que pasen los primeros meses de agitación, he de tener el gusto de volver sobre tan interesantes temas», ahora le propongo esta otra, para que durante su administración ejecute ambas obras, que han de ser bien miradas por su pueblo y dejarán huella simpática de su gobierno.

Hacer un buen sepulcro, llevar sus restos y colocarlos en aquel, el dia del centenario, sería una apoteósis digna del héroe, de Tucumán y de su nombre.

Si acepta y pone mano á la obra, yo me encargaré de buscarlos y de servir en la consagración de ella con todo mi entusiasmo y todos mis afanes

Recuerde V. cuanto valió á Luis Felipe, la repatriación de las cenizas de Bonaparte,—lo que hizo Avellaneda en 1877 cuando inició que se trajeran de Francia las de San Martin y lo que hoy mismo se lleva á cabo en San Luis, donde según tengo entendido,

hace un mes que se ha dado tregua á la política y confundidos los partidos en un solo deseo, en una solo aspiración, se preocupan de celebrar del modo más espléndido que les es posible y en la medida de sus recursos, la fiesta en honor de Pringles,—en la que diré á V. de paso, han debido tener representación todas las provincias argentinas, porque los próceres de esa talla sino llenan el escenario como actores de primera fila, como San Martin, Moreno, etc., son astros asimismo cuyos rayos iluminan hasta el último rincón del territorio de la República.

Los pueblos tambien se gobiernan con iniciativas de este género con rasgos de elevación y patriotismo y el nuestro por su origen latino, es amante de la gloria y de cuanto es justiciero y generoso.

Perdone que sea tan extenso, pero, he querido tocar su fibra patriótica y ya que no está en mis manos levantar altares en toda la República en honor de nuestros grandes hombres y en recuerdo de sus brillantes acciones, me satisface que sean amigos mios, jóvenes de mi época los que conmuevan de vez en cuando á estos pueblos, hartos de las ajitaciones de la política y de los desencantos que ella acarrea, levantándoles el espíritu, impulsándolos á honrar el pasado para que se empinen hácia el porvenir que sin duda será más placentero y fecundo cuando la nacionalidad se consolide y millones de hombres libres se envanezcan de ser argentinos.

Con mis sentimientos amistosos, lo saluda su siempre aftmo. y S. S.

ADOLFO P. CARRANZA.

Tucumán, mayo 20 de 1895.

A Adolfo P. Carranza

Buenos Aires.

Agradezco mucho su aviso. Me pongo por completo al servicio de tan noble pensamiento. Avíseme si tiene seguridad de que en este año se cumple el centenario para dictar un decreto que salve el silencio involuntario.—Publicaremos las Memorias y ha-

remos una fiesta digna del ilustre argentino. Vd. debe comprender lo satisfactorio que me será contribuir á la celebración de tan patriótico aniversario.

Quizá no haya tiempo de levantarle un monumento, pero, traeremos sus restos, para que se conserven en su ciudad natal, rodeados del amor de sus comprovincianos.

Lo saluda su amigo.

BENJAMIN ARAOZ.

El Senado y Cámara de Diputados de la Provincia de Tucumán, sancionan con fuerza de—

LEY:

Art. 1º. Autorízase al Poder Ejecutivo para invertir de rentas generales, hasta la suma de *diez mil* $ m/n. en conmemorar el centenario del benémérito é ilustre general don Gregorio Araoz de La Madrid.

Art. 2º. El gasto que ocasione la presente ley se imputará á la misma.

Art. 3º. Comuníquese al P. E.

Dada en la Sala de Sesiones de la Honorable Legislatura, en Tucumán á veinte y cuatro de octubre de mil ochocientos noventa y cinco.

A. S. SAL.
R. Mendioroz.
Secretario del H. Senado.

E. VAZQUEZ.
P. J. Alvarez (hijo).
Secretario de la C. de Diputados.

Buenos Aires, octubre 26 de 1895.

Téngase por ley de la Provincia, cúmplase, publíquese, dése al Registro Oficial y archívese.

ARAOZ.
L. A. CÓRDOBA.

Resoluciones del Poder Ejecutivo

PROVINCIA DE TUCUMAN

Ministerio de Gobierno

Tucumán, octubre 28 de 1895.

Siendo conveniente que la celebración del centenario del general La Madrid, tenga un carácter popular y tomen en ella participación directa los Jefes y Oficiales de la milicia ciudadana.

El Gobernador de la Provincia, en acuerdo de Ministros—

DECRETA:

Art. 1º. Nómbrase una comisión central, compuesta por los jefes de Regimiento de la Guardia Nacional activa de la Capital, señores teniente coronel don Eudoro Vazquez, don Zenón J. Santillán, don Delfin Gigena, doctor Fabio Lopez Garcia, doctor Román F. Torres, don Abraham Medina y Modesto F. Sosa, para que adopte las medidas que considere convenientes para el mejor éxito de la fiesta cívica, que se celebrará el 28 de noviembre próximo, en conmemoración del primer centenario del general de la Independencia don Gregorio Araoz de La Madrid.

Art. 2º. La comisión central del Centenario será presidida por el Inspector General de Milicias, y estará facultado para nombrar subcomisiones en todo el territorio de la Provincia, debiendo componerse estas con preferencia, de Jefes y Oficiales de la Guardia Nacional. - Actuara como secretario de la comisión el sargento mayor don Tomás Juarez.

Art. 3º. El programa de las fiestas que proyecte la Comisión Central será sometido á la aprobación del Ministerio de Gobierno.

Art. 4º. Invítese al Exmo. Gobierno Nacional, á los Gobernadores de Provincia, á las corporaciones civiles y eclesiásticas residentes en Tucumán, cónsules, empleados nacionales, etc.

Art. 5º. Los gastos que demande el cumplimiento de este Decreto, serán imputados á la ley del 26 del corriente mes.

Art. 6º. Comuníquese, publíquese, dése al Registro Oficial y archívese.

ARAOZ.
L. A. Córdoba.
Alberto de Soldati.

Tucumán, noviembre 5 de 1895.

Habiendo comunicado el señor Adolfo P. Carranza que los descendientes del general La Madrid estân dispuestos á permitir la traslación de los restos de este ilustre guerrero desde la Capital de la República, y

CONSIDERANDO:

1º. Que es deber de las autoridades de la Provincia rendir el homenaje debido á la memoria de dicho Jefe:

2º. Que mientras no se construya el panteón nacional es conveniente transportar sus restos á la Provincia de su nacimiento que se propone rendirle honores póstumos;

3º. Que ha llegado el momento oportuno para hacer dicha traslación con motivo del primer centenario de aquel ilustre patricio.

El Gobernador de la Provincia

DECRETA:

Art. 1º. Solicítese oficialmente á la familia del general don Gregorio Araoz de La Madrid el permiso necesario para el objeto indicado.

Art. 2º. Nómbrase una comisión compuesta de los señores Agustin Roca, Adolfo P. Carranza, doctor Próspero Mena, y doctor Luis F. Araoz para que disponga lo conveniente á fin de que los restos del general La Madrid sean trasladados á Tucumán y se encuentren en esta capital el día de su centenario.

Art. 3º. Mientras no se ordene la construcción del mausoleo

en que deben ser colocados definitivamente aquellos, el señor Ministro de Gobierno solicitará permiso al señor Vicario Foráneo para depositarlos en lugar preferente en la Iglesia Matriz de esta ciudad.

Art. 4º. Queda autorizada la comisión nombrada para hacer los gastos que requiera el desempeño de su cometido.

Art. 5º. La comisión de referencia gestionará del Exmo. Gobierno de la Nación la cooperación necesaria para el mejor desempeño de su misión, según las indicaciones que se le trasmitirán por el Ministerio de Gobierno.

Art. 6º. Comuníquese, publíquese y dése al R. O.

ARAOZ.
LÚCAS A. CÓRDOBA.

1º. Nombrar una comisión de personas espectables de esta Provincia residentes en Buenos Aires para que reciba con las formalidades debidas los restos del general don Gregorio Araoz de La Madrid, y los conduzca hasta esta capital.

2º. Solicitar del Gobierno de la Nación una guardia de honor para que custodie los restos que conduce la comisión de que habla el artículo anterior.

3º. Nombrar una comisión militar compuesta de un jefe de regimiento, un jefe de batallón, un sargento mayor, un capitán, un teniente 1º, un teniente 2º. un subteniente, un sargento, dos cabos y diez soldados de la Guardia Nacional, para que se trasladen el dia 27 á la estación «La Madrid», donde se incorporará á la comisión de la Capital Federal.

4º. Los restos del general La Madrid estarán en la estación del F. C. Central Córdoba el dia 28 á las 7 a. m.

5º. La comisión encargada de conducir los restos hará entrega de ellos en la estación del F. C. Central Córdoba al señor Gobernador de la Provincia.

6º. En el acto de la entrega se le harán los honores militares correspondientes á su rango de General de División, por la fuerza que oportunamente se designará.

7º. Los restos serán conducidos desde la Estación á la Iglesia Matriz por la calle 24 de setiembre, observándose en el cortejo el orden siguiente:

a) — Abrirá la marcha un piquete de caballeria.
b) — Una banda de música.
c) — Asociaciones civiles, extranjeras y nacionales.
d) — Corporación municipal y cuerpo consular.
e) — Carro especial con los restos custodiados por gefes y oficiales de la Guardia Nacional.
f) — Gobernador de la Provincia, Representante del Gobierno Nacional, Cuerpo Diplomático, Ministros de la Provincia, representantes de Gobernadores de Provincia y Territorios Nacionales, Administración de Justicia, Cámaras Legislativas, empleados de la administración y comitiva oficial.
g) - Columna militar en el orden que se determinará oportunamente.

8º. Los restos serán depositados en la Iglesia Matriz, quedando custodiados por una guardia compuesta de jefes y oficiales, durante 24 horas.

9º. El dia 28 á las 8 y 30 a. m. se hará una fiesta religiosa en la Iglesia Matriz, formando de parada la división de la Guardia Nacional.

10. El mismo dia, pasado el desfile se hará una recepción oficial en la casa de Gobierno, donde se repartirán las medallas conmemorativas del acto.

11. Declarar feriado el día 28.

12. Fuegos artificiales en la Plaza Independencia.

13. Colocar una placa conmemorativa en el pedestal que sostendrá la urna.

14. Gestionar del Gobierno Nacional un tren especial para conducir los restos desde esa Capital hasta esta Provincia.

15. Gestionar del Gobierno Nacional mil uniformes.

16. Gestionar ante las empresas de los Ferrocarriles que atraviesan la Provincia pongan trenes especiales con tarifas reducidas para los dias que se celebre el Centenario.

17. Solicitar del vecindario el embanderamiento de la ciudad.

18. Mandar acuñar cien medallas conmemorativas de plata, cinco mil de cobre y cinco mil retratos del héroe.

19. Mandar construir un carro especial para la conducción de los restos.

20. Contratar el alumbrado eléctrico por las noches del 27, 28 y 29.

21. Solicitar á la H. C. Municipal que dé el nombre de «General La Madrid», á alguna de las plazas públicas de esta ciudad.

22. Promover una fiesta social para el día 29.

23. Nombrar comisiones de jefes y oficiales de la Guardia Nacional para recolectar fondos por medio de una suscripción popular para contribuir á las fiestas del Centenario.

EUDORO VAZQUEZ.
Presidente.

Tomás Juarez,
Secretario.

Apruébese, con las modificaciones hechas por este Ministerio el precedente programa confeccionado por la comisión encargada al efecto.

L. A. CÓRDOBA.

Es cópia—

R. Rosa.

Decreto del Gobierno Nacional

Buenos Aires, noviembre 20 de 1895.

Debiendo celebrarse el 28 del corriente el centenario del ilustre guerrero de la Independencia, general don Gregorio Araoz de La Madrid, en la ciudad de Tucumán por iniciativa del Exmo. Gobierno de la Provincia del mismo nombre, y siendo un deber del Gobierno Nacional asociarse á este acto como un justo homenaje á la memoria de tan preclaro prócer de la Independencia.

El Presidente del Honorable Senado, en ejercicio del Poder Ejecutivo.

DECRETA:

Artículo 1º. Nómbrase en comisión á los señores doctores Manuel F. Mantilla, Torcuato Gilbert, Marcelino Aravena y señores Marco Avellaneda, Pablo Lascano y Ramón Lopez Lecube, para que, trasladándose á la ciudad de Tucumán, representen al

Gobierno Nacional en las fiestas que se celebrarán con tal motivo.

Art. 2º. Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Nacional.

ROCA.

BENJAMÍN ZORRILLA.

Circular

Señor....

La Comisión encargada por el Gobierno de la Provincia de Tucumán para exhumar el cadáver del general Gregorio Araoz de La Madrid y conducir sus restos á su ciudad natal, invita á Vd. á presenciar el acto, el mártes 19 del corriente á las 9 a. m. en el Cementerio del Norte.

Buenos Aires, noviembre 16 de 1895.

Próspero Mena — Luis F. Araoz
Adolfo P. Carranza — Agustín Roca

LITO GUILLERMO KRAFT CUYO 1124 Bs AIRES

Copia fotográfica tomada por el doctor Marcelino Aravena.

ACTA

DE LA EXHUMACION DE LOS RESTOS DEL GENERAL GREGORIO ARAOZ DE LA MADRID

En la ciudad de Buenos Aires, á los diez y nueve días del mes de noviembre de mil ochocientos noventa y cinco, reunidos en el Cementerio del Norte los miembros de la comisión nombrada por el Gobierno de Tucumán con fecha 5 del corriente, y compuesta de los doctores Próspero Mena y Luís F. Araoz y los señores Adolfo P. Carranza y Agustin Roca, á objeto de recibir los restos del general La Madrid para trasladarlos á su ciudad natal, encontrándose en el sepulcro de la familia del general Diaz Velez, en presencia y con el consentimiento de sus deudos la señora Josefa Araoz de La Madrid y doctor Marcelino Aravena, nuera y nieto del General, de deudos, antiguos compañeros de armas y ciudadanos que habían concurrido á presenciar el acto, se procedió á destapar un cajón que, por las señas de los deudos y constancia de los libros de la administración que dicen haberse sepultado en dicha tumba el seis de enero de mil ochocientos cincuenta y siete al general don Gregorio Araoz de La Madrid, fallecido el dia anterior, y abierto que fué y reconocido por las insignias militares, cuyos despojos se veian; los doctores Aravena y Canton manifestaron que encontraban el esqueleto completo con excepción de los dientes, cuya caída se habia efectuado antes de su muerte—en el craneo se notaban las siguientes cicatrices:—una oblicua en la parte media y superior del hueso frontal, otra en la sutura fronto-parietal derecha, otra en la sutura temporo-parietal—ademas dos cicatrices próximas una á la otra en la parte media del parietal derecho; otra de grandes proporciones dirigida transversalmente á la sutura, latoidea, á cuatro centímetros de la sutura ocipito-biparietal—ade-

mas dos cicatrices ulcerativas en el hueso oscipital y en la sutura ocípito-parietal derecha; notábase tambien vestigios de una cicatriz en los huesos propios de la nariz —y tambien se encontró en la séptima costilla una herida de forma ovalada que habia dado paso á una bala de plomo de doce milímetros de forma esférica, que se alojó en la cara interna de la misma costilla, donde dió lugar á la formación de un proceso ulcerativo con trayecto fistuloso en la misma costilla. Esta costilla se habia adherido por una brida cicatricial ó sea con la costilla próxima inferior.

Cerrada la urna, los miembros de la comisión firmaron para constancia esta acta con los señores presentes que quisieron hacerlo.

Próspero Mena — Adolfo P. Carranza — Luis F. Araoz — Eliseo Canton — Josefa Araoz de La Madrid — Marcelino Aravena — Silvano Bores — Clemente L. Fregeiro — José M. Bustillo — Manuel F. Mantilla — José J. Biedma - Nolasco Córdoba — Juan Ovando — Manuel Cigorraga — Uladislao Frias — Francisco B. Madero - Adolfo S. Gomez - Carterio A. de La Madrid — Maria Alvarez Aravena — José A. Pillado - A. Carranza Acosta — R. Bolivar — Victor Ramos — Enrique Berro y La Madrid - L. A. Córdoba [hijo] — Angel F. Avalos — Ramon R. Garcia — Juan A. del Campo — Julio E. Gonzalez — Reinaldo L. Beret — F. J. Canton — J. W. Gex — Manuel Súnico — José G. Berro y La Madrid — A. E. Rusiñol — A. G. Carranza Mármol — Ana O. Aravena de Rodriguez — Miguel Olmos — Juan Pablo Córdoba — B. Luna y Liendo — Gregorio A. de La Madrid — Francisco B. Astigueta — P. I. Caraffa — Juan Carlos Amadeo — Silvestre A. de La Madrid — Rafael Hernandez — Rufino Córdoba — M. Gazcón y Araoz — Benjamin Maldonado — Antonio Fonrouge Armando Berro La Madrid — Angel Justiniano Carranza - Emilio Rodriguez — Francisco A. de La Madrid — Francisco L. Garcia — Guillermo Araoz — M. Sivilat Fernandez — Alfredo Meabe — Andrea A. La Madrid de Berro — Emilio A. Córdoba Desiderio Manrique — Luis Pillado Ford — Avelino D. Martinez — A. Reolin — Federico W. Fernandez — Mercedes A. La Madrid de Berro — E. Canton — Francisco Acuña — Juan J. Saltó Adolfo Labougle (hijo) — C. del Molino Torres - Eduardo O. Basualdo — Mariano de Vedia Agustin Roca — Guillermo Achaval - Alejandro Rosa - Guillermo Maschwitz Victoriano E. Montes.

LITO GUILLERMO KRAFT CUYO 1124 B.S AIRES

Copia fotográfica tomada por el doctor Eliseo Canton.

Los restos del general La Madrid

SU EXHUMACION

(De *Tribuna*)

Hízose esta mañana en el cementerio del norte, la exhumación de los restos del general Gregorio Araoz de La Madrid, que deben ser conducidos á Tucumán, donde se celebrará su centenario el 28 del corriente.

Abierta la caja fúnebre, apareció el cráneo del prócer, que tiene la huella de varios formidables hachazos, encontrándose además una bala de á onza, que ha debido estar alojada en el pulmon derecho, á juzgar por el lugar en que se la halló.

De esa bala se hizo cargo el Sr. Adolfo P. Carranza, director del Museo Histórico Nacional, en el que figurará esa reliquia.

Pasados los restos por una solución de cal, se les colocó en la urna preparada al efecto por aquel mismo señor, en la que se lee esta inscripción:

GENERAL G. A. DE LA MADRID

1795—1857—1895

Al cerrarse la urna, el señor Olmos leyó el siguiente

Discurso del Dr. Silvano Bores

Un grupo de comprovincianos recoje en la silenciosa modestia de los recuerdos los restos de un guerrero.

Salen del sepulcro del que fué grande y al despertarlo para cambiar su último lecho, debemos agradecer á los que le dieron hospitalidad. Buena familia de Velez,

una gloria se aparta de otra gloria. En nombre de Tucumán, gracias.

Queda solo el compañero de Belgrano, el segundo vencedor de Tristan, mientras regresa La Madrid á las imponentes soledades de su infancia; pero al separarlos, tierra argentina los unirá por los siglos de los siglos, como los uniera un dia la esperanza, la espada y la victoria en aquellos sueños de independencia que despertaron auroras y naciones.

¿Quién pisará en son de guerra los caminos que ellos recorrieron? Aquí los hombres de *Mayo*, allá los hombres de *Septiembre* y de *Julio*, y al pié de los Andes, el Cuyo de las frescas energias, desafiando terremotos, reedificando ciudades, y sus hijos, San-martines de la paz, dominadores de fuerzas destructoras, hacen del peligro el amigo mas leal de su destino, cuidan las tumbas—cunas de la patria, de los que llevaron la primera bandera argentina como símbolo de redención.

Descansa Diaz Velez en la Recoleta porteña! Cerca de tí está Belgrano, mezcla de Temistocles y Aristides. — San Martin el dueño de las altas cumbres, aún tiene listo el caballo de batalla, animado por las blancas y soberbías olas del Plata, atraído por la Pampa y llamado por los viejos desfiladeros de la montaña, donde el oriente da la mano al occidente, en la separación de dos océanos, donde el sol y la estrella se miran recelosos antes de refundirse en una sola explosión de luz para bien de la raza latina y de todos los hombres que desean confundirse y amarse, en la región de todas las zonas. Nadie perturbará tu sueño. La bandera que juraste defender, cubre tu sepulcro sostenida por el brazo tranquilo y firme de mis altivos hermanos los «porteños», que llevan guante y espada para la paz y para la guerra. Si! duerme en tu casa! En Buenos Aires donde vela el porvenir con el fuego sagrado de sus plazas históricas.

Nosotros, hombres del norte, nos llevamos al sableador, al rival del tigre y del león, sacándolo de la luz

de muerte de un sepulcro de luz para reanimar energías, despertar recuerdos y enseñar á los humildes el derrotero de la inmortalidad. La Madrid espada, brilló en el camino del Alto Perú con deslumbramientos de centella y dentro del corto, sombrío y doloroso periodo de la tiranía, entregó á su pueblo — Tucumán — á las briosas resistencias. Avellaneda, orador y mártir, confirmó con su sangre el honor de los libres y la espada tuvo idea y el Aconquija simpáticos representantes en los recuerdos argentinos.

Sí, el grito del Aconquija, que armó los guerreros de los Andes, al apagarse con Belgrano moribundo pasó montañas dominó olas y fueron vencedores los que llevaron de las soledades donde vá á descansar La Madrid, el eterno silencio de la historia.

Al salir de este sepulcro, abandonas la ciudad de los grandes recuerdos, la ciudad que el guerrero no conoció y que en las horas tristes de la vida confundió sus pesares de batallador con los ideales de un niño grande, hoy capital de la República que fundaste con tu espada.

Y asi se aproximan los elementos. El hijo del Aconquija ha dormido muchos años al lado de esta ciudad de Buenos Aires, como la prueba viviente de que las olas del mar dulce se aproximan á otras olas de tierra, y aguas y cerros nos dan la unidad de esta pátria, suprimiendo las distancias y acercando la montaña á las olas.

Sí, la gloria de la gloria se aparta y al pasar estos polvos humanos desprendidos de otros polvos batalladores, los que estamos aqui podemos hacernos una pregunta: debió La Madrid regrezar á Tucumán? debió Diaz Velez quedarse en Buenos Aires? La posteridad, llamándose en el silencio de sus propios desastres, quizá nos pueda dar una palabra.

PROVINCIA DE TUCUMÁN

Ministerio de Gobierno

Tucumán, noviembre 18 de 1895.

Habiendo la Comisión nombrada por decreto de 5 del corriente comunicado á este Gobierno que ha terminado con éxito las gestiones que se le encomendaron ante el Gobierno Nacional y ante los deudos del general La Madrid para hacer la traslación de sus restos desde la Capital Federal y siendo un deber del Gobierno procurar que este acto se realice con los honores y solemnidad debidas.

El Gobierno de la Provincia—

DECRETA:

Art. 1º Nómbrase al señor senador nacional don Francisco L. García, á los señores diputados nacionales don Marco Avellaneda, don Eliseo Canton y don Próspero Mena y á los señores doctor don Luis F. Araoz, Agustin Roca, Adolfo P. Carranza y Nolasco Córdoba, para que en representación del Gobierno de la Provincia de Tucumán, acompañen los restos del guerrero de la Independencia general don Gregorio Araoz de La Madrid, desde la Capital de la República hasta la ciudad de Tucumán.

Art. 2º Comuníquese, publíquese y dése al Registro Oficial.

ARAOZ.

L. A. CÓRDOBA.

Es cópia -

R. Rosa.

Traslación de los restos á Tucumán

El mismo dia veinte, despues de colocarse los restos en la urna, esta fué llevada á casa de su nieto el doctor Marcelino Aravena, donde quedó depositada hasta el 26, á las 9½ a. m., en que un carro fúnebre costeado por el Gobierno Nacional y escoltado por el batallon 8° de infantería de línea, le hicieron cortejo en su trayecto á la casa de gobierno, donde se bajó la urna y fué colocada en el salon principal del Estado Mayor, con una guardia de honor.

A las 2½ p. m. se sacó nuevamente para conducirla á la Estación Central, formando en orden de parada el mismo batallón. Puesta en un wagon del tren, este partió á las 3 p. m. y llegó á Tucumán á las nueve de la mañana, del 28.

Dejamos á un diario de la localidad — *La Democracia*,—la descripción de lo que pasó despues.

Dice así:

Muy temprano, no menos que con dos horas de anticipación, el batallon 3° de línea, el cuerpo de vigilantes y varios regimientos de infantería y artillería de la Guardia Nacional esperaban en correcta formación frente á la estación central y sobre la calle 24 de septiembre la llegada del tren que conducia aquella reliquia que tan caro nos cuesta.

El convoy llegó á las nueve y veinte, siendo recibido en la estación por inmenso pueblo que escalonado en sí mismo, si se nos permite la frase, llenaba el anden y terrenos vecinos. Todos estaban allí cuando la comitiva oficial y doscientos viajeros más abandonaban los wagones, menos el Gobernador de la Provincia y su séquito,

lo que no dejó de ser observado por los representantes del Gobierno Nacional. Ese es un detalle que debió preocupar á los amigos del doctor Araoz, por que no hay ejemplo de que, tratándose de practicas sociales. este hombre haya infringido ni las más leves prescripciones de la más esquisita y delicada cortesía. Solía ser el primero en acudir en las citas, y en casos como ayer solo un acontecimiento muy grave le podía detener un minuto.

¿El doctor Araoz se sentía enfermo ó influenciado por un secreto aviso de su alma noble y generosa?

Difícil es averiguarlo. El hecho es que saludó á la comitiva portadora de los restos del héroe, diez minutos despues de su llegada; y todo el mundo pudo ver la faz lívida de su rostro y el velo de amarga tristeza que muy ligeramente cubría la dulce ronrisa que el joven gobernante parecía tener estereotípada en los lábios.

Allí permaneció de pié mientras se pronunciaban los siguientes discursos:

Del Sr. Marcos Avellaneda

SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES:

En nombre de la comisión que tiene el honor de representar al gobierno de la Nación, entrego al gobierno y al pueblo de Tucumán, los restos venerados del general don Gregorio Araoz de La Madrid, ilustre guerrero de la independencia, esforzado campeón de la libertad argentina. El gobierno de la Nación, se asocia al justo y merecido homenaje que tributais á la memoria de uno de sus mas preclaros hijos, cuyo nombre, patriotismo y heroísmo, no serán jamás olvidados por los argentinos.

No me sorprende, señores, el hermoso espectáculo que

presentamos viendo agruparse al pueblo de Tucumán, para rendir tributo de admiración, de respeto á la memoria de La Madrid, porque no puede haber un hijo de esta tierra que no se sienta conmovido en presencia de las cenizas del héroe, cuyo nombre está ligado á las altas glorias de Tucumán y á sus mas grandes infortunios.

No haré inútilmente la historia de la vida del general La Madrid, porque ella está gravada en el corazón de los tucumanos. Permitidme, solo, recordar los grandes acontecimientos en que fué el representante de los anhelos patrióticos y del heroismo del pueblo en que nació.

La Madrid era casi un niño, tenía 17 años de edad, cuando tomó parte en la famosa batalla del 24 de septiembre de 1812, por la cual Tucumán, fué llamada «el sepulcro de los tiranos» y su conducta en aquella memorable acción de guerra y en la persecución que se hizo al ejército en derrota de Tristán, fué tan patriótica y tan distinguida, que desde entonces se captó la amistad, la confianza y el afecto del general Belgrano. ¡Como Tucumán no ha de amar la memoria de aquel de sus hijos que fué el predilecto del virtuoso y noble vencedor de la Ciudadela!

Terminada la lucha por la independencia después de largos años de combates en los que La Madrid hizo brillar su terrible espada, peleando con valor indescriptible — la guerra civil sucedió á la de la independencia — guerra tremenda entre la civilización y la barbarie.

Tucumán, señores, la vencedora de Tristan — la ciudad en que se dictó el acta santa de la Independencia argentina, fiel á sus tradiciones y á su historia, acaudillada por el general La Madrid, dió tres batallas contra las hordas que mandaba el famoso *Facundo*.

En una de ellas quedó tendido La Madrid en el campo de batalla con el cuerpo acribillado de heridas, y algunas horas después al sentir una mano que oprimía las suyas, abre los ojos y creyendo encontrarse en presencia del enemigo, exclama: «No me rindo», revelando

una altivez y un heroísmo de que solo habian dado ejemplo los mártires del cristianismo.

Señores: La anarquía, como fatalmente sucede siempre, produjo la tiranía, y en esta vez, tan animosa como sangrienta — Tucumán era hasta entonces libre, pero debía levantarse para libertar á sus hermanos, y si no lo conseguia por que la lucha con el tirano era desigual, para demostrar por lo menos que era el mismo pueblo de 1812, y para evitar con su protesta armada que la tiranía de Rozas figurase en la historia como una vergüenza y una ignominia para los argentinos. Y Tucumán hizo su pronunciamento heróico contra Rozas el 7 de abril de 1840, dirigido como jefe militar por el general Gregorio Araoz de La Madrid. Todos sabemos cuantos esfuerzos hizo Tucumán, como corrió la sangre generosa de sus hijos en aquella gigantezca lucha por la libertad. — La Madrid á la cabeza de un ejército tucumano atravesó, montes y llanuras, infundiendo el terror en los esclavos, levantando el espíritu de los libres, y asi ocupó sucesivamente las provincias de Catamarca, La Rioja, Córdoba y finalmente las de Cuyo, en donde fué vencido por la fatalidad ó por la ley misteriosa que determina que, para que el arbol de la libertad retoñe frondoso debe ser regado por la sangre de los héroes y de los mártires. Hace bien Tucumán en recibir con tanta pompa las cenizas del general La Madrid. — Los pueblos no pueden ser grandes, ni pueden ser felices, sino cuando practican las grandes virtudes, y de ella la mas alta es la de venerar y honrar á sus héroes, amando lo que ellos amaron y presentando como ejemplos á imitarse sus actos de patriotismo y de abnegación.

Guardad, señores, con religioso respeto estas cenizas, para que la sombra del Héroe os infunda alientos varoniles en las horas de desfallecimiento.

Señores: paz en la tumba del que tanto batalló en la vida! Honor y gloria al defensor de la independencia y de la libertad, que son los dos mayores bienes que pueden poseer los pueblos!

Del General Garmendia

SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES:

Habiendo sido honrada la comisión que presido por S. E. el señor Ministro de la Guerra para custodiar estos restos inmortales y representar al ejército en este solemne acto me veo obligado á tomar la palabra no solo por cumplir un deber sagrado sino por el sentimiento de admiración que inspira la memoria de tan ilustre guerrero.

Cuando damos vida entre brillantes apoteósis á las glorias de la patria, es que nos domina un ardiente anhelo de reverencia y reparación hácia los héroes olvidados, esos egregios ciudadanos que sucumbieron en las sangrientas lides, en la nostalgía del ostracismo, ó entre las amargas vicisitudes de la ingratitud de sus conciudadanos: ese remordimiento, aunque tardío, impulsa estos actos grandiosos de los pueblos: reconocen que necesita la tradición escrita guardar en sus páginas como el inmenso santuario de una nación, las virtudes cívicas y guerreras de sus esclarecidos hijos y es entónces que el bronce reverbera los rayos de la vida y afirma en alta honra lo que la envidia talvez quiso destruír.

El Bayardo de los campos argentinos al morir casi en la indigencia y en solitario albergue, no pensó jamás ni remotamente que un siglo iluminado por la grandeza nacional, agradecido, coronaría su memoria con los lauros de sus hazañas, de esas hazañas de héroe que ya han pasado á la leyenda pátria, y que resuena como el canto del bardo de los combates en el corazón de todo argentino.

Tucumán fué su cuna, esa tierra de hombres libres donde la independencia de las comarcas del Plata con

solidó su obra entre el esplendor de la victoria y la sanción del derecho que proclamó la libertad de un continente.

Sí, en esta hermosa Tucumán donde la soberbia cabeza del mas grande de los mártires de la libertad argentina, cercenada por un bárbaro y expuesta en la picota de los delincuentes, al escarnio de los sicarios del terror, dijo á los pueblos oprimidos:

¡Oh argentinos! Hemos muerto aquí por haber intentado romper tus cadenas!

Fué allí donde entre las brisas de la montaña y el dulce trino de los pájaros canoros, columpió su cuna, arrullado por los génios de la guerra, y el destino propicio que al señalar su estrella le arrojó á la liza interminable para vivir batallando como el antiguo caballero de las buenas causas.

En el albor de sus años cuando se levantaba aquel sol ensangrentado de la magna epopeya de la independencia, siendo aún un niño, sintió que había nacido para iluminar su historia con los relámpagos de su espada y que su vocación lo empujaba al tumulto de la batalla, y que en su alma sacudida por un noble sentimiento se encerraba el volcán del heroísmo.

Dió principio á su carrera como el Hércules griego, rompiendo en su cuna con sus garras de jóven león las cadenas del esclavo.

Las primeras armas las hizo en el combate de *Suipacha* en 1811; recibió allí el bautismo de los bravos con la serenidad de un espíritu fuerte y desde entónces como impelido por el huracan de la revolución, sigue rápido y constante la escabrosa ruta que lo conduce á la apoteósis, dejando siempre un surco luminoso entre las vicisitudes de la derrota y la alborada de la gloría sigue esa abrumante jornada señalada siempre por la grandeza de su corazón magnánimo: batallando sin tregua, como movido por una fuerza colosal, desconocida, que lo conduce á cumplir una misión sagrada, hasta que el espeso polvo de *Caseros*, como un velo de sombras y

maldición para siempre oculta la tirania, entonces entre las dianas de la victoria, pueden los desterrados doblar la rodilla en la tierra de sus padres y bendecir al hogar abandonado donde nacieron.

Ya en tierra argentina aquel guerrero indomable detiene su planta de proscripto, en medio de ese pueblo de Buenos Aires, que tanto amó, y se encerraba en la meditacion de sus recuerdos para narrar á sus conciudadanos la sensible crónica de. sus campañas.

Esa vida de asperezas en que las espinas del camino circunda la frente tan noble y sin doblez, ceso allí al fin: concluye la magna Odisea y la posteridad recoje piadosa su memoria.

Espíritu batallador nacido para la guerra: una abnegacion sublime da fuerza inagotable á su brazo de acero. En la sangrienta lucha se le vé siempre adelante entre el humo del cañon, desafiando el peligro, destacándose con hermosos rasgos como la figura mas culminante de la escena, los destellos de su espada es el punto de reunión de los bravos y si alguna vez se apaga el nervio, y cae el héroe luchando brazo á brazo con el cráneo hendido á golpes de sable, y la noche compasiva con su oscuro velo cual piadosa mortaja, le cubre entre el misterio de la muerte; un fiel servidor investiga la sombra y le busca con empeño entre tanto mutilado cadáver, es entónces que se oye un eco lejano: no es el lamento de dolor que escita la compasión, no es el llanto del pusilánime que anuncia el desfallecimiento moral, nó; es algo como el bramido ahogado de una fiera agonizante: la fiel ordenanza temblando se aproxima ese estertor homérico ha conmovido su alma.....

A las puertas de la muerte el campeón de las libertades argentinas, delira rumores de batalla.

¡No me rindo! ¡No me rindo! Miserables soy La Madrid!, esclama respirando apenas.

Ese es el hombre á quien hoy un siglo ha tejido una aureola de gloria, y si se estima la grandeza del carácter por los sentimientos que impulsa, nadie irá mas

léjos en la consagración á la pátria que el general La Madrid: en su pecho el amor á la libertad anidó una pasión inmensa, el único culto que profesó en toda su vida, el único ideal.

La Madrid, poseía todas las grandes virtudes del soldado, intrépido hasta el temerario arrojo, generoso hasta el exceso, parece que había hecho voto de pobreza, abnegado hasta el sacrificio, humano hasta la piedad, bondadoso, infantil como un niño; el vano orgullo jamás asaltó su alma sencilla, en ese corazón honrado nunca se albergó el ódio ni el rencor.

Lo dominaba el fanatismo de sus convicciones políticas y la lealtad de sus procederes, y es por eso que sale ileso del borron de Arequito.

En los anales argentinos su figura se levanta hermosa como el hombre de guerra por excelencia; allí está su obra encerrada en la fé y el sacrificio: no es la de San Martin, ni la de Rivadavía, pero cooperó á ella con ferviente anhelo: hizo lo que faltó á la de estos ilustres próceres. Nunca podriamos orlar su frente con los laureles de un gran capitán, mas fué el formidable y constante ariete de la acción que rompe la brecha con estrépito y su valer temerario era irresistible, porque nombres como el del Cid ganan batallas después de muertos.

Ahora tucumanos, guardad ese cráneo destrozado que en la magna iliada argentina, alimentó en su interior el foco de luz que iluminó la existencia de ese coraje en acción: los hondos surcos del sable de la barbarie están allí intactos, mostradlos á los peregrinos de la pátria para que sepan como los tucumanos saben sacrificarse por los grandes principios: mostradles y decidles que allí habeis jurado ódio eterno á los opresores de todos los tiempos y de todos los partidos.

Del doctor Eliseo Canton

SEÑOR GOBERNADOR:

PUEBLO DE TUCUMÁN:

A designio vuestro somos portadores de venerandas reliquias que durante 38 años guardó en su seno con respeto y cariño el generoso pueblo de Buenos Aires y que hoy vienen atraídas por la justicia póstuma, á pasar el primer centenario, aurora de nueva vida de inmortalidad, en la misma provincia donde cien años ha se encendiera á la luz del medio día la existencia de Gregorio Araoz de La Madrid.

Campo de sus mejores hazañas, altar de sus primeros martirios. Ciudadela que visteis correr su primera sangre en aras de la emancipación, pueblo de Tucumán que le disteis tu civismo y valor legendario, ya teneís al bravo entre los bravos, al mas humilde de los valientes, honrad la memoria del héroe imitando á la naturaleza misma que nos acompaña á solemnizar mejor este acto, haciendo que los vívidos rayos del sol de Mayo acostumbrados á reflejarse centellantes en la hoja acerada de su mortífera espada, se oculten como el *Aconquija* encumbrado testigo de sus proezas, bajo el nublado velo del firmamento para no ver entrar á la tierra de los libres, reducido á los estrechos límites de una urna cineraria, á quién no conoció otras barreras que los horizontes ilimitados de su valor.

La historia se tomará la grata tarea de estudiar una á una las acciones de guerra en que fué actor principal, elemento seguro de victoria y le asignará el rol preeminente que le corresponde como fundador de la pátria grande; yo me limitaré á hacer resaltar dos hechos que bastan para inmortalizar á un hombre y hacerlo querido ante la posteridad.

A pocos generales como La Madrid deparó el destino la fortuna de esgrimir su espada en defensa de las dos causas mas grandes que para la humanidad existen; la independencia nacional primero y la libertad política de un pueblo oprimido por larga tirania después.

Inició su gloriosa carrera militar luchando á la par de los ilustres patricios que en esta ciudad prepararon la victoria del 24 de setiembre de 1812 sobre el ejército realista de Tristan, para terminarla en la gran batalla de *Caseros* donde nuevos vientos de libertad arrojarón para siempre á las playas del viejo continente europeo los últimos resabios de despotismo que aún quedaban en América.

El nombre de La Madrid es símbolo de unidad nacional porque aproximó las provincias del Norte á las del Litoral, haciendo que á una misma sien ciñan las coronas de laurel con que premian al vencedor provincianos y porteños, porque une el pasado con el presente de la República y se impone como digno de veneración á las generaciones del porvenir por cuanto contribuyó á darnos pátria y libertad.

Como médico y comprovinciano os debo una palabra de testimonio y confirmación histórica sobre las relíquias que rodeamos con respetuoso afecto.

Si no hubiera existido la seguridad de que el ataud que debíamos abrir pertenecía al insigne guerrero, habría bastado mirar sus restos para convencerse que no podían ser sinó los suyos, tal es el número extraordinario de lesiones por armas cortantes, contundentes y de fuego que ofrece su esqueleto.

No he visto en los museos ni creo se verá jamás otro cráneo como el suyo, con mas cicatrices que huesos lo constituyen y que es la prueba mas elocuente de la forma heróica en que lidiaron nuestros antepasados y de los sacrificios sin cuento que demandó la organización nacional.

El general La Madrid pudo con justicia decir, cada vez que la muerte le rodeaba en los campos de batalla

que aun no se había templado el acero ni fundido la bala que había de apagar su vigorosa existencia y todo aquel que contemple en el futuro sus huesos, aún cargados de plomo á despecho de los años exclamará: ¡si no pertenecieran á un héroe serían los de un mártir!

Señor Gobernador: Hemos cumplido la honrosa tarea que nos confiasteis y podido apreciar con satisfacción de argentinos que la gloria nacional que conducíamos ha sido objeto á su paso en todos los puntos de la república, de grandes manifestaciones.

Ya que la casualidad os deparó la feliz ocasión de presidir las fiestas del centenario de La Madrid, recibid las cenizas del guerrero que tuvo por característica un valor temerario, y presentádlo al pueblo que dignamente gobernais como el ejemplo ideal que debemos procurar imitar cada vez que la integridad nacional, la honra ó principios fundamentales que nos rigen, en una palabra cuando los altos intereses de la pátria nos llamen á la hora del sacrificio.

Del doctor Alberto de Soldati

MINISTRO DE HACIENDA È INSTRUCCIÓN PÚBLICA

Señores Representantes del Gobierno de la Nación y de los gobiernos de las provincias hermanas:

SEÑORES:

Cábeme el honor de dirigiros la palabra á nombre del Gobierno de Tucumán, en este momento solemne, en que llega á las puertas de la ciudad histórica, en brazos de su pueblo, la urna cineraria del mas famoso de sus próceres.

Brilla al fin la justicia confundida con la gloria!

Reliquias del ilustre veterano de las pátrias homé-

ricas campañas, del héroe legendario, de corazón de león, mas valiente que Pringles y Lavalle; cenizas del adalid sin miedo ni tacha del famoso Bayardo americano; restos queridos del paladin de brazo formidable que blandiste, durante cuarenta años, tu espada fulgurante, no rendida en ciento cuarenta combates contra la opresión y la tirania, por la independencia y la libertad; bien venidas á la tierra de los héroes y mártires, donde rodara su cuna, amado del infortunio como grande, mas que valiente temerario, oh! hijo predilecto de la gloria.

Un pueblo agradecido y admirado os recibe, reliquias venerandas, para entregaros al glorioso suelo que ansiaba oprimir, en su amante seno, al que fuera uno de los mejores de sus hijos; al que mas la amára; al que tanto lustre inmortal la diera, con sus grandiosas, épicas hazañas.

¡Cuántas páginas brillantes de la patria historia ha llenado su nombre esclarecido, terror de sus enemigos, admiración y aliento de sus soldados valerosos, el hombre extraordinario que, ha cien años, viera la luz, para honra y prez de la pátria, en esta tierra privilegiada. donde naciera la libertad y hallara tumba la tirania!

La Madrid es el símbolo del valor temerario' de la lucha, del combate sin tregua, sin descanso, sin desaliento, por la redención de la patria, por la libertad, contra los opresores y tiranos.

No solo era La Madrid valor romancesco nunca superado, era la lealtad hasta la abnegación, el corazón generoso hasta la prodigalidad, altruista, amante de sus soldados, justo como jefe, soldado él mismo, correcto, disciplinado, esclavo de sus deberes que nunca creía haber desempeñado á satisfacción; porque, como espíritu selecto, llevaba en su alma tipo ideal de perfección, que no se encuentra en el mundo.

Nació en los últimos dias de la dominación española, de familia de próceres, que honró á Tucumán, dando ejemplos edificantes de valor heróico en Díaz Velez y Crisóstomo Alvarez, de talento brillante en los doctores

Juan B. Alberdi y Pedro Miguel Araoz de patriotismo; ferviente en Bernabé; de ascendrada virtud, en el querido, inolvidable Obispo Moisés.

Cuando pasó por Tucumán el primer ejército argentino, en marcha hácia el Septentrión, en busca del enemigo español, para medirse, en la primera batalla campal, que fué la primera de sus innumerables victorias; La Madrid, de quince años, entónces, quiso ingresar á sus filas. Su familia contuvo las precoces, bélicos ardores de ese niño patriota que, arrastrado por vocación, irresistible á la carrera de las armas, logró su propósito, un año después, solicitando su ingreso al escuadrón que, mandado por el capitan tucumano Gervasio Robles, marchó, despues de la derrota del *Desaguadero*, á incorporarse en Jujuy al ejército libertador.

Extrena con brillo, su flamante espada, forjada para la gloria, en Nazareno, cerca de Suipacha, sorprendiendo al frente de diez y seis dragones una guardia de caballería española y poniéndola en fuga.—Desde entónces no descansa, no abandona su sable formidable, destructor, terror de sus enemigos, que blande con patriótico denuedo, solo igual á su gloria, en nuestras victorias y en nuestros desastres; en *Tucumán* y *Salta*, como en *Vilcapujio*, *Ayouma*, *Sipe-Sipe*, y en mas de cien otros encuentros, sin desaliento, con decisión, con fé invencible, con valor que pasma, para no dejarlo ni aún cuando los enemigos de su patria han huído de su suelo!—Cuando ningún soldado español profana el suelo querido, esgrime su sable contra el monstruo, mil veces execrable, que la aherrojará con durísimas cadenas, bañándola con la sangre de sus hijos, vueltos esclavos ó mártires.

Soldado siempre de las nobles causas, se une al partido de las gloriosas tradiciones, al que enarbola la insignia de la civilización, que es la azul celeste de la patria; opuesto al partido de la barbarie, la desolación y la ruina que simboliza su rojo sangriento pendón.—Su valor nunca fué igualado, es admirable su temeridad.

Jamás, le impone el enemigo, solo anhela hallarle, le busca sin descanso, no mide sus fuerzas inferiores, en *Talina, Las Piedras, el Rosario, el Bañado, Tambo Nuevo, Posta de Caiza, Yavi*; *en Cuartos* asombra al enemigo resistiendo con veintisiete valientes á doscientos soldados de caballería y 400 cazadores, en el cerro *Yucas, Mochará*, donde combate con nueve soldados, ochenta enemigos, matando veintitres y apresando veintiuno; en *Sipe-Sipe*, con cincuenta de sus dragones, detiene mil hombres varias veces, con sus cargas formidables; en *Culpina*, atraviesa con ocho soldados las filas enemigas. formadas de quinientos infantes y ciento cincuenta caballeros sin detenerse sinó en la retaguardia de sus adversarios; en *Tarija* derrota 140 soldados con 33 de sus famosos «húsares de la muerte»; en una retirada hácia Potosí, por la quebrada de Pilcomayo, con setenta húsares detiene el grueso de la numerosa fuerza enemiga, siempre que es necesario para salvar la artillería; en Santiago con 130 de los mismos domina á setecientos revoltosos; en el *Tala* manda atacar y no es obecido, entónces el héroe carga solo, contra doscientos infantes, haciendo tales destrozos entre ellos que parece mentira fueron obra de una sola mano....pero, no terminaria señores, si fuese á continuar citando todos los asombrosos encuentros; en que no se sabe que admirar mas si la fuerza de su corazón ó el poder de su brazo, sí su valor ó su resistencia, si lo extraordinario de sus victorias ó su fé invencible en sus soldados, como él abnegados, como él mártires.

Que no hubiera sido La Madrid, señores, á que altura no habria llegado si en vez de ser, cuando ingresara al ejército libertador, un simple principiante de gramática del convento de los venerables y patriotas franciscanos; hubiese hecho estudios científicos que moderaran sus arrebatos homéricos, encaminarán su cerebro poderoso y estuvieran sus alientos de león?

De corazón generoso, altruísta por excelencia, ama á sus soldados con entrañable cariño y si exije de ellos

valor temerario, obediencia ciega, disciplina férrea; les dá el ejemplo siendo el primero en las fatigas, el primero en las privaciones, el primero en los peligros; y los premia, les agasaja, les colma de atenciones delicadas, les auxilia con encantadora ternura cuando se han hecho acreedores por su conducta al cariño de su jefe y han sido heridos ó se encuentran en peligro.

Nunca es mas grande La Madrid que cuando salva en ancas de un caballo de guerra, á dos de sus fieles soldados, en el *Bañado* y en el *Cenegal de Cangrejos;* al general Fernandez en *Sipe-Sipe*; á su ordenanza en el pueblito de San Juan, y, sobre todo, cuando en *Oran* dá su caballo á un soldado herido, carga con su montura y abre la marcha á pié, despues de dirigir, á sus nobles compañeros de armas, una hermosa proclama, impregnada de patriotismo santo, de valiente resolución y de resignación admirable.

Asi se explica la fé ciega y el acendrado amor de sus soldados, que le siguen donde les lleva, fascinados por su serena, brillante mirada de héroe sin miedo, subyugados por lo palabra brillante de patriótico entusiasmo del Tirteo argentino, poeta y soldado; dominados por su marcial continente, que aterra á los enemigos arrancándoles gritos de admiración! Para sus soldados y para sus enemigos La Madrid es un ejercito: á su nombre terrible tiemblan sus adversarios; el acero parece desobedecer á sus brazos convulsos, los proyectiles de sus armas de fuego parecen desviarse del cuerpo invulnerable del héroe; solo así se explica que ese león soberbio, que busca la muerte á cada instante, que desprecia á sus enemigos, que se burla de ellos, haya podido escapar tantas veces de sus manos, haya salvado con frecuencia ileso y les haya derrotado en tantos innumerables encuentros desiguales.

Es tanta su fama, tanto se le teme, que después de un combate en que el enemigo triunfa, le entregan la montura quitada á su caballo de guerra, muerto en el campo de batalla, ante la advertencia del asistente del

general, que les amenaza con perseguirlos hasta Lima sinó se la devuelven!

Arrebatado de admiración el Brigadier Alvarez, jefe de las fuerzas enemigas, en la acción memorable de *Cuartos*, al ver á La Madrid con 27 soldados resistir á 600 de los suyos, exclama:

«*No existe ni entre los patriotas, ni entre los españoles un oficial que se le parezca.*» En *Tarabuco* 1500 temen á 400 de los de La Madrid y no se atreven á batirlo!

Lo que mas admira en el héroe, algo que le caracteriza, que es propiamente de él; es esa voluntad de hierro, esa fuerza sorprendente de resistencia viril de su cuerpo, dominado por su espíritu heróico, hasta volverse insensible á la amenaza del peligro, á las fatigas, al dolor; es esa fé rayana en el fanatismo, esa seguridad inquebrantable en el triunfo final de la causa porque combatia, que era la de la libertad y la justicia: fé nacida, en su corazón de patriota esclarecido, de la convicción de lo grande de sus ideales hermosos; de lo legitimo de sus ardientes nobilísimos anhelos; de la confianza en el poder de su brazo de Hércules, cuya fuerza centuplicaba su valor temerario.—Jamás desesperó el general La Madrid, siempre alumbra su camino la risueña, inextinguible luz de la esperanza, aun en medio de los mayores constrastes. Nada le abate, en los reveses su cabeza centelleante de gloria, levanta, iergue con ese orgullo noble y santo de argentino que sabe cuanto vale ser hijo de la patria de Belgrano y San Martin.

Con qué soberbio desprecio hizo de su superioridad mira á sus tenaces enemigos! Miradle al frente de sus invencibles dragones ó de sus húsares de la muerte, á veces solo, seguido otras de unos cuantos compañeros subyugados por la fascinadora mirada, la palabra elocuente, ó la actual admirable de ese apóstol y mártir, que contagia el corage, siempre con fuerzas menores que el enemigo; á menudo peor armado, se lanza á sus filas, siempre á la vanguardia en el ataque, siempre á

retaguardia en la retirada, el primero en herir, el último en retroceder, le hostíga, desaparece, vuelve, se escurre de entre sus manos, como si no tuviera cuerpo, le persigue, le desespera, le derrota!—Y si le derrotan, creeis que huye? No! se retira, lento, soberbio, altanero! La Madrid no se rinde: él lo ha dicho hasta en el delirio, cuando yacia acribillado de heridas en los campos ensangrentados del *Tala*, él lo ha demostrado, en innumerables, gloriosísimos combates!

Ya está La Madrid en la tierra de sus afecciones, en la ciudad en que naciera y que honrara con sus obras inmortales de patriota. Falta ahora á Tucumán completar la apoteósis con la de otro tucumano, mas modesto, mas sencillo, mas humilde, pero como él valiente, como él abnegado, como él mártir: el sargento Gomez, el héroe del *Tambo Nuevo*, el asistente del General á quien salvara la vida en la sorpresa de *Suipacha*, el que le acompañó siempre á su lado, en las mas arriesgadas empresas; el que preso, al fin, mientras dormia é intimado tres veces, ya en capilla, para que salvara su vida en cambio de la traición dió por respuesta aquellas sublimes palabras:

«*¡Dadme mi sable y dejadme en el centro de ese cuadro! Que temeis de un solo hombre contra tantos?*»

La Madrid admirador de su asistente nunca le nombra sin el epíteto de valiente: era su segundo, tenía su corazón y la fuerza de su brazo. El héroe le lloró inconsolable cuando la muerte le separó de su lado. Tucumán debe reunir sus dos estátuas: al lado de la del General la de su inmortal compañero.

SEÑORES:

Si La Madrid no fué un gran General fué un gran corazón, sino grandes batallas, hizo prodigios de heroismo, si fueron mas sus derrotas que sus victorias, fueron mas grandes que las victorias de sus enemigos, su gloria y la de sus soldados temerarios.

SEÑORES:

Que la tumba del héroe sea lugar de peregrinación patriótica, fuente pura, inagotable que inspire el valor, el patriotismo, la abnegación á los hijos de la Argentina patria en los dias de prueba, que siempre cubra la tierra que guardará amorosa los restos venerandos, el simbólico laurel de nuestros bosques seculares, la emblemática siempre viva de nuestros campos floridos, de esos bosques donde resonára su grito de guerra y el estruendo de sus armas victoriosas; de esos campos que regára con la sangre de su cuerpo é iluminara con los vívidos resplandores de su gloria inmortal.

Repose en paz el profeta, apóstol, mártir por la pátria independencia y por la pátria libertad!

Del señor Nolasco Córdoba

SEÑORES:

La posteridad, representada dignamente, por el pueblo de Tucumán, con la conciencia del fallo histórico, severo y justo, penetra respetuosa y entusiasta, en el inmenso templo de la eternidad. Allí, donde las sombras se iluminan con los destellos de la gloria; allí donde la muerte es vida inmortal; allí donde descansa el invencible luchador en cien combates.

¿Venimos acaso, después de un siglo de fecunda existencia, orgullosos de las grandiosas hazañas, á rendir homenaje tan solo al indómito valor del soldado? ¿Se admira únicamente el intrépido arrojo, cuando en brioso corcel se lanza rápido á los peligros, sembrando con su espada de fuego la muerte y el espanto en las filas del enemigo?.....

La posteridad, abarcando el pasado en su conjunto, teniendo en cuenta los factores que constituyen una época, una civilización, estudiando la íntima relación de la causa con su efecto: aquellos tiempos y el presente, reconoce, detrás del brazo armado que asombra, el espíritu superior que conoce el medio en que desarrolla su acción, y que, dominando los vastos destinos de la patria, derrama su sangre, jugando la vida, por la independencia y la libertad de la República.

¡General La Madrid! Volveis al punto de partida aclamado por el pueblo de la República. Estais en vuestra casa, en la predilecta Tucumán, donde disteis el primer grito de la vida—grito de guerra á los tiranos—y cuyo eco, que resonó en las llanuras, valles y montañas de la América del Sud, vibrará siempre con fuerza intensa, y en armonía con la raza y la tradición, en el corazón de todos los argentinos:

SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES MINISTROS:

Aquí, en la ciudad histórica, en presencia del pueblo de la Provincia de Tucumán, heróico en la guerra y grande en las pacíficas luchas del trabajo, os entregamos, cumpliendo nuestra honrosa misión, las gloriosas cenizas del benemérito general La Madrid.

SEÑORES:

En esta urna, que ocupará el sitio que la gratitud de sus comprovincianos le ha designado y en donde descansa el invencible luchador, las sombras se iluminan con los destellos de la gloria. La muerte es vida inmortal.

Del doctor Próspero Mena

SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES:

Acompañamos las cenizas gloriosas de un héroe, de aquel que llevaba dentro de su alma el fuego sagrado de la libertad y encarnaba en el combate el impulso y la acción eficiente de la victoria.

Esos restos venerandos que descansaban largos años en un mausoleo de la Capital de la República han sido removidos por la voluntad de un pueblo para tributarles el homenaje justiciero con que la posteridad admirada y entusiasta consagra definitivamente la gloria de uno de sus mas esclarecidos próceres.

Es un honor tambien para el Gobierno el haber precedido un movimiento patriótico que nos rememora y nos traslada á la grandiosa epopeya nacional, haciéndonos asistir á las hazañas homéricas, en que, el digno hijo de Tucumán, de este pueblo valiente, se llenaba de inmarcesible gloria, luchando por la libertad de su patria.

Había de llegar un dia, señores, en que los lampos de luz que brillaron en la campaña del Alto Perú al impulso de esta flamíjera espada, iluminarian la República entera, presentando al héroe de cien combates en su verdadero pedestal, rodeado de la aureola que supo coronarse por sus hechos inmortales.

La apoteósis que tributamos al general La Madrid, es un justo homenaje al héroe que consagró toda su vida á la independencia de la República.

La Madrid no tuvo un punto de reposo. Nacido en una época de sacrificios, desde la edad sonriente de su mas tierna juventud, se entregó por completo á la idea sublime de la redención de su patria, y la fama lo con-

sagró un héroe desde su primer combate. Asi ha continuado toda su vida militar estando su espada dispuesta á combatir contra el ominoso yugo extranjero, ó á castigar á los que erijian la tiranía como principio de gobierno.

No haré la biografia de este guerrero admirable por que ella no cabe dentro de los límites estrechos de un discurso, y por eso es digna de ser escrita por inteligencias superiores á la mia. Soy simplemente un admirador del héroe; un éco del aplauso póstumo; un observador lejano que encuentra en la vida militar de La Madrid faros luminosos que pueden orientar eternamente la conducta de las generaciones presentes y venideras.

Los de la época actual nos enorgullecemos de las proezas que realizó este héroe lejendario, á la vez que admiramos las demas prendas morales que adornaban su carácter de militar, altivo y abnegado.

La justicia póstuma ha sido completa, desentrañándo de un archivo particular sus Memorías que durante tanto tiempo han estado cubiertas por el polvo del olvido, y al honrar sus restos una feliz inspiración ha ordenado tambien, que se publicaran, viniendo á proyectar clarísima luz sobre su figura gigantesca. Ellas son la comunión del héroe con la posteridad, y no es posible poner en duda la exactitud de su narración.

El centenario del héroe tucumano necesitaba de esta constatacion auténtica para que fuera mas honrado su recuerdo.

No es indudablemente el génio de la guerra, pero en cambio, poseia en alto grado condiciones de batallador que lo hacian comparable en la historia con un Ney por su arrojo; que lo superaba á otro valiente argentino, á Güemes, en su campaña de guerrillas; que hacen recordar a Leónidas cuando por orden del General en Jefe vá á los desfiladeros de las montañas á detener la marcha del enemigo.

La Madrid ha vivido y muerto en la pobreza y la humildad sin que sus contemporáneos le hayan hecho

entera justicia ni le discernieran la corona de laurel con que la antigua Grecia recompensaba á sus guerreros ilustres.

La posteridad ha hablado sin embargo con la voz de la justicia.

GLORIA ETERNA AL HÉROE TUCUMANO!

Discurso del doctor Aravena

SEÑORES:

No seria dado á mis palabras ser fieles intérpretes de la emoción indescriptible que he experimentado al pisar la tierra tucumana. Con religiosa veneración recordé siempre su nombre y el de sus hijos y fué desde mis primeros años el mas vehemente de mis deseos el conocerla.

Presajiábame este sentimiento la inmensa satisfacción de este dia el mas feliz de mi existencia.

¿Deben los restos de La Madrid volver á Tucumán! preguntó en su brillante discurso el doctor Bores al ser separados de los de Diaz Velez. Mi convicción y mis sentimientos responden que si.—Extraidos del ferétro que los guardó durante 38 años, por mis propias manos para depositarlos en la urna que hasta aqui los condujo, abrigo la convicción de haber cumplido con el mas sagrado deber devolviendolos á la tierra donde se meció su cuna, y entregándolos tambien por mis propias manos al patriota y valeroso pueblo de Tucuman para su eterna custodia. Quiera el Todo Poderoso que la llegada de los restos del héroe sea precursora de la mayor prosperidad y engrandecimiento para su provincia nativa.

Mis vinculos de familia me inhabilitan para elojiar sus hazañas y sus virtudes, pero me dan el derecho y

el deber de agradecer con toda mi alma esta grandiosa manifestación tributada á mi abuelo materno, obligando mi reconocimiento vitalicio al pueblo de Tucumán.

SEÑOR GOBERNADOR

Os tocó la honra de iniciar y prestigiar esta apoteósis en honor de La Madrid y me complazco en felicitaros porque vuestro nombre quedará consignado en la historia ligado íntimamente al patriótico acontecimiento de este dia.

Como argentino, como gobernante y como deudo conservareis siempre la salisfacción del deber cumplido.

SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES LEGISLADORES TUCUMANOS:

En nombre de la familia del general La Madrid y en el mio aceptad la espresión de nuestro agradecimiento.

«Los discursos ocuparon no menos de una hora, y no menos de las diez serían cuando la gran columna se puso en movimiento, marchando por el centro de la calle, á pesar de la garua que en esos momentos arreciaba y del lodo que cubría el desparejo pavimento, donde de trecho en trecho se veían baches en los cuales era inevitable poner el pié.

El señor Gobernador, como el resto de la comitiva hizo el trayecto á pié desde la estación Central hasta la iglesia Matriz, en la dificiles condiciones que dejamos apuntadas, recibiendo á su paso las manifestaciones de simpatia que el pueblo agradecido le prodigaba al verle con cuanto abnegación llenaba su deber de gobernante dando la última mano á la obra en que tan anhelosamente se había empeñado.

Hemos dicho la última mano y era verdad! La úl-

tima, sí, porque al colocar personalmente los huesos del héroe de *Tambo Nuevo* en el sacro templo que le ha de servir de tumba no sospechaba que siete horas más tarde la capilla ardiente repartiría sus funerarios destellos entre los restos del héroe y su cadáver todavia palpitante, tibio, regado por las lágrimas de un pueblo que no se consuela, que no se resigna á tanta desgracia, ni cree en la realidad triste, aún en presencia de aquel cadáver querido, en cuyo rostro la muerte no ha podido borrar esos rasgos de dulce expresión que tantas simpatías conquistaron.

La urna fué colocada en el sitio designado al efecto y los sacerdotes revestidos con sus sagrados ornamentos entonaban preces y plegarias al Altísimo, que el doctor Araoz escuchaba religiosamente.

De su fisonomia no había desaparecido el sello de tristeza que notamos desde el primer momento, y la palidez parecía hacerse mas intensa.

La ceremonia religiosa terminó á las 11, después de lo cual la comitiva púsose en marcha hácia la casa de gobierno, pasando por entre las hileras de soldados que presentaban las armas, mientras cuatro bandas de música dejaban oir los magistrales acordes de la marcha de Ituzaingó.

Llegado á los altos de Cabildo la columna civil, el Gobernador, teniendo á su lado al general Garmendia y demás delegados del gobierno y ejército nacional, presenció el desfile de las tropas manifestándose un tanto mas animado y alegre si se quiere, para corresponder á las felicitaciones que los forasteros le prodigaban con motivo del correcto desempeño de la milicia ciudadana.

Cuando hubo terminado la revista, la concurrencia pasó á los salones del despacho del Gobernador, donde habíase preparado una gran mesa que á poco fué totalmente ocupada, viéndose de pié, en disposición de ocupar los sitios de honor al doctor Araoz y al general Garmendia y á espalda de ellos un gran escudo de cuyo centro destacábase el retrato al óleo del general La Madrid.

ECOS DEL CENTENARIO

Discurso que debió leer el Dr. Araoz

SEÑORES:

Por motivos que no os pasarán desapercibido no me corresponde ocupar vuestra atención hablando especialmente del general La Madrid, que forma el objeto de esta fiesta patriótica. Pero no puedo, sin embargo, sustraerme al movimiento de entusiasmo que ha despertado en toda la república el solo anuncio de que Tucumán se preparaba para recibir los restos y celebrar el primer centenario de un batallador infatigable que todo lo puso al servicio de su pátria.

En estos momentos de espectativa nacional, me permitiré señores, un recuerdo que considero pertinente.

Nadie ha olvidado los dolores y sacrificios que sucedieron al desastre del *Rodeo del Medio*, cuando los valientes soldados de La Madrid traspusieron la nevada cordillera con el corazón despedazado por el infortunio y la planta herida por la inclemencia de la alta cumbre, buscando asilo hospitalario en el seno de un pueblo hermano que ya había recibido con cariñoso interés á otros proscriptos argentinos, perseguidos por la saña implacable del tirano.

Allí los dispersos, los vencidos por el éxito de las armas, éxito pasajero cuando estas no se ponen al servicio de la justicia, encontraron el calor de un sentimiento de confraternidad, vivo y profundo, que ya prestaba su

amparo á otros compatriotas ilustres que supieron asegurar para su país las nobles conquistas del progreso, después de la jornada inmortal de *Monte Caseros*.

Allí estuvieron, durante muchos años, nuestros legisladores, nuestros poetas, estadistas y guerreros, atesorando esperiencia y vastos conocimientos, vertidos luego sobre estas hermosas regiones meridionales, asiento de un pueblo redentor, agitado por dolorosas convulsiones, bajo la acción de la anarquía y el despotismo.

Correspondieron asi nuestros vecinos al esfuerzo libertador del águila soberana de Yapeyú. Sin ello, señores, no se habrían escrito talvez las páginas admirables del «Facundo», las «Bases y puntos de partida» para nuestra organización política, los cantos dantescos del Peregrino, ni nuestros códigos y leyes avanzadas, ni esos monumentos de la historia pátria de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel Lopez producciones todas que han servido para cimentar la libertad y las instituciones argentinas, volviendo perdurable su desarrollo armónico en el eterno drama que agita á las naciones.

Tales antecedentes históricos hacen esperar que Chile y la Argentina marcharán, sin intermitencias, bajo los auspicios de la paz, vinculándose ambos pueblos por el comercio de ideas y sentimientos elevados, en nombre de la identidad de razas y de la comun epopeya gloriosa que dió origen á su aparición en el concierto de las libres repúblicas de América.

Una singular coincidencia hace oportuno estos recuerdos, hoy que la noble Buenos Aires recibe con merecidos agasajos el metropolitano de la iglesia chilena, y nos envia simultáneamente las cenizas de un soldado que desplegó con gran vigor la virtud del patriotismo, para que las conservemos en el suelo de su cuna, turbando momentaneamente el reposo de su último sueño, con la evocación de sus hazañas.

SEÑORES:

Antes de terminar necesito cumplir un deber de

justicia, recordando públicamente que el iniciador de la celebración de este centenario y el colaborador más entusiasta, ha sido el señor Adolfo P. Carranza, delegado de la provincia de Buenos Aires y director del Museo Histórico Nacional.

Réstanos saludar, en nombre del pueblo de Tucumán, á la distinguida comitiva que ha conducido las reliquias del prócer desde la Capital de la República y prestado su valioso concurso á la realización de esta ceremonia patriótica, comprendiendo que el homenaje rendido á las glorias nacionales es altamente moralizador y es un signo de progreso. La veneración á las tumbas sagradas, á los héroes, enaltece el carácter de los pueblos, despierta en ellos nuevos brios, les alienta en su anhelos de perfeccionamiento y les envuelve en esa atmósfera especial de vírtud cívica que caracteriza la verdadera civilización.

SEÑORES:

Por las glorias nacionales, por la felicidad de la pátria.

Del señor Adolfo P. Carranza

(Representante del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires)

Señor Gobernador:

Señores:

La provincia de Buenos Aires, como todas las de la Unión argentina, tenía el deber de participar de los sentimientos y de los entusiasmos de Tucumán en la fiesta del centenario de uno de sus hijos predilectos—el general La Madrid.

Aquella Provincia, quizá más que otras, está vincu-

lada á Tucumán por grandes acontecimientos cuyas fechas iluminan el calendario cívico de los argentinos y serán eternas en su amor, mientras exista la nacionalidad que alboreaba en 1810 y se proclamó el 9 de julio de 1816.

Y si la memoria de aquél, cuyo nombre resuena hoy en las montañas que presenciaron sus hazañas y palpita en el corazón de su comprovincianos, no fuera bastante digna de su gratitud por los servicios en la guerra de la Emancipación, ella recordaría, sin duda, que alguna vez le ofreció su brazo para defenderla de agresiones injustificables y la acompañó con su simpatia y sus esfuerzos en horas nefastas, cuando una época tristisima siguió á los grandes días de la libertad.

¡Que estrañas anomalías ofrece nuestro pasado, á la meditación de los hombres estudiosos!

Mientras se declaraba arrogante la Independencia en este pueblo y se vencia en *Chacabuco*, la guerra civil recrudecia en el Litoral, y cuando San Martin entraba vencedor en Lima, los caudillos llegaban hasta la gran capital del Sud, para demoler lo que había nacido en Tucumán—las dos instituciones políticas que desafiaron al poder español, en medio de infortunios y dolores, dejando á la posteridad la obra mas gloriosa de la Revolución, que no fueron capaz á destruirla, ni los antiguos opresores, ni esa tempestad levantada por el caudillaje y cuyas consecuencias tanto han pesado sobre nuestro país.

La Madrid, como casi todos los de su época, se vió envuelto en esa anarquia y su personalidad se destaca en el drama de la guerra civil; constante, tenaz, valeroso, abrigando en su alma el sentimiento de la patria y el deseo de verla constituída; no obstante que en su carrera puedan haber errores, vacilaciones, debilidades propias de su tiempo, del medio en que actuaba, de la causa á que servia y de los caudillos ó tendencias contra las que luchaba.

Su vida es una peregrinación perpétua en nuestro territorio, lidiando, y fuera de él arrastrando también la miseria, la nostalgia y las descepciones.

Casi no hay un pedazo del suelo argentino que no haya sentido el paso de sus legiones, buscando un ideal ó una bandera que creyese buena, benéfica para la Nación, á fin de ocupar su puesto y sacrificar mil veces su vida, si otras tantas lo creia necesario.

Fiel á Belgrano, hasta el momento en que el grande hombre moria en el olvido—midió sus armas, aunque sin resultado satisfactorio con aquel Quiroga, que hacia temblar de pavor á los pueblos que recorria—fué de los mas decididos en la resistencia contra la Dictadura y el mas aplaudido al dia siguiente de *Caseros*.

¿Dónde no estuvo en cuarenta años de trabajo, de desastre, de ruina para los pueblos y su anhelo de justicia y verdad?

Desde las escabrosidades del territorio boliviano, sobre el que realizó proezas que ya pertenecen á la leyenda, las pampas y los bosques, los rios y las sierras de su pátria, le vieron cruzar en son dé guerra por tan largo tiempo, y los Andes con sus hielos, como las murallas de Montevideo, fueron testigos de sus sufrimientos, de sus penurias, de sus mayores desdichas; como los campos del *Tala* lo fueron de sus ma temeraria bravura.

Buenos Aires le saludó con cariño y una efusión hasta entonces pocas veces manifestada, cuando vencida la Dictadura, hizo su entrada entre los triunfadores, y allí exhaló su último aliento y en ella se han guardado sus despojos, hasta el día de la apoteósis que hoy celebramos.

En nombre del Gobierno de la provincia de Buenos Aires, que tengo el honor de representar en este momento solemnísimo, me asocio por la tradición y por la nacionalidad al acto de justicia y reconocimiento, con que Tucumán conmemora el centenario del Héroe, y pido á su sombra gloriosa, mantenga en el espíritu y en el corazón de sus comprovincianos, el amor á la pátria tan enérjico y tan exaltado como el que impulsó su acción en las luchas por la independeneia y la organización de la República.

Del señor Pablo Lascano

(De la comisión nacional)

SEÑOR GOBERNADOR:

SEÑORES:

Vosotros lo sabeis, lo sabe la América: este guerrero ilustre salió de aquí como una tempestad violenta y brava, de una poderosa fuerza inicial que no fué por ningun otro superada, y recorrió grandes extensiones desencadenándose gallardo y fiero doquiera hubo enemigos que combatir. La pátria es su divisa y el valor su escudo. Lucha esforzado como Bayardo que ha pasado á la leyenda, y es á menudo presa de la ebriedad de los combates. Blande la espada, arremete y entra á la pelea como un poseído. No pregunta cuantos són, sinó dónde están. La superioridad numérica del adversario lo excita y entusiasma. Le dá tiempo para que elija campo, por la sensualidad de vencerle en lucha desigual.

Es un impulso ántes que un cálculo. Diríase que estalla en mil fragmentos igneos en las horas del ataque, como si hubiera permanecido largo tiempo comprimido.

Tiene la hermosa vanidad del heroismo. Cuando lo hieren, se indigna bizarramente. Entónces sacude la melena y penetra bramando en las filas enemigas. Si cae acribillado de heridas, como en el *Tala*, se revuelca exclamando convulso é iracundo: *No me rindo!* A cada bote de las lanzas que recibe en su cuerpo, repite sin cesar la misma frase. Es Cambronne quintaesenciado en la última escena de Waterlóo. Muere, pero no se rinde.

Cuando va á tomar reductos, despierta con dianas á sus defensores para que se alisten al combate: *Es una vergüenza*, dice, *habérselas con gente dormida.*

Sus campañas del Alto Perú son desastres gloriosos en que la nota del valor vibra con enérjicos acentos. Hace cosas increibles con solo 300 hombres. Desciende «como un rayo á Tarija», y la somete después de horribles entreveros. Recorre quebradas, corona alturas, pasa y repasa rios buscando enemigos, provocándolos atrevido y tenaz. Sus proclamas son alegres como una fiesta. Cuando se dirije á sus soldados, les infunde un valor extraño. Les sugiere el desprecio á la vida en una forma singular: entran furiosos á la pelea y sonrien cuando caen heridos.

Sus partes divierten: cuando dan cuenta de una victoria, se siente en las frases algo como dianas; cuando refieren un desastre, hacen reir al general en jefe.

Rechazado en Chuquisaca, nota que ha quedado un cañoncito dentro de los muros de la ciudad. «Dejemos todo menos la pieza», dice, y se vuelve á reconquistarla á fuerza de heroismo.

En los contrastes, que son tantos como las ciudades y aldeas que despierta, para ahorrarse la vergüenza de tomarlas dormidas, recoje sus muertos con peligro de su propia vida. Vencido, se retira como un vencedor. Lo fatíga tanto al enemigo, que la victoria se trueca en inacción para éste.

Pasa cuatro noches y cuatro dias sin dormir; y mientras redacta un parte en Sopachuy, le sorprende el enemigo poniendo en confusión su campo. Con 20 hombres que puede reunir á su famoso grito de *¡Viva la pátria!* hace verdaderas proezas para escapar de los que por detrás, adelante y á los flancos lo queman á descargas de fusileria. Aquí amaga, allá despliega una guerrilla, más allá arremete de una manera resuelta y desesperada, caracolea, varía de dirección, se introduce bajo el humo enemigo, salta peñascos, sablea, arrolla, manda tocar á degüello, á fuego y luego, dianas!.....

En medío del tiroteo no cesan los tambores y clarines. Aquella le parece *una diversión.*

Fué el último adios, la última retirada, dice el coronel Lugones. En Sopachuy tuvo lugar la última derrota que sufrieron los del ejército auxiliador, pues después de esta no necesitaron volver en busca del enemigo.

En Pilcaya, donde se le reunen los dispersos de Sopachuy, pasa revista: son ciento y tanto los sobrevivientes. Se dirige á Tarija, y al llegar á Pilaya, se da con una división enemiga, fuerte de mas de mil hombres. Avanza sobre ella, sin embargo. La amenaza en una mesada y aprovecha el interregno para hacer deslizar á su tropa por la parte más alta de la falda del cerro. Cuando el enemigo advierte la estratagema, es ya tarde. Entónces toma el camino real que conduce á Tarija, la provincia que venciera al cabo de una odisea por entre numerosos puntos guarnecidos.

El general La Madrid guerrilleó heroicamente con 300 hombres al ejército realista posesionado del Alto Perú. Con ese puñado de valientes impidió que el león español penetrara de nuevo en lo que es hoy territorio argentino. Hizo más de lo que le fuera exigido, y ese es su título excelso en la gran epopeya americana. No vence sinó en Tarija; pero impide con prodigios de audaz valor que el enemigo avance á marchas forzadas hácia Jujuy, Salta y Tucumán.

La historia militar no puede dirijirle un reproche sin incurrir en evidente injusticia, y la posteridad le debía esta merecida glorificación. Fué un héroe abnegado que buscó la muerte por la pátria, sin egoismos ni debilidades.

El éxito personal entra por mucho en las acciones de los hombres. En este varón fuerte no primó otra idea que la de la lucha en todas las formas, venga como venga, con tal de que fuera en pró de la independencia de América. Los tácticos le negarán sus sufragios. El sentimiento nacional, sin embargo, se los

acuerda con visible expontaneidad. No fué una cabeza; pero fué un brazo lleno de pujante enerjía.

¿Qué le pidió la pátria que no le diera con exceso? El primero en la guerra de la emancipación, fué también el último en terminarla. Es el comienzo y el final.

Se excede en la temeridad de su arrojo; pero, ¿no era esa la virtud saliente de los hombres de su época? Al tiempo lo que es del tiempo. Los que lo mandaban sabían que era una enerjía, un león pronto á la pelea. Hacía lo único que le estaba concedido: guerrear furiosamente, cargar en lo más récio de la refriega, morir sin reñdirse.—*No me rindo!*

La crítica es á veces improcedente; y en el caso de este bravo soldado lo es sin duda. Es misión de los grandes capitanes distribuir convenientemente á sus subordinados. Napoleón tiene á Murat para los empujes de caballería, para las cargas desesperadas, cuando un rasgo de audacia decide la contienda. ¡Cuánto lo echó de menos en la profunda y larga noche de su gloria!

Lo propio acontecía con el general La Madrid. No era un proyectista; pero era un ejecutor de poderoso aliento. Rompe á sablazos los cuadros que se le indican; y si no lo consigue, es porque la culpa reside en la dirección, en el general en jefe. Pero el brazo guerrero ha caido mortífero sobre las huestes enemigas, sembrando el espanto aun en la derrota.

El valor será siempre un factor en las combinaciones de la guerra, y la perfección de las armas, por mucho que se argumente en contrario, no llegará jamás á anularlo. Miéntras haya una pátria que defender ó una noble idea que salvar, la humanidad lo considerará una virtud.

SEÑORES:

Los pueblos argentinos recojen sus gloriosas reliquias, dispersas aquí y allá en las necrópolis de la América, para restituirlas á la pátria común y honrarlas cual merecen.

El general La Madrid, al cumplir su centenario, regresa al punto de partida. Queda en sus lares el soldado heróico, al pié del *Aconquija*, en el sitio mismo donde primero recibiera el bautismo de la gloria. Que las rítmicas dianas, que fueron sus músicas predilectas cuando cabalgaba altivo en su caballo de batalla, no se apaguen, y que su grito férvido de *¡Viva la pátria!* se levante magestuoso y repercuta como un himno en nuestros valles y montañas y donde quiera que palpite un corazón argentino á los impulsos de la libertad y el derecho!

HOMENAGE DE LA PRENSA ARGENTINA

General Gregorio Araoz de La Madrid

GUERRERO DE LA INDEPENDENCIA SUD-AMERICANA

1795-28 de Noviembre de 1895

[De *La Prensa*, de Buenos Aires]

Cumple hoy cien años del natalicio de este patriota y heróico soldado argentino, considerado como el prototipo del valor legendario en la homérica lucha de la Independencia. Sus proezas verdaderamente extraordinarias y su coraje temerario, lo colocan sin duda alguna en primera línea entre la inmortal falange de bravos de la epopeya pátria. Lástima que sus talentos militares no estuvieran armonizados con su arrojo, sin que esto pueda amenguar en nada sus grandes servicios, heroismo y sacrificios por la lucha de la independencia y de la libertad de la República Argentina, á la que dedicó por completo su vida.

La gratitud nacional ha ido haciendo justicia, pasadas las épocas de lucha ardiente y de egoismo partidista, á los patriotas, los próceres y los héroes argentinos.

La figura de La Madrid no necesita por cierto del estiramiento literario ni de la retórica para presentarla en extenso. Mejor que la elocuencia y galanura de la prosa, hablan bien alto sus gloriosos hechos de armas,

así cuando todos los argentinos unidos luchaban por su independencia, como después contra la dictadura, en aquellas sangrientas y encarnizadas lides, que será siempre lamentable se hiciera lujo de valor y de heroismo entre hermanos.

El general La Madrid, en nuestra historia militar, entre los guerreros argentinos, es un personaje clásico, especial diremos, que requiere para encuadrarlo bien dentro de su verdadero carácter, su idiosincrasia, un estudio detenido y especial, por las diferentes faces que presenta, y el múltiple y variado escenario en que actuó—pero dejemos estas breves digresiones de que nos ocuparemos extensamente en su biografía, y recordemos, bien que someramente, la estela de gloria y de heroismo dejada en pos de su vida en tan rudo batallar, y que hacen del bizarro tucumano el Murat argentino, como ha sido apellidado por algunos publicistas.

Cuando llegó á su Provincia natal en el año 1811, la infausta noticia de la derrota del ejército pátrio en *Huaquí*, fué La Madrid de los primeros en presentarse voluntario, y marchó en la clase de teniente con un escuadron de voluntarios también hasta Jujuy. Allí se incorporó al regimiento de Dragones, y pasó con él á la vanguardia.

Era apenas su adolescente: tenia 16 años.

Se halló en el combate de *Nazareno*, fatal al ejercito patriota, y pequeño triunfo de las *Piedras*, el 3 de setiembre de 1812, en la retirada del ejército de Belgrano.—Los laureles de *Tucumán* lo esperaba el 24 de aquel mismo mes y año.—Derrotado el presuntuoso general español Tristan en aquella jornada, que salvó la revolución, La Madrid acreditó su valor, bien que como oficial subalterno, y emprendió la persecución de las batidas huestes realistas, hasta que atrincheraron en Salta. En esta persecución el jóven oficial tucumano, que marchaba en la vanguardia, sostuvo dos encuentron parciales con los enemigos, en los puntos denominados *Algarrobos* y el *Bañado*.

Belgrano despues de su triunfo de *Salta*, emprendia la segunda campaña ordenada por el Gobierno patrio sobre el Alto Perú, y que como la primera. debía ser fatal á las armas de la revolución - *Vilvapujio* y *Ayohuma*—fueron la consecuencia.

La Madrid fué destacado por Belgrano, después de la primera de aquellas derrotas, y llevó á cabo hechos de valor y singular audacia: la pequeña vanguardia ó batidores de su piquete han inmortalizado su nombre con el glorioso título de «Sargentos de Tambo Nuevo».

En la tercera campaña también sobre el Alto Perú, marchó en el ejército que mandaba Rondeau, y se distinguió en *Venta y Media* y en la derrota de *Sipe-Sipe*. En 1817 emprende una expedición al Alto Perú y lleva á cabo su temeraria hazaña de *Culpina*.

Bolivia es el teatro de sus grandes proezas y errores militares al mismo tiempo en las campañas de la independencia.

Allí, como un fantasma de terror entre los realistas, opera, se mueve, ataca, combate, vence y es vencido. Se apodera de Tarija, bate una fuerza de caballeria enemiga, ataca á Chuquisaca, se le rechaza, vuelve de nuevo sobre ella, y en el combate de *Culpina*, sobrepasa á todo elogio por su valor. Acomete seguido tan solo de tres soldados una fuerte línea de infantes realistas, y dando espuelas á su caballo, se lanza sobre la línea de fuegos, recibe una descarga y aparece pocos momentos después con sus tres soldados, á retaguardia de la columna; enarbolando en la punta de su espada una pequeña bandera argentina, sin haber sufrido mas que una contusión de fusil!

Rehace sus fuerzas, y vuelve de nuevo á la carga sobre el enemigo, pierde su caballo que cae acribillado por cinco balazos y tres bayonetazos sobre la línea de la primera fila, y los españoles asombrados de aquel valor, gritaban ¡no lo maten! ¡alto el fuego! al ver un hombre solo y á pié, corriendo por el campo con la espada en la mano, hasta que uno de sus soldados lo recogió á la grupa.

Aunque sin el talento suficiente para dirigir hábilmente una operación militar, mandando en jefe, era un elemento de primera clase para efectuar golpes de mano y de audacia, y para ser lanzado en los momentos más difíciles, que requieren, para ejecutar ciertas órdenes, hombres de un arrojo sin igual —era disciplinado y subordinado, y cuando bajaba con Belgrano, en el ejército del Alto Perú para contener los desbordes de la anarquia en el litoral, supo salvar dignamente su nombre, de la execración y responsabilidad histórica, por el motin de Arequito, que empañará siempre el brillo de algunos soldados argentinos.

Fué General del ejército de Buenos Aires, General de vanguardia de esta Provincia, vencido por Ramirez en Santa Fé y en Coronda, y aquí una vez mas demostró su valor legendario, y como siempre, sus escasas aptitudes militares, para el mando en jefe. El delirio del combate primaba en él á toda combinación y criterio del arte militar. Poca importaba que la batalla se perdiese, con tal que él pudiera luchar cuerpo á cuerpo, y llegar con la punta de su lanza hasta el centro de las filas contrarias.

La época, las tendencias, la falta de instrucción militar, nos han presentado en nuestra historia muchos La Madrid.

Terminada la guerra de la independencia y la lucha civil del litoral, se abre de nuevo el período de los desgraciados combates intestinos, y el héroe de Culpina, aparece de nuevo en el ensangrentado escenario civil argentino.

Marcha á Tucumán para organizar un cuerpo de ejército, que vaya á sostener el honor de la República contra el imperio del Brasil, y por cincunstancias que no son del caso referir en esta breve reseña, se encuentra frente á frente de Juan Facundo Quiroga, y en el *Tala* y el *Rincon*, el caudillo riojano, derrota completamente á La Madrid. Aquellas vidas, y sangre, son inútilmente malgastadas: el valor y empuje de ambos con-

tendientes, hubiera brillado con mas provecho y gloria contra las tropas imperiales.

Seis años mas tarde, en la Ciudadela de Tucumán, se encuentran de nuevo los dos contendores, mas que ellos mismos y sus tropas, están luchando el unitarismo y el federalismo: Quiroga obtiene otra vez la victoria sobre su rival, pero el Tala, el Rincon y la Ciudadela, aunque son otras tantas derrotas de La Madrid, son al mismo tiempo el teatro de su valor asombroso y romancesco.

En septiembre de 1841, combate durante cuatro horas contra el ejército federal que mandaba el general Angel Pacheco, y después de sangrienta y encarnizada lucha, La Madrid queda en completa derrota. «Allí cuando retroceden sus jefes Salvadores y Esquiñigo, vencidos por el número infinitamente superior, dice un ilustrado escritor, La Madrid, reproduciendo sus romancescas, proezas de la guerra de la independencia, se precipita sobre ellos, dirigiéndoles varoniles palabras de aliento, los tornó todavia sobre los fuegos enemigos, retirándose con ellos en orden».

Emigró en seguida á Chile, cruzando providencialmente los Andes por Uspallata, donde quedaron muchos de sus acompañantes bajo el hielo.

La aurora de *Caseros* lo hizo volver á la patria, y en aquella campaña se distinguió por su ardor juvenil. En todas las ocasiones de peligro solicitaba para su división el puesto de avanzada, y sufria terriblemente en su espiritu belicoso, cuando el orden del servicio ó intenciones general en jefe hacian indispensable posponerle á cualquier otro. «Si hay alguna refriega, le decia al general oriental César Diaz, al día siguiente de la acción de los Campos de Alvarez, ya le he dicho al general en jefe que me haga el favor de no darme ninguna colocación en que sea preciso esperar para pelear; porque si me obliga á permanecer á pié firme, después que se haya disparado el primer tiro ó dado la primera carga, se expondrá á que yo dé en el ejército un ejemplo de insubordinación».

He aqui pintado por si mismo á La Madrid.

El viejo y en un tiempo temido caudillo del Alto Perú, dominado todavia de sus instintos guerreros, cual si estuviera en el caso de establecer su fama de valiente, reposaba de contento á la idea de una próxima batalla, y se rebelaba contra toda presunción contraria.

Entró en triunfo á Buenos Aires, después de *Caseros*, y el pueblo, que tanto le conocia, creyóse al verle, transportado á los tiempos brillantes de su pasada grandeza, y en la efusión de su gozo, hubo de hacer pagar caro al ilustre veterano el título de preferencia que aquellos antecedentes le daban á sus simpatias.

Asaltado el General en medio de la columna por una multitud de gente, en el acto en que fué reconocido, se vió sobremanera embarazado para aceptar sin riesgo los homenajes de aprecio que todos le atribulaban.

Durante algunos minutos los abrazos y los cumplimientos no cesaron, y entre tanto el grupo que lo rodeaba fué aumentándose y por consecuencia la presión creciendo, hasta que al fin el animal que cabalgaba, inquieto al verse tan extrañamente comprimido, hizo un repentino y violento salto, con el que casi le arrojó en tierra.

Solo asi pudo seguir su camino, reflexionando quizá, que aquel momento supremo de satisfacción y ventura, debía ser único en su vida.

¡Cuanta diferencia, del día en que se exhumaron sus restos!

Después, cuando el sitio de Buenos Aires, fué jefe del costado izquierdo de la línea.

Tal es á grandes rasgos, la vida y los hechos del general La Madrid que hacen hoy cien años, nació en Tucumán.

No es una figura culminante en nuestra historia militar, desde el punto de vista de la ilustración, de las combinaciones entratégicas ó tácticas, del conocimiento del arte de la guerra; no tuvo tampoco la inspiración

militar, las dotes del organizador, aquel golpe de vista, ó aquel cálculo, que tantas veces han hecho salir de entre las filas lo que casi puede llamarse un pasable general en jefe. Atribuirle estas condiciones, seria falsear el retrato del héroe, desfigurarle ante la posteridad, que apenas lo estudiase, aunque con criterio pálido y mediocre, descubriria al primer golpe de vista la mistificación del biógrafo.

No tuvo, por otra parte, La Madrid, muchos estudios· apenas un niño se alistó en las filas de los bizarros y esforzados adalides que empezaban la titánica lucha por la independencia; los primeros años de su vida, cuando el hombre puede estudiar, fueron de una actividad, lucha é inquietud febril; no habia otra consigna que batallar, batallar siempre hasta vencer ó morir, y cuando un militar se encuentra en este medio ambiente, salvo cuando es todo un caráter ó una inteligencia, que se eleva sobre las mediocridades, no estudia nunca.

Pera, considerado el patriota, que su única aspiración, su mas vehemente deseo es la gloria y el engrandecimiento de la pátria, á que ofreció, como él lo declara en sus «Observaciones á la Memoria de Paz», su vida y su sangre en mas de CIENTO TREINTA batallas, combates y encuentros en que mandó en jefe; al soldado heróico y abnegado, que nunca conoció el miedo, mas que de nombre, que desafió tantas veces la muerte con entereza y pecho varonil, entre lluvias de mortifero plomo, llevando siempre en la punta de su lanza la enseña de la libertad, nunca podrán menos los argentinos, que saludar su nombre con júbilo y eterna gloria, reconociendo en él un brillante paladin, un patriota sincero y entusiasta, un soldado de honor y de coraje, ejemplo perenne de civismo y bravura, para todos los argentinos, en las horas de prueba y de peligro.

La pátria de sus ensueños, de sus sacrificios y de sus glorias, lo mismo que su provincia natal, han de encontrar fácilmente un pedazo de mármol ó de bronce, en que se pueda modelar la figura de este valiente sol-

dado, representante genuino del valor, de la abnegación y de la gloria.

JUAN M. ESPORA.

Gregorio Araoz de La Madrid

Hace hoy un siglo que nació G. A. de La Madrid.

A la edad de 16 años y como teniente del regimiento de Dragones estuvo en el Nazareno, combate que fué fatal al ejército patriota. El 24 de septiembre de 1812, se halló en *Tucumán* y como oficial subalterno supo adquirir allí laureles.

En la segunda campaña emprendida por el general Belgrano, La Madrid tuvo siempre el puesto de confianza, la vanguardia, en la cual, con sus proezas casi cotidianas, hizo inmortal el nombre de su escuadrón: «Sargentos de Tambo Nuevo».

En Bolivia, se convirtió en el terror de las tropas peninsulares, Su actividad, su audacia, lo hacían considerar como invulnerable á las heridas y al cansancio. En las cargas, cuando sus lanceros caian como rayos entre los enemigos buscando la muerte ó la victoria, La Madrid no estaba satisfecho sino había luchado cuerpo á cuerpo. Lanza en ristre, llegaba al centro mismo de sus adversarios y allí luchaba hasta que el cansancio ó las heridas lo derribaban.

Concluida la guerra de la independencia no descansó. Vinieron las luchas civiles y en todas blandió su espada.

Asistió á mas de cien batallas, fué herido varias veces mortalmente.

Hoy la república entera lo saluda con veneración y exclama «loor á sus manes».

EL TIEMPO, de Buenos Aires.

La Madrid en el día de su Centenario

JUSTICIA POSTUMA

UN RECUERDO TRISTE

El fallo de la posteridad sella en este día la gloria de un guerrero de la independencia cuyas proezas han quedado grabadas con caracteres indelebles.

Nos referimos al general don Gregorio Araoz de La Madrid, hijo de la provincia de Tucumán, y uno de los más famosos guerrilleros contra las huestes españolas que provocó y batió tantas veces en la zona montañosa del alto Perú, hoy Bolivia, supliendo con el esfuerzo de su brazo y el aliento de su corazón á los menguados elementos de que disponía.

En efecto, sus empresas en aquellas remotas escabrosidades, rayando en lo increíble, le habían conquistado una verdadera popularidad entre amigos y enemigos, al extremo de pasar con Zelaya, como las dos primeras espadas de la caballería patriota.

El activo y fogoso La Madrid, ha dicho un notable historiador nacional, reunía á las puerilidades de un niño la audacia de un héroe de leyenda.

Vencedor en *Tucumán* y en *Salta*, capitan de avanzada en *Venta y Media*, sorprende y pasa á cuchillo la guardia enemiga, sobresaliendo su figura en *Sipe-Sipe*. Al frente de una división volante de las tres armas, amaga con exito el flanco descubierto de las posesiones enemigas en Tupiza y Cotagaita. Su campaña con Camargo sobre Cinti, su proeza en el ingenio de *Culpina*, á inmediaciones del Pilcamayo, en la que á su lado adquieren relieve heroico los soldados Frias, Jaramillo y Manzanares. La toma de Tarija atrincherada y cuya

rendición á consecuencia de la derrota de su caballería, cae como un rayo en las provincias del Alto Perú; hasta su ataque á Chuquisaca, defendida por los valerosos La Hera y Espartero, último combate de la última invasión argentina para aquella parte del antiguo vireynato, han señalado á nuestra gratitud al que cortejó constantemente la enseña de la pátria entre desastres y victorias.

Pero apenas aniquilado el enemigo común, sobreviene tremenda guerra fractricida, y el húsar de lujosa foja de servicios, el oficial predilecto de Belgrano, se distingue de nuevo por la nobleza de su conducta el día infausto de Arequito, esa raiz geneológica de la que germinarian más tarde caudillos soberbios, crueles é ignorantes, llamados por la fatalidad á levantar el imperio de la fuerza bruta sobre las ruinas de las libertades públicas.

La Madrid, como Paz y como Lavalle, fué la encarnación de una época de lucha sin tregua, en la que, no obstante el desaliento general, levantaron y sostuvieron ejércitos para protestar con las armas en la mano, contra la dictadura que se entronizaba, por lo que se han hecho digno de la apoteósis que les tributa el pueblo argentino al exaltar la causa por la que despreciaron su vida, los peligros y las comodidades de la fortuna, persuadidos de que la profesión del soldado es la carrera del honor que no conduce á la riqueza si no á la gloria.

Afianzada la dictadura de Rozas, los que la combatieron con la espada y con la pluma, perseguidos á muerte, buscaron asilo en los paises limitrofes, siendo de ese número el general La Madrid.

Chile, Bolivia y la República Oriental del Uruguay, debieron soportar las penurias del ostracismo hasta no volver á la patria amada entre los vencedores de *Caseros*, haciéndole el pueblo de Buenos Aires una verdadera ovación el día que desfiló por sus calles el ejército aliado.

La intemperie de los campamentos, los hielos de la

cordillera, las vigilias, fatigas y combates todo lo había arrastrado el indomable La Madrid, en cambio del lustre de sus galones y condecoraciones, convencido que estos valen más que los billetes de banco del opulento, al que la patria nada debe.

El general Araoz de La Madrid, falleció en 1857 en la mayor pobreza. Amigos de la gloria, consuélanos esa pobreza de un militar que durante las luchas intestinas tuvo algunos pueblos y muchos caudales bajo su espada vencedora.

Hoy que surgen á los merecidos lauros de la apoteósis los manes ilustres del general La Madrid, cuyas hazañas y grandes servicios reconoce la patria agradecida, cabe recordar un hecho que, si bien no se relaciona con su vida militar, se vincula intimamente con su nombre, demostrando cuanto tardaba ya la justicia que al fin se cumple para honor del pueblo argentino tanto como del héroe á quien se la tributa.

Carlos Guido y Spano, en la preciosa carta que sirve de prólogo á sus *Ráfagas*, narrando magistralmente los horrores de la epidemia de 1871, en Buenos Aires, se ocupa de ese hecho, que no es otro que el triste fin de la esposa del general La Madrid, sobrina de otro prócer de la Independencia, el general Diaz Velez.

No es posible leer sin profunda emoción el relato de Guido, cuya figura resalta en él mas que nunca noble y simpática, y bien quisiéramos presentar á nuestros lectores el cuadro completo del cual forma parte el episodio en cuestión, pero obtenido á última hora el volumen que lo contiene, no es posible reproducir sino lo estrictamente necesario para las exigencias del momento.

Habla el poeta y no hay para que agregar cosa alguna á sus sentidas palabras.

«Para acabar de formarse una idea de la situación de Buenos Aires en el periodo ascendente de la peste, bastará narrar un episodio en que me tocó ser actor.

Era una noche pavorosa; la mortandad durante el día había sido horrible. Solo uno de mis compañeros, Barbati, creo quedaba de guardia en el viejo edificio ocupado por la Comisión popular, donde ¿recuerdas? constituí mi domicilio desde el primer día en que éste empezó á funcionar. A eso de las diez se presenta una sirvienta despavorida, en demanda de un ataúd para una señora que acaba de morir de la epidemia, solicitando asi mismo se la lleve á enterrar. ¿Quién es la muerta? Asómbrate; la señora Luisa Díaz Velez de La Madrid, la sobrína del general Díaz Velez, uno de los jefes mas gloriosos de la independencia; la viuda del general La Madrid, el héroe novelezco de nuestra gran epopeya. Agrega á estos títulos, que la digna matrona figura por su patriotismo, las peripecias de su dramática vida siguiendo á menudo á su marido en los peligros, sus virtudes clarísimas, entre las mujeres notables de la República Argentina. ¡Y está sola, abandonada, sin que haya quien la conduzca al sepulcro!

Sus hijos, sus criados, se hallaban ausentes ó devorados por la fiebre; los amigos, por una ú otra causa, han desaparecido. La Comisión Popular no se encarga ya, como al principio, de enterrar los muertos, habiendo tomado sobre si la Municipalidad esa incumbencia. Inmediatamente corro allí á dar aviso: cerrada. Acudo á la policia: sólo allí un oficial de guardia, nada se puede hacer á esa hora, ni por consiguiente ser representada la autoridad de ninguna manera en el acto de rendir el último homenaje á tan ilustre dama. Busco al comisario del cuartel donde quedaba su casa (próxima á la Iglesia de la Concepción): no está. Le escribo. A las doce se manda un carro de tráfico á recojer el cuerpo para ser arrojado con otros á la madrugada del siguiente día en la fosa común. Mas ya había tomado mis medidas, y se evitó esa afrenta. Un joven chileno, apellidado Pereyra, al servicio voluntario de la Comisión Popular, acompañado de un celador, tenía orden mía de echar abajo las puertas de las dos ó tres cocherias únicas en

ejercicio, hasta encontrar un carruaje y un féretro. Cumplió bien. A media noche estaba con lo necesario en la casa mortuoria, donde entraba yo por vez primera, no habiendo visto jamás á la finada. Contemplé su cadáver; una santa. Minutos después iba yo camino del cementerio del Sur. Creedlo, me sentí entonces melancólicamente envanecido de que á mi y no á otros de mis compañeros, que cualquiera hubiese hecho lo mismo, me tocase el privilegio altísimo de aquella triste custodia. ¡Que vueltas no da el mundo! Un hijo del general Guido, quien siempre había figurado en el partido contrario al del general La Madrid durante nuestras guerras civiles, era el designado por la suerte para sepultar á la fiel compañera de ese bravo soldado, en el suelo de la patria tantas veces y tan heróicamente regada con su sangre. Llego al cementerio, donde hubo día de enterrarse setecientos cadáveres: soledad espantosa. No permito que Pereyra baje del coche, recelando le contaminasen los miasmas sepulcrales más peligrosos en la noche, ó celoso quizas de compartir con un extraño el honor de llevar á la tumba los despojos confiados á mi guardia, en momentos de suprema angustia, por la piedad filial. Sacudo réciamente la verja de hierro que cierra la funebre mansión.

Un sepulturero, soñoliento, desarrapado, cubierto todavia del polvo de las fosas recien cavadas, llevando una linterna en la mano se sorprende deverme. Pregunto por el administradorel infatigable, el valeroso Carlos Munilla. Duerme. Voy á su habitación y mis grandes golpes le despiertan.

— ¿Qué hay?

Abre la puerta. Me reconoce, me abraza.

— Tocayo, traigo la viuda del general La Madrid.

— Bien, me dice golpeándose la frente; á la madrugada le daré sepultura; hoy no ha habido tiempo para enterrar todos los muertos; muchos más de docientos, han quedado insepultos. La dejaremos depositada en la capilla.

— No, ahora mismo la hemos de enterrar; no puedo, no debo abandonar estos restos.

— Sólo hay cuatro sepulturas abiertas de las que ha mandado reservar la Municipalidad para los que sucumban de sus miembros. Esta mañana han traido á Vitón: aqui está.

— Pues bien, bajo nuestra responsabilidad, depositaremos nuestra muerta.

Munilla accede en el acto, y entreambos la sepultamos silenciosamente á la luz de un farol. Cuando hube echado la última palada de tierra sobre aquellas reliquias venerables, me pareció que mi madre me daba un beso en las tinieblas.

Dos dias despues el pobre Pereyra estaba en la eternidad, y el negro cochero que me condujo al campo santo, agonizaba.

Reclamo tu indulgencia; te he iniciado en mis tristezas, haciéndote además pasear entre las sombras de los dias nefastos. ¡Que quieres! La vida está llena de contrastes: el llanto, la risa, la felicidad, el dolor. Suele el dia mas hermoso nublarse, la noche tiene sus estrellas: bebamos el ajenjo y desojemos las rosas, persuadidos de la inconstancia de la suerte, y de que todo es vano y toda pasa. Enjugando con el revés de la mano alguna lágrima arrancada por el recuerdo de desgracias inmensas, echo llave al tesoro de mis penas, brillantes negros de una corona fúnebre».

La Nacion, de Buenos Aires.

¡La Madrid!

[La Ilustracion Sud Americana de Buenos Aires]

Así con admiración debe pronunciarse su nombre: fué el guerrero legendario de la pátria argentina; nadie le superó en coraje, nadie sobrepujó su estupenda audacia.

Como batallador brioso, indomable, debe formar en primera línea: no descolló, empero, por sus talentos ni era el soldado cuadrado que el maestro del siglo XIX en el arte de la guerra exigía. No podía alinearse á la izquierda de Paz, el manco de *Venta y Media,* pero podía formar á la derecha de cualquier Bayardo, que nadie rivaliza con él en romancesca bravura.

Todo lo subordinaba al valor, todo lo confiaba á la potencia de la arremetida; al filo del sable, á la punta de la lanza, que manejados por él, sembraban estragos en las filas contrarias, aunque no le arrancaran la victoria.

Si nuestros batalladores hubieran combatido bajo el pendón de una monarquía en vez de hacerlo á la sombra de la bandera republicana, La Madrid, como el Bayardo francés, habría grabado en su escudo la leyenda que autorizó en el del caballero sin miedo y sin tacha la hazaña de Garellano: «*Viris agnimis unus habet*»; pero en cambio, prendió en su pecho y en su brazo hercúleo, los escudos y medallas con que la pátria premiaba modestamente sus inimitables heroicidades. Que mejor blasón!

Pelea por la independencia y arremete en *Culpina,* contra una columna española con solo tres hombres; pelea contra el caudillaje en la guerra civil, y manda cargar en el *Tala* á sus soldados; no le obedecen y carga solo; ese era el general La Madrid cuyo centenario celebra en estos dias el pueblo argentino; que unía según Mitre, á las puerilidades de un niño, la audacia de un héroe de leyenda.

La vida de ese soldado ha inspirado á la pluma originalisima de Sarmiento páginas admirables: nadie como él lo ha retratado, nadie como él ha encontrado en la paleta, colorido mas brillante y apropiado para pintarnos al héroe.

«Es el general La Madrid uno de esos tipos naturales del suelo argentino. A la edad de 16 años, empezó á hacer la guerra á los españoles, y los prodigios de

su valor romancesco pasan los límites de lo posible: se ha hallado en ciento cuarenta encuentros, en todos los cuales la espada de La Madrid ha salido mellada y destilando sangre: el humo de la polvora y los relinchos de los caballos lo enagenan materialmente y con tal que él acuchille todo lo que se le pone por delante, caballeros, cañones, infantes, poco le importa que la batalla se pierda. Decía que es un tipo natural de aquel país, no por esta valentía fabulosa, sino porque es oficial de caballeriá, y poeta además. Es un Tirteo que anima al soldado con canciones guerreras; es el espíritu gaucho, civilizado y consagrado á la libertad. Desgraciadamente, no es un general *cuadrado* como lo pedía Napoleón; el valor predomina sobre las otras cualidades del general en proporción de ciento á uno. Y sinó, ved lo que hace en Tucumán: pudiendo, no reune fuerzas suficientes, y con un puñado de hombres presenta la batalla, no obstante que lo acompaña el coronel Diaz Velez, poco ménos valiente que él. Facundo traía doscientos infantes y sus colorados de caballería: La Madrid tiene cincuenta infantes y algunos escuadrones de milicias. Comienza el combate, arrolla la caballería de Facundo, y á Facundo mismo, que no vuelve al campo de batalla sino después de concluido todo. Queda la infanteria en columna cerrada; La Madrid manda cargarla, no es obedecido, y la carga él solo. Cierto, él solo atropella la masa de infantería; volteánle el caballo, se endereza, vuelve á cargar: mata, hiere, acuchilla todo lo que está á su alcance, hasta que caen caballo y caballero traspasados de balas y bayonetazos, con lo cual la victoria se decide por la infanteria. Todavia en el suelo le hunden en la espalda la bayoneta de un fusil, le disparan el tiro, y bala y bayoneta lo traspasan, asándolo además con el fogonazo. Facundo vuelve al fin á recuperar su bandera negra que ha perdido, y se encuentra con una batalla ganada y La Madrid muerto, bien muerto. Su ropa está ahí; su espada, su caballo, nada falta, excepto el cadáver que no puede reconocerse entre los mu-

chos mutilados y desnudos que yacen en el campo.... La Madrid acribillado de once heridas se había arrastrado hasta unos matorrales, donde su asistente (1) lo encontró delirando con la batalla y respondiendo al ruido de pasos que se acercaban: *no me rindo!* Nunca se había rendido el coronel La Madrid hasta entónces.» (Sarmiento, Civiliz. y Barb.)

Nació en Tucumán el 28 de noviembre de 1795, descendiendo de una familia distinguida.

A los diez y seis años, comenzó su carrera militar iniciándola con la guerra de la independencia; y tanto batalló en cuarenta y dos años, que es imposible bosquejar su historia sin escribir un libro.

Eligió como arma de su predilección la de caballería, el arma que tantos mas bravos que Murat ha dado á nuestra historia, y se incorporaba en 1811 á los restos de nuestro ejército batido en el *Desaguadero.*

Su primer combate, si no estamos equivocados, fué el de *Nazareno,* el 12 de enero de 1812, en que el coronel Diaz Velez fué batido por Picoaga y en que el alferéz La Madrid dió sus primeras cargas. Obligado el general Belgrano á emprender la retirada al sur, sobre Tucumán, por las órdenes perentorias del Gobierno y la propia debilidad de su ejército, fué alcanzada su retaguardia por el enemigo y batida en los primeros momentos en *Las Piedras* el 3 de septiembre. Auxiliada por el General en jefe volvió sobre los adversarios y obtuvo la victoria, de cuyas fatigas y peligros participó La Madrid al frente de un destacamento de «Dragones de la Patria» en que servía.

Belgrano decidió hacer pié en Tucumán y batir al engreido perseguidor. La batalla se libró el 24 de septiembre y el triunfo fué tan completo, que desde entónces Tucumán se llamó SEPULCRO DE LA TIRANIA. La

---

(1) No fué su asistente sinó el cabo de las milicias de Córdoba Fermin Núñez el que sacó á La Madrid de entre los muertos. B.

Madrid prendió á su brazo, el escudo blanco con orla celeste que la patria decretó en honor á sus defensores en Tucumán.

Los vencidos retrogradaron y fueron á atrincherarse en Salta, y Belgrano desprendió en su persecución una débil columna. En ella iba La Madrid que peleó en los encuentros del *Rosario, Mogotes, Los Algarrobos, Portezuelo y Bañado.*

Diaz Velez que mandaba la columna se incorporó al ejército, Belgrano avanzó sobre Salta y dió á los españoles la batalla del 20 de febrero de 1813 en que los enemigos, de general á soldado, capitularon. La Madrid desempeñó durante la acción el puesto de ayudante del General en jefe y recibió un balazo en un muslo, dado por sus mismos compañeros; uniendo al escudo de paño de Tucumán, el de oro de Salta y el título glorioso de *benemérito de la Pátria en alto grado.*

El General argentino avanzó hasta Jujuy decidido á invadir el Alto Perú y en el mes de Junio establecía su cuartel general en Potosí. La Madrid había ascendido el 25 de mayo á teniente de la caballería de línea y poco después se encontraba en la batalla de *Vilcapujio* (1° de octubre) en que la suerte nos fué adversa obligando á Belgrano á retirarse sobre *Macha.*

Antes de la batalla, La Madrid había peleado con solo 9 dragones á 22 enemigos en Colpayo tomándolos prisioneros, y después de ella se distinguió cargando dos veces con solo 30 á mas de 80 que mandaba el bravo coronel Castro.

Desde *Moraya,* el general Belgrano desprendió bandas y montoneras con el objeto de hostilizar al enemigo triunfante; y es aquí precisamente que comienza esa interminable cadena de heroicidades de La Madrid que fué uno de los elegidos.

El 24 de octubre sostiene el conocido combate de *Tambo Nuevo* con 12 dragones, contra una compañia de cazadores enemigos. Hubo de rendirlos, pero las primeras claridades del alba descubrieron sus escasas fuerzas

y debió retirarse llevándose once prisioneros que habían tomado los bravos dragones Gómez, Zalazar y Albarracín.

Empero, como el oficial enemigo abandonara el campo. La Madrid volvió al desempeño de su comisión avanzando nuevamente sobre el adversario. Al avance de todo el ejército contrario, se retiró tiroteándose continuamente con la vanguardia.

En *Ayohuma* (14 de noviembre) fué derrotado por segunda vez nuestro ejército, y La Madrid compartió con sus hermanos de armas esa desgracia.

Al emprender la retirada, Belgrano le confió una cortisima partida y la honrosa comisión de vigilar los movimientos del enemigo. Libró algunos pequeños encuentros como el de *Quirbe*, incorporándose después al cuartel general, de donde fué enviado á Tucumán á crear un escuadrón de caballería, que muy pronto organizó.

San Martin reemplazó á Belgrano en el mando en jefe, y nombró á La Madrid su edecán, regalándole su espada. «*diciéndome*, asegura el obsequiado, *que era la que le había servido en San Lorenzo*», y que después perdió en la bizarra acción de *Yamparaez*.

Pasó á servir, ya de capitán, en la vanguardia con Güemes y avanzó hasta Jujuy, después de pelear á una fuerte partida de Marquiegui á inmediaciones del Rio de las Piedras. Cerca de la *Quiaca*, tuvo un encuentro con una fuerza de 600 hombres y se retiró tiroteándola por espacio de cuatro leguas, asi como sostuvo otras en los *Cangrejos* y *Rinconada*, donde con el bravo capitán Escalada batió al enemigo, siendo ambos ascendidos á Sargentos Mayores por el nuevo general en jefe, Rondeau.

Peleó en *Puesto del Marqués* (17 abril de 1815) y en la persecución con escasisima tropa, batió á sesenta enemigos tomándole veinte prisioneros.

Conducida la nueva invasión por Rondeau, peleó en la desgraciada acción de *Venta y Media* (20 de octubre) tocándole sorprender la gran guardia enemiga que pasó

á cuchillo. Después de esta acción, fué reconocido sargento mayor efectivo, y comisionado para marchar sobre el adversario en observación. Sostuvo con él algunos encuentros, é incorporado al ejército luchó heróicamente en la batalla de *Sipe-Sipe* (29 de noviembre) consiguiendo en la derrota, repeler al enemigo con parte de sus dragones, concurriendo así á la salvación de mayor número de dispersos. El mayor general Cruz corría riesgo de caer en manos del adversario, y tocóle en suerte á La Madrid, salvarlo con una heróica carga.

El general en jefe lo despachó de Moraya con una pequeña partida á mediados de enero de 1816 para Cinti, con el objeto de reorganizar una fuerza y hostilizar al enemigo. Situó su pequeño campamento en los ingenios de *Culpina* con 80 hombres de caballería que denominó «*Húsares de la Muerte*» y 50 infantes mal armados.

Allí fué atacado por el Brigadier Alvarez el 31 de enero con 600 hombres, y La Madrid lo pelea con arrojo increible: dispersa su tropa, carga al enemigo con solo tres hombres, Jaramillo, Frias y Manzanares, atraviesa la columna repartiendo cuchilladas; consigue rehacer su tropa, y vuelve á la carga, pero abandonado nuevamente por los suyos, deja sobre la línea contraria su caballo con cinco balazos y tres bayonetazos. Aquellos tres bravos soldados, le salvan de caer prisionero.

Dos dias después, ayudado eficazmente por el valiente caudillo Camargo, batió á la columna de Alvarez en la quebrada de *Uturango*, obligándole á retirarse.

La Madrid marchó sobre Tarija pero chocó el 12 de febrero de 1816 con la caballería española sobre el rio de San Juan y fué completamente destrozado, llegando al cuartel general en Jujuy rodeado—dice el ilustre historiador Mitre—de una aureola de gloria aventurera que debía ser funesta á la causa de la revolución.»

Pasó á Tucumán á formar otro cuerpo de caballería, y Pueyrredón, director supremo, lo ascendió á teniente coronel y le nombró jefe de los «*Húsares*».

Reemplazado Rondeau por Belgrano, éste le decretó un premio por la hazaña de *Culpina* consistente en una cinta con los colores pátrios, con la gloriosa inscripción del campo de batalla, haciendo sargentos de *Culpina* á Jaramillo, Frias y Manzanares, como los había hecho de *Tambo Nuevo*, á Gomez y sus dos bizarros compañeros

Fué entónces que se produjo la rebelión del comandante JuanFrancisco de Borges en Santiago del Estero, derrocando al teniente gobernador Ibañez y negando obediencia al gobernador de Tucumán, de que dependía. La Madrid fué comisionado para someterlo con solo un escuadrón; logró sorprenderlo el 27 de diciembre de 1816, batiéndolo completamente en *Pitambalá*, y tomándolo prisionero, le pasó por las armas de orden del general Belgrano,

El Gobierno Nacional le premió con un escudo de paño con la leyenda: *Honor á los restauradores del orden.*

De regreso de su penosa comisión, Belgrano dispuso saliera de la ciudad de Tucumán al frente de 400 hombres para expedicionar sobre el Alto Perú, llamando la atención al enemigo al propio tiempo que mantenía latente la insurrección del país. La Madrid se dirigió sobre Tarija y sorprendió el 8 de abril de 1817 en *Cangrejillos*, una partida enemiga y secuestrando las personas que hallaba en su tránsito para que no descubrieran, su presencia, cayó de sorpresa en aquella villa á la sazón guarnecida por un batallón de cazadores enemigo, sostenido por alguna fuerza de caballería é infantería acampada en el cercano valle de Concepción. Batió á esta fuerza primero en la *Tablada* el 15 de abril é intimó la rendición á la plaza, que capituló, y por cuyo triunfo obtuvo las palmas de coronel.

Se dirigió entonces sobre Chuquisaca y al penetrar en la quebrada Cachimayo, tuvo la suerte de sorprender un escuadrón enemigo, denominado de la Laguna, tomándolo prisionero sin disparar un tiro.

Atacó á Chuquisaca con su acostumbrada heroicidad

y fué rechazado (21 de mayo) quedando desde entonces decidida la campaña. De allí se dirigió á Tarabuco con el objeto de batir á La Hera y fué batido en Yamparaez por el capitán Rivero (22 de mayo) á pesar de quedar en el campo, y que nuestro bravo compatriota sostuvo siempre lo contrario. Llegó á Tarabuco, que La Hera había abandonado, y continuó en su seguimiento á Chuquisaca, mas sabiendo que se aproximaba lá columna del general O'Reilly, salió á su encuentro, pero al fin tuvo que retirarse ante el número y las maniobras combinadas de los dos jefes españoles.

El 12 de junio fué alcanzado en *Sopachuy* por la columna de La Hera, tomado de sorpresa y completamente batido, siendo éste el último combate que los independientes argentinos libraron en el Alto Perú. Todavia en Tarija, pretendió luchar con Ricafort, pero al fin se dirigió á Tucumán, dando por terminada su novelesca campaña en diciembre de 1817.

La guerra civil solicitaba entonces é los héroes de la independencia. El ejército de Belgrano recibió orden de marchar sobre el litoral á sofocar la rebelión que tenía en duros aprietos al gobierno nacional. Bustos, caudillo funesto, fué enviado á ocupar militarmente á Córdoba y La Madrid marchó con su tropa á unírsele en 1818 en el campamento de la Herradura. El 18 de febrero de 1819 el general E. Lopez atacó allí á Bustos librándose una reñida batalla en la que La Madrid combatió con su acostumbrado arrojo.

Reunidos al ejército de Belgrano síguió la marcha hasta la posta de Arequito, donde se produjo el 8 de enero de 1820, el funesto movimiento de este nombre. La Madrid permaneció fiel al gobierno nacional y aconsejó al general Cruz batir á los sublevados; consejo que no fué aceptado.

Cruz se puso en marcha hacia Buenos Aires con las tropas fieles. Llevaba la vanguardia La Madrid, que momentos después rechazaba algunas montoneras que se presentaban á su frente y derramaba lágrimas de noble

indignación al sentir que sus antiguos compañeros de armas venían picando la retaguardia del ejército.

Después de estos sucesos pasó á Tucumán y de allí se trasladó á Buenos Aires, donde visitó, ya moribundo, al noble y virtuoso Belgrano, que le abrazó derramando lágrimas y le volvió los primeros manuscritos de sus Memorias, encargándole las escribiera con mayor amplitud y cuidado. Dentro de poco las conocerá el pueblo argentino por haber accedido los descendientes del doctor Lamas á su publicación, por iniciativa de Adolfo P. Carranza, director de nuestro Museo Histórico y á quien corresponde también la de la celebración de su centenario; lo que demuestra una vez más «que si los porteños tienen guante para la paz y espada para la guerra» como lo decia el señor Bores ha pocos dias en un precioso discurso, también tiene amor y justicia para sus hermanos todos los de la República.

A la llegada de La Madrid, Buenos Aires, era un infierno. Los montoneros de Entre Ríos y Santa Fé venían á imponerle la ley del vencedor. El Cabildo confió á La Madrid el mando en jefe de las armas y el pueblo corrió á las trincheras. Poco después nombraban á Dorrego, Gobernador, y La Madrid salia con Rodriguez á Cuyo con igual fin. Se dirigió en consecuencia sobre San Juan, en la que el bravo Acha acababa de batir á Benavidez; pasó á Mendoza, cuyo gobierno asumió el 5 de septiembre de 1841, y como el ejército de Rozas al mando de Pacheco, se acercara á marchas forzadas, La Madrid le sale al encuentro y pelean el 24 de septiembre de 1841, en el *Rodeo del Medio* siendo sus tropas batidas en toda la línea, fracasando por completo la campaña 20 del 2° ejército libertador.

Lanzóse con sus compañeros por los vericuetos andinos; el pasaje de la Cordillera fué penosisimo y ha sido magistralmente descripto por Sarmiento en *El Mercurio* de Valparaiso.

En 1845 regresó á Montevideo, donde vivió casi de limosna, como lo hace constar Paz en sus Memorias, y

en 1846 acompañó á Rivera en la campaña de aquel año.

Pronunciado Urquiza contra Rozas, La Madrid obtuvo un puesto en el ejército libertador, mandando una división de caballería.

La actitud de La Madrid es tan fogosa como las de los jóvenes que soñaban con la gloria deslumbrante de las batallas. Cesar Diaz lo dice en sus Memorias: «Distinguióse por el ardor juvenil que aparentaba á los sesenta años cumplidos de su edad, el valeroso y romancesco soldado de la independencia americana don Gregorio Araoz de La Madrid, que en todas las ocasiones de peligro, solicitaba para su división el puesto mas avanzado y sufria terriblemente en su espíritu belicoso, cuando el orden del servicio ó las intenciones del General en Jefe hacían indispensable por ponerle á cualquier otra.»

El 3 de febrero de 1852, peleó en Caseros, ayudando con su esfuerzo á voltear una tiranía de diecisiete años: Aún recuerdan los contemporáneos el delirante entusiasmo con que el pueblo de Buenos Aires saludaba al héroe de cien batallas el 20 de febrero, en momentos en que las tropas libertadoras cruzaban las calles de la ciudad redimida.

Allí, puede decirse, terminó la vida pública del general Gregorio Araoz de La Madrid.

Murió en Buenos Aires el 5 de enero de 1857, á los sesenta años de edad y cuarenta y siete de servicios militares.

A los 38 años, después, el pueblo argentino se pone de pié y vá á golpear las puertas de su tumba olvidada porque ha llegado la hora de la reparación justiciera, sus despojos mortales salen en marcha triunfal para la provincia natal que extiende sus brazos para recibirlos: ¡Gloria al héroe en el triunfo final, el triunfo sobre la posteridad!

La Ilustración Sud-Americana quiere rendirle también su homenaje; me pide que le acompañe, contribu-

yendo al tributo con mis escasas fuerzas: de pié y descubierto exclamo con ella:

¡GLORIA AL HÉROE EN SU ÚLTIMO PASAJE TRIUNFAL POR LA TIERRA ARGENTINA!

JOSÉ J. BIEDMA.

Noviembre 24 de 1895.

El Centenario

GLORIA AL HEROE

Llegan á la tierra bendita por el patriotismo y predilecta de las glorias, los restos de un hijo del heroismo que paseó triunfante el pendón que habría de hacernos libres y respetables ante las naciones del mundo.

Vuelven á su hogar animados con los fulgores de la gloria, asociando el sentimiento nacional á la apoteósis, que se le rinde como homenaje legitimo á las hazañas de gigante que desempeñó en vida, un hombre que fué todo sacrificio y todo abnegación.

El suelo que á los 15 años sustentara su planta de militar improvisado, hoy acoge sus despojos con la gratitud y los honores que merece un General que jamás rindió sus armas y conquistó uno á uno los entorchados, paseando con el ejército de su pátria y dejando etapas en cada pueblo, de su valor legendario.

Su Provincia se ha engalanado para honrarlo en muerte ya que en vida solo conoció infortunios y los más amargos desencantos.

Es asi el patriotismo virtuoso. Jamás se reconoce la influencia social y política de los hombres superiores

y extraordinarios. La Madrid ejecutó una obra continental con su arrojo de soldado y tuvo que aceptar la pobreza y la indiferencia como premio de sus hechos, reconocidos recien cuando se despierta un sentimiento que podemos llamar de gratitud no por los vivos, sinó por la memoria de los que cayeron como buenos en los campos de batalla ó en los trabajos de gabinete tratando de enderezar los gobiernos por la vía constitucional.

Es este el significado del grande acontecimiento que hoy celebramos, porque las figuras culminantes de nuestra historia han debido pasar por dos y tres generaciones para que aparezcan radiantes despues que los cubrió el sudario de la muerte.

Nuestro gran Héroe que llevó al Pacifico la libertad y pudo ser el árbitro de cuatro naciones fué calumniado, recibido á pedradas en Buenos Aires despues de su conferencia en Guayaquil con Bolivar y San Martin no trató de justificarse esperando el fallo de la historia ó de que sus contemporaneos levantaran el velo de acontecimientos que ocultaban la limpieza de su reputación.

En país extranjero lo justificó Sarmiento en su conducta, lo justificaron todos los publicistas que emigraron y ahora lo justifican no solo el pueblo argentino sinó todos los pueblos de América y Europa.

Asi ha pasado con las figuras que honran el seno de la patria y asi se cumple tambien con La Madrid que ha sido juzgado de mil maneras sin desconocer nunca sus energias militares y su honradez.

Se le ha llamado temerario, imprudente, indisciplinado, y cuanto es dable aplicar á un soldado que tenía los ardores de la lucha y las manifestaciones de un corazón sano y grande en todos los momentos.

Las injusticias que contra su nombre cayeron, Tucumán y la República hoy las borra y repara con la veneración de sus compatriotas que se inclinan ante su tumba y tienen el inmenso regocijo de que esté en el panteon de los ilustres.

¡Gloria al héroe!

Honor para los que han contribuido á realizar un suceso que dignifica á la Nación.

La tierra que regara generosamente con su sangre ya en los campos del Tala ó en la Ciudadela le dá la hospitalidad que merecía á los cien años de haber visto la luz en la vida para darle brillo con sus arrojos de titan y la nobleza de su alma grande que empujaba su brazo para darnos independencia y despues combatir la política funesta que tan sombrios y tristes años debían dar á la Nación.

Ya está en su casa, en su provincia, en su suelo nativo y tendrá el culto eterno de la generación presente, y de la futura.

General Gregorio Araoz de La Madrid

APOTÉOSIS

(*La Provincia* de Tucumán del 28 de noviembre)

En plenas claridades del día, de un cielo de azul llameante, de aire embalsamado y cálido, de esplendores, de vida opulenta é intensísima, de muchedumbre electrizada, de músicas triunfales, de arcos gentiles, espectáculos, ceremonias religiosas, la procesión de un pueblo entero encabezado por todo lo descollante y las gerarquías todas, el sentimiento argentino consuma á estas horas, en el lugar de su cuna, la apotéosis del prócer general Gregorio Araoz de la Madrid.

Se ha hecho una magnifica justicia. Los huesos del paladín descansan en la tierra de sus abuelos, en la heredad de su raza. Ya sus manes no vagarán nostálgicos sobre linderos remotos. Ha vuelto entre los suyos, ay! si no á sentarse en la mesa del Concejo, ni á ceñir de nuevo los arreos de combate, si, para que, al rededor de su túmulo, sea revelación á los pueblos del orbe que

en el corazon de sus conciudadanos palpitan lo justo, el cariño, la admiración y la gratitud por los méritos y la grandeza de los que fueron é hicieron, y de los que serán y harán.

No yacía, es cierto, en suelo extraño sinó en un pedazo hermoso de la gran pátria. Pero, aquí abierta estaba su fosa y el espíritu de los suyos rondaba, afligído, en torno de aquel hueco que solo sus despojos podían rellenar. Se lo deseaba, con una ansiedad inmensa. Era una necesidad. Y él?....Ah! la ondas del Plata han entonado plañideras notas tras la urna que trae los restos benditos, que se han desenterrado de su ribera; pero, ¿y nuestras campiñas, nuestras montañas de calvas resplandecientes con sus faldas de guirnaldas, nuestros naranjos y limones y los jazmines y acacias no han reverdecido, iluminado, trocado gallardas vestiduras, derramado sus flores y evaporado sus perfumes durante medio siglo sobre la huesa vacía, en la ausencia desolante? Allá se han envejecido. La playa que han dejado está saturada de sus polvos gloriosos. Ahogue sus quejumbres el gran río, y siga velando su excelsitud. Reposa, ya, en la tierra negra y opulenta de su estirpe el ínclito adalid. Sobre su lápida no tendrán época los azahares, que caerán perpetuamente, no en vano como cayeran tan largas y entristecidas décadas.

El gran deber se ha cumplido restituyendo á sus lares las cenizas venerandas.

Tócanos mantener, siempre, encendida la lámpara que arde sobre la cúpula de la cripta colgada en hora de dulcísimos cariños, de hondas memorias de gratitud profunda y de suprema justicia.

El general La Madrid fué heróico é inmaculado. Tenía la masa y el temperamento. Evocación del año 10, es una de sus faces. Moreno fué el verbo, San Martin el destino, Monteagudo la cólera, Belgrano la abnegación, La Madrid fué el valor. Era impetuoso, caballerezco, impertérrito. Llevaba en el pecho el corazón de su raza con todos sus atributos pristinos, el corage, la sencillez,

la lealtad; — La Revolución lo lanzó á los campos con la espada, y, durante siete lustros fué el rayo y la magnificencia. Guay, del enemigo! guay, de los diques arrojados sobre las corrientes del derecho y de las libertades! Allá él iba, el arma fulgurante y esterminadora, sin contar las huestes ni pesar las resistencias. ¿A que traer fechas? ¿á qué rememorar empresas? Los collados y las sierras argentinas están regadas con su sangre y amojanados con sus hazañas; y, allá, en historias estrañas guardánse en páginas selectas relatos de acciones que realizó sus esfuerzos; en las leyendas es nota épica, y crecen, gallardas y numerosas en los pensiles de la victoria, entre otros, palmas y laureles que sembró su diestra, que hoy sombrean, unidos, los sepulcros de otros próceres, compañeros de lidia.

En tantos años de rudo batallar piérdese la cuenta de sus hechos ilustres. Jamás lo arredró lo dificil, lo imposible. Los embarazos lo atraían con fuerza magnética. Era un voluptuoso del peligro. Asombra en aquella armazón pequeña, tanto nervio, tanto fuego, tanto ánimo. Fué estímulo de sus compañeros y espanto de sus enemigos. Descollaban en él dotes morales nativos, que el tiempo aquilató íntegros, incorruptibles. Fué humano, valeroso, honrado, leal, pródigo, sencillo y abnegado. Adalid de la libertad de los pueblos, en empresa tan árdua y vária, elijió el palenque. Y fué el caballero sin tacha v sin miedo, en el combate era intrépido, en la victoria benigno y en el reparto de despojos jamás tomó nada que pudiera eclipzar el resplandor de su acero inmaculado.

Tucumán celebra hoy su centenario; que es una apoteósis. Toda la República se ha asociado al acto, realizándolo con su presencia, delegados de los gobiernos de provincias y personas distinguidas. Es hermosa y consoladora esta espontaneidad. Impresiona y dilata el espíritu con inefables ternuras. El sentimiento nacional resurge poderoso y elocuente, como en todas sus fiestas de glorias. Los manes del héroe que atísban desde la

inmortalidad, se sentirán satisfechos. Con la consagración que se ha realizado se coronan y rematan los loores qne se le han venido tributando en fechas pertinentes.

Cuántas reflexiones podriamos agregar! El tema es fértil. Pero el regocijo popular nos transporta á su ambiente, y el gozo íntimo nos obliga á hacerle coro.

Llamen en los espacios el sol, agítense los colores de la pátria en escarapelas y banderas, la ala de las multitudes derrámese por los ámbitos de la ciudad con todas sus algazaras y su delirante entusiasmo, que el buen Dios de las victorias está contento. Gregorio Araoz de La Madrid resplandece en la inmortalidad.

RUSC.

General Gregorio Araoz de La Madrid

(*La Democracia* de Tucumán del 27 de noviembre)

Mañana á las 7 a. m. una salva de 101 cañonazos, anunciará al pueblo de esta ciudad la llegada de los venerandos restos del viejo caudillo tucumano, del esforzado guerrero, del que luchó en cien campos de batalla derramando su sangre y dando ejemplos de heroismo en honor de su pátria y de la América, contribuyendo asi á consolidar la Independencia del nuevo mundo y extinguir la anarquía y el caudillaje.

Levantemos los corazones y pongámonos de pié para saludar con profundo respeto la sombra del héroe!

Ella llega bajo la egida bienhechora del sentimiento nacional, que se ha congregado al rededor de sus restos queridos, para acompañarles al suelo que les vió nacer y que hoy prepara la apoteósis solemne á que son acreedores sus ínclitas hazañas.

Saludemos con profundo respeto á esos restos inmortales que vienen cubiertos por la bandera de la pátria, luciendo el sol de las victorias, protegidos por eso rayos que han iluminado en tantas ocasiones la mente generosa de aquel esforzado paladin.

Sí, pongámonos de pié, y acudamos con sentimiento patriótico á recibir dignamente en el seno de nuestro pueblo aquellas reliquias sagradas, que vuelven ahora á contemplar el mismo cielo y las mismas montañas que fueron grandiosos testigos de sus glorias.

Los pueblos se honran á si mismos cuando saben tributar á sus héroes los homenajes de su admiración y su gratitud.

La Madrid, soldado y guerrero, representa una época que el pueblo argentino debe conservar en su memoria.

Fué el héroe, por sus hazañas, su arrojo y su influencia, de una doble emancipación política y social.

Compañero de nuestros primeros patriotas, sirvió bajo sus órdenes la causa de la independencia americana.

Agente activo, de primera fila, sirvió á la causa de la emancipación social contra la anarquía y el caudillaje.

Su nombre ha repercutido siempre como modelo de heroismo en el corazón de los argentinos.

Dotado de una organización poderosa y ardiente, habia nacido para la guerra.

El ruído de las armas despertaba en su espíritu el ardor belicoso que parecía brotar de la masa de su sangre, como un impulso irresistible.

El primero en el combate era el primero tambien en recibir los golpes del enemigo.

Su cuerpo humano parecía un cuerpo de fierro adonde las balas se estrellaban sin destruir las fuerzas poderosas de su organización.

Cubierto de sangre y de heridas, las tapaba con su propia mano para emprender de nuevo el combate sin temer al desfallecimiento y á la muerte.

Su cráneo surcado por hondas cicatrices, está revelando sus hazañas.

HECHAS POR LA CASA DE GOTUZZO & C^{IA}

SIETE MEDALLAS DE ORO.

DOSCIENTAS CINCUENTA ID. DE PLATA.

CINCO MIL ID. DE COBRE DORADAS.

BUENOS AIRES.

La Madrid ha escrito su autobiografía; pero la mejor página de su historia es su propio cráneo, donde, sin saberlo el mismo, ha grabado como en el bronce la leyenda de sus heroicas acciones.

Su cráneo, pues, es su historia.

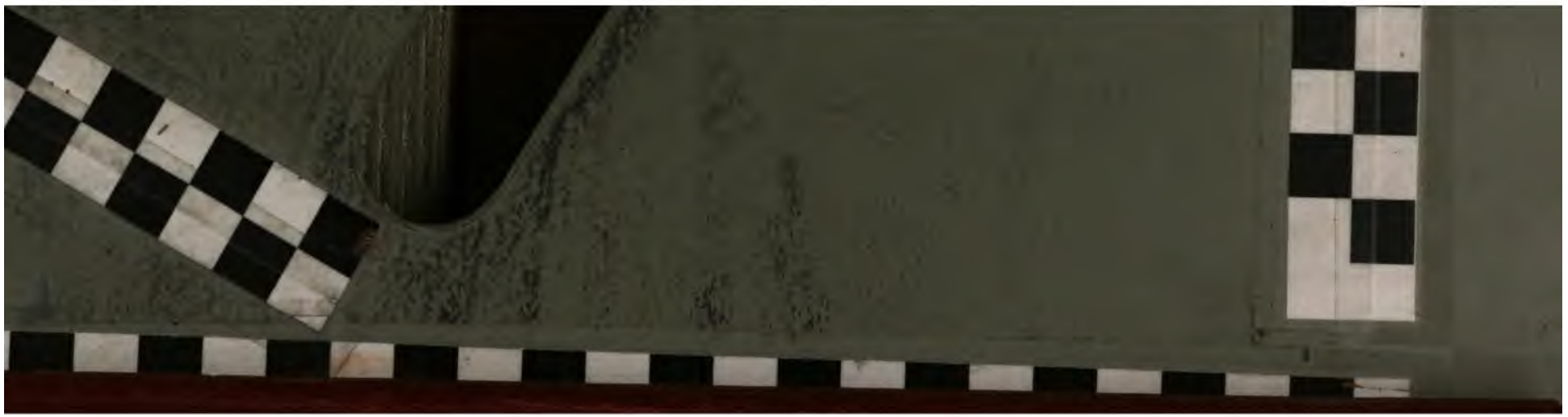
Raro y único ejemplo, talvez, entre los guerreros del presente siglo.

La Democracia, interpretando el sentimiente público de admiración y gratitud al ilustre prócer tucumano, saluda con veneración y cariño la llegada de los inmortales despojos del general don Gregorio Araoz de La Madrid.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

JAN 5 5411

3 2044 098 450 687